



PROUDHON

SISTEMA
DE LAS
ENTRADICCIONES EN
ECONOMICA

2

HB163

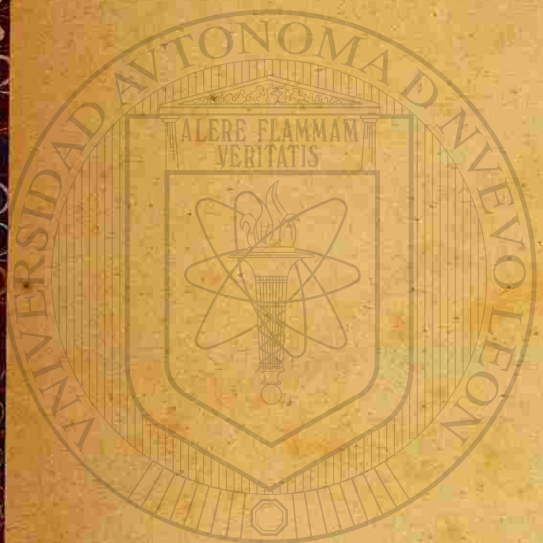
P7

V. 3

R. C.



1020025398



SISTEMA

DE LAS

CONTRADICCIONES ECONÓMICAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

OBRAS DE P.-J. PROUDHON

— TRADUCIDAS POR F. PÍ Y MARGALL —

FILOSOFÍA POPULAR.....	I VOL.
FILOSOFÍA DEL PROGRESO.....	I VOL.
DE LA CAPACIDAD POLÍTICA DE LAS CLASES JORNALERAS.....	I VOL.
SOLUCION DEL PROBLEMA SOCIAL.—SOCIEDAD DE LA EXPOSICION PERPÉTUA.....	I VOL.



FONDO
 RICARDO COVARRUBIAS

IMP. DE T. FORTANET

P.-J. PROUDHON

— TRADUCCION POR FRANCISCO PÍ Y MARGALL —

SISTEMA

CONTRADICCIONES

ECONOMICAS



FILOSOFÍA POPULAR

Destruam et edificaabo.

DEUTERON., C. 32.

TERCERA PARTE



CARRERA DE S. GERÓNIMO, 2

1872

21291

330.9 HB 163

P7

V.3



CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
DIRECCIÓN GENERAL

SISTEMA

DE

LAS CONTRADICCIONES

ECONÓMICAS

6

FILOSOFÍA DE LA MISERIA

CAPÍTULO IX

SEXTA ÉPOCA.—LA BALANZA DEL COMERCIO

§ I.—Necesidad del comercio libre.

Equivocada sobre la eficacia de sus medidas reglamentarias, y desesperando de encontrar dentro de sí misma una compensación al proletariado, la sociedad va á buscar garantías en el exterior. Tal es el movimiento dialéctico que produce, en la evolución social, la faz del comercio exterior, que se formula al momento en dos teorías contradictorias; *la libertad absoluta y la prohibición*, resolviéndose después en la célebre fórmula llamada *balanza del comercio*. Examinemos, sucesivamente, cada uno de estos puntos de vista.

Nada es más legítimo que el pensamiento del comercio exterior que, al aumentar el cambio, aumen-

ta el trabajo y el salario, y debe dar al pueblo un suplemento de la contribucion, tan inútil y tan desgraciadamente imaginada para él. Lo que el trabajo no pudo obtener del monopolio por medio de tasas y á título de reivindicacion, lo obtendrá de otro modo por medio del comercio, y el cambio de productos organizado de pueblo á pueblo mitigará, hasta cierto punto, la miseria.

Pero el monopolio, como si tuviese que indemnizarse de las cargas que debía soportar, y que en realidad no soporta, en nombre y por interés del trabajo mismo, se opone á la libertad de los cambios y exige el privilegio del mercado nacional. Por un lado, pues, la sociedad tiende á dominar el monopolio por medio de la contribucion, la policia y la libertad de comercio; por el otro, el monopolio contraría la tendencia social, y casi consigue anularla por medio de la proporcionalidad de las contribuciones, el libre regateo del salario y la aduana.

De todas las cuestiones económicas, ninguna fué tan vivamente discutida como la que se refiere al principio protector, y ninguna tampoco hace resaltar más el espíritu siempre exclusivo de la escuela economista, que, abandonando en este punto sus hábitos conservadores, y haciendo un verdadero cambio de frente, se declaró resueltamente contra la balanza del comercio. Mientras que en todas las demás cuestiones los economistas, guardianes vigilantes de todos los monopolios y de la propiedad, permanecen á la defensiva y se limitan á eliminar como utopias las pretensiones de los innovadores, en la cuestion prohibitiva comenzaron ellos mismos el ataque; gritaron contra el monopolio, como si el monopolio se les hubiese presentado por primera vez, y rompieron abiertamente con la tradicion, con los intereses locales, con los principios conservado-

res, con la política, su soberana, y por decirlo de una vez, con el sentido comun. Es cierto que, á pesar de sus anatemas y de sus pretendidas demostraciones, el sistema prohibitivo está tan vivo hoy, despues de la agitacion anglo-francesa, como en los odiosos tiempos de Colbert y de Felipe II. En cuanto á esto, se puede decir que las declamaciones de la secta, como se llamaba hace un siglo á la escuela de los economistas, prueban lo contrario de lo que afirman, y son acogidas por el público con la misma desconfianza que inspiran las predicaciones comunistas.

Tengo, pues, que probar, con arreglo á la marcha adoptada en esta obra, primero: contra los partidarios del sistema prohibitivo, que la libertad de comercio es de necesidad económica y de necesidad natural; segundo: contra los economistas anti-protectores, que esta misma libertad que ellos consideran como la destruccion del monopolio, es, al contrario, el sostenimiento de todos los monopolios, la consolidacion del feudalismo mercantil, la solidaridad de todas las tiranías y de todas las miserias. Terminaré despues con la solucion teórica de esta antinomia, solucion conocida, en todos los siglos, bajo el nombre de balanza del comercio.

Los argumentos que se presentan en favor de la libertad absoluta de comercio son bien conocidos; yo los acepto todos, y creo que bastará recordarlos en algunas páginas. Dejemos, pues, que hablen los economistas mismos.

«Suponed que las aduanas nos sean desconocidas. ¿Qué habria sucedido?»

»En primer lugar, tendríamos una infinidad de guerras sangrientas de ménos; los delitos de fraude y contrabando, como las leyes penales que los castigan, no existirían; las rivalidades nacionales que

nacen de los intereses contrarios del comercio y de la industria, serian desconocidas; sólo habria fronteras políticas; los productos circularian de territorio á territorio sin estorbos y con grandes ventajas para el productor; los cambios se establecerian en grande escala; las crisis comerciales, el estancamiento y la penuria, serian hechos excepcionales; las ventas existirian en la más amplia acepcion de la palabra, y cada productor tendria por mercado el mundo entero...»

Yo reduzco esta descripción que degenera en una verdadera fantasía, y cuya exactitud pone en duda el mismo autor, el Sr. Fix. La felicidad del género humano no depende de una cosa tan pequeña como las gabelas; y aun cuando la aduana no hubiese existido nunca, habrian bastado la division del trabajo, las máquinas, la competencia, el monopolio y la policía, para crear por todas partes la tiranía y la desesperacion.

Lo que sigue no merece censura.

«Supongamos que en tales condiciones, un ciudadano de cada gobierno viniese á decirnos:

»Yo he encontrado un medio de apresurar y de aumentar la prosperidad de mis compatriotas; y como estoy convencido de la excelencia de los resultados de mi combinacion, mi gobierno piensa aplicarla inmediatamente en todo su rigor. En lo sucesivo, no tendreis algunos de nuestros productos, ni nosotros tendremos algunos de los vuestros; nuestras fronteras estarán guardadas por un ejército que hará la guerra á las mercancías; que rechazará totalmente las unas; que admitirá las otras, mediante una formidable cantidad; que hará pagar por todo lo que éntre y salga; que registrará los convoyes, los furgones, los fardos, los cofres, y hasta los paquetes más microscópicos; que detendrá al comer-

ciante horas y dias en la frontera; que lo desnudará algunas veces para buscarle entre la camisa y la piel algo que no debe entrar ni salir.

»A este ejército, provisto de sables y de fusiles, corresponderá otro armado de plumas y más formidable todavía que el primero. Se reglamentará ó se hará reglamentar constantemente; llevaremos al comerciante de perplejidad en perplejidad por medio de órdenes, circulares é instrucciones de todo género; procurando estar siempre sobre sí, nunca estará seguro de poder salvar su mercancía de la confiscacion y de la multa, y le será precisa una aplicacion especial para evitar los altercados con uno y otro ejército. Y todo esto lo encontrareis en vuestro país como en los antípodas; cuanto más camineis, mayores serán los obstáculos y los peligros que os amenacen; y cuanto mayores sean los sacrificios, menores serán las ganancias. Pero, por medio de esta combinacion, podeis estar seguros de vender á vuestros compatriotas, que no pueden comprar fuera de su país. Cambiareis un pequeño monopolio por un inmenso mercado, á fin de no tener competencia, y sereis dueños del consumo interior. En cuanto al consumidor, no hay para qué ocuparnos de él: pagará más caro y gozará ménos; pero este es un sacrificio que hace en favor de la cosa pública, es decir, en favor de la industria y del comercio que el gobierno quiere proteger de un modo nuevo y eficaz.»

He copiado íntegro este argumento negativo y demasiado poético tal vez, por satisfacer cumplidamente todas las inteligencias. Ante el público, el mejor modo de defender la libertad, es presentar el cuadro de las miserias de la esclavitud. Sin embargo; como este argumento, considerado en sí mismo, no prueba ni explica nada, falta demostrar teóricamente la necesidad del comercio libre.

La libertad de comercio es necesaria al desarrollo económico y á la creacion del bienestar en la humanidad, ya se considere á cada sociedad en su unidad nacional, y como haciendo parte de la totalidad de la especie, ya se vea únicamente en ella una aglomeracion de individuos libres, tan dueños de sus bienes como de sus personas.

Las naciones son, las unas para las otras, grandes individualidades que se han repartido la explotacion del globo. Esta verdad es tan antigua como el mundo; y la leyenda de Noé, que reparte la tierra entre sus hijos, no tiene otro sentido. ¿Seria posible que el globo estuviese dividido en una miriada de departamentos, en cada uno de los cuales viviese una pequeña sociedad sin comunicarse para nada con sus vecinas? Para convencerse de la imposibilidad absoluta de semejante hipótesis, basta dirigir la vista á la variedad de objetos que sirven al consumo, no sólo del rico, sino tambien del más pobre artesano, y preguntarse despues si esta variedad se podria adquirir en el aislamiento. Marchemos derechos al fondo de las cosas. La humanidad es progresiva, y este es su rasgo distintivo, su carácter esencial: luego, el régimen celular es inaplicable á la humanidad, y el comercio internacional es la condicion primera y *sine qua non* de nuestra perfectibilidad.

Lo mismo, pues, que el simple trabajador, toda nacion necesita el cambio, y sólo de este modo puede elevarse en riqueza, inteligencia y dignidad. Todo lo que hemos dicho sobre la constitucion del valor entre los miembros de una misma sociedad, es igualmente cierto para las sociedades entre sí; y así como cada cuerpo político llega á constituirse normalmente por la solucion progresiva de las antinomias que se desarrollan en su interior, la humanidad marcha á su constitucion unitaria por una ecuacion

análoga. El comercio de país á país, debe, segun esto, ser lo más libre posible, á fin de que ninguna sociedad se encuentre separada de la humanidad, á fin de favorecer el encadenamiento de todas las actividades y especialidades colectivas, y acelerar la época, prevista por los economistas, en que todas las razas formen una sola familia y el globo un solo taller.

Otra prueba, no ménos concluyente, de la necesidad del comercio libre, se deduce de la libertad individual y de la constitucion de la sociedad en monopolios; constitucion que, como lo hemos hecho ver en el discurso del primer volumen, es ella misma una necesidad de nuestra naturaleza y de nuestra condicion de trabajadores.

Segun el principio de la apropiacion individual y el de la igualdad civil, como la ley no reconoce solidaridad alguna entre los productores ni entre los empresarios y los obreros, ningun explotador puede reclamar, en beneficio de su monopolio particular, la subordinacion de los demás monopolios. La consecuencia de esto es, que cada miembro de la sociedad tiene el derecho ilimitado de proveerse como quiera de los objetos necesarios para su consumo, y de vender sus productos al comprador y por el precio que le parezca. Todo ciudadano puede decir á su gobierno: O véndeme la sal, el hierro, el tabaco, la carne y el azúcar al precio que te ofrezco, ó déjame comprarlos donde me acomode. ¿Por qué estaré obligado á sostener, por medio de la prima que me impones, industrias que me arruinan y explotadores que me roban? Cada cual en su monopolio; cada cual para su monopolio, y la libertad de comercio para todo el mundo.

En un sistema democrático, la aduana, institucion de origen señorial y regalista, es una cosa

odiosa y contradictoria. O la libertad, la igualdad y la propiedad son simples palabras, y la Constitución es un papel inútil, ó la aduana es una violación permanente de los derechos del hombre y del ciudadano. Así fué que, al ruido que hizo la agitación inglesa, los diarios democráticos de Francia se declararon, en su generalidad, partidarios de la abolición. ¡Libertad!... Al oír esta palabra, la democracia, semejante al toro ante cuya vista se agita el capote rojo, se pone furiosa.

Pero la razón económica por excelencia de la libertad de comercio, es la que se deduce del acrecentamiento de la riqueza colectiva y del aumento del bienestar para cada individuo, por el solo hecho de los cambios de nación á nación.

No es posible dudar que la sociedad, el trabajador colectivo, encuentra ventaja en cambiar sus productos, supuesto que, por medio de este cambio, el consumo es más variado y mejor. Tampoco se puede negar que los ciudadanos, independientes é insolidarios según la constitución del trabajo y el pacto político, tienen todos, individualmente, el derecho de aprovecharse de la oferta de la industria extranjera, buscando en ella garantías contra sus monopolios respectivos. Pero en todo esto no se percibe más que un *cambio* de valores; no se vé que haya en ello *aumento*: para descubrirlo, es preciso considerar la cosa bajo otro aspecto.

Se puede definir el cambio: *Una aplicación de la ley de división al consumo de los productos*. Así como la división del trabajo es el gran resorte de la producción y de la multiplicación de los valores, también la división del consumo, por medio del cambio, es el instrumento de absorción más enérgico de estos mismos valores. En una palabra; dividir el consumo por la variedad de las mercancías y por el

cambio, es aumentar la fuerza consumidora; como dividir el trabajo en sus operaciones parcelarias, es aumentar su fuerza productora. Supongamos dos sociedades desconocidas la una de la otra, y que consumen cada una anualmente *cien millones*: si estas dos sociedades, cuyos productos son diferentes, cambian sus riquezas, al cabo de algún tiempo el consumo no será ya de *doscientos*, sino de *doscientos cincuenta millones*. Es indudable que los habitantes de ambos países, una vez relacionados, no se limitarán á cambiar simplemente sus productos, porque esto sería una mera sustitución; la variedad invitará á los unos y á los otros á gozar de las mercancías extranjeras sin abandonar las indígenas, lo cual aumentará, para ambos, el trabajo y el bienestar.

Vemos, pues, que la libertad del comercio, necesaria para la armonía y el progreso de las naciones, necesaria también para la sinceridad del monopolio y para la integralidad de los derechos políticos, es una causa de acrecentamiento de riqueza y de bienestar para los particulares y para el Estado. Estas consideraciones generales encierran todos los motivos positivos que se pueden alegar en favor del comercio libre; motivos que yo acepto sin discusión, y sobre los cuales creo inútil insistir, supuesto que nadie pone en duda su evidencia.

En resúmen: la teoría del comercio internacional, no es más que una extensión de la teoría de la competencia entre los particulares. Así como la competencia es la garantía natural, no sólo de la baratura de los productos, sino también del progreso en esta misma baratura, el comercio internacional, independientemente del aumento de trabajo y de bienestar que crea, es la garantía natural de cada nación contra sus propios monopolios; garantía que, en

manos de un gobierno hábil, puede convertirse en un instrumento de alta policía industrial, más poderoso que todas las leyes reglamentarias y que todos los máximos.

Hechos innumerables y vejaciones monstruosas ó ridículas, vienen despues á justificar esta teoría. A medida que la protección arroja al consumidor indefenso en brazos del monopolio, se ven los más extraños desórdenes y las crisis más furiosas agitar la sociedad, poniendo en peligro el trabajo y el capital.

«La carestía facticia de los aceites, hierros, lanas y animales, dice el Sr. Blanqui, no es más que un impuesto que pesa sobre la comunidad en beneficio de unos cuantos. Por grandes que sean los esfuerzos que se hagan, la cuestión estará siempre en saber hasta cuándo el país se impondrá semejantes cargas, á fin de realizar mejoras que se prometen siempre y que no llegan jamás, porque no es posible que vengan por ese camino.

» El régimen prohibitivo, en Francia como en el resto de Europa, sólo sirve para dar un impulso ficticio y peligroso á ciertas industrias organizadas, según el método inglés, en beneficio casi exclusivo del capital. Este sistema exagera la producción y limita al mismo tiempo el consumo con las trabas que impone á la importación extranjera, seguida siempre de represalias; sustituye las luchas violentas de la competencia interior á la emulación de la exterior; destruye los felices efectos de la división del trabajo entre las naciones; mantiene entre ellas las antiguas hostilidades; sostiene las divisiones profundas que separan, con demasiada frecuencia, el trabajo y el capital, y engendra el pauperismo por la brusca separación de los obreros.» (*Diario de los Economistas*, Febrero 1842.)

Todos estos efectos del régimen protector, señalados por el Sr. Blanqui, son verdaderos y deponen contra los obstáculos puestos á la libertad del comercio. Desgraciadamente, los veremos nacer muy en breve, y con una intensidad no menos grande, de la libertad misma, y de tal modo, que, si para curar el mal se debiese pedir, como el Sr. Blanqui, la extirpación absoluta de la causa morbífica, sería preciso volverse á la vez contra el Estado, contra la propiedad, contra la industria y contra la Economía política. Pero no hemos llegado todavía á la antinomia, y debemos continuar nuestras citas.

«El privilegio, el monopolio y la protección que de los unos cae sobre los otros como una cascada, exceptuado el pobre trabajador, produjeron en la distribución de los productos, objeto de todo trabajo, monstruosidades sin cuento. En ninguna parte pasó la libertad su benéfico nivel sobre la facultad de obrar; los obstáculos produjeron el fraude, y el robo, la mentira y la violencia son los auxiliares del trabajo. La avaricia reclama hoy sin vergüenza, y como un derecho, el medio de acumular riquezas á expensas de todos: la lucha existe por todas partes y la armonía en ninguna; y sin embargo, hácia un resultado tan desastroso corremos nosotros mismos. En un país en donde el pueblo no es nada todavía, se comprende esta perseverancia de la explotación; pero en otro en donde el pueblo lo es todo, ¿por qué su voz permanece muda? ¿Por qué el nombre del pueblo no se pronuncia jamás en las discusiones económicas? La razón, se dice, debe gobernar el mundo. Pero, ¿es la razón la que condena hoy al pueblo francés á una dieta casi vegetal? ¿Es ella la que le obliga á permanecer sin ropas, sin camisas, sin zapatos y sin posibilidad de cambiar en medio de las maravillas de la inteligencia? ¿Es ella la que

ordena que la patata reemplace al trigo, y que el trabajo, en fin, deje cada vez ménos excedente, como sucede en Inglaterra? ¿Es la razon la que entrega el mercado como una presa, tan pronto á los unos como á los otros, sin pensar jamás en lo que puede ser el precio de los productos relativamente al salario?

»Hace diez y ocho años que la nacion francesa se ve privada de carnes: todos los dias disminuye la parte relativa á cada individuo, y á cada reclamacion que se hace, se nos dice friamente que el precio de 55 francos es *necesario* al productor. ¡*Necesario!* La privacion de alimentos, ¡*necesaria para la fortuna de algunos!*» (H. Dussard, *Diario de los Economistas*, Abril 1842.)

Seguramente, el cuadro no es nada consolador; y es necesario confesar que nadie dice la verdad, toda la verdad, como los economistas cuando lo creen necesario para la defensa de sus utopias. Pero si el principio protector, tan violentamente condenado, no es más que el principio constitutivo de la economía política, el monopolio que, como dice el señor Rossi, se encuentra siempre en el camino; si este principio es la propiedad misma, la propiedad, que es la religion del monopolio, ¿no debe escandalizarme la inconsecuencia, por no decir la hipocresía de los economistas? Si el monopolio es una cosa tan detestable, ¿por qué no lo atacais sobre su pedestal? ¿Por qué le quemais incienso y esgrimís la espada contra él despues? ¿A qué vienen esas vueltas? Toda explotacion exclusiva; toda apropiacion, sea de la tierra, de los capitales industriales ó de un procedimiento de fabricacion, constituye un monopolio: ¿por qué este monopolio sólo se hace odioso desde el momento en que otro monopolio extranjero y rival suyo se presenta haciéndole competencia? ¿Por qué

el monopolio ha de ser ménos respetable del compatriota al compatriota, que del indígena al extranjero? ¿Por qué el gobierno francés no se atreve á atacar la coalicion hullera del Loira, é invoca contra los nacionales las armas de una santa alianza? ¿Por qué esta intervencion del enemigo exterior contra el interior? Toda Inglaterra pide hoy de rodillas la libertad del cambio; cualquiera diria que esto era un llamamiento á los egipcios, á los rusos y á los americanos, hecho por los monopolizadores de la industria de ese país contra los monopolizadores de la tierra. ¿Por qué esta traicion, si, en efecto, se quiere atacar el monopolio? ¿No son bastante fuertes los millones de brazos de la Inglaterra contra algunos miles de aristócratas?

«Cuando se diga á los obreros que el gobierno ha tomado la iniciativa en la direccion que debia darse á las manufacturas y al comercio, exclamaba el señor Senior, uno de los miembros más influyentes de la Liga; cuando se diga que se ha servido de esta monstruosa usurpacion en beneficio (real ó supuesto) de algunos; cuando descubran que de todos los monopolios concedidos, el que defiende con más tenacidad es el de las subsistencias; cuando vean que es ese el que les impone las más duras privaciones y el que dá á la clase gobernante el mayor y el más inmediato beneficio, ¿soportarán estos males como si fuesen una *calamidad providencial*, ó los considerarán como la triste consecuencia de una injusticia? Si la razon les conduce á este último juicio, ¿qué forma tomará el resentimiento? ¿Se someterán, ó buscarán en su fuerza la reparacion á esta profunda injuria? Y su fuerza... ¿es bastante grande para ser temida?

»Fácil, y muy fácil, es responder á todas estas preguntas. La poblacion de Inglaterra es de millones

de individuos que viven aglomerados en las ciudades, y que están acostumbrados á las discusiones políticas: tienen sus jefes y su prensa; están organizados en cuerpos que llaman *combinaciones*, y que tiene cada uno sus oficiales, su poder ejecutivo y su poder legislativo; tienen fondos para atender á las necesidades de cada una de las sociedades, y fondos para cubrir las generales de todos los cuerpos reunidos; están acostumbrados, por una larga práctica, á eludir las leyes contra las coaliciones, á combatir y á provocar la autoridad del Estado. Una población semejante es temible hasta en el seno de la prosperidad, y lo será cien veces más en la desgracia, áun cuando ésta no pueda atribuirse al gobierno. Pero si esta miseria se puede atribuir á la legislación; si los trabajadores pueden acusar á la clase que gobierna, no ya de error, sino de robo y de opresion; si se ven sacrificados ante la renta del propietario, ante los beneficios del colono, ó ante los del agricultor del Canadá, ¿cuáles serán los límites de su cólera? ¿Estamos seguros de que nuestra riqueza, nuestra importancia política y hasta la Constitucion misma, saldrán bien de semejante conflicto?»

Ni siquiera hay una palabra en toda esta arenga, que no caiga á plomo sobre los abolicionistas.

Cuando se diga á los obreros que el monopolio, esa calamidad de la cual se aparenta que se los quiere salvar por la abolicion de las aduanas, tiene que recibir una nueva energía de esa abolicion misma; que ese monopolio, mucho más profundo de lo que se dice, consiste, no solamente en la provision exclusiva del mercado, sino tambien, y sobre todo, en la explotacion exclusiva de la tierra y de las máquinas, en la apropiacion invasora de los capitales, en el acaparamiento de los productos y en la arbitrariedad de los cambios; cuando se les haga ver

que han sido sacrificados ante las especulaciones del agiotaje y ante la renta del capital; que de ahí salieron todos los efectos subversivos del trabajo parcelario, la opresion de las máquinas, los sobresaltos desastrosos de la competencia y la burla inícuca del impuesto; cuando se les demuestre que la abolicion de los derechos protectores no hizo más que extender la red del privilegio, multiplicar la desposesion y coaligar los monopolios de todos los países contra el proletariado; cuando se les diga que la clase media electoral y dinástica, bajo el pretexto de libertad, hizo los mayores esfuerzos para mantener, consolidar y preparar este régimen de mentira y de rapiña; que se crearon cátedras, que se propusieron recompensas, que hubo sofistas asalariados y diarios pagados; que se corrompió la justicia y que se invocó la religion para defenderle; que ni la premeditacion, ni la hipocresía, ni la violencia faltaron á la tiranía del capital; ¿se cree que, al fin, no se levantarán en su cólera, y que una vez dueños de la venganza, reposarán en la amnistía?

«Nosotros sentimos alarmar de este modo, añadía el Sr. Senior; deploramos esta necesidad, y confesamos que el papel que venimos desempeñando no es propio de nuestro carácter; pero creemos firmemente que los peligros que hemos supuesto nos amenazan, y debemos enterar al público de las bases de nuestra conviccion.»

Y yo tambien siento el verme precisado á tocar á rebato, y confieso que el oficio de acusador es el que ménos se adapta á mi temperamento; pero es preciso decir la verdad y que la justicia se cumpla, y si la clase media ha merecido todos los males que la amenazan, mi deber es presentar la prueba de su culpabilidad.

Y hablando ahora con sinceridad y con franqueza,

¿qué es el monopolio que yo persigo en su forma más general, mientras los economistas sólo lo ven y lo rechazan bajo el traje verde del aduanero? Es, para el hombre que no posee capitales ni propiedad, la prohibición del trabajo y del movimiento, del aire, de la luz y de la subsistencia; es la privación absoluta, la muerte eterna. La Francia, sin ropas, sin zapatos, sin camisas, sin pan y sin carnes; privada de vino, de hierro, de azúcar y de combustibles; la Inglaterra desolada por un hambre perpétua y entregada á los horrores de una miseria que desafiaba la descripción; las razas empobrecidas, degeneradas, haciéndose salvajes y feroces; tales son los signos espantosos que expresan la libertad cuando es herida por el privilegio, cualquiera que sea, y cuando se vé comprimida en su vuelo. Al llegar aquí, creemos oír la voz de aquel gran culpable que Virgilio pone en los infiernos amarrado á un trono de mármol:

Sedet, æternùmque sedebit
Infelix Theseus, et magnâ testatur voce per umbras,
Discite justitiam moniti, et non temnere divos!...

La nación más mercantil del mundo, la más devorada por todas las clases de monopolios, que protege, consagra y profesa la economía política, se ha sublevado como un solo hombre contra la protección; el gobierno ha decretado, con aplauso del pueblo, la abolición de las tarifas; la Francia, trabajada por la propaganda económica, está en visperas de seguir el impulso inglés, arrastrando en pos de sí á toda la Europa. Se trata, pues, de estudiar las consecuencias de esta grande innovación, cuyo origen no es bastante puro á nuestros ojos, y cuyo principio nos parece bastante superficial para que deje de inspirarnos desconfianza.

§ II.—Necesidad de la protección.

Si no tuviese que oponer á la teoría del libre comercio más que razones nuevas y hechos que yo sólo hubiese observado, se podría creer que la contradicción que voy á presentar en esta teoría, era una seducción de mi orgullo ó un deseo de hacerme notable por medio de la paradoja, y este prejuicio bastaría para despojar mis palabras de toda su fuerza.

Pero yo vengo á defender la tradición universal, la creencia más constante y más auténtica; tengo en mi favor la duda de los economistas mismos y el antagonismo de los hechos que refieren; y este antagonismo, esta duda y esta tradición, es lo que yo explico y lo que me justifica.

El Sr. Fix, á quien acabo de citar en favor de la libertad, escritor reservado, circunspecto, prudente, y uno de los economistas más ilustres de la escuela de Say, ha dado, en los términos siguientes, la refutación de su primera tesis:

«Los economistas avanzados que no admiten ninguna excepción, quieren proceder con toda la energía y toda la rapidez que inspiran las convicciones profundas; quieren destruir de un solo golpe las aduanas, los monopolios y el personal que los sostiene; pero... ¿cuáles serían las consecuencias de semejante reforma?

»Si se dejasen entrar libremente los tejidos extranjeros, los hierros y los metales trabajados, los consumidores se encontrarían bien durante algún tiempo, por lo ménos, y algunas industrias alcanzarían beneficios. Pero es seguro que este cambio instantáneo é inesperado causaría *inmensos desastres* en la industria; que *capitales enormes quedarían*

¿qué es el monopolio que yo persigo en su forma más general, mientras los economistas sólo lo ven y lo rechazan bajo el traje verde del aduanero? Es, para el hombre que no posee capitales ni propiedad, la prohibición del trabajo y del movimiento, del aire, de la luz y de la subsistencia; es la privación absoluta, la muerte eterna. La Francia, sin ropas, sin zapatos, sin camisas, sin pan y sin carnes; privada de vino, de hierro, de azúcar y de combustibles; la Inglaterra desolada por un hambre perpétua y entregada á los horrores de una miseria que desafiaba la descripción; las razas empobrecidas, degeneradas, haciéndose salvajes y feroces; tales son los signos espantosos que expresan la libertad cuando es herida por el privilegio, cualquiera que sea, y cuando se vé comprimida en su vuelo. Al llegar aquí, creemos oír la voz de aquel gran culpable que Virgilio pone en los infiernos amarrado á un trono de mármol:

Sedet, æternùmque sedebit
Infelix Theseus, et magnâ testatur voce per umbras,
Discite justitiam moniti, et non temnere divos!...

La nación más mercantil del mundo, la más devorada por todas las clases de monopolios, que protege, consagra y profesa la economía política, se ha sublevado como un solo hombre contra la protección; el gobierno ha decretado, con aplauso del pueblo, la abolición de las tarifas; la Francia, trabajada por la propaganda económica, está en visperas de seguir el impulso inglés, arrastrando en pos de sí á toda la Europa. Se trata, pues, de estudiar las consecuencias de esta grande innovación, cuyo origen no es bastante puro á nuestros ojos, y cuyo principio nos parece bastante superficial para que deje de inspirarnos desconfianza.

§ II.—Necesidad de la protección.

Si no tuviese que oponer á la teoría del libre comercio más que razones nuevas y hechos que yo sólo hubiese observado, se podría creer que la contradicción que voy á presentar en esta teoría, era una seducción de mi orgullo ó un deseo de hacerme notable por medio de la paradoja, y este prejuicio bastaría para despojar mis palabras de toda su fuerza.

Pero yo vengo á defender la tradición universal, la creencia más constante y más auténtica; tengo en mi favor la duda de los economistas mismos y el antagonismo de los hechos que refieren; y este antagonismo, esta duda y esta tradición, es lo que yo explico y lo que me justifica.

El Sr. Fix, á quien acabo de citar en favor de la libertad, escritor reservado, circunspecto, prudente, y uno de los economistas más ilustres de la escuela de Say, ha dado, en los términos siguientes, la refutación de su primera tesis:

«Los economistas avanzados que no admiten ninguna excepción, quieren proceder con toda la energía y toda la rapidez que inspiran las convicciones profundas; quieren destruir de un solo golpe las aduanas, los monopolios y el personal que los sostiene; pero... ¿cuáles serían las consecuencias de semejante reforma?»

»Si se dejasen entrar libremente los tejidos extranjeros, los hierros y los metales trabajados, los consumidores se encontrarían bien durante algún tiempo, por lo ménos, y algunas industrias alcanzarían beneficios. Pero es seguro que este cambio instantáneo é inesperado causaría *inmensos desastres* en la industria; que *capitales enormes quedarían*

improductivos, y que centenares de miles de obreros se encontrarían de repente sin trabajo y sin pan. Inglaterra y Bélgica, por ejemplo, podrían dar fácilmente á la Francia la mitad de su consumo, la cual reduciría en una cantidad igual la fabricación interior, ocasionando á la vez pérdidas considerables á los amos de fábricas que se encontrasen todavía en estado de continuar su producción. Lo mismo sucedería con la industria de tejidos. Inglaterra, Bélgica y Alemania inundarían la Francia con sus productos, y ante esas importaciones desusadas, la mayor parte de nuestras fábricas sucumbirían bien pronto. Ningun país se atrevió nunca á hacer semejante experiencia, ni siquiera con una sola rama de su industria. Los hombres de Estado que estaban y que continúan estando todavía aferrados á las teorías de Adam Smith, retrocedieron ante una empresa de este género, y yo confieso que la encuentro llena de amenazas y de peligros.»

¿Son bastante enérgicas y claras estas palabras? Es de sentir que el autor, en vez de detenerse ante el hecho material, no haya deducido teóricamente los motivos de sus terrores. Si lo hubiese hecho así, su crítica tendría una autoridad que no obtendrá la mía, y acaso el problema de la balanza del comercio, resuelto por un economista de primer orden, discípulo y amigo de Say, habría dado una regla á la opinión, y prepararía las bases de una verdadera asociación entre los pueblos. Pero el Sr. Fix, dominado por las teorías económicas y persuadido de su certeza, no podía ir más allá del presentimiento de su contradicción. ¿Quién creerá, después del terrible programa que acabamos de leer, que el Sr. Fix haya tenido el valor de terminar con este extraño pensamiento: *Esto no destruye en nada la excelencia de la teoría y la posibilidad de su aplicación?*...

Yo, por mi parte, me veo precisado á repetirlo: cuanto más vivo y cuanto más profundizo las opiniones de los hombres, tanto más me persuado de que somos una especie de profetas inspirados por una fuerza sobrenatural, y que hablamos por la abundancia del dios que nos hace vivir. Pero ¡ay!... en nosotros existe algo más que el dios: hay también el animal, cuyas sugerencias, furiosas ó estúpidas, turban nuestra razón y hacen divagar nuestro entusiasmo. No sólo, pues, el genio fatídico de la humanidad me obliga á suponer un Dios; es preciso que admita todavía, como complemento de esta hipótesis, que en el hombre vive y respira todo el reino animal. El teísmo tiene por corolario la metempsicosis.

¡Cómo!... hé ahí una teoría que contradice los hechos constantes y universales, resultados espontáneos de la energía humana que no pueden dejar de producirse! ¡Y á esta teoría, que debería empezar por darnos la filosofía de estos mismos hechos, en vez de rechazarlos sin entenderlos, se la declara indudable y excelente!...—Hé ahí una teoría que sus partidarios reconocen inaplicable á la Francia, á la Inglaterra, á la Bélgica, á la Alemania, á la Europa entera y á las cinco partes del mundo, pues inaplicable es cuando no se puede poner en práctica sin causar *inmensos desastres, sin hacer improductivos enormes capitales, sin quitar el pan y el trabajo á centenares de miles de obreros, y sin matar la mitad de la fabricación de un país*; hé ahí una teoría, repito, que, á pesar del deseo de los gobiernos, es inaplicable en el siglo XIX, como lo fué en todos los anteriores; una teoría que lo será también mañana y en lo sucesivo, porque siempre, y en cada punto del globo, por efecto de las actividades nacionales é individuales, por la constitución de los monopolios

y por la variedad de los climas, se producirán siempre divergencias de intereses y rivalidades, por consiguiente, bajo pena de muerte ó de servidumbre, coaliciones y exclusiones; y sin embargo, por el honor de la escuela se persiste en afirmar la posibilidad de su aplicacion, se propaga, se defiende y se presenta al mundo como una verdad indiscutible!...

Tened paciencia, nos dicen: el mal causado por la libertad de los cambios será pasajero, mientras que el bien que de ella resulte será permanente é incalculable; pero... ¿qué me importan estas promesas de felicidad para las generaciones venideras, cuya realidad nadie garantiza y que, si algun día se cumplan, serán compensadas con otros desastres? ¿Qué me importa saber, por ejemplo, que Inglaterra puede darnos, á 150 francos cada 100 kilos, los mismos rails que pagamos á nuestros fabricantes á razon de 359,50, y que el Estado ganaria en este comercio 200 millones; que el hecho de rechazar los animales extranjeros hizo bajar el consumo de carne un 25 por 100 por persona, y que la salud pública está afectada; que la introduccion de las lanas extranjeras, produciendo una reduccion media de un franco por pantalon, dejaria 30 millones en los bolsillos de los contribuyentes; que los derechos sobre los azúcares sólo son beneficiosos para los falsificadores; que es absurdo que dos países, cuyos habitantes se ven desde sus ventanas, se encuentren más separados los unos de los otros que si los dividiesen las murallas de la China: qué me importan, repito, todas esas diatribas, cuando despues de haberme conmovido con el espectáculo de las miserias prohibicionistas, se enfria mi entusiasmo con la consideracion de los males incalculables que la falta de proteccion nos ocasionaria? Si compramos los hierros ingleses, ganaremos 200 millones; pero nuestras fá-

bricas sucumbirán, nuestra industria metalúrgica quedará desmantelada, y cincuenta mil obreros se encontrarán de repente *sin trabajo y sin pan*. ¿En dónde está la ventaja? Está, se nos dice, en que despues de ese sacrificio tendremos siempre el hierro barato. Entiendo:

Nuestros sobrinos segundos nos deberán esa sombra.

Pero yo prefiero trabajar un poco más y no morir: el cuidado de mis hijos no puede ir hasta arrojarme al abismo para que ellos tengan el placer de contar un Curcio entre sus antecesores. ¡Ah! Si yo pudiese aceptar esos ofrecimientos ventajosos sin comprometer mi libertad y mi existencia, la situacion variaria: si á lo ménos estuviese seguro del beneficio que se promete á mis hijos, ¿se cree que yo resistiria?

Una cuestion de oportunidad, ó mejor dicho, una cuestion de eternidad, domina todo el debate y separa á los partidarios de la proteccion de los del libre cambio. Los economistas, tan desdeñosos con los inventores de utopias, proceden en esto como los utopistas: piden un gran sacrificio, una subversion inmensa y miserias inusitadas, en cambio de una eventualidad de bienestar incierto, irrealizable, segun ellos, inmediatamente, lo cual significa, para la sociedad, eternamente. ¡Y se indignan contra los que no creen en sus cálculos!... ¿Por qué, pues, no abordan la dificultad resueltamente? ¿Por qué no tratan de buscar para el mal que puede resultar de la abolicion de ciertos monopolios (como lo han hecho para la division del trabajo, las máquinas, la competencia y el impuesto), si no una compensacion, un paliativo á lo ménos? Vamos, caballeros; entrad en la cuestion, porque hasta hoy habeis per-

manecido en la vaguedad del anuncio: probad de qué modo la teoría del comercio libre es aplicable, quiero decir, benéfica y racional, á pesar de la repugnancia de los gobiernos y de los pueblos, á pesar de la universalidad y la permanencia de los inconvenientes. ¿Qué se necesita, en vuestro concepto, para que se realice en todas partes sin producir esos *inmensos desastres*, sin que haga sentir cada vez más al proletariado el yugo del monopolio, y sin comprometer la libertad, la igualdad y la individualidad de las naciones? ¿Cuál sería el nuevo derecho entre los pueblos? ¿Qué relaciones se establecerían entre el capitalista y el obrero? ¿Cuál sería la intervención del gobierno en el trabajo? Todas estas investigaciones os pertenecen; todas estas explicaciones debéis dárnoslas. Acaso, por la tendencia de vuestra teoría, sois, sin saberlo, una nueva secta de socialistas; pero... no temáis las recriminaciones y hablad. El público conoce perfectamente vuestras intenciones conservadoras; y en cuanto á los socialistas, podeis estar seguros de que se alegrarían mucho al veros entre sus filas, y que no pensarían siquiera en burlarse de vosotros.

Pero... ¿qué estoy haciendo? Es poco generoso provocar á personas tan inocentes como los economistas. Demostrémosles, cosa nueva para la mayor parte de ellos, demostrémosles que se encuentran en el camino de la verdad siempre que se contradicen, y que su teoría del libre cambio en particular, sólo tiene mérito porque es la teoría del libre monopolio.

— ¿No es una cosa evidente por sí misma, clara como el día, aforística como la redondez del círculo, que la libertad de comercio, al suprimir toda traba á las comunicaciones y á los cambios, deja el campo más libre á todos los antagonismos, extiende el dominio

del capital, generaliza la competencia, hace de la miseria de cada nación, como de su aristocracia financiera, una cosa cosmopolita, cuya vasta red, sin cortes ni soluciones de continuidad, abraza en sus mallas solidarias la totalidad de la especie?

Si los trabajadores, como los germanos de que nos habla Tácito, como los tártaros nómadas, como los árabes pastores, y como todos los pueblos medio bárbaros, habiendo recibido cada uno su porción de terreno y debiendo producir por sí mismos todos los objetos de su consumo, no se comunicasen entre sí por el cambio, no habría habido nunca ricos ni pobres; nadie ganaría nada, pero nadie se arruinaría tampoco. Y si las naciones, como las familias que las componen, lo produjesen todo en sí y para sí, viviendo sin relaciones comerciales, es evidente que ni el lujo ni la miseria pasarían de una á otra por el vehículo del cambio, que podemos calificar perfectamente de contagio económico. El comercio crea á la vez la riqueza y la desigualdad de las fortunas, y por el comercio, la opulencia y el pauperismo están en progresión continua. Luego es evidente que allí en donde el comercio se detiene, allí cesa la acción económica y reina una inmóvil y comun medianía. Todo esto es tan sencillo y de una evidencia tan perentoria, que debía pasar desapercibido á los ojos de los economistas que, no habiendo admitido nunca la necesidad de los contrarios, están condenados á vivir siempre fuera del sentido común.

Hemos demostrado ya la necesidad del comercio libre, y ahora completaremos esta teoría probando que, cuanta más latitud obtiene la libertad, tanto más es, para las naciones mercantiles, una nueva causa de opresión y de bandolerismo. Si nuestras palabras responden, pues, á nuestra convicción, habremos descubierto el sentido de la reforma empren-

dida con tanto ruido por nuestros vecinos de ultra-Mancha, y habremos presentado desnuda, á los ojos del pueblo, la más grande de todas las mistificaciones económicas.

El argumento capital de Say, él que en la cruzada organizada contra el régimen protector desempeñó el papel de Pedro el Ermitaño, consiste en este silogismo:

«*Mayor.* Los productos se pagan con productos; las mercancías se compran con mercancías.

»*Menor.* El oro, la plata, el platino y todos los valores metálicos, son productos del trabajo, mercancías como el carbon, el hierro, la seda, los paños, los hilos y los cristales.

»*Conclusion.* Luego, si toda importacion de mercancías se paga con una exportacion equivalente, es absurdo creer que puede existir ventaja para una ú otra nacion, segun que una parte de las mercancías expedidas en cambio, consista en numerario ó no.— Léjos de esto, el oro y la plata son mercancías cuya única utilidad se reduce á servir de instrumentos de circulacion y de cambio á las demás; la ventaja, pues, si existe, la obtendrá la nacion que reciba del extranjero más productos de los que dá; y léjos de buscar el nivel de las condiciones del trabajo por medio de la aduana, es preciso nivelarlas por medio de la libertad más absoluta.»

En consecuencia, J. B. Say establece, como corolarios de su famoso principio, *los productos se pagan con productos*, las proposiciones siguientes:

1.^a *Una nacion gana tanto más, cuanto la suma de los productos que importa excede á la suma de los productos que exporta.*

2.^a *Los negociantes de esta nacion ganan tanto más, cuanto el valor de los productos que reciben, excede al de las mercancías que exportaron.*

Esta argumentacion, que es inversa á la de los partidarios de la balanza del comercio, pareció tan clara y decisiva ante los efectos subversivos del régimen protector, que todos los hombres de Estado que se precian de ser independientes y progresistas, todos los economistas de algun valer, la adoptaron resueltamente. Hoy, ni siquiera se discute con los que sostienen la opinion contraria; se los pone en ridículo, y nada más.

«Se olvida generalmente que los productos se compran con productos... Los ingleses pueden muy bien darnos sus productos baratos, pero yo ignoro que nos los den de balde. No se comercia con personas que no tienen que cambiar. Si la Francia victoriosa obligase á su pérfida vecina á trabajar para ella; si la Inglaterra, para pagar su tributo, nos enviase *gratuitamente* todos los años lo que nos hace pagar demasiado caro todavía, los prohibicionistas, para ser consecuentes, deberian gritar ¡traicion!... Confesamos que hay argumentos bastante fuertes contra nosotros, porque el adversario maneja un arma de dos filos. Si la Inglaterra nos *toma*, como en 1815, dicen que nos arruinamos; si nos *dá*, como nosotros suponemos, entónces gritan más todavía.» (*Diario de los Economistas*, Agosto de 1842.)

Y en los números del mismo Diario correspondientes á los meses de Noviembre de 1844, Abril, Junio y Julio de 1845, un economista de notable talento, inspirado por la más generosa filantropía, y lo que parece más extraño, dirigido por las ideas más igualitarias; un hombre que yo aplaudiria mucho más si no debiese su rápida celebridad á una tésis inadmisibile, se encargó de probar, entre los aplausos del mundo economista,

Que nivelar las condiciones del trabajo es atacar el cambio en su principio;

Que no es cierto que el trabajo de un país pueda ser ahogado por la competencia de los países más favorecidos;

Que aún cuando esto fuese exacto, los derechos protectores no igualan las condiciones de la producción;

Que la libertad nivela estas condiciones en todo lo posible;

Que los países menos favorecidos son los que ganan más en el cambio;

Que la Liga y Roberto Peel han merecido bien de la humanidad por el ejemplo que han dado á las demás naciones;

Y que todos los que pretenden y sostienen lo contrario, son unos verdaderos *sisifistas*.

Seguramente, gracias á la audacia y al aplomo de su polémica, el Sr. Bastiat, de las Landas, puede jactarse de haber maravillado á los economistas, fijando tal vez á aquellos cuyas ideas sobre el libre cambio eran flotantes todavía. En cuanto á mí, confieso que no encontré nunca sofismas más sutiles y más encadenados, expuestos con tanta conciencia y con un aire de verdad tan franco, como los *sofismas económicos* del Sr. Bastiat.

Yo me atrevo á decir, sin embargo, que si los economistas de nuestro tiempo cultivasen menos la improvisación y un poco más la lógica, habrían apercibido fácilmente el vicio de los argumentos del Cobden de los Pirineos, y que en vez de procurar que la Francia industrial marche arrastrada por la Inglaterra á la abolición total de las barreras, habrían gritado: *¡Guardémonos de semejante cosa!...*

¡Los productos se compran con productos! Hé ahí un magnífico, un incontestable principio, por el cual desearia yo que se le elevase una estatua á J. B. Say. En lo que me concierne, he demostrado

la verdad de este principio al exponer la teoría del valor, y probé además que era el fundamento de la igualdad de fortunas y del equilibrio en la producción y en el cambio.

Pero cuando se añade, como segundo término del silogismo, que *el oro y la plata amonedados son una mercancía como otra cualquiera*, se afirma un hecho que sólo es cierto en potencia; se hace, por consiguiente, una generalización inexacta, desmentida por las nociones elementales que ofrece la economía política misma sobre la moneda.

El dinero es la mercancía que sirve de instrumento á los cambios; es decir, la reina de las mercancías, la mercancía por excelencia, la que es siempre más pedida que ofrecida, la que domina todas las demás, la que se acepta en toda clase de pagos; por consiguiente, la que representa todos los valores, todos los productos y todos los capitales posibles. Y en efecto; el que tiene mercancías no tiene por eso riqueza, porque falta llenar la condición de cambio; condición peligrosa, como todo el mundo sabe, sujeta á mil oscilaciones y á mil accidentes. Pero el que tiene moneda tiene riqueza, porque posee el valor más idealizado y más real á la vez; posee lo que todo el mundo quiere tener; por medio de esta mercancía única, puede adquirir cuando quiera, con las condiciones más ventajosas y en la ocasión más favorable, todos los demás productos: en una palabra; el dinero le hace dueño del mercado. El tenedor de moneda es, en el comercio, como el que en el juego del tresillo tiene los triunfos. Se puede sostener perfectamente que todos los naipes tienen entre sí un valor de posición y otro relativo; hasta se puede añadir que el juego sólo se efectúa por el cambio de todos los naipes los unos por los otros; pero esto no impide que los triunfos ganen á

los demás, y que entre los mismos triunfos, los primeros venzan á los otros.

Si todos los valores estuviesen determinados y constituidos como el dinero; si cada mercancía pudiese ser inmediatamente y sin pérdida aceptada en cambio de otra en el comercio internacional, sería indiferente saber si la importacion era ó no superior á la exportacion: casi se puede decir que esto no tendria sentido, á no ser que la suma de los valores de una nacion excediese la suma de los valores de la otra. En este caso, sería como si la Francia cambiase una moneda de 20 francos por una libra esterlina, ó un buey de 40 quintales por otro de 30. En el primer cambio habria ganado 20 por 100; pero en el segundo habria perdido 25. Sólo en este sentido, J. B. Say habria tenido razon para decir *que una nacion gana tanto más, cuanto el valor de las mercancías que importa excede el de las que exporta*. Pero no es este el caso en la condicion actual del comercio: la diferencia de la importacion y la exportacion se refiere únicamente á aquellas mercancías que debieron pagarse con numerario, y yo sostengo que esta diferencia no es indiferente. — Asi lo habian comprendido los partidarios del sistema mercantil, que no eran más que unos partidarios de las prerogativas del dinero. Se ha dicho, se repitió y se repite todos los dias, que sólo consideraban como riqueza el metálico; pero esta es una pura calumnia. Los mercantilistas sabian, como nosotros, que el oro y la plata no son la riqueza, sino el instrumento omnipotente de los cambios; por consiguiente, el representante de todos los valores que componen el bienestar, un talisman que dá la felicidad. Y la lógica no les ha faltado cuando al valerse de una sinécdoque, llamaron riqueza al producto que mejor la condensa y la realiza.

Por lo demás, los economistas no desconocieron la ventaja inherente á la posesion del dinero; pero como no supieron darse cuenta teóricamente de esta excepcion de la mercancía oro y plata; como no han visto en ella más que una preocupacion vulgar; como á sus ojos, las materias amonedadas eran una mercancía ordinaria que se tomó por instrumento de cambio, porque es más portátil, más rara y ménos alterable, sus teorías y, digámoslo de una vez, su ignorancia sobre la moneda, los obligó á desconocer su verdadero papel en el comercio, y su guerra á las aduanas no es más, en el fondo, que la guerra al dinero.

En el capítulo del valor, hice ver que el privilegio del dinero data desde su origen, y que es todavía el único valor determinado que circula entre los productores. Creo inútil tratar de nuevo esta cuestion agotada; pero es fácil comprender, despues de lo que se dijo, por qué razon el que posee numerario y tiene el oficio de prestar ó vender dinero, obtiene por eso sólo una superioridad marcada sobre todos los productores, y por qué, en fin, la banca es la reina de la industria y del negocio.

Una vez introducidas en la teoría de Say estas consideraciones fundadas en los datos más elementales de la economía política, toda su teoría del libre cambio y de los mercados, tan ligeramente aceptada por sus discípulos, aparece como la extension indefinida de aquello mismo que condenan; quiero decir, de la espoliacion de los consumidores y del monopolio.

Continuemos, pues, la demostracion teórica de esta antítesis, y vendremos despues á la aplicacion y á los hechos.

Say sostiene que el dinero no produce los mismos efectos entre las naciones que entre los particulares;

pero yo niego positivamente esta proposición, que Say emitió porque desconocía la verdadera naturaleza del dinero. Los efectos de la moneda, aunque entre las naciones se produzcan de una manera ménos aparente, y sobre todo ménos inmediata, son exactamente los mismos que se realizan entre los particulares.

Supongamos el caso de una nación que comprase sin cesar toda clase de mercancías, sin dar en cambio más que su dinero. Yo tengo el derecho de hacer esta suposición extrema, como el economista á quien ántes he citado, tenía el derecho de decir que si la Inglaterra nos diese sus productos de balde, los prohibicionistas, para ser consecuentes, deberían gritar: ¡Traición! Yo uso el mismo procedimiento, y para poner de relieve la imposibilidad del régimen contrario, empiezo por suponer una nación que *compra* todo y que no *vende* nada. A pesar de las teorías económicas, todo el mundo sabe lo que esto significa.

¿Qué sucederá, pues?

Que la parte del capital de esta nación que consiste en metales preciosos, se agotará, y que los países vendedores se la enviarán *mediante hipoteca*; lo cual quiere decir que esta nación, como los proletarios romanos destituidos de patrimonio, se venderá á sí misma para vivir.

¿Qué se contesta á esto?

Se replica con el hecho mismo que todo el mundo teme y que es la condenación del libre cambio. Se dice que si el dinero se hace raro en una parte y abundante en la otra, habrá reflujo de los capitales metálicos de las naciones que venden á la nación que compra; que ésta podrá aprovecharse del bajo precio del dinero, y que esta alternativa de alza y baja restablecerá el equilibrio.

Pero esta explicación es irrisoria. ¿Se dará el dinero de balde? Toda la cuestión está aquí. Por pequeño, por variable que sea el interés de las sumas prestadas, con tal que este interés sea algo, marcará la decadencia lenta ó rápida, continua ó intermitente del pueblo que, comprando siempre y no vendiendo jamás, toma prestado sin cesar á sus propios mercaderes.

Ahora veremos en qué se convierte un país cuando se obliga por medio de la hipoteca.

Así, pues, la deserción del capital nacional que Say había señalado como la única cosa que podía temerse de una importación excesiva, es inevitable: es cierto que no se realiza por medio del transporte material de los capitales; pero tiene lugar por medio del transporte de la renta y por la pérdida de la propiedad, lo cual es, exactamente, la misma cosa.

Pero los economistas no admiten el caso extremo que nosotros suponemos y que, evidentemente, los condenaría. Observan, con razón, que ningún país trata exclusivamente con el dinero, y que es preciso raciocinar sobre la realidad y no sobre hipótesis. Después de haber llevado los principios hasta sus últimas consecuencias para refutar á sus adversarios, no pueden sufrir que se haga lo mismo con ellos para demostrar la falsedad de su teoría, lo cual es confesar paladinamente que no creen en ella si se trata de aplicarla en todo su rigor. Coloquémonos, pues, en el terreno de la realidad, y veamos si tomando esos principios por el justo medio de los economistas, resultan verdaderos.

Yo, por mi parte, sostengo que el mismo movimiento de deserción se manifestará, si bien con ménos intensidad, aunque en vez de pagar la totalidad de las adquisiciones con dinero, el país importador salde una parte de ellas con sus propios productos.

¿Cómo es posible oscurecer una proposición de evidencia matemática? Si la Francia importa anualmente 100 millones en productos ingleses, y exporta para Inglaterra 90 en los suyos, es claro que los 10 restantes se pagarán con dinero, salvo el caso en que se salden con letras de cambio giradas contra otros países, lo cual está fuera de la hipótesis. En este caso, la Francia irá enajenando 10 millones de su capital cada año; y los enajenará á bajo precio, porque á medida que el préstamo vaya creciendo, es claro que se irá dando poco dinero por una grande hipoteca.

Otro error de los economistas.

No satisfechos con haber asimilado el dinero á las demás mercancías, los adversarios del régimen protector cometen una confusión no ménos grave, asimilando los efectos del alza y baja del dinero á los del alza y baja de los demás productos. Como sobre esta confusión gira principalmente su teoría del libre cambio, nos parece necesario aclarar la cuestión remontándonos á los principios.

El dinero, hemos dicho en el capítulo II, es un valor variable, aunque constituido; los demás productos, ó la inmensa mayoría de ellos, á lo ménos, no sólo son variables en su valor, sino que están entregados á la arbitrariedad. Esto significa que el dinero puede muy bien variar en una plaza en su *cantidad*, y variar de tal modo, que con la misma suma se obtengan más ó ménos productos; pero en su *calidad*, permanece siempre invariable; es decir que, á pesar de las variaciones de la proporcionalidad de la mercancía monetaria, ésta continúa siendo la única aceptable en toda clase de pagos, la soberana de las demás, aquella cuyo valor, por un privilegio transitorio si se quiere, pero real, está social y regularmente determinada en sus oscilaciones, y

cuya preponderancia está invenciblemente establecida. Supongamos que el trigo sube de repente y se sostiene cierto tiempo á un precio extraordinario, mientras que el dinero descende á la tercera ó cuarta parte de su valor: ¿se sigue de aquí que el trigo ocupará el lugar del dinero, que le servirá de medida, que se podrán pagar con él la contribucion, los efectos de comercio, las rentas sobre el Estado, etc., etc.? No, seguramente. Hasta que por una reforma radical en la organizacion de la industria, todos los valores queden constituidos y determinados como la moneda (si es posible que esta constitucion pueda ser algun dia definitiva), el dinero conservará siempre su imperio, y sólo refiriéndose á él se podrá decir, que acumular riqueza es acumular poder.

Ahora bien: cuando los economistas, confundiendo todas estas nociones, dicen que si el dinero escasea en un país, vendrá atraído por el alza, respondo que esta es, precisamente, la prueba de que este país se enajena, y que en eso consiste la desercion de su capital. Y cuando añaden que los capitales metálicos, acumulados en un punto por una exportacion superior, se ven precisados despues á expatriarse y á volver á los sitios donde escasean para emplearse, replico tambien que esa vuelta del dinero es un signo de la decadencia de los pueblos importadores, y un anuncio del imperio financiero que pesa sobre ellos.

Por lo demás, el importante fenómeno de la subalternizacion de los pueblos por el comercio, pasó desapercibido á los economistas porque se detuvieron en la superficie del hecho y no escrutaron las leyes ni las causas. En cuanto á la materialidad del suceso, la percibieron bien, y sólo se equivocaron al apreciar la significacion y las consecuencias. Sobre este

punto, como sobre todos los demás, en sus escritos están reunidas las pruebas que los agobian.

Yo he leído en *Los Debates* del 27 de Julio de 1845, que el valor de las exportaciones de Francia en 1844 fué de 40 millones ménos que las importaciones; y que en 1843, esta misma diferencia habia ascendido á 180 millones. No hablemos de los años anteriores; pero yo pregunto al autor del artículo, que no se olvidó de largar una andanada al sistema mercantil: ¿qué ha sido de esos 200 millones en metálico que sirvieron de pico y que la Francia ha pagado? El alza de los capitales en nuestro país los debió hacer volver: hé ahí lo que debe responder, segun la teoría de J. B. Say. Y en efecto, parece que han vuelto: toda la prensa política é industrial nos hizo saber que una tercera parte de los capitales empleados en nuestros caminos de hierro, por no citar ahora más que esta rama de la especulacion, eran capitales suizos, ingleses y alemanes; que los Consejos de administracion de los mismos estaban compuestos, en parte, de extranjeros, presididos por extranjeros, y que varias vías de las más productivas, entre otras la del Norte, se habian adjudicado á extranjeros. ¿Es esto claro? Pues hechos análogos pasan en todos los puntos del territorio: casi toda la deuda hipotecaria de la Alsacia está inscrita en favor de capitalistas baleses, por cuyo medio el capital nacional vuelve con la estampilla extranjera á convertir en siervos á los que ántes eran propietarios.

Los capitales metálicos volvieron, pues, pero no volvieron de balde: ¿qué se dió en cambio de ellos? ¿Mercancías tal vez? No, porque nuestra importacion es siempre superior á la exportacion; porque, para sostener esta exportacion, tal cual es, nos vemos precisados á defendernos de la importacion; luego es indudable que se cambiaron por rentas, por

dinero, supuesto que, por poco que produzca el dinero, este empleo de los capitales es mejor para los extranjeros que comprar nuestras mercancías, que no necesitan, y que tendrán, al fin, lo mismo que nuestro dinero. Vemos, pues, que enajenamos nuestro patrimonio, y que nos estamos convirtiendo en colonos del extranjero: ¿cómo es posible decir, despues de esto, que cuanto más importamos más ricos nos hacemos?

El lector comprenderá fácilmente que aquí está el nudo de la dificultad; así es que, á pesar del atractivo que tienen los hechos en una polémica de este género, deben ceder ante el análisis; por consiguiente, ruego que se me permita permanecer por algunos momentos más en la teoría pura.

El Sr. Bastiat, este Aquiles del libre cambio, cuya brusca aparicion ha deslumbrado á sus colegas, desconociendo el papel que el dinero desempeña en el cambio y confundiendo, como todos los economistas, el valor regularmente oscilante de la moneda con las fluctuaciones arbitrarias de las mercancías, se arrojó, siguiendo á Say, en un dédalo de argucias capaz, tal vez, de embarazar á un hombre extraño á los asuntos comerciales, pero que se desvanece con la mayor facilidad del mundo ante la verdadera teoría del valor y del cambio, dejando conocer al instante la miseria de las doctrinas económicas.

«Hé ahí, dice el Sr. Bastiat, dos países: A y B.— B tiene toda clase de ventajas sobre A, y vosotros deducís al momento que el trabajo se concentra en A, y que B queda imposibilitado de trabajar.»

¿Quién habla aquí de *concentracion* y de *imposibilidad*? Coloquémonos francamente en el verdadero terreno de la cuestion. Nosotros suponemos dos países que, abandonados á sus facultades propias, pro-

ducen objetos similares ó análogos; pero en abundancia y baratos el uno, y con escasez y caros el otro. Estos dos países, por la hipótesis, no estuvieron nunca relacionados; por consiguiente, no se puede hablar todavía de concentracion del trabajo en uno, ni de imposibilidad de producir en el otro. Es claro que su poblacion y su industria están en razon de sus facultades respectivas: pues bien; se desea saber lo que sucederá en estos dos países desde el momento en que se relacionen por medio del comercio. Esta es la hipótesis: ahora decid si la aceptais ó no.

«A, vende mucho más de lo que compra; B, compra mucho más de lo que vende. Yo podria contestar, pero quiero colocarme en vuestro propio terreno.»

¡Contestad, por Dios!... Nada de concesiones: esa falsa generosidad es desleal y hace concebir dudas.

«En esta hipótesis, el trabajo es muy pedido en A, y bien pronto sube su precio. El hierro, la hulla, las tierras, los alimentos y los capitales son muy pedidos en A, y bien pronto sube tambien su precio.

»Durante ese tiempo, hierro, hulla, tierras, alimentos y capitales, todo está abandonado en B, y bien pronto baja de precio.

»Como A vende siempre y B compra sin cesar, el numerario pasa de B á A; lo cual significa que abunda en este último y falta en el primero.»

Hé ahí la cuestion. ¿Qué sucederá, pues? Que B, á fuerza de aprovecharse de la baratura de A, gastó todo su dinero:

«Pero abundancia de numerario, quiere decir que se necesita mucho para comprar otras cosas. Luego en A, á la carestía real que proviene de un pedido muy activo, se añade otra carestía nominal debida á la desproporcion de los metales preciosos.

»Escasez de numerario, significa que se necesita

poco para cada compra. Luego en B, una baratura nominal se viene á combinar con otra real.»

Detengámonos un momento ántes de llegar á la conclusion que deduce el Sr. Bastiat. A pesar de la claridad de su estilo, este escritor necesita con frecuencia un comentario que lo explique. La baratura nominal y real que se produce en B á consecuencia de sus relaciones con A, es el efecto directo de la superioridad productiva de A; efecto que no puede ser nunca más poderoso que su causa. En otros términos; sean cuales fueren las oscilaciones de los valores cambiables en los dos países considerados respectivamente, y aunque los salarios, la hulla, el hierro, etc., suban en A mientras bajan en B, es evidente que la pretendida baratura que reina en B no puede hacer nunca competencia á la pretendida carestía que se manifiesta en A, supuesto que la primera es resultado de la segunda, y que los industriales de A permanecen siempre dueños del mercado.

Ahora bien: los salarios, es decir, toda clase de productos, no pueden nunca forzar en A el pedido de los empresarios que hacen la exportacion; pedido que se regula á su vez por el mercado de B. Por otra parte, la baja ocasionada en B no puede convertirse nunca, para los explotadores de este país, en un medio que les permita luchar con sus competidores de A, supuesto que esta baja es el resultado de la importacion y no de los recursos naturales del suelo. Sucede en esto con el país importador, lo que con un reloj cuyas pesas llegaron al suelo; para que continúe andando, es necesario que una fuerza extraña le dé cuerda. El Sr. Bastiat identifica el dinero con las demás clases de mercancías, y cree haber encontrado el movimiento perpétuo; pero como esta identidad es falsa, sólo encontró la inercia.

« En estas circunstancias, continúa diciendo nuestro autor, la industria tendrá todo género de motivos; motivos, si así puedo decirlo, elevados á la cuarta potencia, para huir de A y venir á establecerse en B. Y para ser más exactos, debemos decir que ni siquiera habrá esperado este momento; que los cambios bruscos repugnan á la naturaleza, y que desde el principio, dentro de un régimen liberal, se habrá dividido progresivamente entre A y B, según las leyes de la oferta y del pedido; es decir, según las leyes de la justicia y de la utilidad.»

Esta conclusion no tendria réplica si no fuese por la observacion que hemos deslizado entre la *carestia nominal* de A y la *baratura real* de B. El señor Bastiat perdió de vista la relacion de causalidad que hace á la mercurial de este país dependiente de la del otro, y se imagina que los metales preciosos se pasearán tranquilamente de A á B y de B á A, como el agua en el nivel, sin más objeto ni más consecuencias que restablecer el equilibrio llenando los vacíos. ¿Por qué no dice lo siguiente, que seria más claro y más cierto: Cuando los obreros de B vean disminuir su salario y su trabajo á consecuencia de la importacion de las mercancías de A, abandonarán su patria é irán á trabajar á este país, como los irlandeses fueron á Inglaterra; y gracias á la competencia que harán á los obreros de A, arruinarán cada vez más á su nacion, al mismo tiempo que aumentarán la miseria general en su patria adoptiva. Entónces, la grande propiedad y la grande miseria reinarán en todas partes, y el equilibrio se restablecerá... ¡Extraño poder de fascinar el que ejercen las palabras!... El Sr. Bastiat acaba de reconocer la decadencia del país B; pero su espíritu, turbado por el alza y la baja, la compensacion y el equilibrio, el nivel, la justicia y el álgebra, toma

lo negro por lo blanco, la obra de Ahrimanes por la de Orsmud, y en esta decadencia manifiesta sólo vé una restauracion.

Cuando los industriales de A, enriquecidos por su comercio con B, no sepan qué hacer de sus capitales, decís que los llevarán á B, y es verdad; pero eso significa que comprarán las casas, las tierras, los bosques, los rios y los pastos de B; que formarán allí sus dominios correspondientes; que tendrán colonos y siervos, y que se convertirán en señores y príncipes, en virtud de la autoridad que más respetan los hombres; la del dinero. Con estos grandes señores feudales, la riqueza nacional expatriada volverá á entrar en el país, llevando consigo la dominacion extranjera y el pauperismo.

Poco importa, por lo demás, que esta revolucion se efectúe de una manera lenta ó repentina. Las transiciones bruscas, como dice muy bien el señor Bastiat, repugnan á la naturaleza; y las conquistas comerciales tienen por medida la diferencia de los gastos de produccion en las naciones invadidas y en las invasoras. Importa poco tambien que la nueva aristocracia venga de fuera ó se componga de indígenas enriquecidos por la banca y la usura, cuando servian de intermediarios entre sus compatriotas y los extranjeros: la revolucion de que me ocupo no se funda esencialmente en una inmigracion de los extranjeros ni en la exportacion del suelo. La division del pueblo en dos castas, bajo la accion del comercio exterior, y el establecimiento de un feudalismo mercantil en un país ántes libre y cuyos habitantes, salvo las demás causas de subalternizacion, podian permanecer iguales; hé ahí la esencia de esta revolucion, el fruto inevitable del comercio libre ejercido en condiciones desfavorables.

¡Cómo!... Porque no hayamos visto el suelo fran-

cés atravesar el canal de la Mancha y perderse en el Tamesis; porque nuestro gobierno, nuestras leyes y nuestros usos no se hayan modificado; porque no venga una colonia compuesta de todas las naciones con quienes cambiamos á colocarse en el lugar y sitio que ocupan nuestros treinta y cinco millones de habitantes, nada habrá cambiado, según vosotros!... Los despojos del país, devueltos bajo la forma de créditos hipotecarios, dividirán la nación en nobles y siervos; y sin embargo, no habremos perdido nada!... El efecto del libre comercio habrá sido reforzar y acrecentar la acción de las máquinas, de la competencia, del monopolio y del impuesto; y cuando la masa de los trabajadores vencidos, gracias á la invasion extranjera, se vea abandonada en brazos del capital, ¿aun querreis que guarde silencio; y cuando el Estado, lleno de deudas, no tenga más recurso que el de venderse prostituyendo la patria, será preciso que se humille ante el genio sublime de los economistas!...

Y no se diga que exagero. ¿No sabemos todos que Portugal, país políticamente libre, que tiene su rey, su culto, su constitucion y su idioma, gracias al tratado de Methuen y al libre cambio, se ha convertido en una colonia inglesa? El economista anglicano ya nos habria hecho perder el conocimiento de la historia; y ¿será cierto, como dice un defensor del trabajo nacional, que el bordelés quiere abrir de nuevo la Francia al inglés, como ya lo hizo en tiempo de Leonor de Guienne? ¿Será verdad que existe una conspiracion en nuestro país para vendernos á la aristocracia banquera de la Europa, como los mercaderes del Texas acaban de vender su país á los Estados Unidos?

Uno de nuestros diarios más acreditados y menos sospechosos en cuanto á preocupaciones prohibicio-

nistas, decia: «La cuestion del Texas era, en el fondo, una cuestion de dinero. Sobre el Texas pesaba una deuda muy considerable para un país sin recursos. El Estado tenia por acreedores á casi todos los ciudadanos influyentes, y el objeto principal de éstos consistia en cobrar sus créditos, sin pensar siquiera en quién debia pagarlos. No teniendo nada que vender, *negociaron con la independencia del país*. Creyeron que los Estados Unidos podian pagar mejor que Méjico, y si desde un principio hubiesen querido tomar á su cargo las deudas del Texas, la anexion seria un hecho hace ya mucho tiempo.» (*Constitucional*, 2 Agosto 1845.)

Hé ahí lo que quiso impedir el Sr. Guizot, y lo que no supo explicar desde la tribuna cuando la oposicion vino á pedirle cuenta de sus negociaciones relativamente al Texas. ¡Qué terror habria inspirado este ministro á su mayoría de tenderos, si se propusiese desarrollar esta magnífica tésis, tan digna de su talento oratorio: Las influencias mercantiles son la muerte de las nacionalidades, de las cuales sólo dejan subsistir los esqueletos!

El Sr. Bastiat, permítame expresarle aquí todo mi reconocimiento, está penetrado del más puro socialismo: ama, sobre todo, á su país, y profesa sin miedo la doctrina de la igualdad. Si con tanto calor defiende la causa del libre cambio; si se hizo misionero de las ideas de la Liga, es porque le sedujo, como á otros muchos, la palabra LIBERTAD que, por sí misma, sólo expresa una espontaneidad vaga é indefinida, y conviene perfectamente á todos los fanatismos, enemigos eternos de la verdad y de la justicia. Indudablemente; la libertad, para los individuos como para las naciones, implica igualdad; pero es cuando está definida, cuando recibió de la ley su forma y su potencia, y no mientras perma-

nece abandonada á sí misma, desprovista de toda determinacion, como existe en los salvajes. La libertad, comprendida de este modo, es, como la competencia de los economistas, un principio contradictorio, un equívoco funesto. Una nueva prueba de esto la vamos á adquirir bien pronto.

«En definitiva, observa el Sr. Bastiat, no es el don gratuito de la naturaleza lo que pagamos en el cambio, sino el trabajo humano. Yo llamo á mi casa á un obrero que llega con una sierra. Le doy dos francos de jornal y me hace veinticinco tablas. Si no se hubiese inventado la sierra, acaso no hubiese hecho una sola, pero yo le habria pagado su jornal. La *utilidad* producida por la sierra es, pues, para mí, un don gratuito de la naturaleza; ó mejor dicho, es una porcion de la herencia que yo recibo en comun con todos mis hermanos, y que nos dejó la inteligencia de nuestros antecesores... Luego, *la remuneracion no es proporcionada á las utilidades que el productor lleva al mercado*, sino á su trabajo: luego, en fin, el libre cambio, que tiene por objeto hacer gozar á todos los pueblos de las *utilidades gratuitas* de la naturaleza, no puede nunca perjudicar á nadie.»

Yo no sé lo que los Sres. Rossi, Chevalier, Blanqui, Dunoyer, Fix y otros defensores de las puras tradiciones económicas habrán dicho sobre esta doctrina del Sr. Bastiat que, eliminando de un solo golpe todos los monopolios, hace del trabajo el único y soberano árbitro del valor. No seré yo, seguramente, el que ataque la proposicion del Sr. Bastiat, supuesto que, á mis ojos, es el aforismo de la igualdad misma, y por lo tanto, la condenacion del libre cambio tal como los economistas lo entienden.

¡No es la utilidad gratuita de la naturaleza lo que yo debo pagar, sino el trabajo! Tal es la ley de la

economía social; ley poco conocida aún, que permanece envuelta en esas especies de mitos que llamamos division del trabajo, máquinas, competencia, etcétera, pero cuya oposicion misma la va descubriendo poco á poco. El Sr. Bastiat, como verdadero discípulo de Smith, ha reconocido y denunciado lo que debe ser, y por consiguiente, lo que viene, *quod fit*, olvidando completamente lo que es. Para que la ley del trabajo, que es la igualdad en el cambio, se cumpla sinceramente, es preciso que todas las contradicciones económicas se resuelvan; lo cual significa, relativamente á la cuestion que nos ocupa, que fuera de la asociacion, la libertad de comercio no es más que la tiranía de la fuerza.

El Sr. Bastiat explica perfectamente de qué modo el uso de la sierra ha llegado á ser un don gratuito; pero es seguro que hoy, con nuestras leyes de monopolio, si la sierra fuese desconocida, el inventor pediría al instante un privilegio de invencion, y se apropiaria, hasta donde posible fuese, el beneficio del instrumento. Pues bien: esa es, precisamente, la condicion de la tierra, de las máquinas, de los capitales y de todos los instrumentos de trabajo; y el Sr. Bastiat parte de una suposicion falsa, ó si se quiere, se adelanta ilegítimamente al porvenir, cuando, oponiendo la competencia al monopolio y las regiones tropicales á las zonas templadas, nos dice: «Si por un feliz milagro, la feracidad de todas las tierras cultivables se aumentase, no seria el agricultor, sino el consumidor, quien recibiría la ventaja de este fenómeno que se resolvería en abundancia y baratura. En cada hectólitro de vino habria ménos trabajo incorporado, y el agricultor sólo podría cambiarlo por un trabajo menor incorporado en otro producto cualquiera.»

Y más adelante:

«A es un país favorecido, y B otro país maltratado por la naturaleza. Yo digo que el cambio es ventajoso para los dos, y sobre todo para B, porque el cambio no consiste en *utilidades por utilidades*, sino en *valores por valores*. Ahora bien: A *dá más utilidad en el mismo valor*, supuesto que la utilidad del producto abraza lo que hizo la naturaleza y lo que hizo el trabajo, mientras que el valor sólo corresponde á lo que el trabajo ha hecho. Vemos, pues, que B hace un comercio que le es sumamente ventajoso, supuesto que, pagando al productor de A su trabajo solamente, recibe además utilidades naturales que él no dá.»

Sí, teneis razon, grito yo con toda la fuerza de mis pulmones: el trabajo crea el valor, no, como acabais de decirlo, y como lo aseguran todos vuestros colegas que os aplauden sin comprenderos, la oferta y el pedido; el trabajo es lo que debe pagarse y cambiarse, no la utilidad gratuita de la tierra; y no podiais decir nada que mejor demostrase vuestra buena fé y la incoherencia de vuestras ideas. En esas condiciones, la libertad más absoluta es siempre ventajosa y no puede perjudicar á nadie; pero los monopolios, los privilegios de la industria, el interés del capital, los derechos señoriales de la propiedad, ¿los habeis abolido? ¿Teneis acaso el medio de abolirlos? ¿Creeis siquiera en la posibilidad y en la necesidad de su abolicion? Yo os intimo que os expliqueis, pues en ello va la salud y la libertad de las naciones, y en asuntos de tanta importancia, el equívoco se convierte en parriicidio. Mientras el privilegio del territorio nacional y la propiedad individual queden sobrentendidos, la ley del cambio en vuestra boca será una mentira; y mientras no exista la asociacion y la solidaridad consentida entre los productores de todos los países, es decir, mientras no exista la co-

munidad de los dones de la naturaleza, cambiándose solamente los productos del trabajo, el comercio exterior no hará más que reproducir entre las razas el fenómeno de la servidumbre que la division del trabajo, el salariado, la competencia y todos los agentes económicos crean entre los individuos, y vuestro libre cambio será una fullería, si no preferís que diga una expoliacion que se ejerce á viva fuerza.

La naturaleza, para conducir los pueblos favorecidos á la asociacion general, los separó de los demás por medio de barreras naturales que dificultan sus invasiones y sus conquistas; ¡y vosotros, sin buscar garantías, quereis derribar esas barreras calificando de inútiles las precauciones de la naturaleza!... ¡Aventurais la independencia de un pueblo por satisfacer el egoismo de un consumidor que no quiere ser de su país!... ¡Al monopolio del interior sólo sabeis oponer el del exterior, y girais eternamente dentro del círculo fatal de vuestras contradicciones!... ¡Nos prometeis que el trabajo se cambiará por trabajo, y en la práctica vemos despues que es el monopolio el que se cambia por el monopolio, y que Breno, el enemigo del trabajo, arroja furtivamente su espada en la balanza.

La confusion de lo verdadero y de lo real, del derecho y del hecho, y ese desbarajuste que produce en las mejores inteligencias el antagonismo perpetuo de la tradicion y el progreso, hizo perder al Sr. Bastiat el conocimiento de las cosas más vulgares. Hé aquí un hecho que refiere en prueba de su tesis:

«En otro tiempo, decia un manufacturero en la Cámara de comercio de Manchester, exportábamos tejidos; más tarde esta exportacion dió lugar á la de los hilos, que son la materia primera de los tejidos; despues vino la de las máquinas, que son los instru-

mentos de producción del hilo; en seguida la de los capitales, con los cuales construíamos nuestras máquinas, y por último la de nuestros obreros y nuestro genio industrial, que son la fuente de nuestros capitales. Todos estos elementos de trabajo fueron, los unos tras de los otros, á servir allí en donde podían hacerlo con más ventaja, allí en donde la existencia es ménos cara y la vida más fácil. Gracias á esto, hoy se pueden ver en Prusia, Austria, Sajonia, Suiza é Italia, inmensas manufacturas fundadas con capitales ingleses, servidas por obreros ingleses y dirigidas por ingenieros ingleses.»

¡Hé ahí una magnífica justificación del libre cambio! Prusia, Austria, Sajonia é Italia, defendidas por sus aduanas y limitadas en sus compras por la medianía de su riqueza metálica, no admitían los productos ingleses sino con el beneficio del descuento, y sólo tomaban lo que podían pagar: los capitales ingleses, impacientes y rodeados de dificultades, salen de su país, van á naturalizarse en lugares inaccesibles, se hacen prusianos, austriacos, sajones é italianos, y corrigen, con su emigración, la injusticia de la suerte. ¡Allí, bajo la protección de las mismas aduanas que ántes los alejaban y que hoy los favorecen, secundados por el trabajo de los indígenas, que en nada se diferencian de los capitalistas, se apoderan del mercado, hacen competencia á la madre patria, rechazan sucesivamente todos sus productos, primero los tejidos, despues los hilos, más tarde las máquinas, en seguida los préstamos usurarios, y en esta nivelación de las condiciones del trabajo, en este hecho que revela tan enérgicamente la necesidad que cada pueblo tiene de no aceptar los productos de su vecino sino bajo la condición de igualdad en el cambio, en ese fenómeno que prueba la necesidad que los países

acepten los capitales extranjeros á título de fondos en participacion y no de préstamo, se quiere ver un argumento en favor de la libertad de comercio! O yo no entiendo una palabra, ó el Sr. Bastiat confunde las cosas más opuestas; la asociacion y el salariado; la usura y la comandita.

La contradicción que en la teoría de la balanza del comercio, como en las demás, ha extraviado á los economistas, impresionó, sin embargo, al Sr. Bastiat. Hubo un momento en que al parecer habia visto las dos faces del fenómeno; pero desgraciadamente, la lógica es todavía una cosa tan poco conocida en Francia, que el Sr. Bastiat, á quien la oposición de los principios le exigía que terminase con una síntesis, se refirió á este axioma que sólo es admisible en matemáticas: Dadas dos proposiciones, si se demuestra la falsedad de una de ellas, la otra es verdadera.

«El hombre, dice, produce para consumir; por consiguiente, es á la vez productor y consumidor... Si consultamos, pues, nuestro interés, vemos al momento que es doble. Como vendedores, deseamos la carestía; por consiguiente, la escasez: como compradores, queremos la baratura, ó, lo que es igual, la abundancia.»

Hasta aquí nada hay que censurar; pero ahí, precisamente, está la dificultad; bajo esa oposición desconsoladora estaba oculta la red en donde debia caer la sagacidad del Sr. Bastiat. ¿Qué partido debemos tomar, no digo entre mi persona y el vecino, supuesto que, para resolver esta cuestión, no es preciso *personalizarla*, sino, al contrario, *generalizarla*; qué partido debemos tomar, digo, entre los productores de una nación, que son á la vez consumidores, y los consumidores, que son á la vez productores de esta misma nación? A falta de lógica,

el buen sentido dice que es absurdo dar la preferencia á ninguna de estas categorías, supuesto que designan, no castas, sino funciones correlativas que comprenden á todo el mundo. Pero la economía política, esta ciencia de la discordia, no sabe ver las cosas en su conjunto; para ella no hay nunca en la sociedad más que individuos opuestos en sus intereses y en sus derechos; el Sr. Bastiat tuvo la desgracia de elegir, y se perdió.

«Supuesto que los dos intereses se contradicen, uno de ellos debe coincidir necesariamente con el interés social en general, mientras el otro le es antipático.» Y el Sr. Bastiat se propone demostrar muy larga y muy doctamente que el interés del consumidor es *más social en general* que el del productor, y que los gobiernos deben inclinarse en su favor la balanza de la protección. ¿No queda con esto suficientemente probado que los economistas no saben raciocinar?

El interés del consumidor, vos lo habeis dicho, es idéntico en la sociedad al del productor; por consiguiente, en materia de comercio internacional, es preciso raciocinar sobre la sociedad como sobre el individuo: si esto es así, ¿cómo podeis separar ambos intereses? Vos no podeis figuraros un consumidor comprando con otra cosa más que con sus propios productos; ¿cómo pretendéis, pues, probarnos que es indiferente para una nación comprar con su dinero ó con sus mercancías, supuesto que la consecuencia de este sistema es el consumo sin producción, lo que equivale á decir, la ruina? ¿Cómo olvidáis que el consumidor, la sociedad, no se aprovecha de la baratura de los objetos que compra, sino cuando los paga con una cantidad de productos que representa un valor igual?

Yo veo perfectamente lo que os preocupa: opondéis

al interés individual, que llamais producción, el interés social, que calificais de consumo; y como preferís el interés del mayor número al del más pequeño, no vacilais en inmolar aquella á éste. Vuestra intención es excelente, y tomo acta de ella; pero añado que estais en un gravísimo error, que habeis votado sí, cuando queríais decir no, que habeis confundido la sociedad con el egoísmo, y recíprocamente, el egoísmo con la sociedad.

Supongamos que en un país abierto al libre comercio, la diferencia entre las importaciones y las exportaciones proviene de un solo artículo, cuya producción, si hubiese sido protegida, habria hecho vivir á 20.000 hombres de los 30 millones que componen la nación. En nuestro sistema, el interés particular de estos 20.000 productores no puede ni debe pesar más que el interés de los 30 millones de consumidores, y la mercancía extranjera debe ser acogida. En mi concepto, este es un error, y sostengo que debe rechazarse, á no ser que se pague con productos indígenas; y al sostener esto, no lo hago por consideración á un interés de clase, sino por interés de la sociedad misma. La razón la he dado ya, y bastará recordarla en dos palabras. El valor monetario no es, como se dice, un valor igual á los demás, supuesto que al perder sus capitales metálicos, sus valores más idealizados y más sólidos, la nación pierde su sustancia, su vida y su libertad. Un hombre que perdiese su sangre continuamente por la picadura de una aguja, no moriría en una hora, pero podría morir en quince días; é importaría muy poco que la evacuación se efectuase por la garganta ó por el dedo meñique. Así, pues, á pesar del egoísmo monopolizador, á pesar de la ley de propiedad que á todos asegura la completa disposición de sus bienes, de los frutos de su trabajo y de su industria,

los miembros de una misma nacion son todos solidarios; ¿cómo esta relacion, que es á la vez de justicia y de economía, se os ha escapado? ¿Cómo no habeis visto la antinomia que danzaba bajo vuestra pluma?

¡Deplorable efecto de las preocupaciones de escuela!... Juzgando el Sr. Bastiat la cuestion del libre cambio desde el punto de vista estrecho del egoismo, cuando cree colocarse en el vasto horizonte de la sociedad, llama *teoría de la penuria* á aquella que, en su esencia (yo no defiendo las irregularidades y las vejaciones de la aduana), tiene por objeto asegurar el pago de los productos extranjeros con una cantidad equivalente de mercancías indígenas, circunstancia sin la cual la compra de objetos extranjeros, cualquiera que sea su precio, es en realidad un empobrecimiento. Llama tambien *teoría de la abundancia* á la que exige la libre entrada de todas las mercancías extranjeras, aun cuando hayan de pagarse con dinero; como si una libertad de esta especie, que sólo sirve para reforzar la ociosidad, no fuese un consumo sin cambio, un goce pródigo y una verdadera destruccion de capitales. Una vez lanzado en este terreno, fué necesario recorrerlo hasta el fin, y la extravagante denominacion de *sisifismo* que el autor aplica al partido de la restriccion, vino á terminar esta larga invectiva.

¡La teoría del libre monopolio, calificada de teoría de la abundancia!... ¡Ah! si no existiesen filósofos ni sacerdotes, bastarian los economistas para darnos la medida de la locura y de la credulidad humanas!...

Suprimid simultáneamente todas las tarifas, dicen los economistas, y como la baja es general, todas las industrias recibirán el beneficio; no habrá sufrimientos parciales, el trabajo nacional aumentará, y podreis vencer al extranjero. Con este razo-

namiento de niño, y despues de una brillante polémica, el Sr. Blanqui hizo callar al Sr. Emilio de Girardin, el único periodista francés que se propuso defender el trabajo nacional.

Indudablemente, si todos los industriales de un país pudiesen comprar baratas las primeras materias, nada habria cambiado en sus condiciones respectivas; pero ¿en qué resuelve esto la dificultad? Se trata del equilibrio de las naciones, no del equilibrio de las industrias privadas dentro de cada una de las naciones. Pues bien: yo me hago cargo de la observacion hecha, y pregunto: ¿á qué debemos esa baja general, esa ventaja de comprar con dos dias de trabajo lo que ántes nos costaba tres? ¿Será á nuestros propios esfuerzos ó á la importacion? La respuesta no es dudosa: será á la importacion. Pues si la causa primera de la baratura viene de fuera, ¿cómo añadiendo nuestro trabajo, aumentado con los gastos de transporte de la materia primera, al producto del extranjero, podremos competir con el extranjero mismo? Y si implica contradiccion que la baja producida por los productos extranjeros nos permita luchar contra ellos, ¿con qué mercancía pagaremos las que se importen? Con dinero, sin duda. Probad, pues, que la moneda es un producto como otro cualquiera, ó haced de modo que todas las mercancías equivalgan al dinero, ó callaos, porque no sois más que unos embrolladores y unos aturridos.

Dejemos entrar libremente los cereales, gritan á los colonos los liguistas ingleses; el precio de los servicios se reducirá en todas partes, la produccion del trigo inglés será más barata, y el colono, el propietario y el jornalero ganarán. Pero... no me cansaré de repetirlo; este es el movimiento continuo, y es preciso demostrarlo. Si la baja en el precio de los servicios se debe á la importacion de los trigos de

América y del mar Negro, ¿cómo la producción del trigo inglés podrá luchar con la producción del trigo ruso y americano? ¿Cómo es posible que el efecto venza á la causa? El precio del trigo extranjero, ¿no subirá en razón del pedido y no bajará en razón de la competencia? ¿No sufrirá todas las oscilaciones del mercado? Si los gastos de producción del trigo en Inglaterra, gracias á la importación americana, bajan tres francos por hectólitro, la producción inglesa, sostenida por la América, obligará á esta última á bajar sus precios tres francos más de lo que antes era; pero nunca la Inglaterra podrá, por este medio, tomar la ventaja. ¿Qué digo? Si todo baja en Inglaterra, la reducción de precio en sus mercancías es beneficiosa para los americanos, que asegurarán cada vez más la superioridad de sus cereales. Todavía una vez: demostrad lo contrario, ó retirad vuestras palabras.

Dejemos entrar en nuestro país, dice el Sr. Blanqui, los hierros, la hulla, los tejidos, todas las materias primeras de nuestro trabajo, y sucederá con cada una de nuestras industrias lo que sucedió con el azúcar de betarraga cuando se suprimieron los derechos que la protegían, que aumentó su fuerza. Desgraciadamente para la aserción del Sr. Blanqui, los fabricantes de azúcar de betarraga protestaron diciendo que el progreso obtenido en la fabricación lo debían, no á la competencia extranjera, sino á sus propios esfuerzos y á su propia inteligencia; que este progreso, en fin, lo debían á sí mismos, y no á los auxilios del extranjero. En el sistema del Sr. Blanqui, la protección más moderada debe perjudicar á la industria del país, y al contrario, esta industria (es ella misma quien lo asegura) progresa por la protección. Hemos visto que en algunos años la industria linera subió en Francia de 90.000 á

150.000 brocas. ¿Y cómo, á no ser que se asociasen las fábricas de azúcar francesas con las de las Antillas, las de hilados de la Bretaña con las de Bélgica, la baratura de la industria extranjera podría favorecer el desarrollo de la nuestra? Si un fabricante de azúcar de betarraga me dijese lo contrario, no le habria creído. Si el Sr. Blanqui quiso decir que la competencia extranjera, obrando como un estimulante, haria á nuestros industriales más inventores, y por consiguiente, nuestras manufacturas más fecundas, en ese caso, la introducción de los productos extranjeros no es más que un medio de alta policía comercial en manos del gobierno. Que se confiese así, y la causa será conocida; no habrá ya sobre qué discutir.

Si yo probase ahora que la libertad absoluta de comercio con la existencia de los monopolios nacionales é individuales, lejos de ser una causa de riqueza, lo es de carestía y de penuria, ¿me harían los economistas el obsequio de abandonar este nuevo escrúpulo?

La Francia no teme ni puede temer competencia de ningún género en sus vinos, porque el mundo entero los pide. Bajo este punto de vista, los productores de Burdeos, de Champagne y de Borgoña, ganarán con la libertad de comercio; hasta convengo en que, ocupando nuestra industria vinícola una quinta parte de la población del país, la supresión total de las barreras se presenta como una gran ventaja para nosotros. Los viñadores quedarán, pues, satisfechos, y el libre comercio no hará bajar el precio de sus vinos; al contrario, lo hará subir. Pero... ¿qué dirán sobre esto los labradores y los industriales? El consumo por persona, que sólo es de 95 litros en París, descenderá á 60; se tomará el vino como se toma el café, por medias tazas y por copitas, y esto es horrible para los franceses. Nuestros vinos,

por lo mismo que nacen y crecen en el mismo suelo donde nosotros nacemos y crecemos, nos son más necesarios que al resto de los hombres, y el mercado exterior nos los arrebatará infaliblemente.

Y ahora bien: ¿qué compensación se nos ofrece? No serán, seguramente, los vinos de Inglaterra y de Bélgica, ni los más reales, pero no menos inaccesibles al pueblo, de Porto, Hungría, Alicante y Madera; no serán tampoco las cervezas de Holanda ni los sueros alpinos. ¿Qué beberemos, pues? Nada; pero tendremos, dicen los economistas, el hierro, la hulla, la quincallería, las telas, los cristales y la carne más baratos; lo cual quiere decir que no tendremos vino y que habrá más trabajo, supuesto que demostramos ya la imposibilidad de hacer competencia al extranjero con sus propios productos.

Recíprocamente, los obreros ingleses verán bajar el precio del pan, del vino y de los demás comestibles; pero al mismo tiempo, el precio de la hulla, del hierro y demás objetos que produce la Inglaterra aumentará; y como para conservar su trabajo frente á frente de la competencia extranjera, tendrán que sufrir siempre nuevas reducciones en los salarios, vendrá á sucederles lo mismo que á los obreros franceses; es decir, que no podrán comprar sus productos ni los nuestros. ¿Quién se habrá aprovechado de la libertad? Los monopolizadores, los renteros, todos los que viven del crecimiento de sus capitales; en una palabra, los hacedores de pobres, cuya casta, bastante numerosa para devorar el excedente que dejan al colono las tierras de primera calidad, al minero las minas más ricas y al industrial las explotaciones más productivas, no permite que el trabajo se aplique á las tierras y explotaciones inferiores sin abandonar su renta. En este sistema de monopolios encadenados que se llama libertad de comercio, el

tenedor de los instrumentos de producción parece que dice al obrero: Tú trabajarás mientras puedas dejarme un excedente con tu trabajo, pero no irás más allá. La naturaleza quiso que el habitante de cada zona viviese, ante todo, de sus productos naturales, supuesto que obtiene con el excedente los que su país no produce; pero en el plan del monopolio sucede lo contrario: el trabajador no es más que un siervo del ocioso cosmopolita; el paisano polaco siembra para el lord inglés; el portugués y el francés producen sus vinos para todos los holgazanes del mundo; el consumo, si así puedo expresarme, está expatriado, y el trabajo mismo, limitado por la renta y reducido á una especialidad estrecha y servil, tampoco tiene patria.

Segun esto, despues de haber demostrado que la desigualdad de los cambios, á la larga arruina á las naciones que compran, vemos ahora que arruina tambien á las que venden. Una vez roto el equilibrio, la subversion se hace sentir en todas partes: la miseria se vuelve contra su autor; y así como en la guerra, el ejército conquistador acaba por extinguirse en la victoria, en el comercio el pueblo más fuerte acaba por ser el más estrujado. ¡Extraño fenómeno!... Say nos dice que en el libre cambio *toda la ventaja* está de parte del que recibe más; y en efecto, tomando la palabra ventaja en el sentido de perjuicio menor, Say tiene razon. Se sufre menos cuando se consume sin producir que cuando se produce sin consumir; y esto es tan cierto, que despues de haberlo perdido todo, aún queda el trabajo para conquistarlo.

Hace ya mucho tiempo que la Inglaterra viene siendo este país A de que nos habla el Sr. Bastiat; país capaz de proveer al mundo entero de una multitud de cosas, bajo condiciones mejores que todos

los demás pueblos. A pesar de las tarifas con que procuró rodearse por todas partes la desconfianza de las naciones, la Inglaterra ha recogido el fruto de su superioridad; agotó reinos enteros, y se llevó todo el oro de la tierra; pero al mismo tiempo, la miseria se descolgó sobre ella de todos los puntos del globo. Creacion de fortunas nunca vistas, desposesion de todos los pequeños propietarios, y metamorfosis de las dos terceras partes de la nacion en casta indigente: hé ahí lo que le han valido á la Inglaterra sus conquistas industriales. En vano se recurre á una teoría absurda para cambiar la opinion y ocultar la verdadera causa del mal; en vano, con la máscara del liberalismo, una intriga poderosa quiere llevar las naciones rivales á una lucha desastrosa: los hechos están ahí para instruir á las sociedades, y bastará analizarlos para convencerse de que toda infraccion de la justicia hiere al bandido como á su victima.

¿Qué más puedo decir? Los partidarios del libre monopolio no tienen siquiera el placer de seguir su principio hasta el fin, y su teoría termina siempre con una negacion de sí misma.

Supongamos que despues de abolidos los derechos sobre los cereales, y entrando la Inglaterra en el camino de nuestra gran revolucion, ordenase la venta de todos los dominios, y que el suelo, aglomerado hoy en manos de una imperceptible minoría, se dividiese entre los cuatro ó cinco millones de habitantes que constituyen la importancia de su poblacion agrícola. Seguramente, este procedimiento, previsto ya por algunos economistas, seria el mejor para salvar á la Inglaterra por algun tiempo de su horrorosa miseria, á la vez que se presentaria como un feliz suplemento de los *workhaus*. Pero una vez realizada esta gran medida revolucionaria, si el

mercado inglés continuaba, como ántes, inundado por los cereales y demás productos agrícolas del extranjero, es claro que los nuevos propietarios se verian obligados á vivir en sus tierras sacando de ellas pan, cebada, carne, legumbres, huevos, etc.; y no pudiendo cambiar ó cambiando con pérdida, supuesto que su produccion saldria más cara que la de los objetos similares importados del extranjero, estos propietarios, digo, se arreglarian como en otro tiempo lo hicieron nuestros campesinos, de modo que no comprasen nada y consumiesen sus propios productos. Las barreras quedarian *abolidas*; pero la poblacion rural se *ABSTENDRIA* de comprar, y la reforma seria completamente inútil. Pues bien; yo creo que no se necesita mucha penetracion para comprender que esa fué la causa primera del régimen protector. ¿Podrian decirnos los economistas, con sus cifras y con su elocuencia, de qué modo piensan salir de este círculo?

La esencia de la moneda desconocida; los efectos del alza y de la baja del dinero comparados sin inteligencia ninguna al alza y baja de las mercancías; la influencia de los monopolios sobre el valor de los productos eliminada; el egoismo sustituyendo por todas partes al interés social; la solidaridad de los ociosos levantándose sobre las ruinas de la solidaridad de los trabajadores; la contradiccion en el principio, y sobre todo, las nacionalidades sacrificadas en el altar del privilegio; hé ahí, si no me engaño, lo que hemos hecho salir, con una evidencia irresistible, de la teoría del libre cambio. ¿Será preciso que continúe la refutacion de esta utopia, tan querida de los economistas? O yo estoy dominado por la más extraña de las alucinaciones, ó el lector imparcial debe encontrarse en este momento muy desengañado, y la argumentacion de los adversarios debe parecerle tan

mezquina, tan desprovista de filosofía y de verdadera ciencia, que apenas me atrevo á citar nombres ni textos. Temo que mi crítica, en fuerza de ser evidente, se convierta en irreverente; y ántes de irritar, por medio de una discusion pública, tantos y tan respetables amor-propios, preferiria mil veces abandonarlos á la soledad de sus remordimientos.

Pero no es esto todo: la opinion pública está tan poco ilustrada, y la autoridad de los nombres es tan poderosa entre nosotros, que se me perdonará la especie de encarnizamiento con que me veo precisado á combatir una escuela cuyas intenciones, me complazco en reconocerlo, son excelentes, pero cuyos medios sostengo que son contradictorios y funestos.

El Sr. Mathieu de Dombasles, uno de nuestros mejores agrónomos, habia comprendido perfectamente la razon filosófica del régimen protector, y combatió, con un buen sentido lleno de originalidad y de elocuencia, la teoría de J. B. Say. Indudablemente, decia, el Sr. Say tendria razon si las mercancías fuesen simplemente *cambiadas* como en las sociedades primitivas; pero hoy son *vendidas y compradas*; hay oro y plata por el medio, y con moneda se saldan las diferencias. ¿Qué importa, pues, la baratura? Desde el momento en que pagamos nuestras compras, no con valores agrícolas ó industriales, sino con nuestros metales preciosos, enajenamos progresivamente nuestro dominio, y nos convertimos realmente en tributarios del extranjero. Para que podamos tener siempre con qué pagar, nos será preciso buscar oro y plata ó recurrir á la hipoteca. Pero el primer partido es imposible para el comercio; sólo queda el segundo, que es, hablando con propiedad, la esclavitud.

Contra esta argumentacion irrefutable, deducida de las nociones de la economía política misma, se

levantó el Sr. Dunoyer indignado en plena sesion de la Academia de Ciencias morales y políticas, y...

«El Sr. de Dombasles, dijo con vehemencia, una de las más fuertes y sanas inteligencias, uno de los caracteres más puros de nuestro país, es, como el señor d'Argout, partidario del régimen prohibitivo; nadie es infalible, y puede suceder que los mejores talentos se equivoquen.»

¿Y á qué viene esta insinuacion tan poco parlamentaria? ¿Tan segura es la teoría del libre comercio, que todos debemos inclinar nuestras frentes ante ella so pena de pasar por locos?

La certidumbre de esta teoría, se dirá, está en la Academia de Ciencias morales y políticas, que asume la responsabilidad... ¿Y por qué no se añade: fuera de la cual no hay más que intrigantes, comunistas abominables, dignos de ser *ferulizados* por el señor Dunoyer, y *biografiados* por el Sr. Reybaud?

A esto nada tendríamos que responder; pero preguntaria á la Academia de Ciencias morales, guardiana de las libertades industriales contra la invasion de las utopias comunistas, cómo se explica que los Sres. d'Argout y Dombasles se opongan á la libertad de comercio, precisamente porque se oponen al comunismo. Si la abolicion de las aduanas no es la comunidad de los trabajadores, es, por lo ménos, el comunismo entre los explotadores, lo cual es ya un principio de igualdad. Ahora bien: *cada uno por sí y para sí*, exclaman los Sres. d'Argout y Dombasles; tenemos bastantes iniquidades en nuestra casa, y no queremos entrar en comunidad de rapiña con nadie. Cuando más, añade el último, «resulta de la division de los intereses que no puede haber sociedad real entre las diversas naciones; no hay ni puede haber más que una aglomeracion de sociedades contiguas. ¿Qué es el interés general de la huma-

nidad, fuera del interés especial de las naciones?...»

¿Se puede dar algo más explícito? La abolición de las aduanas entre los pueblos es imposible, dice el Sr. Dombasles, porque la comunidad entre los pueblos es imposible también. ¿Cómo, pues, la Academia de Ciencias morales, enemiga por principios del comunismo, como los Sres. d'Argout y Dombasles lo son por instinto, pudo en la cuestión del libre cambio declararse partidaria del comunismo?

«El ilustre agrónomo, dice el Sr. Dunoyer, no se limitó á considerar el sistema como *hecho*, sino que se propuso defenderlo como *teoría*.»

Teoría y práctica, práctica y teoría: hé ahí los puntos cardinales de todos los razonamientos del Sr. Dunoyer. Este es su *Deus ex machina*. Los principios económicos están continuamente desmentidos por los hechos: práctica. Los hechos realizados en virtud de los principios son desastrosos: teoría. Disculpando perpétuamente la teoría con la práctica y la práctica con la teoría, se elimina el sentido común y la arbitrariedad siempre es razonable. ¿En virtud de qué teoría, el Sr. Dunoyer se vió precisado á abandonar la práctica propietaria declarándose, á propósito de la cuestión prohibitiva, partidario del comunismo?

«*De hecho*, nos dice este escritor, desde la época en que las relaciones comerciales empezaron á tomar alguna actividad, todos los pueblos debutaron por la prohibición de las mercancías extranjeras.»

Ante todo, tomemos acta de *este hecho*, y observemos que al defender el Sr. Dunoyer una teoría contraria á los hechos, empieza la justificación de su comunismo por una utopía. ¡Cómo! ¡La Academia de Ciencias morales y políticas, en la Memoria que publicó sobre el concurso relativo á la *asociación*, se lamenta porque los opositores no tuvieron en cuenta

la historia, y el Sr. Dunoyer, autor de este informe, consagra su vida á la defensa de un principio contrario á la historia!... ¡Es decir que la historia no significa nada desde el momento en que se llega á ser académico!

«Nada debía parecer tan natural y tan permitido como el rechazar la competencia extranjera: el instinto egoísta de las poblaciones, el interés fiscal de los gobiernos, las vivacidades nacionales, el temor, el odio, los celos, el deseo de la venganza y de las represalias, toda clase de malos sentimientos debían conducir al empleo de este medio que supo desfigurar la sagacidad del espíritu humano, siempre hábil para descubrir razones que apoyen y sostengan las peores causas.»

Hé aquí al género humano tratado como el señor Dombasles. El Sr. Dombasles se declara prohibicionista: es un genio caído, digno de las censuras de la Academia. El género humano pensó sobre el libre comercio de diferente manera que el Sr. Dunoyer; es una raza de pillos, de filibusteros y de falsarios, digna de todos los males que llevan consigo la gabela y la aduana.

Permítame el Sr. Dunoyer que le diga que concede demasiado poder á nuestra malicia, y que hace, al mismo tiempo, demasiado honor á nuestra inteligencia. Yo no creo que exista una sola institución que haya nacido de un mal pensamiento, ni siquiera de un error absoluto; y el colmo de la sagacidad humana, no está en inventar pretextos á las soluciones sociales, sino en descubrir cuáles fueron sus verdaderos motivos. ¿Se equivocó la humanidad al establecer, en torno de cada pueblo, un círculo de garantías? Si el Sr. Dunoyer hubiese propuesto la cuestión en estos términos, no dudo que habría sido más circunspecto en su respuesta.

«Que el sistema tuvo *sus razones*, no es posible negarlo; que además no ha impedido ciertos progresos, y hasta podemos decir, progresos considerables, aunque infinitamente menores, y sobre todo, ménos felizmente dirigidos que si las cosas hubiesen tomado un curso más regular y legítimo, tampoco se puede dudar.»

Yo siento verme precisado á darle tan malos compañeros; pero el Sr. Dunoyer raciocina exactamente como los comunistas y los ateos. Indudablemente, dicen estos señores, la sociedad ha progresado; la religion y la propiedad tuvieron su razon de ser; pero; cuánto más rápidos habrian sido nuestros progresos sin los reyes, sin los sacerdotes, sin la propiedad, que es el fundamento de la familia, y sin este espantoso dogma del pecado original y de la necesidad de combatir la carne! ¡Inútiles lamentaciones!... Las prohibiciones fueron en su tiempo, como la propiedad, la monarquía y la religion, parte integrante y necesaria de la policia del Estado y una de las condiciones de su prosperidad. La cuestion no está solamente en discutir las prohibiciones en sí mismas, sino tambien en saber si cumplieron su destino. ¿De qué sirve ser miembro de una Academia de Ciencias morales, políticas é históricas, si se desconocen estos principios de la crítica más vulgar?

El Sr. Dunoyer censura despues la divergencia de intereses creada por el sistema protector, lo cual es tomar la cosa al revés. La divergencia de los intereses no nació de la proteccion; deriva de la desigualdad de las condiciones del trabajo y de los monopolios; es la causa, no el efecto del establecimiento de las aduanas. ¿No existian acaso los depósitos huleños y ferruginosos en Inglaterra, como los campos de trigo en Polonia, como las viñas en Burdeos y en

Borgoña, ántes de que los pueblos soñasen en protegerse los unos contra los otros?

«Se puede suponer que, como sucedió con otros privilegios que bajo ciertos aspectos y en ciertas épocas obraron como excitantes, las prohibiciones pudieron ser un estímulo que contribuyeron á vencer el temor de los capitalistas obligándolos á entrar en empresas útiles, aunque aventuradas.»

¿Se puede preguntar tambien cuáles son estos *otros privilegios* que, como las prohibiciones, sirvieron de estimulantes á la industria, y que, sin embargo, la teoría condena? Por todas partes, dice el Sr. Rossi, en los primitivos tiempos se encuentra un monopolio. Este es el que hace cambiar el precio natural de las cosas y el que, consolidándose y generalizándose por un acuerdo tácito, llegó á ser la propiedad. Ahora bien: que la propiedad tuvo su razon de ser, no puede negarse; que no ha impedido ciertos progresos, y que hasta sirvió de estimulante, tampoco se puede poner en duda; pero que la propiedad, explicable hasta cierto punto como hecho, se afirme como principio absoluto, hé ahí lo que yo prohíbo bajo pena de inconsecuencia á todo adversario de la proteccion. Por tercera vez, el Sr. Dunoyer es comunista.

Este escritor pretende despues introducir la division en las filas del enemigo, y dice:

«No hace mucho tiempo que ciertas industrias combatian violentamente la union comercial con Bélgica, en nombre y en interés del trabajo nacional; pero fueron desmentidas, acusadas y apostrofadas por muchas otras.»

¿Y qué hay aquí que deba sorprendernos? Esta era la antinomia de la libertad y la proteccion que se presentaba bajo una forma dramática: cada partido aparecia en la escena con la intolerancia y la

mala fé de sus intereses, y era inevitable que hubiese batallas, crisis, injurias y escándalos. En semejante lucha, el deber de los economistas se reducía á permanecer neutrales y demostrar á todos que eran víctimas de una contradicción. Monopolios contra monopolios, ladrones contra ladrones; la ciencia debía callar si no se querían oír sus consejos de paz. Los economistas, defensores del monopolio interior cuando se trata del derecho de los obreros; apolo-gistas del monopolio extranjero cuando se trata del consumo de los ociosos, sólo pensaron en aprovecharse de la lucha de los intereses en favor de su teoría. En vez de hablar razonablemente, encendieron el fuego, y sólo consiguieron atraer sobre sí las maldiciones de los prohibicionistas, á quienes hicieron más tercos todavía. Su conducta en estas circunstancias ha sido indigna de verdaderos sabios, y los periódicos donde consignaron sus diatribas, permanecerán como prueba de su increíble ceguera.

« Por lo mismo que el gobierno favorece á la nación, dice el Sr. Dunoyer, se presenta hostil á los extranjeros. »

Hipocresía humanitaria: esto es como si se dijese que la famosa máxima, *cada uno por sí y para sí*, es una declaración de guerra. Y ved de qué manera, á pesar del tumulto de las opiniones, todo se encadena en las cosas de la sociedad. En el momento mismo en que el ministerio acaricia la alianza inglesa y la defiende á toda costa, nuestros economistas acarician también la libertad inglesa, esta libertad que hace caer la cadena de nuestros piés y nos corta los brazos. No calumniemos al interés nacional ni al privado, y sobre todo, no temamos amar demasiado á nuestro país. El simple buen sentido, decía el señor Dombasles con una razón eminentemente práctica, hizo comprender á las naciones que vale más pro-

ducir un objeto que consumen, que comprarlo al extranjero. Rechazar un excedente de mercancías extranjeras, es negarse á comer su renta y su capital; y en cuanto al afán desordenado de producir todo por sí mismos, puede decirse que es la única garantía que tenemos contra este contagio del feudalismo mercantil nacido en Inglaterra, y que hoy amenaza invadir la Europa.

Pero la teoría del libre comercio no admite distinción ni reserva. Además del monopolio de la tierra y de los instrumentos de trabajo, necesita la comunidad del mercado, es decir, la coalición de las aristocracias, la servidumbre de los trabajadores y la universalidad de la miseria.

El Sr. Dunoyer se lamenta de que la protección detenga los felices efectos de la competencia entre los pueblos, y sirva, por lo mismo, de obstáculo á los progresos generales de la industria. He contestado ya que bajo este aspecto, la cuestión de las prohibiciones es una cuestión de alta policía comercial, y que á los gobiernos toca juzgar cuándo deben extenderlas y restringirlas. Por lo demás, es claro que si el régimen prohibitivo, suprimiendo la competencia entre los pueblos, priva á la civilización de sus buenos efectos, la preserva al mismo tiempo de los subversivos, y hay compensación.

En fin, el Sr. Dunoyer, después de haber cercado la fortaleza proteccionista con las trincheras de su argumentación, se decide á dar el asalto. Hé aquí, ante todo, de qué manera expone las razones de sus adversarios:

« En el interior de un país, no todas las minas son susceptibles de explotarse con la misma facilidad; no todos los labradores cultivan un suelo igualmente fértil; no todas las fábricas están bien dispuestas, ni disponen de motores naturales gratuitos ó de moto-

res de una misma potencia, ni todas tienen á su servicio una poblacion inteligente y bien educada. Allí en donde las condiciones son iguales, una multitud de causas pueden hacerlas variar accidentalmente, como sucede con los nuevos procedimientos, con las invenciones y demás progresos.»

Perfectamente. Y bien: entónces, ¿qué dice la teoría? ¿Cuál es el sistema de compensacion? Supuesto que la posesion de estos diversos instrumentos de produccion es ya un monopolio, ¿de qué modo se arreglará la teoría para nivelar las desigualdades que crean todos esos monopolios? ¿De qué manera, segun la frase de vuestro colega el Sr. Bastiat, de qué manera procederemos para que entre todos los productores que tomen parte en el cambio, sólo el trabajo de cada mercancía se pague y se venda? ¿Cómo el que sólo produce una naranja por dia en París, será tan rico como el que produce un cajon de ellas en Portugal? Hé ahí lo que espera de vos el buen sentido popular, porque ese es el principio ó la excusa, por no decir la justificacion, del régimen prohibitivo.

¡Vanidad de las teorías!... El Sr. Dunoyer retrocede: en vez de vencer la dificultad á viva fuerza, procura demostrarnos que la dificultad no existe. Y la razon que presenta, preciso será confesarlo, es la más poderosa que imaginaron los economistas. Las aduanas, dice, fueron abolidas en el interior de todos los países, en Francia, en Alemania, en América, etc., y estos países se encuentran bien: ¿por qué no sucedería lo mismo entre los pueblos?

¡Ah! ¡Preguntais por qué!... Es decir que desconocéis el sentido de los hechos realizados, que no sabeis prever el de los que estais provocando, y que toda vuestra teoría descansa en una oscura analogía! Vos no habeis visto, ni oido, ni comprendido lo que

sucedió en el mundo, y hablais, como un profeta, de lo que sucederá. Preguntais por qué no se suprimen las aduanas exteriores del mismo modo que se suprimieron las interiores, y os voy á contestar en dos palabras; escuchad: Porque no existe entre los pueblos comunidad de monopolios ni de cargas, y porque cada país tiene bastante con la miseria que en su interior se desarrolla, gracias á los monopolios y á las contribuciones, sin necesidad de agravarla todavía más con la accion de los monopolios y las contribuciones extranjeras.

Como ya dije lo bastante sobre la desigualdad que entre las naciones establece el monopolio de sus territorios respectivos, me limitaré ahora á considerar la cuestion del libre cambio desde el punto de vista del impuesto.

Todo servicio útil que se produce en una sociedad civilizada, llega al consumo recargado con ciertos derechos fiscales que representan la parte proporcional que este producto soporta en las cargas públicas. Así es que, una tonelada de hulla expedida desde San Estéban á Estrasburgo, cuesta 30 francos, comprendidos todos los gastos: de estos 30 francos, 4 representan la contribucion directa llamada derecho de navegacion, que debe pagar el producto hulla para ir desde San Estéban á Estrasburgo. Pero esta suma de 4 francos no representa todas las cargas que pesan sobre una tonelada de hulla; hay todavía otros gastos más, que yo llamo impuesto indirecto de la hulla, y que es preciso poner en cuenta. Y en efecto; la suma de 26 francos, que forma el complemento del valor total de la hulla puesta en Estrasburgo, se compone toda ella de salarios, desde el interés pagado al capitalista explotador de la mina, hasta los marineros que conducen el buque á su destino. Pues bien: estos salarios, descompuestos á

su vez, se dividen en dos partes; una que es el precio del trabajo, y otra que representa la parte contributiva de cada trabajador en el impuesto. Si esta descomposicion se lleva tan léjos como posible sea, se verá tal vez que una tonelada de hulla que se vende en 30 francos, está recargada por el fisco en la tercera parte de su valor comercial; es decir, en 10 francos.

¿Es justo que el país, despues de haber recargado á estos productores con gastos extraordinarios, compre sus productos con preferencia á los de los productores extranjeros que no le pagan nada? Yo desaffo á todo el mundo á que me diga que no.

¿Es justo que el consumidor de Estrasburgo, que podria tener la hulla de Prusia á 25 francos, tenga que proveerse en Francia donde le cuesta 30, ó pagar un nuevo derecho si quiere traerla del primero de estos países?

Esto equivale á preguntar si el consumidor de Estrasburgo pertenece á la Francia; si goza de los derechos inherentes á la cualidad de francés, y si produce él mismo para la Francia y bajo la proteccion de la Francia. Sí, él es solidario de todos sus compatriotas; y así como su clientela la adquirió bajo la égida de la sociedad francesa, tambien su consumo personal forma parte del consumo general del país. Y esta solidaridad es inevitable, pues para que dejase de existir, seria preciso empezar suprimiendo el gobierno, la administracion, el ejército, la justicia y todos los accesorios, y restablecer á los industriales en su estado de naturaleza, lo cual es absolutamente imposible. Es, pues, la comunidad de cargas, es la condicion económica de la sociedad francesa la que nos obliga á constituir grupo contra el extranjero, si no queremos perder, en un comercio insostenible, nuestro capital nacional. Yo desaffo

de nuevo, á quien quiera que sea, á que rechace este principio de la solidaridad cívica.

Desde que se abolieron en Francia las aduanas interiores, sin hablar ya del acrecentamiento del pauperismo, que fué uno de los resultados principales de la centralizacion de los monopolios nacionales, y que disminuye mucho las ventajas de la libertad de comercio entre los ochenta y seis departamentos, hubo tambien, entre estos mismos departamentos, reparticion proporcional del impuesto y comunidad de cargas: de modo que, como las localidades ricas pagaban más y las pobres ménos, se estableció cierta compensacion entre las provincias. Hubo, como siempre, aumento de riqueza y de miseria; pero á lo ménos, todo fué recíproco.

Nada parecido á esto podrá suceder entre las naciones del globo mientras continúen divididas é insolidarias. Los economistas no tienen la pretension de hacer guerra á los príncipes, de derribar las dinastías, de reducir las funciones del gobierno poniéndoles al nivel de los guardias municipales, ni de sustituir la distincion de los Estados con la monarquía universal; pero conocen mucho ménos el secreto de asociar los pueblos; es decir, de resolver las contradicciones económicas y de someter el capital al trabajo. Pues bien: á no ser que todas estas condiciones se reúnan, la libertad de comercio es una conspiracion contra las nacionalidades y contra las clases trabajadoras, y desearia que alguno me probase con razones que en esto, como en todo lo demás, estoy equivocado.

Véase, pues, cómo á fuerza de agitar la cuestion de las aduanas, despues de haber visto la proteccion impuesta por la necesidad, legitimada por el estado de guerra, ó sea por la consagracion universal de los monopolios, la encontramos fundada en la eco-

nomía política y en el derecho. La existencia de las aduanas está íntimamente ligada á la percepcion del impuesto y al principio de la solidaridad cívica, como á la independencia nacional y á la garantía constitucional de las propiedades. Y siendo así, ¿por qué acusaremos de egoísmo y de monopolio á los industriales que piden proteccion? Los que gritan *libertad!* ¿son tan puros como se les supone? Mientras los unos explotan y alimentan al país, ¿consideraré como salvadores á aquellos cuyo único pensamiento es venderle, sin que pueda, á mi vez, acusar de felonía á los abolicionistas *anglofilos*? Con este motivo, citaré una frase del honrado Sr. Dombasles, que me pesa como una montaña de plomo sobre el pecho, y cuyo misterio no pude penetrar nunca: «Yo no sé, decia con tristeza, si un francés querría decir y hasta encontrar la verdad completa en algunas de las cuestiones que á este asunto se refieren.»

La aduana existe donde quiera que se estableció un comercio de nacion á nacion. Los pueblos salvajes la practican como los civilizados; aparece en la historia al mismo tiempo que la industria; es uno de los principios constitutivos de la sociedad, como lo son la division del trabajo, las máquinas, el monopolio, la competencia, el impuesto, el crédito, etc. Yo no digo que deba durar siempre, por lo ménos, en su forma actual; pero afirmo que las causas de su aparicion serán eternas; por consiguiente, que hay aquí una antinomia que la sociedad debe resolver continuamente, y que, fuera de esta solucion, no hay para los pueblos más que decepcion y miseria mútuas. Un gobierno puede suprimir, por medio de un decreto, sus líneas de aduanas: ¿qué importa para el principio ni para la fatalidad, cuyos órganos somos, esa supresion? El antagonismo del trabajo y del capital no habrá desaparecido por eso. Y cuando

la guerra del patriciado y del proletariado se generalice; cuando el contagio de la opulencia y del pauperismo no encuentre obstáculos de ningun género; cuando las cadenas de la servidumbre cubran, como una red, el mundo entero, y los pueblos se vean sometidos á un patronato unitario, ¿diremos que el problema de la asociacion industrial está resuelto, y que la ley del equilibrio social se encontró ya?

Algunas observaciones más, y terminaré este capítulo.

El más popular de todos los economistas, pero al mismo tiempo el más ardiente promovedor de la libertad absoluta de los cambios, el Sr. Blanqui, en fin, en su *Historia de la economía política*, entregó á la execracion del mundo á los reyes de España Carlos V y Felipe II, por haber sido los primeros que adoptaron, como regla política, el sistema de la balanza del comercio y su indispensable auxiliar, la aduana. Si por este motivo Carlos V y Felipe II fueron peores que Tiberio y Domiciano, es preciso confesar que tuvieron á la España y á toda Europa por cómplices; circunstancia que, á los ojos de la posteridad, debe atenuar mucho su crimen. Estos soberanos, representantes de su siglo, ¿hicieron tanto daño con su sistema de nacionalidad exclusiva? El Sr. Blanqui se encargará de respondernos; consagra este escritor un capítulo especial á describir de qué modo España, gracias á las riquezas inmensas que le produjo el descubrimiento del Nuevo mundo, se estacionó en su industria; primero, á causa de la expulsion de los moros, despues por la de los judíos, y últimamente por su lascivia y su holgazanería, causas que la arruinaron en muy poco tiempo, convirtiéndola en la nacion más necesitada de Europa. Comprando siempre y no vendiendo nunca, no podia salvarse de su destino. El Sr. Blanqui lo dice, lo

prueba, y esta es, precisamente, una de las páginas más bellas de su obra. ¿Y no es cierto que si Carlos V y Felipe II hubiesen podido, por un medio cualquiera, obligar á los españoles á trabajar, habrían sido para ellos unos verdaderos dioses tutelares, unos padres de la patria? Desgraciadamente, Carlos V y Felipe II no eran socialistas ni economistas; no tenían á su disposición veinte sistemas de organización y de reforma, y no creían que la salida de los capitales españoles sería una *razon elevada á la cuarta potencia* para hacerlos volver. Como todos los hombres de su época, sentían vagamente que la exportación del numerario equivalía á una evacuación de la riqueza nacional; que si comprar siempre no vendiendo jamás era el medio más rápido de arruinarse, comprar mucho y vender poco era un agente de ruina menos pronto, pero seguro. Su sistema de exclusión, ó por mejor decir, de coerción al trabajo, no consiguió el objeto que se proponían; convengo en ello, y hasta confieso que era imposible que lo consiguiesen; pero yo sostengo también que era imposible emplear otro, y para probarlo apelo á toda la sagacidad inventiva del señor Blanqui.

Dos cosas faltaron á los reyes de España: el secreto de hacer trabajar á una nación cargada de oro, secreto más imposible que el de la piedra filosofal, y el espíritu de tolerancia religiosa en un país en donde la religión era superior á todo. La opulenta y católica España estaba condenada por su religión y por su culto. Las barreras que establecieron Carlos V y Felipe II, derribadas por la cobardía de los súbditos, no opusieron más que una débil resistencia á la invasión extranjera, y en menos de dos siglos, un pueblo de héroes se convirtió en un pueblo de lazarillos.

¿Dirá el Sr. Blanqui que la España se empobreció, no por sus cambios, sino por su inacción; no á causa de la supresión de las barreras, sino á pesar del establecimiento de estas barreras? El Sr. Blanqui, cuya elocuencia brillante y viva sabe dar relieve á las cosas más pequeñas, es capaz de hacer esta objeción, y yo debo prevenirla.

Conviene todo el mundo en que consumir sin producir, es, hablando con propiedad, destruir; por consiguiente, que gastar su dinero de una manera improductiva, es también destruir; que tomar prestado sobre su patrimonio y con este objeto, es todavía destruir; que trabajar con pérdida es destruir, y que vender perdiendo es también destruir. Pero comprar más mercancías de las que se pueden vender, es trabajar con pérdida, es comer su patrimonio, es, en fin, destruir su fortuna: ¿qué importa que esta fortuna se marche en contrabando ó por medio de un contrato auténtico? ¿Qué importan las aduanas y las barreras? La cuestión está en saber si al dar una mercancía con la cual se domina el mundo, y que no se puede recobrar sino por medio del trabajo y del cambio, se enajena la libertad. Tengo, pues, el derecho de asimilar lo que hizo España bajo el reinado de Carlos V y Felipe II, cuando se limitaba á dar su oro en cambio de los productos extranjeros, á lo que hacemos nosotros mismos cuando cambiamos 200 millones de productos extranjeros por 160 millones de los nuestros, mas 40 millones de francos en dinero.

Cuando los economistas se ven demasiado apretados por los principios, se arrojan á los detalles, sofistican sobre el interés del consumidor y la libertad individual; nos deslumbran con sus citas, denuncian los abusos de la aduana, sus raterías y sus vejaciones, hacen valer el mal inseparable del mo-

nopolio para concluir siempre pidiendo la libertad absoluta del monopolio. Respondiendo el Sr. Blanqui, con su inagotable palabra, á un célebre periodista, entretuvo agradablemente á sus lectores presentándoles la aduana percibiendo 5 céntimos por una sanguijuela, 15 por una víbora, 25 por una libra de quina, otro tanto por un kilogramo de regaliz, etc. Todo paga, exclamaba; hasta los remedios que deben dar la salud á los desgraciados. ¿Por qué no añadió, hasta el vino que bebemos, la carne que comemos y las telas que vestimos? Pero ¿por qué no pagará todo, si es necesario que algunas cosas paguen? Decid de una vez, pero sin declamar ni echarosla de gracioso, de qué modo vivirá el Estado sin contribuciones, y cómo se sostendrá el pueblo sin trabajar.

Con motivo de los hierros y de los palastros empleados en la marina, el Sr. Carlos Dupin apoyó en el Consejo general de agricultura y comercio el sistema de primas; pero el *Diario de los economistas*, correspondiente á Febrero de 1846, le contestó en los siguientes términos: «El Sr. Carlos Dupin asegura que hay bastantes fábricas en Francia para satisfacer todas las necesidades de la navegacion. LA CUESTION NO ES ESA. ¿Pueden y quieren esas fábricas dar el hierro tan barato como se encontraría en Bélgica ó en Inglaterra?»

LA CUESTION ES ESA PRECISAMENTE. ¿Es indiferente para una nacion vivir trabajando ó morir contrayendo empréstitos? Si la Francia debe abandonar la produccion de todos los objetos que el extranjero puede darle más baratos, no hay razon para que continúe trabajando en aquellos que son superiores; y todos los esfuerzos que hacemos para atraer la clientela que se nos escapa, son muy mal entendidos. El principio prohibitivo, llevado á su última consecuencia,

llega, como dijo el Sr. Dussard, hasta el extremo de rechazar los productos extranjeros sin motivo; pero el principio anti-prohibitivo, llega tambien hasta el extremo de hacer cesar el trabajo nacional, áun cuando sea más barato; y en vez de elevarse sobre esta alternativa, los economistas la aceptan y eligen. ¡Qué ciencia tan pobre!...

El acto político que más ha sublevado á los economistas, fué el bloqueo continental emprendido por Napoleon contra Inglaterra. Eliminemos lo que hubo de gigantesco y de pequeño en esta máquina de guerra que era imposible hacer maniobrar con la misma precision que un cuadro de la Guardia, pero que estaba perfectamente concebida, y que es, á mis ojos, una de las pruebas más asombrosas del genio de Napoleon. *El hecho depuso en mi favor*, decia en Santa Elena: ¡tan grande era la importancia que daba á este título imperecedero de su gloria, y tanto le agradaba consolarse en su destierro con la idea de que, al sucumbir en Waterloo, habia clavado en el corazon de su enemigo el dardo que debia matarle!

El *Diario de los economistas* (Octubre de 1844), despues de haber reunido todas las razones que justifican á Napoleon, encontró medio de terminar afirmando que *el hecho depuso contra Napoleon*. Hé aquí los motivos en que se funda, y téngase en cuenta que ni cambio ni exagero nada.

Que el bloqueo continental obligó á la Europa á salir de su letargo; que desde el reinado del emperador data el movimiento industrial del continente; que á consecuencia de este movimiento, la Francia, la España, la Alemania y la Rusia, empezaron á prescindir de los abastos ingleses; que despues de haberse sublevado contra el sistema de exclusion imaginado por el emperador, aquellas naciones lo

aplicaron al pié de la letra; que el pensamiento de un solo hombre llegó á ser el de todos los gobiernos; que imitando á la Inglaterra, no sólo en su industria, sino tambien en sus combinaciones prohibitivas, reservan por todas partes á los fabricantes indígenas el mercado de su país; que la Inglaterra, amenazada de un modo más serio por este bloqueo universal tomado de Napoleon, y próxima á carecer de mercados, pide á grandes gritos la supresion de las barreras, celebra *meetings* monstruos en favor de la libertad absoluta de comercio, y por este cambio de táctica, procura llevar las naciones rivales á un movimiento abolicionista. «El sistema protector, decia el Sr. Huskisson en la cámara de los comunes, es para la Inglaterra un privilegio de invencion que ha terminado.»—«Sí, replica el Sr. Dombasles; el privilegio cayó bajo el dominio público, y hé ahí por qué la Inglaterra no le quiere ya.» Yo añado que eso prueba, precisamente, que hoy lo necesita más que nunca.

Lo que más entusiasmo á nuestros economistas en favor de los partidarios de la Liga, es que estos piden la abolicion de los derechos de entrada para todos los productos del exterior, SIN RECIPROCIDAD. ¡Sin reciprocidad! ¡Qué sacrificio por la santa causa de la fraternidad humana! Esto recuerda el derecho de visita. ¡Sin reciprocidad! ¿Cómo es posible que nosotros, franceses, germanos, portugueses, españoles, belgas y rusos, resistamos á esta prueba de desinterés?

«¿Cómo es posible creer, exclama el abogado de la Liga, Sr. Bastiat; cómo es posible creer que tantos esfuerzos perseverantes, tanto calor sincero, tanta vida, tanta accion y tanta armonía no tengan más que un objeto; engañar á los pueblos vecinos haciéndoles caer en la red? Yo he leído más de trescientos discursos de los oradores de la Liga; he leído

un número inmenso de periódicos y folletos publicados por esta poderosa asociacion, y puedo afirmar que no he encontrado en ellos una sola palabra que justificase semejante suposicion, una sola palabra por la cual se pudiese inferir que se trata de asegurar la explotación del mundo al pueblo inglés valiéndose de la libertad de comercio.»

Parece que el Sr. Bastiat ha leído mal ó no comprendió bien. Hé aquí lo que encontró en las publicaciones de la Liga un economista no ménos conocedor que el Sr. Bastiat, de la retórica de los liguistas.

«Esos periódicos y esos folletos están llenos de sutilezas y de sofismas, y se contradicen los unos á los otros, aunque casi todos salen de una misma pluma.

» Cuando se dirigen al pueblo, los liguistas dicen, apoyándose en A. Smith: La libre importacion del trigo hará bajar el precio del pan, aumentando á la vez el salario del trabajo á consecuencia del pedido considerable de productos manufacturados.

» Si hablan á los capitalistas, la disminucion del precio de las subsistencia nos permitirá rebajar los salarios aumentando nuestros beneficios en razon de la extension del mercado. Y además, si los trabajadores se presentan exigentes, podremos prescindir de ellos recurriendo á las máquinas y al vapor.

» ¿Se dirigen á un propietario? Entónces dejan á Smith y toman á Ricardo; se esfuerzan en probar que la libertad comercial, en vez de hacer bajar el precio del trigo en Inglaterra al nivel del precio más bajo que tengan en los mercados extranjeros, hará subir los trigos extranjeros al mismo precio que tienen los ingleses. Y además, la posicion insular de la Gran Bretaña asegurará siempre á los dueños del suelo un enorme privilegio; un monopolio.

» Para convencer á los colonos: No es contra ellos contra quienes la Liga dirige sus baterías, porque no son ellos los que se aprovechan del monopolio, sino el propietario que percibe el impuesto sobre el hambre. El día en que quede abolido el derecho sobre los trigos, el parlamento decretará una reducción proporcional de los arriendos. Además, la mecánica hará muy pronto progresos maravillosos y muy superiores á los que ya hemos presenciado: dentro de poco el trabajo de los campos se hará por motores inanimados; y en todo caso, la reducción del precio de los artículos permitirá bajar los salarios, y todos los productos volverán á los colonos. (*Revista independiente*, 25 de Febrero de 1846, artículo del señor VIDAL.)

Pero, ¿qué significan los discursos y qué importan las palabras? Es preciso juzgar los hechos, *potius quod gestum, quam quod scriptum*. El pueblo inglés se propuso vivir, no de los productos naturales de su territorio, aumentados con una cantidad proporcional de artículos manufacturados, mas una nueva proporción de productos comprados en el exterior á cambio de los suyos, no; el pueblo inglés se propuso vivir de la explotación del mundo entero por la venta exclusiva de sus quincallas y de sus tejidos, sin recibir en cambio más que el dinero de su clientela. Esta explotación anormal ha perdido á la Inglaterra desarrollando en su seno el *capitalismo* y el *salariado*, y ese es el mal que pretende inocular al mundo deponiendo el escudo de sus tarifas, después de haberse cubierto con la coraza de sus impenetrables capitales.

« El año último (1844), decía en un banquete un obrero inglés citado por el Sr. Leon Faucher, hemos exportado hilos y tejidos por valor de 630 millones de francos. Hé ahí la fuente principal de nuestra

prosperidad. Pero cuando los mercados extranjeros se cierran para nosotros, entónces viene la baja de los salarios. De los hilanderos, *cinco trabajan para el extranjero* y uno para nosotros, y los tejedores fabrican *una sola* pieza para el interior y *seis* para los mercados del exterior. »

Hé ahí, formulada en un ejemplo, la economía de la Gran Bretaña. Suponed su población de 22 millones de habitantes; necesita 132 millones de extranjeros para ocupar sus tejedores, 110 para dar trabajo á sus hilanderos, y así, proporcionalmente, para todas las industrias inglesas. Esto no es cambio; esto es la servidumbre y el despotismo llevados al último extremo. Todas las arengas de los liguistas se estrellan contra esta violación flagrante de la ley de proporcionalidad; ley que es tan verdadera para la totalidad del género humano, como para una sola sociedad; ley suprema de la economía política que los economistas olvidan ó desconocen.

Si los productos de los obreros ingleses se cambiasen por productos extranjeros que ellos consumiesen; si el cambio se realizase con arreglo á la ley del trabajo, no sólo entre los comerciantes ingleses y las demás naciones, sino entre ellos y sus asalariados, á pesar de la anomalía de una especialidad tan restringida, el mal, comercialmente hablando, no existiría; pero... ¿quién deja de ver la falsa y engañosa posición en que se encuentra la Inglaterra?

Los obreros ingleses no trabajan para consumir los productos de las demás naciones, no; trabajan para enriquecer á sus amos. Para la Inglaterra, el cambio integral en naturaleza es imposible, porque necesita absolutamente que sus exportaciones dejen en su favor una entrada siempre creciente de numérico. La Inglaterra no espera de nadie hilo, ni teji-

dos, ni hullas, ni hierros, ni máquinas, ni quincallería, ni lanas; hasta se puede decir que no necesita granos, ni cervezas, ni carnes, supuesto que la penuria que sufre, efecto del monopolio aristocrático, es más ficticia que real. Después de la reforma de la ley sobre cereales, la renta de Inglaterra disminuirá por un lado, pero aumentará bien pronto por el otro; sin esto, el fenómeno que nos ofrece en estos momentos sería ininteligible y absurdo. En cuanto á los objetos de consumo que recibe del exterior, como son té, azúcar, café, vinos y tabacos, son muy poca cosa en comparacion de las masas manufacturadas que exporta. Para que Inglaterra pueda vivir en la situacion que se ha creado, es preciso que las naciones con quienes trate se obliguen á no hilar ni tejer nunca el algodón, la lana, el cáñamo, el lino y la seda; es necesario que le abandonen, además del privilegio de las quincallerías, el monopolio del Océano; que en todo y por todo, como se lo aconsejaba el más famoso y el más loco de todos los reformadores contemporáneos, Fourier, acepten la comision de los ingleses, y que éstos se conviertan en factores del globo. ¿Es esto posible? Y si no lo es, ¿cómo dentro del sistema de la libertad de comercio puede ser una verdad la reciprocidad de los cambios con los ingleses? ¿Cómo, en fin, sin el sacrificio de las demás naciones, puede sostenerse la situacion de la Gran Bretaña?

Desde que entraron en la China, los ingleses obligan á los chinos á practicar el principio de la no prohibicion. En otro tiempo, la salida del numerario se castigaba severamente en el celeste imperio; pero hoy el oro y la plata se exportan con toda libertad. La *Revista de los economistas* (Enero y Febrero, 1844) decia sobre este asunto: «La Inglaterra, que obtuvo de la China lo que queria, renuncia al honor costoso

de sostener un embajador en Pekin; y de este modo aleja de aquel país, sin que nadie pueda quejarse, á todos los hombres políticos cuya influencia podria serle perjudicial. Por otra parte, consintió en poner en sus tratados una cláusula adicional que concede á todos los pabellones las ventajas que ella habia reservado exclusivamente para el suyo; y gracias á esta concesion aparente, hizo inútil la presencia en China de diplomáticos y de negociadores europeos y hasta americanos; pero arregló tan bien las cosas, que continúa recogiendo sola, casi todos los beneficios del mercado chino. Ella formó las tarifas y ella preside á su aplicacion en los cinco puertos abiertos al comercio: inútil será decir que estas tarifas son moderadas, sobre todo en aquellos artículos ingleses que no pueden tener competencia. »

Y bien: ¿qué dicen los economistas de esta lealtad púnica? ¿Está bien probado que la Inglaterra busca, con su teoría del libre cambio, no comerciantes que cambien, sino personas que compren?

El *Anuario de la economia política* para 1845 vino á confirmar las siniestras previsiones de la *Revista económica* de 1844. Hé aquí sus palabras:

«El tratado con la China no produjo todavía para los ingleses las ventajas que se esperaban. La Inglaterra empieza á temer que, á consecuencia de las balanzas del comercio enormes y desfavorables al Celeste imperio, durante algunos años, el numerario ESCASEE TANTO, que sea imposible toda transaccion con este país (1). »

(1) Este artículo fué desmentido por el *Diario de los economistas*, que presentó datos calificados de más verídicos. En cuanto á mí, el hecho me parece tanto más indudable, cuanto que es un resultado necesario de la política inglesa. ¿Qué vale, ante la necesidad, la retractacion de un periodista, aun cuando sea el mejor informado?

Por último; el Sr. Fix exclamaba un día: « La suerte de la China será igual á la de la India. El origen de las posesiones inglesas en esas vastas regiones, se debe á esa política odiosa é infame que decretó la *servidumbre y la explotación* de tantos pueblos diferentes. »

Los economistas que nos refieren todos estos hechos, ¿no tienen gracia al burlarse de los prohibicionistas y de los que desconfían de las mercancías de la *pérfida Albion*? En cuanto á mí, lo declaro con franqueza: impresionado por las palabras del Sr. Dombasles, *yo no sé si habrá un solo francés que quiera decir y hasta encontrar la verdad en las cuestiones que á este asunto se refieren*, espero con impaciencia que los economistas respondan; pues por más que sea su adversario, por más que se me suponga muy interesado en destruir, *per fas et nefas*, la fama de sus teorías, consideraría como una desgracia para la ciencia, que una de las grandes escuelas que la dividen, y hasta que la honran, se expusiese buenamente y por un movimiento de falsa generosidad, á pasar en nuestro susceptible país por agente secreto de nuestra eterna rival.

Todo el mundo sabe que la agitación inglesa en favor de la libertad de comercio, se dirigió en un principio exclusivamente contra el monopolio de los cereales. Como la industria había agotado todos los medios de reducción, y como la contribución para los pobres, que ántes servía de suplemento á la contribución del obrero, quedó abolida, los fabricantes pensaron en hacer disminuir el precio de las existencias pidiendo la reforma de los derechos sobre los granos. Su pensamiento no fué más léjos entonces; y sólo despues de las recriminaciones que los lores de la tierra les lanzaron, comprendieron que la industria inglesa, tomada en masa, no necesitaba

protección, y que podía muy bien aceptar el reto de la agricultura. Marchemos, pues, dijeron los manufactureros, no á una reforma parcial, sino general: esto será ventajoso y lógico á la vez; esto, en fin, parecerá sublime. Las fortunas, momentáneamente cambiadas, se volverán á formar en otros puntos; y el proletario inglés, entretenido con esa guerra de industria sostenida contra el mundo entero, olvidará sus esperanzas de igualdad.

Que lo niegue ó lo confiese, por medio de la libertad de comercio, la Liga marcha á la servidumbre de las naciones; y los que nos ponderan la filantropía de sus oradores, debían empezar por hacernos olvidar que con sus biblias y sus misioneros empezó la devota Inglaterra la obra de sus expoliaciones y de su bandolerismo. Los economistas se han admirado del profundo silencio que guardó la prensa francesa sobre la agitación anti-prohibicionista de la Gran Bretaña; y yo también me admiro, aunque por motivos completamente diferentes. Yo me admiro de que se tome por una renuncia solemne al sistema de la balanza del comercio, lo que es, por parte de nuestros vecinos, la aplicación más vasta y más completa de ese sistema; y me admiro también de que no se haya denunciado á la policía de Europa esa gran comedia anglicana, en la cual los pretendidos teóricos de este lado del estrecho, compadres de los del otro, se esfuerzan por hacernos desempeñar el papel de víctimas.

PUEBLOS IMPORTADORES, PUEBLOS EXPLOTADOS: hé ahí lo que saben perfectamente los hombres de Estado de la Gran Bretaña que, no pudiendo imponer por la fuerza de las armas sus productos al universo, se han puesto á beneficiar en las cinco partes del mundo la mina del libre cambio. El mismo Roberto Peel lo ha confesado en la tribuna. « Nosotros refor-

mamos la ley de cereales, dijo, para producir más barato.» Y estas palabras, citadas en el parlamento francés, calmaron entre nosotros súbitamente el entusiasmo abolicionista. Según la confesión de toda la prensa francesa (1), quedó establecido que la reforma de Roberto Peel conservaba un carácter bastante protector, y que era un arma más de que quería servirse para fundar su supremacía en el mercado exterior.

El libre cambio, es decir, el libre monopolio, es la *santa alianza* de los grandes señores feudales del capital y de la industria, el mortero monstruo que debe terminar en todos los puntos del globo, la obra empezada por la división del trabajo, las máquinas, la competencia, el monopolio y la policía; ahogar á la pequeña industria y someter definitivamente al proletariado. Es la centralización, en toda la tierra, de este régimen de expoliación y de miseria, producto espontáneo de una civilización que debuta, pero que debe perecer en cuanto la sociedad adquiriera la conciencia de sus leyes; es la propiedad en toda su fuerza y en toda su gloria. ¡Y por llegar á la consumación de este sistema, tantos millones de trabajadores hambrientos, tantas inocentes criaturas condenadas desde la cuna á vivir en la miseria, tantas niñas y tantas mujeres prostituidas, tantas almas que se venden y tantos caracteres que se rebajan!... ¡Si á lo ménos los economistas viesan una salida á este laberinto, un fin á esta tor-

(1) Los únicos diarios que se propusieron combatir al ministro, el *Diario de los Debates*, el *Siglo* y el *Correo francés*, son, precisamente, aquellos cuya parte económica está encomendada á las notabilidades economistas. A pesar de reconocer la prudencia del ministro, estos diarios se reservaron sus teorías. En cuanto á los periódicos democráticos, sentimos decir que nada vieron, ni comprendieron, ni dijeron de lo que ha sucedido: ¡sin duda bivaqueaban en los Karpathas!

tural... Pero no: ¡siempre, jamás! como el reloj de los condenados, es el refrán del Apocalipsis económico. ¡Oh!... ¡Si los condenados pudiesen quemar el infierno!...

§ III.—Teoría de la balanza del comercio.

La cuestión de la libertad comercial adquirió en nuestros días una importancia tal, que después de haber expuesto la doble serie de consecuencias que de ella resultan, para bien y para mal de la humanidad, me veo precisado á presentar la solución. Completando de este modo mi demostración, creo que habré hecho inútil, á los ojos del lector no comprometido, toda discusión ulterior.

Los antiguos conocían los verdaderos principios del comercio libre; pero, tan poco aficionados á las teorías, como vanidosos se presentan con ellas los modernos, no sé que hayan resumido sus ideas sobre este punto; y bastó que los economistas se apoderasen de la cuestión, para que al instante la verdad tradicional se oscureciese. No dejará de ser gracioso ver la *balanza del comercio*, después de un siglo de anatemas, demostrada y defendida, en nombre de la libertad y de la igualdad, de la historia y del derecho de gentes, por uno de esos hombres á quienes los apologistas de todos los hechos consumados conceden liberalmente la calificación de utopistas. Esta demostración, que procuraré hacer todo lo breve posible, será el último argumento que someteré á las meditaciones y á la conciencia de mis adversarios.

El principio de la balanza del comercio, resulta sintéticamente: 1.º de la fórmula de Say: *Los productos se cambian por productos*, fórmula á la cual

mamos la ley de cereales, dijo, para producir más barato.» Y estas palabras, citadas en el parlamento francés, calmaron entre nosotros súbitamente el entusiasmo abolicionista. Según la confesión de toda la prensa francesa (1), quedó establecido que la reforma de Roberto Peel conservaba un carácter bastante protector, y que era un arma más de que quería servirse para fundar su supremacía en el mercado exterior.

El libre cambio, es decir, el libre monopolio, es la *santa alianza* de los grandes señores feudales del capital y de la industria, el mortero monstruo que debe terminar en todos los puntos del globo, la obra empezada por la división del trabajo, las máquinas, la competencia, el monopolio y la policía; ahogar á la pequeña industria y someter definitivamente al proletariado. Es la centralización, en toda la tierra, de este régimen de expoliación y de miseria, producto espontáneo de una civilización que debuta, pero que debe perecer en cuanto la sociedad adquiriera la conciencia de sus leyes; es la propiedad en toda su fuerza y en toda su gloria. ¡Y por llegar á la consumación de este sistema, tantos millones de trabajadores hambrientos, tantas inocentes criaturas condenadas desde la cuna á vivir en la miseria, tantas niñas y tantas mujeres prostituidas, tantas almas que se venden y tantos caracteres que se rebajan!... ¡Si á lo ménos los economistas viesan una salida á este laberinto, un fin á esta tor-

(1) Los únicos diarios que se propusieron combatir al ministro, el *Diario de los Debates*, el *Siglo* y el *Correo francés*, son, precisamente, aquellos cuya parte económica está encomendada á las notabilidades economistas. A pesar de reconocer la prudencia del ministro, estos diarios se reservaron sus teorías. En cuanto á los periódicos democráticos, sentimos decir que nada vieron, ni comprendieron, ni dijeron de lo que ha sucedido: ¡sin duda bivaqueaban en los Karpathas!

tural... Pero no: ¡siempre, jamás! como el reloj de los condenados, es el refrán del Apocalipsis económico. ¡Oh!... ¡Si los condenados pudiesen quemar el infierno!...

§ III.—Teoría de la balanza del comercio.

La cuestión de la libertad comercial adquirió en nuestros días una importancia tal, que después de haber expuesto la doble serie de consecuencias que de ella resultan, para bien y para mal de la humanidad, me veo precisado á presentar la solución. Completando de este modo mi demostración, creo que habré hecho inútil, á los ojos del lector no comprometido, toda discusión ulterior.

Los antiguos conocían los verdaderos principios del comercio libre; pero, tan poco aficionados á las teorías, como vanidosos se presentan con ellas los modernos, no sé que hayan resumido sus ideas sobre este punto; y bastó que los economistas se apoderasen de la cuestión, para que al instante la verdad tradicional se oscureciese. No dejará de ser gracioso ver la *balanza del comercio*, después de un siglo de anatemas, demostrada y defendida, en nombre de la libertad y de la igualdad, de la historia y del derecho de gentes, por uno de esos hombres á quienes los apologistas de todos los hechos consumados conceden liberalmente la calificación de utopistas. Esta demostración, que procuraré hacer todo lo breve posible, será el último argumento que someteré á las meditaciones y á la conciencia de mis adversarios.

El principio de la balanza del comercio, resulta sintéticamente: 1.º de la fórmula de Say: *Los productos se cambian por productos*, fórmula á la cual

el Sr. Bastiat puso este comentario, cuya gloria primera pertenece á Adam Smith: *La remuneracion no es proporcionada á las UTILIDADES que el productor presenta en el mercado*, sino al TRABAJO INCORPORADO á estas utilidades; 2.º de la teoría de la renta de Ricardo.

El lector conoce perfectamente el primer punto, y paso á ocuparme del segundo.

Nadie ignora de qué modo Ricardo explicaba el origen de la renta; y aunque su teoría deje algo que desear bajo el punto de vista filosófico, como lo probaremos en el capítulo XI, sin embargo, es exacta en cuanto á la causa de la desigualdad de los arriendos.

En un principio, dice Ricardo, todo el mundo debió dirigirse á las tierras de primera calidad que, con un gasto igual, daban un producto mayor. Cuando la producción de estas tierras se hizo insuficiente para alimentar la población, se pusieron á trabajar las de segunda calidad, y así sucesivamente, las de tercera, cuarta, quinta y sexta, pero siempre bajo la condición de que el producto de la tierra representase, á lo ménos, los gastos del cultivo.

En el mismo tiempo empezó á establecerse el monopolio de la tierra, y todo propietario exigió al suplente á quien abandonaba la explotación del suelo, una renta igual á lo que la tierra producía, deducido el salario del labrador; es decir, deducidos los gastos de explotación. De modo que, según Ricardo, la renta, propiamente dicha, es *el excedente del producto de la tierra más fértil relativamente á las de inferior calidad*: de donde se deduce que el arriendo no se puede aplicar, sino cuando hay necesidad de pasar á tierras de inferior calidad, y así sucesivamente, hasta que se llegue á aquellas que no cubren los gastos.

Tal es la teoría, no la más filosófica quizás, pero la más cómoda para explicar la marcha progresiva del establecimiento del arriendo.

Supongamos ahora, con los escritores de todas las escuelas socialistas, que la propiedad de la tierra se hiciese colectiva, y que á cada agricultor debiese retribuírsele, no ya según la fertilidad de su tierra, sino, como dice el Sr. Bastiat, según la cantidad de trabajo incorporado en su producto. En esta hipótesis, si la tierra de primera calidad dá un valor bruto de 100 francos por yugada, serán.... 100

La de segunda calidad 80

La de tercera..... 70

La de cuarta..... 60

La de quinta 50

Total..... 360

Suponiendo los gastos de explotación de 50 francos por yugada, resultan por las cinco yugadas 250

El producto neto por la totalidad de la explotación, será de..... 110

y para cada uno de los explotadores copropietarios, 22.

La misma regla es aplicable en el caso de que los gastos de explotación de cada clase de terreno sean desiguales, como también para todas las variedades de cultivo. Y en un sistema de asociación cualquiera, gracias á esta solidaridad de los productos y de los servicios, sería posible extender el cultivo á las tierras cuyo producto individual no cubriese los gastos; cosa absolutamente imposible en el sistema del monopolio.

Todo esto, lo sé perfectamente, no es más que un

sueño de socialista, una utopía contraria á la rutina propietaria; y como la razon es impotente contra la costumbre, es de temer que la reparticion, segun el trabajo, no se establezca tan pronto entre los hombres.

Pero lo que la propiedad y la economía política rechazan con tanto ardor de la industria privada, todos los pueblos lo quisieron cuando se trató de cambiar entre sí los productos de sus territorios respectivos. Entónces se consideraron los unos y los otros como individualidades independientes y soberanas que explotaban, segun la hipótesis de Ricardo, tierras de calidad desigual, y que formaban entre sí, segun la hipótesis de los socialistas, para la explotación del globo, una gran compañía, cuyos miembros tienen el derecho de propiedad indivisa en la totalidad de la tierra.

Hé aquí su modo de raciocinar.

Los productos se compran con productos; es decir, el producto debe estar en razon, no de su utilidad, sino de su trabajo. Luego, si por la desigual calidad del suelo, el país A dá 100 de producto bruto por 50 de trabajo, mientras que el país B sólo dá 80, A debe mejorar á B en un 10 por 100 de todas sus cosechas.

Esta mejora no se exige sino en el acto del cambio, ó, como generalmente se dice, á la importacion; pero el principio subsiste, y para hacerle resaltar más, basta reducir á una expresion única los diversos valores que se cambian entre dos pueblos. Tomemos por ejemplo el trigo.

Hé aquí dos países de una fecundidad desigual; A y B. En el primero, veinte mil obreros producen un millon de hectólitros de trigo; en el segundo, sólo producen la mitad: el trigo, pues, cuesta en B dos veces más que en A. Supongamos, lo que no tiene

lugar en la práctica, pero lo que se admite perfectamente en teoría, supuesto que en el fondo, el comercio más variado no es otra cosa que el cambio de valores similares bajo una forma variada; supongamos, digo, que los productores del país B quieren cambiar su trigo por el del país A. Es claro que si un hectólitro de trigo se cambia por otro, serán dos dias de trabajo los que se habrán dado por uno. Es cierto que el efecto es nulo en cuanto al consumo; por consiguiente, no habrá pérdida real por ninguna parte: pero haced que el valor incorporado en las dos cantidades pueda extraerse, sea bajo la forma de otra utilidad, sea bajo la forma de moneda, y como todos los valores producidos por B son proporcionales al que tienen sus cereales; como, por otra parte, la moneda nacional que entrega no puede rechazarla en ningun caso, el cambio que, por la similitud de los productos, no era en un principio más que una comparacion sin realidad, se hace efectivo, y B pierde verdaderamente 50 por 100 en todos los valores que cambia con A. El cambio, este acto completamente metafísico y algébrico, por decirlo así, es la operacion por medio de la cual, en la economía social, una idea toma cuerpo, figura y todas las propiedades de la materia: es la creacion de *nihil*o.

Las consecuencias pueden variar á lo infinito. Supongamos que los productores de A pueden hacer competencia, en su propio mercado, á los productores de B; cada hectólitro de trigo que vendan les producirá un beneficio de 50 por 100, la mitad del producto anual de B, y bastarán veinte ó treinta años al país A para apoderarse; primero, de los valores circulantes; despues, con el auxilio de éstos, de los valores empleados, y finalmente, de los capitales territoriales de su rival.

Pues hé ahí precisamente lo que el sentido comun de las naciones no quiso. En la práctica admitieron que los ménos favorecidos entre ellas no podian exigir cuentas á los más felices sobre el excedente de su renta: para esta moderacion habia razones que es inútil deducir en este momento, y que cada cual descubrirá fácilmente si reflexiona sobre ello. Pero cuando se trató de comercio, cada una se puso á calcular sus gastos de produccion y los de sus rivales; y segun este cálculo, todas hicieron tarifas de bonificacion, sin las cuales no pueden ni deben consentir el cambio. Hé aquí el verdadero principio, la filosofia de la aduana, y hé aquí tambien lo que los economistas no quieren.

Yo no haré á mis lectores la injuria de demostrarles más detalladamente la necesidad de esta ley de equilibrio, que vulgarmentè se llama balanza del comercio; todo esto es tan sencillo y tan trivial, que hace avergonzar á un niño; y en cuanto á los economistas, supongo que cuentan bastante bien para no necesitar una paráfrasis.

¿No es cierto, pues, que las tarifas de la aduana, oscilando siempre entre la prohibicion absoluta y la completa franquicia, segun las necesidades de cada país, la ilustracion de los gobiernos, la influencia de los monopolios, el antagonismo de los intereses y la desconfianza de los pueblos, convergen hácia un punto de equilibrio, y por emplear el término técnico, hácia un *derecho diferencial*, cuya percepcion, si fuese posible obtenerla rigurosa y fiel, expresaria la asociacion real, la asociacion *in re* de los pueblos, y seria la estricta ejecucion del principio económico de Say?

Y si nosotros, socialistas, tanto tiempo dominados por nuestrás quimeras, consiguiésemos por medio de nuestra lógica generalizar el principio protector,

el principio de la solidaridad, haciéndole descender de los Estados á los ciudadanos; si mañana, resolviendo de una manera tan limpia las antinomias del trabajo, llegásemos, sin más socorro que el de nuestras *ideas*, sin más poder que el de una LEY, sin más medio de coercision y de perpetracion que una cifra; si llegásemos, digo, á someter para siempre el capital al trabajo, ¿no habríamos hecho avanzar la solucion del problema de nuestra época, de este problema que con razon ó sin ella el pueblo y los economistas que se retractan llaman organizacion del trabajo?

Los economistas se obstinan en no ver en la aduana más que una prohibicion sin motivos; en la proteccion un privilegio, y en el derecho diferencial el *primer paso* dado hácia la libertad absoluta. Todos, sin excepcion, se imaginan que, como de la prohibicion absoluta á la libertad bajo garantía, se efectuó un progreso que produjo buenos resultados, éstos se aumentarán necesariamente cuando por un nuevo progreso desaparezcan todos los derechos, y el comercio, es decir, el monopolio, se vea libre de trabas. Todos nuestros diputados, nuestros periodistas y hasta nuestros ministros participan de esta deplorable ilusion; toman por progreso el movimiento lógico de una negacion á otra negacion, el paso del aislamiento voluntario al abandono de sí mismo; no comprenden que el progreso es el resultado de dos términos contradictorios; temen detenerse en el camino por no verse tratados de partidarios del justo medio, y no saben que hay tanta distancia del justo medio á la síntesis como de la ceguera á la vision.

Con este motivo, debo explicar en qué difiere de una operacion de justo medio lo que yo llamo derecho diferencial, ó balanza del comercio, expresion sintética de la libertad y del monopolio.

Supongamos que después de suprimidas las barreras, las exportaciones de Francia, contra todas las esperanzas y todas las probabilidades, sean exactamente iguales á sus importaciones: según los economistas, los partidarios de la balanza del comercio deben quedar satisfechos; ya no tendrán motivo para quejarse; pues bien, yo digo que eso será el justo medio, y que, por consiguiente, estaremos todavía muy lejos de lo que se pide, supuesto que, según lo que dejamos dicho, nadie nos garantiza que las mercancías extranjeras que pagamos con las nuestras, en moneda y al curso que en nuestro país tienen, no sean más baratas para el extranjero que las nuestras lo son para nosotros, en cuyo caso trabajaremos siempre con pérdida. Supongamos todavía que la cifra de las exportaciones es inferior á la de las importaciones; convencido el gobierno de la necesidad de restablecer el equilibrio, excluirá de nuestro mercado ciertas mercancías extranjeras, cuya producción en el país favorecerá por todos los medios. Este será todavía el justo medio, y por lo tanto, un cálculo falso, porque en vez de nivelar las condiciones del trabajo, establecerá una balanza entre cifras perfectamente arbitrarias. No ignoro que nada se parece tanto al justo medio como el equilibrio; pero en el fondo, nada es más diferente. Por último; como no quiero engolfarme ahora en inútiles sutilezas, sólo haré notar que el justo medio es la negación de dos extremos, pero sin afirmación, sin conocimiento ni definición del tercer término, que es la verdad; mientras que el conocimiento sintético, la verdadera ponderación de las ideas, es la ciencia y la definición exacta de este tercer término, la inteligencia de la verdad, no sólo por sus contrarios, sino en sí misma y para sí misma.

La falsa filosofía del justo medio, del eclecticismo

y del doctrinarismo, es la que aún hoy ciega á los economistas. No han visto que la protección era el resultado, no de una subversión transitoria, de un accidente anormal, sino de una causa real é indestructible que obliga á los gobiernos y que los obligará siempre. Esta causa, que reside en la desigualdad de los instrumentos de producción y en la preponderancia de la moneda sobre las demás mercancías, la habían conocido los antiguos, y la historia está llena de las revoluciones y de las catástrofes que produjo.

¿De dónde vino en los tiempos modernos y en la Edad media, la fortuna de los holandeses, la prosperidad de las ciudades anseáticas y lombardas, de Florencia, Génova y Venecia, sino de las enormes diferencias realizadas en su favor por el comercio que sostenían en todos los puntos del globo? La ley del equilibrio no les era desconocida, y el objeto constante de su solicitud, el fin de su industria y de sus esfuerzos, fué siempre el violarla. ¿No se enriquecieron todas esas repúblicas, gracias á sus relaciones con los pueblos que sólo podían darles, en cambio de sus tejidos y de sus especias, plata y oro? ¿Y no se arruinaron al mismo tiempo las naciones que formaban su clientela? ¿No empezó desde esta época la decadencia de la nobleza de raza y la desaparición del feudalismo?

Retrocedamos algunos siglos más: ¿quién fundó la opulencia de Cartago y de Tiro sino el comercio, ese sistema de factorías y de cambios, cuyas cuentas se saldaban siempre en favor de aquellos especuladores detestados, con una masa metálica arrancada á la ignorancia y á la credulidad de los bárbaros? Hubo un momento en que la aristocracia mercantil, desarrollada sobre todo el litoral del Mediterráneo, estuvo á punto de apoderarse del imperio del mun-

do; y este momento, el más solemne de la historia, es el punto de partida de ese largo retroceso que empieza en Scipion y termina en Lutero y Leon X. Los tiempos no habían llegado: la nobleza de raza, el feudalismo de la tierra, representado entónces por los romanos, debía ganar la primera batalla contra la industria, y recibir el golpe mortal en la revolución francesa.

Hoy llegó su vez á los patricios de mostrador. Como si tuviesen el presentimiento de su próxima derrota, sólo piensan en conocerse, coaligarse, clasificarse y escalonarse segun sus pesos y calidades, fijar sus partes respectivas en los despojos del trabajador, y cimentar una paz, cuyo único objeto es la sumision definitiva del proletariado. En esta santa alianza, los gobiernos, que llegaron á ser solidarios los unos de los otros, y unidos por una amistad indisoluble, no son más que los satélites del monopolio: reyes absolutos y constitucionales, príncipes, duques y margraves; grandes propietarios, grandes industriales, ricos capitalistas, funcionarios de la administracion, de los tribunales y de la Iglesia; en una palabra, todos los que en vez de trabajar viven de la lista civil, de rentas, de agios, de la policia y del fanatismo, unidos por un interés comun, y bien pronto agrupados por la tempestad revolucionaria que ya ruge á lo léjos, se encuentran necesariamente comprometidos en esta vasta conjuracion del capital contra el trabajo.

¿Habeis pensado en ello, proletarios?

No me preguntéis si tales son verdaderamente los pensamientos secretos de los gobiernos y de las aristocracias (1), porque eso surge de la situacion, por-

(1) Las palabras del ministerio en la Cámara de los diputados, relativamente al tratado belga, prueban que NO ES ESE TODAVÍA el pensa-

que eso es fatal. La aduana, considerada por los economistas como una proteccion concedida á los monopolios nacionales, de ningun modo como la expresion, imperfecta todavía, de una ley de equilibrio, no basta ya para contener al mundo.

El monopolio necesita una proteccion mayor; su interés, idéntico por todas partes, la exige con premura, y pide en todos los tonos la destruccion de las barreras. Cuando, por la reforma de Roberto Peel, por la extension incesante del Zollverein, por la union aduanera, aplazada nada más, entre Bélgica y Francia, los círculos aduaneros se hayan reducido á dos ó tres grandes circunscripciones, no tardará en hacerse sentir la necesidad de una libertad total, de una coalicion más íntima. Y no será mucho que, para contener á las clases trabajadoras, á pesar de su ignorancia, á pesar del abandono y la diseminacion en que se encuentran, todas las policias, todas las demás clases y todas las dinastias de la tierra se den la mano. En fin; la complicidad de la clase media, dispersa, segun el principio jerárquico, en una multitud de empleos y de privilegios; el engaño de los obreros más inteligentes, convertidos en conductores, contramaestres, comisionados y vigilantes por cuenta de la coalicion; la defeccion de la prensa, la influencia de las sacristias, la amenaza de los tribunales y de las bayonetas; de un lado la riqueza y el poder, del otro la division y la miseria; tantas causas reunidas haciendo al improductivo inexpug-

miento del sistema. El Sr. Cunin-Gridaine, ministro de Comercio, resistiendo al torrente abolicionista acogido favorablemente por la prensa de oposicion y por una parte de la ministerial, prestó á la Francia el mayor servicio que se deberá tal vez al ministerio del 29 de Octubre. ¡Quiera el cielo que la Francia, aprovechándose del plazo que le proporciona este ilustre negociante, estudie bien los verdaderos principios de la libertad y de la igualdad entre los pueblos!

nable, nos hacen sospechar que un largo período de decadencia empieza para la humanidad.

Por la segunda vez os lo pregunto: ¿habeis pensado en ello, proletarios?

Por lo demás, sería inútil tomarse el trabajo de fundar ya el equilibrio de las naciones en la práctica mejor entendida y más exacta del derecho diferencial, ó como vulgarmente se dice, en la balanza del comercio, porque si así se hiciese, sucedería de dos cosas una:

Si la civilización debe recorrer un tercer período de feudalismo y de servidumbre, la institución de la aduana, lejos de ser útil al monopolio, como tan ridículamente lo creyeron los economistas, es un obstáculo puesto á la condicion de los monopolios, una traba para su desarrollo y su existencia. Es preciso que esta institución desaparezca, y desaparecerá. Sólo se trata de determinar las condiciones de su abolicion y de conciliar los intereses de los monopolistas. Ahora bien: estos señores están muy acostumbrados á esa clase de transacciones, y el trabajo del proletario está ahí para servir de indemnización.

Al contrario; si el socialismo toma la toga viril de la ciencia, renuncia á sus utopías, quema sus ídolos y modera su orgullo filosófico ante el trabajo; si el socialismo que, en la cuestion del libre cambio, sólo supo agitar sus címbalos en honor de R. Peel, piensa formalmente en constituir el órden social por medio de la razon y de la experiencia, entónces la nivelacion de las condiciones del trabajo no necesita realizarse en la frontera al pasar las mercancías; se efectuará por sí misma en el seno de los talleres y entre todos los productores; la solidaridad existirá entónces entre las naciones por el solo hecho de la solidaridad entre las fábricas; la balanza se estable-

cerá de compañía á compañía, y existirá de hecho para todo el mundo; la aduana será inútil, y el contrabando imposible. Sucede con el problema de la igualdad entre los pueblos, lo que con el del equilibrio ó el de la proporcionalidad de los valores: no se resuelve por una pesquisa y una enumeracion *à posteriori*, sino por el trabajo. Por lo demás, si durante algunos años de transicion se creyese útil sostener las líneas aduaneras; deberian formarse las tarifas por medio de una informacion comercial; y en cuanto á la percepcion de los derechos, yo me entregaria gustoso á la experiencia de la administracion. Semejantes detalles no entran en mi plan, y basta que demuestre la ley sintética del comercio internacional, y que indique el modo ulterior de su aplicacion, para que el lector se ponga en guardia contra los peligros de la prohibicion absoluta y contra la falsedad de una libertad sin límites.

Algunas palabras más sobre el carácter metafísico de la balanza del comercio, y termino.

Para que el principio de la balanza del comercio llene las condiciones de evidencia que hemos determinado al tratar del valor, deberá conciliar á la vez la libertad del tráfico y la proteccion del trabajo, y esto es precisamente lo que sucede con el establecimiento del derecho diferencial. Por un lado, este derecho, cuyo origen histórico es tan poco honroso como el del impuesto, y que nos sentimos tentados á considerar como una gabela abusiva, no hace más que reconocer y determinar la libertad, imponiéndole por condicion la igualdad. Por otro lado, la percepcion de este mismo derecho, que supongo siempre exactamente determinado, protege bastante el trabajo, supuesto que, suscitándole una competencia entre fuerzas iguales, sólo le exige lo que puede dar, y nada más que lo que puede dar.

Pero esta conciliacion, esta balanza, adquiere todavía propiedades nuevas y conduce, por su naturaleza sintética, á efectos que no podian producir la libertad completa ni la prohibicion absoluta. En otros términos: dá más que las ventajas reunidas de una y otra, al mismo tiempo que elimina sus inconvenientes. La libertad sin equilibrio produce la baratura, pero hace infecundas todas las explotaciones que sólo dan medianos beneficios, lo cual es un empobrecimiento: la proteccion, llevada hasta la exclusion absoluta, garantiza la independenciam, pero sostiene la carestía, supuesto que con una suma igual de trabajo, sólo se obtiene una variedad de productos. Por medio de la mutualidad comercial se crea una solidaridat efectiva, *in re*, independiente del capricho de los hombres: los pueblos trabajadores, cualquiera que sea la zona en donde habiten, gozan todos igualmente de los bienes de la naturaleza; la fuerza de cada uno parece que dobla, y su bienestar se aumenta. La asociacion de los instrumentos del trabajo por la reparticion de los gastos entre todos, proporciona el medio de hacer productivas las tierras inaccesibles al monopolio, y la sociedad adquiere una cantidad mayor de productos. En fin; la balanza del comercio, si se la conserva en el fiel, no puede degenerar jamás, como la proteccion y el dejad pasar, en servidumbre y privilegio, lo cual acaba de demostrar su verdad y su saludable influencia.

La balanza del comercio llena, pues, todas las condiciones de evidencia: comprende y resuelve, en una unidad superior, las ideas contrarias de libertad y de proteccion; goza de propiedades extrañas á estas, y no presenta ninguno de sus inconvenientes. Indudablemente, el método que actualmente se sigue para aplicar esta síntesis, es defectuoso y se

resiente de su origen bárbaro y fiscal; pero el principio es verdadero, y el que lo desconoce conspira contra su país.

Elevémonos ahora á más altas consideraciones.

Viviria en una extraña ilusion el que se imaginase que las ideas en sí mismas se componen y se descomponen, se generalizan y se simplifican, como parece que se vé en los procedimientos dialécticos. En la razon absoluta, todas estas ideas que nosotros clasificamos y diferenciamos á gusto de nuestra facultad de comparar y cediendo á una necesidad de nuestro entendimiento, son igualmente simples y generales; son iguales, si así puede decirse, en dignidad y en potencia, y el yo supremo (si el yo supremo raciocina) podia tomarlas á todas por premisas ó consecuencias de sus razonamientos.

En realidad, nosotros sólo llegamos á la ciencia haciendo una especie de andamios con nuestras ideas; pero la verdad en sí misma es independiente de estas figuras dialécticas y de las combinaciones de nuestro espíritu, como las leyes del movimiento, de la atraccion y de la asociacion de los átomos lo son del sistema de numeracion, por cuyo medio los explican nuestras teorías. No se sigue de aquí que la ciencia sea falsa ó dudosa, no; pero se puede decir que la verdad, en sí misma, es infinitamente más verdadera que nuestra ciencia, supuesto que lo es bajo una infinidad de puntos de vista que se nos escapan; ejemplo de ello son las proporciones atómicas, que son verdaderas en todos los sistemas de numeracion posibles.

En las investigaciones sobre la certidumbre, este carácter esencialmente subjetivo del conocimiento humano, carácter que no legitima la duda, como lo creyeron los sofistas, es lo que conviene no perder de vista, so pena de condenarse á una especie de

mecanismo que más tarde ó más temprano conducirá al sér pensante al embrutecimiento. Por el momento nos limitaremos á hacer constar, sirviéndonos de la balanza del comercio, el hecho de esta subjetividad de nuestros conocimientos: más tarde procuraremos descubrir nuevos horizontes y nuevos mundos en este infinito de la lógica.

Por uno de esos casos bastante frecuentes de la economía social, la teoría de la balanza del comercio no es, por decirlo así, más que una aplicacion particular de algunas operaciones aritméticas, adición, sustracción, multiplicación y división. Ahora bien: si yo preguntase cuál de estas cuatro operaciones, *suma, diferencia, producto y cociente*, presenta una idea más simple y más general; cuál de los números 3 y 4, tomados como factores, ó el número 12 que es el producto, es el más antiguo, no digo en mi multiplicación, sino en la aritmética eterna, en donde esta operación existe sólo porque los números se encuentran en ellas; si en la sustracción el residuo, y en la división el cociente, indican una relación más ó ménos compleja que los números que sirvieron para formarla, ¿no es cierto que haría una pregunta desprovista de sentido?

Luego, si semejantes preguntas son absurdas, absurdo será también el creer que, traduciendo estas relaciones aritméticas en lenguaje metafísico ó comercial, se cambia su calidad respectiva. *Repartir* equitativamente entre los hombres los dones gratuitos de la naturaleza, es una idea tan elemental en la razón infinita, como la de *cambiar ó producir*; sin embargo, si hemos de creer en nuestra lógica, la primera de estas ideas aparece despues de las otras dos, y sólo por una elaboración reflexiva de éstas podemos realizar aquella.

Supongamos que en Inglaterra el trabajo produce

100 con 60 de gasto; en Rusia 100 con 80. Adicionando, primero los dos productos ($100 + 100 = 200$), despues las cifras que representan el gasto ($60 + 80 = 140$); restando luégo la más pequeña de estas dos cantidades de la mayor ($200 - 140 = 60$), y dividiendo el resto por 2, el cociente 30 indicará el beneficio neto de cada uno de los productores, una vez asociados por la balanza del comercio.

Ocupémonos primero del cálculo. En éste, los números 100, 200, 60, 80, 140, 2 y 30, parecen que se engendran los unos á los otros por una especie de desprendimiento; pero esta generacion es un efecto exclusivo de nuestra óptica intelectual: estos números no son otra cosa, en realidad, que los términos de una série, cada uno de cuyos momentos y relaciones, necesariamente simples ó complejos, segun el modo de considerarlos, es contemporáneo de los otros y está coordinado con ellos fatalmente.

Vengamos ahora á los hechos. Lo que la economía social, en Inglaterra como en Rusia, llama renta de la tierra, gastos de explotación, cambio, balanza, etc., es la realización económica de las relaciones abstractas que expresan los números 100, 200, etc. Estos son, si así puedo decirlo, los premios que la naturaleza puso para nosotros en cada uno de esos números, y que por medio del trabajo y del comercio procuramos hacer salir de la urna del destino. Y como la relación de todos estos números indica una ecuación necesaria, se puede decir que, por el solo hecho de su existencia en el globo, al mismo tiempo que por las calidades diversas de su suelo y por la potencia mayor ó menor de sus instrumentos, los ingleses y los rusos están asociados. La asociación de los pueblos es la expresión concreta de una ley del espíritu, un hecho necesario. Mas para cumplir esta ley, para producir este hecho, la civiliza-

cion procede con una extremada lentitud y recorre un inmenso camino. Mientras que los números 100, 80, 70, 60 y 50, que nos sirvieron para representar al principio de este capítulo las diversas calidades de la tierra, sólo presentan al espíritu una ecuacion que operar, ¿qué digo? una ecuacion realizada ya, pero sobrentendida para nosotros, y se resuelven todos en el número 72, resultado de esta ecuacion; la sociedad, al conceder el monopolio de estas cinco calidades de tierras, empieza por crear cinco categorías de privilegiados, los cuales, esperando que la igualdad llegue, forman entre sí una aristocracia que se constituye sobre los trabajadores y vive á sus expensas. Bien pronto estos monopolios, por su celosa desigualdad, traen la lucha de la proteccion y de la libertad; lucha de la cual debe salir por fin la unidad y el equilibrio. La humanidad, como una sonámbula refractaria á las órdenes del magnetizador, cumple sin conciencia, lentamente, con inquietud y embarazo, el decreto de la eterna razon; y esta realizacion involuntaria de la justicia divina por la humanidad, es lo que llamamos progreso.

La ciencia en el hombre es, pues, la contemplacion interior de la verdad. Esta sólo penetra en nuestra inteligencia con el auxilio de un mecanismo que parece extenderla, ajustarla, amoldarla, darla un cuerpo y una cara, como sucede con las ideas morales que vemos figuradas y dramatizadas en las fábulas; hasta me atrevo á decir que entre la verdad velada por la fábula y la misma verdad presentada por la lógica, no hay diferencia esencial. En el fondo, la poesía y la ciencia tienen el mismo temperamento; la religion y la filosofía no difieren; y todos nuestros sistemas son como un bordado de lentejuelas de tamaño, color, figura y materia parecida, susceptibles de prestarse á todas las fantasías del artista.

¿Por qué, pues, me abandonaré al orgullo de un saber que, despues de todo, sólo prueba mi debilidad? ¿Por qué me dejaré engañar por la imaginacion, cuyo único mérito está en falsear mi juicio, agrandando como soles los puntos brillantes que yacen esparcidos en el fondo oscuro de mi inteligencia? Lo que yo llamo ciencia, no es más que una coleccion de juguetes, un conjunto de niñerías que pasan y repasan sin cesar por mi espíritu. Esas grandes leyes de la sociedad y de la naturaleza, que me parecen las palancas sobre las cuales se apoya la mano de Dios para mover el universo, son hechos tan simples como una infinidad de otros que no me preocupan; hechos perdidos en el océano de las realidades, y ni más ni ménos dignos de mi atencion que los átomos. Esta sucesion de fenómenos cuyo brillo y rapidez me asombran; esta comedia trágica de la humanidad, que me encanta y me aterra á la vez, no es nada fuera de mi pensamiento, que tiene el poder de complicar el drama y prolongar el tiempo.

Pero aunque sólo la razon humana puede construir, sobre el fundamento de la observacion, esas obras maravillosas por las cuales se representa la sociedad y la naturaleza, no puede crear la verdad, porque no hace más que elegir, entre la infinidad de formas del sér, la que más le agrada. Se sigue de aquí, que para que el trabajo de la razon humana sea posible, para que haya por su parte principio de comparacion y de análisis, es preciso que la verdad, la fatalidad entera, esté dada. No es exacto, pues, ni puede decirse tampoco, que una cosa *llega*, que algo se *produce*, porque en la civilizacion, como en el universo, todo existe y todo obra desde siempre.

La ley de equilibrio se manifiesta desde el instante en que una relacion se establece entre los propietarios de dos campos contiguos; y nuestra será la

culpa si, gracias á nuestras preocupaciones restrictivas, á nuestras prohibiciones y á nuestras prodigalidades, no hemos sabido descubrirla.

Lo mismo sucede con toda la economía social. Por todas partes funciona la idea sintética al mismo tiempo que sus elementos antagónicos; y mientras nos figuramos el progreso de la humanidad como una perpétua metamorfosis, el progreso no es más que el predominio gradual de una idea sobre otra; predominio y gradación que se nos presentan poco á poco, como si el velo que nos las oculta se retirase insensiblemente.

De estas consideraciones es necesario deducir lo siguiente, que será el resumen de este capítulo y el anuncio de una solución más elevada:

1.º Que la fórmula de organización de la sociedad por el trabajo, debe ser tan sencilla, tan primitiva, de una inteligencia y de una aplicación tan fácil, que esta ley de equilibrio, descubierta por el egoísmo, sostenida por el odio y calumniada por una falsa filosofía, iguale entre los pueblos las condiciones del trabajo y del bienestar.

2.º Que esta fórmula suprema, que comprende á la vez el pasado y el porvenir de la ciencia, debe satisfacer igualmente los intereses sociales y la libertad individual; conciliar la competencia y la solidaridad, el trabajo y el monopolio, y en una palabra, todas las contradicciones económicas.

3.º Que esta fórmula existe en la razón impersonal de la humanidad, que obra y funciona hoy mismo y desde el origen de las sociedades, como cada una de las ideas negativas que la constituyen; que es ella la que nos hace vivir, la que determina la libertad, dirige el progreso, y la que á través de tantas oscilaciones y catástrofes, nos conduce hácia la igualdad y el orden.

En vano los trabajadores y los capitalistas se aniquilan en una lucha brutal; en vano la división parcelaria, las máquinas, la competencia y el monopolio diezman el proletariado; en vano la iniquidad de los gobiernos y la mentira del impuesto, la conspiración de los privilegios, la decepción del crédito, la tiranía propietaria y las ilusiones del comunismo, aumentan en los pueblos la servidumbre, la inmoralidad y la desesperación: el carro de la humanidad rueda sin detenerse ni retroceder jamás sobre su camino fatal; y las coaliciones, las hambres y las bancarotas, parecen menores bajo sus inmensas ruedas, que los picos de los Alpes y de las cordilleras sobre la superficie del globo. El Dios de la Justicia marcha, con la balanza en la mano, majestuoso y tranquilo; y la arena que cubre su camino, sólo imprime á sus patillos un invisible estremecimiento.

CAPÍTULO X

SÉPTIMA ÉPOCA. — EL CRÉDITO

A un contemporáneo nuestro le ha sido dado exponer, una tras otra, las ideas más opuestas y las tendencias más disparatadas, sin que nadie se atreviese á poner en duda su inteligencia ni su probidad, y sin que se contestase á sus contradicciones más que con reproches, que no eran respuestas: este hombre es el Sr. de Lamartine.

Cristiano y filósofo, monárquico y demócrata, gran señor y plebeyo, conservador y revolucionario, apóstol de los presentimientos y de los recuerdos, el Sr. de Lamartine es la expresión viva del siglo XIX, la personificación de esta sociedad suspendida entre todos

culpa si, gracias á nuestras preocupaciones restrictivas, á nuestras prohibiciones y á nuestras prodigalidades, no hemos sabido descubrirla.

Lo mismo sucede con toda la economía social. Por todas partes funciona la idea sintética al mismo tiempo que sus elementos antagónicos; y mientras nos figuramos el progreso de la humanidad como una perpétua metamorfosis, el progreso no es más que el predominio gradual de una idea sobre otra; predominio y gradación que se nos presentan poco á poco, como si el velo que nos las oculta se retirase insensiblemente.

De estas consideraciones es necesario deducir lo siguiente, que será el resumen de este capítulo y el anuncio de una solución más elevada:

1.º Que la fórmula de organización de la sociedad por el trabajo, debe ser tan sencilla, tan primitiva, de una inteligencia y de una aplicación tan fácil, que esta ley de equilibrio, descubierta por el egoísmo, sostenida por el odio y calumniada por una falsa filosofía, iguale entre los pueblos las condiciones del trabajo y del bienestar.

2.º Que esta fórmula suprema, que comprende á la vez el pasado y el porvenir de la ciencia, debe satisfacer igualmente los intereses sociales y la libertad individual; conciliar la competencia y la solidaridad, el trabajo y el monopolio, y en una palabra, todas las contradicciones económicas.

3.º Que esta fórmula existe en la razón impersonal de la humanidad, que obra y funciona hoy mismo y desde el origen de las sociedades, como cada una de las ideas negativas que la constituyen; que es ella la que nos hace vivir, la que determina la libertad, dirige el progreso, y la que á través de tantas oscilaciones y catástrofes, nos conduce hácia la igualdad y el orden.

En vano los trabajadores y los capitalistas se aniquilan en una lucha brutal; en vano la división parcelaria, las máquinas, la competencia y el monopolio diezman el proletariado; en vano la iniquidad de los gobiernos y la mentira del impuesto, la conspiración de los privilegios, la decepción del crédito, la tiranía propietaria y las ilusiones del comunismo, aumentan en los pueblos la servidumbre, la inmoralidad y la desesperación: el carro de la humanidad rueda sin detenerse ni retroceder jamás sobre su camino fatal; y las coaliciones, las hambres y las bancarotas, parecen menores bajo sus inmensas ruedas, que los picos de los Alpes y de las cordilleras sobre la superficie del globo. El Dios de la Justicia marcha, con la balanza en la mano, majestuoso y tranquilo; y la arena que cubre su camino, sólo imprime á sus patillos un invisible estremecimiento.

CAPÍTULO X

SÉPTIMA ÉPOCA. — EL CRÉDITO

A un contemporáneo nuestro le ha sido dado exponer, una tras otra, las ideas más opuestas y las tendencias más disparatadas, sin que nadie se atreviese á poner en duda su inteligencia ni su probidad, y sin que se contestase á sus contradicciones más que con reproches, que no eran respuestas: este hombre es el Sr. de Lamartine.

Cristiano y filósofo, monárquico y demócrata, gran señor y plebeyo, conservador y revolucionario, apóstol de los presentimientos y de los recuerdos, el Sr. de Lamartine es la expresión viva del siglo XIX, la personificación de esta sociedad suspendida entre todos

los extremos. Una sola cosa le falta, bien fácil de adquirir, que es la conciencia de sus contradicciones. Si su estrella no le hubiese destinado á representar todos los antagonismos, y acaso á convertirse todavía en apóstol de la reconciliación universal, el señor de Lamartine continuaria siendo lo que fué en un principio; el poeta de las tradiciones piadosas y de los nobles recuerdos. Pero el Sr. de Lamartine debe á su patria la explicación de este vasto sistema de antinomias, del cual es á la vez el acusador y el órgano: el Sr. de Lamartine, por la posición que ha tomado, está condenado, sin que le sea posible apelar de este juicio cuyo origen está más alto que las opiniones contrarias que representa; está condenado, digo, á morir bajo el peso de sus inconsecuencias, ó á conciliar todas sus hipótesis. ¡Quiera el cielo que, como la esposa del Cántico, pueda salir algún día de esa ignorancia de sí mismo que tan mal sienta á la virilidad de su genio; quiera el cielo que pueda concebir toda la grandeza del papel que representa, y acoger los votos de aquellos que pueden aplaudir sus extravíos porque conocen su causa secreta! Que venga á nuestras tiendas el orador honrado, el gran poeta; nosotros le diremos quiénes somos y le revelaremos también su propio pensamiento: *¡Si ignoras te, egredere, et pasce hædes tuos juxta tabernacula pastorum!...*

Socialistas: apóstoles perdidos del porvenir, peones consagrados á la exploración de una comarca tenebrosa; nosotros, cuya obra desconocida despierta simpatías tan raras y parece á la multitud un presagio siniestro, nuestra misión es dar al mundo nuevas creencias, nuevas leyes, nuevos dioses, sin que nosotros mismos, durante la realización de nuestra obra, conservemos fé, ni esperanza, ni amor. ¡Nuestro mayor enemigo, socialistas, es la utopía!...

Marchando con paso resuelto y á la luz de la experiencia, sólo debemos conocer nuestra consigna; ¡ADELANTE!... ¡Cuántos de los nuestros han perecido, y nadie lloró su suerte!... Las generaciones, para las cuales abrimos el camino, pasan gozosas sobre nuestras tumbas olvidadas; el presente nos condena, el porvenir no tendrá un recuerdo para nosotros, y nuestra existencia se sepulta entre dos nada.

Pero nuestros esfuerzos no serán inútiles. La ciencia recogerá el fruto de nuestro heroico escepticismo, y la posteridad, sin saber quiénes fuimos, gozará, por nuestro sacrificio, de esta dicha que no se hizo para nosotros. ¡ADELANTE!... hé ahí nuestro dios, nuestra creencia, nuestro fanatismo. Caeremos los unos tras de los otros, y moriremos todos: la pala del recién venido cubrirá de tierra el cadáver del veterano, y nuestro fin será como el de las bestias: á pesar de nuestro martirio, socialistas, nosotros no somos de aquellos sobre cuyas sepulturas el sacerdote canta la fúnebre estrofa: *¡Dios guarde los huesos de los santos!...* Separados de la humanidad que nos sigue, seamos para nosotros la humanidad entera, porque el principio de nuestra fuerza está en este egoísmo sublime. Que los sabios nos miren con desden si quieren; sus ideas están á la altura de su valor, y al leerlos hemos aprendido á prescindir de su estimación. ¡Pero saludemos al poeta que no retroceda ante ninguna contradicción, á aquel que cante á los reprobados de la civilización, y que venga á meditar un día sobre sus vestigios!... ¡Poeta: los que ya están envueltos en el olvido, pero que no temen al infierno ni á la muerte, te saludan! Escucha.

Faltaban dos horas para llegar el nuevo día: la noche era fría y el viento silbaba entre los matorrales: habíamos trepado hasta la cumbre de las mon-

tañas, y caminábamos silenciosos por sitios solitarios en los cuales espiraban la vegetación y la vida. De repente oímos una voz débil como la de un hombre que recuerda sus pensamientos:

La división del trabajo produjo la degradación del trabajador, y por eso he resumido el trabajo en la máquina y en el taller.

La máquina sólo produjo esclavos, el taller asalariados; y entonces suscitó la competencia.

La competencia engendró el monopolio, y constituyó el Estado imponiendo una carga al capital.

El Estado se convirtió en una nueva servidumbre para el proletario, y entonces exclamé: Que los trabajadores se tiendan la mano de nación á nación.

Y hé aquí que por todas partes los explotadores se coaligan contra los explotados, y la tierra será bien pronto un cuartel de esclavos. Yo quiero que el trabajo esté comanditado por el capital, y que todo trabajador pueda llegar á ser empresario y privilegiado...

Al oír estas palabras nos detuvimos, preguntándonos á nosotros mismos lo que podía significar esta nueva contradicción. El sonido grave de la voz resonaba en nuestros pechos; y sin embargo, la percibíamos como si un sér invisible hubiese hablado en medio de nosotros. Nuestros ojos brillaban proyectando en la noche un rayo de luz: todos nuestros sentidos estaban animados de un ardor y de una penetración desconocida. Un estremecimiento ligero, que no era hijo del temor ni de la sorpresa, corría por nuestros miembros; parecía que un fluido nos envolvía, que el principio de vida, irradiando de los unos hácia los otros, encadenaba nuestras existencias, y que nuestras almas, sin confundirse, formaban todas una sola alma armoniosa y simpática. Una razón superior, como un rayo que descendía de

lo alto, iluminaba nuestras inteligencias: á la conciencia de nuestros propios pensamientos se unía la penetración de los pensamientos ajenos, y de este comercio íntimo nacía en nuestros corazones el sentimiento delicioso de una voluntad unánime, aunque variada en su expresión y en sus motivos. Nos sentíamos más unidos, más inseparables, y sin embargo, más libres. Ningún pensamiento que no fuese puro, ningún sentimiento que no fuese leal y generoso se despertaba en nosotros. En este éxtasis de un instante, en esta comunión absoluta que, sin borrar los caracteres, los elevaba por medio del amor hasta el ideal, sentimos lo que puede, lo que debe ser la sociedad, y descubrimos el misterio de la vida inmortal. Todo el día, sin necesidad de hablar ni de hacernos señas, sin sentir nada que se pareciese al mandato ni á la obediencia, trabajamos en una armonía maravillosa, como si todos fuésemos á la vez principios y órganos del movimiento. Y cuando al llegar la noche fuimos recobrando poco á poco nuestra personalidad grosera; cuando fuimos volviendo á esta vida en la cual todo pensamiento es un esfuerzo, toda libertad una excisión, todo amor sensualismo y toda sociedad un innoble contacto, creímos que la vida y la inteligencia se escapaban de nuestro seno por un doloroso derramamiento.

La vida del hombre es un tejido de contradicciones; y cada una de estas contradicciones es un momento de la constitución social, un elemento del orden público y del bienestar de las familias, las cuales sólo se producen por esta mística asociación de los extremos.

Pero el hombre, considerado en el conjunto de sus manifestaciones y después del completo agotamiento de sus antinomias, presenta todavía una que, no respondiendo ya á nada en la tierra, permanece aquí

abajo sin solución. Por esto el orden en la sociedad, por más perfecto que se le suponga, no desterrará jamás la amargura y el hastío: la felicidad en este mundo es un ideal que estamos condenados á perseguir siempre, pero que el antagonismo indestructible de la naturaleza y el espíritu pone fuera de nuestro alcance.

Si hay una continuación de la vida humana en un mundo ulterior, ó si la ecuación suprema sólo se realiza para nosotros por el retroceso á la nada, es un secreto que yo desconozco completamente, porque, hoy por hoy, nada me permite afirmar lo uno ni lo otro. Todo lo que puedo decir, es que nosotros vamos más lejos con el pensamiento de lo que podemos alcanzar, y que la última fórmula á que la humanidad viviente pueda llegar, la que debe comprender todas sus posiciones anteriores, es todavía el primer término de una nueva é indescriptible armonía.

El ejemplo del crédito servirá para hacernos comprender esta reproducción sin fin del problema de nuestro destino; pero antes de entrar en el fondo de la cuestión, digamos algunas palabras sobre las preocupaciones generalmente esparcidas con respecto al crédito, y procuremos comprender bien su objeto y su origen.

§ I. — Origen y filiación de la idea del crédito. — Preocupaciones contradictorias relativas á esta idea.

El punto de partida del crédito es la moneda.

En el capítulo II hemos visto de qué manera, por un conjunto de circunstancias favorables, el valor del oro y de la plata se constituyó antes que el de las demás mercancías: pues bien; gracias á esto, la moneda llegó á ser el tipo de todos los valores va-

gos y oscilantes, es decir, de todos los valores no constituidos socialmente, no establecidos de una manera oficial. En el mismo capítulo quedó demostrado que si el valor de todos los productos estuviese determinado, si fuese aceptable, como el de la moneda, en toda clase de pagos, la sociedad; por este solo hecho, habria llegado al más alto grado de desarrollo económico que puede alcanzar relativamente al comercio. La economía social no estaria entonces, como lo está hoy en lo que al cambio se refiere, en estado de simple formación, sino que se encontraría en estado de perfeccionamiento. La producción no estaria definitivamente organizada; pero ya el cambio y la circulación lo estarian, y bastaria que el obrero produjese sin cesar, ya reduciendo sus gastos, ya dividiendo su trabajo y descubriendo mejores procedimientos, ya inventando nuevos objetos de consumo y venciendo á sus rivales ó sosteniendo la lucha con ellos, para que conquistase la riqueza y asegurase su bienestar.

En ese mismo capítulo hemos hecho conocer la inteligencia del socialismo respecto á la moneda, y hemos demostrado, refiriendo esta invención á su principio, que lo que debíamos condenar en los metales preciosos, no era el uso, sino el privilegio.

Y en efecto: en toda sociedad posible, aunque sea comunista, se necesita una medida del cambio, so pena de violar el derecho del productor ó del consumidor y hacer la repartición injusta. Pues bien: hasta que los valores estén generalmente constituidos por un método de asociación cualquiera, es preciso que un producto, aquel cuyo valor parezca más auténtico, mejor definido, ménos susceptible de alteración, y que á estas ventajas reuna la de una gran facilidad de conservación y de transporte, se tome por tipo, es decir, por instrumento de circula-

abajo sin solución. Por esto el orden en la sociedad, por más perfecto que se le suponga, no desterrará jamás la amargura y el hastío: la felicidad en este mundo es un ideal que estamos condenados á perseguir siempre, pero que el antagonismo indestructible de la naturaleza y el espíritu pone fuera de nuestro alcance.

Si hay una continuación de la vida humana en un mundo ulterior, ó si la ecuación suprema sólo se realiza para nosotros por el retroceso á la nada, es un secreto que yo desconozco completamente, porque, hoy por hoy, nada me permite afirmar lo uno ni lo otro. Todo lo que puedo decir, es que nosotros vamos más lejos con el pensamiento de lo que podemos alcanzar, y que la última fórmula á que la humanidad viviente pueda llegar, la que debe comprender todas sus posiciones anteriores, es todavía el primer término de una nueva é indescriptible armonía.

El ejemplo del crédito servirá para hacernos comprender esta reproducción sin fin del problema de nuestro destino; pero antes de entrar en el fondo de la cuestión, digamos algunas palabras sobre las preocupaciones generalmente esparcidas con respecto al crédito, y procuremos comprender bien su objeto y su origen.

§ I. — Origen y filiación de la idea del crédito. — Preocupaciones contradictorias relativas á esta idea.

El punto de partida del crédito es la moneda.

En el capítulo II hemos visto de qué manera, por un conjunto de circunstancias favorables, el valor del oro y de la plata se constituyó antes que el de las demás mercancías: pues bien; gracias á esto, la moneda llegó á ser el tipo de todos los valores va-

gos y oscilantes, es decir, de todos los valores no constituidos socialmente, no establecidos de una manera oficial. En el mismo capítulo quedó demostrado que si el valor de todos los productos estuviese determinado, si fuese aceptable, como el de la moneda, en toda clase de pagos, la sociedad; por este solo hecho, habria llegado al más alto grado de desarrollo económico que puede alcanzar relativamente al comercio. La economía social no estaria entonces, como lo está hoy en lo que al cambio se refiere, en estado de simple formación, sino que se encontraria en estado de perfeccionamiento. La producción no estaria definitivamente organizada; pero ya el cambio y la circulación lo estarian, y bastaria que el obrero produjese sin cesar, ya reduciendo sus gastos, ya dividiendo su trabajo y descubriendo mejores procedimientos, ya inventando nuevos objetos de consumo y venciendo á sus rivales ó sosteniendo la lucha con ellos, para que conquistase la riqueza y asegurase su bienestar.

En ese mismo capítulo hemos hecho conocer la inteligencia del socialismo respecto á la moneda, y hemos demostrado, refiriendo esta invención á su principio, que lo que debíamos condenar en los metales preciosos, no era el uso, sino el privilegio.

Y en efecto: en toda sociedad posible, aunque sea comunista, se necesita una medida del cambio, so pena de violar el derecho del productor ó del consumidor y hacer la repartición injusta. Pues bien: hasta que los valores estén generalmente constituidos por un método de asociación cualquiera, es preciso que un producto, aquel cuyo valor parezca más auténtico, mejor definido, ménos susceptible de alteración, y que á estas ventajas reuna la de una gran facilidad de conservación y de transporte, se tome por tipo, es decir, por instrumento de circula-

cion y por paradigma de los demás valores. Es, pues, inevitable que este producto, verdaderamente privilegiado, llegue á ser objeto de todas las ambiciones, paraíso en perspectiva del trabajador y paladium del monopolio; que á pesar de todas las prohibiciones, este precioso talisman circule de mano en mano, invisible á las miradas de un poder celoso; que la mayor parte de los metales preciosos, sirviendo al numerario, quede retirada de su verdadero uso, y se convierta, bajo la forma de moneda, en capital dormido, en riqueza que no se consume; que en calidad de instrumento de los cambios, se tome el oro por objeto de especulacion y sirva de base á un inmenso comercio; y por último, que, protegido por la opinion, y gracias al favor del público, adquiera el poder y ponga fin á la comunidad. Para destruir esta potencia formidable, no es necesario destruir el órgano, podemos decir el depositario, no; basta generalizar el principio haciéndolo extensivo á toda clase de productos. Estas proposiciones están tan bien demostradas y tan rigurosamente encadenadas las unas á las otras, como los teoremas de la geometría.

El oro y la plata, las mercancías que primero se constituyen en valores, una vez tomadas por medida de los demás y convertidas en instrumentos universales del cambio, todo comercio, todo consumo, toda produccion depende de ellas. Precisamente, por lo mismo que el oro y la plata adquirieron en el más alto grado los caracteres de sociabilidad y de justicia, llegaron á ser sinónimos de poder, de imperio y casi de divinidad. El oro y la plata representan la vida, la inteligencia y la virtud comerciales: un cofre lleno de monedas es un arca santa, un arca mágica que dá, á los que tienen la facultad de introducir en ella sus manos, la salud, la riqueza, el placer y

gloria. Si todos los productos del trabajo tuviesen el mismo valor en cambio que tiene la moneda, todos los trabajadores gozarian de las mismas ventajas que disfruta el tenedor de dinero; cada uno poseeria en su facultad de producir un manantial inagotable de riqueza; pero la religion del dinero no se puede abolir, ó mejor dicho, la constitucion general de los valores sólo se puede realizar por un esfuerzo de la razon y de la justicia humanas; y mientras ese esfuerzo no se haga, así como en una sociedad civilizada la posesion del numerario es un signo seguro de riqueza, es inevitable que la falta de dinero sea también un signo casi infalible de miseria. Siendo, pues, la moneda el único valor que lleva el timbre de la sociedad, la única mercancía aquilatada que tiene curso en el comercio, la moneda es, como la razon general, el ídolo del género humano. La imaginacion atribuye al metal lo que es efecto del pensamiento colectivo manifestado por el metal, y todo el mundo, en vez de buscar el bienestar en su verdadera fuente, es decir, en la socializacion de todos los valores, en la creacion incesante de nuevas figuras monetarias, ha pensado exclusivamente en adquirir dinero, dinero, y siempre dinero.

Para responder á este pedido universal de numerario, que en el fondo no era más que una necesidad de subsistencias, de cambio y de venta, en vez de marchar directamente al fin, la sociedad se detuvo en el primer término de la série, y en vez de hacer de cada producto una nueva moneda, sólo pensó en multiplicar hasta donde pudo la moneda metálica: primero, perfeccionando su fabricacion; despues facilitando su emision, y más tarde por medio de ficciones. Evidentemente, esto era equivocarse sobre el principio de la riqueza, sobre el carácter de la moneda, el objeto del trabajo y la condicion del

cambio; esto era retrogradar en la civilización reconstituyendo en los valores el régimen monárquico que ya empezaba á alterarse en la sociedad. Y sin embargo, tal es la idea fundamental que hizo nacer las instituciones de crédito, y tal es la preocupación capital que hace antagónicas en su misma concepción todas estas instituciones.

Pero, como lo hemos dicho repetidas veces, la humanidad, aun obedeciendo á una idea imperfecta, no se engaña en sus miras; y ahora vamos á ver de qué manera, procediendo á la organización de la riqueza por un verdadero retroceso, obró tan bien, tan útilmente y tan infaliblemente, si se tiene en cuenta la condicion de su existencia evolutiva, como le era posible hacerlo. La organización retrógrada del crédito, como todas las manifestaciones económicas anteriores, al mismo tiempo que daba á la industria un nuevo empuje, determinó una agravación de miseria: pero en fin, la cuestión social se presentó bajo un nuevo aspecto, y la antinomia, mejor conocida hoy, nos deja concebir la esperanza de una próxima y completa solución.

El objeto ulterior del crédito, desconocido hasta hoy, se reduce á constituir, con el auxilio y sobre el tipo del dinero, todos los valores oscilantes; su objeto inmediato y manifiesto es suplir esta constitución, condición suprema del orden en la sociedad y del bienestar para los trabajadores, por una difusión mayor del valor metálico. El dinero, dijeron los propagadores de esta nueva idea, es la riqueza: si pudiésemos proporcionar dinero, mucho dinero á todo el mundo, todos serian ricos: y en virtud de este silogismo, se desarrollaron sobre la tierra las instituciones de crédito.

Ahora bien: es evidente que si el objeto ulterior del crédito presenta una idea lógica, luminosa y

fecunda, conforme, en fin, á la ley de organización progresiva, su objeto inmediato, único que se busca, único que se quiere, está lleno de ilusiones, y por su tendencia al *statu quo*, de graves peligros. El dinero, como las demás mercancías, está sometido á la ley de proporcionalidad; y si su masa aumenta sin que los demás productos se multipliquen en proporción, pierde de su valor, y en último análisis, nada añade á la riqueza social: por el contrario, si con la moneda la proporción aumenta siguiendo la población la misma ley, en nada habrá cambiado tampoco la situación respectiva de los productores, y en ambos casos la solución que se pide no habrá adelantado un paso. *A priori*, pues, no es cierto que la organización del crédito, en los términos que se presenta, contenga la solución del problema social.

Después de haber referido la filiación y la razón de existencia del crédito, debemos dar cuenta de su aparición, es decir, del rango que se le debe señalar en las categorías de la ciencia. Aquí, sobre todo, es en donde debemos demostrar la poca profundidad y la incoherencia de la economía política.

El crédito es á la vez la consecuencia y la contradicción de la teoría de los cambios, cuya última palabra, como hemos visto, es la libertad absoluta del comercio.

He dicho que el crédito es la consecuencia de la teoría de los cambios, y afirmo que, como tal, es ya contradictoria.

Al punto que hemos llegado en esta historia, á la vez fantástica y real de la sociedad, hemos visto todos los procedimientos de organización y los medios de equilibrio caer los unos sobre los otros, reproduciendo sin cesar, más imperiosa y más terrible que nunca, la antinomia del valor. Habiendo llegado á la sexta faz de su evolución, el géneo social,

obedeciendo á un movimiento de expansion que le impulsa, busca FUERA DE SÍ, en el comercio exterior, la venta, es decir, el contrapeso que le falta. Ahora vamos á verle, defraudado en sus esperanzas, buscar este contrapeso, este mercado, esta garantía del cambio que necesita á todo trance, en el comercio interior, es decir, DENTRO DE SÍ. Por medio del crédito, la sociedad vuelve sobre sí misma; parece comprender que producción y consumo son para ella cosas idénticas, y que es en su interior y no en una emisión indefinida en donde ha de encontrar el equilibrio.

Todo el mundo reclama hoy para el trabajo las instituciones de crédito: esta es la tésis favorita de los Sres. Blanqui, Wolowski y Chevalier, jefes de la enseñanza económica; esta es también la opinion del Sr. Lamartine y de una multitud de conservadores y de demócratas, y de casi todos los que, rechazando el socialismo y con él la quimérica organizacion del trabajo, se llaman, sin embargo, partidarios del progreso. ¡Crédito! ¡crédito! exclaman estos reformadores de vastos pensamientos y de larga vista: el crédito es todo lo que nosotros necesitamos: al trabajo le sucede lo que á la poblacion: uno y otra están suficientemente organizados, y la producción, cualquiera que ella sea, no faltará. Aturdido el gobierno por estos clamores, se creyó obligado á establecer las bases de la máquina de crédito más formidable que se ha visto, y nombró una comision para reformar la ley de hipotecas.

Siempre el mismo refran: ¡dinero! ¡dinero! dinero es lo que necesita el trabajador: sin moneda el obrero se encuentra tan desesperado como el padre de siete hijos sin pan.

Pero si el trabajo está organizado, ¿cómo es posible que necesite del crédito? Y si es el crédito el que

falta á la organizacion, como pretenden sus administradores, ¿se puede decir que la organizacion del trabajo es completa?

Así como en nuestro sistema de monopolio envidioso, de producción insolidaria y de comercio aleatorio, es el dinero, el dinero solamente, el que sirve de vehículo al consumidor para pasar de un producto al otro, así también el crédito, aplicando en grande escala esta propiedad del dinero, sirve al productor para realizar sus productos, mientras espera el momento de la venta. El dinero es la realización *efectiva* del cambio, de la riqueza y del bienestar: el crédito es su realización *anticipada*. Pero, como en uno y otro caso, el cambio es siempre el jefe de fila; como es necesario pasar por él para ir de la producción al consumo, se sigue de aquí que la organizacion del crédito equivale á una organizacion del cambio en el interior, y que, por consiguiente, en el orden del desarrollo económico, sigue inmediatamente á la teoría del libre comercio ó del cambio exterior. Y no servirá decir que el crédito tiene por objeto favorecer más bien la producción que el consumo, porque con esto no se haría más que alejar la dificultad. Si nos remontamos más allá de la sexta estacion económica, que es el cambio, encontraremos sucesivamente todas las demás categorías, cuyo conjunto expresa la producción, y son: la policía, el monopolio, la competencia, etc. Y tanto es esto así, que en definitiva, en vez de decir simplemente que el crédito ANTICIPA el cambio y todo lo que es consecuencia del cambio, deberemos decir que el crédito SUPONE, en el que lo recibe, una potencia tal, que por el monopolio, la competencia, los capitales, las máquinas, la division del trabajo y la importancia de los valores, debe vencer á sus rivales: lo cual, lejos de debilitar, fortalece el argumento.

¿Cómo, pues, preguntaría yo á los organizadores del crédito, sin un conocimiento exacto de las necesidades del consumo, y por consiguiente de la proporcion que es necesario dar á los productos consumibles; cómo sin una regla de los salarios, sin un método de comparacion de los valores, sin una determinacion de los derechos del capital y sin una policia del mercado, cosas todas que repugnan á vuestras teorías, podeis pensar seriamente en organizar el crédito, que equivale á decir el cambio, la venta, la reparticion, el bienestar, en fin? Si habláis de organizar una lotería, estamos conformes: pero organizar el crédito, ¡vosotros que no aceptais ninguna de las condiciones que lo pueden justificar! Yo os desafío á que lo hagais. Y si por defender ó paliar una contradiccion, os atreveis á decir que todas estas cuestiones están resueltas; si el cambio está por todas partes completamente abierto para el productor; si la venta de la mercancía está asegurada; si el beneficio es seguro; si el salario y el valor, dos cosas tan variables, están disciplinadas, es evidente que la reciprocidad, la solidaridad, la asociacion, en fin, existen entre los productores; y en este caso, el crédito no es más que una fórmula inútil, una palabra vacía de sentido. Si el trabajo está organizado, y es preciso tener en cuenta que todo lo que acabo de decir constituye la organizacion del trabajo, el crédito es la circulacion misma abrazando toda la evolucion económica, desde la primera forma dada á la materia por el obrero, hasta la destruccion del producto por el consumidor; la circulacion marcha bajo la inspiracion de un pensamiento comun hácia la medida normal del valor, y está libre de todos sus obstáculos.

La teoría del crédito, como suplemento ó anticipa-

cion de la venta, és, pues, contradictoria. Considerémosla ahora bajo otro punto de vista.

El crédito es la canonizacion del dinero, la declaracion de su dominio sobre todos los demás productos; por consiguiente, el crédito es el mentís más formal y más rotundo que puede darse al sistema anti-prohibicionista, y la justificacion flagrante, por parte de los economistas, de la balanza del comercio. Que esos señores aprendan de una vez á generalizar sus ideas, y que nos digan por qué razon, siendo indiferente para un país pagar las mercancías que compra con dinero ó con sus propios productos, necesita á cada momento el numerario; cómo es posible que una nacion que trabaja se aniquile; cómo existe siempre la necesidad del único producto que no se consume, es decir, de dinero: cómo todas las sutilezas imaginadas hasta hoy para suplir la falta de numerario, papel de comercio, billetes de banco y papel moneda, no hacen más que traducir y hacer más sensible esta imperiosa necesidad social. Á la verdad, el fanatismo anti-prohibitivo que caracteriza á la secta economista, no se comprende ni se explica, si se tienen en cuenta los esfuerzos extraordinarios que hace para propagar el comercio del dinero y multiplicar las instituciones de crédito.

¿Qué es el crédito? La emancipacion de un valor empleado, responde la teoría; un acto por medio del cual se hace circulable un valor que ántes permanecía inerte. Hablemos con más claridad: el crédito es el anticipo que hace un capitalista de la mercancía más susceptible de cambiarse, por un depósito de valores de difícil cambio; por consiguiente, es el préstamo del producto más precioso, del dinero que, segun M. Cieszkowski, tiene en suspenso á todos los valores cambiables, y sin el cual se verian condenados á la inaccion; del dinero que mide, domina y

subalterniza á todos los demás productos; del dinero, que es la única mercancía que sirve para pagar las deudas y extinguir las obligaciones; del dinero, que asegura á los pueblos, como á los particulares, el bienestar y la independencia; del dinero, en fin, que no sólo es el poder, sino también la libertad, la igualdad, la propiedad, todo.

Hé ahí lo que el género humano ha comprendido unánimemente; lo que los economistas saben mejor que nadie, pero lo que no cesan de combatir con una tenacidad risible, por sostener yo no sé qué liberalismo fantástico contrario á sus principios. El crédito se inventó para auxiliar al trabajo, haciendo pasar á manos del obrero el instrumento que le mata, el dinero; y de ahí parten los economistas para sostener que entre las naciones industriales, la ventaja del dinero en los cambios no significa nada; que es igual para ellas saldar sus cuentas con mercancías ó con numerario, y que sólo deben fijarse en la baratura de los productos.

Pero si es cierto que los metales preciosos perdieron su preponderancia en el comercio internacional, este hecho significa que todos los valores llegaron al mismo grado de determinación en el comercio exterior, y que son, como el dinero, aceptables en toda clase de pagos. En otros términos: ese hecho significa que se ha descubierto la ley del cambio, y que el trabajo está organizado *entre los pueblos*. Si esto es cierto, que se formule esa ley, que se explique esa organización, y en vez de hablarnos del crédito y de forjar nuevas cadenas para la clase obrera, que se explique ese principio de equilibrio internacional, y que se enseñe á todos esos industriales que se arruinan por falta de cambio, á todos esos obreros que se mueren de hambre porque les falta trabajo, que se les enseñe, digo, cómo sus productos, cómo su mano

de obra, son valores de los cuales pueden disponer para su consumo, como si fuesen billetes de banco ó dinero. ¡Cómo!... El principio que, según los economistas, rige el comercio de las naciones, es inaplicable á la industria privada. ¿Y por qué? Vengan las razones, vengan las pruebas; yo las pido en nombre de Dios.

Contradicción en la idea misma del crédito, contradicción en el proyecto de organizarle, contradicción entre la teoría del crédito y la del libre comercio... ¿es esto todo lo que tenemos que censurar en los economistas? No: al pensamiento de organizar el crédito, estos señores añaden otro, no ménos ilógico: me refiero al proyecto de hacer al Estado organizador y príncipe del crédito. *El Estado*, decía el célebre Law prelujiando la creación de los talleres nacionales y la republicanización de la industria, *el Estado debe dar y no recibir el crédito*: máxima sublime, inventada para agradar á todos los que se sublevan contra el feudalismo industrial, deseando reemplazarle por la omnipotencia del gobierno; pero máxima equívoca interpretada en sentidos opuestos por dos clases de personas: primera, los políticos fiscales y hacendistas, para quienes todos los medios de hacer venir el dinero del pueblo á los cofres del Estado son excelentes, porque ellos solos meten la mano; y segunda, los partidarios de la iniciativa, iba á decir de la confiscación gubernamental, para quienes sólo la comunidad es provechosa.

Pero la ciencia no busca lo que agrada, sino lo que es posible; y todas nuestras pasiones anti-banqueras, nuestras tendencias absolutistas y comunistas, no pueden prevalecer á sus ojos contra la íntima razón de las cosas. Ahora bien: la idea de hacer derivar del Estado todo crédito, y por consiguiente, toda garantía, puede traducirse en la pregunta siguiente:

El Estado, órgano improductivo, personaje sin propiedades y sin capitales, que sólo ofrece como hipoteca su presupuesto, siempre empeñado y siempre en quiebra; que no puede obligarse sin obligar á todo el mundo, incluso á sus acreedores, y sin cuya intervencion se desarrollaron espontáneamente todas las instituciones de crédito; el Estado, por medio de sus recursos, de su garantía, de su iniciativa y de la solidaridad que impone, ¿puede convertirse en comanditario universal, en autor del crédito? Y aún siendo esto posible, ¿lo sufriría la sociedad?

Si se contesta afirmativamente á esta pregunta, se deduce que el Estado posee los medios de satisfacer los deseos de la sociedad manifestados por el crédito, desde el momento en que, renunciando á su utopia de la emancipacion del proletariado por medio del libre cambio, y concentrándose en sí misma, procura restablecer el equilibrio entre la produccion y el consumo, haciendo volver el capital al trabajo que lo produce. El Estado, constituyendo el crédito, habria obtenido el equivalente de la constitucion de los valores: el problema económico quedaria resuelto, el trabajo emancipado, y la miseria destruida. Vemos, pues, que la idea de hacer al Estado autor y dispensador del crédito, á pesar de su tendencia despótico-comunista, es de una grande importancia y merece que fijemos en ella toda nuestra atencion.

Para tratarla, no con la extension que merece, supuesto que, en la altura á que hemos llegado, las cuestiones económicas no tienen límites, pero sí con la profundidad y la generalidad que pueden suplir los detalles, la dividiremos en dos períodos: uno que comprende todo el pasado del Estado relativamente al crédito, y otro que tendrá por objeto determinar lo que contiene la teoría del crédito, y por consi-

guiente, lo que se puede esperar de su organizacion, sea ésta por el Estado, sea por el capital libre.

Si para apreciar la potencia de organizacion que los economistas modernos quisieron reconocer al Estado en materia de crédito, despues de habérsela negado en cuanto á la industria, bastasen los antecedentes, la victoria nos seria sumamente fácil de adquirir, porque podríamos limitarnos á presentar á nuestros adversarios, en vez de argumentos, lo que más fuerza les hace, que es la experiencia. Los hechos, les diríamos, prueban que el Estado no tiene propiedades, ni capitales, ni nada, en fin, que sirva de base á sus billetes. Todo lo que posee en valores moviliarios é inmobiliarios, está hipotecado hace muchos años; las deudas que contrajo excediendo á su activo, y cuyos intereses paga la nacion, pasan en Francia de cuatro mil millones: luego si el Estado se hace organizador del crédito y empresario de banco, no puede ser con sus propios recursos, sino con la fortuna de sus administrados; de lo cual es preciso deducir esta consecuencia: en el sistema de organizacion del crédito por el Estado, en virtud de una cierta solidaridad ficticia ó tácita, lo que pertenece á los ciudadanos pertenece tambien al Estado, sin que exista la recíproca; y el gobernador de Luis XV tenia razon cuando dijo á este príncipe enseñándole su reino: Todo eso, señor, es vuestro.

Este principio del dominio eminente del Estado sobre los bienes de los ciudadanos, es el verdadero fundamento del crédito público: ¿por qué la Constitucion no dice una sola palabra del asunto? ¿Por qué la legislacion, el lenguaje y los hábitos le son contrarios? ¿Por qué se garantizan las propiedades de los ciudadanos, independientemente de toda soberanía del Estado, cuando se quiere introducir subrepticamente esta teoría de la solidaridad de la fortuna.

pública y de las fortunas particulares? Y si esta solidaridad no existe ni puede existir dentro del sistema que reconoce la preponderancia y la iniciativa del poder; si no es más que una ficción, ¿á qué se reduce la garantía del Estado? ¿Qué puede valer su crédito?

Estas consideraciones, de una sencillez casi trivial y de una realidad inatacable, dominan toda la cuestión del crédito, y supongo que nadie se sorprenderá al verme insistir en ellas de vez en cuando.

No solamente la propiedad del Estado es nula, sino que su producción tampoco existe. El Estado es la casta de los improductivos, y ninguna industria ejerce, cuyos beneficios previstos puedan dar valor y seguridad á sus billetes. Todo el mundo reconoce hoy que lo que el Estado produce, sea en trabajos de utilidad pública, sea en objetos de consumo doméstico ó personal, cuesta tres veces más de lo que vale; y por último, el Estado, como órgano improductivo de la policía, como productor de la parte del trabajo colectivo que se atribuye, vive únicamente de subvenciones: ¿cómo, pues, por qué virtud mágica, por qué transformación desconocida se convertirá de repente en dispensador de capitales, él, que no posee un solo céntimo? ¿Cómo el Estado, que es la improductividad misma, y á quien el ahorro es esencialmente antipático, se convertirá en banquero nacional y en comanditario universal?

Bajo el punto de vista de la producción, como de la propiedad, es preciso volver á la hipótesis de una solidaridad tácita, cuyo intermediario será el Estado, que se encargará de explotarla secretamente en beneficio suyo hasta que pueda decirlo en alta voz y decretar los artículos.

Antes de haber visto funcionar esta inmensa máquina, yo no puedo creer que se trate simplemente

de una empresa de banca formada con el auxilio de los capitales privados, y cuya gestión solamente se confie á los funcionarios públicos. Aun cuando esta empresa ofreciese al comercio sus capitales á más bajo precio, ¿en qué se diferenciaría de las demás que le son análogas? Esto sería crear al Estado, sin que se molestase en lo más mínimo, un nuevo manantial de rentas; y si se exceptúa el peligro de dejar en manos del poder sumas tan considerables, yo no puedo ver lo que el progreso y la sociedad ganarían en ello. Indudablemente, la organización del crédito por el Estado debe descender más al fondo de las cosas, y el lector me permitirá que continúe mis investigaciones.

Y bien, se me responde; el Estado posee un capital, supuesto que tiene la mayor y la más segura de todas las rentas, que es la contribución. Aun cuando tuviese que aumentarla con algunos céntimos adicionales, ¿no puede servirse de ella para combinar, ejecutar y garantizar las más vastas operaciones de crédito? Y hasta sin recurrir á una agravación del impuesto, ¿quién impide al Estado que, bajo la garantía limitada ó ilimitada del país, y en virtud de un voto de sus representantes, cree un sistema completo de bancos agrícolas é industriales?

Pero de dos cosas una: ó se toma el interés público como pretexto para hacer del crédito un monopolio en favor del Estado, ó se admite que el banco nacional, como hoy el banco de Francia, funcionará en competencia con todos los banqueros del país. En el primer caso, la situación, lejos de mejorar, se empeora, y la sociedad marchará á su rápida disolución, supuesto que el monopolio del crédito en manos del Estado, tendrá por efecto inevitable aniquilar por todas partes el capital privado, negándole su derecho más legítimo, que es el interés. Si el Estado se

declara comendatario, banquero único del comercio, de la industria y de la agricultura, se sustituye á todos esos millares de capitalistas y renteros que viven de sus capitales y que se verán precisados á comerse el principal en vez de consumir la renta. Además de esto, al inutilizar los capitales, hace imposible su formación, lo cual es retrogradar hasta más allá de la segunda época de la revolución económica, y no cabe duda que se puede desafiar sin miedo á un gobierno, á una legislatura y á una nación, á que realice semejante empresa: por este lado la sociedad está detenida por un muro de acero que ninguna fuerza podrá derribar.

Lo que acabo de decir es decisivo y destruye por su base todas las esperanzas de los socialistas que, sin llegar al comunismo, desearían que por medio de una arbitrariedad perpétua se creasen en favor de las clases pobres, unas veces subvenciones, ó lo que es lo mismo, que se les diese parte de la fortuna de los ricos; otras, talleres nacionales privilegiados, lo cual nos conduciría á la ruina de la industria libre, y otras una organización del crédito por el Estado, que equivale á decir, supresión del capital privado y esterilidad del ahorro.

En cuanto á aquellos que no se detienen ante estas consideraciones, sin que necesite recordarles la serie, bien larga por cierto, de las contradicciones que deben resolver antes de tocar al crédito, me limitaré, por el momento, á hacerles observar que, haciendo la guerra al capital é imposibilitando su colocación, llegarían muy pronto, no al desempleo y á la solidaridad de los valores, sino á la supresión del capital circulante, á la abolición del cambio y á la prohibición del trabajo. El comercio del dinero, que es el modo según el cual se ejerce la productividad del capital, es necesariamente el más libre, quiero

decir, el que ménos se puede tocar, el más refractario al despotismo y el más antipático á la comunidad; por consiguiente, es el ménos susceptible de centralización y de monopolio. El Estado puede imponer reglamentos á los bancos; puede, en ciertos casos y por medio de leyes especiales, restringir ó facilitar su acción; pero no podrá por sí mismo, por su propia cuenta ó por la del público, sustituir á los banqueros y acaparar su industria.

Probado que la idea de hacer al Estado príncipe y dispensador del crédito es impracticable (¡y cuántas consideraciones me callo que demostrarían su absurdo!...), forzoso será detenerse en la segunda hipótesis, que pide una competencia, ó mejor dicho, una cooperación del Estado; sobre todo para ciertas clases de crédito, oscuras todavía, que exigen su iniciativa, y que los capitales privados no pudieron fecundar, ni siquiera alcanzar.

Hémos aquí, pues, bien léjos de esa organización tan ruidosamente anunciada, del crédito por el Estado, la cual, por la fuerza misma de las cosas, se reduce, como todo lo que tiene ese origen, á ciertas manipulaciones legislativas y á una simple policía. Aun cuando el banco central entrase en el círculo administrativo, como debía de conservar toda la independencia de sus operaciones, como sus intereses tenían que estar separados de los del Estado, so pena de comprometerse y participar del crédito inherente al poder, este banco nunca sería más que la primera casa financiera del país; esto no sería una organización del crédito por el Estado, no señor, porque, lo he dicho ya y lo repito; el Estado no puede organizar nada; ni crédito, ni trabajo.

El Estado permanece, pues, y debe permanecer eternamente en su indigencia nativa, en la improductividad, que es su esencia, con sus costumbres

de deudor, y en una palabra, con todas las cualidades más opuestas á la potencia creadora, que hacen de él, no el príncipe del crédito, sino el tipo del descrédito. En todas las épocas y en todos los países del mundo se ve al Estado entretenido, no en hacer salir el crédito de su seno, sino en organizar sus empréstitos. Como Esparta no tenia tesoro, se imponia un ayuno para reunir los fondos de un empréstito; Atenas tomaba prestados á Minerva su manto de oro y sus joyas; las confiscaciones, las exacciones y la moneda falsa eran el recurso ordinario de los tiranos. Las ciudades del Asia, familiarizadas con todos los secretos de la hacienda, procedian de un modo ménos bárbaro, pero contraian empréstitos como nosotros y pagaban con la contribucion (1). A medida que se avanza en la historia, se ve cómo se va perfeccionando en el Estado el arte de los empréstitos; pero el de dar crédito no ha nacido todavía. ¡Cuántas veces, para verse libre de sus deudas, el Estado se ha visto en la necesidad de entregar sus libros de cuentas!... En Francia solamente, y durante un período de 287 años, M. Augier ha descubierto una cifra total de nueve bancarotas hechas por el Estado, «sin tener en cuenta, añade el historiador, los grandes y pequeños medios de liquidacion análogos, que eran permanentes en tiempo de todos nuestros reyes y de la Liga, ó que se repetian periódicamente á cada advenimiento al trono, desde la invencion de este medio de saldar cuentas hecho por el rey Juan en 1351.»

¿Y podian las cosas suceder de otro modo? ¿Se necesita tener mucha inteligencia para darse cuenta del antagonismo invencible que existe entre estas dos cosas, el crédito y el Estado? Dígame lo que se

(1) *Del crédito público*, por M. Augier.

quiera, el Estado no es ni será jamás idéntico á la universalidad de los ciudadanos; por consiguiente, ni la fortuna del Estado puede identificarse con la totalidad de las fortunas particulares, ni sus obligaciones serán nunca comunes y solidarias para cada contribuyente. No dudo que se puede extraviar la opinion pública durante algun tiempo, dando al papel del Estado un crédito igual al del dinero; se puede tambien, á fuerza de sutilezas y de sofismas, sostener esta mentira gubernamental; pero bien pronto se verá que con esto no se hizo más que cubrir al asno con la piel del leon, y cuando la menor dificultad se presente, vereis cómo la gran mascarada se desvanece, dejando tras de sí la confusion, el espanto y nada más. Lo que Law habia visto en una contemplacion profética, por medio de la cual se habia adelantado dos siglos á la humanidad, cuando exclamaba: el Estado debe dar y no recibir crédito, era la asociacion real de los trabajadores, era la solidaridad económica, resultado de la conciliacion de todos los antagonismos que, sustituyendo el Estado por la grande unidad industrial, puede dar crédito satisfaciendo al productor y al consumidor á la vez. Engañado por una frase equívoca que le hizo tomar la careta por el hombre y el Estado por la sociedad, Law se propuso realizar una hipótesis contradictoria, y necesariamente, tenia que fracasar. ¡Dichosa la Francia si en medio de aquella inmensa catástrofe, tuvo la suerte de que el ingenioso especulador llegase cuanto ántes al fin de su ensayo! Más adelante, cuando nos ocupemos de las diversas ficciones que se han imaginado para hacer circular el numerario, ó sea para desarrollar el crédito, tendremos ocasion de ocuparnos nuevamente de este gran desengaño, cuya primera víctima ha sido su propio inventor.

§ II.—Desarrollo de las instituciones de crédito.

De toda la economía política, el crédito es la parte más difícil, pero también es la más curiosa y la más dramática. Por esta razón, á pesar del gran número de obras que se han publicado sobre la materia, y de las cuales algunas son excelentes (1), me atrevo á decir que esta inmensa cuestión no ha sido tratada en toda su extensión, y por consiguiente, en toda su simplicidad. Aquí es en donde vamos á ver al hombre, instrumento de la lógica eterna, realizar poco á poco, y por una serie de movimientos, una pura abstracción como es el crédito, del mismo modo que le hemos visto anteriormente convertir en realidades toda esta fantasmagoría de ideas abstractas que llamamos división del trabajo, jerarquía, competencia, monopolio, contribución y libertad de comercio. Estudiando los diversos problemas á que dé lugar el crédito, acabaremos de convencernos de que la verdadera filosofía de la historia está en el desarrollo de las fases económicas, y veremos que la constitución del valor aparece decididamente como la raíz de la civilización y como el problema de la humanidad. Aquí veremos á la sociedad, como dice muy bien el Sr. Augier, girar al rededor de una moneda de oro, como la tierra gira al rededor del sol. Sucede con el crédito lo que con las demás fases que hemos estudiado hasta ahora: «no es un hijo directo de la voluntad del hombre, dice el mismo autor; es una necesidad para la sociedad humana, una nece-

(1) Citaré, entre otras, por el conjunto y la originalidad, la obra concisa y llena de detalles del Sr. Augier, *Historia del Crédito público*, París, Guillaumin, 1842; y por el espíritu filosófico, la del Sr. Cieszkowski, *Del Crédito y de la Circulación*, París, Treuttel et Wurtz, 1839.

sidad tan imperiosa como la de la alimentación: es una fuerza innata, providencial ó fatalmente inteligente que hace su obra de cosas futuras ó de revoluciones tenebrosas... Los poderes y los reyes se agitan, y el dinero los conduce: esto lo digo sin deseo de parodiar la acción de la Providencia.»

Para nosotros, digámoslo sin escrúpulo, la filosofía de la historia no está en esas fantasías semi-poéticas que Bossuet y sus sucesores nos ofrecieron tantas veces, sino en los caminos oscuros de la economía social. TRABAJAR Y COMER es, con permiso de los escritores artistas, el único fin aparente del hombre: lo demás, son vueltas y revueltas de personas ociosas que buscan trabajo ó que piden pan. Para cumplir este humilde programa, el vulgo profano ha necesitado más genio que todos los filósofos, sabios y poetas para componer sus obras maestras.

Cosa singular, cuyo ejemplo no hemos citado todavía, y que sorprenderá al lector poco acostumbrado á estas metamorfosis del pensamiento: el crédito, en su expresión más avanzada, se presenta ya bajo una fórmula sintética, sin que por eso deje de ser una antinomia, la séptima en el orden de las evoluciones económicas. Como lo ha demostrado el Sr. Cieszkowski en una obra, cuya lectura no me cansaré de recomendar á los aficionados á la metafísica aplicada, el crédito llega á su más alto período desarrollándose sucesivamente en posición, oposición y composición; por consiguiente, produciendo una idea positiva y completa. Pero, como nosotros lo demostraremos también, esta síntesis, formada regularmente, es de un orden secundario, y presenta todavía una contradicción. Vemos, pues, que las ideas, como los cuerpos, se componen y se descomponen hasta lo infinito, sin que la ciencia pueda decir nunca cuál es el cuerpo ó la idea simple.

Las ideas y los cuerpos son todos de una simplicidad igual, y sólo nos parecen complexas cuando las comparamos ó cuando las relacionamos con otros cuerpos y con otras ideas.

Tal es el crédito: una idea que, de simple que parece ser á su nacimiento, se desenvuelve poniendo á su contraria; despues se complica combinándose con ella, y vuelve á presentarse tan simple, tan elemental, tan contradictoria y tan impotente como al principio. Nos parece que ya es tiempo de presentar las pruebas.

El crédito se desenvuelve en tres séries de instituciones: las dos primeras son inversas la una de la otra, y la tercera las resume todas en una combinacion íntima.

La primera série comprende la *letra de cambio*, el *banco de depósitos*, al cual es preciso añadir tambien la caja de ahorros, y por último, el *préstamo sobre prenda ó sobre hipoteca*, cuyo ejemplo es el monte de piedad.

Por medio de esta série de operaciones, se quiso hacer el dinero más accesible á todo el mundo; primero, facilitando el camino y acortando las distancias; despues, haciendo que el dinero mismo fuese ménos casero y ménos tímido. En términos más claros: á fin de encontrar dinero á ménos precio, se pensó en hacer economías; por un lado en el transporte, recurriendo á la letra de cambio; por el otro en la usura de la materia y en el cambio, valiéndose del banco de depósitos; y por último, se procuró atraer el dinero por medio de la seguridad, ofreciéndole la garantía de la prenda ó de la hipoteca.

Por medio de la letra de cambio, el dinero que poseo ó que se me debe en San Petersburgo, está en París á mi disposicion, y recíprocamente; la suma que poseo en París y que debo en San Petersburgo,

existe en esta última capital á disposicion del acreedor. Esta combinacion es una consecuencia forzosa del comercio; sigue á la produccion y al cambio, como el efecto sigue á la causa, y confieso ingenuamente que no comprendo la manía de los economistas que se empeñan en buscar en la historia la fecha de la invencion de las letras de cambio, fijándola en el siglo XII ó XIII, *próximamente*. La letra de cambio, por bárbara é irregular que sea su redaccion, existe desde el momento en que, poniéndose dos países en relacion, se puede pagar una cantidad cualquiera de uno á otro, mediante el simple reconocimiento del que la presenta, ó por aviso del que la expide. Por esta razon, el Sr. Augier hace bien en considerar como letra de cambio la obligacion que firmó á Tobías su pariente Gabelo; obligacion que fué satisfecha por este último á Tobías el jóven, que la presentó, sin que el suscriptor le conociese. Este hecho que, segun la leyenda, debió pasar en el Asia, cinco ó seis siglos ántes de Jesucristo, prueba que en esta época las operaciones de cambio y de descuento no estaban organizadas entre Ragés y Nínive; pero el principio era conocido, la consecuencia podia deducirse fácilmente, y esto basta para demostrar mi tésis.

Todo el mundo conoce las ventajas del cambio, y nadie ignora hasta qué punto suple al numerario. Un negociante de Marsella, por ejemplo, debe 1.000 francos á otro de Lyon, el cual los debe á su vez á otro negociante de Burdeos. Pues bien: para que el negociante de Lyon cobre su crédito y pague á la vez su deuda, basta que dirija á su corresponsal de Burdeos una letra de cambio contra el negociante de Marsella, cuya letra de 1.000 francos tendrá la doble garantía del marsellés y del lyonés. La misma operacion se podrá repetir, con la misma letra de

cambio, entre el comerciante de Burdeos y otro de Tolosa, lo cual triplicará la garantía de la letra, y así á lo infinito. La garantía del título, y por consiguiente su solidez y su valor comercial, aumentan constantemente hasta que, vencido el término, se presente al cobro. La letra de cambio es, pues, un verdadero suplemento de la moneda, y un suplemento tanto más seguro, cuanto que la promesa adquiere, por medio del endoso, una garantía progresiva que la hace, en muchas ocasiones, preferible al dinero.

Con el banco de depósitos, la sociedad se elevó á otra abstraccion, que consiste en la distincion de la moneda de cuenta y la moneda corriente.

El dinero, como toda materia ó mercancía, está sujeto á usura, alteracion, robo y fraude. Además de esto, la diversidad de monedas es un obstáculo para su circulacion y una nueva traba. Estas dificultades desaparecieron con los depósitos públicos que admitian toda clase de moneda por su valor intrínseco, mediante una deduccion, y entregando en cambio bonos pagaderos en moneda de ley. El banco de Amsterdam, fundado en 1609, se cita siempre como modelo de los bancos de depósitos.

De este modo, el dinero, representado por un papel de ningun valor, pudo circular sin temor á desgaste, fraude, agio, y en una palabra, sin experimentar pérdidas y con la mayor facilidad. Pero no era bastante haber preparado de este modo el camino al numerario: era preciso hacerle salir de los cofres, y tambien se encontró el medio de conseguirlo.

El dinero es la mercancía por excelencia, el producto cuyo valor está perfectamente determinado; y como tal, es el agente de los cambios y el prototipo de todos los valores. Sin embargo, y á pesar de es-

tas eminentes prerogativas, el dinero no es la riqueza, supuesto que es el único producto que no satisface nuestras necesidades: es, á no dudarlo, el jefe, el reclamo, si así puedo expresarme, de los elementos que deben constituirla; pero él, por sí mismo, vale bien poco.

El capitalista cuya fortuna consiste en dinero, tiene necesidad de emplear sus fondos, de cambiarlos, de hacerlos productivos, y productivos de dinero; es decir, de toda clase de productos: y esta necesidad de deshacerse de sus escudos, la experimenta con la misma energía que el capitalista cuya fortuna consiste en tierras, casas, máquinas, etc., siente la precision de encontrar dinero para sostener su empresa.

Para que estos dos capitalistas hagan producir sus capitales, es preciso que los asocien: pero la asociacion repugna al hombre á la vez que le es necesaria, y ni el industrial, ni la persona de dinero, por más que procuren entenderse, no consentirán jamás en asociarse. Sin embargo, un medio se presenta de satisfacer sus deseos sin violentar su repugnancia, y este medio consiste en que el tenedor de numerario preste sus fondos al industrial recibiendo en prenda los capitales moviliarios ó inmoviliarios de este, mas un beneficio ó interés.

Tal es, en suma, la primera manifestacion del crédito, ó, como dice la escuela, su *tésis*.

Resulta de todo esto, que la moneda, por mucho que se la eleve sobre las demás mercancías, aparece bien pronto, como instrumento de cambio, con notables inconvenientes, que son: el peso, el volúmen, la usura, la alteracion, la escasez, las dificultades del transporte, etc.; que si el dinero, considerado en sí mismo, en su materia y en su valor, es una *prenda perfecta* del crédito, supuesto que es acepta-

ble en todos los tiempos y en cambio de toda clase de productos, y que con él se pueden adquirir todos los bienes posibles, sin embargo, como representante de los valores y medio de circulacion, ofrece desventajas y deja mucho que desear. En una palabra; el dinero es un *signo imperfecto* del crédito.

En lo que sigue veremos al genio comercial emplear todos sus esfuerzos en la reparacion de este vicio propio del numerario.

El segundo término, que constituye la série anti-tética de las instituciones de crédito, es inverso y podemos considerarlo, hasta cierto punto, como una negacion del primero. Esta série comprende los bancos de circulacion y descuento, y todo lo que se refiere á los billetes de banco, papel moneda, moneda de papel, asignados, etc. Hé aquí el mecanismo de esta generacion.

Ruego al lector que me perdone si le envuelvo constantemente en estas fórmulas de metafísica que me han servido para estudiar todas las fases económicas anteriores, y en las cuales hago entrar todavía las diversas formas del crédito. Reflexionando sobre él, se comprenderá fácilmente que este aparato, tan desgraciado al primer golpe de vista y tan extraño á nuestros hábitos literarios, es, á pesar de todo, el álgebra de la sociedad, y el único instrumento intelectual que, al darnos la llave de la historia, nos ofrece el medio de seguir con conciencia y certeza la obra instintiva y fatigosa de nuestra organizacion. Además, ya es tiempo de que nuestra nacion renuncie á las pequenezes de su literatura degenerada, al charlatanismo de una tribuna corrompida y de una prensa vana, si quiere salvarse de la decadencia política que la amenaza, y en cuyo favor se trabaja, hace diez y seis años, con un éxito deplorable.

El billete de banco, por lo mismo que tiene su garantía, quiero decir, el numerario que representa, no es una *fiction*, sino pura y simplemente una *abstraccion*, una verdad extraida del hecho ó de la materia que la realiza y la concreta, y cuya existencia constituye la garantía del billete. En este estado de cosas, el papel de banco es un suplemento feliz y cómodo de la moneda, pero no la multiplica. Ahora bien; esta facultad va á adquirirla por medio de una combinacion de la letra de cambio y del reconocimiento del depósito.

Supuesto que la letra de cambio se recibe, como la moneda, en toda clase de pagos; supuesto que se la puede cambiar por todo género de productos, se la puede cambiar tambien por dinero: de aquí el banco de *circulacion*; es decir, el oficio de descontar el papel de comercio, mediante el beneficio de la comision.

El negociante que convirtió su papel en dinero, tiene disponible el capital que, sin esta operacion, permaneceria inactivo, y por consiguiente, sin producir: con el importe de su letra de cambio, crea nuevos valores, adquiere servicios, paga salarios y salda cuentas. Rapidez en la produccion, aumento de producto y multiplicacion del capital: tales son las consecuencias del descuento.

Pero el banquero, cuyo arte se reduce á cambiar escudos por papel y despues papel por escudos, puede, como el industrial, obligarse por medio de la letra de cambio y proporcionar papel sobre su propia casa; es decir, puede crear bonos nominales ó al portador y pagaderos á su presentacion.

Y en efecto; un banquero que tiene un millon de capital, despues de haberle cambiado por papel á cuarenta dias visto, puede encontrarse á las tres semanas sin tener un céntimo en caja, y por consi-

guiente, en la imposibilidad material de hacer nuevos descuentos. Pero, como en vez de numerario, este banquero sólo posee papel que está seguro de convertir en dinero, puede expedir sobre él una letra de cambio, puede crear lo que vulgarmente se llama un billete de banco, que el comerciante aceptará como verdadera moneda, y que, sin embargo, no es más que una promesa de pago.

Vemos, pues, que el billete de banco es la letra de cambio creada en el primer período del crédito, y elevada, por decirlo así, á la segunda potencia; es, en fin, una letra de cambio que se suscribe *por valores recibidos en letra de cambio*. Hé ahí en dónde empieza la ficción: y sin embargo, esta maniobra es lógica y racional; resulta, como fácilmente se comprende, de los dos principios combinados del depósito y del descuento; pero seguida en sus consecuencias más legítimas, llega á los abusos más monstruosos y á la destrucción del crédito mismo.

Si se consulta la teoría nada más, y teniendo en cuenta que todo papel de comercio, sea á la vista ó á plazo, se ha de pagar necesariamente, salvo los accidentes que el banquero debe prever, es claro que éste puede dar contra sí mismo tantas letras de cambio y emitir tantos billetes de banco como valores se le presenten al descuento, á condición de hacer que las entradas coincidan con la presentación probable de los billetes, ó de estipular una tregua en el caso de la acumulacion inesperada. Esta teoría es matemáticamente irreprochable, supuesto que la letra de cambio del banquero no es más, si se me permite este término de la tipografía, que una *retiracion* del papel que descuenta. Para esto, basta con que el negociante, como lo habia observado perfectamente el Sr. Sismondi, dé crédito al banquero en vez de pedírselo. Pero aún hay más: el principio

en cuya virtud el banco, en vez de dinero, dá á los negociantes que vienen á descontar, una letra de cambio expedida contra su cartera, conduce directamente á la negacion de la moneda y á su expulsion del comercio. Figurémonos ahora lo que deben ser (en perspectiva) los beneficios de una empresa que, en virtud del privilegio concedido por el soberano, es capaz de abrazar todo el comercio de un imperio, y que, sin poseer la menor partícula de oro, puede neutralizar el poder del dinero, realizar el cambio de todos los valores, y percibir el producto líquido de algunos miles de millones.

Tal fué, en nuestro concepto, la série de razonamientos que condujo al famoso Law á la idea de su banco real; empresa que, sin tener en su principio un solo céntimo en caja, y apoyada (para dar cuerpo á la idea) en una explotación gigantesca del Missisipi, debia descontar todo el papel del comercio, y por la circulacion de sus billetes, que irian poco á poco sustituyendo al numerario, y por las acciones que emitiese en cambio del dinero, atraeria todas las riquezas metálicas del reino á los cofres del Estado. Arrastrado por la lógica de sus ideas y tranquilo en cuanto á la moralidad de su sistema por la firme garantía del Estado, cuya capacidad de dar crédito sin ofrecer hipoteca real, era para él un asunto de meditacion diaria, ¿habrá tomado por lo serio su loca concepcion, ó será preciso ver en aquel hombre un estafador audaz? Hé ahí lo que yo no me atrevo á decidir por la sola exposicion de esta aventura. Lo que sí me parece seguro, es que ni Law ni nadie, en su tiempo, conocia á fondo la teoría del crédito, del mismo modo que hoy los economistas, y con ellos muchas otras personas, desconocen por completo la filosofía de la economía política. Pero en fin; si alguna cosa puede disculpar á Law, es la

buena fé, el admirable aturdimiento con que los economistas modernos propagan sus utopias de libertad de comercio, de competencia ilimitada, de contribucion progresiva y equitativa, de organizacion del crédito, etc., etc.; es decir, la negacion del monopolio por la afirmacion del monopolio mismo.

Pero dígase lo que se quiera con respecto al sistema de Law, la ciencia sostiene hoy que, en la teoría del crédito, el uso del dinero conduce al no-uso del dinero; y tan cierto es esto, que por una aplicacion de esa teoría, un célebre economista, David Ricardo, creó un sistema de circulacion y descuento excluyendo completamente la moneda. Vemos, pues, que en el punto de partida, aparece el banco de depósito; un sistema dentro del cual, para facilitar moneda al negociante, el banco empieza pidiéndole la moneda que tiene, lo cual implica nulidad del crédito para todo el que carece de dinero: absurdo. Despues se presenta el banco de circulacion; un sistema cuya última palabra se reduce á afirmar que, para hacer dinero, basta una cuartilla de papel, cuyo valor es completamente nulo: absurdo tambien.

Este absurdo aparece mucho más claro todavía si, elevándonos al principio de la moneda, á la teoría de la constitucion de los valores, generalizamos el principio del banco de circulacion aplicándolo á toda clase de productos. Así como el banquero puede girar una letra de cambio contra su propia casa haciendo entrar en el comercio un valor ficticio que se admite como real, así tambien el empresario de industria y el comerciante pueden, auxiliados por un compadre, girar una letra de cambio por remesas que no hicieron ó por productos que ni siquiera poseen. Y tan posible es lo que decimos, que con semejante mecanismo, y teniendo en cuenta que los billetes se multiplican á medida que el pedido del

comercio aumenta, un Estado podria tener un movimiento de muchos miles de millones sin haber producido nada y sin poseer un solo céntimo. Esta aplicacion del principio de los bancos de descuento es muy frecuente en el comercio, que la califica de *circulacion*; término impropio que se emplea para caracterizar la posicion de un hombre que hace dinero con ficciones y que recurre á todos los medios. Las reiteradas emisiones de asignados en tiempo de la república, no fueron otra cosa.

Ahora bien: hace cerca de un siglo que se ha entrevisto, más bien que comprendido, la contradiccion de este mecanismo, y no se supo todavía evitarla (como sucedió y continúa sucediendo con otros *inconvenientes* de la economía política), sino recurriendo á un conflicto entre los extremos. Se han reunido los dos modos de la operacion, y toda la habilidad consiste en mantenerse en un justo-medio. En consecuencia, todo el mundo sabe, y los economistas no salen de este círculo tampoco, que un banco que funciona á la vez como caja de depósitos y como banco de emision y descuento, puede muy bien emitir billetes por las dos terceras ó por las tres cuartas partes más de los valores metálicos que posee, sin exponerse á conflictos de ningun género. Ahí se detiene la rutina: la economía política no va más lejos. Pero faltaba ensayar una tercera combinacion del crédito; es decir, un tercer modo de facilitar la circulacion de los valores no constituidos, recurriendo al intermediario del dinero, y tal es la obra que ha emprendido el Sr. Cieszkowski. Supuesto que existe oposicion entre los dos primeros modos; oposicion que la economía política no resuelve, es de presumir que debe haber un tercer término que, conciliando los otros dos, los complete y los perfeccione. Hasta hoy, dice el autor citado, poseemos,

como medios de crédito, aunque separados los unos de los otros:

1.º La moneda, que es una garantía perfecta, á la vez que un signo imperfecto del crédito;

2.º El billete de banco, que es una garantía imperfecta, á la vez que un signo perfecto del crédito.

Se trata ahora de encontrar una combinacion, en la cual el agente de la circulacion sea á la vez y en un mismo grado, garantía perfecta como el dinero, signo perfecto como el billete de banco, y, siguiendo la ley del interés, sea productivo como la tierra y los capitales; por consiguiente, no susceptible de esterilidad.

Esta combinacion existe, dice el Sr. Cieszkowski, y lo prueba con el más hermoso lenguaje filosófico y con la más consumada experiencia; doble ventaja que debia hacerle ininteligible para los economistas y para los filósofos. En una exposicion tan rápida de las ideas del Sr. Cieszkowski, es muy posible que perjudique á este escritor; sin embargo, añadiendo algunas veces mis propias ideas á las suyas, procuraré hacer un resumen de su sistema.

Elevémonos una vez más todavía á los principios.

Entre todas las mercancías, la moneda es la única cuyo valor, aunque variable, está definitivamente constituido; y á esta prerogativa que sólo ellos tienen, deben los metales preciosos el servir de valuator comun á todos los productos.

El objeto ulterior del crédito es llegar á la constitucion de los valores, haciéndolos, como el oro y la plata amonedados, aceptables en toda clase de pagos. Evidentemente, esto seria resolver el problema de la reparticion, fundar la igualdad en la ley del trabajo, y conducir la humanidad al más alto grado de libertad individual y de asociacion posibles. Para llegar á este resultado, hemos dicho, el genio social pro-

cede por asimilacion; es decir, que por medio de abstracciones y de ficciones sucesivas, procura hacer circulables, como el dinero, todos los valores producidos, á condicion de valuarlos previamente. Por lo demás, importa poco que el cuerpo del valor cambie físicamente de mano ó no, porque habrá circulacion siempre que haya trasporte del título de propiedad. Un billete que representa riquezas acumuladas en el banco, equivale, para el portador, á la posesion actual de la suma que el billete indica; y de la misma manera, el precio estipulado y aceptado de una mercancía vendida, puede convertirse en moneda bajo la forma de una letra de cambio.

Se pregunta, pues, cómo se hará participar del beneficio de la circulacion; cómo se hará que sirvan para el crédito, no solamente el dinero, los billetes que lo representan, las letras de cambio y otras obligaciones á plazo fijo y protestables que representan un valor vendido y entregado, sino tambien los que no se vendieron, como son la tierra y el trabajo mismo; á lo cual responde el Sr. Cieszkowski:

Si despues de valuar, tanto en capital como en renta, todas las riquezas moviliarias é inmobiliarias de una nacion, se hiciesen de los títulos de propiedad, billetes de cambio aceptables en pago de contribuciones y demás, deduciendo una parte alícuota (mitad, un tercio ó un cuarto del valor de la cosa) para garantía del portador, tendríamos en este nuevo agente de la circulacion:

1.º Una garantía perfecta, porque esta prenda seria, como los lingotes de oro del banco, un capital existente, real y no ficticio;

2.º Un signo perfecto, porque seria eminentemente trasportable y de ningun valor intrínseco;

3.º Una moneda productiva, porque seria el tí-

tulo de propiedad de capitales que estaban en plena produccion.

Además, estos billetes no suprimirian el uso de la moneda, por más que lo limitasen: tampoco harian cesar la ficcion de los billetes de banco y del papel moneda; pero aunque la moneda y los billetes de confianza hubiesen servido de paradigma á la creacion de los nuevos efectos, éstos conseguirian dominarlos reteniéndolos en sus justos límites.

El autor entra despues en largos detalles sobre la organizacion de la agencia central de donde partiria esta vasta emision de valores, sobre la jerarquía de los bancos secundarios, las precauciones que deberian tomarse, la marcha que deberia seguirse y los ejemplos que apoyan su sistema. Una sola cosa falta á su proyecto, y es que tenga la fortuna de agradar á cualquier fantasma de hombre de Estado que, comprendiéndole á medias y retocándolo á su modo, gane una inmensa reputacion y haga olvidar á su autor.

Para que nada quede por decir sobre esta obra interesante, haré notar que en ella fué donde el Sr. Wolowski, amigo y compatriota del autor, profesor de legislacion comparada en el Conservatorio de artes y oficios, encontró las bases de su proyecto de organizacion del crédito agrícola; proyecto de una gran trascendencia, que ha recibido la adhesion de los hombres más considerados y más competentes en la materia.

Tal es, pues, el desarrollo normal y completo de todas las instituciones posibles de crédito; y digo posibles, porque más allá de esta teoría, que abraza todos los valores producidos y susceptibles de producir, todos los capitales empleados y la tierra, no hay nada.

Primera evolucion: Letra de cambio, préstamo sobre prendas, banco de depósitos.

Segunda evolucion: Banco de circulacion y descuento, papel de confianza, papel moneda, asignados.

Tercera evolucion: Emancipacion de todos los capitales empleados, representados por billetes que producen interés.

El sistema del Sr. Cieszkowski, consecuencia necesaria de los dos primeros, ¿se realizará algun dia? Si nos fijamos únicamente en el movimiento económico que conduce á la sociedad, se puede creer que sí: todas las ideas tienden en Francia á la reforma hipotecaria y á la organizacion del crédito agrícola; dos cosas que, bajo una forma más ó ménos pronunciada, suponen necesariamente la aplicacion de este sistema. Como verdadero artista, el Sr. Cieszkowski ha trazado el ideal de su proyecto, y describió la ley económica que en lo sucesivo regirá todas las reformas de la sociedad. Poco importan, pues, las diferencias de aplicacion y las modificaciones de detalle; la idea es suya en su calidad de teórico, y suyo será el mérito de la profecía si se llega á realizar. En una palabra: el Sr. Cieszkowski ha pintado una de las fases más curiosas de la organizacion social; posible es que exista una laguna en la historia, pero esta laguna no puede existir en la ciencia. La sociedad vive por el espíritu mucho más que por los sentidos, y por esta razon se le permite algunas veces que cometa ciertas faltas en la práctica.

Dirijamos ahora una mirada retrospectiva á este movimiento prodigioso del crédito, tan espontáneo y tan lógico á la vez, y procuremos hacer resaltar la prueba de esta necesidad providencial que encontramos á cada paso, y cuyo agente involuntario parece ser el hombre; de esta necesidad, repito, que tan profunda admiracion produjo al Sr. Augier, y

que es la prueba ménos equívoca de la infalibilidad humana.

¿Sería posible que no existiese la moneda? Tanto valdria preguntar si podria suceder que entre todos los productos del trabajo humano no se encontrase uno cuyo valor fuese más comercial que el de los demás. Observemos de paso que el progreso podria haber sido más ó ménos lento, si en vez del oro y de la plata, la sociedad hubiese adoptado por valuator comun, el trigo, el hierro, la seda ú otra mercancía, cuyo valor fuese más variable y cuya circulacion ofreciese mayores dificultades.

¿Podria suceder que una vez inventada la moneda, no fuese objeto de la ambicion general y la cosa más necesaria para el pobre como para el rico? Y supuesto que la fabricacion de una cantidad mayor de numerario, en vez de resolver el problema, no hace más que aplazarlo, ¿seria posible que, una vez valuados en dinero todos los capitales y todos los productos, no se procurase desempeñarlos, poniéndolos en circulacion como la moneda?

Digámoslo sin miedo: todo eso era inevitable; todo eso estaba escrito en el cerebro humano, como en el libro de los destinos. Reconocido esto, el camino que la humanidad siguió era el verdadero, y sus operaciones quedan justificadas. Hubo un momento en que el socialismo, hablando por boca de la Iglesia, se sublevó contra el espíritu económico, y pareció que deseaba detener la marcha de las sociedades proscribiendo el interés. Esta fué una especie de negacion de la providencia hecha por la providencia misma; una protesta de la conciencia universal convertida en cristiana, contra la razon universal, que persistia en obrar como si fuese pagana. El socialismo, que constituyó siempre el fondo de la catolicidad, presentia entónces que ni siquiera

con una organizacion perfecta del crédito, la humanidad avanzaria más que con la completa competencia; que la miseria y la opulencia no harian más que agravarse, y exigia una ley más perfecta, ménos egoista, y sobre todo, ménos ilusoria. Desgraciadamente, en la época en que Roma y los Concilios, arrastrados por un falso espíritu de popularidad, se revolvian contra el capital y prohibian el interés, la libertad no existia; y como esta conquista sólo podia realizarse por medio de la propiedad, y en su consecuencia, por el interés, la Iglesia se vió precisada á retirar sus rayos y á aplazar sus anatemas.

La enfermedad de nuestro siglo es la sed del oro, la necesidad de crédito: ¿y qué hay en esto que deba admirarnos? Que la moral hipócrita, que la literatura famélica y la democracia retrógrada se desaten contra el reinado de la banca y contra el culto del becerro de oro; esas imprecaciones ininteligentes, sólo sirven para hacernos conocer la marcha triunfante de la idea. Desde el Sinaí, el becerro de oro es el dios á quien adora el género humano; dios fuerte, invencible, que sólo encuentra infieles entre los contemplativos que, como Moisés en la montaña, se olvidan de comer y de beber. No, Israel no se engañó cuando al postrarse ante una masa de oro, exclamó: Hé ahí el dios que te salvó de la esclavitud, Israel; y tampoco Moisés se equivocó cuando quiso que su pueblo reconociese un poder superior al oro, y le presentó á Jehovah, la fuerza creadora, el trabajo, en fin, que es la libertad y la riqueza.

Pero, como dice el sabio, hay tiempo para todo: tiempo para sembrar y para recoger; tiempo para Mammon y para Jehovah; tiempo para el capital y para la igualdad. En el génesis económico, el culto del oro debia preceder al culto del trabajo; y como

lo hizo notar oportunamente el Sr. Augier, cada progreso del crédito es una victoria que se consigue contra el despotismo. No parece sino que, con el capital, aparece para nosotros la libertad.

La letra de cambio, el banco de depósitos, el cambio de monedas, el préstamo á interés, los empréstitos públicos, las cuentas corrientes, el numerario ficticio, el interés compuesto y los procedimientos de amortización que se deducen, parece que se conocen desde tiempo inmemorial; pero la transmisibilidad de la letra de cambio por vía de endoso, la creación de la deuda pública permanente y las grandes combinaciones del crédito, parecen ser de invención más moderna (1). Todos estos procedimientos, por cuyo medio se expresa el crédito, empezando por la moneda de hierro hasta el asignado y el papel que produce interés, deben considerarse como las piezas de una inmensa máquina cuya acción se define con una sola palabra tan antigua como el mundo: *fœnus*, interés. Cosa singular, y que no debe

(1) El Sr. Augier, que dá sobre todas estas cosas interesantes detalles, cree que su origen es completamente fenicio, y que la tradición judía, despues de haberlas conservado durante siglos, las hizo reaparecer de repente hácia fines de la Edad media, en tiempo del Renacimiento. A mí me agradan muy poco estas hipótesis de trasmision, entre los pueblos, de ideas necesarias que la reflexion descubre inmediatamente que aparece el objeto que las representa. Creo que sucede con las combinaciones del crédito, lo que con el lenguaje, con la religion y la industria. Cada pueblo las desarrolla espontáneamente en sí mismo, sin el auxilio de sus vecinos, segun la naturaleza y el grado de sus propias necesidades. En ninguna cosa que se funda en la esencia de la sociedad, ninguna nacion puede reivindicar la prioridad de invención ni el derecho de primogenitura. Las monedas, reales ó ficticias, de cuero, de seda, de concha, de hierro, etc., son á la moneda de oro y al billete de banco, lo que el culto del lingham, del perro y de las cebollas, es al culto de Júpiter y de Jehovah; lo que el fetiquismo es al cristianismo: todas esas formas del crédito, nacieron, como las formas religiosas, de la espontaneidad de los pueblos, y como las formas religiosas, deben desaparecer ante una concepcion más profunda y ante una idea más elevada.

sorprendernos: la invención del préstamo á interés no pertenece al capital, sino al trabajo mismo y al trabajo esclavo. Por todas partes y en todos los tiempos, los industriales oprimidos son los que descubren que el préstamo á interés puede convertirse en un arma ofensiva y defensiva, más temible que la espada y el escudo; por todas partes las castas privilegiadas, la nobleza, los reyes y el sacerdocio se dejan explotar por la usura, esperando el día en que deban volver contra los pueblos el acero encantado *que hiere y cura, que mata y resucita*.

«La inmovilidad en que habian estado los capitales, la tierra y el hombre de la gleba, no tardó en desaparecer á consecuencia de las Cruzadas. El primer escudo libre fué el que se pudo prestar; pero si el primer fondo de rescate era mínimo, la producción lo habia puesto á interés compuesto, y el movimiento empezó. La clase que sólo cuenta con el trabajo y la inteligencia para adquirir las riquezas, se constituyó en un cuerpo temible bajo el régimen de las corporaciones: los comerciantes se confederaron, y sus aglomeraciones y sus cofradías se convirtieron en ciudades; las ciudades, á su vez, se acrecentaron; la sublevación siguió al poder, y la independencia fué, como siempre, el fruto de la insurrección. Las ciudades marítimas abrieron la marcha, y la coalición tuvo sus centros en Inglaterra, en las Indias, en Suecia, Noruega, Rusia y Dinamarca. Hamburgo, Brema, Lubeck, Francfort y Amsterdam, se hicieron célebres por su nombre de ciudades anseáticas (*hanssen*, asociación). Para obtener concesiones, la liga prestó dinero á los soberanos y obtuvo por este medio derechos de ciudad y privilegios. Además de esto, si habia quejas, la asociación suspendia todo comercio y bloqueaba los puertos, hasta que los gritos de los obreros ociosos

y la miseria del pueblo hambriento obligaban á los soberanos á pedir gracia y á llamar á aquellos maestros extranjeros, muchas veces para concederles nuevos privilegios, lo cual equivale á decir, nuevos medios de opresion. En este estado las cosas, los reyes temblaban ante la liga anseática. Por último, hubo sociedades secretas, una francmasonería del dinero, iniciaciones, tormentos que sufrir para ser admitido en los centros de la liga, verdaderas fortalezas levantadas en el seno de las ciudades, como sucedia con las factorías de Génova y de Venecia en el Levante.» (AUGIER, *Historia del crédito*.)

En dos palabras: las ciudades crearon una fuerza pública; y para que esta fuerza estuviese regularmente asalariada, se impusieron una cotizacion que fué el origen de la *renta pública*. Los reyes se apresuraron á imitar esta innovacion; y como siempre estaban contrayendo empréstitos, una vez establecida la renta pública, no tardó en formarse la *deuda pública*. Vemos, pues, que el crédito nace y se desarrolla espontáneamente en el seno del trabajo y de la servidumbre; crece, pues, por medio de la libertad, y se convierte á su vez en soberano y conquistador. Entónces lo adopta el Estado; primero para arruinarse cada vez más aumentando su consumo improductivo; más tarde para aumentar sus posesiones, y últimamente para atraer al nuevo feudalismo.

«Bien pronto los reyes, continúa diciendo el señor Augier, á imitacion de las *communes*, empezaron á hacer la guerra con moneda. Luis XI fué el primer rey que pensó sanamente sobre el dinero: prestó 300.000 escudos de oro á Juan de Aragon, y se hizo hipotecar, como garantía, los condados de Cerdeña y del Rosellon; prestó tambien 20.000 escudos de oro á Enrique VI de Inglaterra, y recibió en hipo-

teca la ciudad de Calais. A la guerra de devastacion, sucedia la guerra de los capitales.

»En el año de 1509, el rey Luis XII se encargó de pagar la guarnicion de Verona que pertenecia á Maximiliano; exigió que el príncipe le entregase, como garantía de esta suma *y de todas las que en lo sucesivo le pudiese prestar*, las dos ciudadelas de Verona y la plaza de Vallégio. Ahora bien; si el buen rey Luis pagaba la guarnicion á condicion de que la ciudad le perteneciese, preguntamos: ¿qué clase de ventaja alcanzaba el emperador Maximiliano? Ninguna: prestar sus hombres al rey de Francia, y nada más.»

Este mismo Maximiliano, á quien los historiadores de su tiempo llamaron Maximiliano sin dinero, fué detenido tres dias en la tienda de un boticario de Bruges, hasta que renunció al gobierno de Flandes, agoviada entónces bajo el peso de las contribuciones que este príncipe lleno de deudas imponia á los ciudadanos. Se ha visto tambien al Papa Leon X y á todo el clero, empeñar á los judíos las alhajas de las iglesias, los vasos sagrados y las reliquias de los santos, como en otros tiempos Pericles habia empeñado el manto de oro de Minerva para sostener la guerra contra los lacedemonios.

¿Qué fué la revolucion del 89? Una emancipacion de capitales. Los privilegios de la nobleza y del clero hacian inalienable é indivisible la mayor parte del capital social, y no hay duda que fué una verdadera ley agraria el decreto que dispuso á la vez su liquidacion y su movilizacion. El verdadero objeto de la revolucion, confesado ya por todo el mundo, ni fué, ni podia ser otro; y todo ese rumor republicano é imperialista que se observó más tarde, y del cual sólo un recuerdo nos queda, lo ha demostrado bien claramente. Tampoco tendrá otro

resultado el combate empeñado á nuestra vista entre el capital, representado por la economía política, y el trabajo, representado á su vez por el socialismo. Sólo haré observar que hoy, á pesar de las apariencias contrarias, el trabajo se encuentra en mejores condiciones que antes; y no diré la razón ahora, porque no es este el momento oportuno de decirlo.

No olvidemos que, además del poderoso impulso que dió á la emancipación general la usura que el tercer estado ejercía sobre los demás órdenes, hubo la influencia de las masas metálicas arrojadas sobre la Europa por el Nuevo Mundo, la de los bancos de circulación y la de la comandita. Añadid el progreso de las ciencias, de las artes y de la industria, obra propia y exclusiva de la clase media, y comprendereis por qué razón, al venir Sieyès en 1789 á decir al mundo que el tercer estado lo era todo y que la nobleza y el clero no eran nada, fué preciso que el monarca, príncipe de los nobles é hijo primogénito de la Iglesia, diese fuerza de ley á esta declaración del hijo de un pechero.

Ya no se puede dudar que el crédito, ese conjunto de combinaciones que hace del trabajo y de los valores oscilantes una especie de moneda corriente y productiva, que abre en el interior ese mercado que la libertad más absoluta no puede ofrecernos; el crédito, digo, fué uno de los principios más activos de la emancipación del trabajo, del acrecentamiento de la riqueza colectiva y del bienestar individual.

Y cuando se reflexiona sobre la multitud de medios de producción, de cambio, de repartición y de solidaridad efectiva que el genio de la humanidad ha creado, sorprende ménos el optimismo de los que sostienen que todo marcha bien, que la sociedad hizo bastante en favor del proletario, que si hay po-

bres la culpa es de ellos, y hasta se llega á dudar de si las quejas del socialismo tendrán el menor fundamento.

Dígnese el lector seguirme un instante en esta recapitulación.

La libertad individual está garantida: el trabajador no teme que un amo le dispute su peculio; cada cual dispone libremente de los productos de su trabajo y de su industria; la justicia es igual para todos: si la Constitución, por un motivo conservador y de orden incontestable dentro del régimen propietario, hizo del censo la condición del derecho electoral, como esta condición está en las cosas y no en las personas, y como á la vez todo el mundo tiene abierto el camino de la fortuna, se puede decir, bajo este punto de vista, que la ley electoral, como el impuesto, es una ley de igualdad; por consiguiente, una institución irreprochable y hasta superior al pueblo para quien se dictó. Por lo demás, el Estado invita y provoca al simple obrero para que siga el ejemplo de la clase media, proletario como él en otros tiempos, y que hoy se encuentra con riquezas y con dignidad: el Estado ofrece al trabajador la caja de ahorros, luego la de retiros, más tarde la comandita, la asociación, etc. Si el proletario sabe usar los medios que tiene á su disposición, puede esperar que llegue un día en que le sea posible equilibrar con sus capitales la fuerza del capitalista á quien acusa, rivalizar, por medio de su trabajo, con las más vastas industrias, y participar, en fin, de esta soberanía de la riqueza que, desde hace ya muchos siglos, viene destruyendo poco á poco la fuerza del poder. ¿No debemos, pues, atribuir la miseria y el descontento de las clases obreras á los gustos depravados, á las costumbres de desorden y de indisciplina, al egoísmo que la de-

vora y le hace rechazar toda idea de asociación, y por último, á las absurdas doctrinas que se le predicaban, más bien que á una falta real de medios para elevarse al nivel de las demás?

Yo tomo al proletario en la cuna, porque desde este momento la sociedad empieza á ocuparse de él, y le sigo, paso á paso, hasta el sepulcro. Con objeto de asegurarle los cuidados que exigen los primeros años, la sociedad le abre las casas de maternidad. Permítaseme, por un momento, asimilar estos asilos á una institución de crédito en favor del pobre. El niño recién nacido es ya deudor á un banco, porque él, más bien que su madre, es el que recibe los beneficios de esta providencia social.

Al salir de aquel establecimiento, entra en la sala de asilo; más tarde, recibirá los elementos de todos los conocimientos humanos, hasta los de la música y la pintura, en escuelas creadas exclusivamente para él. Llega, por fin, el día del aprendizaje; el período más penoso, si bien se mira, de todos los que componen la vida del obrero. Pero.... ¡ah! ¡todos esos dolores parecen ligeros al niño, sostenido por la alegría y la inocencia de su edad, por las caricias de su madre, los consejos de su padre y la inmensa esperanza de una vida que empieza!.... A los diez y ocho años es obrero, es libre, empieza á ser hombre, ama ya, y dentro de algún tiempo será padre.

Supongamos que este obrero de veinte años, que sólo tiene sus brazos y esa suma de conocimientos que dá la escuela primaria, el aprendizaje y algunas lecturas; supongamos, digo, que este obrero, obedeciendo á una buena inspiración, desea crear una pensión para su vejez, ó un recurso para su mujer y sus hijos en el caso de que la muerte lo arrebatase.

La caja de ahorros está abierta para él; y depositando en ella 5 francos cada mes, al fin del año tendrá 60. A los veinte años, cuando el obrero se encuentre en toda la fuerza de la edad y de la razón, la suma de sus ahorros se elevará á 1.200 francos, que, unidos al interés, formarán un capital disponible de 2.000 próximamente; los cuales, al 4 por 100 al año, le producirán una renta de 80 francos.

Supongamos ahora que este mismo obrero, al llegar á la edad de cuarenta años, cuando la previsión es el primer deber del padre de familia, en vez de consumir esta renta de 80 francos, la lleva á la sociedad de seguros sobre la vida: á 3 por 100 de prima, hace una suma de 2.666 francos que asegura á la viuda y á sus hijos si muere, y que reunidos con los 2.000 que posee en la caja de ahorros, forman un capital de 4.666 francos, que dejará á su familia si muere á los cuarenta y un años de edad. Supongamos, al contrario, que este hombre continúa, como ántes, llevando sus 5 francos mensuales á la caja de ahorros, mas los intereses de la primera suma que habrá recibido y entregado de nuevo en la caja; supongamos también que vive veinte años más; á los sesenta de su edad, tendrá un capital de 7.000 francos próximamente; sus hijos estarán educados ya, y por poco que quiera trabajar aún, pasará una vejez desahogada.

Desarrollemos ahora, en mayor escala, esta hipótesis interesante.

Supongamos que en una de nuestras grandes ciudades, París, Lyon, Ruen ó Nantes, mil obreros que están resueltos á participar de las ventajas que ofrecen el ahorro y el seguro, forman entre sí una sociedad de socorros mútuos, cuyo principal objeto será el de auxiliarse en los casos de enfermedad y de falta de trabajo, de modo que todos se aseguren

la subsistencia y la continuacion de los depósitos. En primer lugar, con el capital que reunieron por medio del depósito, estos obreros pueden muy bien formar entre sí una sociedad de seguros sobre la vida que, ofreciéndoles todas las ventajas de esta clase de sociedades, les proporcione á la vez los beneficios de la operacion. Esto equivale á decir que pueden asegurarse ellos mismos á más bajo precio, ó que con la misma prima, podrian asegurar una suma mucho más considerable.

Vemos, pues, que un obrero, al mismo tiempo que habria reunido, en cuarenta años de imprescindibles economías, una suma de 4.000 francos, pudo asegurar á su familia, con el interés que produjesen sus ahorros, otra cantidad de 3.000, que reunidos, dan un total de 7.000 francos que dejaria á su viuda si él muriese á los sesenta años, edad en la cual el hombre está todavía robusto y puede trabajar. Siete mil francos es la dote de muchas señoritas.

Este ejemplo nos presenta uno de los usos más felices de las ficciones del crédito. Es claro, en efecto, que el importe de las sumas aseguradas no es más que un capital ficticio, irrealizable en su mayor parte, si se le considera en un momento cualquiera de la duracion del contrato. Pero este capital, ficticio para la sociedad, es una realidad para cada uno de los asegurados, supuesto que sólo es reembolsable por fracciones mínimas, y sucesivamente, á la muerte de cada uno. El seguro sobre la vida es análogo á la letra de cambio y al papel de banco, que en vez de apoyarse en lingotes, se apoya en nuevas entradas.

Supongamos, por último, que una sociedad de trabajadores, organizada de este modo, se sostiene, se renueva y se desarrolla durante un periodo de veinte ó treinta años: llegará un momento en que

esta sociedad, agrupando sus fuerzas, pueda disponer de muchos millones. ¿Y qué empresa será imposible para estos hombres laboriosos y sóbrios, personas experimentadas por treinta años de paciencia y de economía, disponiendo de esa fuerza? ¿Y no es evidente que esa conducta, sostenida durante tres ó cuatro generaciones, y propagada por todas partes como una nueva religion, reformaria el mundo estableciendo infaliblemente la igualdad entre los hombres?

Cada cual puede variar y combinar hasta lo infinito las suposiciones de este género, y siempre tendremos por resultado que si el proletario es pobre, consiste en que no quiere tomarse el trabajo de ser rico.

Pero, ¡Dios mio!... esto equivale á decir que si somos locos es porque no somos razonables, y que si sufrimos, es porque no gozamos de completa salud. Indudablemente, nuestro derecho público, nuestras leyes civiles y de comercio, nuestra ciencia económica y nuestras instituciones de crédito, contienen un millon de veces lo que se necesita para que el proletario salga de la miseria y se emancipe de la odiosa servidumbre del capital, de ese yugo infame de la materia, causa primera de todas las aberraciones del espíritu: mas para descubrir la ley de esta emancipacion, es preciso salir, por medio de una concepcion trascendental, del círculo de la usura; y al punto á que hemos llegado en esta faz milagrosa del crédito, nos encontramos, más que nunca, sepultados en los abismos de la usura. Más adelante diremos cuál es, en este asunto, la parte que corresponde al proletariado, al capitalista y á la Providencia misma.

Despues de haber dicho lo que fueron hasta este momento las formas del crédito y lo que pueden lle-

gar á ser, debemos decir algo del formulario que les es comun á todas, y que es á la economía política lo que el procedimiento es á la justicia: me refiero á la CONTABILIDAD.

El crédito es padre de la contabilidad, ciencia cuyo secreto consiste en el principio de que no puede haber *deudor* sin *acreedor*, y reciprocamente; lo cual viene á ser una traduccion del aforismo que *los productos se obtienen con productos*, y reproduce, bajo una forma nueva, el antagonismo fundamental de la economía política.

No dejan de ser interesantes los siguientes detalles sobre la contabilidad entre los romanos:

« Los antiguos romanos tenian cada uno un registro en el cual anotaban sus deudas y sus créditos, especie de cuentas corrientes en donde inscribian tambien, bajo el nombre de las personas con quienes estaban relacionados, el pasivo, *acceptum*, y el activo, *expensum*, de cada uno. Como sucede con nuestro diario cuando está en la forma prescrita por la ley y sin enmiendas, aquellos libros hacian fé ante los tribunales. Uno de ellos se llama *nomen transcriptivum*, registro de transcripcion, que era el gran libro. Antes de pasar á él los asientos, los escribian, como nosotros, en un borrador. Este se encuentra indicado en Ciceron, *pro Roscio*, bajo el nombre de *adversaria*; como si dijésemos, registro. Los asientos en el *transcriptivum* se hacian mensualmente, por lo ménos, anotando: por un lado lo que se habia satisfecho, *expensum*, y por el otro lo que se habia recibido, *acceptum*. Estos libros, que se llevaban en realidad por *debe* y *haber*, se llamaban *rationes*, porque debian dar razon de todo lo que se hacia entre las partes. Tal nos parece que debe ser el origen de la denominacion del *libro de razon* ó gran libro, y el de estas palabras: *razon so-*

cial, Sres. Clopin-Clopant, Harpagon y compañía. El que queria obligarse por una cantidad cualquiera, la daba por recibida en su registro, consignando el nombre del que queria *hacer su acreedor*, y éste ponía tambien en el suyo la entrega hecha á la persona que deseaba *hacer su deudor*. Esto era, en último resultado, lo que en lenguaje comercial llamamos *hacer crédito* y *deber*. De la conformidad de los registros nacia el contrato.» (AUGIER, *Historia del crédito*.)

Notemos este paralelismo: *deber*, hacer deudor; *hacer crédito*, hacer acreedor; *creer* (esta palabra ha perdido en francés la acepcion del latin *credere*), confiar; poner en el goce y propiedad hasta el pago completo, ser acreedor, en fin. Así tambien hemos señalado la correlacion de *servire* y *servare*, ser ó hacer esclavo, palabra que expresa enérgicamente la relacion del amo al criado. La oposicion de las ideas, sobre la cual se eleva poco á poco el edificio social, se habia formulado desde el principio en el lenguaje, como más tarde, y por una sucesion de establecimientos, debia formularse en los hechos.

Además de la oposicion fundamental de *crédito* y *deuda*, compra y venta, que tan perfectamente expresa el objeto ulterior que hemos dado al crédito (establecer el equilibrio entre la produccion y el cambio), la contabilidad por partida doble nos revela otra oposicion, que es la de las *personas* y las *cosas*.

Despues de abrir el negociante, por débito y crédito, una cuenta á cada una de las personas con quienes está relacionado en sus negocios, abre otra, por crédito y débito tambien, para cada clase de valores que puede recibir ó entregar, y que clasifica en cuatro ó cinco grandes categorías: *cuenta de caja*, *cuenta de cambio*, *cuenta de mercaderias generales*, *cuenta de varios*, las cuales vienen á reducirse, en

la liquidacion ó inventario, en una sola cuenta; la de *pérdidas y ganancias*, que expresa para el comerciante lo que el economista llama *producto bruto* y *producto líquido*.

¿No es esta una inmensa circunvalacion de fuertes, bastiones y ciudadelas que el destino preparó desde la creacion del mundo, que aprisiona nuestra inteligencia y detiene nuestra actividad á medida que tratan de producirse? A donde quiera que la libertad se vuelva, al instante se encuentra amarrada, sin que haya podido preverlo, por una de esas fatalidades económicas que, bajo el aspecto de instrumentos auxiliares, la estrechan y la esclavizan sin que le sea posible salvarse ni concebir nada fuera de su círculo. Antes de que el comercio y la agricultura, el arte de contar como el de darse cuenta, se hubiesen inventado, el lenguaje, formado espontáneamente, anterior á todas las instituciones políticas y económicas, libre, por consiguiente, de la influencia de las preocupaciones posteriores; el lenguaje, digo, expresaba ya todas las ideas de trabajo, préstamo, cambio, crédito, deuda, mio, tuyo, valor y equilibrio. La ciencia económica existia; y al revés de los economistas que se honran de no dar fé más que á un grosero empirismo, si Kant se hubiese ocupado de la economía política, de seguro que la habria puesto entre las ciencias puras, es decir, entre las ciencias posibles *á priori* por la construccion de los principios, é independientemente de los hechos.

En un asunto como el que trato, todo debia ser nuevo é imprevisto. Yo he procurado averiguar durante mucho tiempo, por qué razon en las obras destinadas á la enseñanza de la economía política, desde A. Smith hasta Chevalier, no se menciona nunca la contabilidad de comercio, y pude descubrir que, la contabilidad ó la teneduría de libros, es toda la eco-

nomía política; por consiguiente, que era imposible que los autores de baturrillos, *soi-dissant* económicos, que no son en realidad más que simples comentarios, más ó menos razonables, sobre la teneduría de libros, se apercibiesen de ello. Así es que mi sorpresa, grande en un principio, desapareció repentinamente cuando pude convencerme de que un gran número de economistas contaba bastante mal, y no entendia una palabra del *debe* y del *haber*, como el lector podrá convencerse por sí mismo.

¿Qué es la economía política? La *ciencia* (aceptemos la palabra) de las cuentas de la sociedad; la ciencia de las LEYES GENERALES de la produccion, de la distribucion y del consumo de las riquezas. No es el arte de producir trigo, ni de hacer vino, ni de extraer carbon, ni de fabricar hierro; no es la enciclopedia de las artes y de los oficios, no: es el conocimiento de los procedimientos generales, por cuyo medio la riqueza se crea, se aumenta, se cambia y se consume en la sociedad.

De estos procedimientos generales, comunes á todas las industrias posibles, depende el bienestar de los individuos, el progreso de las naciones, el equilibrio de las fortunas, la paz en el interior y en el exterior.

Ahora bien: en todo establecimiento industrial y en toda casa de comercio, al lado de los obreros ocupados en la produccion, expedicion y entrada de mercancías; en una palabra, al lado de los trabajos especiales, hay un empleado superior, un representante, si así puedo decirlo, de la ley general, un órgano del pensamiento económico encargado de llevar nota de todo lo que pasa en el establecimiento desde el punto de vista de los procedimientos generales de la produccion, de la circulacion y del consumo. Este empleado es el tenedor de libros. Él, y

sólo él, puede apreciar los efectos de una division del trabajo bien entendida; decir qué economías reporta una máquina; si la empresa cubre ó no sus gastos; qué beneficio ha dejado la venta; cuáles son los mejores mercados, es decir, cuáles son los clientes que tienen responsabilidad, cuáles los que no merecen confianza, y en qué sitios se podrán encontrar. Sólo él está en disposicion de seguir las maniobras de la competencia, prever los resultados de un monopolio y conocer de léjos el alza ó la baja; sólo él, en fin, por sus cuentas de tratos y envíos, conoce la situacion de las plazas en lo que concierne al movimiento de los valores comerciales y metálicos y á la circulacion de los capitales. El tenedor de libros es el verdadero economista á quien una sociedad de falsos literatos robó su nombre sin que él lo supiese y sin que ellos mismos sospechasen que aquello que les servia para hacer tanto ruido en el mundo, la economía política, en fin, no era más que un insípido charlatanismo sobre la teneduría de libros.

La contabilidad comercial es una de las más bellas y más felices aplicaciones de la metafísica; una ciencia, pues bien merece este nombre, que, por la precision y la certidumbre, no es inferior á la aritmética ni al álgebra.

Supongamos que se hubiese propuesto este problema á un matemático:

Dadas las notas escritas que todo negociante debe conservar de sus operaciones, descubrir una combinacion de registro tal, que ninguna venta, ninguna compra, ningun ingreso, ningun gasto, ningun beneficio ni ninguna pérdida, ninguna negociacion, transaccion, movimiento de numerario ó mutacion de capital, puedan disimularse, desnaturalizarse, falsificarse, aumentarse ni disminuirse sin que el fraude aparezca al instante en los libros, de tal ma-

nera, que la responsabilidad del negociante ante la ley y frente á frente de los terceros, si éstos y la ley quieren proceder con rigor, esté completamente asegurada.

Si este matemático no tuviese más que cifras para encontrar la solucion deseada, se habria visto sumamente embarazado. Pues bien: ese es, precisamente, el problema que resolvió el Código de comercio en los artículos 8.º y 9.º

«Art. 8.º Todo comerciante está obligado á llevar un libro diario que presente, dia por dia, sus deudas activas y pasivas, las operaciones de su comercio, sus negociaciones, aceptaciones ó endosos de efectos, y generalmente, todo lo que reciba y pague, por cualquier título que sea, consignando á la vez, mensualmente, las cantidades invertidas en los gastos de su casa: todo esto, independientemente de los demás libros que se usan en el comercio (1), pero que no son indispensables.

Tambien tiene el deber de formar un legajo con las cartas que recibe, y copiar en un libro de registro las que él envíe.

Art. 9.º Queda tambien obligado á hacer anualmente un inventario de sus efectos mobiliarios é inmobiliarios, y de sus deudas activas y pasivas, copiándolas por años en un registro especial destinado á este objeto.»

Y bien: ¿no encierran estos dos artículos todo el programa de la economía política? ¿Y no es risible ver á estos hombres que, despues de haber erigido en ciencia esta rutina, buena si se la considera

(1) Estos libros son: el de compras y ventas; el de debe y haber; el de caja, el de inventarios, el extracto de vencimientos y el copiadore de letras.

como instrumento, detestable si se quiere ver en ella el principio de la justicia y de la sociedad; no es risible, digo, verlos en calidad de *economistas*, amonestar á esos *comerciantes* á quienes copian y que son sus maestros? ¿Qué sabe el economista más que lo que el Código de comercio prescribe en diez líneas á todo negociante?

El Código de comercio no ha prejuzgado nada sobre el precio de las mercancías ni sobre los salarios; deja este artículo al arbitrio del comerciante, obligándole solamente á poner en cuenta las cantidades, *cualesquiera que ellas sean*, que haya pagado. ¿No nos dicen también los economistas que el valor es una cosa inconmensurable y que depende exclusivamente de la oferta y del pedido?

El Código de comercio, en el título que trata de *sociedades de comercio*, desarrollando la doctrina del Código civil, artículo 1832 y siguientes, dice: «La sociedad es un contrato por el cual dos ó más personas convienen en poner alguna cosa en comun, teniendo en cuenta el beneficio que puede resultar, etc.» El Código de comercio supone, pues, que el trabajo, por sí sólo, no puede ser objeto de una sociedad, materia de un comercio. ¿No dicen también los economistas que el capital es productivo y que el orden social está fundado sobre el monopolio?

Inútil me parece llevar más léjos este paralelo. Las cuestiones de crédito público y de contribucion, son todavía cuestiones de contabilidad aplicada al Estado; y no había razon para hacer de ellas un capítulo de la economía política, vista la manera de entenderlas que tienen los economistas. ¡Si á lo ménos fuese la economía política una filosofía del comercio ó de la teneduría de libros! Pero no es así: la economía política no es más que un pesado comentario sobre

los artículos 8.º y 9.º del Código de comercio, que contienen la sustancia de mil volúmenes.

Diré, pues, resumiendo:

El Código de comercio, al aplicar el principio metafísico que todo acreedor supone un deudor y *vice versa*, y al imponer á todo comerciante la obligacion de registrar, dia por dia, sus deudas activas y pasivas y todas sus operaciones, estableció los verdaderos fundamentos del crédito, y creó el instrumento irresistible de la igualdad futura.

Pero aunque la contabilidad no implique, por sí misma, la medida de los valores; aunque permanezca indiferente á la medida de las cantidades que expresa bajo los títulos *debe* y *haber*; aunque lo mismo se preste á hacer constar la ruina como la opulencia del comerciante, la expoliacion del obrero como la justicia del amo, no se sigue de aquí que el legislador haya querido hacer una ley de la inestabilidad de la fortuna. Y al aceptar los economistas como cosa juzgada lo que ni siquiera estaba prejuzgado; al hacer decir á la rutina lo que la rutina no podia saber, lo que habria declarado falso, si se la hubiese estudiado mejor; los economistas, digo, faltaron á su mision como filósofos, y perdieron su competencia como críticos.

Los libros de comercio son unos testigos incorruptibles que el negociante debe tener como una compañía de guardias siempre dispuesta á acusarle si es un bribon, y á justificarle si es un hombre honrado. De este papel completamente pasivo, de esta indiferencia del testigo algebráico, los economistas dedujeron la no existencia de la ley del cambio; pero el verdadero filósofo deduce, al contrario, que con semejantes instrumentos, la igualdad se salva, si la ley del cambio se descubre.

La contabilidad comercial debe abrazar el mundo

entero, y el gran libro de la sociedad debe tener tantas cuentas corrientes como individuos existen, tantos artículos diversos como valores se producen.

Cuando llegue este tiempo de equidad, la política y el régimen representativo, la economía ecléctica y el socialismo comunista, serán tan despreciados como merecen serlo; y la monarquía, la democracia, la aristocracia, todos esos sinónimos de tiranía, parecerán á la juventud regenerada cosas tan extrañas, como las calidades formales, los átomos ganchosos, la ciencia heráldica y el caló de los teólogos.

§ III.—Mentira y contradicción del crédito. Sus efectos subversivos; su potencia para extender el pauperismo.

Al conducir al hombre por el camino milagroso del crédito, parece que la Providencia tuvo por objeto crear en el seno de la sociedad una institución general de seguros para la propagación y la perpetuidad de la miseria.

Hemos visto que á cada evolución de la economía política, la distinción entre el amo y el asalariado, el capitalista y el trabajador, se hacia más profunda: las máquinas y la competencia, el monopolio, la organización del Estado, las prohibiciones y las franquicias, todo cuanto el ingenio del hombre imaginó para aliviar la suerte de la clase laboriosa, se convirtió siempre en provecho para el privilegio, y en opresión cada vez más terrible para el trabajo. Ahora se trata de consolidar la obra, de fortificar la plaza contra las incursiones del enemigo, y asegurar al poseedor contra los ataques del desposeído.—Pero este seguro lo pagará todavía el expoliado, porque...

está escrito: TODO POR EL TRABAJO, Y TODO CONTRA EL TRABAJADOR.

Obreros, trabajadores, hombres de labor, hombres que producís, se les dice con un énfasis lleno de linsonja; para vosotros, para consuelo de vuestra vejez, instituímos estas cajas de ahorros. Venid, traed vuestras economías; nosotros os las guardaremos, os pagaremos el interés, sereis nuestros renteros, y nosotros seremos vuestros deudores.—Labradores: vosotros tomáis dinero á usura; y como no reembolsáis nunca, se os expropia: venid á nuestros bancos hipotecarios; no os exigiremos nada por la escritura; no exigiremos tampoco el reembolso, y mediante un pequeño interés, al cabo de treinta y seis, de cuarenta y cinco ó de cincuenta años, os vereis libres de la deuda.—Manufactureros, comerciantes é industriales: careceis de dinero; pero no sabéis que vuestras fábricas, vuestros útiles, vuestras casas, vuestra clientela, vuestro talento y vuestra probidad, son una mina cargada de oro. Nosotros lavaremos esa tierra y extraeremos el metal precioso que oculta; y cuando se haya hecho la operación, os lo devolveremos todo, mediante un ligero descuento.—Padres de familia, ¿quereis asegurar una dote á vuestras hijas, una pensión á vuestras viudas, un ahorro para vuestros hijos menores? Pues venid; á partir desde el momento de la inscripción, sólo os pediremos un interés proporcionado á vuestra edad, de la suma que habremos de pagaros. ®

Y todos trabajareis, todos vivereis sin inquietud, y el oro correrá á mares. Sereis ricos; ricos y dichosos, porque tendreis trabajo, venta, rentas, dotaciones, herencias y beneficio por todas partes!

Con una sola palabra destruyo este edificio, y reduzco á la nada la mistificación del crédito. Este, por esencia y por destino, exige siempre, como la

entero, y el gran libro de la sociedad debe tener tantas cuentas corrientes como individuos existen, tantos artículos diversos como valores se producen.

Cuando llegue este tiempo de equidad, la política y el régimen representativo, la economía ecléctica y el socialismo comunista, serán tan despreciados como merecen serlo; y la monarquía, la democracia, la aristocracia, todos esos sinónimos de tiranía, parecerán á la juventud regenerada cosas tan extrañas, como las calidades formales, los átomos ganchosos, la ciencia heráldica y el caló de los teólogos.

§ III.—Mentira y contradicción del crédito. Sus efectos subversivos; su potencia para extender el pauperismo.

Al conducir al hombre por el camino milagroso del crédito, parece que la Providencia tuvo por objeto crear en el seno de la sociedad una institución general de seguros para la propagación y la perpetuidad de la miseria.

Hemos visto que á cada evolución de la economía política, la distinción entre el amo y el asalariado, el capitalista y el trabajador, se hacia más profunda: las máquinas y la competencia, el monopolio, la organización del Estado, las prohibiciones y las franquicias, todo cuanto el ingenio del hombre imaginó para aliviar la suerte de la clase laboriosa, se convirtió siempre en provecho para el privilegio, y en opresión cada vez más terrible para el trabajo. Ahora se trata de consolidar la obra, de fortificar la plaza contra las incursiones del enemigo, y asegurar al poseedor contra los ataques del desposeído.—Pero este seguro lo pagará todavía el expoliado, porque...

está escrito: TODO POR EL TRABAJO, Y TODO CONTRA EL TRABAJADOR.

Obreros, trabajadores, hombres de labor, hombres que producís, se les dice con un énfasis lleno de linsonja; para vosotros, para consuelo de vuestra vejez, instituímos estas cajas de ahorros. Venid, traed vuestras economías; nosotros os las guardaremos, os pagaremos el interés, sereis nuestros renteros, y nosotros seremos vuestros deudores.—Labradores: vosotros tomáis dinero á usura; y como no reembolsáis nunca, se os expropia: venid á nuestros bancos hipotecarios; no os exigiremos nada por la escritura; no exigiremos tampoco el reembolso, y mediante un pequeño interés, al cabo de treinta y seis, de cuarenta y cinco ó de cincuenta años, os vereis libres de la deuda.—Manufactureros, comerciantes é industriales: careceis de dinero; pero no sabéis que vuestras fábricas, vuestros útiles, vuestras casas, vuestra clientela, vuestro talento y vuestra probidad, son una mina cargada de oro. Nosotros lavaremos esa tierra y extraeremos el metal precioso que oculta; y cuando se haya hecho la operación, os lo devolveremos todo, mediante un ligero descuento.—Padres de familia, ¿quereis asegurar una dote á vuestras hijas, una pensión á vuestras viudas, un ahorro para vuestros hijos menores? Pues venid; á partir desde el momento de la inscripción, sólo os pediremos un interés proporcionado á vuestra edad, de la suma que habremos de pagaros. ®

Y todos trabajareis, todos vivereis sin inquietud, y el oro correrá á mares. Sereis ricos; ricos y dichosos, porque tendreis trabajo, venta, rentas, dotaciones, herencias y beneficio por todas partes!

Con una sola palabra destruyo este edificio, y reduzco á la nada la mistificación del crédito. Este, por esencia y por destino, exige siempre, como la

lotería, más de lo que dá; y no puede ménos de ser así, porque si no fuese dejaria de ser lo que es. Luego no puede dudarse que hay siempre espoliación de la masa, y cualquiera que pueda ser la apariencia, explotación, sin reciprocidad, del trabajo por el capital.

Y sobre todo: el crédito miente cuando se ofrece á todo el mundo.

Por un lado, el economista charlatan nos dice:

« Sólo puede aspirar á gozar del crédito, el hombre honrado, aquel que tiene sentimientos de honor, que es fiel á su palabra y esclavo de sus compromisos. Crédito y confianza son sinónimos. Pues bien: ¿en qué sitios y entre qué personas puede existir la confianza, sino entre aquellas que son probas y morales? ¿Y quién no se sentirá impresionado al ver lo que tienen de liberal las instituciones de crédito provistas de abundantes recursos y administradas con buena intencion? El objeto de estas instituciones es, en efecto, hacer pasar los instrumentos de trabajo, la sustancia vital de las empresas, grandes ó pequeñas, el nervio de la industria, los capitales, en fin, de las manos de los tenedores que no quieren hacerlos valer por sí mismos, á otras más aptas ó más dispuestas á utilizarlos, que ofrecen seguridad. Donde quiera que existe el crédito bien organizado, el hombre que reúne la inteligencia y el amor al trabajo, la aptitud industrial y la probidad, está seguro de que no le faltará el medio de adquirir la comodidad y crearse aquella posicion que el poeta antiguo calificaba de medianía de oro, que los ingleses designan con la palabra independencia, y que ofrece al hombre las mayores garantías de felicidad. Una vez en este punto, y salvo algunas excepciones, los hombres se detienen voluntariamente y clavan su tienda sin mirar más léjos. Y las excepcio-

nes mismas, las naturalezas superiores, cuando llegan aquí, les es fácil elevarse por medio del crédito, á esas altas posiciones industriales que están al nivel de las mejores posiciones sociales, y de las cuales se pasa á las más eminentes funciones del Estado, como tantas veces lo hemos visto en nuestra sociedad liberal. De quince años á esta parte, señores, habeis visto dos comerciantes, dos hombres que se habian elevado siguiendo el camino del comercio, llegar á la primera de las dignidades del Estado, á la de presidente del Consejo de Ministros!... » (SR. CHEVALIER, *Curso de economia politica, Discurso preliminar*, 1845.)

Oigamos ahora al economista filósofo, y procuremos saborear la leccion:

« El crédito no es una anticipacion del porvenir, una decepcion de crematística que no hace más que trasladar los capitales aparentando que los crea: el crédito es la metamorfosis de los capitales estables y empleados, en capitales circulantes ó libres. Es necesario, pues, que el crédito se funde en realidades y no en expectativas; exige hipotecas y no hipótesis... *Ex nihilo nihil fit*: luego, si quereis crear, prestad los materiales, y no lo que debeis crear, como instrumento de creacion, porque ese es un círculo vicioso. El mal íntimo que mina el crédito, consiste en que se descuenta el fin en vez de los medios. » (CRESKOWSKI, *Del crédito y de la circulacion*.)

¡Admirable en la expresion, pero desesperante en la lógica! El crédito, en buena y sana economía, no se concede á la persona, sino á la hipoteca; el crédito, tan magníficamente definido, *la metamorfosis de los capitales empleados en capitales circulantes*, es el cambio revocable de un capital cualquiera por dinero, una venta con pacto de retro. Luego, á pesar de la etimología de la palabra, crédito es descon-

fianza, supuesto que el hombre que nada posee no obtiene crédito nunca: léjos de esto, es él quien, obligado á servir para vivir, dará eternamente su trabajo á crédito durante ocho, quince ó treinta dias!

¡Y se nos habla de organizar el crédito, como si éste fuese algo más que la circulacion de una mercancía accesible solamente á los que poseen capitales susceptibles de ser hipotecados! Hablad de organizar la prenda del crédito, porque esa es la única cosa que falta; la prenda del crédito, ¿entendeis? es decir, la posesion de la tierra, la industria y el trabajo. El crédito no faltará nunca á las *realidades*; la confianza en las cosas no tiene límites; pero la confianza en el hombre, el crédito *personal*, no existe en ningun sitio. Luego, ya lo he dicho y lo repito; la prenda, los motivos de confianza en las personas, eso es lo que se trata de crear: y hablarnos de hacer crédito al trabajo ántes de educar al trabajador, es construir una sombra de via férrea para trasportar sombras de viajeros en sombras de wagoes.

Vemos, pues, que el crédito, por su condicion esencial, es inaccesible al trabajador, que no tiene influencia directa en su destino, y que para él es lo mismo que si no existiese: es la manzana de oro de las Hespérides guardada por un dragon, siempre vigilante, que sólo el hombre fuerte que lleva en su escudo la cabeza de Medusa, la hipoteca, puede coger. El crédito no tiene nada que ver con los pobres, con los jornaleros ni con los proletarios; para ellos, el crédito es un mito, porque debe *fundarse en realidades, no en expectativas*; el crédito es *real*, no *personal*, como dicen los legistas. Para que esta regla pueda tomarse al revés, es preciso que, por la reaccion del trabajo contra el capital, todas las riquezas apropiadas se conviertan en riquezas colectivas, que los capitales salidos de la sociedad entren de nuevo

en la sociedad; es preciso, en fin, que se resuelva la antinomia. Pero entónces el crédito no será más que un órgano secundario del progreso, y habrá desaparecido en la asociacion universal.

Supuesto, pues, que el crédito miente, es indudable que roba. La relacion de estas dos ideas es tan necesaria, como la que existe entre la improductividad y la miseria. Y en efecto; el crédito es el reinado del dinero y de la productividad del capital organizada sobre las bases más amplias: dos ficciones que, bajo el nombre de crédito, se unen y se conciertan para consumir la servidumbre del trabajador.

No nos cansemos de recurrir á los principios.

Así como del capitalista al obrero hay supremacía y dependencia, ó en otros términos; así como el capital inaugura en la sociedad un feudalismo inevitable, así tambien de la moneda á las demás mercancías hay supremacía y subalternizacion. La jerarquía de las cosas reproduce la de las personas; y aún cuando, siguiendo el sistema de Ricardo ó el del Sr. Cieszkowski, todos los cambios se efectuasen por medio de billetes ó títulos de propiedad de los capitales susceptibles de desempeño, la moneda metálica sería siempre el dios oculto que, en su profunda ociosidad y en su real incuria, dirigiria el crédito; primero: porque los valores circulantes se habrian, no *hecho*, pero sí *fingido* á su imagen; segundo: porque la moneda les serviria siempre de medida, aún cuando su estampilla apareciese en el papel; tercero: porque éste no tendria aceptacion en el público ni crédito en el comercio, si no se le suponía siempre, y á voluntad, reembolsable en dinero; y cuarto: porque, á pesar de la generalidad de la ficcion, la constitucion efectiva de los valores no habria adelantado un paso.

¿Qué habriais obtenido con este banco central que

emitiese miles de millones en billetes con interés, garantizados por las propiedades del Estado y por todos los inmuebles del país? Hacer un inmenso catastro por el cual todos los capitales y los instrumentos de trabajo, *valuados en dinero*, se movilizarían, se harían transmisibles y se lanzarían en la circulación, sin más formalidades que una moneda de oro. En vez de cuatro mil millones á que asciende hoy en Francia la circulación, llegaría rápidamente á veinte ó treinta mil. Es más; gracias á la variedad de la garantía, este inmenso material de circulación no se despreciaría. Tendríamos, pues, el fantasma de la constitucion del valor, que debe hacer todas las mercancías aceptables como el oro; pero no tendríamos la realidad de esta constitucion, supuesto que los capitales monetizados para entrar en el comercio, habrían sufrido una reduccion prévia, garantía de su valor nominal.

Creo, pues, dejar demostrado que el crédito no llena el objeto de la economía política, que se reduce á constituir todos los valores sociales en su precio natural y legítimo, determinando su proporcionalidad. Léjos de esto, el crédito, al desempeñar los valores mobiliarios é inmobiliarios, no hace más que declarar su subordinacion al numerario: reconoce el imperio de éste y la dependencia de aquellos; y en vez de crear una circulación franca, establece un peaje sobre todos los valores, por la deducccion que les hace sufrir para hacerlos circulables. En una palabra, el crédito desvanece las nubes que envuelven el problema, pero no lo resuelve.

Esto mismo confiesa el Sr. Cieszkowski en los términos siguientes:

« La explotacion del crédito y de la circulación es la explotacion de los valores más *idealizados* y más *generalizados* de una nacion; es una industria, si se

quiere; pero una industria que opera, no sobre tal y cual valor bruto é inmediato, sino sobre la quinta esencia general de todos los valores, sobre un producto *sublimado* de todas las riquezas efectivas, despues de cuyo desprendimiento, el residuo de la sublimacion sólo presenta un *caput mortuum*. »

Hé ahí, pues, la obra del crédito. Empieza por generalizar y sublimar (estimando en 4 lo que vale 6) la riqueza, reduciendo á un tipo único (el dinero) los valores (instrumentos de trabajo y productos), imperfectamente cambiables, como los granos de oro en el mineral. Despues hace converger todos estos valores generalizados y sublimados hácia un órgano central, al palacio del dinero, en donde se realiza el misterio.

Démonos cuenta de la operacion, considerándola bajo todas sus fases.

Primeramente el crédito, al dar á la moneda formas tan variadas como lo son los capitales empleados, no produce ninguna depreciacion en los valores metálicos. El oro y la plata conservan su precio y su poder; el papel de crédito, aunque igual á ellos y superior en cierto sentido, supuesto que produce interés, no los anula: al contrario, haciendo circulables como ellos los capitales empleados, no hace más que marcar la proporcion de los unos y de los otros. No es la mercancía moneda la que aumenta, como sucedería si se doblase la masa metálica, ó si se emitiesen de repente mil millones en asignados; es la riqueza social misma, con su variedad infinita y sus formas innumerables, la que entra en movimiento. Este es un nuevo paso, en fin, pero un paso gigantesco hácia esa constitucion absoluta del valor, que es el objeto final de la economía política. Y en efecto, para hacer definitiva esta constitucion, sólo se trata de sustituir en el crédito la igualdad á la

jerarquía, de hacer que todo valor sea circulable, no sólo bajo el beneficio de la deducción y del descuento, sino á la par, que es el carácter esencial de la moneda.

Ahora bien: este intervalo, más allá del cual el trabajador y el capitalista se hacen iguales y semejantes, es el que el crédito no salvará sin dejar de ser lo que es; quiero decir, sin metamorfosearse en mutualidad, solidaridad y asociación: en una palabra, sin hacer desaparecer la servidumbre del INTERÉS.

El interés, la usura, la regalía, el diezmo, ó como lo llamé en otra ocasión, el derecho de *aubaine* (1), es el atributo esencial del capital, la expresión de su prerrogativa; por consiguiente, la condición *sine qua non* del crédito. ¿Cesa este interés con la emancipación de los capitales mobiliarios é inmobiliarios y con la creación de los billetes que producen renta? No: lejos de eso, se ejerce en mayor escala, con más generalidad, regularidad y consistencia. Luego, nada se cambió en la constitución social; y el antagonismo sobre que descansa, debió recibir un aumento de actividad y de energía.

¿En qué consiste ahora el mecanismo, y cuál es la propiedad del interés? El querer que en la sociedad el producto neto sea un excedente del producto bruto (véase el capítulo VI), crear continuamente un capital ficticio, una riqueza nominal, un gasto no precedido de ingreso, un activo que no se puede encontrar; es, en una palabra, suponer lo imposible, y como consecuencia, hacer que la riqueza afluya sin cesar de las manos de los que producen y, según la ficción, *reciben crédito*, á las manos de los

(1) Era el que tenía el fisco regio á la sucesión de los extranjeros no naturalizados. (N. del T.)

que no producen, pero que, según la misma ficción, *hacen crédito*; lo cual es tres ó cuatro veces contradictorio.

El capitalista que dispone de valores metálicos, únicos constituidos, únicos aceptables en toda clase de cambios; el capitalista, digo, queriendo ayudar al trabajador, favorecer el comercio y la producción, contribuir, en lo que pueda, á la fortuna pública, toma en garantía los títulos de propiedad de sus clientes, y les dá dinero ó letras de cambio contra su propia casa, lo cual aumenta sus beneficios; todo esto mediante interés, circunstancia que hace volver al banco el mismo numerario que se prestó, sin que por esto se extinga la deuda. Y como las sumas prestadas, que vuelven por medio de la usura, se vuelven á prestar continuamente, sucede bien pronto que el suelo, las casas y todo el mobiliario de la nación, se encuentra hipotecado á favor de los banqueros. Este movimiento de enajenación es de una rapidez tan grande, que sólo se le puede comparar al de los cuerpos celestes. El doctor Price había calculado que un décimo, puesto á interés compuesto desde la era cristiana hasta 1772, habría producido más oro del que pueden contener 150 millones de globos del tamaño de la tierra.

Si el dinero, que se cobra siempre apenas se prestó, y que siempre se pide con insistencia, llega á faltar, el banquero emite billetes de confianza; los cuales, á pesar de los pequeños accidentes y de los errores que pueden ocurrir, no tardan en volver, como sucede con el numerario, dando lugar á un pedido mayor.

Si el papel de banco, garantizado por la hipoteca, no basta, se crean billetes con interés; se pone en circulación lo que queda de los capitales; se inventan nuevas combinaciones de amortización; se dis-

minuye el precio del préstamo y los gastos del contrato; se alargan los plazos... pero como, en definitiva, es imposible que el capital se preste de balde; como no es posible que ingrese tal como se emitió; como el interés del capital, por pequeño que sea, desde el instante en que debe reproducir indefinidamente el capital mismo con beneficio, es superior al excedente que el trabajo deja al productor, es necesario que en la nación, el trabajo, si así puedo expresarme, se *enajene* continuamente en beneficio del capital, y que continuamente también, la bancarota y la miseria restablezcan el equilibrio.

Cuando el doctor Price y su discípulo Pitt hacían sus cálculos sobre el interés compuesto, no se apercebían de que estaban demostrando matemáticamente la contradicción del crédito. La variedad de las formas, la sutileza de las combinaciones, la facilidad del transporte, la latitud concedida para el reembolso; todo eso no vale nada: el equilibrio no puede existir sino á condición de hacer *entrar el crédito en sí mismo*; es decir, de hacer al capitalista y al trabajador, acreedores y deudores en igual grado; cosa imposible bajo el régimen del monopolio.

Venga, pues, cuanto antes esa circulación universal de los capitales; ese reinado de los billetes con interés, en el cual el dinero, ídolo decrepito, quedará completamente retirado, y veremos á la humanidad, que los poetas nos pintan como la prometida de Dios y la reina de la naturaleza, la veremos, digo, sentada como una cortesana ante una mesa de juego, con los ojos inflamados y la garganta palpitante, produciendo para el juego, comprando, vendiendo y especulando para el juego. Entonces los instrumentos de trabajo se habrán convertido en puestas y en instrumentos de juego; los mercados serán bolsas y los caminos guaridas de

bandoleros; la navegacion se convertirá en piratería; el arte y la ciencia serán fábricas de llaves falsas, de cinceles, de pinzas y de sierras preparadas para el robo: más tarde vendrán los horrorosos suicidios, las venganzas atroces, la disolucion, el pillaje y la anarquía; despues de lo cual, fatigada la sociedad, pero no harta, empezará de nuevo su círculo infernal.

«¿No es de temer, exclama el Sr. Augier al aspecto de este espantoso porvenir; no es de temer que el hábito produzca la impudencia, y que la gran familia humana se convierta en una cuadrilla de ladrones ó de quebrados fraudulentos regidos por leyes contrarias á la equidad é hipócritamente coaligados contra la justicia, que siempre respetaron los hombres honrados? ¿No es de temer, en fin, que costumbres nunca vistas vengan á renovar y poner en práctica lo que sucedió, en cuarenta y ocho horas, en los Estados de la América, la bancarota de cien bancos á la vez, la del gobierno, y, lo que faltó al espectáculo, la de todos los ciudadanos en un día? ¡Hermoso asunto para soñar en los presidios; especie de ley agraria de nuevo género!...»

¿Cómo dudarle todavía? Bajo el régimen del monopolio, organizar el crédito es jugar á la lotería todo el haber social. Mientras la diferencia del producto bruto y del producto líquido en la sociedad, única causa verdadera del pauperismo, pasa desapercibida, enmascarada por el ruido de la ciencia y el cambio de las decoraciones; mientras que el progreso de la mecánica industrial, las luchas de la competencia, la formación de las grandes compañías, las agitaciones parlamentarias, las cuestiones sobre enseñanza, impuesto, colonización y política exterior absorben la atención pública y la distraen de sus grandes intereses, el crédito, por la genera-

lizacion de los valores, por su emancipacion y su afluencia á un depósito único, se prepara á descubrir este sistema de miseria, y á demostrarnos la imposibilidad matemática de nuestro orden social.

La economía política, al dirigir el movimiento social hácia la constitucion de los valores, aspira á resolver en la sociedad el problema del movimiento perpétuo; problema que los mecánicos y los economistas declaran insoluble, porque no poseen los datos necesarios para resolverlo. El movimiento puede ser continuo bajo una condicion: ¿cuál? La de que sea espontáneo, producido por una fuerza íntima, no por una fuerza exterior á la máquina. Así vemos que en el universo hay perpetuidad de movimiento, porque resulta de una fuerza íntima á la materia, la atraccion; la vida es perpétua en el animal, porque resulta de una fuerza íntima á la organizacion, creadora del organismo y capaz, hasta cierto punto, de subyugar sus elementos. Y como está en la naturaleza de la vida acrecentar, por la organizacion, aquello mismo que se le opone, llega un momento en que la vida sucumbe bajo la atraccion molecular, una espontaneidad bajo otra espontaneidad; pero la vida en sí misma, como la atraccion, es perpétua.

Tal es tambien la fuerza que anima y desarrolla á la sociedad; fuerza espontánea, imperecedera, cuyos latidos son nuestras contradicciones. En la hipótesis del crédito, el hombre hace salir del privilegio, y sólo del privilegio, la fuerza productiva; esta fuerza que debe ser íntima al trabajo, y que por consiguiente, reside en las entrañas mismas de la sociedad. ¿Tiene algo de particular que el crédito, con todas sus combinaciones, llegue fatalmente á la inmovilidad y á la muerte? El privilegio, se dice, dá impulso al trabajo por medio del crédito; pero el privilegio sólo dura el tiempo que el trabajador

puede, produciendo, despojarse en beneficio suyo sin perecer. Y como la teoría del interés acumulado prueba que el capital prestado al trabajo se paga dos veces cada catorce años, se sigue de aquí que, en una organizacion perfecta del crédito, el trabajo pierde al cabo de los catorce años los capitales que puso en movimiento. La consecuencia es que el equilibrio no se establece para los capitales sino por medio de la bancarota, lo cual significa que la ley del desarrollo social no es idéntica á la del crédito, y que para ponernos de acuerdo con el principio que hace marchar el mundo, debemos empezar por desposeer á los que poseen; cosa imposible mientras no se resuelvan nuestras anteriores contradicciones.

Que se diga y se repita bajo todas las fórmulas imaginables, que el crédito debe *fundarse en realidades y no en expectativas*; que exige *hipotecas y no hipótesis*: toda esa teoría, inatacable para el que se coloca en el terreno de la rutina del privilegio, es impotente y falsa, supuesto que, en definitiva, los capitales, considerados en su conjunto, no tienen más hipoteca que ellos mismos, y que al prestarlos, el crédito no puede fundarse en más realidad que la suya. Al salvar de un salto toda esta fantasmagoría del crédito, Law demostró más franqueza que los teóricos de nuestro siglo, procurando fundarle sobre un mito (era preciso impresionar las imaginations con alguna cosa), y diciéndose á sí mismo: La teoría indica que el crédito debe ser real, es cierto; pero en la sociedad, la progresion del interés lleva consigo la insolvencia del deudor, y es inevitable que el crédito, que empieza siendo real, se convierta por fin en personal; es decir, que se funde en los castillos de España. Dada esta situacion, vale más que el deudor sea el Estado, pues como hipoteca moral, la suya es bastante mejor que cualquiera

otra. Además, este deudor es omnipotente, y se sigue de aquí que, al revés de los otros deudores, en vez de recibir, es él quien dá crédito.

Imagínese el lector, si le es posible, á qué tortura de espíritu debió verse entregado este hombre en medio de todas estas contradicciones, cuyo secreto nadie poseía entónces; á qué vértigo debió sucumbir más tarde, cuando vió todas sus combinaciones por tierra y aparecer la fea bancarota, como decía Mirabeau. Hemos necesitado cincuenta años de un desarrollo filosófico sin igual en la historia, para comprender á este Law, hombre de inteligencia superior, aventurero audaz que buscaba una construcción imposible, el movimiento continuo de la sociedad por medio del crédito, y que, racionando con una exactitud prodigiosa, llegó por su lógica misma á la contradicción y á la nada. ¡Júzguese ahora si este hombre debió ser admirado de los que creían comprenderle, y calumniado de los que no eran capaces de entenderle!... Sin duda, Law tenía el vago presentimiento de esta terrible antinomia que iba ofreciendo, como la piedra filosofal, de nación en nación; y decimos que tenía el vago presentimiento de esa antinomia, porque no podemos admitir que se hiciese ilusiones sobre el valor de sus acciones del Mississipi; pero le era imposible darse cuenta de una duda que contradecía la teoría, y obligado por los acontecimientos, seguro de no haberse separado de la rutina vulgar, se decidió á penetrar en lo desconocido exponiéndose á arruinar un imperio por una experiencia metafísica, y á retirarse despues agoviado bajo el peso de la execración general. Lo que yo más admiro en este hombre, lo que á mis ojos hace de Law un personaje verdaderamente histórico, una figura ideal, es el hecho de haber creído que semejante experiencia valía la pena de hacerse,

y que no hubiese vacilado ante las consecuencias. Despues de todo, Law no disminuía el capital social; lo único que hizo fué hacerlo cambiar de sitio; pero el trabajo quedaba como áncora de salvacion; el pueblo no corría ningun riesgo en el ensayo; y en cuanto á la nobleza, avara, ociosa y depravada, no merecía que se cuidase mucho de ella.

Nadie comprendió las ideas de Law; ni siquiera él mismo; y los economistas y los historiadores que despues hablaron y hablan todavia de ellas, tampoco han penetrado el misterio. Es, pues, NECESARIO que la experiencia se renueve, y todo se dispone hoy con un conjunto admirable para que la tentativa sea más general, y para que ninguna fortuna se le escape. Los Sres. Cieszkowski y Wolowski son los principales jefes de la expedición; los miembros que componen la comision encargada de revisar la ley de hipotecas y organizar el crédito agrícola, forman la tripulacion, y el Sr. Augier es el Jeremías que llora, ántes de tiempo, la terrible catástrofe. ¿Quién se atreverá á quejarse cuando las notabilidades de la economía política, de la banca, de la enseñanza y de la magistratura, apoyadas por la opinion pública, hablando en nombre de la ciencia y de los intereses del país, despues de haber hecho adoptar sus ideas á los grandes poderes del Estado, á la vez que apuntaban la leccion al legislador, hayan añadido á nuestro antiguo bagaje de democracia y de monarquía, la BANCOCRACIA, el gobierno de la bancarota?

El crédito es hipócrita como la contribucion, explotador como el monopolio, agente de servidumbre como las máquinas. Como un contagio sutil y lento, propaga, extiende y distribuye entre la masa de los pueblos los efectos más concentrados y más localizados de las plagas anteriores. Pero sea cualquiera la máscara con que se cubra, piedad, trabajo, pro-

greso, asociacion, filantropía, el crédito es ladron y asesino, principio, medio y fin del feudalismo industrial. El legislador de los hebreos habia sondado todas estas profundidades cuando recomendaba á su pueblo que prestase á las demás naciones, pero que no les pidiese nunca prestado, y que bajo esta condicion les prometia la dominacion y el imperio del mundo:

Si prestas á las naciones
y tú no contraes empréstitos,
reinarás sobre todos los pueblos,
y nadie será tu amo.

DEUTERONOMIO, c. xv, v. 6.

Los judíos no faltaron á este precepto; infieles á Jehovah con frecuencia, fueron fieles á Mammon siempre, y se puede ver hoy si la promesa de Moisés se realizó.

El crédito obra, no directamente, hiriendo al productor solamente, sino de un modo indirecto y cayendo sobre el consumidor, como sucede con el impuesto por cuota. Hé ahí por qué la accion del crédito es imperceptible para el vulgo y no subleva la opinion contra él: como en todas las cuestiones de impuesto, el interés dividido de la produccion vence al interés colectivo del consumo. Se dice que la fuerza aumenta con la concentracion, *vis unita major*; tambien se puede decir que un peso cualquiera que se divide parece menor; y en esto, precisamente, se funda el prestigio del crédito. Como todo el mundo espera salir beneficioso del juego echando sobre el público el interés que le perjudica, todos están de acuerdo en recurrir al crédito, y nadie piensa en conjurar sus efectos subversivos: no se reflexiona que en esta lotería las probabilidades se combinan de tal manera, que el banquero gana siempre y

que, en definitiva, salvo algunos afortunados que acaban siempre por asociarse al banco, siendo el recargo de los productos universal y recíproco, cada productor sale tan perjudicado como si sufriese sólo el peso de su propio crédito, que es el peso de su mala conciencia.

Pero... ¿no podria suceder que por la universalidad del crédito, por la variedad de sus combinaciones, cada cual fuese á la vez comanditario y comanditado, diese crédito y lo recibiese, percibiendo una prima en el primer caso y pagándola en el segundo, de modo que, por esta circulacion verdadera, las condiciones se igualasen y se garantizasen mutuamente?

Yo me hago cargo de esta objecion, por más que sea pueril, á fin de presentar con toda la evidencia posible el círculo vicioso del credito y la imposibilidad matemática de esta pretendida circulacion igualitaria. Por lo demás, varios financieros y no pocos organizadores del crédito, se engañaron con esta utopia: por consiguiente, debe perdonarse á la generalidad de los lectores que la presenten como un argumento, y á mí se me debe permitir que conteste.

Recordemos que en el período actual de las antinomias sociales que llamamos el crédito, y del cual se nos prometen tantas maravillas, nada está organizado: que el trabajo está abandonado á la division parcelaria, el taller al salariado, el mercado á la competencia y al monopolio, la sociedad á la hipocresía fiscal y parlamentaria. En esta situacion, para que el equilibrio, tal como se le supone, pueda establecerse, es preciso que los grandes capitales perteneciesen á los más pequeños jornaleros; los de segundo orden, á los obreros de un grado superior; y los más reducidos, por consiguiente, las más pequeñas rentas, á los trabajadores que reciben los

mayores sueldos. Pero esto es contradictorio, imposible, absurdo. Los que tengan más, son los que realizarán, necesariamente, mayores ahorros, y los que en la comandita universal que se pretende crear, poseerán el mayor número de acciones. ¿Qué importa, pues, que cada trabajador, desde el infeliz que vive amarrado á una rueda y gana un franco 25 céntimos por día, hasta el jefe del Estado que recibe 12 millones anuales, estén inscritos en la lista de los acreedores del Estado? A la iniquidad del salario no habreis hecho más que añadir la iniquidad de la renta; y sucederá con esto lo que con el proyecto de participacion del Sr. Blanqui (capítulo m), según el cual, los asociados partícipes pueden recibir, además de su sueldo, y á título de beneficio, una parte diaria de 18 céntimos. Es, pues, necesario volver á la observacion general que hemos hecho: para que el crédito pueda ser un verdadero medio de equilibrio, es preciso que éste se establezca previamente en el taller, en el mercado y en el Estado; es preciso, en fin, que el trabajo se organice. Ahora bien: esta organizacion no existe; léjos de eso, se la rechaza: luego es evidente que nada podemos esperar del crédito.

A fin de poner esta contradiccion de manifiesto, examinaremos algunos casos particulares del crédito; sobre todo, aquellos que tienen su origen en la caridad más que en el interés, pues como lo haremos notar oportunamente, es de la familia del crédito; es una de sus formas, y desde que sale de su espontaneidad mística y se deja guiar por la razon, queda sometida á todas las leyes del crédito.

Empiezo por los asilos de beneficencia.

Está muy léjos de mi ánimo la intencion de calumniar esas fundaciones verdaderamente piadosas, creadas bajo la invocacion del Niño Jesús, y que la

ciudad de París debe al celo activo é ilustrado de uno de sus más honrados ciudadanos, el Sr. Marbeau. El principio de la miseria es exclusivamente social; es el crimen de todo el mundo; pero las obras de caridad son personales y gratuitas, y yo no mereceria perdon si desconociese la virtud de tantos hombres de bien que pasan su vida trabajando por la emancipacion física y moral de las clases pobres.

Que se me dispense, pues, el análisis que me veré precisado á hacer en este libro, y que no se juzgue de la dureza de mi corazon por la inflexibilidad de mi razon. Mis sentimientos, puedo decirlo, fueron siempre lo que amigos y enemigos podian desear que fuesen; y en cuanto á mis escritos, por sombríos que parezcan, no son más que la expresion de mis simpatías por todo lo que es hombre ó viene del hombre.

Hé aquí lo que leo en un impreso de cuatro páginas destinado á propagar los asilos:

«Asilo de los niños pobres, menores de dos años, cuyas madres trabajan fuera de sus domicilios y se CONDUCEN BIEN.»

»El asilo se abre á las cinco y media de la mañana, y se cierra á las ocho de la noche. La madre trae á su hijo con la ropa blanca necesaria para el día; viene á lactarle á las horas de comer, y le recoge por la noche. El niño destetado tiene su cestita como los niños del asilo, y mujeres elegidas entre las pobres, cuidan de ellos. Un médico visita el asilo todos los días. Las madres dan á las mujeres que cuidan de sus hijos 20 céntimos por día. La que tenga dos niños en el asilo, sólo dará 30 céntimos por los dos.»

Siguen los nombres de las señoras inspectoras y directoras, los de los médicos y miembros de los comités.

Confieso que la caridad de tantas personas del sexo femenino, las más distinguidas por el nacimiento, la educacion y la fortuna, que se convierten en hospitaleras de sus hermanas en Jesucristo, esperando que una sociedad mejor les permita convertirse en sus colaboradoras y compañeras, me conmueve y me arrebat; y puedo decir que me horrorizaria de mí mismo si, al hablar de los deberes que estas nobles señoras cumplen con tanto amor y sin que nadie se los imponga, saliese de mí pluma una sola palabra irónica ó desdenosa. ¡Oh santas y valerosas mujeres! vuestros corazones se anticiparon á los tiempos, y somos nosotros, miserables patricios, falsos filósofos y falsos sabios, los responsables de la inutilidad de vuestros esfuerzos! ¡Quiera el cielo que recibais un día vuestra recompensa; pero quiera el cielo tambien que ignoreis siempre lo que una dialéctica inspirada por el infierno y que la sociedad puso en mi alma, me obligará á decir de vosotras!

¿Por qué en una obra de misericordia, hecha en favor de los *niños pobres menores de dos años, cuyas madres se ven precisadas á ganar el sustento fuera de sus domicilios*, esta restriccion dolorosa, y se CONDUCE BIEN? Indudablemente, con esto se quiso estimular el trabajo, ayudar la economía, recompensar la buena conducta sin favorecer el desorden; pero... ¿quién sufrirá los efectos de la exclusion? ¿Será la madre ó el hijo? Y además, la mala conducta de esta mujer, ¿no es tambien una calamidad de la cual se debe salvar al pobre niño, todavía más que del abandono y de la desnudez?

Pero ¡ay! la caridad, si no quiere obrar ciegamente y producir ménos bien que mal, debe, como el crédito, elegir sus personas: la caridad, ó es una especie de contrato con pacto de retro, como sucede

con los asilos, ó un préstamo vitalicio, como el hospital; pero este préstamo en todos los casos es tanto más eficaz, cuanto más saben agradecerlo las personas que lo reciben. La caridad, el corazón y la inteligencia nos lo dicen, no tiene calor para los incurables, como el crédito no tiene capitales para los comerciantes arruinados. Por este motivo vemos que todos cuantos libros se han escrito sobre ella, repiten esta máxima: la caridad debe ser, ante todo, inteligente; lo cual significa que no debe darse sin hipoteca, bajo pena de ejercitar aquella virtud con pérdida, y degenerar en consumo improductivo, en destruccion.

La caridad es, pues, embustera y avara como el crédito. Y es extraño que, de dos cosas tan opuestas en la apariencia, aunque perfectamente idénticas, como son la caridad y la usura, los moralistas no hayan sabido deducir esta consecuencia fatal que no pasó desapercibida á la antigua teología: que la caridad es en efecto una virtud SOBREHUMANA, un principio anti-social, subversivo y anárquico; una virtud, en fin, enemiga del hombre. Es extraño, repito, que haya todavía escritores de fama, como Michelet, que prediquen al mundo la regeneracion por medio del amor y la omnipotencia del sacrificio.

¡Cómo! ¡no sois capaces de practicar las obras de abnegacion; no podeis ejercer la caridad sin hacer uso de vuestra razon, es decir, sin traducir vuestra caridad y vuestro sacrificio en un acto de simple justicia conmutativa, en una operacion de crédito; y cuando hablamos de organizar este mismo crédito, de organizar el trabajo, de crear la justicia, de hacer que la caridad sea, no sólo inteligente, sino tambien inteligible, gritais contra el mercantilismo ó contra la utopia! Nos acusais de dureza y nos calificais de egoistas, porque queremos someterlo todo

al cálculo, en vez de dirigirnos, como vosotros, al amor y á la fé; preferís á la aritmética una caridad hipócrita, que no puede prescindir de la aritmética sin hacerse imbécil; pero... ¿quién ignora que la caridad, el sacrificio y la abstinencia, os agradan porque amais la desigualdad, porque debajo de ese aire humilde ocultais un orgullo insoportable, y porque sois propietarios? Y bien: procurad justificar ahora vuestra caridad: defendedla, si os atreveis.

Al asilo no le bastaba exigir, como seguridad, la buena conducta de la madre, no; era preciso imponer á esta mujer pobre y cargada de hijos una contribucion, y se la impuso. Las madres dan á las mujeres que cuidan á sus hijos 20 céntimos por dia, y si tienen dos, 30 céntimos por los dos. Contemos ahora 30 céntimos por la asistencia, 10 por ropa y lavado, 10 de calzado por todos los viajes que la madre habrá de hacer al asilo: total, 50 céntimos á deducir de un jornal de 90 céntimos ó de un franco, cuando más. Añadid á esto que la madre abandona su casa, que no hace nada para su marido ni para ella misma, y vereis que la ventaja de los asilos para las mujeres pobres, es igual á cero.

¿Puede suceder esto de otro modo? No; pues si el trabajo de mecer al niño, el lavado y los demás cuidados que se le prodigan, fuesen gratuitos; si las madres no tuviesen más que hacer que lactarlos, el asilo se convertiría bien pronto en pretexto y objeto de un impuesto considerable; sería una verdadera contribucion de pobres, un estímulo á la maternidad legítima ó ilegítima, al aumento de poblacion, verdadera esfinge de las sociedades modernas. La caridad tiene que hacer aquí dos cosas incompatibles: cuidar de los niños pobres, y no estimular á los pobres para que tengan hijos. Precisamente, ese es el problema de Malthus; aumentar constante-

mente las subsistencias sin que éstas hagan crecer la poblacion. Apóstoles de la caridad: ¡sois tan absurdos como los economistas!

Y notad bien este contraste. La madre cuyo hijo entra en el asilo, porque ella se conduce bien y trabaja; esta madre, á quien parece que se hace una limosna, la hace ella mucho mayor á sus protectoras, cuando les dá su dia de trabajo por 20 cuartos. De tiempo en tiempo, suelo leer en los periódicos las memorias de las loterías para los pobres; loterías cuyos billetes se premian generalmente con bonitas obras que regalan las señoras de caridad. Esto significa que una dama del gran mundo, cristiana y caritativa, que comprende que la mision del rico consiste en reparar los ultrajes que la fortuna hizo al pobre, y que posee 10.000 libras de renta, fruto del trabajo y de la expoliacion del pobre, le devuelve el 5 ó el 10 por 100 de lo que le debe, y goza además del mérito del sacrificio. ¿Podeis negar ahora, que vuestra caridad es hipocresía y usura? ¡Eh!... *Cada uno por sí y para sí*, si os parece; vuestras encargadas de pedir para los pobres, son cortesanas con las cuales seducís al pueblo y devorais su patrimonio. Que las grandes señoras trabajen para sí, que los pobres hagan lo mismo, y sepamos de una vez si la justicia vale ó no vale más, para la felicidad del mundo, que la abnegacion y el sacrificio.

¿Quién nos salvará de la caridad, de esta mistificacion por cuyo medio se está abusando de la inocencia del proletario, de esta conspiracion permanente contra el trabajo y la libertad?

Prescindo ya de los asilos, de los calefactorios públicos, de la escuela gratuita (gratuita! como el aprendizaje...), y llego al *monte de piedad*. Aquí debería protestar de nuevo del respeto profundo que

me inspiran los autores de esta fundación útil; y á fin de que no se me acuse de una misantropía sistemática, y probar hasta la evidencia que yo sólo censuro las ideas, las teorías y las instituciones que en ellas se fundan, quiero partir, en lo que respecta al monte de piedad, de la hipótesis más favorable; la de que el dinero del pueblo depositado en la caja de ahorros, sólo se admite en los montes de piedad para prestar al pueblo.

Supongo, pues, que el interés de los capitales empleados en los montes de piedad, es de 3 francos 50 céntimos por 100; el mismo que se paga á los imponentes de las cajas de ahorros..... 3 fr. 50 c.

Gastos de administración, comisionados, almacenes, etc., $\frac{1}{2}$ por 100..... 50 c.

Valor de los objetos que se dejan fuera, 33 por 100. Admitiendo que de la totalidad de los depósitos, sólo la décima parte se abandone y se venda por el establecimiento ó por el dueño mismo, con un 16 por 100 de pérdida; ésta, repartida entre diez depósitos, dá..... 1 60

Total..... 5 fr. 60 c.

Moralidad:

Con la teoría del crédito, el trabajador que presta á 3 francos 50 céntimos por 100, toma prestado á 5 francos 60 céntimos: diferencia, 2 francos 10 céntimos, que pierde en el interés. Existen algunos montes de piedad que prestan al 12 por 100, con el pretexto de que su producto se emplea en obras pías, sostener hospitales, etc. Esto es como si se sacasen á un hombre veinte onzas de sangre, y se le ofreciese en compensación un vaso de agua azucarada. Se llegó á decir también que era conveniente que el interés en los montes de piedad fuese crecido, á fin

de que el pueblo no se viese estimulado á llevar allí sus ropas: otro abuso de hipocresía. ¿Por qué, pues, no suprimís los montes de piedad? O mejor dicho: ¿por qué no poneis sobre la puerta de esos santos establecimientos: *Aquí se asesina por amor de Dios y por el bien de la humanidad?*

Pero la institución que en nuestros tiempos ha merecido más aplausos, y que, lo digo sin ironía, los merece bajo todos los puntos de vista, es la caja de ahorros. Los caracteres sombríos, á quienes cuesta mucho confesar que el gobierno hizo una cosa útil, han hecho á esta institución las objeciones más estúpidas: dijeron que el ahorro conducía á la avaricia, que turbaría la paz de los matrimonios por la facilidad que las mujeres tendrían de hacer economías contra la voluntad de sus maridos; preguntaron cómo era posible que ahorrara la persona que ni siquiera ganaba para vivir, y mil otras chocarrerías que no atacaban el principio en sí mismo, y que sólo sirvieron para probar la mala fé de sus autores.

«Las cantidades que en 31 de Diciembre de 1843 debía la caja de depósitos y consignaciones á las cajas de ahorros de las principales ciudades manufactureras del reino, eran:

A la de San Quintín.....	1.255.000 fr.
A la de Sedan.....	800.000
A la de Troyes.....	1.881.000
A la de Luviers.....	680.000
A la de Nimes.....	1.675.000
A la de San Estéban....	2.606.000
A la de Rive-de-Gier... ..	130.000
A la de Reims.....	1.813.000
A la de Lille.....	4.412.000
A la de Mulhouse.....	1.081.000

A la de Lyon.....	7.589.000
A la de Rouen.....	6.158.000
A la de Amiens.....	4.784.000
A la de Abbeville.....	1.386.000
A la de Limoges.....	467.000

15 ciudades 36.217.000 fr.

«Hé ahí, añade el Sr. Fix, algunos puntos elegidos en todo el territorio, y que representan nuestras principales industrias en todas sus ramificaciones. Consultando las memorias de estas diferentes cajas de ahorros, se vé que todas las categorías de obreros tomaron parte en los depósitos; lo cual prueba que ninguna clase trabajadora se vé especialmente atacada por la miseria, ni privada de la facultad de economizar. Los detalles que contienen las memorias, confirman plenamente este aserto. Hay, entre los imponentes, no solamente obreros de las más diversas profesiones, sino que á la vez presentan todas las diferencias del estado civil: hay hombres, mujeres de todas las edades, mineros, célibes, casados, etc.»

Ante estos resultados, el Sr. Fix pregunta:

«¿No prueba eso la eficacia de nuestras instituciones y de nuestro sistema económico para realizar el progreso?»

Y tiene la buena fé de responder:

«Estos hechos, por consoladores que parezcan, están, sin embargo, léjos de conducirnos á esta conclusion; que la suerte de las clases obreras es satisfactoria; que la condicion de los trabajadores es feliz, y que no hay ninguna mejora que realizar. ¡GUÁRDENOS DIOS de hacer semejantes afirmaciones! Hay en este mundo más miserias de las que pueden curar una caridad sin límites, las meditaciones de

todos los talentos superiores y los medios prácticos que resultasen de este doble esfuerzo. Los sufrimientos son muy reales, y jamás se los hará desaparecer.»

Pero, en fin: si la economía política es eficaz para realizar el progreso de la riqueza, como pretende el Sr. Fix, ¿por qué es impotente para salvarnos de la miseria? ¿Cómo se explica esta contradicción?

Un poco más adelante añade el Sr. Fix: *esto consiste en que la felicidad sobre la tierra se armonizaría mal con nuestro destino futuro*; lo cual quiere decir, que la economía política es un enigma para los economistas, y que el Sr. Fix no lo ha adivinado.

Yo creo, lector, que estás más adelantado que nuestro autor, y continúo.

Todas las categorías de obreros tomaron parte en los depósitos de las cajas de ahorros, y entre los imponentes hay individuos de ambos sexos, de todas las edades y de todas las condiciones. Eso prueba que todas las condiciones son iguales como instrumentos de riqueza, y que en todas las edades y en todos los momentos de la vida social, el hombre puede ser productor y convertirse en autor de su bienestar. Con esto se demuestra de nuevo la equivalencia de las funciones y la anomalía de la miseria: tal es nuestro primer punto.

Pero en cada categoría industrial, la división del trabajo, las máquinas, la organizacion jerárquica, los beneficios del monopolio, la reparticion inícuca del impuesto, la mentira del crédito, hacen innumerables víctimas é inutilizan, para la multitud, los esfuerzos de la industria humana, la prevision del legislador y todas las combinaciones de la justicia y de la equidad. Ahora bien: faltando el equilibrio en la produccion, es necesario que desaparezca tambien en la reparticion; y sin inquietarnos por la

contrariedad que pueda haber, por la realizacion de la felicidad en la tierra, entre el destino presente y el futuro, por lo ménos, es seguro que el destino presente no está de acuerdo consigo mismo, y que esta discordancia viene de la economía política.

Que las memorias de las cajas de ahorros proporcionen la prueba del bienestar de los *imponentes*; nosotros la aceptamos gustosos; pero si estas mismas memorias presentan á la vez la prueba del malestar de *vuestros imponentes*, ¿qué se habrá probado en favor de la economía política? De 400.000 obreros y criados que hay en París, sólo 124.000 están inscritos en las cajas de ahorros; el resto no aparece. ¿En qué gastan éstos sus salarios? Dos ejemplos nos lo dirán.

Cierto número de obreros impresores gana en París desde 5 á 10 francos por día, y trabaja todo el año; la inmensa mayoría no llega á 3 francos, y disfruta dos meses de descanso. En Lyon, algunos trabajadores en seda que tienen varios oficios en su casa, pueden hacer, con su trabajo personal y con el de los obreros que ocupan, de 5 á 6 francos de renta. La multitud no pasa, por término medio, los hombres de 2 francos y las mujeres de 1. Me detengo en estas dos profesiones. Y bien: que se me diga lo que puede ser en París la existencia de un adulto que gana ménos de 3 francos al día, y en Lyon la de un obrero con un salario variable de 1 á 2 francos. ¡Y hay quien se admira de que esta gente no economice, tanto más, cuanto que no figura en la lista de los indigentes! Y sin embargo, estos hombres son más desgraciados que aquellos que, habiendo vencido la primera dificultad, reciben su parte de la caridad oficial.

Esos, direis, están en el caso de redoblar su actividad, su economía y su inteligencia; deben apro-

vechase de las cajas de ahorros y de otras instituciones de prevision, establecidas precisamente para los obreros que ganan ménos.—La caja de ahorros es el banco de depósitos del pobre, y fué una idea feliz la de hacer debutar al pobre en la carrera del bienestar, como debutaron todos los bancos.

Así, pues, la caja de ahorros no es más que una declaracion oficial, una especie de verificacion del pauperismo, y se quiere que sirva de medio curativo para el pauperismo. La caja de ahorros no tiene entrañas para los que nada pueden darle, y para ellos, precisamente, se ha creado. ¡A mí ya no me sorprende que estos moralistas tengan valor para exigir á los proletarios la inteligencia, la actividad y todas las virtudes morales, despues de haber trabajado ellos mismos cuarenta años para hacerlos tan bestias! Pasemos.

Los efectos subversivos de la caja de ahorros son de dos clases: relativamente á la sociedad, y relativamente á los individuos.

En lo que respecta á la sociedad, la caja de ahorros, que descansa en la ficcion de la productividad del capital, es la demostracion más clara de los efectos desastrosos de esta ficcion. Cuando los depósitos de todas las cajas de ahorros asciendan á mil millones, á 3 $\frac{1}{2}$ por 100, serán 35 millones de impuesto que habrá que añadir al presupuesto, repartiéndolos entre todos los contribuyentes. ¿Y quién pagará esta contribucion? El país; es decir: la clase más pobre, la que nada tiene en la caja de ahorros, pagará la mayor parte; la clase económica, que cobra el interés, satisfará la parte menor; y la clase rica, una parte mínima. Vemos, pues, que la caja de ahorros tiene por punto de partida una expoliacion, supuesto que sin esta expoliacion no existiría. ¡Y aún se dice á los expoliados: imponed en la

caja de ahorros!... ¿por qué no imponeis en la caja de ahorros?

Supongamos que el Estado, fiel á las tradiciones del banco de depósitos, conserva, sin tocarlos, los fondos que se le confían. Al cabo de veinte años deberá, por el interés compuesto, dos mil millones en vez de mil que recibió. Habrá, pues, bancarota infalible por la mitad de las cantidades que adeuda, sin ventaja alguna para el Estado. En esta hipótesis, la seguridad queda destruida y la institucion es imposible. Pero tambien es evidente que el Estado no se colocaria nunca en condiciones tan desfavorables: deberá, pues, á fin de no recargarse, aplicar las economías del pueblo á los servicios públicos; lo cual es cambiar la caja de ahorros en un empréstito siempre abierto, que tiene un movimiento continuo de entradas y salidas, imposibles de reembolsar íntegramente. Desde que se crearon las cajas de ahorros, muchas personas empezaron á temer que llegase un dia de pánico en que el gobierno se encontrase imposibilitado de responder á los imponentes que afluyesen exigiéndole sus fondos, y hasta un folletista célebre se fundó en esto mismo para censurarle duramente. ¡Como si el objeto del gobierno no debiese ser, precisamente, el colocarse en estado de no reembolsar! ¡Como si el no-reembolso no fuese una necesidad de la institucion, y una de las más preciosas garantías del orden de cosas!... El *Diario de los Debates* (30 de Diciembre de 1845), en un artículo suscrito por el Sr. Chevalier, si mal no recuerdo, lo comprendió perfectamente y lo reconoció con franqueza. En cuanto la suma total de las imposiciones llegue á su cifra máxima, que yo supongo de mil millones, el gobierno, sin el concurso de las Cámaras, habrá recibido y gastado mil millones, cuyo interés votarán siempre los representantes del

país. ¿Y no es una cosa que dá lástima ver á la prensa lanzando los mayores gritos por una conversion de rentas que se le niega y que no dará cuatro millones de economías, mientras pasan desapercibidos estos mil millones que, sin voto y sin exámen, se evaporan en las oficinas del poder, excepcion hecha del interés de sesenta ó setenta millones que dejan en pos de sí?

La caja de ahorros es, para los imponentes, un agente de miseria no ménos enérgico y seguro, pues léjos de atenuar en lo más mínimo el malestar del pueblo, no hace más que repartirlo y aumentarlo por esta reparticion misma: es una enfermedad inflamatoria y local que se cambia en una languidez universal y crónica. Se dice al pobre: sufre más, absente, ayuna, sé más pobre todavía, más necesitado, más despojado; no te cases, no ames, á fin de que el señor duerma tranquilo confiando en tu resignacion, y que en los últimos dias de tu vida el hospital no se vea precisado á cargar contigo.

Pero... ¿quién me asegura que recogeré el fruto de esta larga privacion? A medida que la vida se marcha, las probabilidades de vivir disminuyen; ¡y para conjurar un peligro siempre decreciente, se me exige el sacrificio del bien presente, del bien real!... La vida no se empieza de nuevo, y mis ahorros no pueden ser nunca la preparacion de otra carrera. El sabio, el filósofo práctico, prefiere un goce cada semana, á mil escudos acumulados durante cuarenta años de avaricia solitaria: y esta eleccion es tanto más acertada, cuanto que, con este régimen, sólo podemos atesorar para nuestros herederos. Vosotros decís: El goce es pasajero; esta plenitud de la vida que constituye la felicidad y la salud, sólo se siente por intervalos y durante momentos muy cortos: la felicidad no existe en este mundo. Profundos mora-

listas sostienen, al contrario, que la vida está, precisamente, en estos instantes rápidos en que el alma y los sentidos no tienen nada que desear, y que aquel que ha conocido esta embriaguez de la existencia una sola vez durante un minuto, ha vivido ya. Y bien: ¿quereis que yo vegete en vez de vivir? ¿Y si no hay más vida que esta?

Por último:

El objeto filantrópico de las cajas de ahorros consiste en preparar al obrero un recurso contra los accidentes que le amenazan; escasez, enfermedades, falta de trabajo, reduccion del salario, etc. Bajo este concepto, la caja de ahorros es la prueba de una prevision y de un buen sentimiento dignos de elogio; pero es tambien la confesion pública y casi la sancion de la arbitrariedad mercantil, de la opresion capitalista y de la insolidaridad general, causas verdaderas de la miseria del obrero.

El objeto económico y secreto de la caja de ahorros, consiste en prevenir, por medio de una reserva, los tumultos por las subsistencias, las coaliciones y las huelgas, repartiendo en toda la vida del obrero la desgracia que, de un dia á otro, puede sobrevenirle, produciéndole la desesperacion. Bajo este punto de vista, la caja de ahorros es un progreso, porque enseña á vencer la naturaleza y lo imprevisible; pero es tambien la muerte moral, la decadencia estética del trabajador. Se ha hablado mucho en estos últimos tiempos de hacer las cajas de ahorros y de retiros obligatorias á los obreros, reteniéndoles una parte del salario para este objeto. Venga esa ley; y á la vez que se habrán eliminado las miserias súbitas y las pobreza extremadas, se habrá hecho de la inferioridad de la casta trabajadora una necesidad social, una ley constitutiva del Estado.

En fin; el objeto político y dinástico de la caja de

ahorros es el de encadenar, por medio del crédito que se le pide, la poblacion al orden de cosas. Nuevo paso hácia la estabilidad, la igualdad civil y la subordinacion del gobierno á la industria; pero al mismo tiempo excitacion al egoismo y decepcion del crédito, supuesto que, en vez de ofrecer á todos una posesion efectiva y social de los productos del trabajo y de la naturaleza, la caja de ahorros no hace más que desarrollar el instinto de acumulacion sin ofrecerle garantías.

Ahora bien: si la caja de ahorros no toca de ningun modo á las causas de la desigualdad; si no hace más que cambiar el carácter del pauperismo, dándole en extension lo que le quita en intensidad; si, gracias á ella, la separacion del patriciado y del proletariado se hace más profunda; si es una consagracion del monopolio, cuyos efectos la hicieron nacer, ¿se puede decir que la caja de ahorros es el áncora de salvacion de las clases trabajadoras, y que debe producir algun dia una inmensa renovacion social? A las cajas de ahorros suceden las de retiros, las sociedades de socorros mútuos, de seguros sobre la vida, las tontinas, etc.; combinaciones todas cuyo principio se reduce á repartir los riesgos, ya sobre la vida entera de cada individuo, ya sobre cierto número de asociados, pero sin atacar nunca el mal en su raíz, sin elevarse á la idea de una verdadera reciprocidad, ni siquiera de una simple reparacion.

Segun el proyecto del Sr. O. Rodriguez sobre las cajas de retiros, todos los obreros podrian hacer imposiciones en la caja, desde 21 hasta 45 años, y la pension podria empezar á cobrarse desde los 55 hasta los 65 años.

El minimum de esta pension seria de 60 francos.

Se puede decir que de mil individuos de 21 años, más de la mitad mueren ántes de los 55; luego, para

evitar una vejez desgraciada á quinientas personas, se les hace pagar una contribucion para otras tantas que, en el órden de la Providencia, nada tenian que temer. En vez de quinientos pobres, tendremos mil: tal es la ley de todas esas verdaderas loterías. El señor de Lamartine entrevió esta contradiccion al quejarse de que se diese limosna á los pobres con el dinero de los mismos, y al pedir que los fondos de reserva saliesen del presupuesto. Desgraciadamente, el remedio habria sido peor que la enfermedad. ¡Una contribucion de pobres! Por la salvacion del pueblo y el bien de los indigentes, no se debia consentir semejante cosa, y no se consintió.

El seguro sobre la vida es otra clase de explotacion, en la cual el empresario, mediante una renta anual que percibe por anticipado, promete pagar, el dia que fallezca el asegurado, una cantidad de... á sus herederos. Es lo inverso de la renta vitalicia.

Como estas empresas se sostienen, sobre todo, por el gran número de asociados, resulta que, en el seguro sobre la vida, los que viven mucho son explotados por los que mueren pronto. Siempre la reparacion del mal, presentándose como garantía contra el mal; siempre la relacion de extension sustituyendo la de intensidad. Dejo á un lado los riesgos de la bancarota que corren los asociados, los pleitos que necesitan sostener para que se les pague, y el peligro que corren de perder muchos años de sacrificio, si por una desgracia cualquiera se viesen imposibilitados de continuar satisfaciendo la prima.

Cualesquiera que sean, pues, las ventajas completamente personales que ciertos individuos, necesariamente en pequeño número, encuentren en las instituciones de socorros y de prevision, su impotencia contra la miseria queda matemáticamente demostrada. Todas obran como los juegos de azar, ha-

ciendo soportar á la MASA el beneficio que ofrecen á *algunos*; de modo que, si, como la razon lo indica y como la universalidad del mal lo exige, las sociedades de socorros hubiesen de socorrer realmente á todos los que lo necesitan, no socorrerian á nadie y se disolverian. Con la igualdad desaparecería la mutualidad. Así vemos como un hecho de experiencia, que las sociedades de socorros mútuos sólo se sostienen cuando se dirigen á obreros de cierta comodidad, y que caen, ó mejor dicho, son imposibles, desde que se trata de admitir á aquellos á quienes servirian más, como son los pobres.

La caja de ahorros, la mutualidad, el seguro sobre la vida; cosas excelentes para la persona que, gozando ya de cierta fortuna, desea añadir á ella garantías, son, sin embargo, infructuosas y hasta inaccesibles á la clase pobre. La seguridad es una mercancía que se paga como cualquiera otra; y como la tarifa de esta mercancía baja, no segun la miseria del comprador, sino segun la importancia de la cantidad que asegura, el seguro se convierte en un nuevo privilegio para el rico y en una ironía cruel para el pobre.

Terminemos esta revista con un ejemplo que, tomado en otra esfera de operaciones, pondrá más de relieve lo que el crédito tiende á producir y lo que es impotente para realizar, ya se deba á la intervencion del Estado, ya á la accion del monopolio.

En el capítulo VI he explicado el origen y la teoría del rendimiento de los capitales, ó sea del préstamo á interés. Hice ver cómo esta teoría, verdadera cuando se trata de transacciones entre particulares y el interés se limita á reconstituir el capital, mas una prima ligera, es falsa si se la aplica á la sociedad y se admite la perpetuidad del interés. La razon, añadí entónces, está en que el producto líquido

se considera como un excedente del producto bruto, y esto es contradictorio, imposible para la sociedad.

Ahora bien: el crédito no es más que la tentativa de igualar las condiciones, aplicando á la sociedad el principio del excedente del producto líquido sobre el producto bruto, y de la perpetuidad del interés.

Supongamos que el Estado emprende un canal, cuya construcción cueste 30 millones. Es claro que si el gobierno, después de haber tomado estos 30 millones del presupuesto, establece la tarifa de los derechos de navegación de manera que el canal produzca el interés de la suma que cuesta, lo hace pagar dos veces á los contribuyentes. El uso del canal, salvo los gastos de reparación, debe ser gratuito: tal es el principio económico de los gastos del Estado.

En la práctica, las cosas no pasan de esta manera. En primer lugar, es raro que el Estado posea los capitales que necesita; y como no es posible que los adquiera de un solo golpe por medio del impuesto, sobre todo, desde que los gastos por causa de utilidad pública aumentaron en proporciones tan grandes, se cree más cómodo y ménos oneroso recurrir al empréstito. Con el empréstito, los contribuyentes, en vez de dar 30 millones, sólo pagarán el interés que, por su pequeñez misma, desaparece en el presupuesto. Pero como el empréstito se había hecho según la ley del monopolio y siguiendo la jurisprudencia de la usura; en una palabra, como el capital debe entrar con beneficio en las arcas de los prestamistas, sucederá de dos cosas una: ó que el empréstito se convertirá en renta perpétua, lo cual significa que el canal, siempre pagado, se deberá siempre, ó que el interés se satisfará durante 40, 50 ó 99 años solamente, con prima por la explotación, lo cual significa que durante un tiempo determina-

do, el precio del canal se habrá pagado dos, tres ó cuatro veces. Generalmente, los prestamistas retienen la prima por anticipado, haciendo firmar al Estado una obligación de 100 cuando sólo dan 80, 70 ó 60, como los usureros que prestan sin estipular interés por miedo á los tribunales.

Se sigue de aquí que un Estado que contrae un empréstito, no puede pagarlo, supuesto que, para reembolsar á los acreedores, tendría que imponer una contribución, lo cual es impracticable, ó contraer un nuevo empréstito que, cubriéndose del mismo modo que el anterior, y debiendo devolver en totalidad lo que sólo recibió en parte, no haría más que aumentar la deuda. Todo el mundo sabe esto, y los prestamistas lo saben mejor que nadie. ¿Por qué razón, pues, el Estado, que se empeña continuamente, siempre encuentra prestamistas? Esto consiste en que á medida que sus deudas aumentan, las condiciones son mejores; de modo que, relativamente al Estado, en cierto sentido es verdad que el crédito aumenta á medida que la solvencia disminuye. Hé aquí la explicación de este fenómeno.

Supongo que en 1815 la deuda de Francia ascendiese á mil millones, y que el Estado cubriese sus empréstitos á 90 por 100; en 1830, elevándose la deuda á dos mil millones, el Estado aún podía encontrar prestamistas, pero á 80 por 100 solamente. En este sistema, no hay término para el crédito del Estado, sino cuando la renta absorbe la totalidad del producto nacional; pero entonces, por medio de la bancarota, el Estado se salva de un empréstito que se convirtió en ficticio; todo el mundo se encuentra pagado, y el crédito público renace más floreciente que ántes. El interés de la deuda en Inglaterra pasa de 700 millones, cerca de la sexta parte de la renta: que una série de acontecimientos como

los de 1789 á 1815 venga á doblar la deuda pública de Inglaterra, y cada familia inglesa deberá pagar anualmente, para satisfacer la renta, cuatro meses de su trabajo; cosa imposible, sin duda alguna, pero la más feliz que puede sucederle á la Inglaterra.

Hubo un momento en que se creyó haber encontrado el medio de desempeñar el Estado recurriendo á la amortizacion. Este es un juego de escondite en el cual el Estado, especulando á la vez con su crédito y su descrédito, rescata sus obligaciones cuando descienden á ménos de la par, por medio de capitales que busca á bajo precio. De modo que, gracias á esta operacion, el Estado juega unas veces á la baja, y por consiguiente, se desacredita á sí mismo; otras veces, necesitando contraer nuevos empréstitos y elevar su crédito, se vé precisado á jugar á la alza, y hace imposible la amortizacion. Esta puerilidad, que se aplaudió mucho en su tiempo, puede, como otras muchas, dar una idea de las graves ocupaciones de un hombre de Estado.

Lo que sucede con el Estado, sucede tambien con la sociedad. Esta está dividida en dos castas: una que dá crédito siempre, y otra que lo recibe; pero mientras en el Estado la operacion es una y está centralizada, en la sociedad el crédito se divide hasta lo infinito entre millones de personas que prestan y piden prestado. Por lo demás, el resultado es siempre el mismo. Nueve bancarotas del Estado hubo en tres siglos; cien quiebras se registran todos los meses en el tribunal de comercio del Sena; por estas cifras auténticas, se puede formar una idea de la accion del crédito sobre la economía de los pueblos.

Quiebra perpétua, bancarota intermitente: hé ahí, pues, para la sociedad y para el Estado, la última palabra del crédito. Y no busqueis otra salida:

la ciencia financiera, al imaginar la caja de amortizaciones, os ha revelado su contradiccion. Desde hoy, queda demostrado que la vida en la humanidad obedece á otras leyes más que á las categorías económicas; pues si fuese cierto, por ejemplo, que la humanidad viviese y progresase por el crédito, la humanidad debería perecer en el Estado, de treinta en treinta años, y en la sociedad continuamente.

Pero la vida en la humanidad es indefectible; la riqueza y el bienestar, la libertad y la inteligencia progresan continuamente; si el crédito real nos condena á morir, el crédito personal, que aparece siempre despues de la ruina, nos empuja hácia delante con poderoso esfuerzo, y la obra de la civilizacion, siempre en vísperas de disolverse si hemos de creer en nuestras fórmulas, siempre bajo una ley mortal, continúa, á pesar de la ciencia, de la razon y de la necesidad, por un milagro incomprensible.

CAPÍTULO XI

OCTAVA ÉPOCA.—LA PROPIEDAD

I.—La propiedad es inexplicable fuera de la série económica.—De la organizacion del sentido comun, ó problema de la certidumbre.

El problema de la propiedad es, despues del que presenta el destino humano, el más grande que puede proponerse la razon, y el último que llegará á resolver. Y en efecto: el problema teológico, el enigma religioso, está explicado: el problema filosófico, que tiene por objeto el valor y la legitimidad del conocimiento, está resuelto: falta el problema social, que está íntimamente unido á los anteriores, y cuya

los de 1789 á 1815 venga á doblar la deuda pública de Inglaterra, y cada familia inglesa deberá pagar anualmente, para satisfacer la renta, cuatro meses de su trabajo; cosa imposible, sin duda alguna, pero la más feliz que puede sucederle á la Inglaterra.

Hubo un momento en que se creyó haber encontrado el medio de desempeñar el Estado recurriendo á la amortizacion. Este es un juego de escondite en el cual el Estado, especulando á la vez con su crédito y su descrédito, rescata sus obligaciones cuando descienden á ménos de la par, por medio de capitales que busca á bajo precio. De modo que, gracias á esta operacion, el Estado juega unas veces á la baja, y por consiguiente, se desacredita á sí mismo; otras veces, necesitando contraer nuevos empréstitos y elevar su crédito, se vé precisado á jugar á la alza, y hace imposible la amortizacion. Esta puerilidad, que se aplaudió mucho en su tiempo, puede, como otras muchas, dar una idea de las graves ocupaciones de un hombre de Estado.

Lo que sucede con el Estado, sucede tambien con la sociedad. Esta está dividida en dos castas: una que dá crédito siempre, y otra que lo recibe; pero mientras en el Estado la operacion es una y está centralizada, en la sociedad el crédito se divide hasta lo infinito entre millones de personas que prestan y piden prestado. Por lo demás, el resultado es siempre el mismo. Nueve bancarotas del Estado hubo en tres siglos; cien quiebras se registran todos los meses en el tribunal de comercio del Sena; por estas cifras auténticas, se puede formar una idea de la accion del crédito sobre la economía de los pueblos.

Quiebra perpétua, bancarota intermitente: hé ahí, pues, para la sociedad y para el Estado, la última palabra del crédito. Y no busqueis otra salida:

la ciencia financiera, al imaginar la caja de amortizaciones, os ha revelado su contradiccion. Desde hoy, queda demostrado que la vida en la humanidad obedece á otras leyes más que á las categorías económicas; pues si fuese cierto, por ejemplo, que la humanidad viviese y progresase por el crédito, la humanidad debería perecer en el Estado, de treinta en treinta años, y en la sociedad continuamente.

Pero la vida en la humanidad es indefectible; la riqueza y el bienestar, la libertad y la inteligencia progresan continuamente; si el crédito real nos condena á morir, el crédito personal, que aparece siempre despues de la ruina, nos empuja hácia delante con poderoso esfuerzo, y la obra de la civilizacion, siempre en vísperas de disolverse si hemos de creer en nuestras fórmulas, siempre bajo una ley mortal, continúa, á pesar de la ciencia, de la razon y de la necesidad, por un milagro incomprensible.

CAPÍTULO XI

OCTAVA ÉPOCA.—LA PROPIEDAD

I.—La propiedad es inexplicable fuera de la série económica.—De la organizacion del sentido comun, ó problema de la certidumbre.

El problema de la propiedad es, despues del que presenta el destino humano, el más grande que puede proponerse la razon, y el último que llegará á resolver. Y en efecto: el problema teológico, el enigma religioso, está explicado: el problema filosófico, que tiene por objeto el valor y la legitimidad del conocimiento, está resuelto: falta el problema social, que está íntimamente unido á los anteriores, y cuya

solucion, como todo el mundo lo confiesa, está esencialmente relacionada con la propiedad.

Yo expondré en este capítulo la teoría de la propiedad *en sí*, es decir, en su origen, en su espíritu, su tendencia y sus relaciones con las demás categorías económicas. En cuanto á determinar la propiedad *para sí*, es decir, en lo que debe ser despues de la solucion integral de las contradicciones, esta es, como dije ya, la última faz de la constitucion social, y el objeto de un trabajo nuevo, cuyo diseño y cuyas bases se encontrarán en este.

Para comprender bien la teoría de la propiedad *en sí*, es necesario tomar las cosas de más alto, y presentar, bajo un nuevo aspecto, la identidad de la filosofía y de la economía política.

Así como la civilizacion, bajo el punto de vista de la industria, tiene por objeto constituir el valor de los productos y organizar el trabajo, y la sociedad no es otra cosa más que esta constitucion y esta organizacion, así el objeto de la filosofía es fundar el juicio determinando el valor del conocimiento y organizando el sentido comun. Lo que se llama lógica, no es más que esta determinacion y esta organizacion.

La lógica, la sociedad, siempre la razon; tal es en la tierra el destino de nuestra especie, considerada en sus facultades generadoras; la actividad y la inteligencia. La humanidad, por sus manifestaciones sucesivas, es una lógica viviente; por eso hemos dicho al principio de esta obra, que todo hecho económico es la expresion de una ley del espíritu, y que, así como nada hay en el entendimiento que no haya pasado por la experiencia, nada hay tampoco en la práctica social que no provenga de una abstraccion de la inteligencia.

La sociedad, como la lógica, tiene, pues, por ley

primordial, *la armonía de la razon y de la experiencia*. Armonizar la razon y la experiencia, marchar unidas la teoría y la práctica, hé ahí lo que se proponen el economista y el filósofo; hé ahí el primero y el último mandamiento que se impone á todo sér que obra y piensa: condicion fácil, sin duda, si sólo se la considera en esta fórmula tan simple en la apariencia; pero esfuerzo prodigioso, sublime, si se tiene en cuenta todo lo que el hombre hizo desde el principio, tanto por sustraerse, como por conformarse á ella.

Pero... ¿qué entendemos nosotros por armonía de la razon y de la experiencia, ó como hemos dicho ántes, por organizacion del sentido comun, que no es más que la lógica?

Llamo *sentido comun* al juicio en tanto que se aplica á las cosas de evidencia intuitiva é inmediata, cuya percepcion no exige deduccion ni investigacion. El sentido comun es más que el instinto: éste no tiene conciencia de sus determinaciones, mientras aquél sabe lo que quiere y por qué quiere. El sentido comun no es la fé, ni el génio, ni el hábito: éstos no se juzgan ni se conocen; mientras aquél se conoce y se juzga, como juzga y conoce todo lo que le rodea.

El sentido comun es igual en todos los hombres: de él reciben las ideas el mayor grado de evidencia y la más perfecta certidumbre, y no fué él, seguramente, el que suscitó la duda filosófica. El sentido comun es á la vez razon y experiencia sintéticamente unidas; es el juicio sin dialéctica ni cálculo. Pero el sentido comun, por lo mismo que sólo recae sobre las cosas de evidencia inmediata, repugna las ideas generales, el encadenamiento de las proposiciones, y por consiguiente, el método y la ciencia; y esto de tal modo, que cuanto más se entrega el hombre

á la especulación, tanto más parece separarse del sentido comun y de la certidumbre. ¿Cómo, pues, los hombres, iguales por el sentido comun, llegarán á serlo por la ciencia, que naturalmente les repugna?

El sentido comun no es susceptible de aumento ni de disminucion: el juicio, considerado en sí mismo, no puede dejar nunca de ser lo que es, siempre igual á sí mismo é idéntico. ¿Cómo, pues, será posible, no sólo sostener la igualdad de las capacidades fuera del sentido comun, sino tambien elevar en ellas el conocimiento sobre el sentido comun?

Esta dificultad, tan formidable al primer golpe de vista, desaparece en cuanto se la examina de cerca. Organizar la facultad judiciaria ó el sentido comun, es describir los procedimientos generales por cuyo medio el espíritu va de lo conocido á lo desconocido por medio de una série de juicios que, tomados aisladamente, son de evidencia intuitiva é inmediata, pero cuyo conjunto dá una fórmula que no se habria obtenido sin esta progresion; fórmula, por consiguiente, superior al alcance ordinario del sentido comun.

Así, pues, el sistema completo de nuestros conocimientos, descansa sobre el sentido comun; pero se eleva indefinidamente sobre éste, porque limitado á lo particular y á lo inmediato, no puede abrazar lo general, y necesita dividirlo para llegar á él; le sucede lo que al hombre que, no adelantando en un solo paso más que la extension de un surco, repitiendo el mismo movimiento cierto número de veces, dá la vuelta al globo (1).

Armonía de la razon y de la experiencia, organi-

(1) La *dialéctica* es, propiamente, la *marcha* del espíritu de una idea á otra, á través de una idea superior; una série.

zacion del sentido comun, descubrimiento de los procedimientos generales, por cuyo medio el juicio, siempre idéntico, se eleva á las contemplaciones más sublimes: tal es la obra capital de la humanidad, la que dió lugar á la peripecia más vasta, más complicada y más dramática que se ha realizado en la tierra. No hay ciencia, ni religion, ni sociedad que haya necesitado tanto tiempo y haya desplegado tanto poder para establecerse, y apenas este trabajo, que empezó hace treinta siglos, ha llegado á definirse. Veinte volúmenes serian pocos para referir su historia; y sin embargo, me propongo trazar sus principales fases en muy pocas páginas. Este resúmen nos es indispensable para explicar la aparicion de la propiedad.

I

La organizacion del sentido comun supone la solucion prévia de otro problema, que es el de la certidumbre, y se divide en dos especies correlativas; certidumbre del sugeto y certidumbre del objeto: en otros términos; ántes de investigar las leyes del pensamiento, era preciso asegurarse de la realidad del sér que piensa y del sér que es pensado, sin lo cual se correria peligro de investigar las leyes de nada.

El primer momento de esta gran polémica es aquel en que el yo procede al reconocimiento de sí mismo, se palpa, por decirlo así, y busca el punto de partida de su juicio. ¿Quién soy yo, se pregunta; soy algo, estoy seguro de mi propia existencia? Hé ahí la primera cuestion que el sentido comun tenia que resolver, y la resolvió, en efecto, con este juicio tan admirado: *pienso, luego existo*.

Pienso; esto basta; no necesito saber más para

estar seguro de mi existencia, supuesto que todo cuanto puedo aprender sobre este punto, se reduce á saber que no se prueba la realidad de ningun sér si yo no la afirmo; y por consiguiente, que nada existe sin mí. El yo: tal es el punto de partida del sentido comun, y su respuesta á la primera duda de la filosofía.

Así, pues, el sentido comun, ó mejor dicho, la naturaleza desconocida é impenetrable que piensa y que habla, el yo, en fin, se afirma, pero no se demuestra. Su primer juicio es un acto de fé en sí mismo, y declara la realidad del pensamiento, hecho primitivo, necesario, AXIOMA, en fin, fuera del cual no es posible raciocinar.

Pero, ya fuese por falta de juicio, ya por sutileza de ideas, ciertos pensadores creyeron que esta afirmacion del sentido comun era ya demasiado atrevida, y habrian deseado que presentase los títulos que tenia para hacerla. ¿Quién nos garantiza, decian, que pensamos y que existimos? ¿Cuál es la autoridad del sentido íntimo? ¿Qué significa una afirmacion cuyo valor está en su espontaneidad misma?

Grandes debates se sostuvieron con este motivo, pero el sentido comun los terminó con esta célebre sentencia: Considerando que dudar de la duda misma es absurdo; que la investigacion que tiene por objeto la legitimidad de la investigacion es contradictoria; que semejante escepticismo es anti-esceptico y se refuta por sí mismo; que es un hecho que pensamos y que deseamos conocer; que no se puede disputar sobre este hecho que abraza el universo y lo eterno; por consiguiente, que la única cosa que se debe hacer, es averiguar hasta dónde el pensamiento puede conducirnos. Pirron y su secta serán reconocidos por la filosofía como absurdos, y el yo

quedará tranquilo en cuanto á su existencia; por lo demás, su opinion, declarada por sus propios términos, contraria al sentido comun, queda excomulgada por el sentido comun.

A pesar de la energía de estos considerandos, algunos creyeron que debian protestar aún, y apelaron exigiendo la revision del proceso. Los verdaderos escépticos, dijeron, no son los que dudan de la realidad de su duda, porque eso es ridículo; los escépticos sólo dudan de la realidad del contenido de la duda, y con mayor razon, de los medios de averiguar si este contenido es real, lo cual es muy distinto.

Esto es, replicó el sentido comun, como si dijéseis que no dudais de la existencia de las religiones, porque la religion es un fenómeno del pensamiento, un accidente del yo, sino que dudais de la realidad del objeto de las religiones, y con mucha más razon, de la posibilidad de determinar este objeto;— ó bien, que no dudais de la oscilacion del valor, porque esta oscilacion es un fenómeno del pensamiento general, un accidente del yo colectivo, sino de la realidad misma de los valores, y mucho más, de su medida. Pero, si relativamente al hombre, la realidad de las cosas no se distingue de la ley de las cosas, como, por ejemplo, la realidad de los valores, que no es ni puede ser más que la ley de los valores; y si la ley de las cosas no es nada sin el yo que la determina y la crea, como os veis precisados á confesar, vuestra distincion de la realidad de la duda y la realidad del contenido de la duda, como el *á fortiori* que le sigue, es absurdo. El universo y el yo son, por el pensamiento, idénticos y adecuados: luego nuestro trabajo es investigar si, con relacion á sí mismo, el yo puede equivocarse; si en el ejercicio de sus facultades, está sujeto á perturba-

ciones; cuáles son las causas de éstas; cuál la medida comun de nuestras ideas; y por último, cuál es el valor de este concepto de *no-yo* que forma el yo en cuanto se pone en accion, y del cual le es imposible separarse.

Vemos, pues, que para el sentido comun, la teoría metafísica de la certidumbre es análoga á la teoría económica del valor, ó mejor dicho, que estas dos teorías forman una sola; y los escépticos que, admitiendo la realidad de la duda, niegan, sin embargo, la realidad del contenido de la duda, y por lo tanto, la posibilidad de determinar este contenido, se parecen á los economistas que, afirmando las oscilaciones del valor, rechazan la posibilidad de determinar estas oscilaciones, y por consiguiente, la realidad misma del valor. Nosotros hemos hecho justicia á esta contradiccion de los economistas, y veremos bien pronto que, así como el valor se determina en la sociedad por una série de oscilaciones entre la oferta y el pedido, tambien la verdad se constituye en nosotros por una série de fluctuaciones entre la razon que afirma y la experiencia que confirma, y que de la duda misma se forma poco á poco la certidumbre.

Obtenida y determinada la certidumbre del sujeto, ántes de pasar á la investigacion de las leyes del conocimiento, faltaba determinar la certidumbre del objeto, base de todas nuestras relaciones con el universo. Esta fué la segunda conquista del sentido comun, el segundo momento del trabajo filosófico.

Nosotros no podemos sentir, amar, raciocinar, obrar, existir, en fin, mientras permanecemos encerrados en nosotros mismos: es necesario que el yo ponga en accion sus facultades; que despliegue su sér; que salga, en cierto modo, de su nulidad; que despues de haberse *puesto*, se *oponga*; es decir, que

se ponga en relacion con un no sé qué, que es ó le parece ser distinto de él, y que llamamos *no-yo*.

Dios, el sér infinito á quien más tarde nuestra razon, asegurada en su doble base, supondrá invenciblemente, por lo mismo que su esencia lo abraza todo, no tiene necesidad de salir de sí mismo para vivir y conocerse. Su sér se desenvuelve por completo en sí mismo; su pensamiento es introspectivo; en él, el yo percibe el no-yo como yo, porque los dos son infinitos, porque lo infinito es, necesariamente, único, y porque en Dios, el tiempo es idéntico á la eternidad, el movimiento idéntico al reposo, el obrar sinónimo de querer, y el amor no tiene más objeto ni otra causa determinante que él mismo. Dios es el egoismo perfecto, la soledad absoluta y la contradiccion suprema. Bajo todos los aspectos, Dios, naturaleza inversa á la del hombre, existe por sí mismo y sin oposicion, ó mejor dicho, produce en su interior el no-yo en vez de buscarle en el exterior; aunque se distingue, es siempre yo; su vida no se apoya en ninguna otra; desde que se conoce, vive, y todo existe, todo se prueba por él: *Ego sum qui sum*, dice. Dios es, en efecto, el sér incomprendible, inefable y necesario, y aunque la razon se resista á confesarlo, la necesidad la obliga.

No sucede lo mismo con el hombre, con el sér finito. Este no existe por sí ni en sí mismo; necesita un medio en el cual su razon se refleje, su vida se despierte, y su alma, como sus órganos, encuentren la sustancia que necesitan. Tal es, por lo ménos, la manera que nosotros tenemos de concebir el desenvolvimiento de nuestro sér. Este punto lo reconocen todos los que no se obstinaron en la contradiccion de los pirronianos.

Se trata, pues, de reconocer el sentido de este fenómeno y de determinar la calidad de este no-yo

que la conciencia nos presenta como realidad exterior, necesaria á nuestra existencia, aunque independiente de ella.

Pues bien, dicen los escépticos; admitamos que el yo no pueda, razonablemente, dudar que existe: ¿con qué derecho afirmará una realidad exterior que no es él, que permanece impenetrable y que califica de no-yo? Los objetos que vemos fuera de nosotros, ¿existen realmente? y si existen fuera de nosotros, ¿son tales como nosotros los vemos? Lo que los sentidos nos dicen con respecto á las leyes de la naturaleza, ¿viene efectivamente de ella, ó es un producto de nuestra actividad pensante que nos presenta en el exterior lo que ella proyecta en su seno? ¿Añade algo la experiencia á la razon, ó no es más que la razon manifestándose á sí misma? ¿Qué medio tenemos para convencernos de la realidad de ese no-yo?

Esta pregunta singular que el sentido comun no habria hecho jamás, presentada por los géneos más profundos que honran á nuestra raza, y desarrollada con una elocuencia, una sagacidad y una variedad de formas maravillosa, dió lugar á una infinitud de sistemas y de conjeturas, difíciles de comprender en sus voluminosos autores, pero de los cuales se puede formar una idea reduciéndolos á algunas líneas.

Varios filósofos pretendieron negar la existencia del no-yo; cosa natural y que debia esperarse. Un no-yo que se opone al yo, es como un hombre que viene á turbar á otro en su posesion, y el primer movimiento de éste consiste en negar semejante vecindad. Los cuerpos no existen, dijeron: no hay naturaleza, no hay nada fuera del yo, ni más esencia que la suya. Todo pasa en el espíritu: la materia es una abstraccion, y lo que vemos y afirmamos como

hijo de no sabemos qué experiencia, es el producto de nuestra actividad pura que, determinándose por sí misma, se imagina que recibe del exterior lo que ella misma crea, ó mejor dicho, lo que llega á ser; pues hablando del alma, ser, producir y llegar á ser, son sinónimos.

A esto responde el sentido comun: Nosotros distinguimos necesariamente dos modos en el conocimiento; la *deduccion* y la *adquisicion*. Por el primero, parece que el espíritu crea, en efecto, todo lo que aprende; tales son las matemáticas. Por el segundo, al contrario, el espíritu detenido constantemente en su progreso científico, sólo marcha movido por una excitacion continua, cuya causa es completamente involuntaria y está fuera de la soberanía del yo. ¿Cómo se explica este fenómeno dentro del espiritualismo? Si toda la ciencia sale del yo sólo, ¿por qué no es espontánea, completa desde el origen, igual en todos los individuos, y en el mismo individuo, igual tambien en todos los momentos de su existencia? ¿Cómo, en fin, se explican el error y el progreso? En vez de resolver el problema, el espiritualismo lo elimina; desconoce los hechos mejor observados, los más indudables, como son los descubrimientos experimentales del yo; dá tormento á la razon, y se vé precisado á poner en duda su propio principio, negando el testimonio negativo del espíritu. El espiritualismo es, pues, contradictorio, y por lo tanto, inadmisibile.

Más tarde se presentaron otros sosteniendo que sólo la materia existe, y que el espíritu es una abstraccion. Nada es verdadero ni real fuera de la naturaleza: no existe nada más que lo que podemos ver, tocar, contar, pesar, medir y transformar; nada existe más que los cuerpos y sus infinitas modificaciones. Nosotros mismos somos cuerpos organizados

y vivientes; y lo que llamamos alma, espíritu, conciencia ó yo, no es más que una entidad que sirve para representar la armonía de este organismo. Es el objeto el que, por el movimiento inherente á la materia, engendra al sugeto: el pensamiento es una modificación de la materia; la inteligencia, la voluntad, la virtud y el progreso, son determinaciones de cierto orden, atributos de la materia, cuya esencia nos es desconocida.

Pero.... replica el sentido comun: *si Satanas in seipsum divisus est, quomodo stabit?* La hipótesis materialista presenta una doble imposibilidad. Si el yo no es más que el resultado de la organización del no-yo; si el hombre es el punto culminante, el jefe de la naturaleza; si es la naturaleza misma elevada á su mayor potencia, ¿cómo tiene la facultad de contradecir á la naturaleza, de atormentarla y de rehacerla? ¿Cómo se explica esta reacción de la naturaleza sobre sí misma, reacción que produce la industria, las ciencias, las artes, todo un mundo fuera de la naturaleza, y cuyo objeto es vencerla? ¿Cómo atribuir á modificaciones materiales lo que, según el testimonio de nuestros sentidos, único que aceptan los materialistas, se produce fuera de las leyes de la materia?

Y además: si el hombre es materia organizada, su pensamiento es la reflexión de la naturaleza. ¿Por qué, pues, la materia, por qué la naturaleza se conoce tan mal? ¿De dónde viene la religión, la filosofía y la duda? ¿Cómo! La materia lo es todo, el espíritu nada; y cuando esta materia llega á su más elevada manifestación, á su evolución suprema; cuando se hizo hombre, entonces no se conoce, pierde la memoria, se extravía y sólo marcha con el auxilio de la *experiencia*, como si no fuese la materia, es decir, la experiencia misma! ¿Qué natura-

leza es esta que se olvida de sí misma, que necesita aprender á conocerse desde que llega á la plenitud de su sér, que se hace inteligente para ignorarse, y que pierde su infalibilidad en el instante mismo en que adquiere la razón?

El espiritualismo, al negar los hechos, sucumbe ante su propia impotencia, y los hechos aplastan al materialismo: cuanto más procuran establecerse ambos sistemas, tanto más manifiestan su contradicción.

Entonces, con un aire devoto y un continente recogido, se presentaron los místicos.—El espíritu y la materia, el pensamiento y la extensión, dijeron, existen uno y otro; pero esto no lo sabemos por nosotros mismos, sino por Dios que nos lo ha revelado: y como todas las cosas fueron creadas por él; como todos existen en él; en él, espíritu infinito de quien procede nuestra inteligencia, puede verlas nuestra razón. De este modo se explica el paso del yo al no-yo, y las relaciones del espíritu y la materia se hacen inteligibles.

Como se hablaba de Dios por primera vez, el auditorio prestó mayor atención, y...

Sin duda, dijo el sentido comun: no pudiendo el espíritu ponerse en comunicación más que con el espíritu, es hábil hacernos ver en Dios, que es espíritu, las cosas corporales que ha creado. Desgraciadamente, este sistema descansa en un círculo vicioso y en una petición de principio. Por un lado, antes de creer en Dios, necesitamos creer en nosotros mismos: pues bien; nosotros no sentimos nuestro yo, no estamos seguros de nuestra existencia, si una reacción exterior no nos la hace sentir, ó lo que es lo mismo, si no admitimos un no-yo, que es, precisamente, lo que se discute. En cuanto á la revelación, según sus partidarios, se hizo por medio

de milagros, signos cuyos instrumentos se tomaron de la naturaleza. ¿Cómo hemos de juzgar el milagro y creer en la revelación, si no estamos seguros previamente de la existencia del mundo, de la constancia de sus leyes y de la realidad de sus fenómenos?

La importancia del misticismo consiste en que, después de haber reconocido la necesidad del sugeto y del objeto, procura explicarlos por su *origen*. Pero este origen que, según los místicos, es Dios; es decir, un tercer término inteligente como el yo y real como el no-yo, no se le define, no se le demuestra ni se le explica; al contrario, al separarlo del mundo y del hombre, se le hace inaccesible á la inteligencia, y por lo tanto, no verdadero. El misticismo es una mistificación.

La controversia quedó en tal estado. Teistas é incrédulos, espiritualistas y materialistas, escépticos y místicos no podían ponerse de acuerdo, y el mundo no sabía en qué creer. Se miraban los unos á los otros sin decir nada, cuando con aire grave y sin énfasis, un filósofo, el más cauteloso y el más sutil que se ha conocido, tomó la palabra.

Comenzó por reconocer la realidad del yo y del no-yo, como también la existencia de Dios; pero dijo que era radicalmente imposible al yo asegurarse, por el razonamiento ó la experiencia, de lo que existe fuera de él. Sí, exclamó; los cuerpos existen: el modo de formarse en nosotros el conocimiento, lo prueba; pero estos cuerpos, este no-yo, no lo conocemos en sí mismo, y todo cuanto la experiencia nos refiere sobre este punto, proviene de nosotros mismos; es el fruto propio de nuestro espíritu que, solicitado por sus percepciones externas, aplica á las cosas sus propias leyes, sus categorías, y luégo se imagina que esta forma que él dá á la

naturaleza, es de ella misma. Sí, nosotros debemos creer en la existencia de Dios, en una esencia soberana que sirve de sanción á la moral y de complemento á nuestra vida; pero esta creencia en el Sér Supremo, no es más que un postulado de nuestra razón, una hipótesis completamente subjetiva que nuestra ignorancia nos obliga á imaginar, y que si se exceptúa la necesidad de nuestra dialéctica, nada en el mundo puede atestiguar.

A estas palabras siguió un largo murmullo: los unos se resignaron á creer en lo que no podrían demostrar jamás; los otros pretendieron que había motivos superiores á los de la razón para creer; éstos rechazaban una creencia que sólo se fundaba en la espontaneidad, y cuyo objeto podía reducirse á una simple formalidad de la razón; aquellos acusaban abiertamente al filósofo crítico de inconsecuencia, y casi todos volvieron á caer, los unos en el espiritualismo, los otros en el materialismo, y los demás en el misticismo, sacando partido todos en favor de sus respectivos sistemas, de las confesiones de este filósofo. Por último, un hombre de corazón magnánimo y de alma apasionada, consiguió dominar el tumulto y llamar sobre sí la atención.

Este filósofo, dijo con amargura, pretende haber encontrado la llave de nuestros juicios; se llama racionalista puro; pero carece absolutamente de unidad, y sólo brilla por su incoherencia. ¿Qué Dios es ese que nadie puede demostrar, y que sin embargo, llega precisamente en el acto del desenlace? ¿Qué objetividad es esa que no tiene más función que la de excitar el pensamiento sin proporcionarle materiales? Si el yo, la naturaleza y Dios existen, como se cree, estarán en relaciones directas y recíprocas, y en este caso podemos conocerlos: ¿qué relaciones son estas? Si al contrario, estas relaciones son nulas

ó puramente subjetivas, como se cree, no es posible afirmar la realidad del no-yo ni la existencia de Dios.

El yo es esencialmente activo, y no necesita excitacion de ningun género para obrar. Posee los principios de la ciencia, el saber y el hacer; goza de la potencia creadora, y lo que llamais experiencia, es una verdadera emision. Como el obrero que al hacer la experiencia de una idea nueva, crea el objeto mismo de su experiencia y produce un valor adecuado á su propio pensamiento, así en el universo el yo es el creador del no-yo; por consiguiente, lleva su sancion en sí mismo, y para nada necesita el testimonio de la naturaleza ni la intervencion de la divinidad. La naturaleza no es una quimera, supuesto que es la obra que manifiesta al obrero; el no-yo, tan real como el yo, es el producto y la expresion del yo, y Dios no es más que la relacion abstracta que une el yo y el no-yo en una fenomenalidad idéntica: todo se sostiene, todo se enlaza y se explica. La experiencia es la ciencia escrita, la manifestacion del pensamiento del sugeto, que el sugeto vuelve á encontrar.

Por primera vez en la vida, la filosofía acababa de darse un sistema. Hasta este momento, no habia hecho más que oscilar de una contradiccion á otra, procediendo por negacion y exclusion; es decir, suprimiendo lo que no podia explicar. Cuando más, habia procurado afirmar sus diferentes tésis, pero sin poder resolverlas. Esta dificultad se habia salvado, y un nuevo período de investigacion iba á empezar.

Á las conclusiones que acabamos de oír, replicó otro, nada habria que decir, y el sistema seria inatacable si estuviese demostrado que el hombre sabe algo, que existe en él una sola idea anterior á la experiencia. Entónces se concebiria que lo que aprende

lo deduce, y que lo que experimenta lo vuelve á encontrar; pero no es cierto que el yo tenga, por sí mismo, ninguna idea; no es cierto que pueda crear la ciencia *á priori*, y yo desafío al preopinante á que coloque la primera piedra de su edificio.

Hé aquí, añadió con voz inspirada, lo que me enseñaron la razon y la experiencia. La relacion que une al yo y al no-yo, no es, como se dice, una relacion de filiacion y de causalidad, sino de coexistencia. El yo y el no-yo existen el uno frente á frente del otro, iguales é inseparables, aunque irreductibles, si no es en un principio superior, sugeto-objeto que los engendra á los dos; en lo absoluto, en fin. Este absoluto es Dios, creador del yo y del no-yo, ó, como dice el símbolo de Nicea, de todas las cosas visibles é invisibles. Este Dios, este absoluto, abraza en su esencia el hombre y la naturaleza, el pensamiento y la extension, porque sólo él tiene la plenitud del sér y lo es Todo. Las leyes de la razon y las formas de la naturaleza son idénticas: ningun pensamiento se manifiesta si no es por medio de una realidad; y recíprocamente, ninguna realidad se presenta que no esté penetrada de inteligencia. Hé ahí de dónde procede esta armonía maravillosa de la experiencia y de la razon que os hizo tomar el espíritu como una modificacion de la naturaleza, y la naturaleza como una modificacion del espíritu. El yo y el no-yo, la humanidad y la naturaleza, son igualmente subsistentes y reales; la humanidad y la naturaleza son contemporáneas en lo absoluto, y la única cosa que las distingue es que, en la humanidad, lo absoluto se desarrolla con conciencia, mientras que en la naturaleza se desarrolla sin ella. El pensamiento y la materia son inseparables é irreductibles; se manifiestan, segun los séres, en proporciones desiguales; y cada uno de los principios

constitutivos de lo absoluto se presenta en las criaturas, ya subordinado, ya predominando. Es una evolucion infinita, un desprendimiento perpétuo de formas, de esencias, de vidas, de voluntades, de potencias, de virtudes, etc.

Hubo un momento en que este sistema obtuvo, al parecer, todos los sufragios. La fusion del yo y del no-yo en lo absoluto; esta distincion y esta inseparabilidad al mismo tiempo, del pensamiento y del sér, que constituye la creacion; el desprendimiento incesante del espíritu y la progresion de los séres en una escala sin fin, encantaban á todo el mundo; pero este entusiasmo desapareció como un relámpago. Un nuevo dialéctico se levantó bruscamente, y... este sistema, dijo, sólo necesita una cosa, que es la prueba. El yo y el no-yo se confunden en lo absoluto: ¿qué absoluto es este? ¿Cuál es su naturaleza? ¿Qué prueba podemos tener de su existencia, supuesto que no se manifiesta, ni es posible que se manifieste en su calidad de absoluto? El pensamiento y el sér, se añade, idénticos en lo absoluto, son irreductibles en la creacion, aunque inseparables y homólogos: ¿cómo se sabe esto? ¿Cómo la identidad de leyes no implica la identidad de esencias y de realidades, cuando se reconoce que la única cosa real para nosotros es la ley? Y ¿por qué se recurre á un absoluto místico é impenetrable; por qué se reproduce esa antigua quimera de Dios para conciliar dos términos que, por la identidad de sus leyes, están ya conciliados? La naturaleza y la humanidad son el desenvolvimiento de lo absoluto: ¿por qué se desenvuelve lo absoluto? ¿En virtud de qué principio y segun qué ley se desenvuelve? ¿En dónde está la ciencia de este desenvolvimiento? Vuestra ontología y vuestra lógica, ¿cuales son? Y despues; si las mismas leyes rigen la materia y el pensamiento,

bastará estudiar uno para conocer la otra: la ciencia es, pues, posible *á priori*: ¿por qué negais la ciencia y sólo nos dais la experiencia que, por sí misma, no explica nada, porque no es ciencia?

Y bien, añadió: sin recurrir á lo absoluto, y ateniéndome á la identidad del pensamiento y del sér, yo me encargo de construir esa ciencia del desenvolvimiento que no habeis podido encontrar, porque distinguís lo que no puede admitirse como distinto; el espíritu y la materia, es decir, la doble faz de la IDEA.

Y el mundo vió á este titan de la filosofía intentando destruir el eterno dualismo por el dualismo mismo; establecer la identidad en la contradiccion; sacar el sér de la nada, y auxiliado por su lógica solamente, explicar, profetizar, ¿qué digo? ¡crear la naturaleza y el hombre! Ninguno de sus antecesores habia penetrado tan profundamente las leyes íntimas del sér; ninguno habia arrojado una luz tan viva sobre los misterios de la razon: consiguió, en fin, dar una fórmula que, si no es toda la ciencia, ni siquiera toda la lógica, es, por lo ménos, la llave de la ciencia y de la lógica. Pero bien pronto se vió que el autor no habia podido construir esta lógica sino costeando perpétuamente la experiencia, y apoderándose de sus materiales; que todas sus fórmulas seguian á la observacion, pero que no la precedian nunca: y como despues del sistema de la identidad del pensamiento y del sér, nada podia esperarse ya de la filosofía, porque el círculo estaba cerrado, se demostró para siempre que la ciencia sin la experiencia es imposible; que si el yo y el no-yo son correlativos, necesarios el uno al otro, inconcebibles el uno sin el otro, no por eso son idénticos; que su identidad, como su reduccion en un absoluto impenetrable, no es más que un modo de ver de

nuestra inteligencia, un postulado de la razón, útil en ciertos casos para el razonamiento, pero sin la menor realidad; y por último, que la teoría de los contrarios, de una importancia incomparable para examinar nuestras ideas, descubrir nuestros errores y determinar el carácter esencial de lo verdadero, no es, sin embargo, la única forma de la naturaleza, la única revelación de la experiencia, y por consiguiente, la única ley del espíritu.

Habiendo partido del *cogito* de Descartes, hémos aquí que hemos llegado, por una serie no interrumpida de sistemas, al *cogito* de Hegel. La revolución filosófica se terminó; un movimiento nuevo va á empezar, y el sentido común debe exponer sus conclusiones y dictar su fallo.

¿Qué dice, pues, el sentido común?

Relativamente al conocimiento: Supuesto que el ser sólo se revela á sí mismo en dos momentos indisolublemente unidos, que llamamos, al primero, conciencia del yo, y al segundo revelación del no-yo; supuesto que cada paso ulteriormente realizado en el conocimiento, implica siempre estos dos momentos reunidos; que este dualismo es perpétuo é irreductible; que fuera de él no existe sugeto ni objeto; que la realidad del uno está íntimamente ligada á la presencia del otro; que es tan absurdo el aislarlos como el pretender reducirlos, porque en ambos casos se niega la verdad y se suprime la ciencia, afirmamos, en primer lugar, que el carácter de la ciencia es este necesariamente: Armonía de la razón y de la experiencia.

Relativamente á la certidumbre: Supuesto que, á pesar de la dualidad del origen del conocimiento, la certidumbre del objeto, en el fondo, es idéntica á la del sugeto; supuesto que ésta quedó fuera de toda duda al refutar á los escépticos pirronianos; que en

este concepto tiene la autoridad de cosa juzgada; que la experiencia es una determinación del yo como una apreciación del no-yo, basta para satisfacer la razón. ¿Qué más podemos desear que estar seguros de la existencia de los cuerpos como lo estamos de la nuestra propia? ¿Y para qué hemos de averiguar si el sugeto y el objeto son idénticos ó adecuados solamente; si en la ciencia somos nosotros los que prestamos nuestras ideas á la naturaleza, ó es la naturaleza la que nos dá las suyas, cuando al hacer esta distinción se supone que el yo y el no-yo pueden existir aisladamente, lo cual no es cierto, ó que son reductibles, lo cual implica contradicción?

Relativamente á Dios: Supuesto que es una ley de nuestro espíritu y de la naturaleza, ó por encerrar en una estas dos ideas, de la creación, que se ordene según una progresión que va de la existencia á la conciencia, de la espontaneidad á la reflexión, del instinto al análisis, de la infalibilidad al error, del género á la especie, de la eternidad al tiempo, de lo infinito á lo finito, del ideal á lo real, etc., se sigue de aquí, por una necesidad lógica, que la escala de los seres, todos invariablemente constituidos, aunque en proporciones diferentes, en yo y no-yo, está comprendida entre dos términos antitéticos; uno que el vulgo llama creador ó Dios, que reúne todos los caracteres de infinidad, espontaneidad, eternidad, infalibilidad, etc.; y el otro, que es el hombre, y reúne todos los caracteres opuestos, una existencia evolutiva, reflexiva, temporal, sujeta á perturbación y á error, y cuyo principal atributo es la previsión, como la ciencia absoluta, es decir, el instinto, en su mayor grado de poder, es el atributo esencial de la divinidad.

Pero el hombre nos es conocido por la razón y la experiencia á la vez: Dios, al contrario, sólo se nos

revela como postulado de la razon: en una palabra; el hombre existe; Dios es posible.

Tal fué, sobre los trabajos de la filosofía, el segundo juicio del sentido comun; juicio cuyos motivos se fundan en los materiales que la misma filosofía ha proporcionado; juicio sin apelacion, y que se produjo claramente el dia en que la filosofía reconoció que la razon no puede nada sin la experiencia; que respecto á Dios, sólo nos falta la evidencia del hecho, la demostracion experimental. Desde aquel momento, la filosofía, cubriendo el rostro con su manto, dijo adios al mundo, y pronunció sobre si misma el *consummatum est*.

¿Es posible negar el dualismo que vemos por todas partes? No.

¿Es posible negar la progresion de los séres? Tampoco.

Pues bien: conocida la ley y dado el último término de esta progresion, es una necesidad de razon que exista un primer término, y que éste sea el antípoda del último. Así, pues, el sér infinito, el gran Todo *in quo vivimus, movemur et sumus*, el Género supremo, del cual el hombre tiende constantemente á separarse, y al cual se opone como á su antagonista, esta Esencia eterna no será el absoluto de los filósofos: como el hombre, su adversario, sólo existirá por su distincion en yo y no-yo, sujeto y objeto, alma y cuerpo, espíritu y materia, es decir, en dos aspectos genéricos diametralmente opuestos. Por lo demás, los atributos, facultades y manifestaciones de Dios, serian inversas de los atributos, facultades y determinaciones del hombre, como la lógica nos induce fatalmente á creerlo, y como conviene á lo infinito. Desde hoy, sólo falta á la hipótesis su realizacion; es decir, la prueba de hecho. Pero esta deduccion es, en sí misma, irrefutable; y si fuese po-

sible demostrar su falsedad con argumentos, el dualismo primordial habria desaparecido, el hombre dejaria de ser hombre, la razon no seria razon, el pirronismo se convertiria en sabiduría, y lo absurdo seria verdad.

Hé ahí, sin embargo, lo que hace temblar á la filosofía humanitaria: tan mal se repuso con respecto á lo absoluto y á todas sus fantasías panteísticas; fué tan grande la alegría que experimentó creyendo descubrir que el hombre es á la vez Dios y el absoluto; está tan agotada y tan jadeante despues de tantos sistemas, que no tiene valor para deducir, contra Dios y contra el hombre, la última consecuencia de sus doctrinas. Esta filosofía sonámbula, no se atreve á confesar que los medios suponen necesariamente dos extremos; que el último supone un primero; lo finito un infinito; la especie un género: que este infinito, tan real como lo finito que lo divide; este género supremo, que á su vez se convierte en especie por el contraste de la creacion progresiva que emana de su seno; este Dios, en fin, antagonista del hombre, no puede ser lo absoluto; que es eso, precisamente, lo que lo hace posible; que si lo es, se necesita buscar el hecho á que corresponde, y que negarlo so pretexto de resolverlo en el hombre, es desconocer nuestra naturaleza militante, y crear encima, debajo y en derredor del hombre, un vacío incomprensible que la filosofía debe llenar so pena de aniquilar al hombre y ver perecer á su idolo.

Por mi parte, siento decirlo, porque sé que esta declaracion me separa de la fraccion más inteligente del socialismo; me es imposible suscribir esta deificacion de nuestra especie que, en el fondo, no es, en los nuevos ateos, más que el último eco de los terrores religiosos que, bajo el nombre de *huma-*

nismo, rehabilitando y consagrando el misticismo, introduce la preocupacion en la ciencia, el hábito en la moral y la comunidad en la ciencia social (lo cual equivale á decir, la atonía y la miseria), el absoluto en la lógica, etc. Me es imposible, repito, aceptar esta nueva religion que procuran hacerme agradable diciéndome que yo soy el Dios, y por lo mismo que me veo precisado á rechazar, en nombre de la lógica y de la experiencia, esa religion y todas las que la precedieran; me es necesario admitir todavía como plausible la hipótesis de un sér infinito, pero no absoluto, en quien la libertad y la inteligencia, el yo y el no-yo existen bajo una forma especial, inconcebible, pero necesaria, y contra la cual debo luchar hasta la muerte, como Israel luchaba contra Jehovah.

II.

Hemos encontrado el sujeto y el objeto de la ciencia; la verdad del pensamiento y del sér queda demostrada; falta ahora descubrir el método.

En sus investigaciones, más ó ménos graves, sobre el objeto y la legitimidad del conocimiento, la filosofía no tardó en apercibirse de que seguía, sin saberlo, ciertas formas de dialéctica que renacían constantemente, y que, estudiadas más de cerca, se reconocieron al instante como los medios naturales de investigacion del sentido comun. La historia de las ciencias y de las artes no ofrece nada más interesante que la invencion de estas máquinas de pensar, verdaderos instrumentos de todos nuestros conocimientos, *scientiarum organa*, de los cuales daremos á conocer los principales.

El primero de todos es el silogismo.

Este es, por naturaleza y por temperamento, espiritualista. Pertenece á ese momento de la investigacion filosófica en que la afirmacion del espíritu domina á la de la materia, en que la embriaguez del yo hace desdeñar el no-yo, y niega, por decirlo así, toda intervencion á la experiencia. Es el argumento favorito de la teología, el órgano del *á priori*, la fórmula de la autoridad.

El silogismo es esencialmente hipotético. Dada una proposicion general y otra subsidiaria, el silogismo enseña á deducir de una manera rigurosa la consecuencia, pero sin garantizar la verdad extrínseca de esta consecuencia, porque por sí mismo no garantiza tampoco la verdad de las premisas. El silogismo, pues, sólo es útil como medio de encadenar una proposicion á otra, pero sin poder demostrar la verdad: como el cálculo, responde con exactitud á lo que se le pregunta, pero no enseña á proponer la cuestion. Aristóteles, que trazó las reglas del silogismo, no se equivocó respecto á este instrumento, cuyos defectos señaló y cuyo mecanismo analizó.

Procediendo invariablemente por un *á priori*, por un prejuicio, el silogismo no sabe de dónde viene: poco amigo de la observacion, más bien establece su principio que lo expone; en una palabra, tiende ménos á descubrir la ciencia que á crearla.

El segundo instrumento de la ciencia es la induccion.

Esta es la inversa ó la negacion del silogismo, como el materialismo, afirmacion exclusiva del no-yo, es la negacion del espiritualismo. Todo el mundo conoce esta forma de razonamiento, alabada y recomendada por Bacon, y que debía, segun él; renovar las ciencias. Consiste en elevarse de lo particular á lo general, al revés del silogismo, que descende de lo general á lo particular. Ahora bien: como lo par-

nismo, rehabilitando y consagrando el misticismo, introduce la preocupacion en la ciencia, el hábito en la moral y la comunidad en la ciencia social (lo cual equivale á decir, la atonía y la miseria), el absoluto en la lógica, etc. Me es imposible, repito, aceptar esta nueva religion que procuran hacerme agradable diciéndome que yo soy el Dios, y por lo mismo que me veo precisado á rechazar, en nombre de la lógica y de la experiencia, esa religion y todas las que la precedieran; me es necesario admitir todavía como plausible la hipótesis de un sér infinito, pero no absoluto, en quien la libertad y la inteligencia, el yo y el no-yo existen bajo una forma especial, inconcebible, pero necesaria, y contra la cual debo luchar hasta la muerte, como Israel luchaba contra Jehovah.

II.

Hemos encontrado el sujeto y el objeto de la ciencia; la verdad del pensamiento y del sér queda demostrada; falta ahora descubrir el método.

En sus investigaciones, más ó ménos graves, sobre el objeto y la legitimidad del conocimiento, la filosofía no tardó en apercibirse de que seguía, sin saberlo, ciertas formas de dialéctica que renacían constantemente, y que, estudiadas más de cerca, se reconocieron al instante como los medios naturales de investigacion del sentido comun. La historia de las ciencias y de las artes no ofrece nada más interesante que la invencion de estas máquinas de pensar, verdaderos instrumentos de todos nuestros conocimientos, *scientiarum organa*, de los cuales daremos á conocer los principales.

El primero de todos es el silogismo.

Este es, por naturaleza y por temperamento, espiritualista. Pertenece á ese momento de la investigacion filosófica en que la afirmacion del espíritu domina á la de la materia, en que la embriaguez del yo hace desdeñar el no-yo, y niega, por decirlo así, toda intervencion á la experiencia. Es el argumento favorito de la teología, el órgano del *á priori*, la fórmula de la autoridad.

El silogismo es esencialmente hipotético. Dada una proposicion general y otra subsidiaria, el silogismo enseña á deducir de una manera rigurosa la consecuencia, pero sin garantizar la verdad extrínseca de esta consecuencia, porque por sí mismo no garantiza tampoco la verdad de las premisas. El silogismo, pues, sólo es útil como medio de encadenar una proposicion á otra, pero sin poder demostrar la verdad: como el cálculo, responde con exactitud á lo que se le pregunta, pero no enseña á proponer la cuestion. Aristóteles, que trazó las reglas del silogismo, no se equivocó respecto á este instrumento, cuyos defectos señaló y cuyo mecanismo analizó.

Procediendo invariablemente por un *á priori*, por un prejuicio, el silogismo no sabe de dónde viene: poco amigo de la observacion, más bien establece su principio que lo expone; en una palabra, tiende ménos á descubrir la ciencia que á crearla.

El segundo instrumento de la ciencia es la induccion.

Esta es la inversa ó la negacion del silogismo, como el materialismo, afirmacion exclusiva del no-yo, es la negacion del espiritualismo. Todo el mundo conoce esta forma de razonamiento, alabada y recomendada por Bacon, y que debía, segun él; renovar las ciencias. Consiste en elevarse de lo particular á lo general, al revés del silogismo, que descende de lo general á lo particular. Ahora bien: como lo par-

ticular puede clasificarse, según la variedad infinita de sus aspectos, en una multitud innumerable de categorías, y como el principio de la inducción consiste en no suponer nada que no se haya establecido antes, se sigue de aquí que, al revés del silogismo, que no sabe de dónde viene, la inducción no sabe á dónde va: permanece en la tierra, y no puede elevarse ni llegar al fin. Como el silogismo, la inducción sólo tiene fuerza para demostrar la verdad conocida de antemano, pero no la tiene para descubrirla. Esto empieza á notarse en Francia; aquí, en donde la ausencia de lo que se llama espíritu filosófico, es decir, la falta de instrumentos dialécticos superiores, retiene á la ciencia estacionaria en el momento mismo en que las observaciones se acumulan con una abundancia y una rapidez sorprendentes. Puede decirse, pues, que los progresos realizados desde Bacon, no se deben, como tantas veces se dijo, á la inducción, sino á la observación sostenida por el pequeño número de preocupaciones que nos había legado la antigua filosofía, y que la observación no hizo más que confirmar, modificar ó destruir. Ahora que, al parecer, hemos agotado nuestra trama, la inducción se detiene y la ciencia no marcha.

En dos palabras; como la inducción lo concede todo al empirismo, y el silogismo al *á priori*, el conocimiento oscila entre dos nada: mientras los hechos se acumulan, la filosofía se pierde, y muchas veces la experiencia permanece inútil.

Lo que se necesita hoy, es un instrumento que, reuniendo las propiedades del silogismo y de la inducción, partiendo á la vez de lo particular y de lo general, llevando de frente la razón y la experiencia; en una palabra, imitando el dualismo que constituye el universo y que hace salir toda existencia

de la nada, conduzca siempre, infaliblemente, á una verdad positiva.

Tal es la antinomia.

Por lo mismo que una idea ó un hecho presenta una relación contradictoria y desarrolla sus consecuencias en dos series opuestas, se debe esperar una idea nueva y sintética. Tal es el principio universal, y por consiguiente variado, del nuevo órgano formado por la combinación y la oposición del silogismo y la inducción; órgano entrevisto nada más por los antiguos, que Kant ha revelado, y que puso en práctica con tanto vigor y tan brillantemente el más profundo de sus sucesores, Hegel.

La antinomia sabe de dónde viene, á dónde va y lo que contiene: la conclusión que proporciona es verdadera sin condición de evidencia previa ni ulterior; verdadera en sí misma, por sí misma y para sí misma.

La antinomia es la expresión pura de la necesidad, la ley íntima de los seres, el principio de las fluctuaciones del espíritu, y por consiguiente, de sus progresos; la condición *sine qua non* de la vida en la sociedad, como en el individuo. En el curso de esta obra hemos dado á conocer suficientemente el maravilloso mecanismo de este instrumento; lo que nos falta por decir, encontrará sucesivamente su lugar en las partes que hemos de tratar.

Pero si la antinomia no puede engañar ni mentir, no es por eso toda la verdad; y si se limitase á este instrumento, la organización del sentido común sería incompleta, porque dejaría al arbitrio de la imaginación el orden de las ideas particulares determinadas por la antinomia; no explicaría el género, la especie, la progresión, las evoluciones, el sistema, en fin; precisamente, lo que constituye la ciencia. La antinomia habría cortado una multitud de pie-

dras, pero quedarían esparcidas y no habría edificio.

La más superficial observación, basta para descubrir la distribución por pares de los órganos del cuerpo humano; pero el que no conociese más que esta dicotomía, verdadera encarnación de la gran ley de los contrarios, estaría muy lejos de poseer la idea de nuestra organización, tan complicada, y sin embargo, una. Otro ejemplo. La línea se forma por el movimiento de un punto que se opone á sí mismo; el plano nace de un movimiento análogo de la línea, y el sólido de un movimiento semejante del plano. Las matemáticas están llenas de estas apercpciones dualísticas; pero el dualismo, por sí sólo, no es ménos estéril para la inteligencia de las matemáticas. Procurad deducir, por medio del dualismo, la idea de triángulo de la idea de línea: extraed de los conceptos antitéticos de *cantidad*, *calidad*, etc., la idea de rayo de luz con sus siete colores, y la de gama con sus siete tonos. Las ideas, una vez determinadas individualmente por sus relaciones contradictorias, necesitan aún una ley que las agrupe, las dé figura y las sistematice, sin lo cual permanecerían aisladas como las estrellas que el capricho de los primeros astrónomos pudo muy bien reunir en constelaciones fantásticas, pero que permanecieron extrañas las unas á las otras, hasta que la ciencia más profunda de un Newton y de Herschell descubrió las relaciones que las coordinan en el firmamento.

La ciencia, tal como puede resultar de la antinomia, no basta para la inteligencia del hombre y de la naturaleza: se necesita, pues, otro instrumento dialéctico que la complete. ¿Y qué puede ser este, sino una ley de progresión, de clasificación y de serie; una ley que comprenda en su generalidad el silogismo, la inducción, la antinomia misma, y que

sea, respecto á ésta, lo que en la música el canto es respecto al acorde?

Esta ley, conocida en todos los tiempos, como se puede ver en el capítulo primero del Génesis, cuando Dios crea los animales y las plantas según sus géneros y especies, fué muchas veces aplicada por los naturalistas modernos; es soberana en matemáticas; los filósofos y los artistas la proclamaron como la ciencia pura de lo bello y de lo verdadero; pero nadie, que yo sepa, ha expuesto la teoría. Se me dispensará, pues, que con este objeto remita al lector á otra obra en la cual verá, sin duda, que he dado más pruebas de buena voluntad que de aptitud para llenar aquel vacío (1).

Progresión, serie, asociación de las ideas por grupos naturales: tal es el último paso de la filosofía en la organización del sentido común. Los demás instrumentos dialécticos se refunden en este: el silogismo y la inducción no son más que fragmentos desprendidos de series superiores que se consideran en diverso sentido: la antinomia es como la teoría de los dos polos de un pequeño mundo, abstracción hecha de los puntos medios y de los movimientos interiores. La serie comprende todas las formas posibles de clasificación de las ideas; es unidad y variedad, verdadera expresión de la naturaleza, y por consiguiente, forma suprema de la razón. Nada es inteligible para el espíritu si no puede referirse á una serie ó seriarse; y toda criatura, todo fenómeno, todo principio que se presenta aislado, permanece ininteligible para nosotros. A pesar del testimonio de los sentidos y á pesar de la certidumbre del he-

(1) *Creación del orden en la humanidad*. Posteriormente, el Sr. Jouvencel ha publicado un notable trabajo sobre la ley serial, en su obra: *El Génesis según la ciencia*. (N. del T.)

cho, la razón lo rechaza y lo niega hasta que encuentra los antecedentes, los consiguientes y los corolarios; es decir, la *série*, la familia.

Para hacer todo esto más claro, apliquémoslo al asunto mismo que constituye el objeto de este capítulo: la PROPIEDAD.

La propiedad es ininteligible fuera de la série económica, hemos dicho en el sumario de este capítulo. Esto significa que la propiedad no se comprende ni se explica de una manera satisfactoria, ni por medio de los *á priori*, cualesquiera que sean, morales, metafísicos ó psicológicos (fórmula del silogismo), ni por medio de los *á posteriori* legislativos ó históricos (fórmula de la inducción), ni siquiera exponiendo su naturaleza contradictoria, como lo hice yo en mi Memoria sobre la propiedad (fórmula de la antinomia). Es necesario saber en qué orden de manifestaciones análogas, similares ó adecuadas se coloca la propiedad; es preciso, en fin, encontrar la *série*, pues todo lo que se aísla, todo lo que se afirma en sí, por sí y para sí solamente, no goza de una existencia suficiente, no reúne todas las condiciones de inteligibilidad y de duración; se necesita todavía la existencia en el todo, por el todo y para el todo; es preciso, en fin, que á las relaciones internas, se unan las externas.

¿Qué es la propiedad? ¿De dónde viene y qué quiere? Hé ahí el problema que más interesa á la filosofía; el problema lógico por excelencia, y de cuya solución dependen el hombre, la sociedad y el mundo. El problema de la propiedad es, bajo una forma diferente, el problema de la certidumbre; la propiedad es el hombre, es Dios, es todo.

Ahora bien: que los legistas respondan á esta cuestión formidable balbuceando sus *á priori*: La propiedad es el derecho de usar y de abusar, dere-

cho que nace de un acto de la voluntad manifestada por la ocupación y la apropiación: es claro que con esto no nos dicen absolutamente nada; pues admitiendo que la apropiación sea necesaria al cumplimiento del destino del hombre y al ejercicio de su industria, lo único que se puede deducir de aquí, es que, siendo la apropiación necesaria á todos los hombres, la posesión debe ser igual; por consiguiente, siempre variable y movable, susceptible de aumento y de disminución, no obstante el consentimiento de los poseedores, lo cual es la negación misma de la propiedad. En el sistema de los legistas, de los razonadores *á priori*, la propiedad, para estar de acuerdo consigo misma, debería ser, como la libertad, recíproca é inalienable; de modo que toda adquisición, es decir, todo ejercicio ulterior del derecho de apropiación, sería á la vez, por parte del que adquiriese, el goce de un derecho natural, y frente á frente de sus semejantes, una usurpación; lo cual es contradictorio, imposible.

Que los economistas, apoyados en sus inducciones utilitarias, nos digan á su vez: El origen de la propiedad es el trabajo. La propiedad es el derecho de vivir trabajando, de disponer, libre y soberanamente, de sus ahorros, de su capital, del fruto de su inteligencia y de su industria; no por esto su sistema es más sólido. Si el trabajo, la ocupación efectiva y fecunda, es el principio de la propiedad, ¿cómo se explica ésta en el hombre que no trabaja? ¿Cómo se justifica la renta? ¿Cómo de esta formación de la propiedad por el trabajo, se deduce el derecho de poseer sin trabajar? ¿Cómo se concibe que de un trabajo de treinta años, resulte una propiedad eterna? Si el trabajo es el origen de la propiedad, la propiedad será la recompensa del trabajo; pues bien: ¿cuál es el valor del trabajo? ¿Cuál es la medida co-

mun de los productos, cuyo cambio produce tan monstruosas desigualdades en la sociedad? ¿Se dirá que la propiedad debe estar limitada á la duracion de la ocupacion real, á la duracion del trabajo? Entonces la propiedad deja de ser personal, inviolable y trasmisible; ya no es la propiedad. ¿No es evidente que, si la teoría de los legistas es arbitraria, la de los economistas es rutina pura? Por lo demás, pareció tan peligrosa por sus consecuencias, que se abandonó casi al mismo tiempo que se expuso. Los legistas de ultra-Rhin volvieron casi todos al sistema de la primera ocupacion, cosa increíble en el país de la dialéctica.

¿Y qué diremos de las divagaciones de los místicos; de esa gente á quien la razon horroriza y para quien el hecho está siempre suficientemente explicado y justificado, sólo porque existe? La propiedad, dicen, es una creacion de la espontaneidad social, el efecto de una ley de la Providencia, ante la cual debemos humillarnos. ¿Y qué podremos encontrar que sea más respetable, más auténtico, más necesario y más sagrado que lo que el género humano quiso espontáneamente, y realizó con el permiso del cielo?

Así, pues, la religion viene, á su vez, á consagrar la propiedad. Por esto, puede juzgarse la escasa solidez del principio. Pero la sociedad, ó sea la Providencia, no pudo consentir la propiedad sino teniendo en cuenta el bien general: ¿puede preguntarse, sin faltar al respeto que la Providencia merece, de dónde vienen las exclusiones? Si el bien general no exige absolutamente la igualdad de las propiedades, por lo ménos implica cierta responsabilidad por parte del propietario; y cuando el pobre pide limosna, el soberano reclama el diezmo. Sin embargo, mientras la propiedad esté defendida por tan mezquinos medios, la propiedad estará en peligro; y mientras un

hecho nuevo y más poderoso no se oponga á ella, los ataques á la propiedad serán insignificantes protestas, buenas para amotinar á los pobres y para irritar á los propietarios.

Por último, se presentó un crítico que, empleando una nueva argumentacion, dijo:

La propiedad, como hecho y como derecho, es esencialmente contradictoria, y por esta razon misma, podemos decir que es algo. Y en efecto;

La propiedad es el derecho de ocupacion, y al mismo tiempo, el derecho de exclusion.

La propiedad es el precio del trabajo, y la negacion del trabajo.

La propiedad es el producto espontáneo de la sociedad, y la disolucion de la sociedad.

La propiedad es una institucion de justicia, y la propiedad es EL ROBO.

Resulta de todo esto, que llegará un dia en que la propiedad, trasformada, será una idea positiva, completa, social y verdadera; una propiedad que abolirá la antigua, y que será para todos igualmente efectiva y benéfica: lo que lo prueba, es, precisamente, que la propiedad se presenta como una contradiccion.

Desde este momento, empezó á conocerse la institucion: su naturaleza íntima quedó descubierta, y su porvenir previsto. Y sin embargo, se pudo decir que el crítico no habia hecho más que la mitad de su obra, supuesto que, para constituir definitivamente la propiedad, para quitarle su carácter exclusivo y darle su forma sintética, no bastaba haberla analizado en sí misma; era preciso encontrar el orden de ideas, dentro del cual era un momento particular, la série que la envolvía, y fuera de la cual era imposible comprender ni atacar la propiedad. Sin esta condicion, la propiedad, conservándose en

statu quo, permanecía inatacable como hecho, ininteligible como idea, y toda reforma emprendida contra este *statu quo* no podía ser, con respecto á la sociedad, más que un retroceso, si no un parricidio.

Que el lector reflexione un momento nada más, y verá que en la época actual, la propiedad lo es todo para la ciencia legislativa y para nuestros hábitos económicos; que fuera de la propiedad, á pesar de los esfuerzos hechos en estos últimos tiempos por el socialismo, no se concibe ni se imagina nada; que ni en la jurisprudencia, ni en el comercio y la industria, se descubre salida; que una vez destruida la propiedad, la sociedad cae en una desorganización sin fin; y que, por haber conocido la propiedad en su naturaleza antinómica, no por eso sabemos cómo realizará su fórmula definitiva, y cómo del orden actual saldrá un orden nuevo, cuya idea desconocemos todos; que se piense en esto, digo, y que se pregunte despues de qué manera, por la sola virtud de la antinomia, de la organización presente, que agota á la vez nuestra experiencia y nuestra razón, llegaremos á determinar una forma social, para la cual carecemos de ideas y de hechos.

Es preciso confesarlo: al demostrar lo que es la propiedad *en sí*, la antinomia dijo su última palabra, y no puede ir más allá. Se necesita otra construcción lógica; es preciso encontrar la progresión, construir la *série* fuera de la cual, la propiedad aparece como un hecho aislado, una idea solitaria, y permanece inconcebible y estéril. Pero si en esta *série*, la propiedad recobra su lugar, por consiguiente, su verdadera forma, será parte esencial de un todo armónico y verdadero, y perdiendo sus cualidades negativas, revestirá los atributos positivos de la igualdad, de la mutualidad, de la responsabilidad y del orden.

Así, pues, cuando quisimos descubrir la misión y el sentido filosófico de la moneda, de ese hecho que se presenta aislado en los libros de los economistas, y que por este motivo habia permanecido inexplicable hasta hoy, hemos buscado la cadena de la cual supusimos que la moneda era un eslabon desprendido; y por esta simple hipótesis, descubrimos fácilmente que la moneda era el primero de los productos cuyo valor se constituyó socialmente, y que, por esta razón, servia de tipo á todos los demás. Así tambien, cuando hemos necesitado conocer la naturaleza del impuesto, otro hecho aislado, objeto de tantos clamores en la economía política, nos bastó completar la gran familia de los trabajadores haciendo entrar en ella, como GÉNERO, los trabajadores *improductivos*; es decir, aquellos cuya remuneración no se verifica por medio del cambio, y cuyo empleo está en descenso, mientras que el de los otros está en progreso.

De la misma manera, para llegar á la completa inteligencia de la propiedad, para adquirir la idea del orden social, tenemos que hacer dos cosas: 1.º determinar la *série* de las contradicciones que comprende á la propiedad; y 2.º por medio de una ecuación general, dar la fórmula positiva de esta *série*.

Si la esperanza no nos engaña, bien pronto habremos realizado la primera parte de este trabajo. La propiedad es uno de los hechos generales que determinan las oscilaciones del valor; es una parte integrante de esta larga *série* de instituciones espontáneas que comienza en la *division del trabajo* y termina en la *comunidad*, para resolverse despues en la constitución de todos los valores. Ya hoy mismo, en el *sistema de las contradicciones económicas*, podemos presentar, como en una tapicería vista por el revés, la imágen de nuestra organiza-

cion futura; de modo que, para dar la última mano á nuestro trabajo y resolver la segunda parte del problema, nos bastará enderezar lo que hoy presentamos al revés.

En principio, todo sér solitario, es decir, no dividido y sin compañeros, es naturalmente ininteligible; como el espíritu y la materia, como todas las esencias que no se manifiestan ó que no están seriadadas, es una cosa inaccesible al entendimiento y que se resuelve, para el espíritu, en sentimiento y en misterio. Por eso el sér infinito que ya la lógica nos obliga á aceptar, aun cuando la observacion pruebe su existencia, será para el hombre como si no existiese. Como nada hay en él ni fuera de él que pueda poner término á la concentracion y á la soledad, ni la eternidad, ni la ubicuidad, ni la omnipotencia, ni la ciencia infinita, ni la creacion, ni la humanidad progresiva cuyo principio y conservador es él, pero de la cual se distingue esencialmente, un sér semejante permanecerá siempre desconocido, y todo lo que la razon nos impone respecto á él, es la negacion, ó, lo que es igual, la fé.

El silogismo, la induccion, la antinomia y la série, forman, pues, el armamento completo de la inteligencia, y es fácil comprender que ningun otro instrumento dialéctico se puede descubrir ya.

El silogismo desenvuelve la idea, por decirlo así, de arriba abajo;

La induccion la reproduce de abajo arriba;

La antinomia la ataca de frente y de costado;

La série la sigue y la penetra en solidez y profundidad.

El campo del conocimiento no tiene más dimensiones, y no puede haber otros métodos. Desde hoy, podemos decir que la lógica está hecha y el sentido comun organizado; y como la organizacion del tra-

bajo es el corolario inevitable de la organizacion del sentido comun, es imposible que la sociedad deje de llegar bien pronto á su constitucion segura y definitiva.

II. — Causas del establecimiento de la propiedad.

La propiedad ocupa el octavo lugar en la cadena de las contradicciones económicas, y este es el primer punto que debemos establecer.

Está demostrado que el origen de la propiedad no puede referirse á la ocupacion ni al trabajo. La primera de estas opiniones es un círculo vicioso en el cual se presenta el fenómeno como explicacion del fenómeno: la segunda es eminentemente eversiva de la propiedad, supuesto que, una vez reconocido el trabajo como su condicion suprema, es imposible que la propiedad se establezca. En cuanto á la teoría que hace salir la propiedad de un acto de la voluntad colectiva, tiene el defecto de no decir cuáles fueron los motivos de esta voluntad, siendo precisamente estos motivos lo que se necesitaba conocer.

Sin embargo, aunque estas teorías, consideradas separadamente, llegan siempre á la contradiccion, es cierto que contienen todas ellas una parte de verdad, y hasta se puede presumir que, si en vez de aislarlas, se estudiasen las tres reunidas y sintéticamente, se encontraria en ellas la verdadera teoría; quiero decir, la razon de existencia de la propiedad.

Sí, la propiedad empieza, ó mejor dicho, se manifiesta por una ocupacion soberana, efectiva, que excluye toda idea de participacion y comunidad; sí, esta ocupacion, en su forma legítima y auténtica, es el trabajo: sin esto, ¿cómo la sociedad habria consentido en conceder y hacer respetar la propiedad? Sí, la sociedad quiso la institucion, y todas

las legislaciones del mundo se hicieron para ella.

La propiedad se estableció por la ocupacion, es decir, por el trabajo; es preciso recordarlo con frecuencia, no por la conservacion de la propiedad, sino para instruccion de los trabajadores. El trabajo contenia en potencia, y por la evolucion de sus leyes debia producir la propiedad, como habia engendrado la separacion de las industrias, despues la jerarquia de los trabajadores, más tarde la competencia, el monopolio, la policia, etc. Todas estas antinomias son, con el mismo título, posiciones sucesivas del trabajo, piquetes clavados por él en su eterno camino, destinados á formular, por su reunion sintética, el verdadero derecho de gentes. Pero el hecho no es el derecho: la propiedad, producto natural de la ocupacion y del trabajo, era un principio de anticipacion y de invasion, y era necesario que la sociedad la reconociese y la legitimase. Estos dos elementos, la ocupacion por el trabajo y la sancion legislativa que los legistas han separado sin razon en sus comentarios, se reunieron para constituir la propiedad. Ahora bien: se trata de conocer los motivos providenciales de esta concesion, y saber qué papel desempeña en el sistema económico: tal será el objeto de este capítulo.

Demostremos ante todo, que para establecer la propiedad, era necesario el consentimiento social.

Mientras la propiedad no está reconocida y legitimada por el Estado, es un hecho extra-social, se encuentra en la misma posicion del niño que no se hace miembro de la familia, de la ciudad y de la Iglesia, sino por el reconocimiento del padre, la inscripcion en el registro civil y la ceremonia del bautismo. Sin estas formalidades, el niño es como el producto de los animales; un miembro inútil, un alma vil y esclava, indigna de consideracion; un bas-

tardo, en fin. El reconocimiento social era, pues, necesario á la propiedad, y toda propiedad implica una comunidad primitiva. Sin este reconocimiento, permanece como una simple ocupacion, y puede ser disputada por el primero que llegue.

«El derecho á una cosa, dice Kant (1), es el derecho de usar privadamente de una cosa, respecto de la cual estoy en comunidad de posesion (primitiva ó subsiguiente) con los demás hombres. Esta posesion comun es la única condicion en que puedo fundarme para prohibir á los demás poseedores el uso privado de la cosa; pues si se prescinde de ella, será imposible concebir de qué modo yo, que no poseo actualmente la cosa, puedo ser perjudicado por los que la poseen y se sirven de ella. Mi arbitrio individual ó unilateral, no puede obligar á los demás á que se abstengan del uso de una cosa si no estuviesen obligados á ello por otros motivos. Esta obligacion no puede tener más fundamento que los arbitrios reunidos en una posesion comun. Si así no fuese, nos veríamos precisados á concebir un derecho en una cosa, como si tuviese una obligacion conmigo, y de la cual derivaria, en último análisis, el derecho contra todo poseedor de esta cosa; concepcion verdaderamente absurda.»

Así, pues, segun Kant, el derecho de propiedad, es decir, la legitimidad de la ocupacion, procede del consentimiento del Estado, é implica, originariamente, posesion comun. Siempre que el propietario se atreve á oponer su derecho al del Estado, éste, recordándole la convencion, puede terminar el litigio con este ultimatum: O reconocéis mi soberanía y os sometéis á lo que el interés público re-

(1) *Principios metafísicos del derecho*: traduccion de Tissot.

clama, ó declaro que vuestra propiedad ha dejado de estar bajo la salvaguardia de las leyes y le retiro mi proteccion.

Segun esto, en el espíritu del legislador, la institucion de la propiedad, como la del crédito, la del comercio y la del monopolio, tuvo por objeto establecer el equilibrio, lo cual coloca á la propiedad entre los elementos de la organizacion, y la señala como uno de los medios generales de la constitucion de los valores. «El derecho á una cosa, dice Kant, es el derecho de usar privadamente de una cosa, respecto de la cual estoy en comunidad de posesion con los demás hombres.» En virtud de este principio, todo hombre sin propiedad puede y debe apelar á la comunidad, guardadora de los derechos de todos; de donde resulta, como ya se dijo, que, segun los designios de la Providencia, las condiciones deben ser iguales. Kant, lo mismo que Reid, lo comprendió y lo explicó perfectamente en el siguiente párrafo: «¿Se pregunta ahora hasta dónde se extiende la facultad de tomar posesion de una tierra? Hasta donde la facultad de tenerla se lo permita; es decir, hasta donde pueda defenderla aquel que quiere apropiársela, como si la tierra dijese: «Si no puedes defenderme, no puedes mandarme.»

Sin embargo, yo no sé con seguridad, si este pasaje debe entenderse con respecto á la posesion anterior á la propiedad; pues Kant añade que la adquisicion sólo es *perentoria* en la sociedad, y que en el estado de naturaleza es *provisional*. De aquí podría deducirse que, segun Kant, la adquisicion, una vez convertida en perentoria por el consentimiento social, puede aumentarse indefinidamente bajo la proteccion de la sociedad, lo que no puede verificarse en el estado de naturaleza, porque entonces sólo el individuo defiende su propiedad.

Pero sea de esto lo que se quiera, cuando ménos, se sigue del principio de Kant que, en el estado de naturaleza, la adquisicion se extiende, para cada familia, á todo lo que puede defender; es decir, á todo lo que puede cultivar, ó lo que es lo mismo, es igual á una fraccion de la superficie cultivable dividida por el número de familias; pues si la adquisicion es mayor que este cociente, al instante tendrá más enemigos que defensores. Ahora bien: como en el estado de naturaleza, esta adquisicion, de aquel modo limitada, todavía es provisional, el Estado, al hacerla perentoria, quiso poner término á la hostilidad recíproca de los adquirentes. La igualdad fué, pues, el pensamiento secreto, el objeto capital del legislador en la constitucion de la propiedad. En este sistema, que es el único razonable, el único admirable, la propiedad de mi vecino sirve de garantía á la mia. Yo no digo como el pretor, *posideo quia possideo*; yo digo como el filósofo, *possideo quia possides*.

Más adelante veremos que la igualdad por la propiedad es tan quimérica como la igualdad por el crédito, por el monopolio, la competencia y demás categorías económicas; que en este punto, el genio providencial, áun recogiendo de la propiedad los frutos más preciosos y más inesperados, vió frustradas sus esperanzas y corrió tras lo imposible. La propiedad no contiene más ni ménos verdad que todos los momentos que la preceden en la evolucion económica; como ellos, contribuye, en proporcion igual, al desarrollo del bienestar y al aumento de la miseria; no es la forma del órden, y debe cambiar y desaparecer con el órden. Tales fueron tambien los sistemas de los filósofos sobre la certidumbre; despues de haber enriquecido la lógica con sus des-

cubrimientos, se resolvieron y desaparecieron en las conclusiones del sentido comun.

Pero en fin: el pensamiento que presidió al establecimiento de la propiedad, fué bueno: debemos, pues, averiguar qué es lo que la justifica, en qué favorece á la riqueza, y cuáles son las razones positivas y determinantes que la hicieron nacer.

Recordemos, ante todo, el carácter general del movimiento económico.

La primera época tuvo por objeto inaugurar el trabajo en la tierra por la separacion de las industrias, hacer cesar la inhospitalidad de la naturaleza, arrancar al hombre de su miseria original, y convertir sus facultades inertes en facultades activas, que fuesen para él otros tantos instrumentos de su dicha. Así como en la creacion del universo, la fuerza infinita se habia dividido, tambien para crear la sociedad, el genio providencial dividió el trabajo. Por esta division, la igualdad empezó á manifestarse, no como identidad en la pluralidad, sino como equivalencia en la variedad; el organismo social quedó constituido en principio; el gérmen recibió el impulso vivificador, y el hombre colectivo vino á la existencia.

Pero la division del trabajo supone funciones generalizadas y funciones parcelarias; de ahí, desigualdad de condiciones entre los trabajadores, decadencia de los unos, elevacion de los otros; y desde la primera época, el antagonismo industrial reemplaza á la comunidad primitiva.

Todas las evoluciones subsiguientes tienden por un lado á restablecer el equilibrio de las facultades, y por el otro á desarrollar la industria y el bienestar. Ya hemos visto que, léjos de esto, el esfuerzo providencial dá siempre por resultado un progreso igual y divergente de riqueza y de miseria, de in-

capacidad y de ciencia. En la segunda época aparece el capital y el salariado, la reparticion egoista é injuriosa; en la tercera, el mal se agrava por la guerra comercial; en la cuarta, se concentra y se generaliza por el monopolio; en la quinta, recibe la consagracion del Estado. El comercio internacional y el crédito vienen á su vez á dar nuevo impulso al antagonismo: más tarde, la ficcion de la productividad del capital, gracias al poder de la opinion, se convierte en una cuasi realidad, y un nuevo peligro amenaza á la sociedad, que es la negacion del trabajo por el desbordamiento del capital. En este momento, y por esta situacion extrema, nace teóricamente la propiedad; y tal es tambien la transicion que tratamos de conocer.

Si hacemos abstraccion del objeto ulterior de la evolucion económica, y si la consideramos en sí misma, hasta ahora todo cuanto hace la sociedad, lo hace alternativamente por el monopolio y contra el monopolio. Esta es la raíz en torno de la cual se agitan y circulan los diversos elementos económicos. Sin embargo, á pesar de la necesidad de su existencia, á pesar de los innumerables esfuerzos que hizo para desarrollarse, á pesar de la autoridad del consentimiento universal que lo acepta, el monopolio es todavía provisional; como dice Kant, sólo dura mientras el titular sabe explotarlo y defenderlo. Por esta razon, le vemos unas veces cesar por la muerte, como en las funciones inamovibles y no venales; otras reducirse á un tiempo limitado, como en los privilegios de invencion; otras perderse por falta de ejercicio, lo cual dió lugar á las teorías de la prescripcion y á la posesion anual, en uso todavía entre los árabes. Otras veces, el monopolio es revocable á voluntad del soberano, como sucede con los permisos concedidos para construir en los terre-

nos militares, etc. Así, pues, el monopolio es una forma sin realidad; está adherido al hombre, pero no lleva consigo la materia; es el privilegio exclusivo de producir y de vender, pero no es todavía la enajenación de los instrumentos de trabajo, la enajenación de la tierra. El monopolio es una especie de arriendo que sólo interesa al hombre por la consideración del beneficio. El monopolista no tiene interés por ninguna industria, por ningún instrumento de trabajo ni por ninguna residencia; es cosmopolita y omni-funcionario; poco le importa todo si él gana; su alma no está sujeta á ningún punto del horizonte ni á ninguna partícula de materia, y su existencia permanece vaga mientras la sociedad que le confirió el monopolio como medio de hacer fortuna, no se lo convierte en una necesidad para vivir.

Ahora bien: el monopolio, tan precario por sí mismo, expuesto á todas las incursiones, á todas las avenidas de la competencia, atormentado por el Estado, prensado por el crédito y no interesando nunca el corazón del monopolista bajo la acción del agiotaje, tiende incesantemente á despersonalizarse; de modo que la humanidad, entregada á la tempestad financiera por el desempeño general de los capitales, está expuesta á desprenderse del trabajo y á retrogradar en su marcha.

Y en efecto; ¿qué era el monopolio ántes del establecimiento del crédito, ántes del reinado de la banca? Un privilegio de *ganancia*, no un derecho de *soberanía*; un privilegio sobre el producto, mucho más que un privilegio sobre el instrumento. El monopolista permanecía extraño á la tierra en donde habitaba, pero que no poseía realmente; podía muy bien multiplicar sus explotaciones, ensanchar sus fábricas, unir tierra á tierra; á pesar de todo, era

siempre un administrador más que un dueño; no imprimía su carácter á las cosas; no las hacía á su imagen; no las amaba por sí mismas, sino por los valores que le producían; en una palabra, no quería el monopolio como fin, sino como medio.

Después del desarrollo de las instituciones de crédito, la condición del monopolio es todavía peor.

Los productores, que se deseaba asociar, han llegado á ser incapaces de asociación; perdieron el gusto y el espíritu del trabajo para convertirse en jugadores. Al fanatismo de la competencia, añaden los furros de la ruleta. La bancocracia cambió su carácter y sus ideas. En otro tiempo vivían como amos y asalariados, como vasallos y soberanos; hoy sólo se conocen como deudores y usureros, como gananciosos y perdidosos. El trabajo desapareció ante el soplo del crédito; el valor real se desvaneció ante el valor ficticio, y la producción ante el agiotaje. La tierra, los capitales, el talento, el trabajo mismo, si existe en alguna parte, sirven de puestas en este juego. Nadie se ocupa de privilegios, de monopolios, de funciones públicas y de industria; la riqueza ya no se pide al trabajo, sino á un golpe de dados. El crédito, dijo la teoría, necesita una base fija; y precisamente, el crédito lo ha sacudido todo. No se apoya en hipótesis, añadia, sino en hipotecas, y hace correr estas mismas hipotecas: busca garantías; y como á pesar de la teoría que no quiere verlas en nada sino en las realidades, la prenda del crédito es siempre el hombre, supuesto que es él quien dá valor á la prenda, y que sin él ésta sería absolutamente ineficaz y nula, sucede que no interesándonos ya por las realidades, con la garantía del hombre la prenda desaparece, y el crédito es lo que se jactaba de no ser, una ficción.

El crédito, en una palabra, á fuerza de emancipar

el capital, acabó por emancipar al hombre de la sociedad y de la naturaleza. En este idealismo universal, el hombre no está ligado al suelo, está suspendido en el aire por una fuerza invisible. La tierra está cubierta de habitantes, los unos que nadan en la opulencia, los otros que mueren de miseria, y nadie la posee; sólo tiene dueños que la desdennan y siervos que la aborrecen, porque no la trabajan para sí, sino para su portador de cupones que nadie conoce, que no verán jamás, que tal vez pase por aquella tierra sin mirarla y sin saber siquiera que le pertenece. El tenedor de la tierra, es decir, el que posee las inscripciones de renta, se parece al mercader que lleva en su cartera alquerías, pastos, ricas cosechas, excelentes viñas, etc.; pero... ¿qué le importan, si está siempre dispuesto á cederlo todo mediante diez céntimos de alza? A la tarde se desprenderá de sus bienes del mismo modo que los recibió por la mañana, sin amor y sin pesar.

Así, pues, por la ficcion de la productividad del capital, el crédito llegó á la ficcion de la riqueza; la tierra ya no es el taller del género humano; es un banco; y si fuese posible que este banco no hiciese continuamente nuevas víctimas que se viesan precisadas á pedir al trabajo el producto que perdieron en el juego, y por lo mismo sostener la realidad de los capitales; si fuese posible que la bancarota no viniese á interrumpir de tiempo en tiempo esta orgía infernal, como el valor de la prenda bajaria siempre mientras que la ficcion multiplicaria su papel, la riqueza real seria nula, y la inscrita creceria hasta lo infinito.

Pero la sociedad no puede retrogradar: es, pues, necesario salvar el monopolio so pena de morir, salvar la individualidad humana pronta á sumergirse en un goce ideal; es preciso, en fin, consolidar y

sostener el monopolio. Este era, por decirlo así, célibe: Yo quiero, dice la sociedad, que se case: era el cortesano de la tierra, el explotador del capital, y yo quiero que se convierta en su señor y en su esposo. El monopolio se detenía en el individuo; pero en lo sucesivo se extenderá á la raza; gracias á él, la humanidad sólo tenia héroes y barones; de hoy más, tendrá dinastías. Una vez formalizado el monopolio, el hombre se unirá á la tierra y á su industria como á su mujer y á sus hijos, y la naturaleza y el hombre quedarán unidos por un afecto eterno.

La condicion que el crédito hiciera á la sociedad, era, en efecto, la más detestable que se puede imaginar, supuesto que el hombre podia abusar mucho poseyendo poco. Pues bien: á los designios de la Providencia, á los destinos de la humanidad y del globo, convenia que el hombre estuviese animado de un espíritu de conservacion y de amor hácia el instrumento de sus obras; instrumento representado, en general, por la tierra. El hombre no trata solamente de explotar el suelo; trata de cultivarlo, de embellecerlo y de amarlo; ¿y cómo llenará este objeto sino cambiando el monopolio en propiedad, el concubinato en matrimonio, *propriamque dicabo*, oponiendo á la ficcion que aniquila y que mancha, la realidad que fortifica y que ennoblece?

La revolucion que se prepara en el monopolio, tiene por objeto, sobre todo, trasformar el que se ejerce sobre la tierra, pues á imitacion de la propiedad territorial, se constituyeron todas las propiedades. De condicional, temporal y vitalicia, la apropiacion se convertirá en perpétua, trasmisible y absoluta; y para defender mejor la inviolabilidad de la propiedad, en lo sucesivo se distinguirán los bienes en *muebles é inmuebles*, y se dictarán leyes que

regulen la trasmision, la venta y la expropiacion de unos y otros.

En resumen: la *constitucion de la hipoteca* por el dominio, es decir, por la union más íntima del hombre y de la tierra; la *constitucion de la familia* por la perpetuidad y la trasmisibilidad del monopolio; y en fin, la *constitucion de la renta*, como principio de igualdad entre las fortunas: tales son los motivos que, en la razon colectiva, determinaron el establecimiento de la propiedad.

1.º El crédito exige garantías *reales*: todos los economistas están de acuerdo en este punto. De ahí la necesidad de formar la hipoteca para organizar el crédito.

Pero la garantía real es nula si no es á la vez *personal*, como creo haberlo demostrado ya. De ahí la necesidad de convertir el monopolio en propiedad para desarrollar el crédito. En el orden de las evoluciones económicas, la propiedad nace del crédito, por más que sea la condicion prévia, como la hipoteca viene después del préstamo, por más que aquella sea la condicion prévia de este último. Me parece que esto fué lo que quiso decir el Sr. Augier al expresarse de este modo en la conclusion, demasiado breve, de su libro:

«No hay hipoteca sin *propiedad libre*; y necesariamente, no hay crédito real sin propiedad. Los pueblos que trabajan por crear el crédito, sufren varias pruebas en la formacion de su hipoteca y del género de producto que debe constituir su base.»

Y en efecto; hasta el momento en que el privilegiado, contrayendo un empréstito, agrava su explotación, puede no verse en él más que el patron de los trabajadores que están bajo sus órdenes, el gerente de una compañía que obra en nombre de sus colaboradores como en el suyo propio. El mono-

polio está enfeudado en su persona con privilegio sobre los intereses, el capital y los beneficios, pero sin garantía de perpetuidad y de trasmisibilidad, y bajo la condicion de tomar parte, activa y personalmente, en la explotación. El derecho *en la cosa* no existe para él en toda su plenitud: el jefe de un establecimiento no puede aventurar ni comprometer un material que tiene todavía cierto carácter de comunidad; y esto consiste en que sólo goza de un privilegio de explotación, en que no tiene la propiedad. El monopolista, en fin, era una especie de mandatario; la necesidad del crédito le hizo rey.

¿Podría suceder que el privilegiado, al empeñar los instrumentos de trabajo, obrase en calidad de contra maestre, plenipotenciario de una pequeña república? No, seguramente; semejante condicion, impuesta al prestamista, habria sido una disminucion de sus ventajas, supuesto que le sometia á sus subalternos. Luego, por lo mismo que la sociedad, obligada por el crédito, reconoció al monopolista el derecho de contraer empréstitos sobre la hipoteca de su monopolio sin dar cuenta á sus compañeros de trabajo, le hizo propietario. La propiedad es el postulado del crédito, como el crédito habia sido el postulado del comercio, y el monopolio el de la competencia. En la práctica, todas estas cosas son inseparables y simultáneas; pero en la teoría son distintas y consecutivas. La propiedad no es el monopolio, como la máquina no es la division del trabajo, por más que el monopolio vaya siempre y casi necesariamente acompañado de propiedad, como la division supone siempre y casi necesariamente el uso de las máquinas.

Graves consecuencias debian resultar de este arreglo, tanto para la sociedad como para el individuo. En primer lugar, convirtiendo un título precario

en un derecho perpétuo, la sociedad debió esperar, y esperó en efecto, por parte del propietario, un afecto más grande y más moral á su industria, un amor más profundo y más racional al bienestar; por consiguiente, ménos egoismo, sentimientos de humanidad más profundos, una poesía del país natal, un culto del patrimonio que, extendiéndose á todos los trabajadores, enlazaría las generaciones y constituiría la PATRIA. La patria tiene su origen en la propiedad; así es que, los comunistas consecuentes, como los economistas, al destruir la propiedad los primeros, y al pedir el libre cambio los segundos, trabajan con todas sus fuerzas por borrar las diferencias de razas, de idiomas y de climas: ni unos ni otros quieren nacionalidades ni patria. Vemos, pues, que las sectas exclusivas, á pesar de su hostilidad y su odio, en el fondo están siempre de acuerdo: el antagonismo de las opiniones es una verdadera comedia.

Digo, pues, que al asegurar la perpetuidad del monopolio al propietario, la sociedad trabajaba á la vez por la seguridad del proletario: al hacer del capital la sustancia del poseedor, se prometía que á todos los que trabajasen con él y para él, los consideraría, no como compañeros, sino como hijos. ¡Hijos!... es el nombre que, en el lenguaje popular, dá el jefe á sus subordinados, y era también, en los idiomas primitivos, el nombre comun de cada pueblo: Hijos de Israel, hijos de Mesraim, de Assur, etc. Administrando el propietario como un buen padre de familia, administraba para todos; el interés privado se confundía con el interés social; y por último: al decretar la propiedad, la sociedad creyó ennoblecer el patriarcado. Todo, incluso la herencia, modificada por el derecho de vender y de cambiar, garantizaba la estabilidad: tal era la monarquía he-

reditaria, expresion del derecho de propiedad que, al excluir las luchas de la eleccion, oponia en el interior una barrera á la guerra civil, y personificaba al pueblo en el exterior.

Para el individuo, la ventaja no era ménos sensible.

Por la propiedad, el hombre toma definitivamente posesion de su dominio y se declara dueño de la tierra. Como lo hemos visto en la teoría de la certidumbre, de las profundidades de la conciencia, el yo se lanza y abarca el mundo, y en esta comunión del hombre y de la naturaleza, en esta especie de enajenación de sí mismo, su personalidad, léjos de debilitarse, gana en energía. Nadie es más fuerte de carácter, ni más previsor, ni más perseverante que el propietario. Como el amor, que podemos definir, una emisión del alma que aumenta con la posesion y que, cuanto más se derrama, más abunda; así la propiedad aumenta al sér humano y lo eleva en fuerza y en dignidad. Rico, noble, baron, propietario, amo y señor; todas estas palabras son sinónimas. En la propiedad, como en el amor, *poseer* y *ser poseído*, activo y pasivo, expresan siempre la misma cosa; el uno es posible porque el otro existe, y sólo por esta reciprocidad, el hombre, ligado por una obligación unilateral hasta entónces, y sujeto ahora por el contrato sinalagmático que acaba de celebrar con la naturaleza, comprende lo que es, lo que vale, y goza de la plenitud de la existencia. Tan grande es la revolucion que la propiedad produce en el corazón del hombre, que léjos de materializar sus afecciones, las espiritualiza; entónces es cuando aprende á distinguir la nuda propiedad del usufructo, el dominio eminente, trascendental, de la simple posesion; y esta diferencia que el monopolio no podía alcanzar, es un paso más hácia la emanci-

pacion de la especie y hácia la asociacion, que consiste en la union de las voluntades y en la armonía de los principios, mucho más que en una mezquina comunidad de bienes que oprime el alma y el cuerpo á la vez.

La demostracion de la propiedad está hecha, y seria necesario desmentir la historia entera para negarla. Al hablar del crédito, decíamos que la Revolucion francesa no habia sido más que un motin en favor de la ley agraria; ¿y qué es, en el fondo, una ley agraria, sino una colacion de propiedad? Haciendo al pueblo propietario, en vez de dos castas que se habian hecho indignas é impotentes, la nacion se dió recursos inmensos que le permitieron subvenir á los gastos de sus victorias y pagar los que le produjeron sus reveses. Aun es la propiedad la que sostiene hoy la parte moral de nuestra sociedad y pone una barrera á la disolucion incesante del agiotaje. El comerciante, el industrial, el capitalista mismo, tienen sus ojos fijos en la propiedad, y todos aspiran á descansar en ella de las fatigas de la competencia y del monopolio.

2.º Pero es en la familia, sobre todo, donde se descubre el sentido profundo de la propiedad. La familia y la propiedad marchan unidas, apoyadas la una en la otra, y sin tener ambas más significacion ni más valor que el que les dá la relacion que las une.

Con la propiedad empieza la mision de la mujer. El gobierno de la casa, esta cosa completamente ideal y que se pretende ridiculizar, es el imperio de la mujer, el monumento de la familia. Suprimid la casa, esa piedra del hogar, centro de atraccion de los esposos, y no habrá familia. Ved en las grandes ciudades á las clases obreras que, gracias á la inestabilidad del domicilio, á la inaccion de la casa y á

la falta de propiedad, caen poco á poco en el concubinato y en la crápula. Séres que nada poseen, que no están ligados á nada, que viven al dia y que nada se pueden garantizar, no tienen por qué casarse: vale más permanecer soltero que comprometerse sin recursos. La clase obrera está, pues, condenada á la infamia; idea que expresaba en la edad media el derecho del señor, y entre los romanos la prohibicion del matrimonio hecha á los proletarios.

Ahora bien: ¿qué es la casa con relacion á la sociedad sino el rudimento y la fortaleza de la propiedad? La casa es la primera cosa con que sueña la jóven, y los que hablan de atraccion y quieren suprimir el gobierno de la casa, deberian explicar esta depravacion del instinto del sexo. Por mi parte, puedo decir que cuanto más pienso en ello, ménos me explico el destino de la mujer fuera de la familia y del hogar. Cortesana ó ama de llaves (ama de llaves digo, y no criada); yo no veo término medio; pero... ¿qué tiene de humillante esta alternativa? ¿En qué la mision de la mujer, encargada de la direccion de la casa, de todo lo que se refiere al consumo y al ahorro, es inferior á la del hombre, cuya funcion propia es la direccion del taller, es decir, el gobierno de la produccion y del cambio?

El hombre y la mujer se necesitan mutuamente como los dos principios constitutivos del trabajo: el matrimonio, en su dualidad indisoluble, es la encarnacion del dualismo económico que se expresa con los términos generales, consumo y produccion. Para este objeto se arreglaron las aptitudes de los sexos; el trabajo para el uno, el gasto para el otro; y... ¡desgraciada union aquella en que una de las partes falta á su deber! ¡La felicidad que se habian prometido los esposos, se cambiará en dolor y en amargura, y sólo podrán acusarse á sí mismos!...

Si sólo existiesen mujeres en el mundo, vivirían reunidas como una compañía de tórtolas; si no hubiese más que hombres, no tendrían motivo alguno para elevarse sobre el monopolio y renunciar al agiotaje; se los vería á todos, amos ó criados, rodeando la mesa de juego ó encorvados bajo el yugo del trabajo. Pero el hombre es varon y hembra, y de aquí la necesidad de la casa y de la propiedad. Que los dos sexos se unan, y al instante, de esta union mística, la más asombrosa de todas las instituciones humanas, nace la propiedad y la division del patrimonio comun en soberanías individuales.)

El hogar: hé ahí, en el orden económico, el más deseado de todos los bienes para la mujer: la propiedad, el taller, el trabajo por su cuenta: hé ahí lo que el hombre ambiciona más, despues de la mujer. Amor y matrimonio, trabajo y hogar, propiedad y *domesticidad*: todos estos términos son equivalentes, todas estas ideas se suponen las unas á las otras, y crean, para los futuros autores de la familia, una vasta perspectiva de felicidad á la vez que revelan al filósofo todo un sistema.

Sobre todos estos puntos, el género humano piensa de la misma manera: sólo el socialismo, en la vaguedad de sus ideas, protesta contra esta unanimidad del género humano. El socialismo quiere abolir el hogar porque cuesta mucho, la familia porque perjudica á la patria, y la propiedad porque se opone al Estado. El socialismo quiere cambiar la mision de la mujer: de reina que la hizo la sociedad, quiere convertirla en sacerdotisa de Cotytto. No es mi objeto entrar en una discusion directa de las ideas socialistas sobre este punto, porque respecto al matrimonio, como á la asociacion, el socialismo no tiene ideas, y toda su crítica se resuelve en una confesion muy explicita de ignorancia; gé-

nero de argumentacion sin autoridad y sin alcance.

¿No es evidente que si los socialistas creyesen posible dar, por los medios conocidos, la comodidad y hasta el lujo á cada casa, no se sublevarian contra ella, y que si pudiesen conciliar los sentimientos cívicos con las afecciones domésticas, no condenarian la familia? ¿No es cierto que si poseyesen el secreto de hacer la riqueza, no sólo comun, que seria bien poco, sino universal, que seria otra cosa, dejarian á los ciudadanos vivir particularmente ó en comun, y que no fatigarian al público con sus gritos contra el hogar? Los socialistas confiesan que el matrimonio, la familia y la propiedad, contribuyen poderosamente á la felicidad; el único cargo que les hacen, es que no SABEN de qué modo conciliar estas cosas con el bien general. ¿Es esta una argumentacion formal? ¡Como si su ignorancia particular fuese un argumento contra el desarrollo ulterior de las instituciones humanas! ¡Como si el objeto del legislador, no fuese el realizar para todos y cada uno, el matrimonio, la familia y la propiedad!...

Por no extenderme demasiado, me limitaré á tratar la cuestion bajo uno de sus principales aspectos, que es la herencia. Generalizaremos despues, *Ab uno disce omnes*, como dice el poeta.

La herencia es la esperanza de la casa, el contrafuerte de la familia, la razon última de la propiedad. Sin la herencia, la propiedad no es más que una palabra, y la mision de la mujer se convierte en un enigma. ¿A qué vienen, en el taller comun, obreros y obreras? ¿Para qué esta distincion de sexos que Platon, corrigiendo la naturaleza, procuraba suprimir en su república? ¿Cómo se explica esta duplicidad del sér humano, imágen de la dualidad económica, verdadera superfetacion, fuera de

la casa y de la familia? Sin herencia, no sólo deja de haber esposos y esposas, sino también ascendientes y descendientes. ¿Qué digo? Ni siquiera puede haber colaterales, supuesto que, á pesar de la sublime metáfora de la fraternidad ciudadana, es claro que si todo el mundo es mi hermano, no tengo ninguno. Entonces sería cuando el hombre, aislado en medio de sus compañeros, sentiría el peso de su triste individualidad, y cuando la sociedad, privada de ligamentos y de vísceras por la disolución de la familia y la confusión de los talleres, como una momia seca, caería hecha polvo.

Pero el socialismo tiene valor bastante y no se asusta por tan poca cosa; el Sr. Luis Blanc, semi-socialista que quiere la familia sin la herencia, como el socialismo quiere la humanidad sin la patria y la familia, exclama en su *Organización del trabajo*:

«La familia procede de Dios, y la herencia de los hombres.»

Seguramente, esto no prueba que la familia sea mejor ni la herencia peor; pero todo el mundo conoce ya el estilo del Sr. Blanc: sus perpétuas reclamaciones en favor de la divinidad, no son más que un superlativo poético, como se decía en la lengua hebrea, *pan de los dioses*, por pan de avena. Esto mismo lo dá á entender bien claramente en las líneas siguientes:

«La familia es, como Dios, santa é inmortal; la herencia está destinada á seguir la misma pendiente de las sociedades que se trasforman y de los hombres que mueren.»

Comparación, antítesis, período redondo, elegancia, nada falta, si se exceptúa la idea que, lo siento por el Sr. Blanc, es contraria al sentido común. Precisamente, por lo mismo que los hombres mueren y que las sociedades se trasforman, la herencia es ne-

cesaria; por lo mismo que la familia no debe perecer nunca, es preciso oponer al movimiento incessante de las generaciones, un principio de inmortalidad que las sostenga. ¿Qué sería de la familia si estuviese continuamente dividida por la muerte, y debiese reconstituirse todos los días porque faltase un lazo de unión entre el padre y los hijos? Yo veo perfectamente lo que os impresiona: en vuestro concepto, la herencia sólo sirve para mantener la desigualdad; pero ésta no procede de la herencia, sino que resulta de los conflictos económicos. La herencia toma las cosas como las encuentra: cread la igualdad, y la herencia la sostendrá siempre.

El saint-simonismo había visto la conexidad de la herencia y de la familia, y las proscribió á las dos; pero la democracia avanzada, que no se atreve á declararse socialista ni comunista, creyó dar una prueba de su talento separando la una de la otra, y arrojándose en un eclecticismo tan pueril como el del gobierno á quien censura. Es verdaderamente curioso ver al Sr. Blanc pavonearse por haber hecho tan bello descubrimiento.

«Se había dicho á los saint-simonianos: Sin herencia no hay familia; y ellos respondieron: Y bien: destruyamos la familia y la herencia. Los saint-simonianos y sus adversarios se equivocaban igualmente, aunque en sentido inverso. La verdad es que la familia es un *hecho natural* que no puede destruirse, mientras que la herencia es una *convención social* que los progresos de la sociedad pueden suprimir.»

Pues yo digo que se equivocan todos los que ven en la familia, y en la herencia que la protege, un obstáculo á la asociación, y se imaginan que una convención social tan espontánea, tan universal como la herencia, no es un hecho natural. Los de-

mócratas, grandes habladores de las cosas divinas y amantes de *Requiem*, no saben que lo que sale de la conciencia humana es tan natural como la cohabitación y la generación; la naturaleza, para ellos, es la materia; la humanidad, al obedecer á la espontaneidad de sus inclinaciones, se desvió de la naturaleza, y es preciso volverla á ella. ¿Y cómo se hará esto? ¿Por medio de hechos naturales? No; los demócratas no se precian de ser tan consecuentes; por CONVENCIONES. Pues qué, ¿hay algo más convencional que el sistema de manos-muertas con que los demócratas pretenden sustituir la herencia?

«¿Se pueden explicar las causas que han hecho considerar hasta hoy, como absolutamente conexas, la cuestión de la familia y la de la herencia? Que en el actual orden de cosas la herencia es inseparable de la familia, nadie lo pone en duda; y precisamente, la razón está en los vicios de este orden social que nosotros combatimos. Que un joven salga de su familia para entrar en el mundo; si se presenta sin fortuna y sin más recomendación que su mérito, mil peligros le esperan: á cada paso encontrará obstáculos; su vida se consumirá en una lucha perpétua y terrible, en la cual triunfará quizás, pero en la cual corre peligro de sucumbir. Hé ahí lo que el amor paternal debe prever.»

Y bien: si el amor paternal cesa de prever eso, ¿quién lo preverá por él? Será, dicen los demócratas, este sér invisible, impalpable, inmortal, omnipotente, bueno, sabio, que lo vé todo, que lo hace todo y que responde á todo: ¡será el ESTADO!

«Cambiad el medio en que vivimos; haced que todo individuo que se presente á la sociedad para servirla esté seguro de encontrar en ella el libre empleo de sus facultades y el medio de entrar en participación del trabajo colectivo: la previsión pater-

nal, en este caso, queda reemplazada por la previsión social. Y esto es precisamente lo que debe ser: para el niño, la protección de la familia; para el hombre, la de la sociedad.»

¡Sí; *cambiad... haced que... reemplazad* la previsión paternal con la social! Si no os hubiese leído, desearía veros obrar. ¡Qué desgracia tan grande que no podáis reemplazar también el trabajo de los individuos con el del Estado! ¡Qué calamidad que el Estado no pueda casarse, hacer chiquillos, alimentarlos y atenderlos sustituyendo á los particulares! Pero... ¿qué digo? El trabajo libre y la producción de niños por medio del amor libre, ¿no son cosas *naturales*, y no es la herencia una cosa de *convención*?

¿Y qué responderíais á un padre que viniese á decirnos: Cuando hice mi testamento, no tuve en cuenta solamente á las personas á quienes instituyo por herederos, sino á mí mismo. El acto de mis últimas voluntades es una forma por la cual continúo gozando de mis bienes después de haber dejado de vivir; es una manera de permanecer en la sociedad que abandono, una prolongación de mí sér entre los hombres; es, en fin, el lazo de la solidaridad que me une á mis hijos y que hace las afecciones y las obligaciones comunes entre nosotros. Me habláis mucho de vuestra previsión, en cambio de la cual me exigís mis bienes; pero yo tengo más confianza en mí mismo que en el poder. Teneis demasiadas cosas en qué pensar para ocuparos de todo en tiempo oportuno, y además, yo no os conozco. ¿Quién sois vos que os llamáis el Estado? ¿Quién os ha visto? ¿En dónde vivís? ¿Cuáles son vuestras garantías? ¡Ah! os pareceis al dios de vuestros sacerdotes; prometeis el cielo á condición de que se os dé la tierra. ¡Presentaos, en fin, presentaos una

sola vez con vuestra sabiduría y vuestro soberano poder!...

La abolicion de la herencia, como todos los sueños republicanos, procede de esa ideología absurda que pretende reemplazar por todas partes la accion libre del hombre por la *fuerza de iniciativa* del poder, el ser real por un ente de razon, la vida y la libertad por una quimera, cuya triste influencia fué la causa de casi todas las calamidades sociales.

«El abuso de las sucesiones colaterales está universalmente reconocido, continúa diciendo el señor Blanc; estas sucesiones serán abolidas, y los valores que las componen se declararán de propiedad comun.»

Para abolir las sucesiones colaterales, es preciso empezar por abolir la propiedad: sin esto, yo os desafío á que toqueis á esas sucesiones. ¿Prohibireis los *fideicomisos*, las retroventas, las dotaciones, et-étera? ¡Cómo! ¡tendré la facultad de dejar mis bienes á todo el mundo, quiero decir, al Estado, y no podré darlos á alguno! Se me permitirá trabajar, hacer ahorros, formar capitales, adquirir inmuebles, disfrutarlos exclusivamente, y cuando quiera disponer de ellos, cuando desee aumentar mi felicidad constituyéndome una familia adoptiva en vez de la natural que no tengo, entónces no seré dueño de nada! ¿De qué me sirve, pues, el ser propietario? ¿Sois comunistas? Tened el valor de decirlo; no tergiverseis, no nos fatigéis con vuestras ficciones de divinidad, de república y de gobierno; sublimes palabras que no son más que clavijas en vuestra prosa poética, y un cebo para los imbéciles.

«¿Tiene familia el pobre que nada puede dejar á sus hijos? Si la tiene, en el medio impuro en que vivimos, la familia puede existir, hasta cierto punto, sin necesidad de la herencia. Si no la tiene, justifi-

cad vuestras instituciones: y daos prisa, porque la familia no puede ser un privilegio...»

¡Declamacion! La *herencia* existe en la familia del pobre como en la del rico: este derecho sagrado é inalienable, lo conquistó definitivamente el proletario en nuestra gran revolucion, y lo opuso, como una barrera indestructible, al pillaje de la nobleza. Así tambien el plebeyo de Roma se emancipó de la tiranía del patricio obteniendo el *jus connubii*, el derecho de familia reservado durante largo tiempo para los nobles nada más. Lo que le falta al pobre, no es la herencia (el derecho de heredar), sino el *patrimonio*. En vez de abolir la herencia, pensad en hacer que cese la *desherencia*; pues, como vos mismo lo decís, la familia no puede ser un privilegio; por esta razon, el derecho de familia es universal, no comun, y la herencia le es tan necesaria como el patrimonio. Proscribir la herencia porque no es todavía efectiva para todo el mundo, es raciocinar en un sentido materialista y contrarrevolucionario; es como si se condenase á la Francia á no comer más que patatas y beber agua, por compasion á la desgraciada Irlanda.

«Conducid la familia hasta la herencia, y bien pronto vereis cómo se abre un abismo entre el interés social y el interés doméstico.»

Pero... ¿de dónde viene este antagonismo? ¿Es de la herencia ó de la desigualdad de los patrimonios? Con la herencia, decís, el patrimonio no puede existir por mucho tiempo, y con mayor razon, no puede convertirse en una realidad para todo el mundo. ¿Quién os lo dijo? ¿Qué sabeis vos si la herencia, como la propiedad, el monopolio y la competencia, podrá volverse en favor del trabajo y contra el capital, despues de haber servido tanto tiempo al capital contra el trabajo? Tan escasa es la inteligen-

cia que teneis de las contradicciones económicas, que no se os ocurrirá nunca la idea de hacerlas producir resultados opuestos á los que hoy dan, combatiéndolas las unas con las otras: léjos de esto, toda vuestra ideología tiende á suprimirlas. ¡Suprimir de la ciencia social los principios de la sociedad; cercenar de la civilización los órganos civilizadores; tal es vuestra filosofía! Si, los demócratas no examinarán las cosas tan de cerca; los socialistas quedarán satisfechos con las concesiones que les haceis; la prensa patriótica celebrará vuestra elocuencia, y todo marchará divinamente en la mejor de las democracias posibles.

Los socialistas moderados atacan el derecho de sucesion, porque no saben convertirlo en un medio conservador de la igualdad; los fourieristas y los saint-simonianos atacan la familia, porque sus sistemas son incompatibles con la industria privada, la vida interior y el libre cambio; los comunistas atacan la propiedad, porque ignoran de qué modo dejará de ser abusiva por la mutualidad de los servicios. ¡Confesion de ignorancia! Es el argumento de todas estas pretendidas sectas reformadoras, argumento que lleva en sí mismo la refutacion, y basta para que nos disgusten las predicaciones humanitarias.

3.º Una vez garantido el crédito, constituida la familia, concedido á todos el derecho de sucesion, faltaria distribuir la propiedad á fin de que cada uno pudiese, á su vez, ser jefe de familia, y que nadie estuviese destituido de patrimonio. Pero... ¿cómo se dividirá la tierra? ¿Cómo se determinarán los lotes? ¿De qué modo se sostendrá la igualdad de los patrimonios? ¿Llegará la tierra para tantas familias? ¿Se dará únicamente al cultivador, y el industrial, el improductivo, el comerciante, etc., queda-

rán excluidos de la propiedad? ¿Cómo se harán las mutaciones, las compensaciones y las liquidaciones? ¿De qué modo se arreglará el trabajo y la reparticion de los frutos? Como se vé, todas las cuestiones económicas se reproducen en la propiedad.

Y á todos estos problemas, tan horrorosos por su número, su profundidad, sus dificultades y sus inmensos detalles, la sociedad responde con una sola palabra: la *renta*.

A fin de no dejar duda alguna en el espíritu del lector, procederé con la renta, del mismo modo que en el primer volumen he procedido con la contribucion. Haré ver que la idea orgánica encerrada en la constitucion de la renta, se desarrolla en tres momentos consecutivos, de los cuales el último, ligado necesariamente á los otros dos, se resuelve en una operacion de equilibrio.

¿Qué es, pues, la renta?

La renta, hemos dicho en el capítulo vi, tiene una grande afinidad con el interés: sin embargo, difiere esencialmente, porque el interés afecta solamente á los capitales que nacen del trabajo y se acumulan por medio del ahorro, mientras que la renta se refiere á la tierra, materia universal del trabajo, *substratum* primordial de todo valor.

Lo que caracteriza al capital, es el no producir más que un interés suficiente para reconstituirlo con beneficio: la progresion decreciente del interés, lo prueba sin necesidad de recurrir á una demostracion teórica. Cuando el capital escasea y la hipoteca carece de valor y de garantía, el interés es perpétuo, y se eleva algunas veces á un tipo exorbitante. A medida que el capital abunda, el interés disminuye; pero como no puede desaparecer jamás, como no es posible que el préstamo de dinero se convierta en un simple cambio, cuyos riesgos se-

rian para los capitalistas, y los beneficios para el que lo recibiese, el interés, cuando llega á cierto tipo, cesa de bajar y se transforma. De rédito perpétuo que era, se convierte en reembolso con prima y por anualidades; entónces es cuando el interés des- empeña el papel que le señala la teoría.

Si el capital ó el objeto prestado se consume ó pe- rece por el uso que de él se hace, como sucede con el trigo, el vino, el dinero, etc., el interés se extin- guirá con la última anualidad; pero si el capital no se destruye, el interés será perpétuo.

La renta es el interés que se paga por un capital indestructible, que es la tierra; y como este capital no es susceptible de ningún aumento en cuanto á la materia, sino de un mejoramiento indefinido en cuanto al uso, sucede que, mientras el interés ó be- neficio del préstamo (*mutuum*) tiende á disminuir continuamente por la abundancia de los capitales, la renta tiende á aumentar siempre por el perfeccio- namiento de la industria, que produce el mejora- miento en el uso de las tierras. De aquí resulta que el interés se mide por la importancia del capital, mientras que, relativamente á la tierra, la propie- dad se aprecia por la renta.

Tal es la renta en su esencia: ahora se trata de examinarla en su destino y en sus motivos.

En el punto de partida de la institucion, la renta es el honorario de la propiedad, el emolumento que se paga al propietario por la gestion que le confiere su nuevo derecho. No repetiré lo que dije en el primer número de este capítulo sobre la necesidad en que la sociedad se encontraba de cambiar la condi- cion del privilegiado, para favorecer el trabajo y el crédito: me limito á recordar que en la séptima época de la evolucion económica, la ficcion habia hecho desvanecer la realidad; que la actividad humana

corria peligro de perderse en el vacío, y que se ha- bia hecho necesario unir más íntimamente el hom- bre á la naturaleza: pues bien; la renta fué el precio de este contrato. Sin ella, la propiedad no habria sido más que un título nominal, una distincion pu- ramente honorífica; pero la razon soberana que con- duce la civilizacion, no emplea ese resorte del amor propio; paga y cumple sus promesas, no con pala- bras, sino con realidades. En las previsionos del destino, el propietario llena la más importante fun- cion del organismo social: es un centro de accion en cuyo derredor gravitan, se agrupan y se abrigan aquellos á quienes llama para hacer valer su pro- piedad; aquellos á quienes cambia, de asalariados envidiosos é insolentes, en hijos predilectos suyos.

Por lo demás, preciso será confesarlo; todo el mundo se hace grandes ilusiones sobre la felicidad y la seguridad de los rentistas, comparativamente al bienestar que disfrutaban las clases trabajadoras. El obrero que gana 30 cuartos por día y vé pasar el carruaje del propietario que tiene 100.000 libras de renta, no puede ménos de creer que aquel hombre es cien veces más dichoso que él. Sólo se vé en la renta un medio de vivir sin trabajar procurándose toda clase de placeres, y se aplaude la moral del rico que se impone una especie de deber social de gastar toda su renta. De ahí nace en el corazon de los hombres del pueblo un principio de envidia y de odio, tan injusto como inmoral, y una causa activa de depravacion y de desaliento.

Sin embargo, para el que considera las cosas de más alto y en su inflexible verdad, en una sociedad que se encuentre en vías de organizacion, el ren- tista no es más que el guardian de las economías sociales, el curador de los capitales formados por la renta. Segun la teoría que dice: todo trabajo debe

dejar un excedente que se destina, parte á aumentar el bienestar del productor, y parte á mejorar el fondo productivo, el capital puede definirse: una extension, por el trabajo, del dominio que nos dió la naturaleza. La tierra susceptible de explotacion, está encerrada en muy estrechos límites; el globo entero nos parece ya una jaula en la cual nos encontramos detenidos, sin saber por qué, y se nos dió cierta cantidad de provisiones y de materiales, con cuyo auxilio podemos embellecer, éxtender, calentar y sanear nuestra estrecha morada. Toda formacion de capital equivale, para nosotros, á la conquista de un terreno; pues bien: el propietario, como jefe de la expedicion, es el primero que se aprovecha de la aventura. En último resultado, y á pesar de las inmensas pérdidas de capitales que suceden por efecto de la imprevision, la cobardía y la corrupcion de los tenedores (de ese modo pasan las cosas en la sociedad), la gran mayoría de las rentas se emplea en nuevas explotaciones. La Francia se dispone á gastar dos mil millones en canales y en caminos de hierro, y esto será como si añadiese á su territorio la mitad de un departamento. ¿De dónde procede esta extension maravillosa? Del ahorro colectivo: de la renta.

No importa nada que se citen algunos ejemplos de fortunas colosales cuyas rentas consumen improductivamente los titulares; casos excepcionales que desaparecen ante la masa de las fortunas medias. Estos ejemplos, cuyo escándalo subleva al trabajo y hace murmurar á la indigencia, pero cuyo castigo no se hace esperar mucho, confirman la teoría. El propietario que desconoce su mision y sólo vive para destruir sin tomar parte alguna en la gestion de sus bienes, no tarda en arrepentirse de su indolencia: como no ahorra nada, bien pronto re-

curre al préstamo; se llena de deudas, pierde su propiedad, y cae á su vez en la miseria. La Providencia ultrajada se venga al fin de un modo cruel. Yo he visto nacer y morir muchas fortunas, y observé siempre que es un trabajo tan difícil conservar la propiedad como adquirirla; que esta conservacion implica abstinencia y economía, y que, en definitiva, la suerte del propietario que administra bien, no es muy superior á la del obrero que, con iguales productos, reúne el mismo espíritu de prevision y de orden. Consumo integral de la renta y conservacion de la propiedad, son cosas que se excluyen: para conservar, el propietario debe ahorrar, capitalizar y extenderse; es decir, proporcionar siempre más espacio y más latitud al trabajo: en otros términos; devolver en capitales, lo que recibe en productos. En las provisiones del legislador, el propietario no es más digno de envidia que de piedad: y el hombre que sabe hacerse útil; que comprende que el trabajo es parte integrante de nuestro bienestar; que todo consumo abusivo y desordenado lleva consigo dolor y remordimientos; que vé la propiedad, pasando de mano en mano, cumplir su ley sin consideracion al propietario, á quien mata desde el momento en que le es infiel; este hombre, digo, si sólo se considera como consumidor y aspira á la justicia, no desea ni lamenta la falta de propiedad.

El mal uso de la renta, más que los bárbaros, perdió á la sociedad romana y despobló la Italia. Este abuso preparó en la edad media la ruina de la nobleza, cuyo instrumento fué más tarde el crédito. La misma ininteligencia de la propiedad, produce todos los dias tantas ruinas, y transporta incesantemente la propiedad de unos á otros. Así, pues, desde el primer momento de su evolucion, la teoría de la

renta adquiere una certidumbre matemática: la ley es imperativa, y... ¡desgraciado del que no sabe conocerla! La renta, como la herencia, está fundada en razón y en derecho: no es un privilegio que debemos destruir; es una función que debemos hacer universal. Los abusos del consumo que se le censuran, y de los cuales no es más que el medio, no pueden atribuírsele, porque proceden del libre arbitrio del hombre, y caen bajo la crítica del moralista. La economía social no tiene que ver con esto: el desorden, en este punto, acusa al hombre; pero la institución es irreprochable.

Llegamos ya á la segunda faz de la cuestión.

Si la renta es el honorario de la propiedad, es un tributo sobre el cultivo; pues confiriendo una retribución sin trabajo, deroga todos los principios de la economía social sobre la producción, la repartición y el cambio. El origen de la renta, como el de la propiedad, es, por decirlo así, extra-económico; reside en consideraciones de psicología y de moral que sólo de muy léjos se relacionan con la producción de la riqueza, y que hasta destruyen su teoría; es un puente que se coloca entre dos mundos para que el propietario pase, y por el cual no puede transitar el colono. El propietario es un semi-dios; el colono no es más que un hombre. En esta oposición lógica está, como lo demostraré más adelante, el verdadero abuso, la contradicción inherente á la propiedad; pero, como ya se dijo, esta contradicción es el anuncio de una conciliación próxima; tesis que vamos á demostrar anticipándonos en uno ó dos períodos á la historia, y haciendo conocer inmediatamente el destino ulterior de la renta.

Supuesto que en la adjudicación de una renta perpétua hecha al propietario, el interés del amo está en sentido inverso del interés del arrendatario,

como el valor en cambio lo está también con el valor útil, se sigue de aquí que la renta, que debe pagarse al propietario, se establece por una serie de oscilaciones que deben resolverse todas en una fórmula de equilibrio. Considerado desde el punto de vista superior de la institución, ¿qué es lo que el arrendatario debe al propietario? ¿Cuál debe ser el importe de la renta? Resulta, pues, que el problema de la renta es, bajo una forma diferente, el problema del valor.

La teoría de Ricardo responde á esta pregunta.

En los primeros momentos de la sociedad, cuando el hombre, nuevo todavía en el mundo, sólo tenía ante sus ojos la inmensidad de los bosques; cuando la tierra era vasta y la industria empezaba á nacer, la renta debió ser nula. El suelo, no modificado todavía por el trabajo, era un objeto de utilidad, no un valor en cambio; era común, no social. Poco á poco, la multiplicación de las familias y el progreso de la agricultura, hicieron conocer el precio de la tierra. El trabajo vino á dar al suelo su valor, y de ahí nació la renta. El campo que, con igual cantidad de servicios, producía más frutos, era más estimado; y por esta razón, la tendencia de los propietarios fué siempre á atribuirse la totalidad de los productos del suelo, ménos el salario del agricultor; es decir, ménos los gastos de producción.

Vemos, pues, que la propiedad sigue al trabajo para arrebatárle todo lo que, en el producto, excede á los gastos de producción. Como el propietario llena un deber místico y representa la comunidad frente á frente del colono, éste, en los designios de la Providencia, no es más que un trabajador responsable que debe dar cuenta á la sociedad de todo lo que percibe además de su salario legítimo; y los sistemas de arriendos, medias, enfiteusis, etc., son

las formas oscilatorias del contrato que se celebra, en nombre de la sociedad, entre el propietario y el colono. La renta, como todos los valores, está sujeta á la oferta y el pedido; pero como todos los valores tambien, tiene su medida exacta, la cual se expresa en beneficio del propietario y con perjuicio del labrador, por la totalidad del producto, deducidos los gastos de produccion.

Por su esencia y su destino, la renta es un instrumento de justicia distributiva, uno de los mil medios que el genio económico pone en práctica para llegar á la igualdad; es un inmenso catastro que los propietarios y colonos ejecutan contradictoriamente, sin solucion posible, obedeciendo á un interés superior, y cuyo resultado definitivo debe ser el igualar la posesion de la tierra entre los explotadores del suelo y los industriales. En una palabra; la renta es esa ley agraria tan deseada, que debe hacer á todos los trabajadores y á todos los hombres poseedores iguales de la tierra y de sus frutos. Era necesaria esta magia de la propiedad para arrancar al colono el excedente de producto que considera suyo, porque se cree su exclusivo autor. La renta, ó mejor dicho, la propiedad, rompió el egoismo agrícola, y ha creado una solidaridad que ningun poder, ninguna reparticion de la tierra habria hecho nacer. Por la propiedad, la igualdad entre todos los hombres se hace definitivamente posible; la renta obra entre los individuos como la aduana entre las naciones, y todas las causas, todos los pretextos de desigualdad desaparecen, y la sociedad sólo espera la palanca que debe dar el impulso á este movimiento. ¿De qué modo, al propietario mitológico, sucederá el propietario auténtico? ¿Cómo, al destruir la propiedad, los hombres se convertirán todos en propietarios? Tal es, en lo su-

cesivo, la cuestion que se debe resolver, y que es insoluble sin la renta.

El genio social no procede, como los ideólogos, por abstracciones estériles; no se inquieta por los intereses dinásticos, ni por la razon de Estado, ni por los derechos electorales, ni por las teorías representativas, ni por los sentimientos humanitarios y patrióticos; personifica ó realiza siempre sus ideas; su sistema se desenvuelve en una série de encarnaciones y de hechos, y para constituir la sociedad, se dirige siempre al individuo. Despues de la época del crédito, era preciso unir el hombre á la tierra, y el genio social instituyó la propiedad. Se trataba despues de formar el catastro del globo; en vez de publicar á son de trompeta una operacion colectiva, puso en lucha los intereses individuales, y de la guerra del colono y del rentista, resultó, para la sociedad, el más imparcial arbitraje. Ahora, una vez obtenido el efecto moral de la propiedad, falta hacer la distribucion de la renta. Guardaos de convocar asambleas primarias, de llamar á vuestros oradores y á vuestros tribunales, de reformar vuestra policia, y con este aparato dictatorial, exasperar el mundo. Una simple mutualidad en el cambio, auxiliada por algunas combinaciones de banca, bastará. Para los mayores efectos, los más sencillos medios: esta es la ley suprema de la sociedad y de la naturaleza.

La propiedad es el monopolio elevado á la segunda potencia; es, como aquél, un hecho espontáneo, necesario y universal: pero la propiedad tiene el favor de la opinion, mientras que el monopolio se mira con desprecio. Por este nuevo ejemplo, podemos comprender que, así como la sociedad se establece por la lucha, la ciencia sólo marcha impulsada por la controversia. Por eso hemos visto que la com-

petencia fué exaltada y censurada á la vez; que el impuesto, reconocido como necesario por los economistas, les disgusta donde quiera que lo encuentran; que el préstamo á interés fué sucesivamente condenado y aplaudido; que la balanza del comercio, las máquinas y la division del trabajo, merecieron la aprobacion y las maldiciones del público. La propiedad es sagrada, pero se condena el monopolio: ¿cuándo veremos el fin de nuestras preocupaciones y de nuestras inconsecuencias?

§ III.—Cómo se deprava la propiedad.

Con la propiedad, la sociedad ha realizado un pensamiento útil, digno de aplauso, aunque fatal: ahora quiero demostrar que, obedeciendo á una necesidad imperiosa, se empeñó en realizar una hipótesis imposible. Creo que no he olvidado, ni mucho ménos debilitado, ninguno de los motivos que presidieron al establecimiento de la propiedad; me atrevo á decir que he dado á estos motivos un conjunto y una evidencia desconocidos hasta hoy. Que supla el lector lo que involuntariamente haya podido omitir, seguro de que acepto, por anticipado, todas sus razones sin contradecirlas; pero que me diga despues, con la mano puesta sobre su corazon, lo que tiene que replicar á la contra-prueba que me propongo hacer.

Indudablemente, la razon colectiva, obedeciendo las órdenes del destino que le prescribia consolidar el monopolio por medio de una série de instituciones providenciales, cumplió su deber; su conducta es irreprochable, y yo no la acuso. El triunfo de la humanidad consiste en saber reconocer lo que hay de fatal en ella, y el mayor esfuerzo de su virtud está en saber someterse á esta fatalidad misma.

Luego, si la razon colectiva, al instituir la propiedad, no hizo más que cumplir su consigna, no merece censura, y su responsabilidad queda á cubierto.

Pero... ¿quién nos asegura que la propiedad es duradera? No será, sin duda, la sociedad que la concibió necesariamente y que nada pudo añadir, quitar ni modificar en ella. Al conferirla al hombre, le dejó sus buenas cualidades y sus defectos, y no tomó precauciones de ningun género contra sus vicios constitutivos ni contra las fuerzas superiores que pueden destruirla. Si la propiedad, en sí misma, es ó no corruptible, la sociedad lo ignora; si está expuesta á los ataques de un principio superior, la sociedad no puede evitarlo. ¿Y de qué modo corregiria el vicio propio de esa institucion, si es hija del destino? ¿Cómo la protegerá contra una idea más elevada, cuando ella misma existe por la propiedad y no concibe nada que le sea superior?

Hé aquí, pues, cuál es la teoría propietaria.

La propiedad es de necesidad providencial: la razon colectiva la recibió de Dios y se la dió al hombre. Si ahora es corruptible por naturaleza ó atacable por una fuerza mayor, la sociedad es irresponsable; y si cualquiera se presenta á combatir con esta fuerza, la sociedad le debe sumision y obediencia.

Se desea saber: primero, si la propiedad es corruptible, y qué es lo que apresura su destruccion; segundo, si existe en el arsenal económico un instrumento que pueda vencerla.

Examinaré la primera cuestion en este capítulo, y averiguaremos despues cuál es el enemigo que la amenaza.

La propiedad es el derecho de *usar* y de *abusar*; es decir, el DESPOTISMO. Y no es que se presuma que

petencia fué exaltada y censurada á la vez; que el impuesto, reconocido como necesario por los economistas, les disgusta donde quiera que lo encuentran; que el préstamo á interés fué sucesivamente condenado y aplaudido; que la balanza del comercio, las máquinas y la division del trabajo, merecieron la aprobacion y las maldiciones del público. La propiedad es sagrada, pero se condena el monopolio: ¿cuándo veremos el fin de nuestras preocupaciones y de nuestras inconsecuencias?

§ III.—Cómo se deprava la propiedad.

Con la propiedad, la sociedad ha realizado un pensamiento útil, digno de aplauso, aunque fatal: ahora quiero demostrar que, obedeciendo á una necesidad imperiosa, se empeñó en realizar una hipótesis imposible. Creo que no he olvidado, ni mucho ménos debilitado, ninguno de los motivos que presidieron al establecimiento de la propiedad; me atrevo á decir que he dado á estos motivos un conjunto y una evidencia desconocidos hasta hoy. Que supla el lector lo que involuntariamente haya podido omitir, seguro de que acepto, por anticipado, todas sus razones sin contradecirlas; pero que me diga despues, con la mano puesta sobre su corazon, lo que tiene que replicar á la contra-prueba que me propongo hacer.

Indudablemente, la razon colectiva, obedeciendo las órdenes del destino que le prescribia consolidar el monopolio por medio de una série de instituciones providenciales, cumplió su deber; su conducta es irreprochable, y yo no la acuso. El triunfo de la humanidad consiste en saber reconocer lo que hay de fatal en ella, y el mayor esfuerzo de su virtud está en saber someterse á esta fatalidad misma.

Luego, si la razon colectiva, al instituir la propiedad, no hizo más que cumplir su consigna, no merece censura, y su responsabilidad queda á cubierto.

Pero... ¿quién nos asegura que la propiedad es duradera? No será, sin duda, la sociedad que la concibió necesariamente y que nada pudo añadir, quitar ni modificar en ella. Al conferirla al hombre, le dejó sus buenas cualidades y sus defectos, y no tomó precauciones de ningun género contra sus vicios constitutivos ni contra las fuerzas superiores que pueden destruirla. Si la propiedad, en sí misma, es ó no corruptible, la sociedad lo ignora; si está expuesta á los ataques de un principio superior, la sociedad no puede evitarlo. ¿Y de qué modo corregiria el vicio propio de esa institucion, si es hija del destino? ¿Cómo la protegerá contra una idea más elevada, cuando ella misma existe por la propiedad y no concibe nada que le sea superior?

Hé aquí, pues, cuál es la teoría propietaria.

La propiedad es de necesidad providencial: la razon colectiva la recibió de Dios y se la dió al hombre. Si ahora es corruptible por naturaleza ó atacable por una fuerza mayor, la sociedad es irresponsable; y si cualquiera se presenta á combatir con esta fuerza, la sociedad le debe sumision y obediencia.

Se desea saber: primero, si la propiedad es corruptible, y qué es lo que apresura su destruccion; segundo, si existe en el arsenal económico un instrumento que pueda vencerla.

Examinaré la primera cuestion en este capítulo, y averiguaremos despues cuál es el enemigo que la amenaza.

La propiedad es el derecho de *usar* y de *abusar*; es decir, el DESPOTISMO. Y no es que se presuma que

el déspota pueda tener jamás intención de destruir la cosa, no; no es eso lo que se entiende por derecho de usar y de abusar. La destrucción por la destrucción no se supone nunca en el propietario; léjos de eso, se presume siempre que, cualquiera que sea el uso que haga de sus bienes, se fundará en motivos de conveniencia y de utilidad. Con la palabra abuso, el legislador quiso decir que el propietario tiene el derecho de equivocarse en el uso de sus bienes, sin que pueda castigársele por ello, y sin que sea responsable de su error ante nadie. Se supone que el propietario obra siempre obedeciendo á su interés; y para dejarle más libertad en la realización de este interés, la sociedad le confirió el derecho de usar y de abusar de su monopolio. Hasta aquí, el dominio de propiedad es irreprochable.

Pero recordemos que este dominio no se concedió únicamente por respeto al individuo; que en la exposición de los motivos que determinaron la concesión, existen consideraciones puramente sociales, y que el contrato es sinalagmático entre la sociedad y el hombre. Tan cierto es esto, y tan reconocido está por los mismos propietarios, que cuando se ataca su privilegio, sólo en nombre de la sociedad lo defienden.

Ahora bien: ¿satisface á la sociedad el despotismo propietario? Si no la satisface, la reciprocidad es ilusoria, el pacto es nulo, y más tarde ó más temprano, la propiedad ó la sociedad perecerán. Insisto, pues, en mi pregunta: El despotismo propietario, ¿cumple los deberes que tiene frente á frente de la sociedad? ¿Procede el propietario como si fuese un buen padre de familia? ¿Es justo, social y humano? Hé ahí la cuestión, y á ella respondo sin temor de que se me desmienta.

Si bajo el punto de vista de la libertad individual

es indudable que la concesión de la propiedad fué necesaria, bajo el punto de vista jurídico esa concesión fué radicalmente nula, porque implica, por parte del concesionario, ciertas obligaciones que puede cumplir ó dejar de cumplir. Luego, en virtud del principio, que todo contrato que se funda en el cumplimiento de una condición no obligatoria, no obliga, el contrato tácito de propiedad que celebraron el privilegiado y el Estado, para los fines que anteriormente hemos expuesto, es manifiestamente ilusorio, y se anula por la no-reciprocidad, por la lesión de una de las partes. Y como respecto á la propiedad, el cumplimiento de la obligación no puede exigirse sin que se revoque la concesión, se sigue de aquí que la definición es contradictoria y que hay incoherencia en el pacto. Que los contratantes se obstinen, después de esto, en sostener su contrato, y la fuerza de las cosas se encargará de probarles que pierden el tiempo inútilmente; pues por mucho que quieran evitarlo, la fatalidad de su antagonismo introducirá la discordia entre ellos.

Todos los economistas señalan los inconvenientes que la extremada subdivisión de la tierra produce en la agricultura. De acuerdo en este punto con los socialistas, verían con placer una explotación que, operando en grande escala, empleando los procedimientos poderosos del arte y haciendo importantes economías en el material, doblaría, cuadruplicaría, tal vez, la producción. Pero el propietario se presenta, y... *Veto*, dice: yo no quiero semejante cosa; y como está en su derecho, como nadie en el mundo conoce el medio de cambiar este derecho sin recurrir á la expropiación, y como la expropiación es la nada, el legislador, el economista y el proletario retroceden espantados ante lo desconocido, y se contentan con saludar de léjos los frutos prometidos.

El propietario es, por carácter, envidioso del bien público, y sólo puede purgarse de este vicio perdiendo la propiedad.

La propiedad es, pues, un obstáculo para el trabajo y para la riqueza, como lo es también para la economía social, y sólo los economistas y los hombres de ley pueden admirarse de esta verdad. Yo procuro encontrar el medio de hacérselo comprender así de un solo golpe y sin frases...

¿No es cierto que somos pobres, no teniendo cada uno más que cincuenta y seis céntimos y medio por día? Sí, responde el Sr. Chevalier.

¿No es cierto que un sistema agrícola mejor economizaria nueve décimas partes de los gastos de material y daría un producto cuatro veces mayor? Sí, responde el Sr. Arturo Young.

¿No es cierto que hay en Francia seis millones de propietarios, once millones de campos arrendados y ciento veinte y tres pedazos pequeños? Sí, responde el Sr. Dunoyer.

Luego, gracias á estos seis millones de propietarios, á esos once millones de campos arrendados y á los ciento veinte y tres millones de pedazos de terreno, el orden no existe en la agricultura y tenemos cincuenta y seis céntimos y medio por persona y por día, en vez de dos francos veinte y cinco céntimos, que nos harían ricos á todos.

¿Y por qué estos ciento cuarenta millones de operaciones á la riqueza pública? Porque el concierto en el trabajo destruiría el encanto de la propiedad; porque fuera de la propiedad nuestros ojos no ven nada, nuestros oídos nada oyen, nuestra razón nada comprende; en una palabra, porque somos propietarios.

Supongamos que el propietario, por un acto de liberalidad caballeresca, cede á la invitación de la

ciencia y permite al trabajo mejorar y multiplicar sus productos. De aquí resultará un beneficio inmenso para los jornaleros y campesinos, cuyas fatigas se reducirán á la mitad, á la vez que, por la disminución del precio de los productos, se encontrarán con un salario doble.

Pero el propietario dice: ¡Sería muy tonto si abandonase un beneficio tan neto! En vez de cien días de trabajo, no pagaré más que cincuenta; pero no será el proletario, sino yo el que se aproveche.— Pero entonces, observais, el proletario será más desgraciado que ántes, supuesto que holgará más días.— Eso no me importa, replica el propietario. Yo uso de mi derecho. Que los demás compren bienes, si pueden, ó que busquen fortuna en otra parte aunque sean miles de millones de hombres. Todo propietario alimenta en el fondo de su corazón este pensamiento homicida; y como por la competencia, el monopolio y el crédito, la invasión se extiende siempre, los trabajadores se ven continuamente eliminados del suelo, y la propiedad viene á ser la despoblación de la tierra.

Así, pues, la renta del propietario, combinada con los progresos de la industria, convierte en un abismo la fosa abierta por el monopolio bajo los pies del trabajador, el cual se agrava con el privilegio. La renta del propietario no es ya el patrimonio de los pobres; quiero decir, no es esta porción del producto agrícola que queda, una vez deducidos los gastos del cultivo, y que debia servir siempre de nueva materia de explotación al trabajo, según esa hermosa teoría que nos presenta el capital acumulado como una tierra que se ofrece sin cesar á la producción, y que, cuanto más se trabaja, más parece aumentarse. La renta se ha convertido en prenda de la lubricidad del propietario y en instrumento

de sus solitarios placeres. Y observad que el propietario que abusa, podrá ser culpable ante la caridad y la moral, pero es inocente ante la ley é inatacable desde el punto de vista de la economía política. ¡Comer su renta!... ¿Hay algo más bello, más noble y más legítimo? En la opinion del pueblo, como en la de los grandes, el consumo improductivo es la virtud por excelencia del propietario. Todos los obstáculos de la sociedad, provienen de este egoismo indeble.

Para facilitar la explotacion del suelo y poner en relacion las diferentes localidades de un país, se necesita un camino ó un canal: ya está hecho el trazado; se sacrificará un linde por este lado, una lengua de tierra por el otro; algunas hectáreas de mal terreno, y el camino queda hecho: pero el propietario se presenta, y... No quiero, exclama con voz de trueno; y ante este formidable *veto*, hubo un tiempo en que el pretor no se atrevia á continuar. Por último, el Estado se atrevió á replicar: ¡Pues quiero yo! ¡Pero cuántas dudas, cuántos sustos, y qué escándalo ántes de tomar esta resolucíon heróica! ¡Cuántos arbitrajes y cuántos expedientes! El pueblo pagó muy caro este golpe de autoridad, cuyos promovedores quedaron más aturdidos que los mismos propietarios, porque acababa de establecerse un precedente cuyas consecuencias parecían incalculables. Se creyó que, una vez pasado este Rubicon, los puentes se romperían y todo marcharía como Dios quisiese. Hacer violencia á la propiedad... ¡qué presagio!... ¡La sombra de Espartaco no habria parecido tan terrible!

En las profundidades de un suelo naturalmente estéril, el azar, y despues la ciencia, hija del azar, descubren tesoros de combustible. Este es un presente gratuito de la naturaleza que está depositado

bajo el suelo de la habitacion comun, y que pertenece á todos. Pero llega el propietario; el propietario á quien se concedió el terreno para que lo cultivase, y... ¡No pasareis por aquí, dice; no violareis mi propiedad! A esta intimacion inesperada, sigue un gran debate entre los doctos: los unos dicen que la mina no es lo mismo que la tierra cultivable, y que debe pertenecer al Estado; los otros sostienen que el propietario es dueño de la superficie y del fondo, *cujus est solum, ejus est usque ad inferos*. Si el propietario, nuevo Cervero encargado de guardar los sombríos reinos, puede prohibir la entrada, el derecho del Estado no es más que una ficcion, y seria preciso volver á la expropiacion: ¿á dónde nos conduciría esto? El Estado cede: «Afirmémoslo sin miedo, dice por boca del Sr. Dunoyer, apoyado por el Sr. Troplong; ¿no es más justo ni más razonable decir que las minas son propiedad de la nacion, que decir, como en otros tiempos se decia, que eran propiedad del rey? Las minas son parte esencial del suelo, y obedeciendo al buen sentido, la ley comun dijo que la propiedad de la superficie implica la del fondo. Y en efecto: ¿en dónde empieza la separacion?»

El Sr. Dunoyer se apesadumbra por muy poca cosa. ¿Quién nos impide separar la mina de la superficie, así como en las sucesiones se separa, algunas veces, el cuarto bajo del piso principal. Eso mismo lo están haciendo los propietarios de los terrenos hulleros en el departamento del Loira, en donde la propiedad del *fondo* se separó casi en todas partes de la superficial, trasformándose aquella en una especie de valor circulante como las acciones de una sociedad anónima. ¿Qué inconveniente hay en considerar la mina como una nueva tierra, para la cual se necesita un camino de desmonte? ¡Cómo!

Napoleon, el inventor del justo medio, el príncipe de los doctrinarios, lo dispuso de otro modo; el consejo de Estado, el Sr. Troplong y el Sr. Dunoyer, aplauden, y no há lugar á revision! Una transaccion tuvo lugar bajo yo no sé qué insignificantes reservas, y los propietarios se vieron afianzados por la munificencia imperial: ¿cómo reconocieron este favor?

Más de una vez he hablado ya de la coalicion de las minas del Loira, y vuelvo á ocuparme de ella por última vez. En este departamento, que es el más rico de la nacion en minas de hulla, la explotacion se dirigió, en un principio, de la manera más dispendiosa y más absurda. El interés de las minas, el de los consumidores y el de los propietarios, exigia que la extraccion se hiciese en conjunto: No queremos, repitieron los propietarios durante muchos años, haciéndose una competencia horrible, cuyos primeros gastos produjeron la devastacion de las minas. ¿Estaban en su derecho? Sin duda; y tanto, que al Estado le pareció mal que aquella situacion cesase.

Por último, la mayor parte de los propietarios llegaron á entenderse y se asociaron. Indudablemente, en esto cedieron á la razon, á motivos de conservacion, de buen orden y de interés general, como de conveniencia privada. En adelante, los consumidores tendrán el combustible barato; los mineros no carecerán de trabajo, y el salario estará garantido. ¡Qué aclamaciones por parte del público! ¡Qué elogios en las academias! ¡Cuántas condecoraciones para premiar este rasgo sublime de abnegacion! Nadie trata de saber si la reunion se hace con arreglo á la letra y al espíritu de la ley, que prohíbe reunir las concesiones; sólo se vé la ventaja de la reunion, y no faltará quien sepa demostrar que el

legislador no quiso, ni podia querer más que el bienestar del pueblo: *Salus populi suprema lex esto.*

¡Decepcion!... En primer lugar, los propietarios al coaligarse, no obedecen á la razon; se someten á la fuerza y nada más. A medida que la competencia los arruina, se colocan al lado del vencedor, y aceleran, por su masa creciente, la derrota de los disidentes. Despues, la asociacion se constituye en un monopolio colectivo; el precio de la mercancia aumenta: hé ahí los resultados para el consumo; el salario se reduce, y hé ahí las consecuencias para el trabajo. Entónces el público se queja; el legislador trata de intervenir; el cielo amenaza con sus rayos; los tribunales invocan el art. 419 del Código penal, que prohíbe las coaliciones, pero que permite á los monopolistas asociarse, y que no prescribe medida de ningun género respecto al precio de las mercancías; la administracion apela á la ley de 1810 que, deseando favorecer la explotacion, á pesar de dividir las concesiones, es más favorable que contraria á la unidad, y los abogados prueban con memorias, sentencias, argumentos, etc., éstos, que la coalicion está en su derecho, y aquellos que la coalicion es contraria al derecho. Sin embargo, el consumidor dice: ¿Es justo que yo pague los gastos del agiotaje y de la competencia? ¿Es justo que lo que se dió de balde al propietario por favorecerme á mí, me cueste tan caro? Que se establezca una tarifa. — No queremos, responden los propietarios. — Y yo desafío al Estado á que venza su resistencia sin recurrir á un golpe de autoridad ó á la indemnizacion, porque aquello no es resolver nada, y esto es abandonarlo todo.

La propiedad es anti-social, no sólo en la posesion, sino tambien en la produccion. Dueña absoluta de los instrumentos de trabajo, sólo dá productos

imperfectos, fraudulentos y detestables. Al consumidor no se le sirve, sino que se le roba por su dinero.—¿No podeis esperar algunos dias, se pregunta al propietario rural, para recoger esos frutos, limpiar ese trigo y secar esa cebada? ¿No sabeis vender leche pura, lavar vuestros toneles, cuidar mejor vuestras cosechas, abarcar ménos y hacerlo mejor? Estais recargado: ¿por qué no os desprendéis de una parte de vuestros bienes?—¡Qué tonto!... responde el propietario con aire burlon. Veinte yugadas mal trabajadas, siempre producen más que diez que exigirían el mismo tiempo y dobles gastos. Con vuestro sistema, la tierra alimentaria mucha más gente; pero ¿qué me importa eso? Aquí se trata de mi renta y no de aumentar la poblacion. En cuanto á la calidad de mis productos, puedo decir que siempre serán buenos para quien los coma. Os creéis hábil, mi querido consejero, y sois un pobre niño. ¿De qué serviría ser propietario si sólo se vendiese lo que merece serlo, y por su justo precio además? No me conviene, y no quiero.

Y bien, me direis: que la policía cumpla su deber. ¡La policía!... Olvidais que su accion empieza, precisamente, cuando el mal se hizo. En vez de vigilar la produccion, la policía sólo inspecciona el producto: despues de haber permitido que el propietario cultive, recoja y fabrique sin conciencia, se presenta para recoger los frutos verdes, derramar la leche aguada, los toneles de cerveza y vino sofisticados, arrojar al rio las carnes prohibidas, etc., todo con aplauso de los economistas y del populacho, que quieren que se respete la propiedad, pero que no pueden sufrir la libertad del cambio. ¡Eh, bárbaros!... La miseria del consumidor es la que provoca el despacho de esas impurezas. Si no podeis impedir que el propietario obre villanamente, ¿por qué im-

pedís al pobre que viva mal? ¿No vale más sufrir un cólico que morir de hambre?

Decid á este industrial que es una cobardía y una inmoralidad especular con la miseria del pobre, con la inexperiencia de los niños, y ni siquiera os comprenderá. Demostradle que con una produccion excesiva y con las empresas mal calculadas compromete su fortuna y la existencia de sus obreros; que si su propio interés no le importa, el de tantas familias agrupadas en derredor suyo merece consideracion; que por la arbitrariedad de sus favores hace nacer el desaliento, el servilismo y el ódio, y le vereis ofendido. ¿No soy el dueño? exclama parodiando la leyenda: porque soy bueno para algunos, ¿pretendeis convertir mi bondad en un derecho de todos? ¿Será preciso que yo dé cuentas á quien debe obedecerme? Esta casa es mia, y sólo yo soy el juez de lo que me conviene hacer en la direccion de mis negocios. ¿Acaso mis obreros son esclavos? Si mis condiciones les desagradan y encuentran otro que los trate mejor, que se vayan; yo seré el primero que los salude. Excelentes filántropos: ¿quién diablos os impide que abrais talleres? Dad el ejemplo, en vez de esa vida que consagrais á predicar la virtud, estableced una fábrica, y practicad lo que aconsejais á los demás. En fin: que se vea la asociacion en la tierra, gracias á vuestros esfuerzos: en cuanto á mí, yo rechazo enérgicamente esa servidumbre. ¡Asociados! ¡Antes la bancarota y la muerte!

La propiedad separa al hombre de su semejante, cien veces más que el monopolio. El legislador, con un fin eminentemente social, creyó que debia dar mayores garantías á la posesion, y ahora vemos que, al garantizar para siempre al monopolista el fruto de sus rapiñas diarias, arrebató al trabajo todas sus esperanzas. ¿Qué grande propietario deja de

abusar de su fuerza para obligar al pequeño? ¿Qué sabio, constituido en dignidad, no retira un lucro de su influencia y de su proteccion? ¿Qué filósofo, acreditado en los Consejos, deja de encontrar medio de imponer un tributo sobre la filosofía, so pretexto de traduccion, revision ó comentario? ¿Qué inspector de escuelas no es mercader de abecedarios? ¿Está pura de todo comercio de acciones la economía política, y de toda simonía la religion? Yo tuve el honor de ser regente de una imprenta, y vendía la docena de catecismos (5 hojas en dozavo) á treinta cuartos. Posteriormente, el obispo de la diócesis se atribuyó el monopolio de los libros religiosos; el precio del catecismo subió, de 15 céntimos á 40, y monseñor realiza anualmente un beneficio de 50.000 francos. Tal cuestion se puso á concurso con el único objeto de ofrecer la ocasion de un triunfo al Sr. Fulano: tal composicion obtuvo el premio porque es del señor Zutano, que profesa las buenas doctrinas; es decir, que sabe ejercitar el arte de la adulacion con los señores tal y tal. La ciencia titulada, cierra el camino á la ciencia plebeya; la encina obliga al rosal á que la salute; la religion y la moral se explotan por privilegio como el yeso y la hulla; el privilegio llega hasta á los premios concedidos á la virtud; y las coronas que se dan en el teatro Mazarino para alentar á la juventud y favorecer los progresos de la ciencia, no son más que la insignia del feudalismo académico.

Y todos estos abusos, estas concusiones, estas villanías, proceden, no del abuso ilegal, sino del uso legal, y muy legal, de la propiedad. Indudablemente; el funcionario, cuya inspeccion es necesaria para que una mercancía circule libremente, no tiene derecho para traficar con su funcion; por ese motivo, proceden de otra manera. Un acto semejante repugnaria

á la virtud de los agentes de la autoridad, caería bajo la vindieta del Código penal, y yo no me ocuparía de él; pero se convendrá conmigo en que, el que aprueba una cosa, sabe hacerla, supuesto que su aprobacion está necesariamente en razon de sus medios. Pues bien: como á los inspectores y registradores de la autoridad no les está prohibido hacer por sí mismos lo que están encargados de aprobar en los demás, y mucho ménos tomar parte é interesarse en lo que debe someterse á su aprobacion; como en toda clase de servicios el salario y el beneficio son legítimos, se comprende que la mision que se atribuye á la universidad y á los obispos, por ejemplo, de aprobar y desaprobado ciertas obras, constituye un monopolio en favor de los obispos y de los individuos de la universidad. Y si la ley, contradiciéndose á sí misma, pretende impedirlo, más poderosa que la ley, la fuerza de las cosas le conducirá siempre á lo mismo, y en vez de un gobierno, no tendremos más que la venalidad y la ficcion...

Un pobre obrero tenia á su mujer de parto, y la comadrona, desesperada, exigió la asistencia de un médico. Quiero 200 francos, dijo el doctor, ó no me nuevo.—¡Dios mio! exclamó el obrero: todo el ajuar de mi casa no vale los 200 francos; será, pues, necesario que mi mujer se muera, ó que vayamos todos desnudos, mi hijo, ella y yo!...

Sin embargo, este comadron, que Dios bendiga, era un hombre digno, bondadoso, melancólico y dulce; miembro de varias sociedades científicas y caritativas; sobre su chimenea tenia un bronce de Hipócrates rechazando los presentes de Artajerjes; era incapaz de incomodar á un niño, y se habria sacrificado por su gato. Su conducta con aquella pobre mujer no procedia de dureza, no; era táctica. Para un médico que conoce los negocios, la abnega-

cion tiene su época: una vez adquirida la clientela y hecha la reputacion, se reserva para los ricos que pagan, y, salvas las ocasiones de aparato, se procura alejar á los indiscretos. ¿A dónde iríamos á parar si fuese preciso curar á los enfermos pobres á diestro y siniestro? El talento y la reputacion son propiedades preciosas que es preciso explotar, no despilfarrar.

El rasgo que acabo de referir es uno de los más benignos: ¡cuántos horrores saldrian á relucir si penetrase á fondo en esta materia medical! Y no se me diga que hay excepciones, porque yo exceptúo á todo el mundo: hago la crítica de la propiedad, pero no la de los hombres; y la propiedad, en Vicente de Paul como en Harpagon, es siempre atroz. Hasta que el servicio de la medicina esté organizado, sucederá con el médico lo que con el sabio, el abogado y el artista: será un sér degradado por su propio título, que es el título de propietario.

Esto es lo que no comprendió aquel juez, demasiado honrado para su tiempo, que, cediendo á la indignacion de su conciencia, se le ocurrió un dia la idea de dirigir públicamente una censura á la corporacion de abogados. Segun él, era una cosa inmoral y escandalosa, la facilidad con que estos señores acogian toda clase de causas. Si esta censura, que venia de lo alto, se hubiese sostenido y comentado por la prensa, acaso habria desaparecido ya el oficio de abogado; pero la honrosa compañía no podia perecer por una censura, como tampoco la propiedad puede morir por una diatriba, ni la prensa reventar por la energía de su propio veneno. Y despues de todo, ¿no es la magistratura solidaria de la corporacion de los abogados? ¿No está, como ésta, constituida por y para la propiedad? ¿Qué seria de Perrindandin si se le prohibiese fallar? ¿Y qué se defen-

deria si la propiedad dejase de existir? El orden de los abogados se sublevó, pues; el periodismo, la abogacia de pluma, vino en socorro de la abogacia de lengua; el tumulto fué creciendo hasta que el imprudente magistrado, órgano involuntario de la conciencia pública, rindió culto públicamente al sofisma, y retractó la verdad que habia dicho espontáneamente.

Un ministro anunció un dia que iba á reformar el notariado.—Nosotros no queremos que se nos reforme, gritaron los tabeliones; nosotros no somos los autores de las sutilezas; dirigíos á los abogados. El notario es el hombre probo por excelencia; extraño á la usura, guardian de los depósitos, intérprete fiel de la voluntad de los moribundos, árbitro imparcial en todos los contratos, su estudio es el santuario de la propiedad: ¿y será ésta violada en su persona? No, no...—Y el gobierno tuvo que ceder.

Yo deseo, dijo tímidamente otro, reembolsar á los acreedores que cobran 5 por 100 de intereses, reembolsándolos con otros á quienes pagaré el 4 nada más. ¿Pensais en ello? gritaron horrorizados los rentistas. Los *intereses* de que hablais, son RENTAS; como tales fueron constituidas, y cuando proponéis su reduccion, quereis llevar á cabo una expropiacion sin indemnizar. Expropiad, si os parece bien; pero es preciso hacer una ley é indemnizar previamente. ¡Cómo! cuando es notorio que el dinero pierde continuamente su valor, cuando 10.000 francos de renta en la actualidad, no valen 8.000 del tiempo de la inscripcion; cuando, por una consecuencia irrefutable, seria el rentista, cuya propiedad disminuye diariamente, el que tendria derecho á reclamar un aumento en el rédito á fin de conservar su renta, supuesto que ésta no representa un capital metálico, sino un inmueble, venís hablándole de conversion!

¡La conversion es la bancarota! Y el gobierno, convencido por una parte de que tenia derecho, como todo deudor, para extinguir su deuda por medio del reembolso; inseguro por la otra sobre la naturaleza de esta deuda, y acobardado por el clamor propietario, no supo qué hacer.

Así, pues, la propiedad se hace más antisocial á medida que se distribuye entre un número mayor de personas. Lo que al parecer debe humanizar la propiedad, el privilegio colectivo, es, precisamente, lo que la presenta en toda su fealdad. La propiedad dividida, impersonal, es la peor de todas. ¿Quién es el que no se apercibe de que la Francia se está cubriendo de *grandes compañías*, más temibles, más ávidas de botín que las famosas partidas que arrojó de la Francia el valiente Duguesclín?

Guardémonos de tomar por asociacion la comunidad de propiedad. El propietario-individuo, áun puede ser accesible á la piedad, á la justicia y á la vergüenza; el propietario-corporacion, ni tiene entrañas ni remordimientos; es un sér fantástico, inflexible, exento de toda pasion y de todo amor, que obra dentro del círculo de su idea, y como la rueda de molino, convierte en harina todo cuanto encuentra. La propiedad no se hace social haciéndose comun, como no se cura la rabia haciendo morder á todo el mundo. La propiedad acabará por la trasformacion de su principio, no por una co-participacion indefinida. Por esta razon, la democracia, ó sea el sistema de la propiedad universal que algunos hombres, tan intratables como ciegos, se obstinan en predicar al pueblo, es impotente para crear la sociedad.

De todas las propiedades conocidas, la más detestable es la que tiene el talento por pretexto.

Probad á un artista, por la comparacion de los

tiempos y de los hombres, que la desigualdad de las obras de arte, en los diferentes siglos, proviene, ante todo, de los movimientos oscilatorios de la sociedad, del cambio de las creencias y del estado de los espíritus; que cuanto más valga la sociedad, tanto mejor será el artista; que entre él y sus contemporáneos existe una comunidad de necesidades y de ideas, de la cual resulta el sistema de sus deberes y de sus relaciones; y esto, de tal manera, que el mérito, como el salario, puede siempre definirse rigurosamente; que llegará un tiempo en que las reglas del gusto, las leyes de la invencion, de la composicion y de la ejecucion, una vez descubiertas, el arte perderá su carácter adivinatorio, y dejará de ser el privilegio de algunas naturalezas excepcionales. Todas esas ideas le parecerán al artista excesivamente ridículas.

Decidle: Habeis hecho una estatua, y me proponéis que os la compre: consiento en ello; pero esta estatua, para serlo en realidad y para que yo pague su precio, debe reunir ciertas condiciones de poesia y de plástica que yo pueda descubrirlas al primer golpe de vista, aunque no haya visto nunca estatuas, y aunque sea incapaz de hacerlas. Si estas condiciones no se cumplieron, cualesquiera que sean las dificultades vencidas, y por muy superior á mi profesion que parezca ser vuestro arte, habreis hecho una obra *inútil*, y vuestro trabajo no vale nada, porque no llena su objeto, y porque sólo sirve para excitar mi sentimiento manifestándome vuestra impotencia. No se trata de hacer una comparacion entre vos y yo, sino entre vuestro trabajo y vuestro ideal. ¿Me preguntareis ahora qué precio debeis exigirme en el caso de haber realizado vuestro objeto? Respondo que este precio es, necesariamente, proporcionado á mis facultades, y que está determinado

como parte alícuota de mis gastos. ¿Cuál es esta proporcion? Lo equivalente á lo que os haya costado la estátua.

Si fuese posible que el artista á quien se hablase de este modo, comprendiese la fuerza y la justicia de semejante lenguaje, entónces la razon habria reemplazado en él á la imaginacion, y empezaria á no ser artista.

Lo que más particularmente afecta á esta clase de hombres, es que haya quien se atreva á poner precio á sus talentos. Segun ellos, el peso y la medida son incompatibles con la dignidad del arte, y esta manía de comerciar con todo, es el signo característico de una sociedad en decadencia que no puede producir obras maestras, porque nadie sabe apreciarlas. Yo desearia iluminar el espíritu de los hombres de arte, no valiéndome de razonamientos y de teorías que no podrian seguir, sino sirviéndome de un hecho.

En la última exposicion, 1.800 artistas presentaron 4.200 objetos de arte. Calculando en 300 francos, por término medio, el valor comercial de cada uno de estos objetos (estátuas, cuadros, retratos, grabados, etc.), podemos estar seguros de aproximarnos mucho á la verdad. Supongamos, pues, un valor total de 1.260.000 francos, producto de 1.800 artistas: supongamos tambien que los gastos hechos en mármol, lienzo, dorado, marcos, modelos, estudios, ejercicios, meditaciones, etc., ascienden á 100 francos por término medio, y que el trabajo fué de tres meses: queda un producto neto de 840.000 francos, ó sea 466,65 por persona para noventa dias.

Ahora bien: si se reflexiona que los 4.200 artículos enviados á la exposicion, de los cuales cerca de la mitad fueron eliminados por el jurado, forman, segun los mismos autores, lo mejor y más excelente de la produccion artística durante el año; que una

gran parte de estos productos consiste en retratos, cuya recompensa, completamente graciosa, supera en mucho el precio corriente de los objetos de arte; que una cantidad considerable de los valores expuestos quedó sin vender; que fuera de esta feria, una multitud de fabricantes trabajan á precios muy inferiores á la mercurial de la exposicion; que observaciones análogas se pueden hacer á la música, al baile y á todas las categorías del arte, se verá que el salario medio del artista no llega á 1.200 francos, y que, para la poblacion artista, como para la industrial, el bienestar se expresa por la fórmula aterradorá del Sr. Chevalier: *cincuenta y seis céntimos por dia y por persona.*

Como la miseria resalta más por el contraste, y la funcion del artista es completamente de lujo, se hizo ya proverbial que ninguna miseria es igual á la suya: *¡Si est dolor, sicut dolor meus!*

¿Y por qué esta igualdad de los trabajos del arte y de la industria ante la economía social? Porque fuera de la proporcionalidad de los productos no hay riqueza, y porque el arte, exposicion soberana de la riqueza, que es esencialmente igualdad y proporcion, es, por lo mismo, el símbolo de la igualdad y de la fraternidad humanas. En vano se subleva el orgullo y crea por todas partes sus distinciones y sus privilegios: la proporcion permanece inflexible; los trabajadores son solidarios entre sí, y la naturaleza se encarga de castigar las infracciones. Si la sociedad consume en cosas de lujo el 5 por 100 de su producto, ocupará en esta produccion la vigésima parte de sus trabajadores. La parte de los artistas será, pues, necesariamente igual á la de los industriales. En cuanto á la reparticion industrial, la sociedad la abandona á las corporaciones; pues ésta, que lo hace todo por el individuo, no hace nada para

él sin su consentimiento. Luego, cuando un artista se atribuye una retribucion cien veces superior á la general, hay noventa y nueve de sus conciudadanos que se prostituyen por él, y que mueren en la miseria. Este cálculo es tan seguro como una liquidacion de la bolsa.

Que los artistas lo sepan: no es, como ellos dicen, el mercader el que especula, sino la necesidad misma que fija el precio de las cosas. Si en ciertas épocas los productos del arte tuvieron un precio elevado, como sucedió en los siglos de Leon X, de los emperadores y de Pericles, consistia en causas especiales de favoritismo que dejaron de existir. El oro de la cristiandad, el tributo de las indulgencias, era el que pagaba á los artistas italianos; era el oro de las naciones vencidas el que, bajo los emperadores, pagaba á los artistas griegos, y era el trabajo de los esclavos el que los pagaba en tiempo de Pericles. La igualdad vino: ¿acaso quieren las *artes liberales* traernos de nuevo la esclavitud y abdicar su nombre?

Generalmente, el talento es el atributo de una naturaleza desgraciada, en la cual, la falta de armonía en las aptitudes, produce una especialidad extraordinaria y monstruosa. Un hombre que no tiene manos, escribe con el vientre: hé ahí la imágen del talento. Todos nacemos artistas; nuestra alma, como nuestro rostro, se aleja siempre más ó menos de su ideal, y nuestras escuelas son establecimientos ortopédicos en donde se corrigen las deformidades de la naturaleza, dirigiendo su desarrollo. Hé ahí por qué la enseñanza tiende cada vez más á la universalidad, es decir, al equilibrio de los talentos y de los conocimientos, y por qué el artista sólo es posible cuando se vé rodeado de una sociedad que vive en comunidad de lujo con él. En materia de arte, la sociedad casi lo hace todo; y el artista está más bien en el

cerebro del aficionado, que en el sér incompleto que excita su admiracion.

Bajo la influencia de la propiedad, el artista, depravado en su razon, disoluto en sus costumbres, lleno de desprecio hácia sus conciudadanos, cuya propaganda hace su mérito, venal y sin dignidad, es la imágen pura del egoismo. Para él, la belleza moral es negocio de convencion y materia para hacer figuras: la idea de lo justo y de lo honesto resbala por su corazon sin echar raíces, y de todas las clases de la sociedad, la de los artistas es la más pobre en almas fuertes y en caractéres nobles. Si se clasificasen las profesiones segun la influencia que ejercieron en la civilizacion por la energía de la voluntad, la grandeza de sus sentimientos, el poder de sus pasiones, el entusiasmo por la verdad y la justicia, haciendo abstraccion del valor de las doctrinas, los sacerdotes y los filósofos serian los primeros; vendrian en seguida los hombres de Estado y los guerreros; despues los comerciantes, los industriales y los labradores, y finalmente, los hombres científicos y los artistas. Mientras el sacerdote, en su lenguaje poético, se considera como el templo de Dios; mientras el filósofo se dice á sí mismo: Obra de tal manera que cada una de tus acciones pueda servir de modelo y de regla, el artista permanece indiferente á la significacion de su obra; no procura nunca personificar en sí mismo el tipo que quiere presentar; se abstrae, explota lo bello y lo sublime, pero no lo adora; pinta á Cristo en el lienzo, pero no le lleva en su pecho como San Ignacio.

El pueblo, cuyo instinto es tan seguro, conserva la memoria de los legisladores y de los héroes, pero se ocupa muy poco de los nombres de los artistas. Muchas veces, en su ruda ignorancia, sólo siente hácia ellos repulsion y desprecio, como si recono-

ciase en estos iluminadores de la vida humana, á los investigadores de sus vicios y á los cómplices de su opresion. El filósofo ha consignado en sus libros esta desconfianza que al pueblo inspiran las artes de lujo; el legislador las denunció al magistrado; la religion, obedeciendo al mismo sentimiento, lanzó sobre ellas sus anatemas. El arte, es decir, el lujo, el placer, la voluptuosidad, son las obras y las pompas de Sata-nás, que conducen al cristiano á la condenacion eterna. Sin que pretenda acriminar á una clase de hombres que la corrupcion general hizo apreciable como ninguna, y que, despues de todo, usa de sus derechos, me atrevo á decir que el mito cristiano está justificado. Hoy, más que nunca, el arte es un ultraje perpétuo á la miseria pública, y una máscara con que se cubre la corrupcion. Por la propiedad, lo que hay de mejor en el hombre, se convierte en lo que tiene de más abominable: *Corruptio optimi pessima*.

Trabajad, repiten continuamente al pueblo los economistas: trabajad, ahorrad, capitalizad, haceos propietarios. Esto es como si dijese: Obreros: vosotros sois las víctimas de la propiedad; cada uno de vosotros lleva en su maleta la vara que sirve para corregirle, y que le puede servir algun dia para corregir á los demás. Elevaos por el trabajo hasta la propiedad; y cuando hayais probado la carne humana, ya no querreis otros manjares, y reparareis vuestras continuas abstinencias.

¡Pasar del proletariado á la propiedad; de la esclavitud á la tiranía; es decir, segun Platon, siempre la esclavitud! ¡Qué perspectiva! Y sin embargo, es necesario que así sea; ¿entendeis, proletarios? La propiedad no es cosa de eleccion en la humanidad; es el órden absoluto del destino; y vosotros sólo sereis libres despues de haberos res-

catado, por la servidumbre de vuestros amos, de la que ellos hacen pesar sobre vosotros.

En un hermoso domingo de estío, el pueblo de las grandes ciudades abandona su sombría y húmeda habitacion, y busca el aire vigoroso y puro del campo. Pero el campo ya no existe: la tierra, dividida en mil celdas cerradas y cruzadas por mil largas galerías, ya no se encuentra; el aspecto de los campos sólo existe, para el pueblo de las ciudades, en el teatro y en los museos, y sólo los pájaros contemplan desde lo alto el paisaje real. El propietario, que paga bien cara una habitacion en esta tierra acuchillada, goza sólo del pedazo de césped que él llama su campo; fuera de este rincon, se vé tan expatriado del suelo como el pobre. ¡Cuántas personas se pueden jactar de no haber visto nunca su tierra natal! Es necesario ir léjos, al desierto, para encontrar á esta pobre naturaleza que violamos de un modo brutal, en vez de gozar, como castos esposos, de sus divinos abrazos.

La propiedad, que debia hacernos libres, nos hace prisioneros. ¿Qué digo? nos degrada convirtiéndonos en lacayos y tiranos.

¿Se sabe bien lo que es el salariado? ¡Trabajar para un amo, celoso de sus preocupaciones como de su mando, cuya dignidad consiste en querer, *sic volo, sic jubeo*, y del cual se hace burla; no tener nunca un pensamiento propio y estudiar siempre el de los demás; no conocer más estimulante que el pan cotidiano y el temor de perder su empleo! El asalariado es un hombre á quien el propietario que compra sus servicios dirige estas palabras: Lo que tendreis que hacer no os importa nada: no teneis que inspeccionarlo, porque no respondeis de ello: toda observacion os queda prohibida; ningun beneficio teneis que esperar, una vez satisfecho vuestro

salario; ningún peligro correis, ni ninguna censura tenéis que temer.

Así también se dice al periodista: Prestadnos vuestras columnas, y si os conviene, vuestro ministerio. Hé aquí lo que habeis de decir, y hé ahí también lo que debeis callar. Cualquiera que sea el juicio que os merezcan nuestras ideas, nuestros fines y nuestros medios, defended siempre nuestro partido, y haced valer nuestras opiniones. Como esto no puede comprometeros, no debeis inquietaros por ello: el carácter del periodista es el anónimo. Hé aquí vuestros honorarios: diez mil francos y cien suscripciones: ¿os conviene? Y el periodista, como el jesuita, responde suspirando: *¡Es preciso vivir!*

Se dice al abogado: Este negocio tiene su pro y su contra; es una aventura que quiero correr, y para la cual necesito un hombre de vuestra profesion: si no quereis vos, querrá vuestro colega, quizás vuestro rival, y hay mil escudos para el abogado si gana el pleito, y quinientos francos si lo pierdo. Y el abogado se inclina con respeto, diciendo á su conciencia que murmura: *¡Es preciso vivir!*

Se dice al sacerdote: Hé aquí dinero para trescientas misas: no tenéis que ocuparos de la moralidad del difunto; es probable que no vea jamás á Dios, porque murió en la hipocresía, rico con la fortuna de otros, y cargado con las maldiciones del pueblo; pero esto nada os importa: nosotros pagamos, y debeis servirnos. Y el sacerdote, dirigiendo los ojos al cielo: *Amen* dice; *¡es preciso vivir!*

Se dice al proveedor: Necesitamos treinta mil fusiles, diez mil sables, mil quintales de plomo y cien barriles de pólvora: lo que podamos hacer de ellos no os importa; es posible que todo pase á manos del enemigo; pero habrá doscientos mil francos de beneficio. *¡Está bien*, responde el proveedor: cada cual

tiene su oficio, y es necesario que todo el mundo viva! Recorred la sociedad entera, y despues de haber visto el absolutismo universal, habeis reconocido la indignidad universal. ¡Qué inmoralidad en este sistema de servidumbre! ¡Qué deshonra en este mecanismo!

Cuanto más el hombre se acerca á la tumba, tanto más irreconciliable se muestra el propietario. Este fenómeno lo representó el cristianismo en su horroroso mito de la impenitencia final.

Decid á este viejo lividinoso ó devoto, que el ama de llaves á quien se propone dejar por heredera es indigna de sus cuidados; que la Iglesia es bastante rica, y que un hombre honrado no necesita oraciones; que tiene parientes próximos, y entre ellos, buenos muchachos á quienes establecer y niñas á quienes dotar; que dejándoles su fortuna se asegura su gratitud y hace felices á muchas generaciones; que el espíritu de la ley exige que los testamentos favorezcan la union y la prosperidad de las familias: No quiero, responde friamente el propietario. Y el escándalo de los testamentos, sobrepuja á la inmoralidad de las fortunas. Pues bien: tratad de modificar este derecho de mejorar y de transmitir, que es un desmembramiento de la autoridad soberana, y caeis al instante en el monopolio; cambiais la propiedad en usufructo, la renta en pensión vitalicia; reemplazais el despotismo propietario con el absolutismo del Estado, y entónces, de dos cosas una: ó volveis á la propiedad feudal é inalienable, y en este caso deteneis la circulacion de los capitales y haceis retrogradar la sociedad, ó caeis en el comunismo, que es la nada...

La contradiccion propietaria no acaba para el hombre en el testamento, sino que pasa á la sucesion. *El muerto alcanza al vivo*, dice la ley; y en

efecto: la funesta influencia de la propiedad, pasa del testador al heredero. Un padre de familia muere dejando siete hijos educados por él en la antigua morada. ¿Cómo se efectuará la trasmision de sus bienes? Dos sistemas se presentan, ensayados ya, corregidos, modificados, pero siempre inútilmente, supuesto que el temible enigma está todavía sin resolver.

Segun el derecho de primogenitura, la propiedad pasa al primogénito: los seis hijos restantes reciben un ajuar, y se les expulsa del dominio paterno. Muerto el padre, estos hijos son extranjeros en el mundo; no tienen fortuna ni crédito, y de la riqueza, pasan sin transición á la miseria: niños, tenían en su padre una persona que los alimentase; hermanos, sólo pueden ver un enemigo en el primogénito. Nada queda ya por decir contra este sistema; pero veamos ahora el reverso de la medalla.

Con la igualdad de herencia, todos los hijos están llamados á la conservacion del patrimonio y á la perpetuidad de la familia; pero... ¿cómo repartir entre siete personas lo que no llega para una? Se recurre á la licitacion; la familia heredera queda desposeida, y es un extraño el que, mediante algun oro, se hace heredero. En vez de patrimonio, cada uno de los hijos recibe dinero, y hay noventa y nueve probabilidades contra una de que bien pronto se quedarán sin nada. Mientras el padre vivió, hubo una familia; hoy sólo existen siete aventureros. El derecho de primogenitura aseguraba, por lo ménos, la perpetuidad del nombre, y era para el anciano una garantía de que el monumento fundado por sus padres y conservado por sus manos, permanecería en sus descendientes. La igualdad de herencia destruyó el templo de la familia, y desaparecieron los dioses penates. Con la propiedad sedentaria, los civilizados descu-

brieron el secreto de vivir como nómadas: ¿para qué, pues, ha servido la herencia?

Supongamos que en vez de vender la sucesion, los herederos la dividen. La tierra se destroza; se plantan límites, se abren fosos, se construyen barricadas, y se crea un semillero de pleitos y de rencores. La tierra, una vez dividida en trozos, pierde en unidad; y á donde quiera que volvamos los ojos, vemos que la propiedad conduce á la negacion de la sociedad, y á la de su propio fin.

Así, pues, la propiedad, que debia efectuar la union del hombre y de la naturaleza, nos lleva á una infame prostitucion. El sultan usa y abusa de su esclava, y la tierra es para él un instrumento de lujuria. Yo veo en esto algo más que una metáfora; veo una profunda analogía.

¿Qué es lo que distingue el concubinato del matrimonio? Todo el mundo conoce la diferencia que existe entre ambas cosas, pero muy pocas personas estarán en situacion de darse cuenta de ella: tan oscura se hizo la cuestion, gracias á la licencia de las costumbres y al cinismo de las novelas! ¿Es acaso la progenitura? No: se ven comercios ilícitos que producen tanto como las uniones legítimas más fecundas. ¿Será la duracion? Gran número de célibes tienen, durante diez y veinte años, una querida que, humillada y envilecida, acaba por subyugar y envilecer á su indigno amante. Además, la perpetuidad del matrimonio puede muy bien convertirse en facultativa por medio del divorcio, sin que el matrimonio pierda absolutamente nada de su carácter. La perpetuidad es el deseo del amor y la esperanza de la familia, es cierto; pero no es esencial al matrimonio, y puede interrumpirse por ciertas causas sin ofender el sacramento. ¿Será, en fin, la ceremonia nupcial, cuatro palabras pronunciadas ante un tes-

tigo y un sacerdote? ¿Qué virtud puede tener esa formalidad para el amor, la constancia y la abnegación? Marat, como Juan Jacobo, había desposado á su ama de llaves en el bosque y á la faz del sol: el buen hombre había contratado de buena fé, y no dudaba que su alianza fuese tan decente y tan respetable como si hubiese sido firmada por el juez municipal. En el acto más importante de su vida, Marat creyó oportuno prescindir de la intervencion de la república; según el Sr. Luis Blanc, puso el *hecho natural* por cima de la *convencion*: ¿quién nos impide proceder como Marat, y qué significa la palabra matrimonio?

Lo que constituye el matrimonio, es que la sociedad está presente, no sólo en el instante de las promesas, sino mientras dura la cohabitacion de los esposos. Sólo la sociedad, digo, recibe para cada uno de los esposos el juramento del otro; sólo ella les confiere derechos, y pareciendo que no impone á los contratantes más que deberes mútuos, en realidad estipula para ella misma. «Estamos unidos en Dios, dice Tobías á Sara, ántes de estarlo entre nosotros: los hijos de los santos no pueden unirse á la manera de las bestias y de los bárbaros.» En esta union consagrada por el magistrado, órgano visible de la sociedad, en presencia de testigos que la representan, se supone que el amor es libre y recíproco, y se prevé la posteridad, como en las uniones fortuitas; la perpetuidad del amor se desea, se provoca, pero no se garantiza; la voluptuosidad misma se permite: toda la diferencia consiste en que, en el concubinato, sólo el egoismo preside á la union, mientras que en el matrimonio, la intervencion de la sociedad purifica este egoismo.

Y ved las consecuencias: la sociedad, que venga el adulterio y castiga el perjurio, no escucha la

queja del concubinato contra la concubina; esos amores son, para ella, como la union de los perros, *foris canes et impudici*, y retira la vista con disgusto. La sociedad rechaza á la viuda y al huérfano del concubinario y no los admite á la sucesion; á sus ojos, la madre está prostituida y el hijo es bastardo; á la una parece decirle: Os habeis entregado sin mi consentimiento; pues bien, podeis defenderos y arreglaros sin recurrir á mí; y al otro: Vuestro padre os engendró buscando su placer nada más, y no estoy dispuesto á adoptarlos. El que injuria el matrimonio no puede reclamar sus garantías; tal es la ley social, ley rigurosa, pero justa, que sólo la hipocresía socialista, los que quieren á la vez el amor casto y el amor obsceno, podian calumniar.

Este sentimiento de la intervencion social en el acto más personal y más voluntario del hombre; este respeto indefinible á un Dios presente que aumenta el amor haciéndolo casto, es para los esposos un manantial de misteriosas afecciones que no conoce el concubinario. En el matrimonio, el hombre es amante de todas las mujeres, porque sólo en el matrimonio siente el verdadero amor que le une simpáticamente al sexo entero; pero sólo conoce á su esposa, y conociéndola á ella sola, la ama más y más, porque sin esta exclusion carnal, el matrimonio desaparecería, y el amor con él. La comunidad platónica, que piden, con un aumento de facilidades, los reformadores contemporáneos, léjos de ofrecer el amor, sólo presenta el *caput mortuum*; pues en este comunismo de los cuerpos y de las almas, el amor no se determina y permanece en estado de abstraccion y de sueño.

El matrimonio es la verdadera comunidad de los amores y el tipo de toda posesion individual. En todas sus relaciones con las personas y las cosas, el

hombre sólo contrata con la sociedad; es decir, en definitiva, consigo mismo, con el sér ideal y santo que vive en él. Destruíd este respeto del yo, de la sociedad, este temor de Dios, como dice la Biblia, que está presente en todos nuestros actos y en todos nuestros pensamientos, y el hombre, abusando de su alma, de su talento, de sus facultades y de la naturaleza, manchado é impuro, se convertirá, por una degradacion irresistible, en libertino, tirano y miserable.

Ahora bien: así como por la intervencion mística de la sociedad, el amor impuro se convierte en amor casto, y la fornicacion desordenada se trasforma en un matrimonio apacible y santo, así tambien, en el órden económico y en las previsiones de la sociedad, la propiedad, la prostitucion del capital, no es más que el primer momento de una posesion social y legítima. Hasta entónces, el propietario abusa más bien que goza; su felicidad es un sueño lúbrico; estrecha, aprieta, pero no posee. La propiedad es siempre aquel abominable derecho del Señor que sublevó en otro tiempo al siervo ultrajado, y que la Revolucion no pudo abolir. Bajo el imperio de este derecho, todos los productos del trabajo son inmundos; la competencia es una excitacion mútua al desórden, y los privilegios que se conceden al talento, el salario de la prostitucion. En vano el Estado, recurriendo á su policia, desearia obligar á los padres á que reconociesen á sus hijos, firmando así los frutos vergonzosos de sus obras: la mancha es indeleble; el bastardo, concebido en la iniquidad, revela la torpeza de su autor. El comercio no es más que un tráfico de esclavas destinadas, éstas al placer de los ricos, y aquellas al culto de la Vénus popular; la sociedad es un vasto sistema de proxenetismo, dentro del cual todos viven disgustados del amor; el

hombre honrado porque se vió vendido, el que tiene fortuna porque la variedad de las intrigas le sirve de suplemento al amor, y todos se precipitan y se re- vuelcan en la orgía.

¡Abuso, exclaman los legistas; perversidad del hombre! No es la propiedad la que nos hace envidiosos y avaros, la que subleva nuestras pasiones y arma con sofismas nuestra mala fé; son nuestras pasiones y nuestros vicios los que manchan y corrompen la propiedad.

Esto equivale á decir que no es el concubinato el que degrada al hombre, sino el hombre el que, por sus pasiones y sus vicios, mancha y corrompe el concubinato. Pero, doctores; los hechos que yo denuncio, ¿están ó no en la esencia de la propiedad? ¿No es cierto que considerados desde el punto de vista legal, son irreprochables y están al abrigo de toda accion judicial? ¿Puedo denunciar al juez y llevar ante los tribunales á este periodista que prostituye su pluma por dinero, á este abogado, á este sacerdote que vende á la iniquidad su palabra y sus oraciones? ¿Puedo denunciar á este médico que deja morir al pobre si no le entrega ántes los honorarios que le exige, y á este viejo sátiro que abandona á sus hijos por una cortesana? ¿Puedo impedir una licitacion que borra la memoria de mis padres y deja su posteridad sin abuelos, como si fuese de origen incestuoso ó adulterino? ¿Puedo obligar al propietario, sin indemnizarle con mucho más de lo que posee, es decir, sin arruinar á la sociedad?

La propiedad, decís, es inocente del crimen del propietario; la propiedad es buena y útil en sí misma, pero nuestras pasiones y nuestros vicios la depravan.

¡Así, pues, para salvarla, la distinguís de la moral! ¿Por qué no la distinguís tambien de la socie-

dad? Ese es el razonamiento de los economistas. La economía política, dice el Sr. Rossi, es buena y útil en sí misma; pero no es la moral, y procede sin tenerla en cuenta para nada; nosotros somos los que debemos abstenernos de abusar de sus teorías, aprovechándonos de sus indicaciones con arreglo á las leyes superiores de la moral. Esto equivale á decir: La economía política, la economía de la sociedad, no es la sociedad, y procede sin tenerla en cuenta para nada: nosotros somos los que debemos abstenernos de abusar de sus teorías, aprovechándonos de sus indicaciones con arreglo á las leyes superiores de la sociedad. ¡Qué caos!

Yo sostengo, como los economistas, que la propiedad no es la moral ni la sociedad; y además, afirmo también que, por su principio, es directamente contraria á la moral y á la sociedad, como la economía política es antisocial, porque sus teorías son diametralmente opuestas al interés de la sociedad.

Segun la definición, la propiedad es el derecho de usar y de abusar; es decir, el dominio absoluto, irresponsable del hombre sobre su persona y sus bienes. Si la propiedad dejase de ser el derecho de abusar, dejaria de ser la propiedad, como lo he demostrado con ejemplos tomados de la categoría de los actos abusivos que se permiten al propietario. ¿Qué sucede en ella que no sea perfectamente legal y de una propiedad irrepreensible? ¿No tiene el propietario el derecho de dar sus bienes á quien mejor le parezca, dejar que la casa del vecino se quemase sin gritar, oponerse al bien público, despilfarrar su patrimonio, explotar al obrero, producir mal y vender peor? ¿Se le puede obligar judicialmente á usar bien de su propiedad? ¿Se le puede turbar en el abuso? ¿Qué digo? Precisamente, por lo mismo que la propiedad es abusiva, es lo que hay de más sagrado

para el legislador. ¿Se concibe una propiedad cuyo uso determine y cuyo abuso corrija la policía? Y por último: ¿no es evidente que si se quisiese introducir la justicia en la propiedad, se la destruiria, del mismo modo que la ley destruyó el concubinato al introducir en él la honradez?

La propiedad, por principio y por esencia, es por lo tanto inmoral: esta proposición pertenece desde ahora á la crítica. De consiguiente, el código que determinando los derechos del propietario, no ha reservado los de la moral, es un código de inmoralidad: la jurisprudencia, esa mentida ciencia del derecho, que no es otra cosa sino una colección de inscripciones de la propiedad, es también inmoral. La justicia, instituida para proteger el libre y pacífico abuso de la propiedad; la justicia, que manda combatir á los que pretenden oponerse á este abuso, *afige y cubre de infamia* á los que quieren reparar los ultrajes de la propiedad, es infame. Que un hijo, suplantado en la afección paterna por una querida indigna, destruya el acto que le deshereda y le deshonra, y tendrá que dar cuenta ante los tribunales de justicia. Acusado, convencido y condenado, rendirá culto á la propiedad en un presidio, mientras la prostituta quedará en posesión de los bienes. ¿En dónde está la inmoralidad, en donde está la infamia? ¿No la veis en la justicia? Continuemos desenvolviendo esta cadena, y bien pronto encontraremos la verdad que buscamos. No sólo la justicia, instituida para proteger la propiedad abusiva y hasta inmoral, es infame, sino que la sanción penal, la policía, el verdugo y el suplicio lo son también. Y la propiedad, que comprende toda esta serie, la propiedad, de donde salió toda esta odiosa prole, la propiedad, digo, es infame.

Jueces armados para defenderla; magistrados cuyo

celo es una amenaza permanente para los que la acusan; yo os interpele: ¿Qué visteis en la propiedad para que haya subyugado vuestra conciencia y corrompido vuestro juicio? ¿Qué principio superior y más digno de vuestro respeto os la hace tan preciosa? Cuando sus obras la declaran infame, ¿por qué la proclamais santa y sagrada? ¿Qué consideración, qué prejuicio os alucina? ¿Es, acaso, el orden majestuoso de las sociedades humanas, que no conoceis, pero al cual dais la propiedad por indestructible base?—No, porque la propiedad, tal cual la vemos, es para vosotros el orden mismo; porque, además de esto, se ha demostrado ya que la propiedad es naturalmente abusiva, es decir, desordenada, anti-social. ¿Es la necesidad ó la Providencia, cuyas leyes desconoceis, pero cuyos designios adorais?—No, porque según el análisis, la propiedad es contradictoria y corruptible, y por consiguiente, es la negación de la necesidad y un ultraje á la Providencia. ¿Es, tal vez, una filosofía superior que considera de más alto las miserias humanas y procura buscar el bien sirviéndose del mal?—No, porque la filosofía es la conformidad de la razón y de la experiencia, y ambas cosas condenan la propiedad.

¿Será, quizás, la religión? ¡Tal vez!...

§ IV.—Demostración de la hipótesis de Dios por la propiedad.

Si Dios no existiese, no habría propietarios: hé ahí la conclusión de la economía política.

Hé aquí ahora la conclusión de la ciencia social: La propiedad es el crimen del Sér Supremo. El único deber del hombre, su única religión, es renegar de Dios. *Hoc est primum et maximum mandatum.*

Está demostrado que el establecimiento de la propiedad entre los hombres, no fué hijo de la elección ni de la filosofía: su origen, como el de las monarquías, como el de los idiomas y el de los cultos, fué completamente espontáneo, místico, divino, en fin. La propiedad pertenece á la gran familia de las creencias instintivas que bajo el manto de la religión y de la autoridad, dominan todavía á nuestra orgullosa especie: en una palabra; la propiedad es una religión; tiene su teología, que es la economía política; su casuística, que es la jurisprudencia; su mitología y sus símbolos en las formas exteriores de la justicia y de los contratos. El origen histórico de la propiedad, como de toda religión, se oculta en las tinieblas: si se la interroga sobre sí misma, responde con el hecho de su existencia, se explica por medio de leyendas, y presenta alegorías como si fuesen pruebas. En fin; la propiedad, como toda religión, está sometida á la ley del desenvolvimiento. Por eso se la vé como simple derecho de uso y de habitación entre los germanos y los árabes; como posesión patrimonial, inalienable á perpetuidad, entre los judíos; feudal y enfiteútica en la Edad Media; absoluta y circulable á voluntad del propietario, entre los romanos y en la época actual. Pero la propiedad, que llegó á su apogeo, empieza á decaer: combatida por la comandita, por las nuevas leyes hipotecarias, por la expropiación por causa de utilidad pública, por las innovaciones del crédito agrícola, por las meras teorías del alquiler, etc. (1).

(1) Véase TROPLONG, *Contrato de arriendo*, tomo I, en donde sostiene, contra todos los jurisconsultos anteriores y contemporáneos, y con razón en nuestro concepto, que en el arriendo, el arrendatario adquiere un derecho en la cosa, y que la obligación dá lugar á una acción real y personal á la vez.

se acerca el momento en que no sea más que la sombra de sí misma.

Bajo estos rasgos generales, no se puede desconocer el carácter religioso de la propiedad.

Este carácter místico y progresivo se presenta, sobre todo, en la singular ilusión que la propiedad causa á sus propios teoristas, y que consiste en lo siguiente: cuanto más se desarrolla, reforma y mejora la propiedad, tanto más se anticipa su ruina; sin embargo, sus defensores se imaginan creer en ella cada vez más, cuando en realidad creen cada vez menos: ilusión que es comun á todas las religiones habidas y por haber.

Así se vé que el cristianismo de San Pablo, el más filósofo de los apóstoles, ya no es el cristianismo de San Juan; la teología de Santo Tomás de Aquino, no es la de San Agustín y San Atanasio; y el catolicismo de los Sres. Bautain, Buchez y Lacordaire, no es el de Bourdaloue y de Bossuet. Para los místicos modernos, que se imaginan ensanchar las viejas ideas cuando las estrangulan, la religion apenas es más que la fraternidad humana, la unidad de los pueblos, la solidaridad y la armonía en la gestion del globo. La religion es, ante todo, el amor y siempre el amor. Pascal se habria escandalizado de las aspiraciones eróticas de los devotos de nuestro tiempo. Dios, en el siglo XIX, *es el amor más puro*; la religion es el amor, y la moral es el amor tambien. Mientras que para Bossuet el dogma lo era todo, porque del dogma debian salir la caridad y sus obras, los modernos ponen la caridad en primer término, y reducen el dogma á una fórmula insignificante por sí misma, cuyo valor está en su contenido; es decir, en el amor ó en la moral.

Por esto los verdaderos enemigos de la religion, los que en todos los tiempos hicieron más para ar-

ruinarla, fueron los que la interpretaban con el mayor celo buscándole un sentido filosófico, esforzándose por hacerla *racional*, segun los deseos de San Pablo, uno de los primeros que se consagraron á la obra imposible de *armonizar la razon con la fé*. Los verdaderos enemigos de la religion, digo, son esos cuasi-racionalistas que pretenden amoldarla á lo que ellos llaman sus principios, sin apercibirse de que la conducen á la tumba, y que, so pretexto de emancipar la religion de la *letra que mata*, es decir, del simbolismo que constituye su esencia, y de enseñarla segun el *espíritu que vivifica*, ó en otros términos, segun la razon que duda y la ciencia que demuestra, revolviendo la tradicion continuamente, disfrazando la fé y torciendo el sentido de las escrituras, llegan, por una degradacion insensible del dogma, á su negacion formal. La religion, dicen estos falsos lógicos fundándose en una etimología de Ciceron, la religion es el *lazo de la humanidad*, cuando deberian decir: la religion es el signo y el emblema de la ley social; pero este emblema se borra todos los dias por el frote incesante de la crítica, y sólo queda la expectativa de una realidad que únicamente la ciencia positiva puede determinar.

Así la propiedad, desde que se deja de defenderla en su brutalidad original y se habla de disciplinarla, de someterla á la moral, de subordinarla al Estado, de socializarla, en fin, la propiedad peligra y perece. Perece, digo, porque es progresiva, porque su idea es incompleta, y porque su naturaleza no tiene nada de definitiva; porque es el momento principal de una série cuyo conjunto solamente puede dar una idea verdadera; en una palabra: porque es una religion. Lo que al parecer se quiere *conservar*, y lo que en realidad se *busca* bajo el

nombre de propiedad, no es la propiedad; es una nueva forma de posesion sin ejemplo en lo pasado, y que se pretende deducir de los principios ó motivos que se atribuyen á la propiedad, obedeciendo á esa ilusion lógica que nos obliga á suponer siempre en el *origen* ó en el *fin* de una cosa, lo que se debe buscar en la cosa misma; quiero decir, su significacion y su tendencia.

Pero si la propiedad es una religion, y si, como toda religion, es progresiva, tendrá, como toda religion tambien, su objeto propio y específico. El cristianismo y el budismo son las religiones de la penitencia ó de la educacion de la humanidad; el mahometismo es la religion de la fatalidad; la monarquía y la democracia son una sola religion, que es la religion de la autoridad, y la filosofía misma es la religion de la razon. ¿Cuál es, pues, esta religion particular, la más tenaz, la que debe arrastrarlas á todas en su caída, y que, sin embargo, no perecerá; religion en la cual ya sus propios sectarios no creen, y que llamamos propiedad?

Supuesto que ésta se manifiesta por la ocupacion y la explotacion, que tiene por objeto fortificar y ensanchar el monopolio por el dominio y la herencia, que por medio de la renta recoge sin trabajar, y por la hipoteca compromete sin garantía; que es refractaria á la sociedad; que su regla es el capricho, y que debe perecer por la justicia, la propiedad es la religion de la FUERZA.

Las fábulas religiosas confirman esta idea. *Cain*, el propietario, segun el Génesis, conquista la tierra con su lanza, la rodea de estacas, se constituye una propiedad y mata á *Abel*, el pobre, el proletario, como él hijo de *Adam* (el hombre), aunque de casta inferior y de condicion servil. Estas etimologías son instructivas, y dicen más por su candor, que todos

los comentarios (1). Los hombres hablaron siempre el mismo idioma, y el problema de la unidad del lenguaje está demostrado por la identidad de las ideas que expresa: por lo demás, es ridículo disputar sobre las variantes de sonidos y de caracteres.

Así, pues, segun la gramática, como segun la fábula y el análisis, la propiedad, religion de la fuerza, es al mismo tiempo religion de la servidumbre. Segun que se apodere á mano armada ó que proceda por exclusion y monopolio, engendra dos clases de servidumbre: una, que es el proletariado antiguo, resultado del hecho primitivo de la conquista ó de la division violenta de *Adam*, la humanidad, en *Cain* y *Abel*, patricios y plebeyos; la otra, que es el proletariado moderno, la *clase obrera* de los economistas, resultado del desenvolvimiento de las fases económicas (que se resúmen, como ya hemos visto, en el hecho capital de la consagracion del monopolio por el dominio, la herencia y la renta.

Pues bien: la propiedad, ó, en su expresion más simple, el derecho de la fuerza, no podia conservar por mucho tiempo su brutalidad original; desde el primer momento, comenzó á componer su fisonomía, á fingir y á disimularse bajo una multitud de disfraces. Llegó esto á tal extremo, que el título de propietario, sinónimo en un principio, de bandido y de ladrón, se convirtió á la larga, por la transformacion insensible de la propiedad, y por una de esas anticipaciones del porvenir tan frecuentes en el estilo religioso, en lo contrario, precisamente,

(1) *Qaïn*, estaca, lanza, dardo; *ganch*, lat. *canah*, junco, caña, materia del dardo; *ganañ*, rodear de estacas, adquirir; *quind*, ser celoso, como el propietario que se cierra.—*Bal*, adv. de negacion; *belimah*, nada absolutamente; *bala*, gastarse, envejecer, convertirse en nada; *habal*, desvanecerse; *habel*, hombre de nada, nada.

del ladrón y del bandido. En otra obra he referido ya esta degradación de la propiedad, y la reproduciré desarrollándola algo más.

El robo se ejerce por una infinidad de medios que los legisladores distinguieron cuidadosamente y clasificaron según su grado de brutalidad ó de astucia, como si quisiesen castigar unas veces, y estimular otras el hurto. Se roba, pues, asesinando en los caminos públicos, aisladamente ó en partida, con fractura, escalamiento, etc., por sustracción simple, falsificando escrituras públicas ó privadas, y fabricando moneda falsa.

Esta especie comprende á todos los que roban sin más auxilio que la fuerza ó el fraude reconocido: bandidos, ladrones, piratas de mar y tierra. Los antiguos héroes se honraban con estos nombres, y consideraban su profesión tan noble como lucrativa. Nemrod, Teseo, Jason y sus argonautas, Jephthé, David, Caco, Rómulo, Clovis y sus sucesores merovingianos, Roberto Guiscard, Tancredo de Hauteville, Bohemond, y la mayor parte de los aventureros normandos, fueron bandidos y ladrones. El bandolerismo fué la única ocupación y el único medio de existencia de los nobles en la Edad Media, y á él debe la Inglaterra todas sus colonias. Nadie desconoce el odio que los pueblos salvajes tienen al trabajo; el honor, á sus ojos, no está en producir, sino en tomar. ¡Ojalá que te veas cultivando un campo! se dicen los unos á los otros maldiciéndose. El carácter heroico del ladrón está pintado en este verso de Horacio, refiriéndose á Aquiles: *Jura neget sibi nata, nihil non arroget armis*; y en estas palabras del testamento de Jacob, que los judíos aplican á David, y los cristianos místicamente á Jesucristo: *Manus ejus contra omnes*. Esta predisposición á la rapiña fué siempre inherente al oficio de las armas;

y si Napoleón sucumbió en Waterloo, se puede decir que pagó él los robos de sus héroes. *Yo tengo oro, vino y mujeres, con mi lanza y mi escudo*, decía, no há mucho todavía, el general de Brossard.

Hoy al ladrón, al fuerte armado de la Biblia, se le persigue como á los lobos y á las hienas; la policía mató su noble industria; el Código le sujeta, según su especialidad y calidad, á penas infamantes y afflictivas, desde la reclusión hasta el suplicio. El derecho de conquista, cantado por Voltaire, no se tolera ya: las naciones han llegado á ser, las unas frente á frente de las otras, extremadamente susceptibles en este punto. En cuanto á la ocupación individual, llevada á cabo sin una concesión del Estado, no se vé un solo caso.

Se roba por estafa, abuso de confianza, lotería y juego.

Esta segunda especie de robo fué muy apreciada en Esparta, y la aprobó Licurgo con el objeto de aguzar el ingenio de los jóvenes. Esta es la categoría de los Dolon, Sinon, Ulises, de los judíos antiguos y modernos, desde Jacob hasta Dentz; de los bohemios, de los árabes y de todos los salvajes. Estos últimos roban sin vergüenza y sin remordimientos, no porque estén depravados, sino porque son ingenuos. Bajo el reinado de Luis XIII y Luis XIV, nadie se deshonraba por hacer fulleras en el juego; constituían parte de las reglas, y las personas honradas no tenían inconveniente en corregir los ultrajes de la fortuna por medio de un hábil artificio. Todavía hoy, el *saber hacer una venta*, es decir, engañar á todo el mundo, es una especie de mérito muy considerado por los paisanos en el grande y pequeño comercio. La primera virtud de la madre de familia, consiste en saber robar á las personas que le venden y á las que ella ocupa, quedándose con parte del sa-

lario y del precio; y si no todos somos hijos de coquetas, como decía Pablo-Luis, lo somos de bribonas.

Todo el mundo sabe con cuánta pena el gobierno se conformó con la abolición de las loterías, porque con ellas perdía una de sus propiedades más queridas; y apenas hace sesenta años que la confiscación dejó de deshonrar nuestras leyes. ¡Ah! en todos los tiempos, el primer pensamiento del magistrado que castiga, como el del bandido que asesina, fué el de despojar á su víctima. Todos nuestros impuestos y nuestras leyes de aduanas tienen el robo por punto de partida.

El ratero, el estafador, el charlatan, el que habla en nombre de Dios ó representa á la sociedad, como el que vende amuletos, hace uso de la destreza de sus manos, de la sutileza de su ingenio, del prestigio de su elocuencia y de una gran fecundidad de imaginación. Su talento consiste en saber excitar la avaricia oportunamente. Así es que el legislador, queriendo probar la estimación que el talento y la astucia le merecían, además de la categoría de los crímenes, para los cuales sólo se usa la fuerza y la alevosía y se castigan con penas terribles, creó la categoría de los *delitos* sujetos á penas correccionales, pero no infamantes. ¡Qué espiritualismo tan estúpido!

Se roba por usura.

Esta especie, tan aborrecida de la Iglesia en otros tiempos, y castigada severamente en la actualidad, no se distingue del préstamo á interés, — uno de los resortes más enérgicos de la producción, — y forma la transición entre los robos prohibidos y los que están autorizados. Así es que, por su naturaleza equívoca, dá lugar á una multitud de contradicciones en las leyes y en la moral; contradicciones muy

hábilmente explotadas por los hombres de justicia, de la banca y del comercio.

Por esta razón, el usurero que presta al 10 por 100 sobre hipoteca, incurre en una multa enorme si se le sorprende; pero el banquero que percibe el mismo interés, no como préstamo, sino como *comision*, está protegido por un privilegio real. Sería demasiado largo enumerar todas las clases de robos que se cometen por el tráfico; baste decir que en todos los pueblos antiguos, la profesión de cambista, banquero, publicano ó tratante, se tenía por deshonrosa. Hoy los capitalistas que colocan sus fondos, sea en papel del Estado, sea en el comercio, á interés perpetuo de 3, 4 ó 5 por 100, es decir, que percibe, además del precio legítimo del préstamo, un interés menor que el de los banqueros y usureros, son la flor y nata de la sociedad. Siempre el mismo sistema: la moderación en el robo constituye nuestra virtud.

Se roba por constitución de renta, arriendo y alquiler.

Considerada en su principio y su destino, la renta es la ley agraria, por cuyo medio los hombres todos deben hacerse propietarios inamovibles del suelo: en cuanto á su importancia, representa la parte de producto que excede al salario del productor y que pertenece á la comunidad. Durante el período de organización, esta renta se paga al propietario en nombre de la sociedad, que se manifiesta siempre por la individualización como se explica por hechos. Pero el propietario hace más que cobrar la renta, la disfruta solo; no dá nada á la comunidad, no comparte con los demás ciudadanos, y sin poner nada de su parte, devora el producto del trabajo colectivo. Hay, pues, robo; robo legal si se quiere, pero robo real.

Se roba en el comercio y en la industria, siempre

que el empresario se queda con parte del salario del obrero ó percibe algo más de lo que le corresponde.

Al ocuparme del valor, he demostrado que todo trabajo debe dejar un excedente; de modo que, suponiendo que el consumo del trabajador sea siempre el mismo, su trabajo debería crear, además de su subsistencia, un capital cada vez mayor. Bajo el sistema de la propiedad, el excedente del trabajo, esencialmente colectivo, pasa todo, como la renta, al propietario. Ahora bien: entre esta apropiación disfrazada y la usurpación fraudulenta de un bien comunal, ¿qué diferencia existe?

La consecuencia de esta usurpación es que el trabajador, cuya parte en el producto colectivo confisca siempre el empresario, está constantemente en pérdida, mientras el capitalista está siempre en ganancias; que el comercio, el cambio de valores esencialmente iguales, no es más que el arte de comprar por 3 francos lo que vale 6, y vender por 6 lo que vale 3; y que la economía política, que defiende este régimen, es la teoría del robo, como la propiedad, cuyo respeto sostiene semejante estado de cosas, es la religión de la fuerza. Es justo, decía recientemente el Sr. Blanqui en un discurso sobre las coaliciones pronunciado en la Academia de Ciencias morales; es justo que el trabajo participe de las riquezas que produce. Luego si no participa, hay injusticia, hay robo, y los propietarios son ladrones. ¡Hablad claro, señores economistas!

Al salir de la comunidad negativa, llamada por los poetas la *edad de oro*, la justicia es, pues, el derecho de la fuerza. En una sociedad que empieza á organizarse, la desigualdad de las facultades despierta la idea de valor; ésta conduce á la de proporción entre el mérito y la fortuna; y como el primero y el único mérito que entonces se reconoce es el de

la fuerza, el más fuerte, *aristos* (superlativo de *ares*, fuerte, nombre propio del dios Marte), es el que tiene derecho á la mayor parte; y si ésta se le niega, se apodera de ella. De esto á arrogarse el derecho de propiedad sobre todas las cosas, no hay más que un paso.

Tal fué el derecho heroico conservado, por lo ménos como recuerdo, entre los griegos y los romanos hasta los últimos tiempos de sus respectivas repúblicas. En el Gorgias, Platon introduce un tal Calicles que, con razones especiosas, sostiene el derecho de la fuerza, y á quien Sócrates, defensor de la igualdad, *tu isou*, refuta con más elocuencia que lógica. Se cuenta que el gran Pompeyo se avergonzaba aún de estos hechos, y que sin embargo un día se le ocurrió decir: *¡Que yo respete las leyes cuando llevo una espada!* Este rasgo pinta al hombre en quien la ambición y la conciencia están en lucha, y que procura justificar su pasión con una máxima heroica, con un proverbio de ladrón.

Al derecho de la fuerza sucedió el de la astucia, que no era más que una degradación del primero y una nueva manifestación de la justicia: este derecho fué aborrecido de los héroes que no brillaban y perdían mucho con él. La conocida historia de Edipo y de la Esfinge, es una alusión á este derecho de la sutileza, según el cual, el vencedor era dueño del vencido. La habilidad de engañar á un rival con proposiciones insidiosas pareció que merecía también su recompensa; mas por una reacción que descubría ya el verdadero sentimiento de lo justo, y que sin embargo era una inconsecuencia, los fuertes aplaudieron siempre la buena fé y la sencillez, mientras los hábiles despreciaban á los fuertes llamándolos brutales y bárbaros.

En este tiempo el respeto á la palabra y la obser-

vancia del juramento eran de un rigor literal mas bien que lógico: *Uti lingua nuncupassit, ita jus esto*: como la lengua haya hablado, así será el derecho, dijo la ley de las Doce Tablas. La razon naciente se dirige ménos al fondo que á la forma de las cosas, porque instintivamente comprende que la forma, el método, constituye toda su certidumbre. La astucia, ó por mejor decir, la perfidia, fué toda la política de la antigua Roma. Entre otros ejemplos que podríamos citar, Vico refiere éste, citado tambien por Montesquieu: Los romanos habian prometido á los cartagineses conservarles sus bienes y su ciudad, empleando con intencion la palabra *civitas*, que significa la sociedad, el Estado. Los cartagineses, que habian entendido la ciudad material, *urbs*, se pusieron á levantar sus murallas y fueron atacados por infringir el tratado. Los romanos, siguiendo en esto el derecho heróico, no creyeron inícuo sostener una guerra injusta, despues de haber engañado á sus enemigos con un equívoco. La diplomacia moderna no ha cambiado en nada estas antiguas costumbres.

En el robo, tal como la ley lo prohíbe, la fuerza y la astucia se emplean sin accesorios. En el robo autorizado se disfrazan con la apariencia de una utilidad cualquiera, de la cual se sirven como de un instrumento para despojar á su víctima.

El recurso directo á la violencia y á la bellaquería se rechazó unánimemente, y este acuerdo de todos los pueblos en renunciar á la fuerza, es lo que constituye y distingue la civilizacion; pero ningun país del mundo llegó todavía á salvarse del robo disfrazado con la máscara del trabajo, del talento y de la posesion.

Los derechos de la fuerza y de la astucia, celebrados por los rapsodistas en la Iliada y la Odisea, inspiraron á las repúblicas griegas y llenaron con su

espíritu las leyes romanas, de las cuales pasaron á nuestras costumbres y á nuestros códigos. El cristianismo no modificó nada; establecido como religion, hostil desde su debut á la filosofía y despreciando la ciencia, no podia ménos de acoger todo lo que fuese de esencia religiosa. Así fué que, despues de haberse declarado partidario de la igualdad y del sentido comun en San Mateo y en San Pablo, reunió poco á poco en torno suyo las supersticiones que en un principio proscribiera; el fpoliteismo, el dualismo, el trinitarismo, la mágia, la nigromancia, la jerarquía, la monarquía, la propiedad, todas las religiones y abominaciones de la tierra.

La ignorancia de los pontífices y de los concilios, sobre todo en lo que á la moral se refiere, igualó á la del *forum* y á la de los pretores; y esta ignorancia profunda de la sociedad y del derecho, perdió á la Iglesia y deshonoró para siempre su enseñanza. Por lo demás, la infidelidad fué general: todas las sectas cristianas desconocieron el precepto de Cristo; todas erraron en la moral, porque erraban en la doctrina; todas son culpables de proposiciones falsas, llenas de iniquidad y de homicidio. Que pida perdon á la sociedad esa Iglesia que se llama infalible y que no supo conservar el depósito; que sus hermanas, las pretendidas reformadas, se humillen... y el pueblo, desengañado, aunque clemente, resolverá.

La propiedad, pues, el derecho *convencional*, tan diferente de la justicia como el eclecticismo lo es de la verdad y el valor de la mercurial, se constituye por una série de oscilaciones entre los dos extremos de la injusticia; la fuerza brutal y la astucia pèrvida, entre las cuales los contendientes se detienen siempre en una convencion. Pero la justicia viene inmediatamente despues del compromiso; la convencion expresará, más tarde ó más temprano, la

realidad; el derecho verdadero se desprende incesantemente del derecho sofisticado y arbitrario; la reforma se efectúa por medio de la lucha entre la fuerza y la inteligencia; y á este vasto movimiento, cuyo punto de partida está en las tinieblas del salvajismo, y que espira en cuanto la sociedad se eleva á la idea sintética de la posesion y del valor; á este conjunto de trasformaciones y de revoluciones instintivamente realizadas que busca su solucion científica y definitiva, es á lo que yo llamo religion de la propiedad.

Pero si la propiedad espontánea y progresiva es una religion, como la monarquía y el sacerdocio, es de derecho divino. De la misma manera la desigualdad de las condiciones y de las fortunas, la miseria, en fin, es de derecho divino; el perjurio y el robo son tambien de institucion divina; la explotacion del hombre por el hombre es una afirmacion, ¿qué digo? es una manifestacion de Dios. Los verdaderos teistas son los propietarios; los defensores de la propiedad son todos los hombres que temen á Dios; las condenaciones á muerte y á presidio que ejecutan los unos con los otros á consecuencia de sus errores sobre la propiedad, son sacrificios humanos que ofrecen al dios de la fuerza; pero los que anuncian el fin próximo de la propiedad, que provocan, con Jesucristo y San Pablo, la abolicion de la propiedad, que racionan sobre la produccion, el consumo y la distribucion de las riquezas, son los anarquistas y los ateos; y la sociedad que marcha visiblemente hácia la igualdad y la ciencia, es la negacion incesante de Dios.

Demostracion de la hipótesis de Dios por la propiedad y necesidad del ateismo por el perfeccionamiento físico, moral é intelectual del hombre: tal es el extraño problema que nos falta por resolver. Pocas

palabras bastarán: los hechos son conocidos, y nuestra prueba está hecha.

La idea dominante del siglo, la idea más vulgar y la más auténtica hoy, es la del PROGRESO. Desde Lessing el progreso se convirtió en base de las creencias sociales, y desempeña en los espíritus el mismo papel que en otros tiempos desempeñaba la *revelacion*. El latin *revelatio*, lo mismo que el griego *apokalupsis*, significa á la letra desenvolvimiento, progreso; pero la antigüedad religiosa veía este desenvolvimiento en una historia referida por Dios mismo ántes del suceso, mientras que la razon filosófica de los modernos, lo vé en la sucesion de los hechos realizados. La profecía no es lo opuesto, sino el mito de la filosofía de la historia.

El progreso de la humanidad: tal es, pues, nuestra idea más profunda y más comprensiva; desenvolvimiento del lenguaje y de las leyes, de las religiones y de las filosofías, progreso económico é industrial; desenvolvimiento de la justicia por la fuerza, la astucia y las convenciones, y progreso de las ciencias y de las artes. Y el cristianismo, que abraza todas las religiones, que se opone á todas las filosofías, que se apoya, por un lado en la revelacion y por el otro en la penitencia; es decir, que cree en la educacion del hombre por la razon y la experiencia, el cristianismo, en su conjunto, es el símbolo del progreso.

Frente á frente de esta idea sublime, fecunda y eminentemente racional, persiste y parece revivir todavía otra idea gigantesca, enigmática, impenetrable á nuestros instrumentos dialécticos, como lo son al telescopio las profundidades del firmamento: esta idea es la de Dios.

¿Qué es Dios?

Hipotéticamente, Dios es lo eterno, lo omnipo-

tente, lo infalible, lo inmutable, lo espontáneo; en una palabra, es lo infinito en todas sus facultades, propiedades y manifestaciones. Dios es el sér en quien la inteligencia y la actividad, elevadas á una potencia infinita, llegan á ser idénticas y adecuadas á la fatalidad misma: *Summa lex, summa libertas, summa necessitas*. Dios es, por esencia, anti-progresivo y anti-providencial. *Dictum, factum*: hé ahí su divisa, su sola y única ley. Y como en él la eternidad excluye la Providencia, así también la infalibilidad excluye la percepción del error, y por consiguiente, la percepción del mal: *Sanctus in omnibus operibus suis*. Pero Dios, por su cualidad de infinito en todos sentidos, adquiere una especificación propia, por consiguiente, una posibilidad de existencia que resulta de su oposición al sér finito, progresivo y providencial que lo concibe como un antagonista suyo. En una palabra; si, como Dios no tiene nada de contradictorio en su concepto, es posible, debe examinarse esta hipótesis involuntaria de nuestra razón.

Todas estas nociones las hemos adquirido por medio del análisis del sér humano considerado en su constitución moral é intelectual; se presentaron inmediatamente después de una dialéctica irrefutable, como el postulado necesario de nuestra naturaleza contingente y de nuestra función sobre el globo.

Más tarde, lo que habíamos concebido como simple posibilidad de existencia, se elevó, por la teoría del dualismo irreductible y de la progresión de los séres, á la importancia de una probabilidad. Hicimos constar que el hecho, demostrado ya por la ciencia, de una creación progresiva que se desenvuelve en una sustancia dualista, y cuya razón con el último término están dados, implicaba otro

hecho en su origen, que es el de una ciencia infinita en espontaneidad, eficacia y certidumbre, cuyos atributos, por consiguiente, serían inversos de los del hombre.

Falta, pues, poner en claro este hecho probable, esta existencia *sine qua non* que la razón exige, que la observación sugiere, pero que nada prueba todavía, y que, en todo caso, su infinidad y su soledad nos arrebatan la esperanza de comprender. Falta demostrar lo indemostrable, penetrar lo inaccesible; en una palabra, falta poner lo infinito ante los ojos del hombre mortal.

Este problema, insoluble al primer golpe de vista y contradictorio en los términos, si uno se toma la pena de reflexionar sobre él, se reduce al teorema siguiente, en el cual toda contradicción desaparece: Hacer ecuación entre la fatalidad y el progreso, de tal manera que la existencia infinita y la progresiva, adecuadas la una á la otra, aunque no idénticas (por el contrario, inversas), penetrándose sin confundirse, sirviéndose mutuamente de expresión y de ley, se nos presenten, como el espíritu y la materia que los constituyen, pero con otras dimensiones, como las dos fases inseparables é irreductibles del sér.

Se ha visto ya, y nosotros hemos tenido cuidado de hacerlo notar, que en la ciencia social, las ideas son todas igualmente eternas y evolutivas, simples y complejas, aforísticas y subordinadas. Para una inteligencia trascendente, en el sistema económico no hay principio, ni consecuencia, ni demostración, ni deducción: la verdad es una é idéntica, sin condición de encadenamiento, porque es verdad siempre, en todas partes, bajo una infinidad de aspectos y en una infinidad de teorías y de sistemas. Sólo por la exposición didáctica, la serie de las proposi-

ciones se manifiesta. La sociedad es como un sabio que tiene la ciencia hecha en su cerebro, que la abraza en su conjunto, la concibe sin principio ni fin, la penetra simultánea y distintamente en todas sus partes, y encuentra en cada una de ellas evidencia y prioridad iguales. Pero si este mismo hombre quiere producir la ciencia, se vé precisado á desarrollarla en palabras, proposiciones y discursos sucesivos; es decir, á presentar como una progresion lo que se le aparece como un todo indivisible.

Así, las ideas de libertad, igualdad, tuyo, mio, mérito y demérito, crédito y débito, servidor y amo, proporcion, valor, competencia, monopolio, impuesto, cambio, division del trabajo, máquinas, aduanas, renta, herencia, etc., etc.; todas las categorías, todas las oposiciones, todas las síntesis que se encuentran desde el origen del mundo en el vocabulario económico, son contemporáneas en la razon. Y sin embargo, para constituir una ciencia que nos sea accesible, es necesario que estas ideas estén escalonadas siguiendo una teoría que nos las presenta engendrándose las unas á las otras, y que tiene su principio, su medio y su fin. Para entrar en la práctica humana y realizarse de una manera eficaz, estas mismas ideas deben establecerse en una série de instituciones oscilantes, acompañadas de mil accidentes imprevistos y largas vacilaciones. En una palabra; así como en la ciencia hay la verdad trascendental y absoluta y la verdad teórica, así tambien en la sociedad hay, á la vez, fatalidad y providencia, espontaneidad y reflexion. La segunda de estas fuerzas trabaja constantemente por suplantarse á la primera, pero en realidad hace siempre la misma obra.

La fatalidad es, pues, una forma del sér y de la idea; la deduccion y el progreso es otra.

Pero la fatalidad y el progreso son abstracciones del lenguaje que no conoce la naturaleza, en quien todo está realizado ó no existe. Hay, pues, en la humanidad el *sér fatal* y el *sér progresivo*, inseparables, aunque distintos, opuestos, antagónicos é irreductibles.

Como criaturas dotadas de una espontaneidad irreflexiva é involuntaria, sometidas á las leyes de un organismo físico y social ordenado desde la eternidad, inmutable en sus términos, irresistible en su conjunto y que se cumple y se realiza por desarrollo y crecimiento, en tanto que vivimos, crecemos y morimos, trabajamos, cambiamos, amamos, etc., somos el sér fatal, *in quo vivimus, movemur et sumus*. Nosotros somos su sustancia, su alma, su cuerpo y su figura, como lo son los animales, las plantas y las piedras. Pero en tanto que observamos, reflexionamos, aprendemos, obramos, sometemos á la naturaleza y nos hacemos dueños de nosotros mismos, somos el sér progresivo, somos hombres. Dios, *natura naturans*, es la base, la sustancia eterna de la sociedad; y la sociedad, *natura naturata*, es el sér fatal en perpétua emision de sí mismo. Aunque imperfectamente, la fisiología representa este dualismo en su distincion de la vida *orgánica* y la vida de *relacion*. Dios no existe en la sociedad solamente, sino en toda la naturaleza; pero sólo en la sociedad se le percibe por su oposicion con el sér progresivo: es la sociedad, es el hombre el que, por su evolucion, hace cesar el panteismo original; por esta razon, el naturalista que se sumerge y se absorbe en la fisiología y en la materia, sin estudiar nunca la sociedad ni el hombre, pierde poco á poco el sentimiento de la divinidad. Para él, todo es Dios, ó mejor dicho, Dios no existe.

Dios y el hombre, de naturalezas diversas, se dis-

tinguen, pues, por sus ideas y sus actos; en una palabra, por su lenguaje.

El mundo es la conciencia de Dios. Las ideas ó hechos de conciencia en Dios, son la atraccion, el movimiento, la vida, el número, la medida, la unidad, la oposicion, la progresion, la série y el equilibrio: todas estas ideas fueron concebidas y producidas eternamente, por consiguiente, sin sucesion, prevision ni error. El lenguaje de Dios, los signos de sus ideas, son todos los séres y sus fenómenos.

Las ideas ó hechos de conciencia en el hombre, son la atencion, la comparacion, la memoria, el juicio, el razonamiento, la imaginacion, el tiempo, el espacio, la causalidad, lo bello y lo sublime, el amor y el odio, el dolor y la voluptuosidad. Estas ideas las produce el hombre al exterior por signos específicos; idiomas, industria, agricultura, ciencias y artes, filosofias, leyes, gobiernos, guerras, conquistas, ceremonias alegres y fúnebres, revoluciones y progresos.

Las ideas de Dios son comunes al hombre, que viene de Dios como la naturaleza; que no es más que la conciencia de la naturaleza; que toma las ideas de Dios por principios y materiales de todas las suyas, y convierte en su sér y se asimila incesantemente la sustancia divina. Pero las ideas del hombre son extrañas á Dios, que no comprende nuestro progreso, y para quien todos los productos de nuestra imaginacion son monstruosos. Por esta razon, el hombre habla el idioma de Dios como el suyo propio, mientras Dios es impotente para hablar el idioma del hombre, y ninguna conversacion, ningun pacto es posible entre ellos; por eso, en fin, todo lo que en la humanidad viene de Dios, se detiene en él ó vuelve á él, es hostil al hombre y perjudicial á su desarrollo y á su perfeccion.

Dios crea el mundo; arroja, por decirlo así, al hombre de su seno, porque es la potencia infinita, y porque su esencia consiste en engendrar el progreso eternamente: *Pater ab ævo se videns parem sibi genuit natum*, dice la teología católica. Dios y el hombre son, pues, necesarios el uno al otro, y ninguno de ellos puede negarse sin que el otro desaparezca al mismo tiempo. ¿Qué sería el progreso sin una ley absoluta é inmutable? ¿Qué sería la fatalidad si no se desenvolviese al exterior? Supongamos que la actividad en Dios cesase de repente; la creacion volvería á entrar en la existencia caótica, volvería al estado de materia sin formas, de espíritu sin ideas, de fatalidad ininteligible. Dios, sin obrar, no existe.

Pero Dios y el hombre, á pesar de la necesidad que los encadena, son irreductibles; lo que los moralistas llamaron, por una calumnia piadosa, la guerra del hombre consigo mismo, y que en el fondo no es más que la guerra del hombre contra Dios, la guerra de la reflexion contra el instinto, de la razon que prepara, elige y contemporiza, contra la pasion impetuosa y fatal, es una prueba irrecusable de esta verdad. La existencia de Dios y del hombre está demostrada por su antagonismo eterno; hé ahí lo que explica la contradiccion de los cultos que, tan pronto piden á Dios que vele por el hombre, que no le abandone á la tentacion, como Fedra conjurando á Vénus para que arranque de su corazon el amor que Hipólito le inspirara, como le piden la sabiduría y la inteligencia; el hijo de David al subir al trono, y nosotros en las misas del Espíritu Santo, somos una prueba de ello. Hé ahí, en fin, lo que explica la mayor parte de las guerras civiles y de religion, la persecucion de las ideas, el fanatismo de las costumbres, el odio á la ciencia y el horror al progreso,

causas primeras de todos los males que afligen á nuestra especie.

El hombre, como tal, no puede encontrarse nunca en contradicción consigo mismo, y sólo siente la turbación y la lucha por la resistencia de Dios, que vive en él. En el hombre se reúnen todas las espontaneidades de la naturaleza, todas las instigaciones del Sér fatal, todos los dioses y los demonios del universo. Para someter estas potencias, para disciplinar esta anarquía, el hombre sólo cuenta con su razón, con su pensamiento progresivo; y hé ahí lo que constituye el drama sublime, cuyas peripecias forman, por su conjunto, la última razón de todas las existencias. El destino de la naturaleza y del hombre es la metamorfosis de Dios; pero Dios es inagotable, y nuestra lucha eterna.

No nos sorprendamos, pues, si todo el que hace profesión de misticismo y de religión, todo el que depende de Dios, todo el que desea retrogradar hácia la ignorancia primitiva, todo el que preconiza la satisfacción de la carne y el culto de las pasiones, se presenta como partidario de la propiedad y como enemigo de la igualdad y de la justicia. Nos encontramos en vísperas de una batalla, en la cual todos los enemigos del hombre se conjurarán contra él; estos enemigos son los sentidos, el corazón, la imaginación, el orgullo, la pereza y la duda: *¡Astiterunt reges terræ adversus Christum!*... La causa de la propiedad es la causa de las dinastías y de los sacerdotes, de la demagogia y del sofisma, de los improductivos y de los parásitos. Ninguna hipocresía ni seducción alguna se omitirá para defenderla. A fin de arrastar al pueblo, se empezará por compadecer su miseria; se excitará en él el amor y la ternura, todo lo que pueda disminuir el valor y debilitar la voluntad; se pondrá por cima de la reflexión filosó-

fica y de la ciencia su feliz instinto: después se recordarán las glorias nacionales; se exaltará su patriotismo; se le hablará de sus grandes hombres, y poco á poco sustituirán el culto de la Razon, siempre proscrito, con el de los explotadores, con la idolatría de los aristócratas.

El pueblo, como la naturaleza, desea realizar sus ideas, y á las cuestiones teóricas prefiere las de personas. Si se subleva contra Fernando, es por obedecer á Mazaniello. Necesita un Lafayette, un Mirabeau, un Napoleon, un semi-dios, y no aceptará su dicha de las manos de un comisionista, á no ser que se presente vestido de general. ¡Y ved cómo el culto de los ídolos prospera! Ved á los fanáticos de Fourier y del buen ICARIO, grandes hombres que quieren organizar la sociedad y no pudieron establecer nunca una cocina; ved á los demócratas, que hacen consistir la grandeza y la virtud en un triunfo de tribuna, siempre dispuestos á lanzarse sobre el Rhin, como los atenienses en Queronea, obediendo á la voz de algun Demóstenes que la víspera haya recibido el oro de Filipo y arroje su escudo en medio de la batalla.

De las ideas, de los principios, de la inteligencia de los hechos realizados, nadie se ocupa: no parece sino que tenemos demasiado con la sabiduría antigua. La democracia permanece todavía en Rousseau; los dinásticos y los legitimistas sueñan con Luis XIV; la clase media se eleva hasta Luis el Gordo; los sacerdotes sólo se detienen en Gregorio VII, y los socialistas en Jesucristo: aquí se va á quién retrocede más. En esta decadencia universal, el estudio, como el trabajo parcelario, es un modo de embrutecerse; la crítica se reduce á insípidas arlequinadas, y toda filosofía espira.

¿No es esto lo que hemos visto hace algunos me-

ses, cuando un hombre de ciencia, amigo del pueblo y que hace profesion de enseñar la historia y el progreso, á través de un diluvio de frases elegiacas y ditirámicas, no supo emitir sobre la cuestion social más que este desgraciado juicio?

«En cuanto al comunismo, una sola palabra basta. El último país en donde la propiedad será abolida, es la Francia precisamente. Si, como decia alguno de esta escuela, *la propiedad es un robo*, hay aquí veinticinco millones de propietarios que no se dejarán despojar mañana.»

El autor de esta bufonada es el Sr. MICHELET, profesor en el colegio de Francia, miembro de la Academia de Ciencias morales y políticas, y el *alguno* á quien alude soy yo. El Sr. Michelet pudo nombrarme sin temor de que me avergonzase: la definicion de la propiedad es mía, y toda mi ambicion consiste en probar que comprendí su sentido y su extension. *¡La propiedad es el robo!* En mil años no se vuelven á decir dos palabras como esas: no tengo más bienes en la tierra que esa definicion de la propiedad; pero la creo más preciosa que todos los millones de Rothschild, y me atrevo á decir que será el acontecimiento más notable del reinado de Luis Felipe.

Pero... ¿quién le ha dicho al Sr. Michelet que la negacion de la propiedad implica necesariamente el comunismo? ¿Cómo sabe que la Francia es el último país del mundo que abolirá la propiedad? ¿Por qué en vez de *veinticinco millones* de propietarios no dijo *treinta y cuatro*? ¿En dónde nos vió acusar á las personas, como acusamos las instituciones? Y cuando añade que los veinticinco millones de propietarios que hay en Francia no se dejarán despojar mañana, ¿quién le dá derecho de suponer que se necesita para nada su consentimiento? En cinco líneas, el Sr. Michelet tuvo el talento de ser cinco veces absurdo: sin

duda quiso realizar la prediccion que yo hice en otro tiempo respecto á la persona que en lo sucesivo quisiese defender la propiedad. Pero... ¿qué se puede responder á un hombre que, despues de cuarenta años de estudios sobre la historia, se presenta predicando en el siglo XIX la emancipacion por el INSTINTO? Que otros discutan con el Sr. Michelet; yo, por mi parte, le recomiendo el estudio de la cronología.

CAPÍTULO XII

ÉPOCA NOVENA. — LA COMUNIDAD

A mi amigo Villegardelle, comunista.

Mi querido Villegardelle:

A su debido tiempo recibí vuestras dos últimas publicaciones, y os doy las gracias.

He leído la ARMONÍA DE LOS INTERESES, con el encanto que debian producirme vuestro espíritu sutil, vuestro pensamiento vivo y ligero y vuestra expresion siempre escéptica y cáustica. ¿Qué se puede buscar en un escrito comunista, sino la imaginacion y el talento del escritor?

Lo que me impresionó en la HISTORIA DE LAS IDEAS SOCIALES, fué el segundo título: *Los socialistas modernos adelantados y aventajados por los antiguos pensadores y filósofos*. Confieso que encuentro en esto ménos malicia que candor. ¡Qué bella recomendacion para nuestra causa, hacer ver á un público, imbuido de las ideas de progreso, que la invencion se debilita en nosotros á medida que la civilizacion se desarrolla sobre su base propietaria, y gritar pú-

ses, cuando un hombre de ciencia, amigo del pueblo y que hace profesion de enseñar la historia y el progreso, á través de un diluvio de frases elegiacas y ditirámicas, no supo emitir sobre la cuestion social más que este desgraciado juicio?

«En cuanto al comunismo, una sola palabra basta. El último país en donde la propiedad será abolida, es la Francia precisamente. Si, como decia alguno de esta escuela, *la propiedad es un robo*, hay aquí veincincos millones de propietarios que no se dejarán despojar mañana.»

El autor de esta bufonada es el Sr. MICHELET, profesor en el colegio de Francia, miembro de la Academia de Ciencias morales y políticas, y el *alguno* á quien alude soy yo. El Sr. Michelet pudo nombrarme sin temor de que me avergonzase: la definicion de la propiedad es mía, y toda mi ambicion consiste en probar que comprendí su sentido y su extension. *¡La propiedad es el robo!* En mil años no se vuelven á decir dos palabras como esas: no tengo más bienes en la tierra que esa definicion de la propiedad; pero la creo más preciosa que todos los millones de Rothschild, y me atrevo á decir que será el acontecimiento más notable del reinado de Luis Felipe.

Pero... ¿quién le ha dicho al Sr. Michelet que la negacion de la propiedad implica necesariamente el comunismo? ¿Cómo sabe que la Francia es el último país del mundo que abolirá la propiedad? ¿Por qué en vez de *veinticinco millones* de propietarios no dijo *treinta y cuatro*? ¿En dónde nos vió acusar á las personas, como acusamos las instituciones? Y cuando añade que los veinticinco millones de propietarios que hay en Francia no se dejarán despojar mañana, ¿quién le dá derecho de suponer que se necesita para nada su consentimiento? En cinco líneas, el Sr. Michelet tuvo el talento de ser cinco veces absurdo: sin

duda quiso realizar la prediccion que yo hice en otro tiempo respecto á la persona que en lo sucesivo quisiese defender la propiedad. Pero... ¿qué se puede responder á un hombre que, despues de cuarenta años de estudios sobre la historia, se presenta predicando en el siglo XIX la emancipacion por el INSTINTO? Que otros discutan con el Sr. Michelet; yo, por mi parte, le recomiendo el estudio de la cronología.

CAPÍTULO XII

ÉPOCA NOVENA. — LA COMUNIDAD

A mi amigo Villegardelle, comunista.

Mi querido Villegardelle:

A su debido tiempo recibí vuestras dos últimas publicaciones, y os doy las gracias.

He leído la ARMONÍA DE LOS INTERESES, con el encanto que debian producirme vuestro espíritu sutil, vuestro pensamiento vivo y ligero y vuestra expresion siempre escéptica y cáustica. ¿Qué se puede buscar en un escrito comunista, sino la imaginacion y el talento del escritor?

Lo que me impresionó en la HISTORIA DE LAS IDEAS SOCIALES, fué el segundo título: *Los socialistas modernos adelantados y aventajados por los antiguos pensadores y filósofos*. Confieso que encuentro en esto ménos malicia que candor. ¡Qué bella recomendacion para nuestra causa, hacer ver á un público, imbuido de las ideas de progreso, que la invencion se debilita en nosotros á medida que la civilizacion se desarrolla sobre su base propietaria, y gritar pú-

blicamente, por más que sea cierto, que el socialismo está en decadencia desde Platon y Pitágoras! ¡Y qué advertencia al lector en la primera página de una publicacion comunista! Vos, que habeis frecuentado el falansterio, mi querido Villegardelle, ¿sois tan poco hábil?

Os confieso que me gusta mucho el título de UTOPIA que dais en general á todo proyecto de reforma contrario á la propiedad. De hecho y de derecho, el socialismo, que protesta eternamente contra la razon y la práctica social, no es ni puede ser nada. Al revés de las trabas que puso al libre comercio, y de las cuales los economistas piensan triunfar con el tiempo, el socialismo no viene nunca; no hay hora marcada para él, y está condenado á un perpétuo aplazamiento. Os felicito, mi querido Villegardelle, por este feliz descubrimiento.

Vos decís, con mucha razon á mi modo de ver, que *el público refiere todas las ramas del socialismo al antiguo tronco de la comunidad*. Por esta razon, vos mismo, despues de haber examinado la utopia de Saint-Simon, y más tarde la de Fourier; habiendo visto que estas personas no procedian de buena fé ó se detenian en la mitad del camino, os hicisteis comunista. Y en efecto: ¿contra qué se levantaron los reformadores de todos los tiempos? Contra la propiedad: pues bien; la negacion de la propiedad es el comunismo. El más pobre icariano puede, como si fuese un Aristóteles, llegar á esta consecuencia, y vuestra profesion de fé actual depende por completo de la fatalidad de este razonamiento.

¿Por qué, pues, os preguntareis sin duda, por qué yo, que protesto tan enérgicamente contra la propiedad, no imito vuestro ejemplo? ¿Y cómo, á pesar de la negacion más decidida, soy todavía el ménos avanzado de los socialistas modernos, que todos son

ménos avanzados que los antiguos? Demoler la propiedad, era hermoso, sublime; pero rechazar en seguida el comunismo en nombre de no sé qué metafísica, ¿se puede dar algo más inconsecuente? Hace seis años que persisto en esta declaracion ambigua: ¿qué puedo responder al socialismo desconcertado y suspicaz?

Os doy gracias, mi querido Villegardelle, por haber reconocido mi insolidaridad frente á frente del comunismo. Mi justificacion será más fácil, porque tengo todos los elementos necesarios en vuestras obras. Vos mismo lo decís: El socialismo, ó la comunidad, decae de una manera continua, porque es una utopia, es decir, nada. El socialismo retrocede á medida que la sociedad avanza, afirma y realiza sus ideas íntimas y toma posicion en la experiencia; del mismo modo que la propiedad se modifica á medida que el legislador descubre las leyes de lo justo, y la pura esencia de la humanidad se manifiesta. Hé ahí lo que el socialismo y la economía política han demostrado, y lo que ambos aceptamos de uno y otra.

Soy, pues, comunista como vos, mi querido Villegardelle; pero hipotéticamente nada más, y en tanto que niego la propiedad. Destruida ésta, será preciso examinar la hipótesis comunista; y viendo entónces que el comunismo está, como la propiedad, en decadencia continua; que es utópico, quiero decir, igual á nada; que cuando trata de reproducirse se resuelve en una caricatura de la propiedad, para ponerme de acuerdo conmigo mismo y ser fiel á la razon y á la experiencia, me veo precisado á concluir contra la comunidad, como ántes lo hice contra la propiedad; y si soy el ménos avanzado de los socialistas, es porque salgo de la utopia, mientras los demás permanecen en ella.

¿Procede esta doble negacion de error, ó de burla? Creo firmemente, mi querido Villegardelle, que en la naturaleza misma de la sociedad está la causa, y no desespere de convencerlos, si os dignais descender conmigo de la sublimidad de los oráculos socialistas al exámen práctico de las cosas. Recordad, ante todo, que al exponer mis razones, no sostengo una opinion mia, sino que me limito á explicar la vuestra, á justificar el título que llevais y á conciliar vuestras insinuaciones y vuestras iras, con la profesion de fé que habeis hecho. ¡Nosotros vivimos sobre dos mentiras!... ¡Es extraño que, porque paso mi vida demostrando esta contradiccion de nuestra naturaleza, se me acuse de ser contradictorio en todo!

§ 1.— La comunidad procede de la economía política.

La primera cosa que me puso en guardia contra la utopia comunista, y de la cual ni siquiera sospechan sus partidarios, es que la comunidad es una de las categorías de la economía política, de esta pretendida ciencia que el socialismo tiene la mision de combatir, y que yo he calificado de Descripcion de las rutinas propietarias. Así como la propiedad es el monopolio elevado á la segunda potencia, la comunidad es la exaltacion del Estado, la glorificacion de la policía. Y así como el Estado se estableció, en la quinta época, como una reaccion contra el monopolio, así tambien, en la faz á que hemos llegado, el comunismo se presenta á dar el jaque-mate á la propiedad.

El comunismo, pues, reproduce, aunque en sentido inverso, todas las contradicciones de la economía política. Su secreto consiste en sustituir al individuo con el hombre colectivo en todas las funciones sociales; produccion, cambio, consumo, educacion

y familia. Y como esta nueva evolucion no concilia ni resuelve nada, llega fatalmente, como las anteriores, á la iniquidad y á la miseria.

Así, pues, el destino del socialismo es completamente negativo: la utopia comunista, salida del dato económico del Estado, es la contra-prueba de la rutina egoísta y propietaria. Bajo este punto de vista no carece de utilidad, y sirve á la ciencia social como sirve á la filología la oposicion de NADA á ALGO. El socialismo es una logomaquia, y me sorprende que los economistas no se hayan apercebido de ello. La comunidad, como la competencia, el impuesto, la aduana y el banco, pertenece á la economía política; la comunidad está en el fondo de las teorías de la division del trabajo, de la fuerza colectiva, de los gastos generales, de las sociedades anónimas en comandita, de las cajas de ahorros y de seguros, de los bancos de circulacion y de crédito, etc., etc., etc.: en una palabra; la comunidad existe en todas partes como el espacio, y no es nada.

Todas las utopias sociales, desde la *Atlántida* de Platon hasta la *Icaria* de Cabet, examinadas en su significacion, se reducen á esta sustitucion de una antinomia con otra. En cuanto á la invencion, el mérito de todas es igual á cero; el adorno no es más que un accesorio insignificante, y por lo que se refiere á la decadencia de la facultad utopista que vos señalais en los autores, procede únicamente de las correcciones que la experiencia les impone, y que son otras tantas apostasias por su parte. Por lo demás, estos escritores, cuyas intenciones no me importa conocer, son todos unos insípidos plagarios de los economistas, propietarios disfrazados que, mientras la humanidad sube penosamente la montaña en donde debe transfigurarse, se atribuyen la originalidad del descenso.

¿Procede esta doble negacion de error, ó de burla? Creo firmemente, mi querido Villegardelle, que en la naturaleza misma de la sociedad está la causa, y no desespere de convencerlos, si os dignais descender conmigo de la sublimidad de los oráculos socialistas al exámen práctico de las cosas. Recordad, ante todo, que al exponer mis razones, no sostengo una opinion mia, sino que me limito á explicar la vuestra, á justificar el título que llevais y á conciliar vuestras insinuaciones y vuestras iras, con la profesion de fé que habeis hecho. ¡Nosotros vivimos sobre dos mentiras!... ¡Es extraño que, porque paso mi vida demostrando esta contradiccion de nuestra naturaleza, se me acuse de ser contradictorio en todo!

§ 1.— La comunidad procede de la economía política.

La primera cosa que me puso en guardia contra la utopia comunista, y de la cual ni siquiera sospechan sus partidarios, es que la comunidad es una de las categorías de la economía política, de esta pretendida ciencia que el socialismo tiene la mision de combatir, y que yo he calificado de Descripcion de las rutinas propietarias. Así como la propiedad es el monopolio elevado á la segunda potencia, la comunidad es la exaltacion del Estado, la glorificacion de la policía. Y así como el Estado se estableció, en la quinta época, como una reaccion contra el monopolio, así tambien, en la faz á que hemos llegado, el comunismo se presenta á dar el jaque-mate á la propiedad.

El comunismo, pues, reproduce, aunque en sentido inverso, todas las contradicciones de la economía política. Su secreto consiste en sustituir al individuo con el hombre colectivo en todas las funciones sociales; produccion, cambio, consumo, educacion

y familia. Y como esta nueva evolucion no concilia ni resuelve nada, llega fatalmente, como las anteriores, á la iniquidad y á la miseria.

Así, pues, el destino del socialismo es completamente negativo: la utopia comunista, salida del dato económico del Estado, es la contra-prueba de la rutina egoista y propietaria. Bajo este punto de vista no carece de utilidad, y sirve á la ciencia social como sirve á la filología la oposicion de NADA á ALGO. El socialismo es una logomaquia, y me sorprende que los economistas no se hayan apercebido de ello. La comunidad, como la competencia, el impuesto, la aduana y el banco, pertenece á la economía política; la comunidad está en el fondo de las teorías de la division del trabajo, de la fuerza colectiva, de los gastos generales, de las sociedades anónimas en comandita, de las cajas de ahorros y de seguros, de los bancos de circulacion y de crédito, etc., etc., etc.: en una palabra; la comunidad existe en todas partes como el espacio, y no es nada.

Todas las utopias sociales, desde la *Atlántida* de Platon hasta la *Icaria* de Cabet, examinadas en su significacion, se reducen á esta sustitucion de una antinomia con otra. En cuanto á la invencion, el mérito de todas es igual á cero; el adorno no es más que un accesorio insignificante, y por lo que se refiere á la decadencia de la facultad utopista que vos señalais en los autores, procede únicamente de las correcciones que la experiencia les impone, y que son otras tantas apostasias por su parte. Por lo demás, estos escritores, cuyas intenciones no me importa conocer, son todos unos insípidos plagarios de los economistas, propietarios disfrazados que, mientras la humanidad sube penosamente la montaña en donde debe transfigurarse, se atribuyen la originalidad del descenso.

¡Y para esto me haré yo comunista! No, porque eso sería lanzarme á lo quimérico por huir de lo imposible, y por miedo á Loyola, abrazarme á Calgiostro.

§ II. — Definición de lo que es PROPIO y de lo que es COMUN.

Si algun hombre ha merecido bien del comunismo, fué, seguramente, el autor del libro publicado en 1840 bajo este título: *¿Qué es la propiedad?* Más enemigo que nadie de esta institucion, más que nadie tengo el derecho de exponer mis ideas sobre la posibilidad de una organizacion comunista. Convengamos, pues, en los hechos y en los términos, y procedamos con orden.

Con verdadera pena, mi querido Villegardelle, á las cuestiones más delicadas de la sociedad mezclo siempre las formas angulosas de la metafísica; y esta pesada y escolástica marcha, que recuerda cierto personaje de Molière, me parece tan ridícula como á vos. Pero ¿qué quereis que yo le haga? Mientras que vuestra viva inteligencia coge al vuelo las ideas más rápidas, yo soy, por mi desgracia, de un entendimiento pesado. La intuicion y la espontaneidad me faltan; la improvisacion es nula en mí, y el espíritu no puede dar un solo paso sin las muletas del razonamiento.

El sol, el aire y la mar, son *comunes*, y el goce de estos objetos presenta el mayor grado de comunidad posible. Nadie puede poner límites en ellos, dividirlos ni limitarlos, y se ha dicho, no sin razon, que la inmensidad de la distancia, la profundidad impenetrable y la inestabilidad perpétua los habian sustraído á la apropiacion. ¡Tal y tan grande es la fuerza del instinto que nos arrastra á la division y á la guerra! Resulta, pues, de esta primera observacion, que la

propiedad es todo lo que se define, y la comunidad todo lo que es indefinible. ¿Cuál puede ser, despues de esto, el punto de partida del comunismo?

Los grandes trabajos de la humanidad participan de este carácter económico de las potencias naturales. El uso de los caminos, de las plazas públicas, de las iglesias, de los museos, de las bibliotecas, etc., es comun. Los gastos de su construccion son comunes, por más que la reparticion de estos gastos esté léjos de ser igual, precisamente, porque cada uno contribuye en razon inversa de su fortuna. Vemos, pues, que igualdad y comunidad no son una misma cosa. Ciertos economistas pretenden que los trabajos de utilidad pública deberian ejecutarse por la industria privada, más activa, segun ellos, más diligente y ménos cara; sin embargo, no están de acuerdo todavía sobre este punto. En cuanto al uso de los objetos, permanece invariablemente comun, y á nadie se le ha ocurrido la idea de que estas cosas deben apropiarse.

Los soldados toman la sopa en comun; tienen el pan y la carne tasados, y reciben la forniture aparte, de la cual es responsable cada uno. La sala de policía y el dormitorio, el ejercicio y las maniobras son tambien comunes. Si alguno de ellos recibe una gratificacion de su familia, no está obligado á dar parte á sus compañeros. La vida militar, bastante comunista, está mezclada de ciertos rasgos de apropiacion; así tambien, en un restaurant en donde viven cien personas, los comensales viven juntos, y sin embargo, permanecen aislados, de donde deduzco este otro principio; que la comunidad, que sólo se refiere á la materia, no es una comunidad. Para triunfar del comunismo, basta que me separe mentalmente de lo que me rodea; hecho grave que inspira sérias inquietudes respecto al porvenir de la utopia!

¡Y para esto me haré yo comunista! No, porque eso sería lanzarme á lo quimérico por huir de lo imposible, y por miedo á Loyola, abrazarme á Cagliostro.

§ II. — Definición de lo que es PROPIO y de lo que es COMUN.

Si algun hombre ha merecido bien del comunismo, fué, seguramente, el autor del libro publicado en 1840 bajo este título: *¿Qué es la propiedad?* Más enemigo que nadie de esta institucion, más que nadie tengo el derecho de exponer mis ideas sobre la posibilidad de una organizacion comunista. Convengamos, pues, en los hechos y en los términos, y procedamos con orden.

Con verdadera pena, mi querido Villegardelle, á las cuestiones más delicadas de la sociedad mezclo siempre las formas angulosas de la metafísica; y esta pesada y escolástica marcha, que recuerda cierto personaje de Molière, me parece tan ridícula como á vos. Pero ¿qué quereis que yo le haga? Mientras que vuestra viva inteligencia coge al vuelo las ideas más rápidas, yo soy, por mi desgracia, de un entendimiento pesado. La intuicion y la espontaneidad me faltan; la improvisacion es nula en mí, y el espíritu no puede dar un solo paso sin las muletas del razonamiento.

El sol, el aire y la mar, son *comunes*, y el goce de estos objetos presenta el mayor grado de comunidad posible. Nadie puede poner límites en ellos, dividirlos ni limitarlos, y se ha dicho, no sin razon, que la inmensidad de la distancia, la profundidad impenetrable y la inestabilidad perpétua los habian sustraído á la apropiacion. ¡Tal y tan grande es la fuerza del instinto que nos arrastra á la division y á la guerra! Resulta, pues, de esta primera observacion, que la

propiedad es todo lo que se define, y la comunidad todo lo que es indefinible. ¿Cuál puede ser, despues de esto, el punto de partida del comunismo?

Los grandes trabajos de la humanidad participan de este carácter económico de las potencias naturales. El uso de los caminos, de las plazas públicas, de las iglesias, de los museos, de las bibliotecas, etc., es comun. Los gastos de su construccion son comunes, por más que la reparticion de estos gastos esté léjos de ser igual, precisamente, porque cada uno contribuye en razon inversa de su fortuna. Vemos, pues, que igualdad y comunidad no son una misma cosa. Ciertos economistas pretenden que los trabajos de utilidad pública deberian ejecutarse por la industria privada, más activa, segun ellos, más diligente y ménos cara; sin embargo, no están de acuerdo todavía sobre este punto. En cuanto al uso de los objetos, permanece invariablemente comun, y á nadie se le ha ocurrido la idea de que estas cosas deben apropiarse.

Los soldados toman la sopa en comun; tienen el pan y la carne tasados, y reciben la forniture aparte, de la cual es responsable cada uno. La sala de policía y el dormitorio, el ejercicio y las maniobras son tambien comunes. Si alguno de ellos recibe una gratificacion de su familia, no está obligado á dar parte á sus compañeros. La vida militar, bastante comunista, está mezclada de ciertos rasgos de apropiacion; así tambien, en un restaurant en donde viven cien personas, los comensales viven juntos, y sin embargo, permanecen aislados, de donde deduzco este otro principio; que la comunidad, que sólo se refiere á la materia, no es una comunidad. Para triunfar del comunismo, basta que me separe mentalmente de lo que me rodea; hecho grave que inspira serias inquietudes respecto al porvenir de la utopia!

La vida conventual era más profundamente comunista. En ella, el dormitorio, el refertorio, la oración, el trabajo, todos los bienes, adquisiciones y conquistas, eran comunes. Según un pasaje frecuentemente citado de los *Actos de los apóstoles* y el espíritu general de las instituciones cenobíticas, el colmo de la perfección era el desprendimiento completo, la desapropiación absoluta. Se pueden ver en las *Vidas de los padres del desierto*, los ejercicios á que se entregaban para llegar á este ideal. Mas por una contradicción digna de observarse, ciertos institutores de comunidades, como San Pacomio y San Antonio, á fuerza de exagerar el desprendimiento, llegaron á *aislar* á los hermanos, es decir, hicieron nacer la individualidad de la renuncia comunista. Esto fué lo que hizo dar á los hermanos, así disciplinados, el título de *monjes* ó solitarios. Nueva observación más inquietante todavía: ¡la comunidad toca al egoísmo!

El matrimonio es, de todos los estados, el que ofrece más recursos para una comunidad; mas, por un caso particular, esta aptitud del matrimonio para la vida comun, está esencialmente ligada á la distinción de los sexos; de modo que, la identidad completa de organización, parece menos ventajosa para el sistema. Lo que lo confirma, es que la especie de comunidad que se forma en el matrimonio, y que llamamos *familia*, es esencialmente exclusiva de toda persona extraña, y apenas soporta, al lado del marido, de la esposa y de los hijos, á los padres de los cónyuges. Este hecho dió lugar al proverbio: *la afección descende, pero no sube*. Así, pues, la comunidad sólo puede aplicarse hasta cierto punto; léjos de ser el principio formador de la sociedad, desempeña en ella un papel secundario; tal es, por lo ménos, el testimonio de la teoría y de la práctica

matrimonial. Como consecuencia de esta idea, el legislador distinguió en los contratos de matrimonio, el régimen *dotal* del de comunidad; y en este último, especificó todavía diversos grados de comunismo. ¿Cuál es, pues, la medida de aplicación del principio comunista? Hé ahí lo que es necesario conocer y lo que nadie supo decirnos hasta hoy.

Por último: el matrimonio proporcionó la ocasión de distinguir la comunidad de la asociación, hasta tal punto, que dos esposos, perfectamente *unidos* por el corazón y la inteligencia, pueden estar á la vez *separados* en cuanto á los bienes: *comunistas* en lo que se refiere á la habitación y al menaje, y *asociados* para su comercio. Si todo esto es más ó ménos regular ó abusivo, no es este el momento de decidirlo; lo importante para nosotros es ver cómo la vida social oscila entre estos extremos: la propiedad y la comunidad, buscando, á lo que parece, un tercer término que dista tanto del socialismo como de la economía política.

En los establecimientos de educación para los dos sexos, las comidas, las horas de trabajo y de recreo son comunes; pero esto es más grave que todo cuanto hemos tenido ocasión de observar: el trabajo es individual, pues si no lo fuese, la educación sería nula.

Todo el mundo sabe lo que era la lectura, es decir, la enseñanza en las casas religiosas. Para cumplir este deber, bastaba un solo libro y un solo lector. En el sistema de la revelación, la fé viene por el oído, *fides ex auditu*, la inteligencia es pasiva y la instrucción comun en el más alto grado. El comunismo se manifiesta entonces por el silencio; el superior, órgano del pensamiento divino, habla; el neófito escucha y obedece. La perfección del instituto religioso consiste en inculcar á la persona una

doctrina uniforme, presentársela siempre en lo mismos términos y con las mismas fórmulas, dirigir su inteligencia, si por casualidad se manifestase en ella algun extravío, de modo que se le haga llegar á la conclusion prevista. Este espíritu de disciplina comunista fué el que tan neciamente se censuró en los jesuitas, discípulos fieles de la tradicion católica, y observadores escrupulosos de la regla esencial á toda comunidad y á toda religion.

¡Qué diferencia en nuestras escuelas! Desde la primaria hasta la normal, no se hace más que acostumar á los discípulos á que trabajen solos: si algunas veces se dá á todos ellos la misma composicion, se exige que cada uno la trate *aparte* y en *competencia*; se procura obligar al jóven á que piense por sí mismo; enseñándole el fondo comun de la ciencia, se le exige que se la *apropie*; se excita su facultad inventiva, se le provoca, por decirlo así, al egoismo del genio, á la propiedad de las opiniones, y á medida que su condicion imberbe adquiere formas *originales*, personales, facciosas, se aplauden sus triunfos, y todos se felicitan por haber hecho un hombre; los padres y los maestros se gozan por no haber perdido su tiempo y su dinero, y se dice de este discípulo, cuyas ideas temerarias acaso destruyan un dia la comunidad, que pagó los gastos de su juventud. Pues bien: que la educacion, literaria y científica, se convierta á la vez en profesional, y es claro que, con esta manía de hacer de los jóvenes otros tantos hombres originales, capaces de iniciativa y de hacer descubrimientos, nos alejaremos cada vez más del principio comunista: en vez de trabajadores fraternalmente unidos, no tendremos más que personas ambiciosas é indomables caracteres. Yo presento esta pavorosa cuestion á las meditaciones de los pensadores comunistas.

A medida que avanzamos en esta rápida pesquisa, vemos que los hombres mezclaron, en proporciones muy diversas, en sus establecimientos políticos, religiosos, industriales, militares y pedagógicos, los principios de propiedad y de comunidad; y todo esto se hizo espontáneamente, unas veces por necesidad, otras por egoismo, y algunas tambien por accidente, ó por lo ménos, sin intencion apreciable.

Así vemos que los empleados públicos, recibiendo su salario de la comunidad que compra sus servicios, viven separados, á pesar de las ventajas que podrian obtener si estuviesen reunidos. La vida separada, tan cara y tan onerosa, agrada más á los improductivos, aunque con sus sueldos fijos les seria más fácil agrupar sus gastos, que á los industriales cuyos salarios son tan precarios y tan desiguales. Acaso llegue un dia en que los empleados públicos se entiendan y centralicen sus consumos; pero hoy por hoy, es cierto que rechazan, como todo el mundo, el régimen comunista, y que consideran la vida de familia como la más agradable de todas. Podrá ser esto efecto de un temperamento depravado y bárbaro, ó de un sentimiento de dignidad y de nobleza; yo admito todas las conjeturas mientras no encuentre razones suficientes para emitir un juicio contrario.

El hombre, á quien acabamos de ver semi-comunista en el período de su educacion, en el cumplimiento de sus deberes cívicos y religiosos y en el ejercicio de sus funciones públicas, se hace propietario en la industria, en el comercio y en la agricultura. Produce, cambia y consume de una manera exclusivamente privada, y sólo conserva raras relaciones con la comunidad. Efecto de un instinto irresistible y de una preocupacion fascinadora que se remonta á los tiempos más remotos de la historia, todo obrero aspira á ser empresario, todo oficial

quiere ser maestro, todo jornalero sueña con establecerse por su cuenta, como en otros tiempos todo plebeyo soñaba con ser noble. Y notad que nadie ignora las desventajas de la subdivision, las cargas de la casa, la imperfeccion de la pequeña industria y los peligros del aislamiento. La personalidad es más fuerte que todas las consideraciones; el egoismo prefiere los riesgos de la lotería á la sujecion de la comunidad, y se rie de los teoremas de la economía política.

En resúmen: la comunidad se apodera de nosotros en la cuna, y se impone fatalmente por lo que hace á las grandes fuerzas de la naturaleza. En cuanto á su esencia, la comunidad repugna á la definicion; no es lo mismo que la igualdad; no se funda en la materia, y depende exclusivamente del libre arbitrio; se distingue de la asociacion y toca al egoismo. Apenas la industria empieza á nacer y el trabajo produce sus primeros bosquejos, la personalidad entra en lucha con la comunidad, que se nos presenta desde entónces en el suelo doméstico y hasta en el lecho conyugal, imperfecta y en decadencia ya. Más tarde la encontramos incompatible con una educacion liberal y vigorosa; por último, declina rápidamente en las funciones asalariadas, y desaparece por completo en el trabajo libre. Todo esto resulta de la necesidad de las cosas, tanto como de la espontaneidad de nuestra naturaleza. Los economistas lo reconocieron así hace ya muchos años.

«¿Está en el espíritu de la sociedad humana, exclama con mucha razon el Sr. Dunoyer, suprimir toda individualidad, toda existencia colectiva, intermediaria, y no dejar subsistir más que una grande existencia general que absorba á todos los demás? ¿Cómo conciliar la libertad, que se quiere defender, con esta concentracion violenta? ¿Cómo conciliar

esta misma concentracion con los progresos y la unidad que se desea obtener? No vacilemos en decirlo: si hay cosas que deben realizarse por la grande unidad social ó nacional, hay otras mucho más numerosas, que deben hacerse por las unidades colectivas de órden inferior, como son la unidad departamental, la comunal, la de las asociaciones industriales y comerciales; las innumerables unidades de las familias, y sobre todo, las unidades aisladas ó individuales. No basta que una gran nacion, para ser verdaderamente grande y una, sepa obrar nacionalmente; se necesita tambien que los hombres de que se compone sean activos y experimentados como individuos, como familias, como asociaciones, como comunidades de habitantes y como provincias. Cuanto más valor adquieran bajo estos diversos aspectos, tanto más tendrán como nacion.»

Yo excito á los socialistas á que mediten estas palabras, en las cuales hay más filosofia, más verdadera ciencia social que en todos los escritos de los utopistas.

En cuanto á las ventajas especiales de la vida en comun, hé aquí cuál parece ser la opinion general.

En igualdad de bienestar, si el trabajo, el cambio y el consumo se efectúan en una completa independencia, se cree que la condicion es la mejor posible.

Si el trabajo se ejecuta en comun, y el consumo es privado, la condicion parece ya ménos buena, aunque soportable todavía: ésta es la de la mayor parte de los obreros y funcionarios subalternos.

Si todo se hace comun, trabajo, casa, ingresos y gastos, la vida es insípida, triste y odiosa.

Tal es el prejuicio anti-comunista; prejuicio que ninguna clase de educacion debilita, que se fortifica con ella, sin que se pueda descubrir de qué modo esta educacion podrá cambiar de principio, y prejuici-

cio, en fin, al cual los comunistas parecen encontrarse tan inclinados como los propietarios. ¿Cómo se explican, si no, sus vacilaciones? ¿Quién les impide realizar entre sí su idea, y qué es lo que esperan? Para someter mi razon al principio comunista, sólo exijo una prueba; que se me enseñen dos familias, maridos, mujeres é hijos, viviendo confundidos en una perfecta comunidad.

Pero el comunismo no se entiende á sí mismo, y le falta comprender todavía cuál debe ser su papel en el mundo. Semejante á un beodo, la humanidad vacila y se tambalea entre dos abismos, de un lado la propiedad, y del otro el comunismo: la cuestion está ahora en saber de qué modo salvará este desfiladero que produce vértigos, y en el cual los piés se resbalan. ¿Qué responden á esto los escritores comunistas?

§. III.— Posicion del problema comunista.

Algunos discípulos del Sr. Cabet, que habian oido hablar de la existencia ó de la posibilidad de una ciencia social, escribieron un dia á su maestro rogándole que expusiese el *dogma comunista* científicamente. Creian que la novela de *Icaria*, como la *Ciudad del sol* y el *Falansterio*, no tenia nada de científico; pero el Sr. Cabet les respondió al instante en el *Popular* de Noviembre de 1844:

« Mi principio es la fraternidad. »

« Mi teoría es la fraternidad. »

« Mi sistema es la fraternidad. »

« Mi ciencia es la fraternidad. »

El Sr. Cabet comentaba despues esta letanía: difícilmente puede darse cosa más conmovedora ni más sublime.

La ¡FRATERNIDAD! Hé ahí, pues, segun el Sr. Cabet, el fondo, la forma y la sustancia de la enseñan-

za comunista, pues es justo reconocerlo; el Sr. Cabet, como Saint-Simon y Fourier, es jefe de escuela. Respondiendo San Pablo á los judíos incrédulos que le interrogaban sobre su doctrina, les decia con una magnífica ironía: *Yo sólo sé una cosa; que es Jesús crucificado*. El Sr. Cabet habla como San Pablo, y dice á sus neófitos: Yo solo sé una cosa; que es la fraternidad.

Yo ignoro si los ciudadanos que se permitieron interrogar de este modo al Sr. Cabet, quedaron satisfechos de su contestacion; pero puedo decir que su pregunta era, por lo ménos, muy racional. Sin duda, mi querido Villegardelle, habian aprendido de vos que « la posesion individual tiene en toda sociedad su empleo más ó ménos limitado, y que el derecho de usar y hasta de abusar, puede tolerarse respecto á las cosas fungibles personales al individuo. » Preguntaban, pues, y con mucha sensatez, cuál es la línea de demarcacion que separa las cosas *comunes* de las *propias* ó personales, y cómo se debe proceder en esta separacion: pues, si como vos decís, « el derecho de posesion exclusiva tiene sus límites, que pueden estrecharse más de lo que generalmente se cree sin perjudicar por eso la libertad de los individuos, ó mejor dicho, á fin de asegurar la libertad del mayor número, » la comunidad de posesion tiene tambien los suyos, que pueden estrecharse sin restringir la libertad del mayor número, ó mejor dicho, á fin de asegurar la libertad de cada uno. ¿Cuál es, pues, el límite de la comunidad y de la posesion individual? Hé ahí lo que preguntaban sus discípulos al Sr. Cabet; pero hé ahí, precisamente, una pregunta á la cual el Sr. Cabet no podia responder sin desmentir su principio y sin abandonar su bandera; pues, si la comunidad está penetrada de posesion individual, si está limitada por la

cio, en fin, al cual los comunistas parecen encontrarse tan inclinados como los propietarios. ¿Cómo se explican, si no, sus vacilaciones? ¿Quién les impide realizar entre sí su idea, y qué es lo que esperan? Para someter mi razon al principio comunista, sólo exijo una prueba; que se me enseñen dos familias, maridos, mujeres é hijos, viviendo confundidos en una perfecta comunidad.

Pero el comunismo no se entiende á sí mismo, y le falta comprender todavía cuál debe ser su papel en el mundo. Semejante á un beodo, la humanidad vacila y se tambalea entre dos abismos, de un lado la propiedad, y del otro el comunismo: la cuestion está ahora en saber de qué modo salvará este desfiladero que produce vértigos, y en el cual los piés se resbalan. ¿Qué responden á esto los escritores comunistas?

§. III.— Posicion del problema comunista.

Algunos discípulos del Sr. Cabet, que habian oido hablar de la existencia ó de la posibilidad de una ciencia social, escribieron un dia á su maestro rogándole que expusiese el *dogma comunista* científicamente. Creian que la novela de *Icaria*, como la *Ciudad del sol* y el *Falansterio*, no tenia nada de científico; pero el Sr. Cabet les respondió al instante en el *Popular* de Noviembre de 1844:

«Mi principio es la fraternidad.»

«Mi teoría es la fraternidad.»

«Mi sistema es la fraternidad.»

«Mi ciencia es la fraternidad.»

El Sr. Cabet comentaba despues esta letanía: difícilmente puede darse cosa más conmovedora ni más sublime.

La ¡FRATERNIDAD! Hé ahí, pues, segun el Sr. Cabet, el fondo, la forma y la sustancia de la enseñan-

za comunista, pues es justo reconocerlo; el Sr. Cabet, como Saint-Simon y Fourier, es jefe de escuela. Respondiendo San Pablo á los judíos incrédulos que le interrogaban sobre su doctrina, les decia con una magnífica ironía: *Yo sólo sé una cosa; que es Jesús crucificado*. El Sr. Cabet habla como San Pablo, y dice á sus neófitos: Yo solo sé una cosa; que es la fraternidad.

Yo ignoro si los ciudadanos que se permitieron interrogar de este modo al Sr. Cabet, quedaron satisfechos de su contestacion; pero puedo decir que su pregunta era, por lo ménos, muy racional. Sin duda, mi querido Villegardelle, habian aprendido de vos que «la posesion individual tiene en toda sociedad su empleo más ó ménos limitado, y que el derecho de usar y hasta de abusar, puede tolerarse respecto á las cosas fungibles personales al individuo.» Preguntaban, pues, y con mucha sensatez, cuál es la línea de demarcacion que separa las cosas *comunes* de las *propias* ó personales, y cómo se debe proceder en esta separacion: pues, si como vos decís, «el derecho de posesion exclusiva tiene sus límites, que pueden estrecharse más de lo que generalmente se cree sin perjudicar por eso la libertad de los individuos, ó mejor dicho, á fin de asegurar la libertad del mayor número,» la comunidad de posesion tiene tambien los suyos, que pueden estrecharse sin restringir la libertad del mayor número, ó mejor dicho, á fin de asegurar la libertad de cada uno. ¿Cuál es, pues, el límite de la comunidad y de la posesion individual? Hé ahí lo que preguntaban sus discípulos al Sr. Cabet; pero hé ahí, precisamente, una pregunta á la cual el Sr. Cabet no podia responder sin desmentir su principio y sin abandonar su bandera; pues, si la comunidad está penetrada de posesion individual, si está limitada por la

propiedad, deja de ser comunidad, y se desea saber en virtud de qué principio se realizará esta mezcla ó esta penetracion, y segun qué teoría se fijarán las proporciones ó dósis. El Sr. Cabet se ha presentado como un gran diplomático al oponer á los curiosos este no há lugar á deliberar: Mi principio, mi teoría, mi sistema, mi ciencia, mi método, mi doctrina, etc., es la FRATERNIDAD. El Sr. Cabet no tenia nada que decir más que esto, y me admira la rapidez de su inteligencia y la expresion feliz con que supo decirlo.

Ahora bien: sustituid esta palabra FRATERNIDAD, que contiene tantas cosas, con la palabra *república*, que no dice ménos y que usó Platon; sustituidla con la *atraccion* de Fourier, que dice todavía más; con el *amor* y el *instinto* del Sr. Michelet, que lo comprende todo; ó bien con la *gran fuerza de iniciativa del Estado* del Sr. Luis Blanc, sinónima de la omnipotencia de Dios, y vereis que todas estas expresiones son perfectamente equivalentes; de modo que el Sr. Cabet, respondiendole desde las alturas de su *Popular* á la pregunta que se le hiciera, *mi ciencia es la fraternidad*, habló por todo el socialismo.

Nosotros probaremos, en efecto, que todas las utopias socialistas, sin excepcion, se reducen á la exposicion corta, categórica y esplicita del Sr. Cabet: *Mi ciencia, etc., es la fraternidad*; que no es posible añadir á esto una sola palabra sin caer al instante en la apostasia y en la herejía; lo cual quiere decir que ni Platon, ni los gnósticos, ni los primeros Padres, ni los Vaudenses, ni Moro, ni Campanella, ni Babeuf, ni Owen, ni Saint-Simon, ni Fourier, ni su continuador el Sr. Cabet, pueden, ayudados de su principio, explicar la sociedad, y mucho ménos todavía darla leyes.

Pero... ¿por qué, entre todas estas palabras, fra-

ternidad, amor, atraccion, etc., que nosotros consideramos iguales, el Sr. Cabet prefirió la primera?

Esto merece explicacion.

§. IV.—La comunidad toma su fin por su principio.

La primera cosa que debe hacer toda comunidad, como toda religion, es ahogar el espíritu de controversia, con el cual no hay institucion segura y definitiva. Aconsejo, pues, al Sr. Cabet, que cuando reciba de manos del pueblo las riendas del Estado, cuando todos los partidos se hayan fusionado bajo su paternal dictadura, cambie por completo el sistema de educacion universitaria; ese sistema abominable que enseña á los jóvenes á dudar, á discutir y á argumentar sin piedad ni misericordia.

Se pregunta por qué razon el Sr. Cabet, explicando el principio social á los comunistas de Nantes, no dijo, por ejemplo: Mi principio es la atraccion; mi teoría la atraccion; ó bien: Mi sistema es el amor, etc., etc.; en una palabra, por qué eligió la fraternidad.

A fin de que el Sr. Cabet no se figure que quiero sorprenderle y se apresure á llamarse sincretista, replicando: Mi sistema son todas esas cosas á la vez, el amor, la atraccion, el instinto, la fraternidad, etc., quiero probar que la definicion del *Popular* de Noviembre de 1844, procedia de una concepcion verdaderamente trascendente, que contenia, no sólo la ciencia *comunista*, sino toda la ciencia socialista, y que con mucha razon dijo el Sr. Cabet: Mi principio, mi sistema, mi ciencia, es la FRATERNIDAD.

Si como vos sabeis, mi querido Villegardelle, desde los tiempos fabulosos la comunidad fué progresivamente desapareciendo de las instituciones humanas, este hecho prueba que el comunismo. ya se le estu-

propiedad, deja de ser comunidad, y se desea saber en virtud de qué principio se realizará esta mezcla ó esta penetracion, y segun qué teoría se fijarán las proporciones ó dósis. El Sr. Cabet se ha presentado como un gran diplomático al oponer á los curiosos este no há lugar á deliberar: Mi principio, mi teoría, mi sistema, mi ciencia, mi método, mi doctrina, etc., es la FRATERNIDAD. El Sr. Cabet no tenia nada que decir más que esto, y me admira la rapidez de su inteligencia y la expresion feliz con que supo decirlo.

Ahora bien: sustituid esta palabra FRATERNIDAD, que contiene tantas cosas, con la palabra *república*, que no dice ménos y que usó Platon; sustituidla con la *atraccion* de Fourier, que dice todavía más; con el *amor* y el *instinto* del Sr. Michelet, que lo comprende todo; ó bien con la *gran fuerza de iniciativa del Estado* del Sr. Luis Blanc, sinónima de la omnipotencia de Dios, y vereis que todas estas expresiones son perfectamente equivalentes; de modo que el Sr. Cabet, respondiendole desde las alturas de su *Popular* á la pregunta que se le hiciera, *mi ciencia es la fraternidad*, habló por todo el socialismo.

Nosotros probaremos, en efecto, que todas las utopias socialistas, sin excepcion, se reducen á la exposicion corta, categórica y esplicita del Sr. Cabet: *Mi ciencia, etc., es la fraternidad*; que no es posible añadir á esto una sola palabra sin caer al instante en la apostasia y en la herejía; lo cual quiere decir que ni Platon, ni los gnósticos, ni los primeros Padres, ni los Vaudenses, ni Moro, ni Campanella, ni Babeuf, ni Owen, ni Saint-Simon, ni Fourier, ni su continuador el Sr. Cabet, pueden, ayudados de su principio, explicar la sociedad, y mucho ménos todavía darla leyes.

Pero... ¿por qué, entre todas estas palabras, fra-

ternidad, amor, atraccion, etc., que nosotros consideramos iguales, el Sr. Cabet prefirió la primera?

Esto merece explicacion.

§. IV.—La comunidad toma su fin por su principio.

La primera cosa que debe hacer toda comunidad, como toda religion, es ahogar el espíritu de controversia, con el cual no hay institucion segura y definitiva. Aconsejo, pues, al Sr. Cabet, que cuando reciba de manos del pueblo las riendas del Estado, cuando todos los partidos se hayan fusionado bajo su paternal dictadura, cambie por completo el sistema de educacion universitaria; ese sistema abominable que enseña á los jóvenes á dudar, á discutir y á argumentar sin piedad ni misericordia.

Se pregunta por qué razon el Sr. Cabet, explicando el principio social á los comunistas de Nantes, no dijo, por ejemplo: Mi principio es la atraccion; mi teoría la atraccion; ó bien: Mi sistema es el amor, etc., etc.; en una palabra, por qué eligió la fraternidad.

A fin de que el Sr. Cabet no se figure que quiero sorprenderle y se apresure á llamarse sincretista, replicando: Mi sistema son todas esas cosas á la vez, el amor, la atraccion, el instinto, la fraternidad, etc., quiero probar que la definicion del *Popular* de Noviembre de 1844, procedia de una concepcion verdaderamente trascendente, que contenia, no sólo la ciencia *comunista*, sino toda la ciencia socialista, y que con mucha razon dijo el Sr. Cabet: Mi principio, mi sistema, mi ciencia, es la FRATERNIDAD.

Si como vos sabeis, mi querido Villegardelle, desde los tiempos fabulosos la comunidad fué progresivamente desapareciendo de las instituciones humanas, este hecho prueba que el comunismo. ya se le estu-

die en Platon, en Moro, en la Basiliada ó en la *Icaria*, es una forma que no se puede establecer y conservar por sí misma, y que necesita algo parecido á un principio que la haga vivir. Este ingrediente, este fermento vivificador, segun el Sr. Cabet, es la fraternidad; pero... ¿cómo la fraternidad engendró el comunismo? Aquí es en donde aparece la ciencia profunda del socialismo.

Si pregunto á los diversos reformadores sobre los medios que se proponen usar para la realizacion de sus utopias, todos me responden en una síntesis unánime: Para regenerar la sociedad y organizar el trabajo, es preciso entregar á los hombres que poseen la ciencia de esta organizacion, la fortuna y la autoridad públicas. En este dogma esencial, todo el mundo está de acuerdo, y no hay necesidad de opiniones. Los interminables llamamientos de las sectas socialistas á las bolsas de sus parroquianos, parten de esta idea. Mas, para que los reformadores, convertidos en amos de los negocios, usen del poder con eficacia, conviene dar á este poder una *gran fuerza de iniciativa*: sistema del Sr. Blanc. ¿Y bajo qué condicion adquiere el poder su mayor fuerza? Bajo la de constituirse democráticamente, ó en *re-pública*: sistema de Platon, de Rousseau, del *Nacional*, etc. La reforma política es el preliminar obligado de la reforma social. ¿Y por qué elegir la democracia, y no la monarquía constitucional ó un senado de aristócratas? Porque los hombres son *solidarios*, y conviene hacerlos política y periódicamente iguales: sistema de los *Solidarios-Unidos*, instituidos, si no me equivoco, por el Sr. Cherbuliez. ¿Por qué los hombres son solidarios? Porque viven bajo el imperio de una ley comun que encadena todos sus movimientos, la *atraccion*: sistema de Fourier. ¿Qué atraccion es esta que sólo conocemos des-

de ayer? Es el *amor*, la caridad que conocemos hace ya tanto tiempo: sistema del Sr. Michelet. ¿Por qué los hombres se aman y se aborrecen, se atraen y se repelen los unos á los otros como los polos de un iman? Porque todos son hermanos: sistema del señor Cabet.

La fraternidad: tal es, pues, el hecho primordial, y el gran fenómeno natural y cósmico, fisiológico y patológico, político y económico, al cual se refiere el comunismo, como el efecto á la causa. La analogía de las palabras; tal es el método, la teoría y la dialéctica del socialismo. Vos debeis decir, mi querido Villegardelle, si las doce pasiones cardinales y la série de grupos contrastados añaden algo á esto. Acaso se le pueda encontrar á esta série de palabras vacías de sentido, un número mayor de términos intermedios; pero es seguro que conduce siempre á la fraternidad, que se nos manifiesta en la diferencia de las razas humanas como principio y fundamento de la unidad del género. *¡La fraternidad ó la muerte!* Hé ahí lo que Robespierre habria explicado á la Francia si los propietarios de la Convencion le hubiesen dejado obrar: hé ahí lo que el Sr. Cabet, heredero de este grande hombre, leyó en caracteres de fuego en el libro de los destinos. Dígase lo que se quiera, entre los utopistas antiguos y modernos, ninguno penetró más profundamente los secretos de la ciencia.

¿Cómo, pues, con este conocimiento maravilloso de las causas primeras, segundas y finales; cómo, con esta habilidad sin igual para encadenar frases, el socialismo sólo supo inquietar al mundo sin conseguir hacer á los hombres mejores ni peores? Si la economía política quedó juzgada por sus obras, el socialismo corre gran peligro de verse apreciado hoy por su impotencia. Importa, pues, que nos de-

mos cuenta de la esterilidad de la utopia, como nos la hemos dado de las anomalías de la rutina.

Para todo el que ha reflexionado sobre el progreso de la sociabilidad humana, la fraternidad efectiva, esa fraternidad del corazon y de la razon, única que merece los cuidados del legislador y la atencion del moralista, y cuya expresion carnal es la fraternidad de raza; esa fraternidad, repito, no es, como creen los socialistas, el principio de los perfeccionamientos de la sociedad ni la regla de sus evoluciones, sino su fin y su fruto. La cuestion no está, pues, en saber de qué modo, siendo hermanos de espíritu y de corazon, viviremos sin hacernos la guerra y sin devorarnos los unos á los otros, sino en saber cómo, siendo hermanos por la naturaleza, llegaremos á serlo tambien por los sentimientos; de qué modo nuestros intereses, en vez de dividirnos, nos unirán. Hé ahí lo que el simple buen sentido revela á todos los hombres á quienes la utopia no hizo miopes; pues, como lo hemos demostrado con el cuadro de las contradicciones económicas, si el desarrollo de las instituciones civilizadoras produce como resultado inevitable el desórden de las pasiones; si inflama en el hombre el apetito concupiscible y el irascible, y convierte en bestias feroces á los ángeles de Dios, sucederá que las pobres criaturas, destinadas al placer y al amor, se entregarán á los más furiosos combates, se harán horribles heridas, y no será fácil establecer las bases de un tratado de paz entre ellas. ¿Cómo se distribuirá el trabajo? ¿Cuál es la ley del cambio? ¿Cuál la sancion de la justicia? ¿En dónde empieza la posesion exclusiva? ¿En dónde acaba? ¿Hasta dónde se extiende la comunidad? ¿En qué proporcion este elemento forma parte del organismo colectivo, bajo qué forma y segun qué ley? En una palabra: ¿de qué modo nos haremos todos her-

manos? Tal es la cuestion prévia y el objeto final del comunismo.

Así, pues; la fraternidad, la solidaridad, el amor, la igualdad, etc., sólo pueden resultar de una conciliacion de los intereses, es decir, de una organizacion del trabajo y de una teoría del cambio. La fraternidad es el objeto, no el principio de la comunidad, como de todas las formas de asociacion y de gobierno: y Platon, Cabet y todos los que, siguiendo á estas dos lumbreras del socialismo, en vez de enseñarnos las leyes de la produccion y del cambio, nos exigen poder y dinero y debutan en la utopia por la fraternidad, la solidaridad y el amor; todos esos, digo, toman el efecto por la causa, la conclusion por el principio, y empiezan, como dice el proverbio, su casa por el desvan. Si la fraternidad lo es todo, ¿quién impide á los socialistas que se asocien? ¿Acaso necesitan un permiso del ministro ó una ley de las cámaras? Un espectáculo tan conmovedor alegraría al mundo, y sólo comprometería la utopia: ¿será esta abnegacion superior al valor comunista?

Hé ahí lo que, sin darse cuenta de ello, sentian en el fondo del corazon los ciudadanos que se atrevieron á interpelar al Sr. Cabet; pero no puede negarse tampoco que el maestro supo contestarles con una gran superioridad de táctica, *mi principio es la fraternidad*, pues sin esta vuelta, no habia comunismo posible. El Sr. Cabet estaba seguro de que, despues de este golpe decisivo, no se le preguntaría cuál era el principio de la fraternidad, porque esto seria lanzarse en una série de interminables cuestiones que era preciso cortar.

S. V.—La comunidad es incompatible con la familia, imagen y prototipo de la comunidad.

Hemos presentado el origen de la comunidad, hemos dicho de qué modo se manifiesta en la civilización, cuál es el problema que debe resolver, y qué dialéctica sabe emplear; ahora la presentaremos obrando en la exposición de su utopía.

Está probado que, así como la comunidad de ciertas cosas es físicamente necesaria, la de otras es físicamente imposible.

Sabemos también que la invasión de la propiedad y el sostenimiento de las instituciones comunistas, que en muy pequeño número sobrevivieron al salvajismo primitivo, fueron el resultado de ciertas disposiciones de espíritu y de temperamento, como de ciertas necesidades económicas, en las cuales la especulación no entró para nada absolutamente. Sólo después de varios siglos de experiencia y de maduras reflexiones, el antagonismo de la propiedad y de la comunidad se determinó de un modo preciso, y aparecieron ciertos hombres que, elevándose sobre las consideraciones vulgares, despreciando éstos el espíritu que suscitara las nuevas instituciones, y aquellos las reminiscencias de la edad de oro, empezaron á combatir sistemáticamente una ú otra tendencia, pretendiendo los primeros que volviese á la comunidad todo lo que de ella había salido, y los segundos que se continuase apropiando todo lo que era susceptible de apropiación. De aquí, dos utopías contradictorias; la de la comunidad, que huía siempre, y la de la propiedad, que se robustecía continuamente; pero ni ésta fué nunca lo que deseaba ser, quiero decir, entera y absoluta, ni aquella fué completa jamás. El verdadero comunista,

como el propietario verdadero, es un ente de razón.

Seguramente, yo soy favorable al comunismo desde el momento en que le supongo el deseo de llevar su principio en la aplicación, hasta los límites de lo posible; pero esto no le basta á una razón severa. ¿Qué es lo posible? ¿Quién lo determinará entre la comunidad que obliga y la personalidad que hace lo mismo? ¿Quién y cómo se me probará que yo debo, en ningún caso, ceder á una y no á la otra? Por comunista que yo sea, ¿no necesito un principio para saber cuáles son las cosas que rechazan la comunidad ó la apreciación? ¿Y no es cierto que aquella, como ésta, no son nada por sí mismas, supuesto que necesitan un principio que los constituya y los determine?

Vengamos á los hechos. Empiezo por el que la opinión general considera como el escollo de la comunidad, que es la familia.

Un diario comunista, *El Humanitario*, se había pronunciado resueltamente en favor de la comunidad de mujeres; el Sr. Cabet declaró que mantenía provisionalmente el matrimonio y la familia, reservando, sin rechazarla ni admitirla, la cuestión de comunidad. El Sr. Pecqueur, por su parte, se declara partidario de la monogamia; y yo os creo demasiado buen compañero, mi querido Villegardelle, *in venerem segnis nocturna que bella*, para suponer que exijais algo más. ¿No tengo derecho para admirarme de este desacuerdo? En cuanto al matrimonio, el Sr. Pecqueur es ménos comunista que el señor Cabet; y éste lo es ménos que *El Humanitario*, que es el más lógico de todos. ¿Qué debo creer? Si sólo consulto la razón, mas un cierto apetito gloton muy pronunciado entre los socialistas, estoy con *El Humanitario* contra la familia y el matrimonio. Si reflexiono que la promiscuidad de los sexos destruye

el amor, me veo obligado á admitir en su favor una excepcion que entraña otras mil. Héme aquí desorientado y entregado sin defensa á la arbitrariedad. ¡Cómo: los comunistas ya no se pueden reunir en una idea comun, y están, como nuestros representantes políticos, divididos en moderados y en ultras; hay entre ellos una izquierda, una derecha y doctrinarios! ¿Quién es, pues, el Guizot de la comunidad?

Los comunistas más razonables, los más prácticos, por consiguiente, los ménos avanzados, y vos, mi querido Villegardelle, sois de este número, creen salvarse en la cuestion matrimonial, observando que la comunidad recae sobre las cosas y no sobre las personas. *Omnia communia*, decís como Carpócrates, *non omnes communes*.

Es preciso confesar que Platon, vuestro gran revelador, los gnósticos, los maniqueos, los san-simonianos y Fourier, que creyeron posible introducir un poco de variedad en la monotonía del matrimonio, fueron unos pobres razonadores cuando olvidaron hasta este punto la inviolabilidad del yo. Hacer el amor es un bien, decían, el mayor de todos para muchas personas; y aquí está precisamente la dificultad; pues si yo debo respeto á la *persona* de la mujer, ¿cómo podrá negarme la comunidad de la *cosa*? ¿No soy su hermano? ¿No es ella mi HERMANA?...

Considerad, os lo suplico, la importancia que para mí tiene una solucion, y reflexionad en las consecuencias, porque os las prometo inflexibles. ¿Cómo se aplicará la comunidad en materia de amor, y cuál será en las relaciones de los sexos la ley de las conveniencias? ¿Podrá haber crimen ó delito en algun caso, y por qué? Entre los primeros cristianos, un hombre fué acusado de egoismo por haberse llamado esposo de una mujer á quien no habia llevado á la iglesia: el pobre hombre se excusó, y con-

fundió á los calumniadores poniendo su mujer á disposicion de la comunidad. Pues bien: si la comunidad podia obligar al marido, tambien podia obligar á la mujer: hasta el primero que llegase podia, en nombre de la comunidad, exigir á esta mujer el *deber*..... fraternal, y si rehusaba, hacerse justicia por sus propias manos. ¿Puede haber violacion, incesto, seduccion ó adulterio en el comunismo? Pensad bien que sobre todo esto necesito prueba, y despues, la prueba de la prueba.

Si abrazais en toda su plenitud el principio platónico y os declarais por la completa comunidad de los sexos, os vereis precisado á hacer obligatoria la cosa más libre que hay en el mundo, el amor, reemplazando la prostitucion con la violacion. ¿En dónde estará entónces la fraternidad, la urbanidad y la afecion mútua?

Si exigís que el consentimiento de las personas presida siempre al placer, la comunidad es puramente facultativa, y caemos en las preferencias, la venalidad y el acaparamiento. Poligamia para los unos, bigamia para los otros y traicion para todos: este es el régimen actual, canonizado por Fourier bajo otro nombre. Las sectas socialistas que admiten la comunidad facultativa de los sexos, son las mismas que, copiando la civilizacion, mantienen el derecho del talento y del capital; en último resultado, el derecho de la fuerza. Desigualdad en la reparticion de los bienes y en la de los amores: hé ahí lo que quieren esos reformadores hipócritas para quienes la justicia, la razon y la ciencia no son nada, á condicion de que ellos manden á los demás y gocen. Despues de todo, no son más que partidarios vergonzantes de la propiedad: empiezan por predicar el comunismo, y despues confiscan la comunidad en beneficio de sus vientres.

Por último: si sosteneis la inviolabilidad del matrimonio, por este solo hecho creais en el seno de la gran comunidad una comunidad nueva, *imperium in imperio*; entronizais la familia, y como atributos que le son inseparables, el hogar, la propiedad, la herencia, toda una série de incompatibilidades y de contradicciones.

La comunidad, decís, se refiere á las cosas y no á las personas. Permitidme que os diga que ese es un verdadero escamoteo. La comunidad ó comunión de las personas, se verifica por el intermedio de las cosas; y á no ser que los hombres se coman los unos á los otros, la comunidad se establece entre ellos por el uso de los mismos objetos. Así, pues, la comunidad de mi habitación, de mi lecho y de mis vestidos, obtenida á pesar mio, hace mi persona *commun*; es decir, en el lenguaje de la Biblia, la mancha y la oprime. Lo mismo sucede con todo lo que se refiere á mi trabajo, á mis afecciones y á mis placeres. Yo soy tanto más puro, más libre y más inviolado, cuanto más *lèjos* estoy de la comunidad con mis semejantes; y al contrario, me siento tanto más profanado y ménos digno, cuanto más *cerca* estoy de la comunidad á la manera de Platon. En el amor, decís, es necesario el consentimiento recíproco, y en este principio se funda la comunidad de los esposos. Pues bien: si esta mujer, que es la mia, se comunica, aunque sea voluntariamente, con otro hombre; si en el tiempo en que se prostituye, comparte conmigo su lecho y duerme sobre mi pecho, ¿no es cierto que me prostituye y me deshonra? *Fæda lupanaris tulit ad pulvinar odorem!* Sólo la muerte de la culpable puede vengarme de semejante afrenta; y si la comunidad la autoriza, yo me sublevo contra ella. El aliento del hombre, dice el conde de Maistre, es mortal para su semejante, física y moral-

mente: la comunidad de las mujeres es la organización de la peste. ¡Léjos de mí, comunistas: vuestra presencia me huele mal, y vuestra vista me dá asco!

Pasemos rápidamente las constituciones de los san-simonianos, fourieristas y demás prostituidos que se precian de conciliar el amor libre con el pudor, la delicadeza y la más pura espiritualidad. Triste ilusión de un socialismo abyecto, último sueño de una crápula delirante. Dad por medio de la inconstancia, libertad á las pasiones, y bien pronto la carne tiranizará al espíritu; los amantes no serán, el uno para el otro, más que instrumentos de placer; á la fusión de los corazones sucederá el prurito de los sentidos, y tendreis, por toda voluptuosidad, una fricción. Para juzgar esas cosas, no se necesita haber pasado, como Saint-Simon, por el tamiz de la Vénus popular.

O no hay comunidad, ó no hay familia ni amor.

Con la familia, que se presenta como el elemento orgánico de las sociedades, la personalidad del hombre toma su carácter definitivo, adquiere toda su energía, y se inclina cada vez más al egoísmo. No es el ejemplo aislado de un Régulo ni de cualquier loco que, llamándose apóstol, abandona sus hijos y su mujer á la caridad pública, el que puede disminuir la autoridad del hecho. El hombre que se reproduce por la paternidad misma, se hace al instante concentrado y feroz, es enemigo del universo, y sus semejantes le parecen todos extranjeros, *hostes*. El matrimonio y la paternidad, que al parecer debían aumentar en el hombre el amor al prójimo, no hacen más que avivar sus celos, su desconfianza y su odio. El padre de familia es crudo cuando se trata del lucro, más despiadado y más insociable que el

célibe, y se parece á esos devotos que, en fuerza de amar á Dios, llegan á detestar á los hombres. La causa está en que no habia bastante energía de voluntad y de egoismo en el padre de familia para proteger la infancia de los que deben sucederle un día, continuando despues de él la série de las generaciones. Un dia no basta para formar al hombre; se necesitan años, trabajos penosos y grandes ahorros. El hombre está en lucha con la naturaleza por su subsistencia, y con la sociedad entera por el porvenir de sus hijos.

La comunidad, decís, destruirá este antagonismo. ¿Cómo lo conseguirá, si sólo sabe destruir la familia, por consiguiente, la especie, ó tolerar la familia, que es el disolvente de la comunidad?

El carácter anti-comunista, casi podia decir, anti-social de la familia, se presenta en toda su inocencia en los niños y en las mujeres.

Yo he visto á los hijos del propietario desdeñar los juegos de su edad y condenarse al secuestro, ántes que tener nada de comun con los pequeñuelos del obrero, como si el sol que alumbra al jornalero empañase el brillo de las razas nobles. En cuanto á las mujeres, es una verdad vulgar que sólo aspiran á casarse por llegar á ser soberanas de un pequeño Estado que llaman su casa. Quitad esto á la mujer, y desde ese momento ya no vé razon que la obligue á seros fiel, y deja de perteneceros. El matrimonio que pierde su atributo exterior, se convierte para la mujer en una abstraccion, en un lazo fortuito que no se apoya en nada real, y que se disuelve al primer disgusto. La comunidad, buena cuando más para las prostitutas y las religiosas, es antipática para la madre de familia. Entre el ama comun y la cortesana, la diferencia sólo existe en la expresion:

en la antigüedad, la misma palabra servia para designarlas á ambas (1).

En Icaria (yo siento un verdadero placer al ocuparme del Sr. Cabet) cada casa tiene corral y jardin, y está ocupada por una familia. Hé aquí, pues, tres excepciones de la regla: 1.^a separacion de la familia; 2.^a separacion del domicilio; 3.^a separacion del hogar. Y no es esto todo. De las cuatro comidas que el Sr. Cabet dá á los icarianos (Fourier prometia siete), dos se hacen en el taller, que son el *desayuno* y el *almuerzo*; la tercera, que es la comida, se hace en familia. ¿Por qué esta distincion? ¿Por qué esas comidas de cofradía, cívicas y domésticas? ¿Por qué no se come siempre en comunidad ó siempre en particular?

¿Os decidís por el consumo privado? Como lo agradable de la casa depende siempre del talento de la mujer, y como el arte de gozar no es ménos difícil que el de producir, el que tenga una administradora excelente, encontrará en su casa, por una misma cantidad, más bienestar. Las condiciones no serán, pues, iguales; ¿y será esto justo? Si os declarais por la afirmativa, entónces os pregunto por qué razon no aplicareis al trabajo la misma regla que al consumo, supuesto que, despues de todo, consumo y produccion son una misma cosa; ¿por qué, en fin, el bienestar de cada uno no estará en razon directa de su diligencia para producir, como de su habilidad para gozar?

Pero la consecuencia de una excepcion tan imprudente sería la abolicion de la comunidad misma. Es, pues, necesario entrar de nuevo en la regla; y para conservar la vida comun, proscribir la vida

(1) *Zonah*, en hebreo y caldeo, tabernera y mujer pública.

privada: pero os recuerdo que entónces la comunidad pasa de las *cosas á las personas*; que con este sistema de nivelacion, todo el mundo se hace esclavo é impuro, y que se levanta contra vosotros un enemigo terrible; la LIBERTAD. ¡Cómo: habremos suprimido las aduanas, los arbitrios y todas las barreras; habremos quemado los títulos de propiedad, destruido los conventos, arrancado los límites de las herencias, arruinado todo lo que se oponia á la libertad, y no podremos reunirnos para trabajar, hablar ó beber en un número menor de veinte personas, como no sea en el hotel de la república y vigilados por la policía republicana! ¡Oh! Yo deseo veros pronto convertido en dictador, y hasta en patriarca, si quereis; pero os desafío á que pongais en práctica vuestra teoría.

¿Qué importa que se diga: La comunidad ó el socialismo no es responsable de los errores del señor Cabet, si está probado que los que hablan de diferente manera, racionan siempre como él? En el falansterio, por ejemplo, el trabajo se ejecuta en comun é independientemente de toda iniciativa individual, supuesto que, en vez de propietarios, sólo hay simples ejecutores, y en vez de cantantes, todos son coristas. La habitacion es comun, su gobierno comun, las comidas comunes, no obstante la tolerancia de los gabinetes particulares; el matrimonio es facultativo, y está expuesto á todos los accidentes del perjurio y de la inconstancia. Otros utopistas destruyen las ciudades, aislan las familias sobre la tierra como los ascetas de la Tebaida, y agregan á cada habitacion un pequeño dominio que el individuo cultiva, y del cual debe dar cuenta. Otros prefieren aglomerar la poblacion en vastas capitales, de donde las escuadras de trabajadores se lanzan con la locomotora sobre todos los puntos del territorio.

Todo esto, más ó menos razonado, más ó menos comunista y social, no merece que nos ocupemos de ello; pues es claro que el método y la ciencia no entran en esos sistemas para nada absolutamente.

¡Es preciso que hayamos llegado á un grado muy alto de decadencia intelectual, para que la crítica se crea obligada, en el año de 1846, á remover toda esta basura! ¡Paciencia! Esas miserias son la lepra de que la sociedad se cura con el fuego de la controversia. Si el alcanfor, la zarzaparrilla y el mercurio, gracias al arte del farmacéutico, llegaron á ser los más preciosos agentes de la salud pública y honran al génio medical, la crítica de los errores humanos, el arte de curar las gangrenas intelectuales, puede tener tambien su valor, por absurda que sea la pre-ocupacion y por repugnante que parezca la utopia.

S. VI.—La comunidad es imposible sin una ley de reparticion, y perece por la reparticion.

Con el comunismo perece la familia, y con ésta desaparecen los nombres de esposo y de esposa, de padres y de madres, de hijos y de hijas, de hermanos y hermanas: las ideas de parentesco y de alianza, de sociedad y de domesticidad, de vida pública y privada, se borran tambien, y se desvanece todo un órden de relaciones y de hechos. De cualquier modo que se exprese, el socialismo termina fatalmente en esta simplicidad. ¡Extraña teoría, que en vez de explicar las ideas, determinar las relaciones y formular los derechos, principio de las obligaciones, los abroga! El comunismo no es la ciencia; es el aniquilamiento.

El sabio autor de la *Icaria*, concede á los individuos, en ciertos casos, el permiso de comer en sus cuartos y en familia; pero la comida la servirán los

privada: pero os recuerdo que entónces la comunidad pasa de las *cosas á las personas*; que con este sistema de nivelacion, todo el mundo se hace esclavo é impuro, y que se levanta contra vosotros un enemigo terrible; la LIBERTAD. ¡Cómo: habremos suprimido las aduanas, los arbitrios y todas las barreras; habremos quemado los títulos de propiedad, destruido los conventos, arrancado los límites de las herencias, arruinado todo lo que se oponia á la libertad, y no podremos reunirnos para trabajar, hablar ó beber en un número menor de veinte personas, como no sea en el hotel de la república y vigilados por la policía republicana! ¡Oh! Yo deseo veros pronto convertido en dictador, y hasta en patriarca, si quereis; pero os desafío á que pongais en práctica vuestra teoría.

¿Qué importa que se diga: La comunidad ó el socialismo no es responsable de los errores del señor Cabet, si está probado que los que hablan de diferente manera, racionan siempre como él? En el falansterio, por ejemplo, el trabajo se ejecuta en comun é independientemente de toda iniciativa individual, supuesto que, en vez de propietarios, sólo hay simples ejecutores, y en vez de cantantes, todos son coristas. La habitacion es comun, su gobierno comun, las comidas comunes, no obstante la tolerancia de los gabinetes particulares; el matrimonio es facultativo, y está expuesto á todos los accidentes del perjurio y de la inconstancia. Otros utopistas destruyen las ciudades, aislan las familias sobre la tierra como los ascetas de la Tebaida, y agregan á cada habitacion un pequeño dominio que el individuo cultiva, y del cual debe dar cuenta. Otros prefieren aglomerar la poblacion en vastas capitales, de donde las escuadras de trabajadores se lanzan con la locomotora sobre todos los puntos del territorio.

Todo esto, más ó menos razonado, más ó menos comunista y social, no merece que nos ocupemos de ello; pues es claro que el método y la ciencia no entran en esos sistemas para nada absolutamente.

¡Es preciso que hayamos llegado á un grado muy alto de decadencia intelectual, para que la crítica se crea obligada, en el año de 1846, á remover toda esta basura! ¡Paciencia! Esas miserias son la lepra de que la sociedad se cura con el fuego de la controversia. Si el alcanfor, la zarzaparrilla y el mercurio, gracias al arte del farmacéutico, llegaron á ser los más preciosos agentes de la salud pública y honran al génio medical, la crítica de los errores humanos, el arte de curar las gangrenas intelectuales, puede tener tambien su valor, por absurda que sea la pre-ocupacion y por repugnante que parezca la utopia.

S. VI.—La comunidad es imposible sin una ley de reparticion, y perece por la reparticion.

Con el comunismo perece la familia, y con ésta desaparecen los nombres de esposo y de esposa, de padres y de madres, de hijos y de hijas, de hermanos y hermanas: las ideas de parentesco y de alianza, de sociedad y de domesticidad, de vida pública y privada, se borran tambien, y se desvanece todo un órden de relaciones y de hechos. De cualquier modo que se exprese, el socialismo termina fatalmente en esta simplicidad. ¡Extraña teoría, que en vez de explicar las ideas, determinar las relaciones y formular los derechos, principio de las obligaciones, los abroga! El comunismo no es la ciencia; es el aniquilamiento.

El sabio autor de la *Icaria*, concede á los individuos, en ciertos casos, el permiso de comer en sus cuartos y en familia; pero la comida la servirán los

carros y los reposteros de la república. ¿Y por qué no se ha de permitir á cada uno que prepare sus alimentos, en vez de enviárselos preparados de la cocina comun? ¿Consiste el comunismo en la carne cocida ó en la carne cruda? ¿Se obedecerá en esto á alguna razon de economía? En este caso, diria yo al legislador: Hacedme el descuento, y dadme en productos, á mi eleccion, un valor igual al de mi comida. ¿Qué podria replicarme?

Hémos aquí, pues, en el sistema de las cuentas corrientes, sintiendo la necesidad de una regla de reparticion y de evaluacion de los productos, lo cual quiere decir que hemos llegado á la disolucion de la comunidad, supuesto que toda cuenta corriente se lleva por *debe y haber*, es decir, por *tuyo y mio*, y que toda reparticion es sinónimo de individualismo. Say tenia razon al decir que las riquezas naturales comunes no se *distribuian*, en el sentido económico de la palabra, y que si sucediese lo mismo con todos los productos de la naturaleza y del trabajo, el valor venal seria nulo, las consecuencias que se desprenden desaparecian con él, y no habria economía política. Los comunistas no reparan; su ciencia no llega hasta ahí, y se contentan con *racionar*. Esta es una nueva categoría de la ciencia social que suprimen: VALOR, cambio, igualdad, justicia, compra y venta, comercio, circulacion, crédito, etc., etc. El comunismo, para subsistir, suprime tantas ideas, tantas palabras y tantos hechos, que las personas educadas por sus cuidados, no tendrian necesidad de hablar, de pensar ni de obrar; serán ostras que vivirán las unas al lado de las otras, sin actividad ni sentimiento, y pegadas á la roca... de la fraternidad. ¡Qué filosofia tan inteligente y progresiva!

En una comunidad bien ordenada se deberá co-

nocer con exactitud, y para toda clase de productos, las necesidades del consumo y los límites de la produccion. La proporcionalidad de los valores es la condicion suprema de la riqueza, tanto para las sociedades comunistas, como para las que se fundan en la propiedad; y si el hombre se niega á llevar sus cuentas, la fatalidad contará por él y no dejará pasar ningun error. Cada corporacion industrial deberá proporcionar un contingente proporcionado á su personal y á sus medios, deducidos los siniestros y averías: recíprocamente, cada manufactura recibirá de los demás centros de produccion sus provisiones de todas clases, calculadas segun sus necesidades. Tal es la condicion *sine qua non* del trabajo y del equilibrio: éste, habria dicho Kant, es el imperativo categórico, el mandato absoluto del valor.

Vemos, pues, que á lo ménos para los talleres, corporaciones, ciudades y provincias, es necesario establecer una contabilidad. ¿Y por qué esta contabilidad, expresion pura de la justicia, no se ha de aplicar á los individuos como á las masas? ¿Por qué la reparticion, que empieza en los grandes cuerpos del Estado, no ha de descender á las personas? ¿Acaso los trabajadores tienen entre sí ménos necesidad de justicia que la sociedad? ¿Por qué detenerse en la determinacion del derecho, cuando para hacer completa esta determinacion, sólo se necesita hacer una subdivision? ¿Cuál es la causa de esta arbitrariedad? Yo responderé por vosotros, ya que no sois capaces de confesarlo: la causa es que, con semejante contabilidad, todo el mundo es libre y no hay comunismo de ningun género. ¿Qué es, en efecto, una comunidad en la cual el trabajo individual se aprecia y el consumo por cabeza se cuenta?

La comunidad, como toda sociedad mercantil, no puede ménos de llevar libros; pero sólo abre cuen-

tas á las corporaciones, y no á las personas; lo cual quiere decir que un poco de justicia le es necesaria, y que mucha justicia le es funesta.

La república hará sus inventarios; pero será un crimen contra la seguridad del Estado hacer el balance de un ciudadano. La nación y las provincias harán sus cambios segun las leyes absolutas del valor; pero á cualquiera que pretenda aplicarse á sí mismo y á los demás este principio, se le considerará como monedero falso y se le castigará con la muerte, pues personificando en él la justicia social, habrá abolido la comunidad.

Pero... ¿qué digo? El socialismo no cuenta ni puede contar: ni más ni ménos que la economía política, afirma la incomensurabilidad del valor; sin esto, comprendería que lo que persigue á través de sus utopías, está dado en la ley del cambio; buscaría la fórmula de esta ley, y como la teología despues de haber descubierto el sentido de sus mitos, como la filosofía despues de haber construido su lógica, el socialismo, habiendo encontrado la ley del valor, se conocería á sí mismo y dejaría de existir. El problema de la reparticion no lo abordó de frente ningun escritor socialista; y la prueba de que esto es así, está en que todos concluyeron, como los economistas, declarando imposible una regla de reparticion. Los unos adoptaron por divisa: *á cada uno segun su capacidad, y á cada capacidad segun sus obras*; pero se guardaron muy bien de decir cuál era, segun ellos, la medida de la capacidad ni la del trabajo. Los otros añadieron al trabajo y á la capacidad un nuevo elemento de valuación, que es el *capital*, ó por mejor decir, el *MONOPOLIO*, y probaron una vez más que eran unos plagiarios serviles de la civilización, por más que se hiciesen notar por sus pretensiones á lo imprevisto. Por último, se formó una

tercera opinion que, para huir de estas transacciones arbitrarias, sustituye la racion á la reparticion, y toma por epígrafe: *A cada uno segun sus necesidades, teniendo en cuenta los recursos sociales*. De este modo, el trabajo, el capital y el talento, quedan eliminados de la ciencia; al mismo tiempo se suprimen la jerarquía industrial y la competencia; además, la distincion de los trabajadores en *productivos* é *improductivos*, se desvanece porque todo el mundo es funcionario público; la moneda queda definitivamente proscrita, y con ella todo signo representativo del valor; el crédito, la circulacion, la balanza del comercio, no son más que palabras vacías de sentido bajo este imperio de la fraternidad universal. ¡Y yo conozco personas de verdadero mérito que se dejaron seducir por esta simplicidad de la nada!

Vos lo habeis dicho, mi querido Villegardelle; la comunidad es el término fatal del socialismo; y por eso el socialismo no es, no fué, ni será nunca nada, porque la comunidad es la negacion de la naturaleza y del espíritu; la negacion del pasado, del presente y del porvenir.

§. VII.— La comunidad es imposible sin una ley de organizacion, y perece por la organizacion.

Nada hay más fácil de hacer que un plan de comunismo.

La república es dueña de todo; distribuye sus hombres, desmonta, cultiva, construye almacenes, cuevas y laboratorios; levanta palacios, talleres y escuelas; fabrica todas las cosas necesarias, como son vestidos, alimentos, etc.; dá la instruccion y los espectáculos, todo *gratis*, segun se cree, y con arreglo á sus recursos. Todos son obreros nacionales, y trabajan por cuenta del Estado que no paga á nadie,

tas á las corporaciones, y no á las personas; lo cual quiere decir que un poco de justicia le es necesaria, y que mucha justicia le es funesta.

La república hará sus inventarios; pero será un crimen contra la seguridad del Estado hacer el balance de un ciudadano. La nación y las provincias harán sus cambios segun las leyes absolutas del valor; pero á cualquiera que pretenda aplicarse á sí mismo y á los demás este principio, se le considerará como monedero falso y se le castigará con la muerte, pues personificando en él la justicia social, habrá abolido la comunidad.

Pero... ¿qué digo? El socialismo no cuenta ni puede contar: ni más ni ménos que la economía política, afirma la incomensurabilidad del valor; sin esto, comprendería que lo que persigue á través de sus utopías, está dado en la ley del cambio; buscaría la fórmula de esta ley, y como la teología despues de haber descubierto el sentido de sus mitos, como la filosofía despues de haber construido su lógica, el socialismo, habiendo encontrado la ley del valor, se conocería á sí mismo y dejaría de existir. El problema de la reparticion no lo abordó de frente ningun escritor socialista; y la prueba de que esto es así, está en que todos concluyeron, como los economistas, declarando imposible una regla de reparticion. Los unos adoptaron por divisa: *á cada uno segun su capacidad, y á cada capacidad segun sus obras*; pero se guardaron muy bien de decir cuál era, segun ellos, la medida de la capacidad ni la del trabajo. Los otros añadieron al trabajo y á la capacidad un nuevo elemento de valuación, que es el *capital*, ó por mejor decir, el *MONOPOLIO*, y probaron una vez más que eran unos plagiarios serviles de la civilización, por más que se hiciesen notar por sus pretensiones á lo imprevisto. Por último, se formó una

tercera opinion que, para huir de estas transacciones arbitrarias, sustituye la racion á la reparticion, y toma por epígrafe: *A cada uno segun sus necesidades, teniendo en cuenta los recursos sociales*. De este modo, el trabajo, el capital y el talento, quedan eliminados de la ciencia; al mismo tiempo se suprimen la jerarquía industrial y la competencia; además, la distincion de los trabajadores en *productivos* é *improductivos*, se desvanece porque todo el mundo es funcionario público; la moneda queda definitivamente proscrita, y con ella todo signo representativo del valor; el crédito, la circulacion, la balanza del comercio, no son más que palabras vacías de sentido bajo este imperio de la fraternidad universal. ¡Y yo conozco personas de verdadero mérito que se dejaron seducir por esta simplicidad de la nada!

Vos lo habeis dicho, mi querido Villegardelle; la comunidad es el término fatal del socialismo; y por eso el socialismo no es, no fué, ni será nunca nada, porque la comunidad es la negacion de la naturaleza y del espíritu; la negacion del pasado, del presente y del porvenir.

§. VII.— La comunidad es imposible sin una ley de organizacion, y perece por la organizacion.

Nada hay más fácil de hacer que un plan de comunismo.

La república es dueña de todo; distribuye sus hombres, desmonta, cultiva, construye almacenes, cuevas y laboratorios; levanta palacios, talleres y escuelas; fabrica todas las cosas necesarias, como son vestidos, alimentos, etc.; dá la instruccion y los espectáculos, todo *gratis*, segun se cree, y con arreglo á sus recursos. Todos son obreros nacionales, y trabajan por cuenta del Estado que no paga á nadie,

pero que cuida de todo el mundo, como un padre de familia cuida de sus hijos. Tal es, poco más ó menos, la utopía de ese excelente Sr. Cabet, utopía renovada, con ligeras modificaciones, de los soñadores griegos, egipcios, siriacos, indios, latinos, ingleses, franceses y americanos; reproducida con variantes por el Sr. Pecqueur, y hácia la cual gravita, á pesar suyo, el representante de nuestra joven democracia, el Sr. Luis Blanc. Simple y perentorio, no se puede negar que este mecanismo tenga, por lo ménos, la ventaja de estar al alcance de todo el mundo. Así es que, leyendo á los autores, se percibe al momento que sólo esperan la controversia sobre las horas de trabajo, la eleccion de las costumbres y otros detalles insignificantes que, segun ellos, *no afectan en nada al sistema.*

Pero este sistema tan simple, en concepto de los utopistas, llega á ser de una extremada complicacion si se reflexiona que el hombre es un sér libre, refractario á la policia y á la comunidad, y que toda organizacion que violenta la libertad individual, perecerá por ella. Así se vé en las utopias socialistas presentarse siempre la apropiacion, y sin respeto á la fraternidad, turbar el órden comunista.

Hemos visto al Sr. Cabet permitir por las noches la colacion en familia, y á esta concesion añadir todavía otra: el domingo todo el mundo es LIBRE. Cada cual come en donde quiere; en su casa, en el restaurant ó en el campo, *ad vivitum*. Como una buena é indulgente madre, el legislador de Icaria sintió la necesidad de olvidar, de vez en cuando, el rigor comunista; quiso recordar á los ciudadanos que no eran *hermanos* solamente, sino tambien *personas*, y los domingos les dá libertad!

El Sr. Cabet hace más: con respecto á la agricultura, rehabilita la pequeña explotacion, casi puedo

decir, la pequeña propiedad. El agricultor de Icaria, colono de la república, vive sólo con su mujer y sus hijos en su casita y su pedazo de tierra: no ignoro que un gran número de comunistas reprueban este sistema, sobre el cual tampoco los economistas están de acuerdo; pero yo sostengo que si el Sr. Cabet es hereje, todos sus detractores lo son tambien; pues creo que no admitireis diferencia de principio entre ellos, si yo pruebo que sólo existe diferencia de forma. Probemos, pues, que toda organizacion, comunista ó no comunista, implica necesariamente libertad é individualidad del trabajo, lo mismo que toda reparticion implica proporcionalidad é individualidad del salario, lo cual nos conduce siempre á la imposibilidad del comunismo.

El primero y el más poderoso resorte de la organizacion industrial, es la separacion de las industrias, ó sea la division del trabajo. Con la diferencia de climas, la naturaleza preluvió esta division y determinó *á priori* todas sus consecuencias; el génio humano hizo lo demás. La humanidad sólo puede satisfacer sus necesidades generales aplicando esta gran ley de division que engendra la circulacion y el cambio. Además de esta division primordial, reciben los pueblos su originalidad y su carácter. La fisonomía de las razas no es, como se cree, un rasgo indeleble que se conserva por la generacion; es una marca de la naturaleza que sólo puede desaparecer por efecto de la emigracion y el cambio de hábitos. La division del trabajo no obra, pues, simplemente como órgano de produccion; ejerce tambien una influencia esencial sobre el espíritu y el cuerpo, y es la forma de nuestra educacion como de nuestro trabajo. Bajo todos estos aspectos, se puede decir que es creadora del hombre como de la riqueza, que es tan necesaria al individuo como á la

sociedad, y que respecto al primero, como á la segunda, la division del trabajo debe aplicarse con todo el poder y la intensidad de que es susceptible.

Pero... aplicar la ley de division, es fomentar el individualismo y provocar la disolucion de la comunidad: esta consecuencia es inevitable. Y en efecto; supuesto que en una comunidad bien dirigida, la cantidad de trabajo que debe proporcionar cada industria está conocida, y el número de trabajadores es conocido tambien; si el trabajo sólo se exige á cada uno como condicion de salario y de garantía frente á frente de todos, ¿qué razon habrá para que la comunidad resista á una ley de la naturaleza, limite su accion é impida sus efectos? ¿Y qué podría responderse al ciudadano que hiciese al gobierno la siguiente proposicion?

«La suma de los servicios que debe prestar el grupo de que formo parte, es de 1.000;

»El número de los dias de trabajo durante el año, 300;

»Somos cincuenta compañeros;

»Yo me comprometo, y pruebo con la memoria adjunta que mi proposicion es ventajosa á la república; me comprometo, digo, dando por garantía la parte que me pertenece en el consumo general, á proporcionar dia por dia, mes por mes y año por año, á gusto del gobierno, la fraccion del trabajo colectivo que se me asigne, aumentada en una décima parte, y pido en cambio que se me deje libre trabajando solo.»

¿Se declararía sospechoso á este ciudadano que pedia la emancipacion del trabajo, obligándose á pagar el diezmo de la libertad? ¿Se proscibiria la libertad individual en nombre de la general, que se compone de la suma de las libertades individuales? ¿Cuál sería el motivo de esta proscricion? ¡Liber-

tad; encanto de mi existencia, sin tí el trabajo es una tortura y la vida una larga muerte; por tí combate la humanidad desde su origen, y por tu reinado trabajamos todos en esta nueva y grande revolucion! ¿No serás tú algo más que la muerte de la conciencia bajo el despotismo de la sociedad, y por el temor de perderte será preciso que te inmole todos los dias?

¿Se dirá que no puede concederse la libertad del trabajo porque implica la apropiacion, y ésta el monopolio, la usura, la propiedad, la explotacion del hombre por el hombre? Yo replico al instante que si la libertad engendra esos abusos, es porque falta una ley del cambio, una constitucion del valor y una teoría de la reparticion que mantenga la igualdad entre los consumidores y el equilibrio en las funciones. Y ahora bien, ¿qué es lo que aquí se opone á la reparticion? ¿Qué es lo que rechaza con todas sus fuerzas la teoría del valor y la ley del cambio? El comunismo. Luego el comunismo rechaza la libertad del trabajo porque necesita una ley de la reparticion, y rechaza en seguida la reparticion, á fin de conservar la comunidad del trabajo. ¡Qué galimatías!

Organizacion del trabajo, division ó libertad del trabajo y separacion de las industrias, todos estos términos son sinónimos. Pues bien: la comunidad perece con la separacion de las industrias; luego la comunidad es esencialmente orgánica, y no puede existir ni renacerá en la tierra sino es por la desorganizacion. ¿Cómo se puede concebir una separacion de las industrias que no separe á los industriales, y una division del trabajo que no divida los intereses? ¿Cómo, sin responsabilidad, por consiguiente, sin libertad individual, se asegura la eficacia del trabajo y la fidelidad del rendimiento? El trabajo, decís, se dividirá, y sólo el producto será comun. Círculo vi-

cioso, petición de principio, logomaquia, absurdo. Acabo de probar que el trabajo no puede dividirse sin que el consumo se divida también; en otros términos, que la ley de división implica una ley de repartición, y procediendo ésta por *debe y haber*, sinónimos de *tuyo y mio*, la comunidad queda destruida. El individualismo existe, pues, en el seno de la comunidad, en la distribución de los productos y en la división del trabajo: dígase lo que se quiera, el comunismo está condenado á morir, y sólo le queda el derecho de optar por la justicia, resolviendo el problema del valor, ó crear, bajo el manto de la fraternidad, el despotismo del número en vez del de la fuerza.

Todo cuanto el socialismo dijo, desde la muerte de Abel hasta los fusilamientos de Rive-de-Gier, sobre este gran problema de la organización, no fué más que un grito de desesperación y de impotencia, por no decir una declamación de charlatan. Ni hoy ni nunca, nadie en el socialismo ni en el partido propietario resolvió las contradicciones de la economía social; y todos esos apóstoles de organización y de reforma, son explotadores de la credulidad pública que descueñtan, en nombre de la ciencia futura, el beneficio de una verdad tan antigua como el mundo, y cuyo nombre no saben articular siquiera.

¿Será el productor libre en su trabajo? A esta pregunta tan sencilla, el socialismo no se atreve á responder; y á donde quiera que se vuelva se vé perdido. La división del trabajo está unida por un lazo indisoluble á la repartición matemática de los productos, y la libertad del productor á la independencia del consumidor. [Suprimid la división del trabajo, la proporcionalidad de los valores, la igualdad de las fortunas, y el globo, capaz de alimentar á diez mil millones de hombres ricos y fuertes, apenas basta

para algunos millones de salvajes: suprimid la libertad, y el hombre no es más que un miserable gaileote *que arrastra hasta el sepulcro la cadena de sus engañosas esperanzas*; suprimid el individualismo de las existencias, y convertireis á la humanidad en un gran pólipo.

Afirmad la división del trabajo, y la comunidad desaparece con la uniformidad; afirmad la libertad, y los misterios de la policía se desvanecen con la religión y el Estado; afirmad la organización, y la comunidad de bienes, cuya inevitable consecuencia es la comunidad de las personas, no será más que una horrorosa pesadilla.

La comunidad con la división del trabajo, con la libertad y con la organización, ¡gran Dios! es el caos con los atributos de la luz, de la vida y de la inteligencia. ¡Y me preguntais por qué no soy comunista! Consultad, si gustais, el diccionario de las antonimias, y sabreis por qué no soy comunista.

§. VIII.—La comunidad es imposible sin la justicia, y perece por la justicia.

El no-yo, decía un filósofo, es el yo que se objetiva, se opone á sí mismo y se toma por otro: el sujeto y el objeto son idénticos. A igual A.

Este principio, que sirve de base á todo un sistema de filosofía, y que se puede considerar como verdadero en la especulación, es también el punto de partida de la ciencia económica, y el primer axioma de la justicia distributiva. En este orden de ideas, A igual A, quiere decir que el trabajo realizado es matemáticamente igual al trabajo pensado; por consiguiente, el salario del obrero es igual á su producto, el consumo igual á la producción. Esto es verdad para el individuo que cambia con otros productores,

cioso, petición de principio, logomaquia, absurdo. Acabo de probar que el trabajo no puede dividirse sin que el consumo se divida también; en otros términos, que la ley de división implica una ley de repartición, y procediendo ésta por *debe y haber*, sinónimos de *tuyo y mio*, la comunidad queda destruida. El individualismo existe, pues, en el seno de la comunidad, en la distribución de los productos y en la división del trabajo: dígase lo que se quiera, el comunismo está condenado á morir, y sólo le queda el derecho de optar por la justicia, resolviendo el problema del valor, ó crear, bajo el manto de la fraternidad, el despotismo del número en vez del de la fuerza.

Todo cuanto el socialismo dijo, desde la muerte de Abel hasta los fusilamientos de Rive-de-Gier, sobre este gran problema de la organización, no fué más que un grito de desesperación y de impotencia, por no decir una declamación de charlatan. Ni hoy ni nunca, nadie en el socialismo ni en el partido propietario resolvió las contradicciones de la economía social; y todos esos apóstoles de organización y de reforma, son explotadores de la credulidad pública que descuentan, en nombre de la ciencia futura, el beneficio de una verdad tan antigua como el mundo, y cuyo nombre no saben articular siquiera.

¿Será el productor libre en su trabajo? A esta pregunta tan sencilla, el socialismo no se atreve á responder; y á donde quiera que se vuelva se vé perdido. La división del trabajo está unida por un lazo indisoluble á la repartición matemática de los productos, y la libertad del productor á la independencia del consumidor. [Suprimid la división del trabajo, la proporcionalidad de los valores, la igualdad de las fortunas, y el globo, capaz de alimentar á diez mil millones de hombres ricos y fuertes, apenas basta

para algunos millones de salvajes: suprimid la libertad, y el hombre no es más que un miserable gaileote *que arrastra hasta el sepulcro la cadena de sus engañosas esperanzas*; suprimid el individualismo de las existencias, y convertireis á la humanidad en un gran pólipio.

Afirmad la división del trabajo, y la comunidad desaparece con la uniformidad; afirmad la libertad, y los misterios de la policía se desvanecen con la religión y el Estado; afirmad la organización, y la comunidad de bienes, cuya inevitable consecuencia es la comunidad de las personas, no será más que una horrorosa pesadilla.

La comunidad con la división del trabajo, con la libertad y con la organización, ¡gran Dios! es el caos con los atributos de la luz, de la vida y de la inteligencia. ¡Y me preguntais por qué no soy comunista! Consultad, si gustais, el diccionario de las antonimias, y sabreis por qué no soy comunista.

§. VIII.—La comunidad es imposible sin la justicia, y perece por la justicia.

El no-yo, decía un filósofo, es el yo que se objetiva, se opone á sí mismo y se toma por otro: el sujeto y el objeto son idénticos. A igual A.

Este principio, que sirve de base á todo un sistema de filosofía, y que se puede considerar como verdadero en la especulación, es también el punto de partida de la ciencia económica, y el primer axioma de la justicia distributiva. En este orden de ideas, A igual A, quiere decir que el trabajo realizado es matemáticamente igual al trabajo pensado; por consiguiente, el salario del obrero es igual á su producto, el consumo igual á la producción. Esto es verdad para el individuo que cambia con otros productores,

como lo es para el trabajador colectivo que sólo cambia consigo mismo. El salario para el trabajador colectivo y para el hombre aislado, es igual á su producto; por consiguiente, los productos de todos los trabajadores son iguales entre sí, y sus salarios iguales tambien. Ahí está el principio de la igualdad de condiciones y de fortunas.

Así la igualdad en el hombre colectivo, no es más que la igualdad del todo con la suma de las partes; por medio de la libertad se establece despues entre las corporaciones industriales y las clases de ciudadanos, y se constituye, en fin, lentamente y por oscilaciones infinitas entre los individuos. Pero la igualdad debe ser universal, porque cada individuo representa la humanidad; y siendo el hombre igual al hombre, el producto debe ser entre todos igual al producto.

El punto de vista de la comunidad no es este. El comunismo tiene horror á las cifras, y la aritmética es mortal para él. No puede convenir en que la ley del universo, *Omnia in pondere, et numero, et mensura*, sea tambien la ley de la sociedad, y en una palabra, el comunismo no acepta la igualdad y niega la justicia. ¿Cuál es, pues, el principio que prefiere? Ya lo hemos visto; segun el Sr. Cabet, es la fraternidad, y... preciso será confesarlo; esta necesidad tiene entre sus partidarios hombres mucho menos inocentes que el respetable Sr. Cabet.

La igualdad y la justicia, segun dicen estos profundos teóricos, no son más que relaciones de propiedad y de antagonismo que deben desaparecer ante la ley de amor y de abnegacion. En este nuevo estado, dar es sinónimo de recibir; la dicha consiste en prodigarse, y á la emulacion de los egoísmos sucede la emulacion del desprendimiento. Tal es la idea superior del socialismo, idea que debemos pro-

fundizar, porque gracias á ella, perdemos todas las ideas inferiores de lo justo y de lo injusto, del derecho y del deber, de obligacion, de perjuicio, etc. Marchando de idea superior en idea superior, acabaremos por no tener ninguna.

Es sabido que el hombre primitivo, entregado á sus inclinaciones materiales, apenas conoce este amor místico del semejante que Jesucristo, segun Pedro Leroux, conoció imperfectamente, y que los comunistas tomaron por base de su doctrina. El estado de guerra es el estado primordial del género humano: ántes de amarse, los hombres empiezan por devorarse; el sacrificio del prójimo precede siempre al sacrificio por el prójimo, y la antropofagia y la fraternidad son los dos extremos de la evolucion económica. Añadamos que todo individuo reproduce en la vida, y en cada uno de sus momentos, esta doble faz de la humanidad.

La fraternidad, que expresa en nosotros el triunfo del angel sobre la bestia, más que un sentimiento espontáneo, es un sentimiento desarrollado, fruto de la educacion y del trabajo. ¿Cuál es, pues, el sistema de educacion de la fraternidad? Es extraño que nos veamos reducidos todavía á dirigirnos esta pregunta despues de tantas homilias fraternales.

Los comunistas racionan como si la fraternidad debiese resultar únicamente de la persuasion. Jesucristo y los apóstoles predicaban la fraternidad, y se nos predica todos los dias. Sed hermanos, nos dicen, porque si no sereis enemigos; vuestra eleccion no es libre. *¡La fraternidad ó la muerte!* Ante este dilema, el hombre no ha vacilado nunca, y eligió la muerte. ¿Tiene él la culpa?

Yo no puedo comprender cómo la conviccion que tengo de la necesidad de una cosa puede ser la causa eficiente de esta cosa. Yo soy libre, no porque se me

demuestre la excelencia de la libertad, aunque esta demostracion me haya hecho quererla, sino porque reuno las condiciones que hacen al hombre libre. Del mismo modo los hombres pasarán de la discordia á la armonía, no sólo en virtud del conocimiento que hayan adquirido sobre sus destinos, sino gracias á las condiciones económicas, políticas y demás circunstancias que constituyen la armonía en la sociedad. A la voz de Cristo, la humanidad se estremeció de amor y lloró de ternura; un santo fervor se apoderó de las almas; era el efecto de una reaccion, el resultado de un largo aniquilamiento; pero esta emocion duró poco; las discordias cristianas sobrepujaron los odios de la idolatria; la fraternidad se desvaneció como un sueño, porque como nada se habia previsto para sostenerla, carecia de alimento. La situacion es todavía igual; la fraternidad hoy, como siempre, espera para existir un principio que la produzca: ¿cree el socialismo que basta con predicarla?

Nosotros edificamos en el vacío; perecemos miserablemente á la vista de la tierra prometida que deseamos alcanzar á través del espacio, en vez de seguir el camino designado, marchando de jornada en jornada. La fraternidad no existe; esto lo reconoce todo el mundo; y el socialismo, en vez de buscar los elementos, cree que basta con hablar. Que la fraternidad exista, dice; pero la fraternidad no puede existir.

Algunos que toman las formas por la fraternidad misma, aseguran que el decoro, el buen tono, los sentimientos que inspiran una educacion generosa, las costumbres civilizadas y afectuosas de las generaciones futuras, no permiten suponer que nadie, abusando de la confianza social, haga traicion á la ley del desprendimiento y de la fraternidad. Éstos se parecen á los economistas que, reemplazando el nu-

merario con los billetes, la prenda con el signo, se figuran que abolieron el uso del dinero. Pero los billetes sólo VALEN si están afianzados, y la urbanidad, el decoro, las protestas de abnegacion, sólo tienen valor á condicion de que haya una hipoteca que los sostenga: que se me diga, pues, en dónde está esta hipoteca. Lo que hace nacer la amistad, la estimacion, la confianza, etc., es la certidumbre de la reciprocidad, ó lo que es lo mismo, el sentimiento de la dignidad y de la independenciam personal, y un bienestar individual y legítimamente adquirido. El embeleco de los conventos, de donde la religion tuvo buen cuidado de excluir todo sentimiento de personalidad y de propiedad, ¿era la fraternidad? No, no; esos *hermanos* eran por sí mismos muy poca cosa para que se estimasen los unos á los otros, y por el ejemplo de las comunidades religiosas, en las cuales la humildad y la abnegacion eran de regla, se pudo ver que la degradacion del *yo* entraña siempre la ruina de la caridad. Tal fué el grande error de esos fundadores de órdenes, á quienes Dios perdone en gracia de su buena voluntad, pero cuyos sistemas están juzgados. La grosería, la holganza y la crápula de los frailes se han convertido en proverbio; todos estos vicios de las comunidades religiosas, hasta de aquellas que habian hecho del trabajo la parte esencial de su disciplina, procedieron de esa falsa teoría que busca la fraternidad fuera de la justicia.

Al testimonio de la historia, añade la teoría sus pruebas. Para que una sociedad de trabajadores pueda prescindir de la justicia y sostenerse únicamente por el movimiento de los afectos, seria necesaria una cosa sin la cual la fraternidad moriria al instante, y es la infalibilidad y la impecabilidad individual. Un hombre tiene el proyecto de publicar un libro: ¿quién

hará los gastos de papel, composición, impresión, venta y porte? La comunidad, sin duda, supuesto que todo le pertenece; pero la comunidad, al imprimir este libro, se expone á hacer un gasto inútil: ¿quién lo garantizará? ¿Se nombrarán censores que examinen los manuscritos? Entonces no hay libertad de la prensa. ¿Se someterán las impresiones á los sufragios? Eso es suponer que los votantes conocen el libro que se les quiere hacer leer. ¿Se esperará á que el autor reúna un número suficiente de suscriptores? Entonces entramos de nuevo en el sistema de la venta y del cambio, del *debe* y del *haber*, en la negación del comunismo.

¡Cuántas dificultades invencibles! Si la comunidad es prudente, debe exigir por sí misma una garantía; es decir, debe reconocer una posesión independiente de ella y pronunciar su propia disolución: si el autor es verdaderamente leal y desprendido, debe asumir sobre sí mismo la responsabilidad de su obra; es decir, debe separarse de la comunidad. Pero esta misma abnegación, no puede producir los actos si no posee, en sí ni fuera de sí, nada que pueda sacrificar. *Nemo dat quod non habet*; es el Evangelio, es Jesucristo mismo el que lo dice. En donde nada habeis puesto, nada podeis recoger; y de todos los hombres, el más capaz de sacrificarse no es el comunista, sino el propietario. ¿Será preciso que presente como nueva una verdad tan trivial?

Cualquiera que sea el camino que tome, el comunismo llega fatalmente al suicidio. Constituido sobre el tipo de la familia, se disuelve con ella; y no pudiendo prescindir de la repartición, perece con ella. Obligado á organizarse, la organización lo mata: en fin, el comunismo supone el sacrificio; y suprimiendo la materia y la forma del sacrificio, lejos de poder constituir la serie necesaria á su existencia, ni si-

quiera puede presentar el primer término de su evolución.

Dadme algo que se armonice con otra cosa, una idea cuyo objeto pueda tocarse, un hecho que se analice y que yo pueda comprender, y reconoceré este hecho ó suscribiré esta idea; pero... ¿qué quereis que os diga de una sociedad que sólo se concibe en la nada, que no se concilia con nada y que subsiste por la nada?

§. IX.—El comunismo ecléctico, ininteligente é infinteligible.

Lo hemos dicho desde un principio y lo repetimos ahora; nada hay en la utopía socialista que no se encuentre en la rutina propietaria, siguiendo en esto el principio de la escuela: *Nihil est intellectu, quod prius non fuerit in sensu*. El socialismo no posee nada que le sea propio; lo que le distingue, le constituye y le hace ser lo que es, es la arbitrariedad y lo absurdo de sus plagios. ¿Qué es la comunidad? La idea económica del Estado llevada hasta la absorción de la personalidad y de la iniciativa individual. Pues bien: el comunismo no comprendió siquiera la naturaleza y el destino del Estado; al apoderarse de esta categoría á fin de darse á sí mismo cuerpo y cara, sólo vió el lado reaccionario de la idea, y manifestó su impotencia al tomar por tipo de la organización industrial el de la policía. El Estado, dijo, dispone soberanamente del servicio de sus empleados, á quienes alimenta, alberga y pensiona; luego puede ejercer también la agricultura y la industria alimentando y pensionando á todos los trabajadores. Mil veces más ignorante que la economía política, el socialismo no ha visto que al hacer entrar en el Estado las demás categorías del trabajo, convertía á los productores en improductivos; no comprendió que los

hará los gastos de papel, composición, impresión, venta y porte? La comunidad, sin duda, supuesto que todo le pertenece; pero la comunidad, al imprimir este libro, se expone á hacer un gasto inútil: ¿quién lo garantizará? ¿Se nombrarán censores que examinen los manuscritos? Entonces no hay libertad de la prensa. ¿Se someterán las impresiones á los sufragios? Eso es suponer que los votantes conocen el libro que se les quiere hacer leer. ¿Se esperará á que el autor reúna un número suficiente de suscriptores? Entonces entramos de nuevo en el sistema de la venta y del cambio, del *debe* y del *haber*, en la negación del comunismo.

¡Cuántas dificultades invencibles! Si la comunidad es prudente, debe exigir por sí misma una garantía; es decir, debe reconocer una posesión independiente de ella y pronunciar su propia disolución: si el autor es verdaderamente leal y desprendido, debe asumir sobre sí mismo la responsabilidad de su obra; es decir, debe separarse de la comunidad. Pero esta misma abnegación, no puede producir los actos si no posee, en sí ni fuera de sí, nada que pueda sacrificar. *Nemo dat quod non habet*; es el Evangelio, es Jesucristo mismo el que lo dice. En donde nada habeis puesto, nada podeis recoger; y de todos los hombres, el más capaz de sacrificarse no es el comunista, sino el propietario. ¿Será preciso que presente como nueva una verdad tan trivial?

Cualquiera que sea el camino que tome, el comunismo llega fatalmente al suicidio. Constituido sobre el tipo de la familia, se disuelve con ella; y no pudiendo prescindir de la repartición, perece con ella. Obligado á organizarse, la organización lo mata: en fin, el comunismo supone el sacrificio; y suprimiendo la materia y la forma del sacrificio, lejos de poder constituir la serie necesaria á su existencia, ni si-

quiera puede presentar el primer término de su evolución.

Dadme algo que se armonice con otra cosa, una idea cuyo objeto pueda tocarse, un hecho que se analice y que yo pueda comprender, y reconoceré este hecho ó suscribiré esta idea; pero... ¿qué quereis que os diga de una sociedad que sólo se concibe en la nada, que no se concilia con nada y que subsiste por la nada?

§. IX.—El comunismo ecléctico, ininteligente é infinteligible.

Lo hemos dicho desde un principio y lo repetimos ahora; nada hay en la utopía socialista que no se encuentre en la rutina propietaria, siguiendo en esto el principio de la escuela: *Nihil est intellectu, quod prius non fuerit in sensu*. El socialismo no posee nada que le sea propio; lo que le distingue, le constituye y le hace ser lo que es, es la arbitrariedad y lo absurdo de sus plagios. ¿Qué es la comunidad? La idea económica del Estado llevada hasta la absorción de la personalidad y de la iniciativa individual. Pues bien: el comunismo no comprendió siquiera la naturaleza y el destino del Estado; al apoderarse de esta categoría á fin de darse á sí mismo cuerpo y cara, sólo vió el lado reaccionario de la idea, y manifestó su impotencia al tomar por tipo de la organización industrial el de la policía. El Estado, dijo, dispone soberanamente del servicio de sus empleados, á quienes alimenta, alberga y pensiona; luego puede ejercer también la agricultura y la industria alimentando y pensionando á todos los trabajadores. Mil veces más ignorante que la economía política, el socialismo no ha visto que al hacer entrar en el Estado las demás categorías del trabajo, convertía á los productores en improductivos; no comprendió que los

servicios públicos, precisamente porque son públicos ó ejecutados por el Estado, cuestan mucho más de lo que valen; que la tendencia de la sociedad debe ser á disminuir constantemente su número, y que léjos de subordinar la libertad individual al Estado, es el Estado ó la comunidad la que debemos someter á la libertad individual.

El socialismo procedió de la misma manera en todos sus plagios. La familia le ofrecía el tipo de una comunidad fundada en el amor y en la abnegacion, y al momento se apresuró á trasportar la familia al Estado, como ántes habia trasportado la agricultura y la industria; y la distincion de las familias dió lugar á la comunidad de familia, como la distincion de los monopolios habia dado lugar á la comunidad del monopolio.

¿Qué habia en la familia ántes de que el socialismo la absorbiese en la indivision? Habia el matrimonio, la union del hombre consigo mismo por la separacion de los sexos, la sociedad en la soledad, un diálogo en un monólogo. Esta era la consumacion de la personalidad humana. El socialismo no vió en ello más que una derogacion de su principio, y fundándose en la lascivia de los salvajes y la frecuencia de los adulterios en una civilizacion en crisis, lo arregló todo suprimiendo el matrimonio y reemplazando la inviolabilidad del amor con la licencia de las uniones.

Reprimida de este modo la personalidad del hombre en el amor y en el trabajo, el camino parecia fácil para la organizacion del trabajo y la reparticion de los productos. Organizar y distribuir el trabajo... ¿Hay cosa más fácil? Indudablemente, la division del trabajo es anticomunista, porque apropia, en ínfimo grado si se quiere, las funciones á los grupos, y dentro de éstos á los individuos. Indudablemente

tambien, la comunidad seria más perfecta si se pudiese evitar semejante distribucion; pero este inconveniente de la apropiacion del trabajo desaparecerá en la desapropiacion de los productos. No pudiendo atribuirse nadie exclusivamente los instrumentos de trabajo, ni los productos, ni la circulacion, ni su distribucion, la comunidad permanece intacta, y todos los cuidados del gobierno se reducen entónces á producir más con los menores gastos posibles.

Pero, observó la economía política, el problema de la division del trabajo no consiste solamente en realizar la mayor suma de productos, sino en conseguir esto sin perjuicio físico, moral ó intelectual para el trabajador. Pues bien: se ha probado que la inteligencia del obrero se inclina tanto más al idiotismo, cuanto más dividido esté el trabajo; y recíprocamente, que cuanto mayor es el número de cosas que el hombre abraza en sus combinaciones, arrojando sobre los demás el disgusto de la ejecucion y el cuidado de los detalles, tanto más, si fortalece su razon y su genio, se eleva y domina. ¿Cómo conciliaremos, pues, la necesidad de una division parcelaria con el desenvolvimiento integral de las facultades, desenvolvimiento que es para cada ciudadano un derecho y un deber, y para todos una condicion de igualdad, pero desenvolvimiento que, por la exaltacion de la personalidad, es la muerte del comunismo?

En este punto, el socialismo se ha presentado tan pobre lógico como despreciable charlatan. A la division parcelaria añadió el corte de las sesiones, arrojando partícula sobre partícula, incision sobre incision, el desórden sobre el hastío y el tumulto sobre el fastidio. Él no quiere que los trabajadores aspiren todos á ser *generalizadores y sintéticos*; reserva esta distincion para las naturalezas privilegiadas, de las cuales hace, unas veces explotadores

como los propietarios, *A cada uno segun su capacidad y à cada capacidad segun sus obras*, y otras veces esclavos, *Los primeros serán como los últimos y los últimos como los primeros*. El socialismo no ha visto, ó mejor dicho, ha visto demasiado bien que la division del trabajo era el instrumento del progreso y de la igualdad de las inteligencias, al mismo tiempo que del progreso y de la igualdad de las fortunas; rechaza con todas sus fuerzas esta igualdad que le repugna porque sustituye el sacrificio obligatorio con el libre, y por esta razon coloca unas veces la capacidad por encima del trabajo parcelario, y otras la pone muy por debajo. En Icaria, como en Platon, en el falansterio y en todos los libros socialistas, la ciencia y el arte se tratan como ESPECIALIDADES y oficios, pero en ninguna parte se las vé aparecer como facultades que la educacion debe desarrollar en todos los hombres. Vos, mi querido Villegardelle, conoceis el socialismo en su personal como en sus libros; rendid culto à la verdad: ¿cree el socialismo en la igualdad de las inteligencias? El socialismo, que exige la abnegacion, ¿quiere la igualdad de condiciones? ¿Habeis encontrado en él (hablo del socialismo dogmático) algo más que vanidad é ignorancia? Decid si yo le calumnio.

A pesar de todo, el socialismo hizo un descubrimiento, que es el del trabajo *atractivo*.

La economía política, al revelarse al mundo como ciencia de observacion y de experiencia, habia proclamado la santidad del trabajo. Contra la autoridad de las religiones, habia dicho que el trabajo no era una maldicion de Dios, sino una condicion de vida tan necesaria para nosotros como el beber, el comer, el amor, el juego y el estudio. Las obras de Say, Destutt de Tracy, Droz, Adam Smith, etc., están llenas de esta idea. La economía política es la protesta

del pensamiento filosófico en favor del trabajo, contra la inercia bárbara y la mitología judáica. Se seguia de aquí, y los economistas lo comprendieron muy bien, que el trabajo, necesario à la sociedad y al hombre, fortificando el espíritu y el cuerpo, conservando las costumbres y la salud, produciendo la riqueza, principio del progreso y manifestacion de la actividad humana, no tenia EN SÍ MISMO; *à parte subjecti*, nada de aflictivo; y que si alguna vez iba acompañado de fatiga y de disgusto, provenia únicamente de la calidad de las cosas, *à parte rei*, à las cuales se aplica, ó de un defecto de medida en la ejecucion. La division parcelaria y la uniformidad de accion, que es su consecuencia, tan enérgicamente señaladas por los economistas, son ejemplos bien conocidos del trabajo que se hace repugnante. ¿Qué debia hacerse, pues? Suprimir ó cubrir lo que la materia del trabajo pudiese ofrecer de penoso, y dirigir los ejercicios de una manera que satisficiese el cuerpo y el espíritu à la vez. En lugar de esto, el socialismo inventó el trabajo atractivo.

En primer lugar, hecho el trabajo más agradable y más fácil, à lo que dicen, por la extremada division, se cambiará en una fiesta perpétua por la música, el canto, las conversaciones galantes, la lectura, la corta duracion de las sesiones, las evoluciones y las caídas. Tal es el régimen establecido en Icaria por el Sr. Cabet, de acuerdo en esto con todos los grandes maestros, Platon, Campanèlla, Mably, Morelly, Fourier, etc. El socialismo, que conoce perfectamente à sus bestias, les proporciona toda clase de recreos, y procede con el trabajo del mismo modo que los amigos de serenatas con el amor, cuando à media noche y bajo las ventanas de la nueva desposada despiertan con los instrumentos sus sentidos debilitados. A estos entretenimientos diversos, la

Fraternidad, número de Enero de 1845, añade la consideración que inspira el trabajo, con más la vigilancia mútua. Es claro que el socialismo pediría de muy buena gana la supresión del trabajo; y sólo en la imposibilidad absoluta de llegar á este ideal de la fatiga atractiva, lo abrevia, lo disminuye, lo varía, lo suaviza, lo sazona, y finalmente, lo hace obligatorio bajo pena de censura y de prision. ¡Qué génius tan formidables son los inventores del trabajo atractivo!

Pero... queridos maestros: ya que sois tan fuertes en el terreno de la imitación, tomad nota de lo que os voy á decir, que es tan antiguo como el mundo. El trabajo, como el amor, del cual es una forma, lleva en sí mismo su encanto; no necesita variedad, ni sesiones cortas, ni música, ni confabulaciones, ni procesiones, ni dulces frases, ni rivalidades, ni agentes de policía, ni nada; la libertad y la inteligencia bastan; el trabajo nos interesa, nos agrada y nos apasiona por la emisión de vida y de talento que exige; su mejor auxiliar es el recogimiento, y su mayor enemigo es la distracción. Publicad en todas partes que, léjos de disminuir, el trabajo aumenta sin cesar para cada uno de nosotros; anunciad, en fin, que por el trabajo, como por el matrimonio, la personalidad del hombre llega incesantemente á su máximo de energía y de independencia, lo cual elimina la última probabilidad del comunismo. Todas estas verdades son el A, B, C, de la ciencia económica, la filosofía pura del trabajo, y la parte mejor demostrada de la historia natural del hombre.

¡Hasta qué punto el socialismo, con sus utopías de abnegación, de fraternidad, de comunismo y de trabajo atractivo, es inferior al antagonismo propietario, que se jacta de destruir, y que no hace más que copiar!...

Bien examinado, el socialismo es la comunidad del mal, la imputación que se hace á la sociedad de las faltas individuales, y la solidaridad entre todos, de los delitos de cada uno. La propiedad, al contrario, es por su tendencia la distribución conmutativa del bien y la insolidaridad del mal, en cuanto el mal proviene del individuo. Bajo este punto de vista, la propiedad se distingue por una tendencia á la justicia que estamos muy léjos de encontrar en el comunismo. Para hacer insolidarias la actividad y la inercia, crear la responsabilidad individual, sancion suprema de la ley social, fundar la modestia de las costumbres, el celo por el bien público, la sumisión al deber, la estimación y la confianza recíprocas, el amor desinteresado del prójimo; para asegurar todas estas cosas, ¿lo diré? el dinero, este *infame* dinero, símbolo de la desigualdad y de la conquista, es un instrumento cien veces más eficaz, más incorruptible y más seguro que todas las preparaciones y las drogas comunistas.

Los declamadores hablaron de la moneda como el fabulista del idioma; le atribuyeron todos los bienes y todos los males de la sociedad. El dinero, dijeron unos, es el que levanta ciudades, gana batallas, crea el comercio, estimula los talentos, remunera el trabajo y arregla las cuentas de la sociedad. El dinero, la rabia de dinero, *auri sacra fames*, replicaron otros, es el fermento de todos nuestros vicios, el principio de todas nuestras traiciones y el secreto de todas nuestras bajezas. Si este elogio y esta censura fuesen justos, la invención de la moneda, que es la más asombrosa según el Sr. Sismondi, y la más feliz, en mi opinión, de todas cuantas hizo el génio económico, presentaría una contradicción; por consiguiente, debería rechazarse reemplazándola con una concepción superior, más moral y más verdadera. Pero no

es así: los metales preciosos, el numerario y el papel de banco, no son, por sí mismos, causa de bien ni de mal; la verdadera causa está en la incertidumbre del valor, cuya constitucion se nos presenta simbólicamente en la moneda como la realizacion del orden y del bienestar, y cuya oscilacion irregular en los demás productos es el principio de toda expoliacion y de toda miseria.

El dinero, el primer valor socialmente determinado, se presenta, pues, hasta el dia de la constitucion general de los valores, de la cual debe nacer para el trabajador la garantía completa del trabajo y del salario, se presenta, digo, como el órgano más perfecto de la solidaridad del bien y de la insolidaridad del mal; en otros términos, de la responsabilidad individual y de la justicia.

Vos queréis que yo confie en el trabajo, en la diligencia y en la delicadeza de mis hermanos; mas... para esto no es necesario organizar una policia, ni crear un espionaje mútuo, tan injurioso como imposible. Haced que el bienestar resulte para todos exclusivamente de su laboriosidad, de modo que la medida del trabajo sea la medida exacta del bienestar; que el producto de la actividad sea como una segunda é incorruptible conciencia, cuyo testimonio castigue ó remunere, segun el mérito ó el demérito, cada una de las acciones del hombre; estableced una escala ó cuadro comparativo de los valores que presente las oscilaciones anteriores y futuras á la vez, y por cuyo medio el productor pueda dirigir siempre sus operaciones de la manera más ventajosa, sin temer nunca exceso de produccion ni desastre de ningún género; dad, en fin, á todos los valores una expresion comun, deducida de su comparacion con uno de ellos que sirva de metro en todas las transacciones: ¿no es cierto que en estas condiciones, el traba-

jador, entregado á sí mismo y gozando de la más completa independencia, ofreceria la más perfecta garantía?

Que se tomen despues todas las medidas de prevision que exige la enfermedad de la naturaleza, y que el honor de la humanidad impere; con esto no se habrá hecho más que suplir con el amor lo que haya negado el derecho. ¿Y quién pensará en impedirlo? Nadie: pero recordad que ese suplemento recibe toda su moralidad, y por consiguiente, su posibilidad, del reconocimiento prévio del derecho, y que sin la justicia, sin una exacta definicion de lo *tuyo* y de lo *mío*, la caridad se convierte en una exaccion, y la fraternidad es imposible.

El reinado del dinero es la transicion á esta democracia de los valores, fundamento de la justicia y de la fraternidad. El dinero y las instituciones de crédito que engendra, elevando los valores industriales á la dignidad de numerario, hacen bajar la cifra de la criminalidad, y abriendo mercados por todas partes y facilitando la circulacion, disminuyen los riesgos y aumentan, con la seguridad, la benevolencia y el desprendimiento...

¿Por qué razon, en vez de crear al hombre un individuo, echó Dios al mundo á la humanidad, que es una especie? Esta pregunta interesa al filósofo, cualquiera que sea su opinion. Sin embargo, el comunismo no puede responder á ella, porque desde su punto de vista, la creacion de la humanidad es absurda.

Ya sea por preocupacion católica ó por respeto á la costumbre de Europa, el autor de Icaria conservó, como Fenelon, la monogamia en su república, compensando esta excepcion en otros puntos. El Sr. Cabet crea la inmovilidad en todas partes y destierra la espontaneidad y el capricho. El arte de la modista,

del joyero, del tramoyista, etc., son *anti-comunistas*: el Sr. Cabet prescribe, como Mentor, la invariabilidad de la costumbre, la uniformidad del moviliario, la simultaneidad de los ejercicios, la comunidad de las comidas, etc. Según esto, no se concibe por qué en Icaria existiría más de un hombre, más de un par, que serían el buen Icar ó el Sr. Cabet y su mujer. ¿Para qué sirve todo ese pueblo? ¿A qué viene esa repetición interminable de muñecos tallados y vestidos del mismo modo? La naturaleza, que no saca sus ejemplares como los impresores, y que áun repitiéndose, jamás hace dos veces una misma cosa, para producir el sér progresivo y previsor, hizo nacer miles de millones de individuos diversos; y de esta infinita variedad, resulta para ella un sujeto único, que es el hombre. El comunismo pone límite á esta variedad de la naturaleza, y le dice como Dios al Océano: «Tú llegarás aquí, pero no irás más allá.» El hombre del comunismo, una vez creado, lo está para siempre... ¿No es así como el fourierismo pretendió inmovilizar la ciencia? Lo que Cabet hizo en favor de la costumbre, Fourier lo hizo en favor del progreso: ¿cuál de los dos merece el reconocimiento de la humanidad?

Para llegar á este fin con más certeza, el icariano reglamenta el espíritu público y toma sus medidas contra las ideas nuevas. En Icaria hay un periódico comunal, otro provincial y otro nacional: esto es parecido á lo que sucede en la Iglesia; hay un catecismo, un evangelio y una liturgia. La libertad de pensar es el derecho de proponer en la asamblea. La opinión de la mayoría se califica de opinión pública, y como pasa en nuestras cámaras, la razón se cuenta, no se discute. El periódico, impreso por cuenta del Estado, se distribuye *gratis*; dá cuenta de las deliberaciones, hace conocer el número de la minoría y

analiza sus razones; hecho lo cual, ya nada hay que decir. Los libros de ciencia y de literatura se hacen y se publican por delegación, sin que nadie pueda darles publicidad. Y en efecto; si todo pertenece á la comunidad, si nadie posee nada, la impresión de un libro no autorizado es imposible. Y por otra parte, ¿qué podría decirse en él? Toda idea facciosa queda, pues, ahogada en su origen, y no hay delitos de imprenta: hé ahí el ideal de la policía preventiva. De este modo, el comunismo se vé conducido por la lógica á la intolerancia de las ideas. ¡Pero Dios mío! ¡la intolerancia de las ideas es como la intolerancia de las personas; es la exclusión, es la propiedad!...

¡El comunismo es la propiedad! Esto no se comprende; y sin embargo, es indudable, como vais á verlo.

De todas sus preocupaciones ininteligentes y retrógradas, la que más aman los comunistas es la dictadura. Dictadura de la industria, del comercio y del pensamiento; dictadura en la vida social y privada; dictadura por todas partes: tal es el dogma que se cierne sobre la utopía icariana, como la nube sobre el Sinaí. El Sr. Cabet no concibe la revolución social como efecto posible del desenvolvimiento de las instituciones y del concurso de las inteligencias: esta idea es demasiado metafísica para su gran corazón. De acuerdo con Platon y con todos los reveladores; de acuerdo con Robespierre y Napoleon; de acuerdo con Fourier, ese dictador de la ciencia social que no dejó nada que descubrir; de acuerdo, en fin, con el Sr. Blanc y la democracia de Julio, que quiere hacer la felicidad del pueblo á PESAR SUYO, y dar al poder la *mayor fuerza posible de iniciativa*, el Sr. Cabet hace venir la reforma por el consejo, la voluntad, la elevada misión de un personaje, héroe, mesías y representante de los icarianos. El Sr. Cabet se guarda

bien de hacer salir la ley nueva de las discusiones de una asamblea, hija de la elección popular; medio demasiado lento y que lo comprometería todo: necesita UN HOMBRE. Después de haber suprimido todas las voluntades individuales, las concentra en una individualidad suprema que expresa el pensamiento colectivo, y como el motor inmóvil de Aristóteles, da el impulso á todas las actividades subalternas. Así, pues, por el simple desenvolvimiento de la idea, nos vemos necesariamente obligados á concluir que el ideal del comunismo es el absolutismo. Y en vano se alegaría como excusa que este absolutismo será transitorio, porque si una cosa es necesaria por un solo momento, llega á serlo para siempre, y la transición se hace eterna.

El comunismo, plagio desgraciado de la rutina propietaria, es el horror al trabajo, el hastío de la vida, la supresión del pensamiento, la muerte del yo, la afirmación de la nada. El comunismo, en la ciencia como en la naturaleza, es sinónimo de *nihilismo*, de indivisión, de inmovilidad, de noche y de silencio; es lo opuesto á lo real, el fondo negro sobre el cual Dios, el Creador, delineó el universo.

§. X.—El comunismo es la religión de la miseria.

Al pronunciar la palabra religión, y á fin de dar á cada cual lo que le pertenece, considero como un deber declarar que, en cuanto á opiniones religiosas, no conozco una sola persona que las tenga más puras y más irreprochables que el autor de la *Historia de las ideas sociales*, el restaurador de *Morelly*, el traductor de *Campanella*, y que es imposible expresarse sobre Dios con más libertad y con ménos prevención que vos, mi querido Villegardelle. Mas... porque el comunismo tenga en vos un gran talento,

¿se sigue de aquí que el comunismo esté exento de superstición?

—La comunidad, vos lo habeis reconocido, está en decadencia; es decir, que cuanto más los tiempos de la comunidad se alejan, tanto más los utopistas que la recuerdan se esfuerzan por hacerla volver, como los teóricos de la propiedad, á medida que la experiencia la condena, se esfuerzan por hacerla mejor y más cómoda. Vemos, pues, que el retroceso del comunismo está, por decirlo así, en la teoría; y al contrario, el progreso de la propiedad existe en la teoría y en la práctica á la vez. Pero desde el momento en que hay progreso, necesariamente hay transformación, advenimiento de la idea positiva y sintética; por consiguiente, eliminación de la idea mitológica y abolición de la fé religiosa. Pues bien, me parece imposible desconocer, bajo este primer punto de vista, que el comunismo, como la propiedad, es una religión.

Los hechos vienen en apoyo de este prejuicio legítimo.

Una espesa niebla de religiosidad envuelve hoy todas las cabezas reformistas, ya prediquen la reforma á fin de conservar mejor, como los dinásticos y los economistas, ya se propongan destruirlo todo para edificar de nuevo, como los comunistas. Vuestro amigo Cabet, burlándose del paraíso y del Padre Eterno, ensalza la fraternidad como la esencia de la religión, llamándola celeste y divina. Ya hemos visto, mi querido Villegardelle, qué profundo misterio encierra para él la fraternidad. El Sr. Pecqueur, declarando impías todas las religiones *positivas* (¿qué es una religión negativa?), califica su comunidad de *República de Dios*. Tenemos, además de éstos, á los neo-cristianos y á los anti-cristianos: éstos, segun Pedro Leroux, son los san-simonianos y los fourie-

bien de hacer salir la ley nueva de las discusiones de una asamblea, hija de la elección popular; medio demasiado lento y que lo comprometería todo: necesita UN HOMBRE. Después de haber suprimido todas las voluntades individuales, las concentra en una individualidad suprema que expresa el pensamiento colectivo, y como el motor inmóvil de Aristóteles, da el impulso á todas las actividades subalternas. Así, pues, por el simple desenvolvimiento de la idea, nos vemos necesariamente obligados á concluir que el ideal del comunismo es el absolutismo. Y en vano se alegaría como excusa que este absolutismo será transitorio, porque si una cosa es necesaria por un solo momento, llega á serlo para siempre, y la transición se hace eterna.

El comunismo, plagio desgraciado de la rutina propietaria, es el horror al trabajo, el hastío de la vida, la supresión del pensamiento, la muerte del yo, la afirmación de la nada. El comunismo, en la ciencia como en la naturaleza, es sinónimo de *nihilismo*, de indivisión, de inmovilidad, de noche y de silencio; es lo opuesto á lo real, el fondo negro sobre el cual Dios, el Creador, delineó el universo.

§. X.—El comunismo es la religión de la miseria.

Al pronunciar la palabra religión, y á fin de dar á cada cual lo que le pertenece, considero como un deber declarar que, en cuanto á opiniones religiosas, no conozco una sola persona que las tenga más puras y más irreprochables que el autor de la *Historia de las ideas sociales*, el restaurador de *Morelly*, el traductor de *Campanella*, y que es imposible expresarse sobre Dios con más libertad y con ménos prevención que vos, mi querido Villegardelle. Mas... porque el comunismo tenga en vos un gran talento,

¿se sigue de aquí que el comunismo esté exento de superstición?

—La comunidad, vos lo habeis reconocido, está en decadencia; es decir, que cuanto más los tiempos de la comunidad se alejan, tanto más los utopistas que la recuerdan se esfuerzan por hacerla volver, como los teóricos de la propiedad, á medida que la experiencia la condena, se esfuerzan por hacerla mejor y más cómoda. Vemos, pues, que el retroceso del comunismo está, por decirlo así, en la teoría; y al contrario, el progreso de la propiedad existe en la teoría y en la práctica á la vez. Pero desde el momento en que hay progreso, necesariamente hay transformación, advenimiento de la idea positiva y sintética; por consiguiente, eliminación de la idea mitológica y abolición de la fé religiosa. Pues bien, me parece imposible desconocer, bajo este primer punto de vista, que el comunismo, como la propiedad, es una religión.

Los hechos vienen en apoyo de este prejuicio legítimo.

Una espesa niebla de religiosidad envuelve hoy todas las cabezas reformistas, ya prediquen la reforma á fin de conservar mejor, como los dinásticos y los economistas, ya se propongan destruirlo todo para edificar de nuevo, como los comunistas. Vuestro amigo Cabet, burlándose del paraíso y del Padre Eterno, ensalza la fraternidad como la esencia de la religión, llamándola celeste y divina. Ya hemos visto, mi querido Villegardelle, qué profundo misterio encierra para él la fraternidad. El Sr. Pecqueur, declarando impías todas las religiones *positivas* (¿qué es una religión negativa?), califica su comunidad de *República de Dios*. Tenemos, además de éstos, á los neo-cristianos y á los anti-cristianos: éstos, segun Pedro Leroux, son los san-simonianos y los fourie-

ristas. La democracia semi-comunista se atiene á la confesion de Robespierre; Dios y la inmortalidad del alma. *El Nacional*, órgano avanzado del justo medio, hace homelias sobre los *intereses espirituales* del pueblo: este es el asunto en donde demuestra ménos ingenio. Los economistas se refugian en el giron de la fé, que interpretan y modifican en sentido de las teorías malthusianas; los magistrados dan gracias á Dios por la eleccion sobrenatural y providencial de Pio IX, á la vez que protestan de su amor á las libertades galicanas; la oposicion dinástica y el partido conservador, el Sr. de Lamartine entre ellos, sólo respiran religion y piedad; la Universidad dice el *Credo* y se cree más fiel que la Iglesia, y hasta se dice que el hombre rojo se presenta de nuevo en las Tullerías

Besando la tierra, y en seguida
Cubriendo su cabeza con un sombrero de jesuita!...

El comunismo es, pues, una religion; pero... ¿qué clase de religion?

En filosofía, el comunismo no piensa ni ratiocina; tiene horror á la lógica, á la dialéctica y á la metafísica; no aprende, sino que cree. En economía social, el comunismo no cuenta ni calcula, no sabe organizar, ni producir, ni repartir; el trabajo le es sospechoso y la justicia le pone miedo. Indigente por sí mismo, incompatible con toda especificacion, con toda realizacion y con toda ley; tomando sus ideas de las más antiguas tradiciones, vago, místico, indefinible; predicando la abstinencia por odio al lujo, la obediencia por temor á la libertad, el quietismo por horror á la prevision, es la privacion en todo y por todo. El comunismo, cobarde y enervador, pobre en la invencion, en la ejecucion y en el estilo, es la religion de la miseria.

Acabo de hablar del *lujo*. Como la economía política no dijo nada preciso sobre este punto, la utopia no tenia nada que tomar, y el Sr. Cabet se encontró desprovisto. Nuevo Alejandro cortando el nudo gordiano, el Sr. Cabet tomó valerosamente la resolucion de proscribir el lujo. ¡Nada de lujo! ¡Abajo las modas y los adornos! Las mujeres llevarán plumas artificiales; los diamantes se reemplazarán con bujerías de cristal; los ricos tapices, los muebles preciosos, como los caballos y los carruajes, pertenecerán al Estado, lo cual hará que desaparezcan los envidiosos. El Consejo soberano arreglará la costumbre una vez para siempre. Los trajes, cortados por una veintena de patrones, serán elásticos como el caoutchouc, á fin de delinear el talle y conservar siempre la medida exacta. ¿Por qué se ha de perder el trabajo y la fortuna pública en esos caprichos indecentes que crean el orgullo y la corrupcion?

Así ratiocinaban Pitágoras, Licurgo, Platon, Zenon, Diógenes, Jesús y los esenios, los gnósticos y ebionitas, Séneca, todos los Padres, todos los moralistas trapenses, owenistas, etc., etc.

Sin embargo, es preciso decir que en esta cuestion del lujo, la tradicion socialista no fué unánime: algunos hicieron cisma, como los epicúreos, de los cuales salieron los san-simonianos, autores de la rehabilitacion de la carne, y los fourieristas, partidarios del lujo y de la lujuria, *in omni modo, genere et casu*. Estos creyeron que era una táctica mejor, más seductora y lucrativa prometer á sus neófitos en riqueza, lujo, suntuosidad, placeres y magnificencia, todo lo que aquellos se proponen hacer por la modestia y la medianía. Esta escision no tiene nada de sorprendente; era preciso tener en cuenta todos los gustos, y de un lado como del otro, nada se aventuraba. Las suscripciones venian siempre, y hasta

se alababan de obtener los honores de la crítica.

El error del socialismo, tanto epicúreo como ascético, relativamente al lujo, proviene de una falsa noción del valor. Según la ley de proporcionalidad de los productos, el *lujo* es una expresión puramente relativa que sirve para designar los objetos que marcan el último grado de progreso social y que entran en menor cantidad en la composición de la riqueza. Según esta noción elemental de economía política, tan absurda es la pretensión de hacer el lujo común y fácil, como la de prohibirlo, supuesto que por un lado se desconoce la serie de los valores, lo cual nos conduce á una mistificación, y por el otro se mutila esta serie, lo cual equivale á decretar la miseria.

Lo que embaraza á los adversarios del lujo, y á lo que sus apologistas no respondieron sino abandonando la fraternidad y aparentando el más intratable egoísmo, es el modo de hacer la repartición. En una sociedad donde todas las personas son iguales y no pueden tener nada suyo, un aderezo de diamantes, un brazalete de perlas, sería un objeto que, no pudiendo dividirse, crearía en favor del propietario un privilegio nuevo, una especie de aristocracia: pues bien; lo que decimos de las piedras preciosas puede aplicarse á otras mil cosas: el lujo, aunque tenga por principio la escasez, es infinito por la variedad. ¿Cuál es el medio de tolerar semejante abuso en una comunidad? Y pregunto á todos los que se rien de la ineptia *comunista*: si el cielo os hubiese llamado á hacer la constitución icariana, ¿de qué modo habríais salido de esta posición? Pensad en la coquetería de las mujeres, en la galantería de los jóvenes, en el deseo desenfrenado de placeres que domina á todas las almas y que, si no es ya la propiedad, necesita de ella para satisfacerse. Seguramente,

si los diamantes no costasen más que los granos de cristal, el buen Icar no los habría negado á nadie; pero bagatelas raras y difíciles de obtener, son un motivo constante de pretensiones, de envidias y de discordias. ¿Abandonareis la distribución á la lotería? Entonces fomentais el contrabando, y los joyeros, plateros, modistas y artesanos de lujo, solicitados por todo el mundo, formarían bien pronto una corporación anti-comunista. El único medio de salvarse es la prohibición: las riquezas de la impura Babilonia se arrojarán á las llamas ó se confiscarán para servir en las fiestas de la república.

Sin embargo, había un medio fácil y sencillo de salir de apuros: en vez de la distribución en *productos*, adoptar el sistema de la repartición por *equivalencias*. Que cada trabajador, al entregar su producto, reciba un *bono de...* valor recibido en mercancías, y sea de este modo árbitro de su consumo: es evidente que entonces, variando el gasto según los gustos, la repartición de los objetos de lujo se realiza por sí misma y sin envidias, porque todo se paga y no hay preferencias para nadie. Si un objeto cualquiera se pone de moda, inmediatamente sube su precio; y la sociedad, recargando este objeto con un derecho fiscal, convierte el lujo en principio de economía. Tal es, en el fondo, la tendencia de los arbitrios, de los derechos de administración, de circulación y de débito, relativamente á los productos vinícolas é industriales. Si la examinamos de cerca, por todas partes se presenta en la sociedad la tendencia al equilibrio; tendencia contrariada y ahogada siempre por la inercia comunista y la anarquía propietaria.

Desgraciadamente este sistema de repartición que la moneda hizo tan popular desde tiempo inmemorial, no puede aceptarlo el comunismo sin desgarrarse, como Caton, con sus propias manos. Toda

medida del valor es la expresion pura de la individualidad, la declaracion oficial de la apropiacion, y la moneda es la partida de defuncion del comunismo.

He dicho que el comunismo es la religion de la miseria; verdad que los utopistas se ven precisados á reconocer, y que los economistas proclaman en alta voz.

« He demostrado en mi *Curso de Economía política*, dice el Sr. Rossi, que las familias de obreros pueden mejorar su condicion por medio de un sistema equitativo de socorros mútuos, y haciendo sus gastos en comun; y eso es precisamente lo que se puede exigir del espíritu de asociacion y de fraternidad. Dentro de estos límites (que son los de la indigencia), el ejemplo de las comunidades religiosas y de los monasterios puede proponerse muy bien. El aislamiento es funesto para los que tienen *muy poco* que gastar, porque ni pueden hacer anticipos, ni comprar sus provisiones al por mayor y en tiempo oportuno, ni consagrar mucho tiempo y muchos cuidados á su economía doméstica. La multiplicacion de los hogares *para los pobres* es una tontería; y sin soñar con una vida absolutamente comun, que no conviene á los hombres que tienen mujer é hijos, porque tenderia á destruir el espíritu de familia, una comunidad parcial de compras, provisiones, comidas y socorros, nada tendria de imposible ni de inmoral, *porque no entraria en esas combinaciones que rechaza la inteligencia de las clases laboriosas*. Si en vez de prestar oídos á los sueños de los hombres de sistema, sólo consultan su equidad y su buen sentido natural, podrán multiplicar y extender sin trabajo los ensayos hechos en esta clase de hechos. *Eso no hace ruido*, no *hace estrépito*, y para realizarse, no necesita un Josué que detenga la marcha de la sociedad, ni semejantes caminos conducen á los tribunales ni á Cha-

renton. Asociaciones voluntarias y *temporarias* de cinco, seis ó diez familias, más ó ménos, para poner en comun, *no su trabajo, no su vida entera*, no lo que hay de más personal en el hombre y de más íntimo en la familia, sino *una parte* de sus ganancias, de sus gastos, de su consumo, de su vida doméstica material y exterior, en una vida de socorros mútuos: este seria para los trabajadores un medio de bienestar, de educacion y de moralidad.»

¿Lo habeis entendido? El comunismo, como aplicacion de la teoría de reduccion de los gastos generales, sólo es admisible en los límites de la miseria, sólo es bueno para los pobres, y aún éstos, no deben hacer comun su trabajo, ni su vida entera, ni su familia, ni su libertad, ni su ganancia, sino *una parte de sus gastos* nada más; pero una vez mejorada vuestra situacion, huid de la comunidad, os dice, porque esta es la forma del proletariado.

Sí, teneis razon, Sr. Rossi, cuando recomendais á los pobres, y sólo á los pobres, la comunidad de ciertos gastos, dando á entender que si el principio de reduccion de gastos es un instrumento poderoso de economía, lo es tambien de miseria inevitable. ¿Quién no vé que esta teoría, este arte de reducir indefinidamente el precio de las cosas, en el sistema comunista como en el de la propiedad, es la negacion misma de la riqueza?

Lo que la sociedad busca al reducir los gastos, es la economía en el precio de costo, no por favorecer una acumulacion estéril, sino para hacer posible una nueva creacion, es decir, para aumentar cada vez más la produccion y el consumo. La propiedad, al contrario, sólo vé en ella el medio de ensanchar indefinidamente su dominacion exclusiva y envidiosa, creando en torno suyo el silencio y el vacío. Esto es lo que dió lugar á la distincion del producto bruto y

del producto neto, el primero que indica el bienestar colectivo, y el segundo que expresa el beneficio, es decir, la exclusion propietaria. Así los propietarios del *agro romano*, de los cuales hizo Sismondi un lamentable retrato, comprendieron que les era más beneficioso dedicar la tierra á pastos que al cultivo, pues como los industriales, veían su ventaja en prescindir de los obreros. Los propietarios no se proponen resolver este problema: *Hacer producir y consumir lo más posible, por el mayor número posible de hombres*, lo cual es verdaderamente el problema económico; no, ellos toman por regla esta máxima anti-social: *Realizar el mayor producto neto posible*, es decir, eliminar por todas partes el trabajo y el salario.

Con el fanatismo que le distingue, el comunismo se apodera de esta rutina propietaria, y raciocina exactamente como el propietario; no vé en la teoría de la reduction de gastos más que un medio de *disminuir el trabajo para todo el mundo*, sin apercibirse de que semejante disminucion no tendria término, y nos conduciría necesariamente á la inaccion y á la indigencia absolutas.

El *omnibus* es, seguramente, un vehículo económico muy propio del comunista; pero supongamos que la sociedad es bastante rica para dar á cada familia caballo y carrocin; ¿cuál será la razon de existencia, y qué significará la economía del *omnibus*? ¿No es evidente que, á pesar de su utilidad relativa, la sustitucion del coche particular por el *omnibus*, léjos de ser un progreso de la riqueza, indicaría un retroceso? Pues hé ahí precisamente lo que hace el comunismo. Tomando los sofismas de la propiedad, os dice: ¿A qué vienen esos millones de casas que tienen todas reloj, armarios, sillas, mesas, cuadros, grabados, biblioteca, chimenea, lámparas, vajilla y chismes de cocina, provision de ropas blancas para

seis meses, trajes y abrigos, joyas y utensilios de toda clase? ¿A qué viene esta profusion, este despilfarro, pudiendo vivir en comunidad y tener un soberbio reloj que suene majestuosamente en el cenáculo, lucernas deslumbradoras como las de la Ópera, una mesa de quinientos cubiertos, una olla de treinta hectólitros y las sesiones de la Convencion con las victorias de la República, pintadas al fresco en las paredes?

¡Eh, buenas gentes, de quienes se están burlando so pretexto de emanciparos; ¿á qué vienen los joyeros, relojeros, fundidores, grabadores, ebanistas, impresores, modistas, etc., para qué se necesita el trabajo si proscribís la riqueza? ¿A qué viene el género humano, ó mejor dicho, de qué sirve la comunidad? ¿No os encontrais sin ella bien desprovistos y bien miserables?

Estoy léjos todavía de agotar todas mis razones contra el comunismo: nada dije del auxilio inesperado que en este momento está prestando á la conspiracion anglo-economista contra la libertad industrial de los pueblos: por un lado, *la democracia pacífica* no vé en la abolicion de las barreras más que una preparacion al falansterio; por el otro, *El Popular* refiere á sus ovejas la invitacion que Luis Felipe hizo á Cobden, y de este hecho que amenaza la independencia de nuestra patria, deduce la consecuencia de que se acerca el dia *en que los poderosos y los ricos hagan algo en favor de la clase obrera...*

Pero yo no puedo referirlo todo, y creo que lo que he dicho bastará en lo que respecta á la teoría. En cuanto á los hechos del socialismo, así en nuestro siglo como en los anteriores, renunció á hablarlos de ellos, mi querido Villegardelle, porque la obra sería muy superior á mi paciencia, y me vería precisado á describir demasiadas miserias y no pocas torpe-

zas. Como crítico que debió proceder á la investigación de las leyes sociales negando la propiedad, pertenezco á la protesta socialista; bajo este aspecto, nada tengo que corregir en mis primeros asertos, y soy, gracias á Dios, fiel á mis antecedentes. Como hombre de realizacion y de progreso, rechazo con todas mis fuerzas el socialismo, vacío de ideas, impotente, inmoral, y que sólo sirve para hacer tontos y pillos. ¿No es así como se presenta hace ya más de veinte años, anunciando la ciencia sin resolver dificultad alguna; prometiendo la dicha y la riqueza al mundo, y subsistiendo él mismo de limosnas, á la vez que devora inmensos capitales sin producir nada?

Por mi parte, declaro que en presencia de esta propaganda subterránea que, en vez de presentarse á la luz del dia desafiando la crítica, se oculta en la oscuridad de los callejones; ante ese sensualismo desvergonzado, esa literatura fangosa, esa mendicidad sin freno, y ante ese embrutecimiento de espíritu y de corazón que se va apoderando de una parte de los trabajadores, estoy puro de las infamias socialistas, y hé aquí en dos palabras, sobre todas las utopias de organizacion pasadas, presentes y futuras, mi profesion de fé y mi criterio:

El que, para organizar el trabajo, recurre al poder y al capital, miente,

Porque la organizacion al trabajo debe ser la decadencia del capital y del poder.

CAPÍTULO XIII

DÉCIMA ÉPOCA. — LA POBLACION

§ I.—Destrucion de la sociedad por la generacion y el trabajo.

«Epitero, padre de Emiliano, retórico, navegando de Grecia á Italia en una nave cargada de diversas mercancías y viajeros, hácia la caída de la noche y habiendo cesado el viento cerca de las islas Equinadas, que están entre la Morea y Túnez, llegó la nave á Paxos. Habiendo abordado allí, algunos de los viajeros dormian, otros velaban, y otros bebian y comian; cuando de repente se oyó una voz que llamaba á THAMOUN, y cuyo grito horrorizó á todos. Este Thamoun era el piloto, hijo de Egipto, no conocido por su nombre sino de algunos viajeros. Por segunda vez se oyó aquella voz que llamaba á Thamoun con gritos horribles. Como nadie contestaba y todos permanecian en silencio y temblando, por tercera vez aquella voz se oyó más terrible que ántes. Sucedió despues que Thamoun respondió: Aquí estoy; ¿qué me pides, qué quieres que haga? La voz sonó más fuerte todavia, diciéndole y ordenándole: cuando llegues á Palodes, dí y publica que Pan, el gran Dios, ha muerto!

»Oidas estas palabras, decia Epitero, todos los marineros y viajeros se quedaron asustados, y deliberando entre ellos sobre si seria mejor callar ó publicar lo que se habia ordenado: Thamoun dijo que en cuanto tuviesen viento de popa, saliesen de allí sin decir nada, y cuando llegasen á otro punto, significasen lo que habian oido. Cuando estuvieron cerca de Palodes, sucedió que no tuvieron viento ni

zas. Como crítico que debió proceder á la investigación de las leyes sociales negando la propiedad, pertenezco á la protesta socialista; bajo este aspecto, nada tengo que corregir en mis primeros asertos, y soy, gracias á Dios, fiel á mis antecedentes. Como hombre de realizacion y de progreso, rechazo con todas mis fuerzas el socialismo, vacío de ideas, impotente, inmoral, y que sólo sirve para hacer tontos y pillos. ¿No es así como se presenta hace ya más de veinte años, anunciando la ciencia sin resolver dificultad alguna; prometiendo la dicha y la riqueza al mundo, y subsistiendo él mismo de limosnas, á la vez que devora inmensos capitales sin producir nada?

Por mi parte, declaro que en presencia de esta propaganda subterránea que, en vez de presentarse á la luz del día desafiando la crítica, se oculta en la oscuridad de los callejones; ante ese sensualismo desvergonzado, esa literatura fangosa, esa mendicidad sin freno, y ante ese embrutecimiento de espíritu y de corazón que se va apoderando de una parte de los trabajadores, estoy puro de las infamias socialistas, y hé aquí en dos palabras, sobre todas las utopías de organización pasadas, presentes y futuras, mi profesión de fé y mi criterio:

El que, para organizar el trabajo, recurre al poder y al capital, miente,

Porque la organización al trabajo debe ser la decadencia del capital y del poder.

CAPÍTULO XIII

DÉCIMA ÉPOCA. — LA POBLACION

§ I.—Destrucción de la sociedad por la generación y el trabajo.

«Epitero, padre de Emiliano, retórico, navegando de Grecia á Italia en una nave cargada de diversas mercancías y viajeros, hácia la caída de la noche y habiendo cesado el viento cerca de las islas Equinadas, que están entre la Morea y Túnez, llegó la nave á Paxos. Habiendo abordado allí, algunos de los viajeros dormían, otros velaban, y otros bebían y comían; cuando de repente se oyó una voz que llamaba á THAMOUN, y cuyo grito horrorizó á todos. Este Thamoun era el piloto, hijo de Egipto, no conocido por su nombre sino de algunos viajeros. Por segunda vez se oyó aquella voz que llamaba á Thamoun con gritos horribles. Como nadie contestaba y todos permanecían en silencio y temblando, por tercera vez aquella voz se oyó más terrible que ántes. Sucedió despues que Thamoun respondió: Aquí estoy; ¿qué me pides, qué quieres que haga? La voz sonó más fuerte todavía, diciéndole y ordenándole: cuando llegues á Palodes, dí y publica que Pan, el gran Dios, ha muerto!

»Oidas estas palabras, decía Epitero, todos los marineros y viajeros se quedaron asustados, y deliberando entre ellos sobre si sería mejor callar ó publicar lo que se habia ordenado: Thamoun dijo que en cuanto tuviesen viento de popa, saliesen de allí sin decir nada, y cuando llegasen á otro punto, significasen lo que habian oido. Cuando estuvieron cerca de Palodes, sucedió que no tuvieron viento ni

mar. Entónces Thamous, puesto en la proa y dirigiendo á tierra sus miradas, dijo, como se le habia ordenado, que el gran Pan habia muerto. No acabara de pronunciar todavía esta última palabra, cuando se oyeron grandes suspiros, lamentos y gritos, no de una sola persona, sino de muchas reunidas.

»Esta nueva, como muchos estaban presentes, se divulgó muy pronto en Roma, y Tiberio César, emperador entónces, mandó buscar á este Thamous. Cuando le oyó hablar, dió crédito á sus palabras, y preguntando á las personas doctas que habia en Roma, quién era este Pan, supo por ellas que habia sido hijo de Mercurio y de Penélope, como lo habian dicho Herodoto y Ciceron en el libro tercero de la *Naturaleza de los dioses*.

»Sin embargo, yo creeria que era aquel gran Servidor de los fieles que fué ignominiosamente crucificado en Judea por la envidia y la iniquidad de los pontífices, doctores, presbíteros y frailes de la ley mosaica. Y no me parece violenta esta interpretacion, porque en lengua griega se le puede llamar muy bien Pan, supuesto que es nuestro Todo; todo lo que somos, todo lo que vivimos, todo lo que tenemos, todo lo que esperamos es él, está en él, viene de él y es para él. Es el buen Pan, el gran pastor que, como dice el apasionado zagal Coridon, no sólo ama á sus ovejas, sino á los pastores tambien, y por cuya muerte hubo quejas, suspiros y lamentos en toda la máquina del universo, cielos, tierra, mar é infiernos. El tiempo coincide con esta interpretacion mia, pues este excelente Pan, nuestro único Servidor, murió en Jerusalem, reinando en Roma Tiberio César.»

¿Quién creará que este admirable relato, hecho en un tono tan grave, y terminando con una reflexion tan piadosa, salió de la pluma de Rabelais,

cuyo fondo lo habia tomado de Plutarco? ¿Y quién podrá desconocer en la aplicacion que hace á Jesucristo del oráculo publicado por Thamous, el emblema de la sociedad condenada á muerte por sus eternos enemigos, el monopolio y la utopia, y en este mismo Thamous, al hombre cuyos escritos han inspirado más terror é hicieron dudar de la Providencia; á Malthus, en fin?

La historia antigua es la figura de la historia moderna, como el Cristo es la personificacion de la humanidad. Cuando la sociedad, como el barco de Thamous, va de la barbarie á la civilizacion conducida por los vientos económicos, y despues de haber atravesado el archipiélago propietario, viene á perderse en barras comunistas, Malthus es el piloto que nos grita: ¡La sociedad se muere, la sociedad está muerta! Las almas que lloran por el dios Pan porque no tienen todavía la fé de su resurreccion, son todos nuestros oradores y escritores, expresiones vivas de la humanidad, órganos de sus presentimientos y de sus dolores; son un Lamennais, un Lamartine, un Michelet; son nuestros economistas, nuestros políticos y nuestros místicos, Sismondi, Blanqui, Buret, Guizot, Thiers, Cormenin, O. Barrot, Buchez, los RR. PP. Ravignan y Lacordaire, monseñores de Lyon y de Chartres, E. Sué, etc., etc.

Sí, es cierto; la sociedad toca á su fin: Pan, el gran Dios ha muerto; que las sombras de los héroes se lamenten, y que los infiernos tiemblen. Pan ha muerto; la sociedad está en su período de disolucion. El rico se encierra en su egoismo, y oculta á la luz del dia el fruto de su corrupcion; el servidor desleal y cobarde conspira contra su amo; ya no hay dignidad en el rico, ni modestia en el pobre, ni fidelidad en nadie. El sabio considera la ciencia como una galeria subterránea que le conduce á la fortuna; el

hombre de ley duda de la justicia y no comprende sus máximas; el sacerdote ya no convierte á nadie y se hace seductor; el príncipe tomó la llave de oro por cetro; y el pueblo, con el alma desesperada y la inteligencia sombría, medita y calla. Pan ha muerto: yo os lo digo como Thamous y Malthus. La sociedad llegó á su último grado de miseria: enjugad vuestras lágrimas, y nosotros, directores á quienes se nos ha entregado este cadáver, procedamos á la autopsia.

El fenómeno más espantoso de la civilización, el que mejor comprobado está por la experiencia y el ménos comprendido por los teóricos, es la MISERIA. Ningun problema se ha estudiado con más atención y laboriosidad que este: el pauperismo se sometió al análisis lógico, histórico, físico y moral; se le dividió por familias, géneros, especies y variedades, como si fuese un cuarto reino de la naturaleza; se disertó largamente sobre sus efectos, sus causas, su necesidad, su propagación, su destino y su medida; se le hizo su psicología y su terapéutica, y sólo los títulos de los libros que con este motivo se escribieron, llenarian un volumen. En fuerza de hablar de él, se llegó á negar su existencia; y gracias si después de esta larga investigación, se empieza hoy á comprender que la miseria pertenece á la categoría de las cosas indefinibles, de las cosas que no se entienden.

La miseria, como una divinidad impenetrable, aunque siempre presente, tiene sus incrédulos, sus devotos, y hasta tiene sus indiferentes, lo cual no deja de favorecer mucho sus progresos. ¡Extraño destino el del hombre, que ha de verse siempre conducido por su razón á negar todo aquello que le dicen los sentidos y el sentimiento, aunque esto sea el dolor y la muerte! La escuela de Eleas, si mal no

recuerdo, negaba el movimiento; los estóicos negaban el dolor; los partidarios de la resurrección y de la metempsicosis negaban la muerte; los espiritua- listas niegan la materia, y los materialistas niegan á Dios. Los escépticos pretendieron burlarse de los unos y de los otros; pero á pesar de las denegaciones y de las risas, los mundos continuaron su curso majestuoso á través de los espacios; el dolor y la muerte no hicieron ménos víctimas, y el culto de los dioses no dejó de obtener el mismo éxito. Que los filántropos se rían de la miseria, y estamos seguros de que habrá una recrudescencia. Procuremos, pues, descifrar este logogrifo, si no queremos atraer sobre nuestras cabezas nuevos desastres.

La miseria es el último fantasma que la filosofía debe eliminar de la razón si quiere expulsarlo de la sociedad. Pero... ¿qué es un fantasma? ¿Cómo es posible cogerlo, explicarlo y combatirlo? ¿Cómo hablar de las causas, de la esencia, del desarrollo, de los accidentes y de los modos de un fantasma?

En el orden de la sociedad, la miseria es un mal. Pero... ¿qué es el mal? El mal, dice el Sr. de Lamennais, es el *limite*. ¿Y qué es el límite? Una corrupción del espíritu sin realidad objetiva; como el punto y la línea geométrica, es un ente de razón. El límite no es nada, porque él mismo no tiene límite, y porque la definición es la única cosa que no se define. Luego el mal, en el sistema del Sr. de Lamennais, es una entidad lógica, una relación despojada de toda sustancia: afirmar la existencia del mal, es afirmar la realidad de una negación, la realidad de la nada. ¿Cómo explicar entonces el dolor? ¿Cómo darse cuenta de esta experiencia continua que nos hace gritar y quejarnos, que excita en nosotros el disgusto y el horror, y que con frecuencia nos causa la muerte? Pero... ¿qué digo? Si el

mal no es más que el límite, es la determinación misma del sér; aquello por lo que las cosas son sensibles é inteligibles, y sin lo cual no hay belleza ni existencia; es la condicion suprema de nuestras sensaciones y de nuestras ideas, es el sér necesario; en una palabra, el mal es el bien. ¡Singular definicion!

La miseria, segun E. Buret, que prefirió generalizar ménos para comprender más, la miseria es *la compensacion de la riqueza*. ¡FIAT LUX! Que otros más hábiles que yo expliquen esto, si pueden; en cuanto á mí, creo que ni el autor se ha comprendido á sí mismo.

La causa del pauperismo es la insuficiencia de los productos, es decir, el pauperismo; opinion del señor Chevalier. La causa del pauperismo es el consumo excesivo, es decir, el pauperismo todavía; opinion de Malthus. Yo podría multiplicar indefinidamente los textos sin encontrar en los autores más que esta proposicion, digna de figurar al lado del primer versículo del Koran: Dios es Dios; la miseria es la miseria, y el mal es el mal. ¿No es cierto que la miseria es algo anti-filosófico é irracional como una religion; que es un fantasma, un mito, en fin?

La conclusion es digna de estas premisas: *Aumentar la produccion, restringir el comercio y hacer ménos hijos*; en una palabra, ser ricos y no pobres: hé ahí todo lo que saben decirnos, para combatir la miseria, los que más la han estudiado: hé ahí las columnas de Hércules de la economía política!...

Pero, sublimes economistas: vosotros olvidais que aumentar la riqueza sin acrecentar la poblacion, es tan absurdo como pretender reducir el número de bocas aumentando el de brazos. Raciocinemos un poco, si gustais, supuesto que, no raciocinando, ni tendremos siquiera sentido comun. ¿No es la familia

el corazon de la economía social, el objeto esencial de la propiedad, el elemento constitutivo del orden, el bien supremo hácia el cual dirige el trabajador toda su ambicion y todos sus esfuerzos? ¿No es la familia la cosa sin la cual dejaria de trabajar, prefiriendo ser caballero de industria y ladron; la cosa por la cual sufre el yugo de vuestra policia, paga vuestros impuestos, se deja mutilar, despojar y estrangular vivo por el monopolio, se duerme resignado sobre sus cadenas, y durante las dos terceras partes de su existencia, parecido al Creador, de quien se dice que es paciente porque es eterno, no siente la injusticia que se comete con su persona? Suprimid la familia, y con ella desaparecerán la sociedad y el trabajo; en vez de esta subordinacion teórica del proletariado á la propiedad, tendreis una guerra de bestias feroces: tal es, segun el dato económico, nuestra tesis; y si no descubris en este momento la necesidad, permitidme que os remita á las teorías del monopolio, del crédito y de la propiedad.

Y ahora bien: ¿no es la progenitura el objeto de la familia? ¿Y no es la progenitura el efecto necesario del desarrollo vital del hombre? ¿No está en razon directa de la fuerza adquirida y, por decirlo así, acumulada en sus órganos por la juventud, el trabajo y el bienestar? Luego el aumento de poblacion es una consecuencia inevitable de la multiplicacion de las subsistencias; luego, en fin, la proporcion relativa de las subsistencias, léjos de aumentar por la eliminacion de las bocas inútiles, tenderá inevitablemente á disminuir, si es cierto, como espero demostrarlo bien pronto, que semejante eliminacion no puede efectuarse sino destruyendo la familia, objeto supremo, condicion *sine qua non* del trabajo.

Así, pues, la produccion y la poblacion son causa y efecto una de la otra; la sociedad progresa simul-

táneamente, y en virtud del mismo principio, en riqueza y en hombres: decir que es necesario cambiar esta relacion, es como si se hablase de doblar el cociente en una operacion en que el dividendo y el divisor creciesen y disminuyesen siempre en razon igual. ¿Qué pretendéis vosotros? ¿Que los jóvenes dejen de hacer el amor, que el proletario no se case hasta los cincuenta años ó nunca, y que la familia sea un privilegio? En este caso, tomad medidas eficaces para guardar vuestras propiedades; doblad el número de vuestros soldados, aumentad el de las mujeres públicas, conceded primas á la prostitucion, favoreced la poligamia, la fanerogamia y hasta la sodomía, todas cuantas clases de amor reprueba la preocupacion y la ciencia debe admitir en gracia de su esterilidad. Con la familia es imposible detener el progreso de la miseria, por lo mismo que es imposible detener el progreso de la riqueza: estos dos términos están unidos el uno al otro por el lazo indisoluble del matrimonio, y es absurdo empeñarse en separarlos.

La miseria es una cosa mística y necesaria, una cosa cuya ausencia y cuya presencia nos es imposible concebir; el mal como el bien, es uno de los principios del universo; y hémos aquí en el maniqueísmo.

Pero en fin, ¿de qué modo se expresa el mal en la sociedad? ¿Cuál es la fórmula de la miseria?

Apoyándose en una masa de documentos auténticos, Malthus probó; en primer lugar, que la poblacion, si no encuentra ningun *obstáculo*, como por ejemplo, la falta de subsistencias, podria fácilmente doblar de veinticinco en veinticinco años y hasta de diez y ocho en diez y ocho.

Say restringe todavía este período, y dice que la poblacion, si nada la contraria, *triplicará cada veintiseis años*.

El Sr. Rossi expresa la misma idea con esta elegante fórmula: «Si uno produce dos, y los nuevos productos tienen cada uno la misma fuerza productiva que tenia la primera unidad, dos producirán cuatro, cuatro producirán ocho, y así sucesivamente. Abstractamente hablando, Malthus estableció un principio incontestable.»

Al lado de este primer hecho, Malthus establece otro no ménos cierto; y es que, mientras la poblacion tiende á aumentar siguiendo la progresion geométrica 2, 4, 8, 16, 32, etc., la produccion de las subsistencias sólo aumenta siguiendo la progresion aritmética 1, 2, 3, 4, 5, 6, etc., lo cual nos conduce insensiblemente á esta conclusion: que en todos los países, una parte de la poblacion muere incesantemente por falta de pan.

Habiendo creído Malthus que bastaba enunciar esta segunda proposicion para que pareciese inmediatamente demostrada, y habiéndose dispensado de probarla, voy á suplir su silencio, presentando la progresion aritmética de las subsistencias 1, 2, 3, 4... como corolario de la geométrica de la poblacion 2, 4, 8, 16, 32, 64...

¿De qué depende la generacion de un hombre? De la emision de un gérmen; emision que el generador se siente continuamente excitado á permitir, que no le exige ningun esfuerzo, que al contrario, es el bien supremo de su vida, el objeto de su trabajo, la necesidad de su destino. Pero hasta el dia en que sea capaz de atender por sí mismo á su subsistencia, éste gérmen costará, por gastos de incubacion, lactancia, alimentacion, etc., durante un período de diez, quince, veinte y hasta veinticinco años, 12, 15, 20 y hasta 50 por 100 de lo que consumen sus autores. Pues bien; admitiendo que el mismo matrimonio conserve cuatro, seis, diez ó doce hijos, vemos con

una evidencia matemática, y sin que haya necesidad de hacer una estadística inmensa, ni de compulsar los relatos de los viajeros, que el bienestar de estos esposos disminuirá por la razón misma que debía llevarlo á su colmo, en 12, 15, 20, 30, 50 y hasta 80 por 100.

Y como cada uno de los hijos, cuando apenas sale de la escuela y entra en el aprendizaje, está en disposición de hacer por su propia cuenta lo que hizo su padre; como todos sus deseos le impulsan á esta imitación; como la abstinencia sólo serviría para hacerle perder el amor al trabajo y al espíritu de orden y de economía, resulta que la procreación de los hombres gana incesantemente sobre la producción de la riqueza, la cual permanece siempre en retraso, y que la potencia de desarrollo de la humanidad por la generación, y su potencia de desarrollo por el trabajo, son entre sí como las progresiones:

1. 2. 4. 8. 16. 32. 64. 128. 256...

1. 2. 3. 4. 5. 6. 7. 8. 9...

Lo repito; Malthus aislaba estas dos progresiones, ó por lo ménos no me parece que haya comprendido bien su solidaridad y su identidad, y esto debía corregirse por interés de su teoría. Los hechos, es decir, la miseria humana manifestada bajo mil formas espantosas, *terribiles visu formæ*, hambre, guerra, peste, enfermedades, corrupcion, etc., como lo probó Malthus con una erudición inmensa, confirman todos los días la exactitud de esta ley. ¿Se ha visto jamás enigma, ficción ó fantasma que se haya expresado con semejante energía, y se demuestre con una abundancia de hechos tan irresistible?

En el orden de la sociedad, como en el de la naturaleza, la miseria es, pues, cosa fatal: pretender

preservarse de ella es querer que la ley de los logaritmos cambie á nuestro antojo, y que la aritmética deje de ser una verdad. Estando encadenadas las dos proporciones por una relación necesaria, esperando en el fondo de la misma idea, y traduciendo el mismo hecho, la misma ley eterna establecida desde el principio del mundo, *Creced y multiplicaos*, es inevitable que, si dejamos obrar á la naturaleza, caigamos en la miseria por el exceso de la reproducción; y si resistimos á la naturaleza, ó si la engañamos por medio de suplementos ilusorios, primero, nos sustraemos á nuestro destino más imperioso, tomaremos despues horror á la familia y al trabajo, y nos precipitaremos en una serie inversa de males.

Hé ahí, en su expresión más clara y más oscura, la más decisiva y la más desesperadora, el mito final de la economía política, la corona de la propiedad, la alegoría del trabajo y de la familia. La humanidad se consume y perece por el ejercicio de sus facultades vivíficas; y si pudiese haber un término á su suicidio, dejaría de existir.

Cuando la teoría económica, siguiendo de lejos la esperanza, pronunció la palabra miseria, ha expresado con esta palabra la ley íntima de nuestro desarrollo, la esencia de nuestro ser, la forma de nuestra vida. Aumento rápido de la población y progreso lento de las subsistencias, son las dos fases de una misma idea, de un solo y único fenómeno. Esta es la fórmula misteriosa de una ley tan cierta como todas las que presiden á los movimientos de los cuerpos celestes, de una ley inflexible y sin misericordia como una ecuación de álgebra. Consideradas desde este punto de vista, ¡cuán pueriles y mezquinas deben parecernos las quejas del miserable y los paliativos del filántropo! La fatalidad nos hace vivir, y la fatalidad nos arrastra; el placer que nos proporcionan

se lo hace pagar bien caro; ¿por qué habremos de gritar y de gemir? ¿Y qué nos quieren esos economistas que, incapaces de descubrir el hilo de sus propias ideas, tan pronto nos aconsejan que produzcamos más, como nos recomiendan que hagamos menos hijos? ¿Como si estas dos formas de la generacion humana no estuviesen irrevocablemente encadenadas la una á la otra, y como si hubiese ventaja alguna en reemplazar la miseria que resulta para nosotros de la imprevision de la naturaleza, con la que nace de nuestra propia prevision!

Indudablemente se me dirá, nada tendríamos que replicar á la doble ley de Malthus, y nos guardaríamos de quejarnos, adorando en silencio el decreto de la fatalidad económica, si esta desigualdad del desarrollo humano en poblacion y en riqueza fuese de una incontestable certidumbre, si llevase en sí mismo el carácter de una idea completa y definitiva, como conviene á una idea verdadera; en una palabra, si esta ley no fuese una contradiccion evidente. Pues bien: el principio de Malthus cae de lleno en el caso de todas las antinomias; y segun nuestros propios principios, segun esa teoría de los contrarios calificada de infalible, el antagonismo del progreso en la poblacion y la produccion, sólo prueba que existe un principio de equilibrio, y que la ciencia debe descubrirlo.

¿Cómo: entre los animales, sólo el hombre, como una distincion gloriosa, es trabajador; la Providencia le mandó poseer la tierra y organizarse por familias; la felicidad se puso para él en el ejercicio de esta doble funcion del trabajo y del amor; de ellas depende el aumento incesante de su energia, la multiplicacion de sus medios, el progreso de su fecundidad industrial y el desarrollo de todas sus simpatías; y cuando llega el momento de realizar sus

magníficas promesas, la Providencia, que no mintió jamás, se cambia de repente en una amarga decepcion! ¿Para conocer la dicha, la humanidad, como Saturno, tendrá que devorar á sus hijos! ¡El amor marchará con demasiada rapidez, y el trabajo con demasiada lentitud! ¡El organismo social estará tan falsamente arreglado y tan mal concebido, que el hombre no podrá sostenerse sino por la pérdida continua de su carne y de su sangre! Le será necesario perecer para vivir, á no ser que prefiera abstenerse de la reproduccion, lo cual es pérdida y miseria. La muerte será el gran preboste de la economía política, encargado de restablecer el equilibrio entre la poblacion y las subsistencias, y someter las obras del amor á la medida de las obras del trabajo, el número de las criaturas razonables á la proporcionalidad de los valores. ¿Quién impedia á la naturaleza ó á la Providencia aumentar la fecundidad de la tierra, limitando al mismo tiempo la de nuestra especie, y por esta restriccion de nuestra facultad genital hecha en tiempo oportuno, detener esta horrorosa exterminacion?

Pero esta ley de muerte que se apodera del hombre y del bruto y que tanto os subleva, replica el materialismo utilitario, ¿es algo más que la grande evolucion de la naturaleza, figurada por la trinidad india, Brahma, Siva, Visnú, el Creador, el destructor y el reparador; evolucion auténticamente reconocida por la ciencia, y que emanando directamente del dualismo eterno é irreductible, no tiene síntesis posible? Vuestra esperanza es infundada, y la antinomia no tiene solucion en la tierra. La creacion es un vasto campo de batalla en donde la vida sirve de pasto á la vida y renace perpétuamente de la muerte. El reino vegetal, plantado sobre el reino inorgánico que absorbe y se asimila sin cesar, pro-

porciona á su vez la subsistencia del reino animal, cuyas innumerables especies habrian arrasado la tierra, si no fuesen destruidas las unás por las otras y por el hombre. Éste á su vez, no teniendo á nadie por encima de él, ni ángel ni demonio que lo coma, se devora á sí mismo. La antropofagia es la sancion de la ley natural; y por facilitar su cumplimiento, la Providencia instituyó el monopolio y el Estado, garantizó la propiedad y sometió los humanos á un orden jerárquico que permite á los fuertes devorar á los débiles sin peligro y sin remordimientos.

Así, pues, todo sale de la sustancia infinita, y todo vuelve á ella: el acto por el cual se efectúa la emision de los seres vivientes, es la generacion; el acto por el cual vuelven á entrar en el receptáculo comun los elementos que la organizacion arrastra, es la muerte. ¿Por qué quejarse de esta ley?

Si nuestras reclamaciones pudiesen ser atendidas, despues de obtener para todos la ventaja de una vejez afortunada, deberíamos pedir todavía una vida y una juventud perpétua: morir por decrepitud es, en efecto, una cosa tan fea y tan inconcebible como morir de miseria. Pero no puede ser así; la inmortalidad, con la facultad de multiplicarse á lo infinito, es absurda; y en cuanto á la prolongacion de la vida media hasta los confines de la extremada vejez, es incompatible con nuestra constitucion, y comprometeria nuestra existencia porque suspenderia la manifestacion de pasiones que no sufren demora. La sangre de los infelices que la Providencia ha entregado en holocausto, es el cimiento del edificio social, el aceite que hace girar sobre sus goznes el mecanismo humano; coronad de flores la frente de las víctimas; aplaudid su sacrificio en gracia de su muerte; que lleven al morir el justo tributo de vuestra admiracion y de vuestros elogios; pero guardaos

de intentar rescatarlos del altar, porque si ellos se causasen de morir por vosotros, seriais vosotros los que deberiais morir por ellos.

Vos decís: en vez de asesinarlos, ¿no podria la Providencia suspender ó refrenar este ardor genital? ¡Imprudentes, que pedís la castracion del trabajador! ¿Qué resultado podriais esperar de él despues de haber secado en su cuerpo y en su alma la fuente de la actividad y del genio? Bien pronto perderiais, por el desaliento del obrero, el beneficio de una produccion mayor, y sin debilitar la intensidad de la miseria, comprometeriais la existencia de la especie. Escuchad lo que sobre este punto nos dice el maestro:

«La pasion es fuerte, general, y es probable que seria insuficiente si no llegase á debilitarse. Los males que produce son el efecto necesario de esta misma generalidad y de esta misma energia. Todo nos induce á creer que el Criador quiso poblar la tierra; mas parece que este fin no podia alcanzarse sino dando á la poblacion un acrecentamiento más rápido que á las subsistencias. Y supuesto que la ley de desarrollo que hemos descubierto no multiplicó los hombres con demasiada rapidez sobre el globo, es evidente que no es desproporcionada á su objeto. La necesidad de las subsistencias no seria tan apremiante ni daria bastante desarrollo á las facultades humanas, si la tendencia que la poblacion tiene á aumentar rápidamente y sin medida, no aumentase la intensidad (1).»

No sé qué efecto producirán en el ánimo del lector estas diversas consideraciones: en cuanto á mí, declaro que, bajo el punto de vista de la economía

(1) MALTHUS, p. 473, edicion de Guillaumin.

política y en el punto á que hemos llegado, teniendo por una parte la propiedad que nos degüella, por la otra el comunismo que nos ahoga, no veo nada absolutamente que responder. Los hechos hablan demasiado alto para que podamos hacernos ilusiones: la miseria existe, es decir, la subsistencia es insuficiente, y el número de bocas que hay que alimentar demasiado grande. Esto es incomprensible; pero, en fin, esto es cierto, y lo que acabamos de añadir no es más que el comentario.

Así, pues, el Sér infinito, al proceder á la creacion, se encontró comprometido en un callejon sin salida; y nosotros, el sér progresivo y previsor, sufrimos la pena de su impotencia. La necesidad no puede prescindir del azar; el órden se conserva por el desórden; los séres organizados no gozan, como el mundo inorgánico, de la perpetuidad del movimiento; y aunque no haya contradiccion en la idea de un bienestar permanente, por una inexplicable enfermedad de la naturaleza, esta permanencia es imposible. Nuestra alegría se alimenta de lágrimas; la garantía de nuestro bienestar es la miseria. Nadie niega que este contraste parece que implica para la razon la necesidad de una armonía; pero esta armonía, esta condicion, dentro de la cual el bien y el mal se resolverian en un hecho superior, ¿en dónde la encontraremos? ¿Cómo se concebirá? ¿Y qué podemos imaginar nosotros fuera de este dualismo: sufrir ó gozar, ser ó no ser? La felicidad y el sufrimiento, como el yo y el no-yo, como el espíritu y la materia, son los dos polos del mundo, sobre los cuales no hay síntesis ni idea, supuesto que sin ellos el mundo no puede existir. Si esto es así, ¿por qué molestarnos en buscar el secreto de nuestro destino? ¿Para qué sirve el trabajo, y cuál puede ser nuestra esperanza? Nuestro destino es la

miseria; nuestro trabajo la miseria, y nuestra esperanza la miseria tambien.

El socialismo no hizo más que la mitad de su trabajo: despues de haber abolido, como causas de miseria, el dinero, la competencia, el monopolio, el matrimonio, la familia, la propiedad, la libertad y la justicia; en vez de detenerse en esta hipocresia de comunidad, debia proscribir el trabajo y predicar la desesperacion: el socialismo tiene por dogma final el suicidio. Si es una ley de la humanidad progresar siempre en la industria, en la ciencia y en el arte, tambien es una necesidad para el hombre sellar con su sangre cada uno de sus pasos en esta carrera; es necesario que sufra una muerte cada vez más amarga, que le haga expiar la delicadeza de sus sentimientos, la vivacidad de sus afecciones, la fecundidad de sus trabajos, la profundidad de su entusiasmo, la alegría de sus voluptuosidades; una muerte que, tomando tantas formas como la vida, hiera al hombre en el corazon, en los sentidos y en la razon, y lo aniquile millones de veces. ¡La muerte! ¡Hé ahí nuestra última razon, hé ahí el dios del mundo! *Finis est hominis sicut jumentis*. Ahora bien: si sólo para morir hemos salido de la nada, ¿en dónde está la necesidad para nosotros y para el universo de salir de ella? La creacion, la vida, la necesidad, la Providencia, Dios y el hombre, todo es absurdo.

¡Qué insensatez! dicen con este motivo los economistas cristianos: ¡qué demencia impía! Sí, el fin del hombre sobre la tierra es como el de los brutos, y la ley de Malthus no exceptúa á nadie; pero esta ley sólo comprende la vida presente, y nuestra verdadera vida no está en la tierra; esta imperfeccion de nuestro destino, que nos hace aparecer y desaparecer, que distribuye igualmente los bienes y los

males, y que ataca á la especie como al individuo, no es ni puede ser más que el ensayo, la preparacion, el preludio de una vida ulterior. Como garantía de esta verdad, tenemos la palabra de Aquél que no miente y que puso en el fondo de nuestras entrañas, con el deseo de la felicidad, el presentimiento de la inmortalidad. La permanencia del alma despues del último suspiro y la resurreccion en un mundo mejor, hé ahí el complemento de la naturaleza, el fin de la vida, la justificacion de la Providencia.

¡Con cuánto amor recibiria y con qué trasporte abrazaria esta consoladora utopia si fuese posible, no digo ya demostrarla, sino hacerla accesible á mi razon! Pero... ¿qué puede haber fuera del universo, fuera de la série de las criaturas? ¿En dónde quereis que coloque este mundo de felicidad, si el mundo de maldicion de que yo formo parte es infinito? ¿En dónde encontraremos un tiempo fuera del tiempo, un espacio fuera del espacio, una razon fuera de la necesidad? ¿Cómo concebir un bien que el dolor no irrita ni estimula siquiera? ¿Cómo figurarme una inmortalidad que implica la separacion absoluta del yo y del no-yo, la escision de la materia y del espíritu, y que contradice todos los principios de mi entendimiento? La hipótesis de la inmortalidad del alma destruye los fundamentos de la certidumbre. ¿Cómo una prueba de la impotencia divina, tan ostensible como la creacion dislocada de que formo parte, será para mí la prueba de una renovacion ininteligible, que se funda en una existencia imposible?

Desarrollo de la poblacion, siguiendo una proporcion geométrica; aumento de las subsistencias, siguiendo una proporcion aritmética: este teorema está tan perfectamente demostrado como los del

álgebra.—Con una sola palabra, la economía política pronunció la sentencia de muerte de la humanidad, condenó á la Providencia, demostró el error de la necesidad y afrentó á la naturaleza. Hé ahí lo que mi razon me obliga á confesar, lo que mis sentidos me hacen ver, tocar y oír. Todo lo que se me diga para disminuir mi pena, sólo sirve para hacerla más aguda, y mi desolacion renace más profunda de todas las razones imaginadas para vencerla. Ó la economía política ha calumniado, y ¿cómo establecer esto? ¿en dónde encontraremos argumentos para refutarla cuando la ley de los números lo justifica? ¿en dónde están los testimonios que lo desmienten cuando los hechos lo apoyan?... ó la naturaleza, la necesidad, Dios y el hombre no son más que los sueños de la nada, y el universo una horrible pesadilla. ¡Qué inconcebible lógica en esta noche! ¡Qué filosofía en esta muerte!

Ensayaré, sin embargo, un último análisis, aunque no sea más que para gozar, como el culpable condenado á muerte, con la lectura de mi sentencia. Yo investigo como si pudiese encontrar todavía un tribunal á quien apelar, contra los aforismos de la ciencia, contra el testimonio de cien siglos, por un hecho que en el interior me domina y en el exterior me aplasta. *¡In spem contra spem!* ¡Vuélvete, desgraciado, contra la desesperacion! La economía política me ha engañado tantas veces, que le debo esta prueba de desconfianza. En el fondo de este asunto descubro algo de misterio, y es bastante que la economía política se prevalga de él para que yo vuelva á la carga. La economía política necesita que la muerte la ayude: ¿no podria suceder que fuese ella la que ayudase á la muerte? Y si la muerte, privada de este auxiliar, retrocediese un paso nada más,

¿quién sabe la ventaja que tomaría sobre ella, gracias á esta marcha retrógrada?

La economía política nos dice: Yo no puedo daros pan á todos, porque llegais más á prisa de lo que se necesita para que yo pueda servirlos. Por esta razón, son muchos los llamados, pero pocos los elegidos.

Antes de disculparse con el excesivo número de bocas, es preciso que la economía política pruebe que ha cumplido su deber. Estamos entregados á la muerte; sea en buen hora; pero... ¿no habrá la economía política preparado, solicitado, acelerado nuestra ejecución? Esta miseria que le sirve para paliar sus faltas, ¿no será en parte obra suya? *Is fecit cui prodest*. La economía política tiene interés en hacernos morir, porque la economía política ha mentido.

§ II. — La miseria es hija de la economía política.

Yo no sé todavía lo que es la miseria; pero estoy seguro de una cosa, y es que ANTECEDE á la producción, y que nos acomete ántes de que la esterilidad del trabajo la autorice á ello. Este hecho, tan perfectamente probado como ninguno de los que refiere Malthus, es el único que yo quiero oponer á la teoría de este escritor, y me bastará para destruirla por su base.

En primer lugar, yo distingo en la existencia de la humanidad dos períodos principales: el estado salvaje, esencialmente estacionario, en el cual el hombre, desconociendo el trabajo, vive solamente de los productos naturales del suelo y de la carne cruda de los animales; y la civilización, esencialmente progresiva, en la cual el hombre se hace industrial, transforma la materia y vive del producto de sus manos.

En el primer período, la miseria, es decir, el agotamiento de las provisiones y la falta de objetos de primera necesidad, tiene por causa directa é inmediata la pereza y la inercia general de las facultades del hombre. Como era posible, si no eliminar de pronto, cuando menos aplazar, por medio de un trabajo productivo, esta miseria que nace de la inercia; como llega mucho tiempo ántes de que el hombre se haya apoderado de las fuerzas naturales y les haga dar todo lo que pueden, es claro que esta miseria es *prematura*, que viene ántes de tiempo; por consiguiente, que es anormal. Y supuesto que en el estado salvaje, la apatía del hombre es permanente, hay también permanencia en la antelación, y por lo tanto, en la anomalía de la miseria.

Hé ahí lo que la economía política diría con razón para defenderse, si la acusáramos de ser la causa de la miseria que mata y diezma á los pueblos salvajes. Es posible, replicaría, que un poco más tarde, y á pesar de la energía y la inteligencia de sus esfuerzos, la miseria volviese á apoderarse del hombre civilizado; pero mientras no haya hecho todo lo que depende de él para alejarla, en tanto que, por su trabajo, no haya hecho innecesaria á la Providencia, el hombre no tiene el derecho de acusar á la ciencia, ni siquiera el de proferir una queja. Sufrir una desgracia que es consecuencia de sus propios hechos, y contra ellos protestan la naturaleza y la Providencia. En ménos de un siglo, los europeos de los Estados Unidos crearon más riqueza y bienestar que el que todos los indígenas de ese vasto continente habían recogido durante miles de años; y como la nueva población de los Estados Unidos no cesa de doblar, y dobla todavía cada veinticinco años, se puede decir que esta población, por su actividad prodigiosa, hizo más personas felices, que misera-

¿quién sabe la ventaja que tomaría sobre ella, gracias á esta marcha retrógrada?

La economía política nos dice: Yo no puedo daros pan á todos, porque llegais más á prisa de lo que se necesita para que yo pueda servirlos. Por esta razón, son muchos los llamados, pero pocos los elegidos.

Antes de disculparse con el excesivo número de bocas, es preciso que la economía política pruebe que ha cumplido su deber. Estamos entregados á la muerte; sea en buen hora; pero... ¿no habrá la economía política preparado, solicitado, acelerado nuestra ejecución? Esta miseria que le sirve para paliar sus faltas, ¿no será en parte obra suya? *Is fecit cui prodest*. La economía política tiene interés en hacernos morir, porque la economía política ha mentido.

§ II. — La miseria es hija de la economía política.

Yo no sé todavía lo que es la miseria; pero estoy seguro de una cosa, y es que ANTECEDE á la producción, y que nos acomete ántes de que la esterilidad del trabajo la autorice á ello. Este hecho, tan perfectamente probado como ninguno de los que refiere Malthus, es el único que yo quiero oponer á la teoría de este escritor, y me bastará para destruirla por su base.

En primer lugar, yo distingo en la existencia de la humanidad dos períodos principales: el estado salvaje, esencialmente estacionario, en el cual el hombre, desconociendo el trabajo, vive solamente de los productos naturales del suelo y de la carne cruda de los animales; y la civilización, esencialmente progresiva, en la cual el hombre se hace industrial, transforma la materia y vive del producto de sus manos.

En el primer período, la miseria, es decir, el agotamiento de las provisiones y la falta de objetos de primera necesidad, tiene por causa directa é inmediata la pereza y la inercia general de las facultades del hombre. Como era posible, si no eliminar de pronto, cuando menos aplazar, por medio de un trabajo productivo, esta miseria que nace de la inercia; como llega mucho tiempo ántes de que el hombre se haya apoderado de las fuerzas naturales y les haga dar todo lo que pueden, es claro que esta miseria es *prematura*, que viene ántes de tiempo; por consiguiente, que es anormal. Y supuesto que en el estado salvaje, la apatía del hombre es permanente, hay también permanencia en la antelación, y por lo tanto, en la anomalía de la miseria.

Hé ahí lo que la economía política diría con razón para defenderse, si la acusáramos de ser la causa de la miseria que mata y diezma á los pueblos salvajes. Es posible, replicaría, que un poco más tarde, y á pesar de la energía y la inteligencia de sus esfuerzos, la miseria volviese á apoderarse del hombre civilizado; pero mientras no haya hecho todo lo que depende de él para alejarla, en tanto que, por su trabajo, no haya hecho innecesaria á la Providencia, el hombre no tiene el derecho de acusar á la ciencia, ni siquiera el de proferir una queja. Sufre una desgracia que es consecuencia de sus propios hechos, y contra ellos protestan la naturaleza y la Providencia. En ménos de un siglo, los europeos de los Estados Unidos crearon más riqueza y bienestar que el que todos los indígenas de ese vasto continente habían recogido durante miles de años; y como la nueva población de los Estados Unidos no cesa de doblar, y dobla todavía cada veinticinco años, se puede decir que esta población, por su actividad prodigiosa, hizo más personas felices, que misera-

bles hizo la barbarie de los indígenas. Los tesoros de riqueza y de felicidad que guardaba la América, valian la pena de que el hombre se apoderase de ellos; y si durante treinta siglos se abstuvo, ni la economía política ni la Providencia son responsables.

Hay, pues, en la miseria humana una parte que no se puede atribuir á la naturaleza sin injusticia, y que, á pesar de la rapidez de las generaciones, proviene exclusivamente de la inercia del hombre.

Se trata de saber ahora si la miseria que se apodera del hombre civilizado, no es tambien, como la del salvaje, necesariamente y siempre prematura; si no es cierto que viene ántes de tiempo, y que tiene por única causa, no la ausencia del trabajo, sino un vicio de organizacion en el trabajo. En este caso, sucederia con el civilizado lo que con el salvaje; su miseria le perteneceria exclusivamente, y no podria acusar á la naturaleza mientras no hubiese hecho todo lo necesario para obligar á la necesidad á que le auxilie: pues si fuese cierto que, así como la miseria del salvaje depende del embrutecimiento de sus facultades, la del civilizado tiene por única causa una falta de orden, podria suceder que en un estado de organizacion perfecta, no sólo la miseria se aplazase de nuevo por cierto tiempo, sino que existiese una virtud específica que restableciese el nivel entre la poblacion y la produccion, sin que la prudencia humana tuviese necesidad de intervenir valiéndose de un artificio cualquiera para restablecer el equilibrio.

Se comprende fácilmente de qué importancia es para la humanidad el exámen de esta hipótesis; pues si llegamos á descubrir que es una verdad, la miseria que proviene de la inercia del hombre y la que reconoce por causa los vicios de la organizacion in-

dustrial, se verian indefinidamente eliminadas, y el problema de nuestro destino, que es el problema del destino del mundo, se presentaria bajo un aspecto diferente.

Ahora bien: este importante exámen lo hemos hecho en esta obra, cuyo segundo título, *Filosofía de la miseria*, recuerda perfectamente su espíritu.

El trabajo, hemos dicho, es el principio de la riqueza, la fuerza que crea, mide y proporciona los valores. Medir y proporcionar, es distribuir; el trabajo lleva, pues, en sí mismo una potencia de equilibrio al mismo tiempo que de fecundidad que, al parecer, debe asegurar al hombre contra todos los peligros que puedan amenazarle.

Para que el trabajo sea eficaz, es necesario que se determine y se defina, es decir, que se organice; pues, como lo hemos observado más de una vez, sólo hay para las cosas nua condicion de edificacion y de duracion, como sólo hay para las ideas una condicion de inteligibilidad y de manifestacion, que es la de ser definidas. Interin el trabajo no se define; en tanto que su organizacion no recibe la última mano, es una fuerza vaga y estéril, una idea ininteligible.

¿Cuáles son, pues, los órganos del trabajo? En otros términos; ¿cuáles son las formas por cuyo medio el trabajo humano produce y constituye el valor y destierra la miseria? Nadie ignora hoy que *trabajo* y *miseria* son opuestos entre sí, como lo son el orden y el desorden, la justicia y la espoliacion, la existencia y la nada. Pues bien: estas formas ó categorías del trabajo, de las cuales hemos dado ya la enumeracion á la vez que hicimos su crítica, son: la division del trabajo, las máquinas, la competencia, el monopolio, el Estado ó la centralizacion, el librecambio, el crédito, la propiedad y la comunidad. Re-

sultó de nuestro análisis que, si el trabajo posee en sí mismo los medios de crear la riqueza, por el antagonismo que le es propio, estos medios son susceptibles de convertirse en otras tantas causas de miseria; y como la economía política no es más que la afirmación de este antagonismo, es claro que la economía política es la afirmación y la organización del pauperismo. La cuestión, pues, no está en saber de qué modo el trabajo desterrará la miseria primitiva, que desapareció hace ya mucho tiempo, sino en saber de qué modo eliminaremos el pauperismo que resulta del vicio propio del trabajo, ó mejor dicho, de la falsa organización del trabajo y de la economía política.

En el primer momento de la evolución industrial aparece la *division ó separacion de las industrias*. La tierra deja de ser vacía y vaga; se cubre de trabajadores, y por medio de la apropiación se hace fecunda. El trabajo adquiere, por la división, una fecundidad sobrenatural; pero al mismo tiempo, por el modo de efectuar esta división, el trabajo embrutece, el obrero decae rápidamente y sólo produce un valor insuficiente. Después de haber solicitado el consumo por la abundancia de los productos, no puede atender á él por la tenuidad del salario; y en vez de extirpar la miseria, la crea. La división del trabajo obra sobre el ser colectivo, como las industrias nocivas sobre los que las ejercen; proporcionándole la abundancia, lo envenena, y después de haberle convidado á la vida, lo sepulta en la muerte.

Aquí, pues, la miseria es el vicio propio del trabajo. No es la naturaleza ni la Providencia quienes faltan; es la rutina económica que carece de equilibrio; ella es la única á quien debemos acusar, y con tanta más razón, cuanto que no puede demostrar que la contradicción que resulta de la división par-

celaria no puede vencerse por medio de una combinación superior.

La economía política lo comprende así, y por eso se apresura á implorar el auxilio de un nuevo órgano, que son las *máquinas*.

Con el auxilio de las máquinas, unidas á la división, cien mil trabajadores que habitan un cantón de cincuenta leguas cuadradas, producen más que mil millones de salvajes que, no teniendo más que sus uñas para labrar la tierra, sus manos para apoderarse de una presa y sus piés para alcanzarla, necesitarían para subsistir una superficie de terreno diez veces mayor que el globo. Y como el límite de las invenciones industriales no se puede determinar, es seguro que el trabajo tiene en este concepto una fecundidad ilimitada, susceptible, por consiguiente, de acelerarse en un grado desconocido.

Parece, pues, que las máquinas van á reparar el déficit causado por la división y á vencer la miseria; pero no es así. Con las máquinas empieza la distinción de amos y asalariados, de capitalistas y trabajadores. El obrero, á quien la mecánica debería salvar del embrutecimiento á que le había reducido el trabajo parcelario, se sepulta cada vez más en él; con el carácter de hombre, pierde también la libertad y cae en la condición de instrumento. El bienestar aumenta para los jefes, y el mal para los subalternos; la distinción de castas empieza, y una tendencia monstruosa se declara, que consiste en querer prescindir de los hombres, multiplicándolos en cuanto es posible. De este modo se agrava la tortura universal; anunciada ya por la división parcelaria, la miseria entra oficialmente en el mundo, y desde este momento se convierte en alma y nervio de la sociedad.

¿Es, pues, la producción excesiva de hombres la

que causa la miseria, ó será ésta el resultado de una falsa maniobra? El trabajo no falta nunca, supuesto que en todas partes la necesidad de subsistir, por consiguiente, de trabajar, se hace sentir del mismo modo, y que la oferta del trabajo es inferior al pedido. Las subsistencias tampoco faltan, supuesto que en todas partes se quejan de la excesiva abundancia de los productos que bajan de precio por falta de salida, de gente que los compre y dé salarios.

Luego la humanidad, al cubrir su barbarie vagabunda con las formas de la civilización, no hizo más que cambiar la miseria de su inercia por la de sus combinaciones; el hombre perece por la división del trabajo que decupla sus fuerzas y por la mecánica que las centuplica, como en otro tiempo perecia por el sueño y la pereza. La causa primera de sus males está siempre en sí mismo, y es preciso vencer esta causa ántes de gritar contra el destino.

A sus tendencias aristocráticas, la sociedad opone la libertad, la *competencia*. ¿Qué sucede entonces? No lo perdamos de vista; los que tomaron á su cargo el cuidado de instruirnos, son los economistas, los apóstoles de la miseria. La competencia emancipa al trabajador y produce un aumento incalculable de riqueza. Hemos visto, despues de una revolución que tuvo la libertad del trabajo por objeto, la miseria rechazada por toda una generación: prueba de que la miseria producida por las máquinas despues de instituidos el capital y el salariado, no dependia de una causa invencible, como la miseria que engendra la división parcelaria y que la mecánica reprime hasta cierto punto, no tenia tampoco nada de fatal. Cuanto más avanzamos, tanto más la miseria se nos presenta con un carácter de contingencia y de anomalía, con intermitencias y acrecentamientos que prueban, no la inhumanidad de la naturaleza, sino nuestra impericia.

¿Qué es, en efecto, la competencia, considerada desde un punto de vista elevado y en las masas? Es una fuerza completamente metafísica, si así podemos decirlo, por cuyo medio los productos del trabajo disminuyen constantemente de precio, ó lo que es lo mismo, aumentan en cantidad; y como los recursos de la competencia, dél mismo modo que los perfeccionamientos mecánicos y las combinaciones distributivas, son infinitos, se puede decir que la potencia productiva de la competencia es ilimitada en intensidad y en extensión.

Una cosa que debe tenerse muy presente, es que por la competencia, la producción de las riquezas aventaja á la de los hombres, lo cual convierte la relación establecida por Malthus entre el progreso de las subsistencias y el de la población, en un contrasentido económico, en una teoría presentada al revés.

Ruego al lector que fije toda su atención en este punto.

Gracias á la competencia, cada productor se vé precisado á producir cada vez más barato, lo cual quiere decir que produce siempre más de lo que el consumidor pide; por consiguiente, que garantiza á la sociedad la subsistencia del día siguiente. ¿Cómo, pues, en semejante sistema, es posible que la suma de las subsistencias sea inferior á las necesidades de la población?

Supongo que dos hombres aislados, sin instrumentos y disputando á los animales su miserable alimento, producen un valor igual á 2: que estos dos infelices cambien de régimen y unan sus fuerzas por la división, por la mecánica que de ella resulta y por la emulación que viene despues. Su producto no será ya como 2, sino como 4, supuesto que cada uno no produce para él sólo, sino para su compañero también. Si el número de trabajadores dobla, la división

se hace más profunda, las máquinas más poderosas, la competencia más activa, y producirán 16: si su número se cuadruplica, producirán 64. Esta multiplicación del producto por la división del trabajo, las máquinas, la competencia, etc., la demostraron cien veces los economistas, y ese es precisamente el lado positivo de su teoría, el punto que todos aceptan, pero que la práctica no podrá presentar nunca tal como la teoría lo expone, mientras la sociedad, por medio de una reforma, no resuelva sus contradicciones.

Luego, si la potencia de reproducción genitral de la especie humana se expresa por la progresión 1, 2, 4, 8, 16, 32, 64, etc., la potencia de reproducción industrial deberá expresarse por la progresión 1, 4, 16, 64, 256, 1024, 4096. Más claro: en una sociedad organizada, *la producción crece como el cuadrado del número de los trabajadores*. Esto nos lo dice la economía política misma; y si Malthus, preocupado con una idea fija (la del aumento de población), lo había olvidado, ¿por qué sus colegas no lo han recordado? Es evidente que la relación de crecimiento determinada por Malthus entre la población y las subsistencias, sólo puede referirse á una sociedad inorgánica, en la cual la industria, es decir, la división, la mecánica, la competencia, el cambio, etc., son absolutamente malas, y la fuerza colectiva no existe; pero nunca á una sociedad organizada que se funda en la separación de las industrias y en el cambio, y en la cual cada persona produce por millones de consumidores, y se vé servida á su vez por millones de productores.

De este modo se debe entender lo que ciertos agrónomos, y con ellos ciertos socialistas, quisieron decir con la frase *cuádruple producto*. No es cierto que un país cuya población y cuyo grado de desarrollo están

dados, pueda producir el duplo, ni el triplo, ni el cuádruple de lo que produce. El producto está necesariamente en razón de la producción, la cual determina á su vez el grado de división, la fuerza de las máquinas, la actividad de la circulación, etc. Pero lo que sí es verdad, lo que la ciencia reconoce y demuestra, es que si el aumento de la producción es doble, el de la población es cuádruple, y así á lo infinito, mientras la sociedad obedezca á las leyes económicas y la superficie del globo lo permita.

Desgraciadamente, el antagonismo de las instituciones económicas no les permite producir todos sus efectos, y de ahí provienen todos los errores del trabajo y las sorpresas de la miseria. Así, pues, la competencia, por su lado positivo y social, tiene por objeto reducir indefinidamente el precio de las cosas, y por consiguiente, aumentar la suma de los valores y poner la producción por delante de la población; pero por su lado negativo y egoísta, la competencia se convierte en pobreza, supuesto que la reducción de precios que implica, sólo es ventajosa para los vencedores, y deja á los vencidos sin trabajo y sin recursos. La competencia, dice la teoría, debe enriquecer á todo el mundo; mas por la imperfección del organismo social, la práctica prueba que allí donde la competencia se hizo general, hay tantos desgraciados como ricos: esto no puede ponerse en duda después de la crítica que hemos hecho.

Lo que debemos acusar aquí, es, pues, el vicio propio de la institución, la insuficiencia de la idea. Queda demostrado ya que esta necesidad de la miseria que acaba de sumergirnos en la mayor consternación, no es absoluta, que es, como dice la escuela, una necesidad de contingencia. Contra todas las probabilidades, la sociedad sufre á consecuencia de aquello mismo que debiera hacerla feliz.

Siempre la miseria es prematura, siempre el pauperismo se anticipa: al revés de lo que le sucede al salvaje, cuya escasez proviene de la inercia, nuestra miseria procede de la acción, y nuestro trabajo aumenta constantemente nuestra indigencia. Que los economistas, ántes de acusar á la necesidad, empiecen por reformar sus rutinas: *Medice, cura teipsum.*

¿Será necesario continuar esta revista, y en este capítulo, que sólo debe expresar una conclusión general, será preciso que haga entrar toda la obra? He presentado á la sociedad buscando, de fórmula en fórmula, de institucion en institucion, este equilibrio que se le escapa, y siempre, á cada tentativa, la hemos visto aumentar en igual proporcion su lujo y su miseria. Una vez en la comunidad, la sociedad se vuelve á encontrar en su punto de partida; la evolucion económica se realizó, y el campo de la investigacion está agotado. El equilibrio no pudo encontrarse, y sólo queda la esperanza de una solucion integral que, sintetizando las teorías, devuelva al trabajo su eficacia, y á cada uno de sus órganos su fuerza. Hasta entónces, el pauperismo permanecerá tan invenciblemente unido al trabajo, como la miseria lo está á la holganza, y todas nuestras repriminaciones contra la Providencia, sólo probarán nuestra imbecilidad.

¡Singular economía la nuestra, en la cual la penuria resulta continuamente de la abundancia, y la prohibicion del trabajo es una consecuencia perpétua de la necesidad de trabajar! Si por un decreto del soberano, quinientos mil parásitos, borrados de repente de la lista de los improductivos, fuesen enviados á los talleres y á los campos, en vez de un aumento de bienestar, tendríamos un aumento de indigencia. Habria, en la clase de los improducti-

vos, quinientas mil personas sin empleo y sin rentas; para la de los empresarios, propietarios y jefes de industria, quinientos mil parroquianos ménos que servir; para la de los trabajadores, tan numerosa ya, y cuyo salario es tan escaso, quinientos mil competidores más. Disminucion de precio en la mano de obra, aumento en la masa de los productos, y restriccion del mercado: para el proletariado, progreso de abstinencia y de servidumbre; para la propiedad, progreso de lujo y de orgullo: tales serian las consecuencias de una reforma que la razon indica como una medida de salud pública. Seríamos más pobres, precisamente, porque nos habríamos hecho más ricos, y veríamos á los economistas, que no comprenden nada de su embolismo, acusar la imprudencia de los matrimonios, la inoportunidad de los amores, ¿qué sé yo? hasta la desenvoltura de los esposos.

En vano los hechos se presentan, se acumulan y gritan por todas partes contra la economía política; parece que los escritores que los refieren, los desarrollan y los comentan, tienen ojos para no ver, oídos para no oír é inteligencia para disimular la verdad. La propiedad, la usura, el impuesto, la competencia, las máquinas, la division parcelaria, rechazan la poblacion ántes de que abunde: el economista, ocupándose exclusivamente de averiguar lo que le sucederia á un millon de hombres que sólo tuviese para subsistir la racion de quinientos mil, no se pregunta por qué quinientos mil no pueden vivir con lo que bastaria para un millon. En tiempo de Juan el Bueno, la Francia tenia doce millones de habitantes; en tiempo de Luis XIV, diez y seis; en tiempo de Luis XVI, veinticinco; hoy tiene treinta y cuatro millones. Sabido es que en todas estas épocas hubo pobres, una inmensa cantidad de pobres:

las leyes atroces dictadas contra ellos, lo prueban. Pues bien: ¿en cuál de estas épocas se puede decir que la sociedad francesa había agotado sus medios? La Francia de hace diez siglos, podía veintuplicar su producción; el tercer estado no era sospechoso de pereza: ¿de dónde vino el pauperismo?

La América es la que proporcionó á los economistas los mejores ejemplos de una población que dobla y triplica en veinticinco años. Ahora bien: si desde hace un siglo ó siglo y medio, la población dobló y triplicó en los Estados Unidos cada veinticinco años, es claro que la producción, por lo ménos, dobló y triplicó en el mismo período, y se puede decir que en este espacio de tiempo, la población no hizo más que seguir la producción. ¿Cómo Malthus, que tan perfectamente expuso el progreso de la población americana, no estudió del mismo modo las causas que, en otras circunstancias, impiden ó suspenden el progreso paralelo de las subsistencias?

¡Oh! responde el economista; el caso de los Estados Unidos es excepcional; la América era un país virgen.

¡País virgen! Pero el país estaba ya gastado por los iroqueses y los hurones que, ántes de descubierto, marchaban ya, como nosotros lo hacemos hoy, más á prisa en progenitura que en riqueza, y que, simples cazadores, eran miserables allí en donde los europeos industrioses, á pesar de multiplicarse, no han cesado de enriquecerse. — ¡País virgen! Decid mejor que, gracias á la falta de una jerarquía industrial, gracias á esta igualdad de los colonos americanos, protegida por los intervalos de los bosques que ya empiezan á borrarse bajo la acción de vuestros procedimientos económicos, el trabajador gozaba en todas partes de la integridad de su producto, y haciendo siempre obras útiles,

pudo hacerse y conservarse rico, á pesar de haber doblado la población en diez y ocho años. El ejemplo de la América no prueba solamente lo que la humanidad es capaz de hacer en lo que á la población se refiere, sino también hasta qué punto puede llegar la potencia del hombre en cuanto á la producción: ¿por qué este paralelismo tan evidente, tan auténtico en aquel país, no pudo sostenerse en los demás? Téngase en cuenta que no se trata tanto de la rapidez del progreso, como del progreso paralelo. — ¡País virgen! Seguramente, los azadoneros ingleses, suizos y alemanes, no vivieron ni se multiplicaron con el incendio de aquellos bosques eternos; del trabajo, y sólo del trabajo convenientemente dividido, de los capitales, de las máquinas y de la circulación, vivieron; la prueba está en que la economía política importada de Europa, se puso á funcionar ántes de tiempo en aquel país donde la tierra y el espacio no faltaba á nadie, donde el trabajo se pagaba á sí mismo sin pasar por la servidumbre del capital, el intermediario del banquero y la vigilancia de la policía, y el pueblo dejó correr la economía política sin hacerla caso. El crédito se fué á pique, los bancos han volado, el capital explotante se sumergió, y el americano continuó haciendo su fortuna por medio del trabajo y de la igualdad. Indudablemente, vendrá un día en que este maravilloso progreso se realice con paso ménos rápido; pero sin duda también, la población entónces, sin violencia y sin miseria, disminuirá espontáneamente su movimiento, á no ser que la economía política, la teoría de la inestabilidad y del robo, no venga á romper esta armonía.

Desde hace cincuenta años, dice E. Buret, y con él el Sr. Fix, la riqueza nacional en Francia quintuplicó, mientras que la población no aumentó en la

mitad. Según esto, la riqueza marchó diez veces más á prisa que la poblacion: ¿por qué, pues, en vez de reducirse proporcionalmente, la miseria aumenta?

No confundais la riqueza con las subsistencias, nos dirá el economista. La riqueza se compone de todo lo que, siendo producto del trabajo, tiene para el hombre un valor cualquiera, de placer como de alimentacion. Las subsistencias son aquella parte de esta riqueza que sirve particularmente para sostener la vida. Pues bien: la progresion aritmética de Malthus, se refiere á esta porcion de la riqueza, y nada más.

Distincion ridícula anticipadamente refutada por la teoría de la proporcionalidad de los valores. Las subsistencias están necesariamente en relacion con las demás partes de la riqueza, y es rigurosamente cierto que, si desde hace cincuenta años el producto de la Francia ha quintuplicado, el pueblo consume cinco veces más. En la sociedad todos los valores se equilibran, quiero decir, se cambian los unos por los otros y se sostienen recíprocamente. La produccion de los objetos de lujo prueba, precisamente, que las subsistencias existen en cantidad suficiente, supuesto que, en definitiva, este lujo se pagó con subsistencias, como éstas, á su vez, se pagaron con dinero ó con otros valores. ¿Acaso el precio de los artículos de primera necesidad aumentó relativamente de cincuenta años á esta parte? Al contrario; el precio relativo bajó: y si las subsistencias faltan al pueblo, como sucede con el vino, la causa no está en la viña ni en el viñador, supuesto que éste se queja de que no puede vender: la causa está en la economía política.

Por lo demás, ¿quién es el que no vé que, componiéndose el bienestar del hombre de la abundancia y de la variedad, lo que llamamos lujo es en el fondo

un verdadero ahorro? El salvaje, que vive de carne cruda y de algunas bebidas horrosas, agotará en un mes los recursos de una legua cuadrada de terreno; el civilizado, cuya manutencion exige un millon de cosas que no conoce el hombre de los bosques, subsistirá con cuatro hectáreas. Su lujo puede existir en un espacio tres ó cuatro mil veces más pequeño que el necesario para sostener la miseria del salvaje. El lujo puede definirse fisiológicamente, el arte de alimentarse por la piel, por los ojos, por los oidos, por las narices, por la imaginacion y por la memoria: la indigencia es, al contrario, la vida reducida á una funcion única, que es la del estómago. ¿Qué digo? Hasta el arte culinario que Séneca, en su hipérbole absurda llamaba el arte de la gula, multiplicando bajo mil formas nuestro alimento y enseñándonos á comer mejor, es en realidad, para nosotros, un manantial de economías. Despues del trabajo, la cocina es nuestro más precioso auxiliar contra la escasez; y precisamente, por lo mismo que el proletario no consume bastante, come demasiado, y se hace oneroso para la gran familia.

Tengo, pues, el derecho de insistir en mi pregunta: ¿Cómo habiendo quintuplicado nuestra riqueza y no habiendo aumentado la poblacion más que en un 50 por 100, todavía existen pobres en Francia? Que se me conteste ántes de preocuparse con la posteridad é investigar el número de habitantes que podrá contener el globo.

La tasa de los pobres en Inglaterra, era:

En 1801, de 4.078.891 lib. est. para	8.872.950 habitantes.
En 1818, de 7.870.801 » » »	14.978.875 »
En 1833, de 8.000.000 » » »	14.000.000 »

Segun esto, ¿es ó no cierto que el pauperismo se

anticipa? Y la prueba de que estas cifras oficiales tienen el sentido que yo les doy, está en que, desde 1833, se ha tratado de aplicar en Inglaterra la teoría de Malthus, es decir, se quiso dejar perecer á los que no tienen rentas ni salario; que la primera consecuencia de esta idea fué la creacion de las casas de fuerza, y finalmente la reforma de la ley de cereales, es decir, la reduccion arbitraria del precio del pan. Se creyó que la supresion violenta de un monopolio podria ser de un gran efecto para el alivio de la miseria; pero el porvenir dirá lo que tenia de racional y de útil esta prestigiosa reforma. Los economistas, la mayor parte de ellos, fautores de la liga, reconocieron implícitamente que la miseria tenia otras causas más que la excesiva reproduccion: supuesto que empezaron, que acaben, pues, de formar el inventario de las espoliaciones que ejerce el monopolio!

Yo leo en un artículo del *Diario de los Economistas* (Enero 1846) sobre la marcha de la criminalidad en Francia, que el número de los crímenes y delitos de todas clases, fué:

De 1826 - 28.	88.751
De 1829 - 31.	96.083
De 1832 - 33.	106.149
De 1835 - 37.	121.221
De 1838 - 40.	146.062
De 1841 - 43.	151.624

El autor de esta interesante estadística, concluye en estos términos:

«El número de los crímenes y delitos, aumenta, pues, *de una manera rápida y acelerada*. Así vemos que, mientras el aumento medio anual de la población apenas es de 5 por 1.000 y tiende á dismi-

nuir, el aumento medio anual por 1.000, se eleva á:

- » 5.7 para los crímenes y delitos contra la cosa pública;
- » 7.8 — — — — las costumbres;
- » 3.0 — — — — las personas;
- » 5.6 — — — — las propiedades;
- » 5.4 para las contravenciones que no son los delitos forestales, cuyo número es incalculable;
- » 3.7 para los suicidios.

»Mientras el progreso de la población tiende á debilitarse, el número de los crímenes y delitos tiende á aumentarse; y este aumento no es particular á la Francia, y hasta podemos decir que es menor aquí que en muchos países vecinos.»

Los crímenes y delitos, como el suicidio, las enfermedades y el embrutecimiento, son las puertas por donde sale la miseria. Según las cifras oficiales, siendo el movimiento medio de la población de 5 por 1.000, y el de la criminalidad, suma total, 31.2, se deduce que el pauperismo llega sobre nosotros seis veces y un cuarto más de prisa de lo que permitia esperar la teoría de Malthus: ¿Cuál es la causa de esta desproporción?

La misma cosa se prueba de una manera distinta.

En general, las naciones ocupan en la escala del pauperismo el mismo rango que en la de la riqueza. En Inglaterra se cuenta un indigente por cada cinco personas; en Bélgica y en el departamento del Norte, uno por cada seis; en Francia, uno por cada nueve; en España y en Italia, uno por treinta; en Turquía, uno por cuarenta; en Rusia, uno por ciento. La Irlanda y la América del Norte, colocadas en condiciones excepcionales y opuestas, presentan; la primera, la proporción espantosa de uno y más por cada dos; y la segunda, uno, y acaso menos por mil. Así, pues, en todo país de población aglomerada, en donde la economía política funciona regularmente, la miseria

se compone exclusivamente del déficit que la propiedad causa á la clase trabajadora.

Antes de 1789, el número de niños expósitos sostenidos en los hospitales, era de... 40.000
 En 1800 se elevó á..... 51.000
 En 1815..... 67.966
 En 1819..... 99.346
 En 1834..... 129.699

Ignoro cuál es la cifra en 1846. El *Diario de los Economistas* de este año eleva la cifra media anual de los nacimientos ilegítimos á 75.870; de donde se puede concluir, siguiendo la progresion anterior, que el número de los hijos naturales actualmente sostenidos en los hospitales, no es menor de 160.000. Desde 1789 hasta 1846, la poblacion no aumentó en la mitad; en cambio, la riqueza quintuplicó, hasta las costumbres mejoraron, y el número de los hijos naturales CUADRUPLOCÓ. ¿Qué significa esto? Que hay 320.000 muchachos y muchachas á quienes se arrebató anualmente el derecho á la familia, *jus conubii*, y que las invasiones de la propiedad, permaneciendo la poblacion estacionaria, hacen crecer á ojo el proletariado.

En el capítulo IV hablé de la disminucion de la talla media observada por los economistas. Este hecho, que no es posible poner en duda, prueba la existencia, no de una miseria accidental como la que se produce de repente á consecuencia de una mala cosecha, sino de una miseria constitucional y crónica que ataca á la especie entera y alcanza profundamente á todas las partes del cuerpo social. Seguramente, hay en esto algo que excita vivamente la curiosidad y que no se explica por el principio de Malthus. De aquí se seguiria que la miseria, no contenta con atacar á los individuos sin recursos y eli-

minar á los pobres del número de los vivos, afecta á la especie en su colectividad y en su vida por un sufrimiento solidario; prueba de que la humanidad se muere de un mal desconocido; de un mal que está más alto que la falta de subsistencias. ¿Se nos dirá una vez por todas cuál es este mal?

Se opone á este hecho la prolongacion de la vida media que ciertos hábiles estadistas pretenden haber probado; pero como ya hice ver todo lo que esta prolongacion tiene de ilusorio respecto al pueblo, sólo diré una palabra que concilie y que explique las dos observaciones. Si es cierto, como yo sostengo, que en nuestra organizacion propietaria el pauperismo se anticipa continuamente al contagio, poco importa que esta anticipacion se manifieste por medio de muertes súbitas y prematuras ó por dolores precoces y prolongados. Segun esto, seria posible que la cifra de la vida media se sostuviese y hasta se elevase, y á pesar de todo, la miseria aumentase siempre; pues se trata ménos de la edad de los muertos que del tiempo que vivieron sin enfermedades. ¿Será preciso que enseñemos á los economistas á comprender sus estadísticas?

Me parece innecesario acumular más pruebas: los hechos son conocidos de todo el mundo, y cada cual puede interrogarlos y deducir de ellos las consecuencias. LA ANTICIPACION DE LA MISERIA: hé ahí el rasgo característico del régimen propietario como del estado salvaje; el hecho capital, universal que yo opongo á Malthus, y que destruye su teoría.

Segun los datos de la ciencia confirmados por una masa importante de hechos, mientras la poblacion tiende á aumentarse siguiendo una progresion geométrica cuya razon es 2, la produccion de la riqueza, obra de esta poblacion, tiende á aumentarse siguiendo una progresion geométrica cuya razon es 4. En

la práctica, al contrario, esta relación está invertida; mientras que la potencia de crecimiento de la población se expresa invariablemente por la progresión geométrica 1, 2, 4, 8, 16, 32, 64... la potencia de crecimiento de la producción se expresa por la serie aritmética 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7...

¡Cómo! señores economistas, os atreveis á hablar-nos de miseria, y cuando se os demuestra, con vuestras propias teorías, que si la población dobla la producción se cuadruplica; que, por consiguiente, el pauperismo sólo puede venir de una perturbación de la economía social, en vez de responder, acusais lo que es absurdo recordar siquiera, el exceso de población! Nos habláis de miseria; y cuando con vuestras estadísticas en la mano se os hace ver que el pauperismo crece en una progresión mucho más rápida que la población, cuyo exceso, según vosotros, lo determina; cuando se os prueba que existe alguna causa secreta que no percibís, entonces disimulais, y no haceis más que sacar á relucir la teoría de Malthus! Habeis convertido esta potencia de crecimiento de la población en un escudo contra el socialismo; y cuando nosotros, hombres de ayer, tomando á nuestro cargo la obra difícil de los A. Smith, Ricardo, J. B. Say y Malthus mismo, presentamos á vuestra vista el principio espoliador; cuando os demostramos que la humanidad se vé siempre acometida de la miseria ántes de que el pan y la tierra le falten; cuando desarrollamos en vuestra presencia el mecanismo de la usurpación propietaria, de la ficción capitalista y del robo mercantil, entonces cerrais los ojos para no ver, los oídos para no oír y la inteligencia para no ceder á la convicción! La iniquidad del siglo es más preciosa para vosotros que el derecho del pobre, y vuestros intereses de pandilla se sobreponen á los de la ciencia!

Y bien: mientras vosotros gritéis contra la imprudencia y la población, nosotros gritaremos contra la hipocresía y el bandolerismo; os entregaremos á la desconfianza de los trabajadores, y á vosotros solos os haremos responsables de la explotación que nos asesina y de la infamia que nos cubre. Nosotros repetiremos en todas partes con voz de trueno: «¡La economía política es la organización de la miseria, y los apóstoles del robo, los proveedores de la muerte, son los economistas!»

¿Quiénes son los que hoy sostienen contra todo el mundo, y á pesar de la lógica y de la experiencia, la inestabilidad del valor, la incommensurabilidad de los productos y el no-equilibrio de las fuerzas industriales? Los economistas. ¿Quiénes son los que defienden la desigualdad de repartición, la arbitrariedad del cambio, los asesinatos de la competencia, la opresión del trabajo parcelario y las bruscas transiciones de las máquinas? Los economistas. ¿Quiénes son los que apoyan la preponderancia del orden improductivo, la mentira del libre comercio, la mistificación del crédito y los abusos de la propiedad? Los economistas. ¿Quiénes son los que, instigados por la Inglaterra, forman una liga para aplicar al universo ese sistema de anarquía, de estafa y de rapia? Los economistas.

Y sois vosotros los que, tomando el lenguaje de la moderación y de la paz, os atreveis á decir:

«¿No se dirá que las escuelas más opuestas conspiran por extraviar á los trabajadores? Los unos los irritan arrebatándoles toda esperanza de un porvenir mejor; los otros los excitan al desorden con seductoras y pérfidas teorías. En fin, hay hombres que, más humanos y más prudentes á la vez, no hablan á los trabajadores de derechos quiméricos ni de

una necesidad fatal: estos hombres no se atreven ó no saben decirles la verdad completa.»

Pues decidla de una vez; que salga pura y entera de vuestros labios.

«Sí; los salarios pueden exceder de lo estrictamente necesario; sí, las economías son posibles para el trabajador. Si sufre en algunos distritos manufactureros, hay otros en donde vive con holgura... ¿De dónde viene esta diferencia? De dos causas esenciales, principales; causas superiores á todas las lamentaciones de los neo-economistas y de los pretendidos filántropos. La diferencia procede de la conducta de los obreros y de la relacion que existe entre la poblacion y el capital circulante.»

Señor Rossi: en verdad os lo digo; careceis de corazon; no sois ni más prudente ni más atrevido que los demás, porque ocultais la verdadera causa.

¡Se extravía á los obreros! Esto se parece á las *faciones* del Sr. Guizot. Instruidnos, hombres de ciencia, y vereis cómo no nos extraviarnos; pero tened cuidado de no decir nada que no sea cierto, porque vuestras reticencias caerán sobre vuestra cabeza.

¡La conducta del obrero es mala! Esto es posible y tal vez proceda de que no se le hace justicia. Pero en fin, aquí se trata de la medida de su salario, y se nos habla de su conducta. Decid, pues, maestro: ¿cuánto valen catorce horas de trabajo por día? Y si temeis equivocaros respecto al trabajo del obrero, poned la mano sobre el corazon y decidnos en cuánto estimáis el vuestro. Nosotros tomaremos vuestra cifra por medida.

¡El capital circulante no está en relacion con la poblacion! Es cierto: la propiedad impide que el capital circule. ¿Cómo ha de circular, si el consumidor se vé precisado á pagar cinco por lo que él mismo vendió en cuatro?

«El obrero que carece de órden, de economía y de moralidad, no se despojará nunca de los harapos de la miseria. Añadid á esto que la poblacion...» Siguen los consejos de prudencia matrimonial.

¡Siempre las censuras; siempre la conducta de este pobre obrero! ¡Tartufe vive todavía! Porque nosotros somos bandidos incapaces é indignos, nuestros curadores se apoderan de nuestros bienes; y por enseñar á vivir al trabajador, el ocioso se come su braza! Empezad, pues, por darnos el ejemplo, misioneros de caridad y de templanza. Ea: que los hijos abandonen á sus queridas, y que los padres dejen á sus niñas; que la edad del matrimonio y de la prostitucion se retarde para todo el mundo bajo penas severas; que se forme una tarifa para todas las clases de servicios, desde el rey hasta el galopo; que el interés del dinero se reduzca al tipo legítimo, y que la renta de la tierra se reparta entre todos. Entónces creeremos en el genio y en la buena fé de los economistas.

Malthus era sincero cuando, respondiendo á las hipótesis comunistas de Wallace, Condorcet, Godwin, Owen, etc., y no encontrando nada que le ilustrase sobre la causa inmediata de la miseria, volvía sin cesar á su progresion geométrica, y exclamaba en su honrada impaciencia: ¿Pero de qué modo en la comunidad se pondrá la produccion al nivel de la poblacion? Sin un obstáculo que impida su desarrollo, ¿cómo la humanidad dejará de morir de hambre?

Hoy, que hemos demostrado lo que Malthus no sospechaba, es decir, que en una sociedad organizada, la produccion de la riqueza y de las subsistencias progresa más rápidamente que la poblacion misma, es ya otra cosa. Es preciso explicar la miseria, no como Malthus lo hizo, por medio de una lo-

gomaquia que se resuelve en una fórmula ininteligible, en un mito, sino justificando la rutina propietaria, en nuestro concepto, causa inmediata y sistemática del pauperismo. ¿Se piensa reducirnos al silencio con esta necedad malthusiana de la progresión aritmética, porque plugo á todos nuestros economistas ingleses, franceses, cristianos, materialistas y eclécticos, convertirse en sus panegiristas? Pero no hemos oído todavía el último argumento de nuestros adversarios, y no debemos apresurarnos á cantar victoria.

«¿A qué viene, dice el Sr. Rossi enderezándose; á qué viene el hablarnos de los vicios de nuestras instituciones, de la excesiva desigualdad de las condiciones, de la fecundidad inagotable del suelo, de los vacíos inmensos que existen en la superficie del globo y que las emigraciones pueden llenar? Es evidente que todo eso no toca al fondo de la cuestión, supuesto que, una vez hechas todas esas concesiones, sólo resultará lo siguiente: que en más de un país, á la culpable imprevisión de los padres de familia, se agregan otras causas de sufrimiento y de desgracia, y que las poblaciones excesivas habrán podido encontrar un alivio temporal en un gobierno mejor, en una organización social más equitativa, en un comercio más activo y más libre, ó en un vasto sistema de emigraciones. ¿Será por eso menos cierto que, si el instinto de la reproducción no estuviese refrenado por la prudencia y por una moralidad elevada y difícil, todos estos recursos se agotarían, y que entonces el mal sería tanto más sensible, cuanto que no habría remedios temporales con que aliviarlo, ni paliativos con que suavizarlo?»

Todos los economistas se adhieren á este pensamiento del Sr. Rossi. «Nosotros, dice el último editor de Malthus, consideramos esta observación como ca-

pital. Aviso á los socialistas de todos los matices. Cuanto más se perfeccione el estado social, tanto más es de temer el exceso de población, á no ser que se destruya la aserción de Malthus.»

Pero vosotros, que nos prometéis el auxilio del cielo á condición de ser prudentes, empezad por practicar vuestras máximas. La sociedad es inarmónica; la concesión que acabáis de hacer, lo supone. Dadle primeramente el equilibrio, y sin temor de hacer una obra inútil, esperad lo que suceda. Os preocupáis con una conjetura hipotética cuya realización no se puede afirmar, y retiráis la vista del mal real que os diezma. Empezad, os digo, por curar lo presente; y si vuestra fé en la Providencia no es una burla, ocupaos un poco menos de lo porvenir. La humanidad, decís, sólo habrá obtenido con eso un alivio temporal: ¿quién os lo asegura? ¿Cómo sabéis que el equilibrio establecido en el trabajo, las condiciones de desarrollo de la humanidad en población y en riqueza, no se cambiarán jamás?

Ya se os hizo ver que en la institución providencial, la producción marcha más rápidamente que la población; y es extraño que en vez de llorar por el hambre, no hayáis pensado en sacar partido de esta ley en favor de vuestra tesis. Y en efecto; bajo un régimen de igualdad, marchando el trabajo más aprisa que el amor, habríais podido preguntar cómo, después de algunas generaciones, la tierra bastaría para albergar los productos y hospedar á todo el mundo. Acaso entonces nos contentásemos con responder: Dios es grande, y la Providencia fecunda en combinaciones. Indudablemente, aquí hay algo que en este momento se nos escapa, y sería extraño que nuestra esfera de actividad no estuviese en proporción con nuestro poder. ¿Será preciso que después

de haber corregido vuestras estadísticas, arreglemos todavía vuestros argumentos?

Vemos, pues, que el economista que temia hace un momento carecer de pan, tranquilo sobre este punto, empezará á inquietarse por la habitacion. Sí, nos dirá, es preciso poner un término á la poblacion, supuesto que lo tiene el universo. Si la poblacion dobla cada veinticinco años, en ménos de cinco siglos habrá un millon de miles de millones de hombres en el globo, es decir, ménos de los necesarios para que puestos en pié y tocándose los unos á los otros, llenen la tierra. ¿No seria esta una miseria más intolerable tal vez que la de la desnudez y el hambre?

Economista: yo os detengo. La cuestion que acabais de proponer, muy digna, seguramente, de las meditaciones del filósofo, no está entre la poblacion y la produccion, sino entre la poblacion y el globo. Tomo acta de vuestra retirada, y convengamos ántes de pasar adelante:

Que el trabajo, una vez sintetizados y arreglados todos sus órganos, pone en sí mismo la facultad de multiplicar nuestros medios de existencia en cantidad superior á nuestras necesidades, y por consiguiente, puede aumentar siempre nuestro bienestar, cualquiera que sea por lo demás, el aumento de poblacion;

Que la miseria en el estado de civilizacion, resulta exclusivamente del antagonismo económico, así como en otros tiempos, en el estado salvaje, resultaba de la pereza;

Que no siendo de temer la existencia del pauperismo en una sociedad regular, la única cuestion que hay que resolver, es esta: ¿Cuál es la ley de equilibrio entre la poblacion y el globo?

Estas conclusiones y el problema que las termina, son el acto de prescripcion de la economía política.

§. III. — Principio de equilibrio de la poblacion.

I.

El problema de la poblacion exigiria él sólo dos volúmenes; me falta espacio para tanto, y no puedo, sin engañar al lector, aplazar por más tiempo la solucion. Que se me dispense, pues, si en vez de un libro, me limito á presentar un programa; y ¡ojalá que este ligero ensayo inspire otro más elocuente! Reformista sincero, no pienso en apropiarme la verdad: busco, no discípulos, sino auxiliares.

Como el problema de la poblacion se estableció por los economistas entre los hombres y las subsistencias, la solucion no podia ser dudosa: era la muerte. MATAR ó IMPEDIR LOS NACIMIENTOS, *per fas et nefas*; hé ahí á dónde debia conducirnos la teoría de Malthus; hé ahí cuál debia ser la práctica de las naciones, el antidoto generalmente adoptado y preconizado contra la miseria. Fiel á su principio de propiedad y de arbitrariedad, la economía política debia acabar como toda legislacion fundada en la propiedad y en la autoridad: despues de haber dado su constitucion, despues de haber desarrollado su código y sus fórmulas, le faltaba encontrar su sancion, y se la pidió á la fuerza. La teoría de Malthus es el código penal de la economía política.

Pero... ¿qué dice la economía social, la verdadera ciencia económica? Que todo organismo debe encontrar su equilibrio en sí mismo, sin necesitar, contra la anarquía de sus elementos, prevencion ni repre-

de haber corregido vuestras estadísticas, arreglemos todavía vuestros argumentos?

Vemos, pues, que el economista que temia hace un momento carecer de pan, tranquilo sobre este punto, empezará á inquietarse por la habitacion. Sí, nos dirá, es preciso poner un término á la poblacion, supuesto que lo tiene el universo. Si la poblacion dobla cada veinticinco años, en ménos de cinco siglos habrá un millon de miles de millones de hombres en el globo, es decir, ménos de los necesarios para que puestos en pié y tocándose los unos á los otros, llenen la tierra. ¿No seria esta una miseria más intolerable tal vez que la de la desnudez y el hambre?

Economista: yo os detengo. La cuestion que acabais de proponer, muy digna, seguramente, de las meditaciones del filósofo, no está entre la poblacion y la produccion, sino entre la poblacion y el globo. Tomo acta de vuestra retirada, y convengamos ántes de pasar adelante:

Que el trabajo, una vez sintetizados y arreglados todos sus órganos, pone en sí mismo la facultad de multiplicar nuestros medios de existencia en cantidad superior á nuestras necesidades, y por consiguiente, puede aumentar siempre nuestro bienestar, cualquiera que sea por lo demás, el aumento de poblacion;

Que la miseria en el estado de civilizacion, resulta exclusivamente del antagonismo económico, así como en otros tiempos, en el estado salvaje, resultaba de la pereza;

Que no siendo de temer la existencia del pauperismo en una sociedad regular, la única cuestion que hay que resolver, es esta: ¿Cuál es la ley de equilibrio entre la poblacion y el globo?

Estas conclusiones y el problema que las termina, son el acto de prescripcion de la economía política.

§. III. — Principio de equilibrio de la poblacion.

I.

El problema de la poblacion exigiria él sólo dos volúmenes; me falta espacio para tanto, y no puedo, sin engañar al lector, aplazar por más tiempo la solucion. Que se me dispense, pues, si en vez de un libro, me limito á presentar un programa; y ¡ojalá que este ligero ensayo inspire otro más elocuente! Reformista sincero, no pienso en apropiarme la verdad: busco, no discípulos, sino auxiliares.

Como el problema de la poblacion se estableció por los economistas entre los hombres y las subsistencias, la solucion no podia ser dudosa: era la muerte. MATAR ó IMPEDIR LOS NACIMIENTOS, *per fas et nefas*; hé ahí á dónde debia conducirnos la teoría de Malthus; hé ahí cuál debia ser la práctica de las naciones, el antidoto generalmente adoptado y preconizado contra la miseria. Fiel á su principio de propiedad y de arbitrariedad, la economía política debia acabar como toda legislacion fundada en la propiedad y en la autoridad: despues de haber dado su constitucion, despues de haber desarrollado su código y sus fórmulas, le faltaba encontrar su sancion, y se la pidió á la fuerza. La teoría de Malthus es el código penal de la economía política.

Pero... ¿qué dice la economía social, la verdadera ciencia económica? Que todo organismo debe encontrar su equilibrio en sí mismo, sin necesitar, contra la anarquía de sus elementos, prevencion ni repre-

sion. Resolved vuestras contradicciones, nos dice, estableced la proporcion de los valores, buscad la ley del cambio, esa ley que es la justicia misma, y descubriréis el bienestar primero, y despues una ley superior, que será la armonía del globo y de la humanidad...

Hagamos saber, ántes de nada, de qué modo la arbitrariedad económica, en el problema de la poblacion, dió por resultado la corrupcion de la moral.

Partiendo de la hipótesis que no existe ley de proporcion entre los valores, ni organizacion del trabajo, ni principio de reparticion; precisada á decir que la justicia es una palabra, la igualdad una quimera, el bienestar para todo el mundo un sueño paradisíaco cuya realidad no existe en la tierra; conducida, en fin, por sus falsos datos á sostener que el progreso de la riqueza es siempre inferior al de la poblacion, la economía política se vió obligada á recomendar la prudencia en el amor, el aplazamiento del matrimonio y todos los medios preventivos subsidiarios, sopena, añadía, de que la naturaleza misma supla, con una represion terrible, la imprevision del hombre. ¿Y cuáles eran, segun la economía política, estos medios de represion con que nos amenazaba la naturaleza?

En la sociedad propietaria, y en Malthus, que es su intérprete, figuran en primer lugar el *hambre*, la *peste* y la *guerra*, ejecutoras de los altos hechos de la propiedad. ¡Cuántas personas, cristianos y ateos, economistas y filántropos, están convencidos de que tales son, en efecto, los emunctorios naturales de la poblacion! Estos hombres aceptan resignados la justicia sumaria del destino, y adoran en silencio la mano que los hiere. Este es el quietismo de la razon, sosteniendo con su inercia los argumentos del egoismo.

Sin embargo, es evidente que un equilibrio creado por causas semejantes, revela una profunda anomalía en la sociedad; y este es, precisamente, el punto que nos interesa. ¿Cómo y por qué la razon se resiste á aceptar el hambre, la guerra y la peste, como causas normales, naturales y providenciales de equilibrio? Dignese el lector reflexionar con nosotros un minuto nada más sobre cosas tan claras al parecer, porque la certidumbre de la teoría que hemos de exponer depende de ellas.

Si, en efecto, la sociedad es un sér organizado en el cual la vida resulta del juego libre y armónico de los órganos, sin el auxilio de ninguna impulsión ni repulsion externa, se deduce que la escasez, las epidemias y la mortandad que de tiempo en tiempo diezma la poblacion, léjos de ser instrumentos de equilibrio, son, por el contrario, los síntomas de una desarmonía interior y de una perturbacion en la economía. El hambre y el atascamiento son para la sociedad, lo que la consuncion y la plétora para el cuerpo humano; y el término *obstáculos* de que se sirvió Malthus para caracterizar estos fenómenos, revela la falsa idea que se habia hecho de lo que es organismo, economía y sistema.

Pues bien: lo que decimos del hambre y de los demás pretendidos medios de represion de la naturaleza, debe aplicarse á todos los análogos, por los cuales el hombre se esfuerza en ayudar á la Providencia en esta obra de destruccion: *la exposicion de los niños*, usada en todos los pueblos de la antigüedad y recomendada por muchos filósofos; el *aborto* y la *contraccion*, consagradas en otro tiempo por la religion y las costumbres, y que reina todavía en Oriente y entre todos los bárbaros. Estas costumbres, como las calamidades que parecen haberles servido de modelos, no son más que testimonios de la anar-

quía económica: el sentido comun y la lógica repugnan ver en ellos instrumentos de la policía eterna, medios de equilibrio, en fin.

Establecidos estos principios, fácil es apreciar el mérito de los diversos sistemas de seguridad imaginados en estos últimos tiempos contra el exceso de poblacion y la falta de víveres, y por ellos determinar, de una manera más precisa todavía, el carácter específico de la ley que buscamos.

Empiezo por Malthus.

Habiendo éste analizado las causas naturales que, en su concepto, previenen ó reprimen el exceso de poblacion, y viendo que de todas estas causas, atroces las unas é inmorales las otras, ninguna podia atribuirse á la Providencia, ni la razon podia aceptarlas tampoco, apeló de esta incapacidad, ó de esta violencia inconcebible de la naturaleza, al libre arbitrio del hombre: pretendió probar que estaba en la dignidad y en el destino de nuestra especie servirse á sí misma de Providencia, y que al hombre pertenecía el cuidado de encerrar dentro de ciertos límites su progenitura. El aplazamiento del matrimonio hasta los treinta ó cuarenta años: hé ahí lo que Malthus, en el candor de su alma, creyó más útil, más filosófico y más moral contra la poblacion y sus desbordamientos. La represion del amor, el hambre del corazon, opuesta al hambre del estómago. Esto es lo que, en su casto lenguaje, calificó de *restriccion moral*, por oposicion á todas las formas de *restriccion física*, homicidas ú obscenas, que rechazaba.

Las ideas de Malthus fueron aceptadas por los más ilustres economistas, J. B. Say, MM. Rossi, Droz, y todos los que, no viendo salida á la dificultad, colocaban el heroismo de la continencia por encima de los trasportes de la voluptuosidad. En el fondo, no puede ménos de convenirse en que la teoría de Mal-

thus tiene algo de grande y elevado que la hace superior á todo lo que despues se propuso, como lo haremos ver más adelante. Por ahora, tenemos que determinar, ante todo, el lado flaco de esta teoría.

En primer lugar, su defecto capital consiste en ser una *restriccion*, pues el nombre solamente hace ver su contradiccion. La naturaleza solicita al hombre para una cosa, y la sociedad le ordena otra: si cedo al amor, me veo amenazado por la miseria; si resisto al amor, no soy ménos miserable: toda la diferencia está en lo físico y lo moral; á donde quiera que vuelva los ojos, no veo más que desolacion y agonía. ¿Es este un equilibrio?

Por otra parte, el remedio que propone Malthus es una verdadera acusacion contra la Providencia, un acto de desconfianza en la naturaleza; y me admirá que los economistas cristianos no se hayan fijado en ello. Aquí no se trata solamente de los placeres ilegítimos que la religion y la sociedad reprueban, sino de las uniones permitidas; ¿qué digo? se trata de una cosa que todos los moralistas consideran como la más segura garantía de las buenas costumbres; se trata del matrimonio de los jóvenes. En adelante, con la teoría de Malthus, el matrimonio sólo existirá para las señoritas anticuadas y para los viejos sátiros. ¿Qué importa, con estas nupcias ácidas, sentir á los veinte años las dulces emociones del amor, si no se puede ceder al impulso de la naturaleza sino cuando ya el fuego se extinguió? ¿Y qué teoría la que, por un resultado tan triste, establece en principio la necesidad de corregir las obras de Dios con la prudencia del hombre!

Por último, el remedio de Malthus es impracticable é impotente. Es impracticable de hecho y de derecho, supuesto que, por un lado, no se pueden transportar los períodos de la vida humana, de modo

que la juventud languidezca y la vejez rejuvenezca; y por el otro, bajo el régimen de la propiedad, la teoría de Malthus conduce directamente á convertir el matrimonio en un privilegio de la fortuna. Es impotente, porque si la miseria tiene por causa inmediata, no el exceso de poblacion como se cree, sino los descuentos del monopolio, la miseria, bajo un régimen como el nuestro, no dejará nunca de producirse, ya la poblacion aumente, ya disminuya. La prueba de esta verdad se encuentra en cada una de las páginas de este libro, y me parece inútil insistir en ella.

Las contradicciones de la teoría de Malthus, confusamente percibidas, pero vivamente sentidas, produjeron un desencadenamiento general. Los motivos de los impugnadores no fueron siempre juiciosos, y ménos todavía puros, como lo haremos ver; pero la economía política no tuvo de qué quejarse, tanto más, cuanto que acabó por aceptar la solidaridad de las torpezas que el *Principio de poblacion* debía abolir, y cuya recrudescencia provocó.

Por una transicion inevitable, que cualquiera otro que no fuese Malthus habria previsto, la restriccion moral no tardó en convertirse, bajo la pluma y en la intencion de los malthusianos más decididos, en una restriccion puramente física, muy poco onerosa para el placer, y que sólo podria disgustar al pudor. «*No está demostrado*, dice con este motivo el último editor de Malthus, *que esta variedad de abstinencia que previene la MISERIA (leed la poblacion), sin desconocer las leyes de la FIOLOGÍA (leed del placer), sea IMMORAL.*» El público, que no sutaliza cuando se trata del amor, entendió en este sentido la teoría de Malthus, por más que el ilustre escritor haya protestado siempre contra esta interpretacion de su doctrina.

Y en efecto, ¿podian decirle qué es la moral, y qué es la inmoralidad? ¿Cómo lo que es moral en la soledad puede ser inmoral en un beso? El hombre es uno, aunque la lengua de los filósofos haya hecho de él una doble abstraccion, el cuerpo y el alma. Que se abstenga, pues, mental ó físicamente de procrear; ¿qué importa si hay abstinencia y se verifica á tiempo? Hágase lo que se quiera, lo moral está siempre en lo físico, y lo físico en lo moral: una sola cosa es esencial en todo esto, y es el no hacer hijos. *¡Turbaris ergo plurima, porro unum est necessarium!*

Restriccion moral, restriccion física: hé ahí, pues, con respecto á las causas del pauperismo y á sus remedios, todo lo que supieron decirnos en el siglo XIX la ciencia de los economistas, la moral de los eclécticos y la filosofía de los pudorosos universitarios, cuyo solo nombre de Loyola hace murmurar á la religion y avergüenza á la virtud! Despues de haber censurado el celibato de los sacerdotes y la virginidad cristiana, acusándoles de ultraje á la naturaleza y á la moral, estos hipócritas, que no se atreven á estimular el matrimonio ni á recomendar la continencia, predicán á los amantes y á los esposos la restriccion... moral! ¡Y aún declaman contra los jesuitas! Ocultaos, Sanchez, Lemos, Escobar, Busenbaum, y tú, bienaventurado Ligurio, que no conociste el vicio sino para reprimirlo y castigarlo: la economía política os oscureció á todos. En otro tiempo, nuestros padres cristianos depositaban en sus dormitorios ramos benditos, invocaban ante las santas imágenes la misericordia del Ser Supremo contra el incendio, el granizo, la escasez y la mortalidad; yo he recitado en mi infancia estas oraciones de familia; yo he visto en todas partes, entre los paisanos, la imagen del Cristo colgada sobre el lecho de los esposos, y este era el recurso de un pueblo ig-

norante y fanático contra las calamidades del cielo y de la tierra. El tiempo corrió; la razón se emancipó; descubrimos que la causa de la miseria era la excesiva producción de hombres, y en vez de estos juguetes de la superstición que rodeaban á la joven esposa, y que debían herir sus ojos y llenar su corazón durante el resto de su vida, en lo sucesivo el municipal le ofrecerá, como símbolo del deber doméstico, el instrumento preservativo que sólo tiene nombre en economía política y en la jerga de las casas de tolerancia!... ¡Infamia!

Raciocinemos, sin embargo; raciocinemos todavía, aunque la impureza nos cubra hasta los cabellos. Buscando el ilustre Lavoissier un remedio para la asfixia que acomete en los fosos de las grandes ciudades, el pobre pocero se impuso los más horrosos disgustos.

Si es cierto que la restricción moral súbitamente convertida en restricción física, y resolviendo á su manera el problema de la población, es de una práctica tan útil á las personas casadas, esta utilidad no será menor para las libres. Luego (este es el lado inmoral de la cosa, no previsto por los economistas), siendo el placer buscado y deseado por sí mismo, sin la consecuencia de la progeneración, el matrimonio se convierte en una institución supérflua; la vida de los jóvenes se pasa en una fornicación estéril; la familia se extingue, y con la familia la propiedad; el movimiento económico permanece sin solución, y la sociedad vuelve al estado bárbaro. Malthus y los economistas morales hacían el matrimonio inaccesible; los economistas físicos lo hacen inútil; los unos y los otros añaden á la falta de pan la falta de afecciones, provocan la disolución social; y hé ahí á lo que se llama prevenir el pauperismo; hé ahí lo que se entiende por represión de la miseria. ¡Pro-

fundos moralistas! ¡Profundos políticos! ¡Profundos filántropos!

Ante esta revelación inesperada, ante este singular comentario de la teoría de Malthus, la opinión se sublevó con más energía que ántes. Los moralistas se expresaron con repugnancia sobre la red que se había tendido á su buena fé, los socialistas vieron que el medio propuesto contra el principio de Malthus era ilusorio, y... todo ó nada, exclamaron. La restricción física no es más que una miserable decepción, un compromiso sin seguridad, una contravención á la *fisiología*, un ultraje al amor. Y en oposición al justo-medio económico, el socialismo empezó á producir sus utopías.

1.º *Sistema de Fourier*. Esterilidad artificial ó por gordura.

Este sistema, que la ciencia no se dignó honrar con una de sus miradas, presenta una petición de principio tan chocante, que podría hacernos creer que era una burla del autor, si no supiésemos cuán formalmente tomaba sus arranques. ¿De qué se trata? De aumentar las subsistencias, cuya insuficiencia relativa, según Fourier, discípulo en esto de Malthus, engendra la miseria. Doblado y cuadruplicado el consumo, responde Fourier: ese es el medio infalible de evitar el exceso de fecundidad y de no morir de hambre. Vosotros no podéis vivir con dos comidas; nos dice este grande hombre; pues haced siete, y estareis satisfechos.

Como se vé, esto es, precisamente, lo que pide el economista; pero el medio de doblar y cuadruplicar el consumo, el medio de dar lujo cuando se carece de lo necesario, ¿en dónde está? Aquí Fourier presenta la serie de grupos contrastados que, según su cálculo, debe cuadruplicar el producto inmediatamente; pero nadie ignora hoy que Fourier no supo

nunca una palabra de las cosas sobre que escribió; no tiene noción alguna del valor; no posee una teoría de la repartición ni una ley del cambio; no resolvió ninguna de las contradicciones de la economía política; ni siquiera vislumbró el sentido de estas contradicciones; no vió que las causas de la miseria venían todas de la preponderancia del capital y de la subordinación del trabajo: léjos de eso, consagra en su fórmula, *Capital, trabajo, talento*, esta preponderancia y esta subordinación; él y su escuela obraron siempre con arreglo á este dato contradictorio, cuando en vez de buscar la emancipación del trabajador en la síntesis de las antinomias, en un principio superior al capital y á la propiedad, no cesaron de implorar la subvención del capital y el favor del poder. Fourier, como Malthus, desconoció la naturaleza del problema que tenía que resolver, supuesto que, en vez de establecerlo entre la humanidad y el globo, lo puso entre la población y las subsistencias. En cuanto al *producto cuádruple*, he demostrado anteriormente por la teoría del progreso de la riqueza, que éste es uno de esos mil contrasentidos que pululan en los escritos de la escuela falansteriana, una hojarasca cuya refutación avergonzaria á la crítica. Pero hay una censura más grave que dirigir á la solución fourierista del problema de la población, y es su espíritu de inmoralidad, su tendencia desorganizadora y antisocial. Yo no examino si el método de *engordamiento*, que no es, en mi concepto, más que la generalización de un caso patológico, tendría la eficacia que se la supone: la fisiología no es de mi resorte, y admito la hipótesis.

Investigando en el capítulo XI cuál era la misión y el destino de la propiedad, hemos descubierto que su rasgo distintivo y característico era la organización de la familia. El fourierismo se presenta como

defensor de la propiedad: pues bien; no sólo el fourierismo desconoce por completo las causas y el objeto de la propiedad, sino que los niega y quiere abolirlos. El fourierismo es la negación del hogar doméstico, elemento orgánico de la propiedad; es la negación de la familia, alma de la propiedad; y es la negación del matrimonio, imagen de la propiedad transfigurada. ¿Y por qué el fourierismo quiere abolir todas estas cosas? Porque no admite el lado negativo de la propiedad; porque en vez de la posesión normal y santa, manifestada por el matrimonio y la familia, busca con todas sus fuerzas la PROSTITUCION INTEGRAL. Este es todo el secreto de la solución que el fourierismo dá al problema de la población. Está probado, dice Fourier, que las mujeres públicas no son madres una vez por millon; al contrario, la vida de familia, los cuidados domésticos, la castidad conyugal, favorecen muchísimo la progenitura. Luego el equilibrio de la población se restablecerá si, en vez de reunirnos por pares y favorecer la fecundidad por medio de la exclusión, nos prostituimos. Amor libre y amor estéril es una misma cosa. ¿A qué viene, pues, el hogar doméstico, la monogamia y la familia? ¡Convertir el trabajo en una intriga y el amor en una gimnástica! ¡Qué sueño el del falansterio!

El socialismo, como la economía política, encontró en el problema de la población la muerte y la ignominia á la vez. El trabajo y el pudor son palabras que queman los labios de los hipócritas de la utopía, y que sólo sirven para ocultar á los ojos de los simples la abyección de las doctrinas. Yo no sé hasta qué punto los apóstoles de estas sectas tendrán conciencia de sus torpezas; pero no consentiré jamás en descargar á un hombre de la responsabilidad de sus palabras, como no consentiría en salvarle de la de sus actos.

2.º *Sistema del doctor G...* Extraccion del feto ó eradicacion de los gérmenes.

Este procedimiento consiste en arrancar de la matriz, por medio de un aparato *ad hoc*, los gérmenes y embriones que se hayan implantado contra la voluntad de los esposos. En una memoria detallada, cuyo manuscrito he leído, el doctor G... prueba con razonamientos deducidos de la filosofía y de la economía política, que *el hombre tiene el derecho y el deber de limitar su progenitura*, y que si alguna duda puede ocurrir en esto, será respecto al modo, pero no sobre el principio.

Si, fundándome en la falta de recursos, dice el doctor G..., tengo el derecho de perseverar en mi condicion de célibe, como pretende Malthus, por la misma razon le tengo tambien, si soy casado, para volver al celibato absteniéndome de todo contacto con mi mujer, como lo aprueba la Iglesia y todos los economistas, incluso Malthus.

Si esta abstinencia sólo tiene mérito en sí porque previene la generacion y la miseria, sin que yo deje de pagar el débito á mi esposa, puede bastar una retirada que prevenga la concepcion, como lo reconocen los partidarios de la restriccion física, y como lo demuestra la lógica.

Pero... ¿qué es la concepcion en sí misma? El paso de un animalillo espermático del órgano macho, en donde se forma, al órgano hembra en donde se desarrolla. Que yo detenga el desarrollo de este animalillo *después ó antes* de su introduccion en la matriz, siempre es el mismo crimen, si el celibato es un crimen; la misma accion indiferente, si el celibato es inocente. Tengo, pues, el derecho y el deber de reprimir y de prevenir la concepcion, si la concepcion me perjudica.

Si esto es así, el poder que tengo sobre mi proge-

nitura en el acto de la concepcion, lo conservo en el instante que sigue, al día siguiente y un mes después, porque pudo suceder muy bien que yo no tuviese conocimiento del hecho en el momento en que el fenómeno se realizaba, á pesar de querer evitarlo: luego el retraso en la represion no puede prescribir contra mí derecho en favor de un embrion.

Dejo al lector el cuidado de continuar este razonamiento.

El sistema del doctor G..., hombre honrado y tan buen lógico como hombre de mundo, lo están siguiendo clandestinamente en París muchos cirujanos, que lo convirtieron en una especialidad y que hacen rápidas fortunas. El puñal de estos asesinos busca el feto en el fondo de la matriz; muerto el embrion ó separado de su pedúnculo, la naturaleza arroja por sí misma el fruto muerto, y esto se llama en lenguaje económico *prevenir el exceso de poblacion*, y en estilo periodístico *ocultar una falta*. En provincias existen médicos y comadronas que comercian con los abortivos, siguiendo así el principio de elevada economía que nos dice: es un crimen dar la vida á seres desgraciados, y una obligacion de conciencia limitar el número de nuestros hijos. Y la policía, más malthusiana que Malthus; la policía, que sabe descubrir una reunion de veinte obreros que tratan una cuestion de salarios, cierra los ojos ante estos infanticidios, en los cuales el jurado, no ménos ilustrado que la policía sobre el principio de poblacion, descubre una multitud de circunstancias atenuantes.

El sistema del doctor G... es el complemento obligado de la restriccion moral y física de los economistas, como de la esterilidad erótico-báquica del falansterio. Todas estas doctrinas, último esfuerzo de un sensualismo desesperado, son conexas y so-

lidarias; parten del mismo prejuicio, el crecimiento de poblacion más rápido en una sociedad regular que el de las subsistencias. En cuanto á los resultados, son invariablemente los mismos: aumento de miseria, de vicio y de crimen; disolucion del lazo familiar, retrogradacion del movimiento económico, proscripcion obligada de los pobres, de los huérfanos, de los ancianos y de todas las bocas inútiles; justificacion del asesinato, y anatema contra la fraternidad y la justicia.

3.º *Sistema de las interrupciones.* Entiendo por esto una precaucion muy simple, aunque sobre su eficacia se presentan muchas dudas. Consiste ésta en abstenerse del comercio amoroso durante los ocho ó quince dias que preceden y siguen al flujo menstrual, porque se dice que la mujer es naturalmente estéril fuera del tiempo de las reglas.

Este género de abstinencia entra de lleno en el gusto del *physical restraint*; pero ignoro hasta qué punto la fisiología y la experiencia confirman la utilidad de este método, del cual sólo debo ocuparme desde el punto de vista económico.

Digo, pues, que los efectos de semejante práctica serian, respecto á la sociedad, tan funestos, y respecto á la miseria, tan ineficaces como los de los anteriores. Con este medio fácil de gozar sin pagar y de pecar sin ser sorprendido, el pudor no es más que una necia é incómoda preocupacion, y el matrimonio un convenio perjudicial é inútil. El respeto á las familias no existiria; chicos y chicas, iniciados desde la infancia en el dulce misterio, perderian bien pronto la fuerza de alma y la dignidad del carácter; costumbres desconocidas y peores que las de los aitaitianos, se establecerian en la sociedad civilizada; el trabajo desapareceria ante la especulacion, y la miseria, contra la cual todos creerian

encontrar un refugio en el celibato libidinoso, la miseria, sostenida por el monopolio, la usura, la division parcelaria, la desigualdad de las funciones y de las aptitudes, vengaria de nuevo á la naturaleza por la despoblacion del suelo, la esterilidad de los capitales y la degradacion de las razas. La verdad social no puede encontrarse ahí: ¿tendremos necesidad de profundizar más?

4.º *Sistema de la lactancia trienal* (1).

El autor de este sistema empieza por rechazar las teorías absurdas, inmorales y bárbaras de poligamia, poliandria, amor unisexual, abortos, etc. etc., que hemos enumerado en parte. Condena con la ley romana, *Accipere aut tueri conceptum est maximum ac præcipuum munus feminarum*, todo obstáculo á la concepcion, y rinde homenaje al precepto del Génesis: *creced y multiplicaos; llenad la tierra.* Despues, estableciendo en principio que el aumento posible de la poblacion no es el natural; considerando, además, que Dios destinó un solo hombre para una sola mujer, y *vice versa*, una sola mujer para un solo hombre, lo cual, á sus ojos, constituye ya una primera y grande restriccion, se entretiene en demostrar con una multitud de autoridades y de hechos: 1.º Que la vida humana se divide en cierto número de períodos determinados, como son el de gestacion, el de la lactancia, el de crecimiento, el de fecundidad y el de la vejez; 2.º que entre estos períodos, el de la lactancia comprende tres años, durante los cuales existe en la mujer que cria esterilidad natural por el antagonismo de los pechos y del útero. Por último, termina afirmando que, si

(1) *Solucion al problema de la poblacion y de las subsistencias*, por C. LOUDON. Paris, 1842.

toda mujer, casada á los veinte años cumplidos, lactase á sus hijos durante tres años, la poblacion, en vez de aumentar, tenderia más bien á disminuir y á extinguirse.

Esta obra, de una inmensa erudicion, y que fué citada con justos elogios en la *Revista social* de P. Leroux, respira una moral pura, una filosofia elevada y un amor profundo hácia el pueblo; pero lo que constituye su mérito, en nuestro concepto, es la idea que tuvo el autor de buscar los límites de la procreacion en la procreacion misma, realizada con arreglo á sus leyes y en sus períodos naturales.

Nada es más fácil, en efecto, que acelerar la reproduccion de los hombres, sea anticipando la edad moral del matrimonio, sea abreviando las fatigas de la lactancia; y nada es más fácil tambien que restringirla, sea por medio del asesinato, el infanticidio ó el aborto, sea por la castracion y la corrupcion. Pero aquí no se trata de sobreexcitar ni de restringir la fecundidad: nosotros deseamos saber si la naturaleza, no estando contrariada por nuestros errores, atiende al bienestar de nuestra especie, y si está de acuerdo consigo misma. Ahora bien, dice el doctor Loudon, si se prueba por un lado que el período natural de la lactancia es de tres años, y por el otro que hay antipatía entre las funciones de los pechos y las del útero, de tal modo que la misma mujer no pueda, segun las previsiones de la naturaleza, dar el ser á más de tres ó cuatro niños durante su vida, se seguirá de aquí que la poblacion, deducidos los que mueren sin casarse y durante el período de fecundidad, quedaria estacionada, y hasta podria retrogradar si se quiere. Tal es la opinion del doctor Loudon.

Aquí, pues, no hay prevencion, ni represion, ni obstáculo. El equilibrio resultá de la naturaleza de

las cosas, sin inconveniente alguno para las costumbres y para la economía de la sociedad.

Desgraciadamente esta teoría, tan racional en su principio, tiene el defecto irreparable de ser exclusivamente fisiológica y estar completamente fuera de la economía social. De ahí, sin tener en cuenta las observaciones que podrian hacerle al doctor Loudon sus colegas en medicina, y que no son de nuestra competencia; de ahí, repito, los vicios que hacemos resaltar en su sistema.

En primer lugar presenta un carácter pronunciado de inmovilismo y de arbitrariedad, supuesto que si la ley de la lactancia se hubiese observado siempre, no se comprende de qué modo, segun las conclusiones del autor, habria podido desarrollarse la humanidad. Pero si no era posible que hubiese progreso para la poblacion, tampoco podria haberlo para la produccion; y hé ahí la industria, la ciencia, el arte, las costumbres y la humanidad estacionadas. La humanidad detenida en su carrera, ya no es el sér progresivo y providencial, es una bestia. Estableced la práctica del doctor Loudon en cualquiera época de la humanidad que queráis; en virtud de la lactancia trienal, la civilizacion se detiene al instante y los hombres se convierten en mojonés. ¿Se dirá que es fácil remediar esto casándose ántes y reduciendo la lactancia á diez y ocho meses? Respondo que esto es burlarse. El progreso social no puede entregarse de ese modo á la arbitrariedad del hombre: nuestra libertad debe encerrarse en los límites de la fatalidad que nuestra naturaleza debe desarrollar, no sobrepajar ni rehacer. Por lo demás, si los tres años de lactancia son indispensables al niño, no podeis reducirlos sin perjudicarle; si por el contrario, los tres años no son indispensables, ¿á qué se reduce la teoría?

Así, pues, ya no vemos aquella ley natural que, al primer golpe de vista nos hizo esperar el sistema del doctor Loudon, ley que debe obrar sola y sin el auxilio del hombre en todos los momentos de la vida social é individual, sin interrupciones ni sacudidas. En este sistema, como en todos los demás, la naturaleza no previó nada; y si el hombre no interviene de repente en el progreso de sus generaciones, sea por medio de la abstinencia, eradicación ó prostitución, sea, en fin, por una prolongación de servicio del órgano mamilar á expensas del genital, la población se desborda, los viveres faltan, la sociedad se turba y muere. ¿No es siempre el mismo sofisma?

Y despues de todo, ¿cómo imponer á las mujeres, cuya misión social se ensancha cada vez más, este trabajo de lactancia interminable que para una madre de cuatro hijos, será una esclavitud de diez y seis años, y esclavitud inútil en su mayor parte para el vigor de los niños? Si se le dió al hombre la inteligencia para que se emancipase de la opresión de la animalidad, ¿no es esta la ocasión de interpretar las leyes de su organismo modificando su aplicación con arreglo á las leyes superiores de la sociedad? Yo concibo, en una horda pobre y desnuda, la prolongación del período de la lactancia, porque no pudiendo el niño tomar alimentos demasiado rudos, no tienen más recurso que el pecho de su madre; pero con el bienestar que nos dá el trabajo, con el dominio que el hombre ejerce sobre los animales, cuyas hembras le sirven de amas de cria, la condición de la mujer cambia, y el hecho de someterla de nuevo á leyes que fueron abrogadas por sesenta siglos de civilización, es hacerla retroceder hasta el bruto. La lactancia trienal es una miseria que viene á sustituir otra; y en este concepto, la teoría del doctor Loudon tiene también su parte de inmoralidad.

Observemos también que esta teoría, hija como todas las demás, de la falsa hipótesis de Malthus, tampoco resuelve la dificultad que se propone vencer. Supongamos por un momento que la costumbre de la lactancia trienal se halla establecida en todas partes: la población permanece estacionada: perfectamente; pero la miseria sigue siempre su camino, supuesto que tiene por principio, no la población, sino el monopolio, y que se anticipa incesantemente á la producción y al trabajo. Así, pues, la miseria continuaría despoblando el mundo, y bien pronto nos veríamos precisados á favorecer la población por medio de la precocidad de los matrimonios y la reducción del período de lactancia, único modo de reparar las pérdidas de la clase trabajadora.

Por último, es evidente que el sistema de lactancia trienal todavía deja más indeciso el problema de la población en sus relaciones con el globo, supuesto que hay que elegir de dos cosas una: ó bien, á pesar de los tres años de lactancia, las mujeres tendrán siempre bastantes hijos para que la población aumente, en cuyo caso no se sabe cuál será el límite de este progreso, ó bien la población permanecerá estacionaria y hasta retrogradará, en cuyo caso todo en la humanidad se hará estacionario y retrógrado, y entonces, gracias á este estacionamiento y á esta retrogradación, las relaciones de la humanidad con el planeta que habita serán nulas, y el hombre permanecerá extraño á la tierra, lo cual es absurdo.

En resumen; las soluciones propuestas, tanto por los socialistas como por los economistas, parten de una falsa hipótesis, no se apoyan en nada que sea íntimo á la naturaleza y esencial al orden económico, y son falsas, contradictorias, impracticables,

impotentes é inmorales. Que el hombre descubra en su esfera su actividad amorosa, como cree haberlo descubierto en su esfera de actividad industrial, el secreto de gozar sin producir, y veremos en el amor, en el matrimonio y en la familia, lo que hemos observado en el trabajo, en la competencia, en el crédito y en la propiedad: veremos el amor convertido en una excitacion espasmódica y nerviosa; la promiscuidad suceder á la fidelidad conyugal, como el ágio sucede al cambio; la sociedad se corromperá por las mujeres, como se corrompió por el monopolio; el cuerpo político caerá por fin convertido en podredumbre, y la humanidad dejará de existir.

II.

El problema subsiste, pues, como el principio; á nosotros nos toca ahora entrar en una nueva investigacion.

Está probado que la humanidad tiende á desarrollarse siguiendo una progresion geométrica 1. 2. 4. 8. 16. 32. 64... indefinida.

Está probado tambien que el desarrollo de esta misma humanidad, en capital y en riqueza, sigue una progresion más rápida todavía, y que cada uno de sus términos puede considerarse como el cuadrado del número correspondiente de la primera, 1. 4. 16. 64. 256. 1024. 4096... á lo infinito.

Estas dos progresiones, paralelas y solidarias, encadenadas la una á la otra por un lazo indisoluble, sirviéndose reciprocamente de causa y de efecto, y que expresan más bien una tendencia que una verdad rigurosa, están sujetas, en cada uno de sus términos, al mismo período de tiempo.

Consignado este primer punto, falta saber cómo

esta tendencia de la humanidad á multiplicarse, lo mismo en poblacion que en productos, se limita por sí misma, supuesto que es geoméricamente imposible que el crecimiento se sostenga con la misma intensidad durante la existencia del mundo, cuando podrian bastar dos ó tres siglos para cubrir la superficie del globo de hombres y de productos. Además, si Dios nos mandó crecer y multiplicarnos y LLENAR LA TIERRA, no nos dijo que traspasásemos los límites, como el mismo precepto nos lo indica.

¿Cuál es, pues, el límite natural del progreso humano en poblacion y en riqueza?

Observamos, ante todo, que el período en el cual se realiza la duplicacion del número de almas y la cuadruplicacion correspondiente de la riqueza, es esencialmente variable, y que bajo la accion de diversas causas, cuya legitimidad ó anomalía no debemos examinar aún, fué de 14, 18, 20, 25, 50, 500 1000 años y más. Luego vemos ya que esta movilidad del período multiplicador, contiene la solucion del problema, supuesto que, si este período es susceptible de prolongarse indefinidamente, debe llegar un momento en que la poblacion y la produccion, aumentando siempre, permanezcan estacionados. Lo que importa es que la causa que determina la prolongacion del período, y como consecuencia, el inmovilismo numérico de la humanidad, sea íntimo á la organizacion social, esté exenta de toda violencia, represion y arbitrariedad, y que resulte del libre y completo ejercicio de nuestras facultades. Lo que importa es que el equilibrio que debe resultar de ahí, se haga sentir, no sólo en la humanidad entera, sino en cada una de sus fracciones, nacion, ciudad, familia, individuo; no sólo en una época más ó ménos remota, del porvenir; sino en todas las

épocas de la historia, en cada siglo, en cada día y en cada minuto de la vida social é individual.

Ahora bien: esta causa, desconocida todavía, y que según todas las apariencias debe ser lo que hay de más importante para la humanidad y de más íntimo á la sociedad y al hombre, la habríamos descubierto infaliblemente, si se demostrase que la suma de trabajo, en vez de disminuir, aumenta siempre, no sólo en razón del número de los trabajadores, sino también en razón del progreso realizado en la industria, en la ciencia y en el arte, de modo que el aumento del bienestar fuese verdaderamente para el hombre, la expresión del aumento de su tarea. De este progreso en el trabajo, resultaría que el período de multiplicación de los productos se prolongaría constantemente y llegaría un momento en que la humanidad, trabajando siempre, ni acumularía ni capitalizaría nada... La producción humana habría llegado entonces á su grado máximo, y sólo faltaría ver de qué modo la población, siguiendo el mismo paso, se detendría en este máximo, supuesto que ambos términos, población y producción, son necesariamente conexos y solidarios.

Ocupémonos primeramente del trabajo.

Este es el primer atributo, el carácter esencial del hombre. El hombre es trabajador, es decir, creador y poeta; emite ideas y signos, á la vez que rehace la naturaleza, produce y vive de su propia sustancia, como lo indica la frase popular, *vivir de su trabajo*.

El hombre, pues, es el único animal que trabaja, dá la existencia á cosas que la naturaleza no produce, que Dios es incapaz de crear porque las facultades le faltan, así como el hombre, por la especialidad de las suyas, no puede hacer nada de lo que el poder divino realiza. El hombre, rival de Dios,

trabaja como Dios, aunque de distinta manera; habla, canta, escribe, narra, calcula, concibe planes y los ejecuta, pinta y talla imágenes, celebra los actos memorables de su existencia, instituye aniversarios, se irrita con la guerra, provoca su pensamiento por la religión, la filosofía y el arte. Para subsistir, pone en movimiento toda la naturaleza, se la apropia y se la asimila; en todo lo que hace pone por su parte la conciencia y el gusto; pero lo más sorprendente es que, por la división del trabajo y por el cambio, la humanidad entera obra como un solo hombre, y sin embargo, en esta comunidad de acción, cada individuo se siente libre é independiente. En fin, por la reciprocidad de las obligaciones, el hombre convierte su instinto de sociabilidad en justicia, y como garantía de su palabra, se impone penas. Todas estas cosas que distinguen exclusivamente al hombre, son las formas, los atributos y las leyes del trabajo, y pueden considerarse como una emisión de nuestra vida, como una emanación del alma.

Los animales se agitan bajo el imperio de una razón que excede á su conciencia; sólo el hombre trabaja, porque sólo él concibe su trabajo, y con el auxilio de su conciencia, forma su razón. Los animales que calificamos de trabajadores por metáfora, son puras máquinas movidas por la mano de uno de los dos creadores antagonistas, Dios ó el hombre. Los animales no conciben nada, y por lo tanto, no producen: los actos exteriores que algunas veces parecen acercarlos á nosotros, el talento innato que algunos tienen para albergarse, hacer provisiones y vestirse, no se distinguen en ellos, en cuanto á la moralidad, de los movimientos de la vida orgánica, y son completos, sin perfeccionamiento posible desde el primer instante. Bajo el punto de vista de la

conciencia, ¿qué diferencia descubrimos entre la digestión del gusano de seda y la construcción de su capullo? La golondrina que incuba, ¿en qué es inferior á la que construye su nido?

¿Qué es, pues, el trabajo? Nadie lo ha definido todavía. El trabajo es la emisión del espíritu: trabajar es gastar su vida; trabajar, en fin, es sacrificarse, es morir. Que los utopistas no nos hablen más de abnegación; esta es el trabajo que se expresa y se mide por sus obras.

El hombre muere de trabajo y de abnegación, ya agote su alma, como el soldado de Maraton, en un esfuerzo de entusiasmo, ya consuma su vida por un trabajo de cincuenta ó sesenta años, como el obrero de nuestras fábricas, como el paisano de nuestros campos. Muere porque trabaja; ó mejor dicho, es mortal porque nació trabajador: el destino terrestre del hombre es incompatible con la inmortalidad.

Los animales sólo tienen un modo de consumir su vida, que les es comun con el hombre, y consiste en la generación. En algunas especies, la vida dura hasta el instante de la reproducción; realizado este acto supremo, el individuo muere; agotó su vida, y no tiene razón de ser. En las especies que llamamos trabajadoras, como las abejas y las hormigas, el sexo está reservado á los individuos que no trabajan; los obreros no tienen sexo. Entre los animales que el hombre sometió, los que trabajan con él pierden bien pronto su vigor, se quedan flacos y pesados, y el trabajo se convierte para ellos en una vejez prematura.

Por último, el trabajo no es una condición de los animales; por eso si se suprime al hombre, hay solución de continuidad en la naturaleza, mutilación, desmayo, y por consiguiente, tendencia á la muerte.

En la naturaleza, el equilibrio se establece por

medio de la destrucción. Los herbívoros, los roedores, etc., viven á expensas del reino vegetal que consumirían bien pronto, si no sirviesen de pasto á los carnívoros que, después de haberlo devorado todo, acabarían por devorarse los unos á los otros. La exterminación aparece, pues, como ley de circulación y de vida en la naturaleza. El hombre, como animal, está sometido á la misma fatalidad; disputa su subsistencia á las ballenas y á los tiburones, á los lobos, tigres, leones, ratones, águilas é insectos que persigue y mata. En último resultado, se hace la guerra á sí mismo y se come.

Pero no es así como debe cerrarse el círculo de la vida universal; y todo lo que la química moderna nos dice con respecto á esto, es un ultraje á la dignidad humana. No es bajo la forma de sangre y de carne como el hombre debe alimentarse de su propia sustancia; es bajo la forma de pan; es, en fin, del producto de su trabajo. *Hoc est corpus meum*. Deteniendo las anticipaciones de la miseria, el trabajo hace desaparecer la antropofagia; al mito feroz y divino sucede la verdad humana y providencial; el trabajo forma la alianza entre el hombre y la naturaleza, y su perpetuidad queda asegurada por el sacrificio voluntario de aquel *Sanguis fœderis quod pepigit Dominus*. Así, la tradición religiosa espira en la verdad económica; lo que anunciaba el sacrificio eucarístico de Jesucristo y de Melchisedech, lo que expresaba ántes el sacrificio sangriento de Aaron y Noé, lo que indicaba más antiguamente todavía el sacrificio humano de la Táurida, lo anuncia de nuevo y lo declara la institución moderna del trabajo: el universo se funda en el principio de la manducación del hombre por el hombre; ó en otros términos, la humanidad vive de sí misma.

Pero si la humanidad viviendo de su trabajo, vive,

por decirlo así, de su propia vida, la subsistencia de la humanidad, y por consiguiente su fuerza vital, es necesariamente proporcionada á su emision industrial: ¿cuál es, pues, la potencia de esta emision?

Llegamos ya al hecho más considerable de la economía política; al que más digno nos parece de excitar las meditaciones del filósofo: me refiero al aumento, ó por mejor decir, á la agravacion del trabajo.

En el estado de indivision, cuando el comercio es nulo y cada cual produce todo para sí, el trabajo se encuentra en su mínimo de fecundidad.

La riqueza aumenta como el número de sus individuos. Entónces la tierra no puede sostener más que un pequeño número de habitantes, y parece como que se estrecha ante el bárbaro; la poblacion tiende incesantemente á sobrepajar la produccion siguiendo la relacion indicada por Malthus, y bien pronto, luchando por todas partes con sus propios límites, se consume y muere.

En la division del trabajo, las máquinas, el comercio, el crédito y todo el aparato económico, la tierra ofrece al hombre recursos infinitos: entónces se extiende ante el que la explota; el bienestar toma la delantera á la poblacion, y *la riqueza crece como el cuadrado del número de los trabajadores.*

Pero al lado de este doble movimiento de la poblacion y de la produccion, se manifiesta otro desconocido hasta hoy de los economistas, y que el socialismo no tuvo cuidado de examinar: me refiero á la agravacion del trabajo.

En una sociedad organizada, la suma de trabajo, aunque parece disminuir por la division, las máquinas, etc., aumenta continuamente para el trabajador colectivo y para cada uno de los individuos, y

esto por el hecho mismo y en razon del progreso económico. De modo que, cuanto más se perfecciona la industria por la ciencia, el arte y la organizacion, más aumenta el trabajo para todo el mundo en intensidad y en duracion (calidad y cantidad), y más, por consiguiente, la produccion relativa disminuye. De aquí se deduce esta consecuencia: en la sociedad, *multiplicidad* de productos es sinónimo de *multiplicacion* de trabajo.

Esto es lo que me propongo demostrar ahora.

Volvamos por última vez á la teoria de Ricardo. Supongamos cuatro calidades de tierra, A, B, C y D, que producen, con iguales gastos y una misma superficie, A 120, B 100, C 80 y D 60. Si se comparan entre sí las propiedades de estos cuatro terrenos diferentes, es claro que el primero es rico, el segundo cómodo, el tercero mediano y el cuarto pobre. Pero relativamente al hombre colectivo, ¿qué significa esta desigualdad de fortunas? Por un lado, que la sociedad, á medida que pasó del cultivo de las tierras de primera calidad á las de segunda, tercera y cuarta, se empobreció realmente; por el otro, que para conservar el bienestar que habia encontrado explotando la primera clase de terrenos, tuvo que inventar medios de accion que, para la misma superficie, y cualquiera que fuese la calidad del suelo, permitiesen aumentar el producto. Luego, no sólo la sociedad venció la miseria que producía la calidad desigual de las tierras, sino que aumentó su capital y su bienestar primitivo; y aumentó este bienestar, no sólo para los trabajadores que hicieron los primeros desmontes, sino para todos los que vinieron despues. Fué, pues, necesario que el hombre supliese la inercia del suelo, que hiciese pasar á la materia una cantidad de su sustancia cada vez mayor; fué necesario, en fin, que trabajase cada vez

más. De cualquier modo que se considere la cosa, habiéndose aumentado el bienestar, á pesar de la esterilidad creciente de la tierra y la multiplicacion de los consumidores, la suma de trabajo debió aumentarse forzosamente para la sociedad y para cada uno de los individuos, salvo los privilegios y perturbaciones que hay que deducir.

Lo que nos seduce en este punto, son las oscilaciones del valor producidas por la introduccion de las máquinas; oscilaciones que, proporcionándonos siempre, despues de una perturbacion momentánea, un aumento de bienestar, nos parecen otros tantos pasos dados hácia el reposo, cuando en realidad sólo expresan la acumulacion de nuestra tarea.

Y en efecto: ¿qué es una máquina? Un método de trabajo abreviado. Luego, siempre que se inventa una máquina, puede decirse que habia exceso de necesidades, inminencia de miseria. El trabajo no bastaba ya, y viene la máquina á restablecer el equilibrio, y muchas veces, hasta proporciona algun tiempo de descanso. Bajo este punto de vista, la máquina prueba la agravacion del trabajo.

Pero... ¿qué es una máquina, preguntamos todavía? (llamo sobre esto toda la atencion del lector). Un centro particular de accion que tiene su policía, su presupuesto, su personal, sus gastos, etc., y al cual, directa ó indirectamente, se subordinan todos los demás centros de produccion, frente á frente de los cuales se encuentra á su vez en relacion subalterna. Vemos, pues, que una máquina, al mismo tiempo que es un manantial de beneficios, es un foco de gastos y un principio de servidumbre, supuesto que, cualquiera que sea la máquina que la industria ponga en movimiento, el motor es siempre el hombre: los instrumentos que construye, no tienen más potencia que la que él les comunica, y

se vé precisado á renovarlos continuamente. Cuanto más se rodea de instrumentos, tanto mayor es su vigilancia y su pena: que el conductor, que el fogonero abandone por un instante la locomotora, y el maravilloso carruaje, cuyas ruedas, como dice el profeta, parecen animadas por un espíritu, *spiritus erat in rotis*, se detiene al instante. Que el mecánico deje, por un solo dia, de examinar las piezas, y no durará seis semanas; que el minero deje de proporcionarle el combustible, y no se moverá jamás.

Y en último resultado, ¿á qué tienden estos esfuerzos inusitados? ¿Para qué todo este lujo de ingenio y este trabajo de gigantes? Para obtener de la tierra las riquezas que nos niega, para hacer fecundas ciertas regiones que eran estériles, y dar valor á terrenos de vigésima y trigésima calidad. Un establecimiento industrial es un arrendamiento á medias para explotar un desierto.

Luego, si á cada invencion nueva, si á cada desmonte queremos sostenernos en el grado de bienestar que ántes habíamos adquirido; si hasta deseamos aumentarlo, es absolutamente necesario que cada uno de nosotros cargue con una parte de los gastos que la explotacion de las últimas tierras exige; sin esto, el que era ántes más rico, el propietario del terreno A, por ejemplo, será bien pronto el más pobre. Luego, en fin, cuanto más progresamos en poblacion y en riqueza, tanto más se agrava nuestro trabajo. Yo siento no poder dar una fórmula más elegante á una proposicion tan exacta.

Como prueba del aumento del trabajo, cité en el capítulo IV el ejemplo de los caminos de hierro, en los cuales se vé el trabajo servil multiplicándose de una manera espantosa; y ahora, para terminar, diré algunas palabras sobre lo que sucede en las minas. ¿Qué cosa es más sencilla y ménos dispendiosa, al

parecer, que tomar la hulla en esos vastos depósitos que la naturaleza nos preparó como una transición entre el combustible vegetal y el agente universal de calor y de luz que la ciencia no pudo descubrir aún, y al cual tendremos que recurrir bien pronto si no queremos ver el porvenir cerrado ante nosotros? Pues bien: apenas el trabajo dió los primeros pasos, cuando una industria, una ciencia organizada con proporciones inmensas, apareció de repente. Yo no puedo entrar en los detalles de las operaciones inmensas y complicadas que supone una explotación mineral; pero una simple nomenclatura bastará para el objeto que me propongo.

Se cuenta en el personal de una mina: el director, el ingeniero, los comisionados, el gobernador, los picadores, acarreadores, directores de caballos, cargadores, leñadores, reparadores, cantoneros, terraplenadores, ligadores, palafreneros, mineros, recibidores de carbon y de agua, maquinistas, fogoneros, obreros de yeso, apartadores de piedras, peones de albañil, empleados en el yeso, carreteros, forjadores, cargadores de wagones, albañiles y mozos. Olvido sin duda algunos, pero no hago más que tomar esta lista de los estados de salidas de una mina del Loira.

Añadid ahora las industrias que prestan sus servicios para abrir los pozos, confeccionar los útiles, trasportar los materiales que se emplean en la extracción, y la hulla misma; considerad que para sostener toda esta gente, que llegó á ser necesaria por falta de combustible, para hacer frente á todos estos gastos y conservar el bienestar que ántes se habia obtenido, fué preciso aumentar en la misma proporcion el rendimiento agrícola, industrial y comercial, crear nuevas industrias, provocar por todas partes mayores esfuerzos y nuevos gastos; conside-

rad esto, repito, y decid, si es posible, en qué enorme cantidad debió aumentarse el trabajo primitivo.

Sucede con toda empresa industrial, y con las máquinas que la representan, lo que con la tierra: para hacerla prosperar, se necesitan capitales siempre crecientes; lo cual quiere decir que, so pena de ver la riqueza disminuir y el bienestar desaparecer, es preciso que la tarea del trabajador aumente sin cesar. Imaginarse que con el auxilio de las máquinas podremos hacernos ricos y suprimir ó reducir á la vez nuestro trabajo, es buscar la perpetuidad del movimiento en donde no puede existir, en seres inertes y sujetos á una deterioración incesante; es suponer efectos mayores que sus causas. Así como en la naturaleza nada se crea de nada, así tambien, en el órden económico, el hombre no produce más que lo que saca de su propio seno, y los límites de su vida son á la vez los de su fecundidad (1).

Presentemos esto de una manera más clara. Supongamos que la producción anual de Francia se eleva á diez mil millones de francos. Tomando el franco por unidad métrica de comparación de los valores, la suma de trabajo por persona es de 394. Luego, si la producción dobló en Francia desde hace cincuenta años, mientras la población no se au-

(1) Se acaban de anunciar al mundo científico los experimentos de un agrónomo inglés, de los cuales resulta que se puede doblar la cantidad de los abonos en un terreno sin obtener una cosecha sensiblemente mayor. Era preciso vivir en el siglo XIX para necesitar semejante demostración. No se fabrica un hombre con papilla, sino que es necesario un niño que la consuma y la digiera; y aún así, ha de ser con cierta medida. Por la misma razón, cuando se probase que un hombre dá bastante excremento para reproducir su subsistencia, con esto no habríamos adelantado nada, supuesto que se necesita tierra. Sembrad trigo en el estiércol, y recogeréis ménos que si lo hubiéseis sembrado en un terreno preparado. Para aumentar el producto, es preciso aumentar la superficie cultivable, y por consiguiente, el trabajo. Los abonos, naturales ó artificiales, no faltarán nunca.

mentó en la mitad, se sigue que la Francia, cuatro veces más rica hoy que ántes, trabaja cuatro veces más hoy que hace cincuenta años. Esta cuadruplicacion de trabajo, no debe entenderse de un número cuádruplo de días, no, porque es preciso tener en cuenta los progresos de la industria y de la mecánica: yo digo que el trabajo se cuadruplicó, *tanto en intensidad como en duracion*; que el aumento pesa sobre el alma y sobre el cuerpo á la vez, con lo cual en nada hace variar la suma. Las máquinas no hacen más que abreviar y suplir ciertas operaciones *manuales*, pero no disminuyen el trabajo: lo que ántes exigíamos á los músculos, pasó al cerebro: el trabajo no cambió en nada sino en su modo de accion, supuesto que de la parte física pasó á la intelectual. Si se prueba, pues, que el hombre triunfa incesantemente, por la fuerza que le es propia, de la inercia creciente de la naturaleza y del aumento de sus necesidades, quedará tambien demostrado que la suma de su trabajo aumenta siempre.

Los hechos abundan para probar este aumento continuo del trabajo, y la indiferencia con que pasamos á su lado sin verlos, me admiró siempre.

En los centros industriales, como Paris, Lion, Lille y Rouen, el término medio del trabajo, respecto á la duracion solamente, es de 13 á 14 horas. Los amos, como los empleados y criados, participan de este trabajo de esclavos; y en el comercio, sobre todo, no es raro que las sesiones lleguen á 18 horas. La infancia y el sexo femenino no están exentos de esta pena. El legislador se ha conmovido en estos últimos años ante las horribles servidumbres corporales con que la industria recarga á los niños y á las mujeres; la prensa no supo ver en los abusos denunciados desde la tribuna, más que la ambicion y la barbarie de los explotadores, pero nadie se pro-

puso estudiar la fatalidad económica; no vieron que en nuestra sociedad, el trabajo como el capital, no se detiene nunca; que así como éste crece por el interés compuesto, aquél se agrava indefinidamente por la division y las máquinas. El trabajo y el capital, como la creacion y el tiempo, son cosas que se persiguen siempre sin poder alcanzarse; pero llega un momento en que, ni el capital puede aumentarse por la usura, porque la produccion es demasiado lenta, y esta es la causa primera de la decadencia progresiva del interés, ni el trabajo puede hacerse más productivo por la division, gracias á la fuerza de inercia siempre creciente de la naturaleza; momento supremo en que la adolescencia abre paso en la humanidad á la virilidad, en que la sociedad jadeante, en vez de esas inmensas oscilaciones que el monopolio y la competencia le hacian describir, sólo siente una vibracion imperceptible, en que la igualdad palpita en la desigualdad misma, y parece decir á la vida: ¡No irás más léjos! *Usque huc venies et non procedes amplius, et hic confringes tumentes fluctus tuos...*

Lo que hace más palpable la agravacion del trabajo; lo que bajo otro punto de vista podemos decir que no hace más que reproducirlo, son las exigencias de la educacion. Así como produccion y consumo son dos términos idénticos y adecuados, así tambien la educacion puede considerarse como el aprendizaje del trabajo y del bienestar. La facultad de gozar, como la de producir, necesita ciencia y ejercicio; puede decirse que, bien considerada, no es más que la facultad de producir, y que se puede apreciar el talento de un hombre y la variedad de sus conocimientos por el número y la naturaleza de sus necesidades. Para elevarse á la altura de la vida en la sociedad moderna, es preciso un inmenso desarrollo

científico, estético é industrial; y tan cierto es esto, que el improductivo necesita para gozar, trabajar casi tanto como el productor para producir. Si no bastan veinte años para la educacion del privilegiado, ¿cuántos necesitará cuando se convierta en trabajador?

De todas las clases productoras, la ménos laboriosa hoy es la de los agricultores, y por eso será también la última que llegue á la igualdad. En todas las demás esferas de la actividad, en el comercio como en la industria, el trabajo ha llegado á un extremo tal, que no puede soportar la menor agravacion; pero en cambio, yo me atrevo á decir que la igualdad es en ellas inminente, supuesto que con pequenísimas diferencias existe ya entre los trabajadores, y que los únicos individuos que constituyen una excepcion, maestros, capitalistas, empresarios, la parte aristocrática, en fin, no excede del 5 por 100; y áun así, el abajamiento de estas cabezas elevadas no es una dificultad para nadie.

Por todas partes se levanta una queja inmensa y lúgubre contra el exceso del trabajo; por todas partes el obrero se declara en huelga pidiendo aumento de salario y reduccion de las horas de trabajo, cosa perdonable al obrero que no sostiene ninguna tésis y se limita á protestar por medio de la fuerza de inercia contra el embrutecimiento y la miseria; pero cosa deplorable en los economistas filántropos que, predicando la necesidad del trabajo, sostienen con sus estúpidas compasiones la aversion á ese mismo trabajo, y parece como que dicen al obrero á quien debieran empujar hácia adelante: ¡BASTA YA!

¿Y cómo evitar la miseria si no podemos producir más? ¿De qué modo continuaremos la obra penosa de la civilizacion sin un aumento de riqueza, es decir, sin un aumento incesante de trabajo físico ó in-

telectual? ¿Cómo destruiremos el pauperismo disminuyendo la produccion y aumentando el precio de las cosas? Cuando el proletario, excitado por jefes cuya ignorancia parece ser un título más á la popularidad, haya creado la carestía y la escasez por medio de las huelgas, ¿quién pagará por él? Si en la situacion extrema en que nos encontramos, todo aumento de salario y toda disminucion en el precio de las cosas se hizo imposible, ¿no es este un signo de que la revolucion está próxima, y que está cortada la retirada?

Yo desearia extenderme algo más sobre este hecho grandioso y verdaderamente profético de la agravacion incesante del trabajo; pero me falta tiempo, y si no me equivoco, el lector espera de mí más bien una solucion que una demostracion en regla. La demostracion, él se encargará de hacerla... Si es, pues, una ley de la economia social que el trabajo, por el hecho mismo de su division y por el auxilio que recibe de las máquinas, en vez de reducirse para el hombre, se agrave siempre; siendo limitada nuestra vida y estando nuestros dias contados, se deduce que siempre se nos pedirá más tiempo por un mismo aumento de trabajo; que el período necesario para cuadruplicar la riqueza y doblar la poblacion se prolonga indefinidamente, y que llegará un momento en que la sociedad, marchando siempre, permanecerá estacionaria.

Pero... ¿cómo la lentitud de la produccion, hija del aumento mismo del trabajo, se vuelve sobre la poblacion? Esto es precisamente lo que nos falta examinar.

Parece probado que la misma fuerza, el mismo principio de vida que preside á la creacion de los valores, preside también á la reproduccion de la especie. El lenguaje primitivo, prueba la intuicion de

la humanidad en este punto: la misma palabra sirve en la *Biblia* para expresar los productos del trabajo y los de la generacion: *Iste sunt generationes cæli et terræ*; hé aquí los hechos del cielo y de la tierra: *Hæ sunt generationes Jacob*; hé aquí los actos de la vida de Jacob, etc. El idioma francés conservó esta metáfora en la doble acepcion del número plural *obras*, que se dice, como el latín *generatio* y el hebreo *ialad*, del trabajo y del amor. La antigua palabra *trabajar* (*besogner*) tomada en sentido obsceno, deriva de la misma idea. El parentesco del trabajo y del amor se presenta más profundo todavía en esta frase popular que se aplica á un sér embrutecido, estúpido, destituido de gusto y de vigor: *Trabaja sin amor*. Y esta metáfora se aplica hasta á los instrumentos mecánicos del trabajo: el pueblo dice una *viva arista*, un *cortante vivo*: dice tambien de una sierra que corta, de una lima que muerde, que tiene amor...

La consecuencia de esta idea de intuicion y de sentimiento completos, es el antagonismo natural del trabajo y del amor. La vida del hombre, segun el juicio oportuno del pueblo, se marcha alternativamente por dos salidas, de las cuales una se cierra cuando la otra se abre: la experiencia confirma esta revelacion del instinto. La facultad industrial sólo se ejerce á expensas de la prolífica; esto puede pasar por un aforismo de fisiología como de moral. El trabajo es una causa activa de debilidad amorosa; es el más poderoso de todos los anti-afrodisíacos; y tanto más poderoso, sobre todo, cuanto que afecta simultáneamente el espíritu y el cuerpo.

No creo que deba extenderme más sobre un hecho tan evidente que no se observó bien porque no se supo descubrir la importancia que tiene en la economía del mundo. Malthus habia observado que los salvajes de

América, teniendo una vida llena de tribulaciones y de agonías, apenas son inclinados al amor; pero añade que esta indiferencia disminuye rápidamente con la abundancia y el reposo. Sin embargo, Malthus, el inventor de la restriccion moral, que consagró cuarenta años de una vida laboriosa á estudiar el problema de la poblacion, no piensa siquiera en generalizar un hecho que le habria conducido á la verdadera solucion. Por lo demás, ¿cómo Malthus habia de saber deducir de este hecho todas las consecuencias que entraña, si no supo reconocer la ley de crecimiento del trabajo, y por encima de esta ley, la del progreso de la riqueza y su íntima solidaridad con el progreso de la poblacion? Así tambien los economistas han llamado la atencion sobre la singular fecundidad de la clase indigente, y un hombre de vastos conocimientos, el señor Augusto Comte, señaló este fenómeno como una de las leyes más notables de la economía política. Nadie tuvo cuidado de notar al mismo tiempo que la indigencia es naturalmente poco trabajadora, y que el pobre, sometido á una faena mecánica y sin hacer ningun esfuerzo intelectual, por mezquina que sea su subsistencia, conserva siempre más fuerza que la necesaria para asegurar su deplorable posteridad.

La castidad es compañera del trabajo, y la molicie es el atributo de la inercia. Los hombres de meditacion, los pensadores enérgicos, todos esos grandes trabajadores, tienen una capacidad muy mediana para el amor. Pascal, Newton, Leibnitz, Kant y tantos otros, olvidaron en sus profundas contemplaciones que eran hombres. La mujer los adivina, y los genios de esta naturaleza le inspiran poca simpatía. *Deja las mujeres*, decia á Juan Jacobo aquella graciosa veneciana, *y estudia las matemáticas*. Así como el atleta se preparaba para los juegos del circo por el

ejercicio y la abstinencia, el hombre de trabajo huye el placer, *abstinuit venere et bacho*. A pesar de la fortaleza de su constitucion, Mirabeau pereció por querer unir las proezas de la alcoba á los triunfos de la tribuna.

Ahora bien: si es una ley necesaria que los hijos sean siempre más aptos que sus padres para el trabajo, es tambien necesario que en los juegos del amor tengan siempre ménos fuerza que ellos: y siendo así, ¿cómo no se ha de resentir la poblacion de esta inevitable decadencia?

Pero se dirá que esto es todavía restriccion, represion y mutilacion: ¡cómo! ¡vos estenuais la naturaleza, y decís que eso es crear el equilibrio en la humanidad! ¡Proscribís en los demás los medios fisiológicos, y volveis á la fisiología!... No, el hombre no sufrirá nunca que se le conduzca con un círculo de hierro como al toro y al varraco, sino que marchará siempre guiado por la razon y la libertad. Estenuado por el trabajo, al perder la facultad de amar no hará más que cambiar de miseria. La Providencia seria siempre culpable ante él, y la naturaleza se presentaria como una verdadera madrastra. Y despues de todo, ¿quién os garantiza la eficacia de la receta? Léjos de ser el lujo en el amor lo que multiplica la poblacion, lo es más bien la abstinencia: algunas horas de descanso devuelven á la naturaleza toda su fuerza; comprimida por mucho tiempo, la pasion estalla con más furia, y el amor tiene bastante con una chispa para crear un hombre. De nada sirvió á los Bernardo, Jerónimo y Orígenes querer dominar la carne por medio del trabajo, el ayuno, las vigiliass y la soledad, porque esta falsa disciplina hizo más impúdicos que el reposo, la buena vida y las conversaciones con las mujeres. San Pablo, ese vaso de elec-

cion, exclamaba en medio de sus fatigas: Yo llevo conmigo un demonio que me molesta...

Ante esta recriminacion apasionada, creo oír la voz de los hebreos diciendo á Moisés en la penuria del desierto: Devuélvenos las carnes y los peces de Egipto, sus cohombros y sus melones. Nuestra alma está seca, y no queremos más maná.

Consoláos, almas sensibles: la Providencia tuvo piedad de vosotros. ¿Quereis carne? Pues carne tendreis hasta que os hastíe.

Indudablemente, el lector nos previno: el trabajo no debe obrar sobre el amor por una influencia fisiológica y fatal, sino por una impresion de virtud y de libertad. Algunos momentos más, y nuestra tésis será completa.

En el trabajo como en el amor, el corazon se interesa con la posesion; los sentidos, por el contrario, con la posesion se cansan. Este antagonismo entre lo físico y lo moral del hombre en el ejercicio de sus facultades industriales y prolíficas, es el balancin de la máquina social. El hombre en su desarrollo, va constantemente de la fatalidad á la libertad, del instinto á la razon, de la materia al espíritu. En virtud de este progreso, se emancipa poco á poco de la esclavitud de los sentidos, como de la opresion de los trabajos penosos y repugnantes. El socialismo, que en vez de elevar al hombre hácia el cielo, lo inclina siempre hácia el barro, no vió en el triunfo del espíritu sobre la carne más que una nueva miseria; y como se habia prometido vencer la repugnancia del trabajo por medio de la distraccion y el revolteo, se propuso combatir la monotonía del matrimonio, no con el culto de las afecciones, sino con la intriga y el cambio. Por grande que sea el disgusto que yo experimente al revolver estas inmundicias, es preciso que el lector se resigne. ¿Tengo yo la culpa de ver-

me precisado á desplegar todo el aparato de la lógica para establecer algunas verdades de sentido comun?

Por lo mismo que el trabajo está dividido, se especializa y se determina en cada uno de los trabajadores; pero esta especialidad ó determinacion, no debe considerarse relativamente al trabajo colectivo, como una expresion fraccionaria, porque esto seria colocarse bajo el punto de vista de la esclavitud, y adoptar el principio por cuyo medio la utopia trabaja con todas sus fuerzas en favor de la restauracion de las castas. Quien dice especialidad, dice punta ó cima, como la etimología lo prueba: *Speculum spica, speculum, species, aspicio*, etc. La misma radical sirve para designar la accion de apuntar y la de mirar. Toda especialidad en el trabajo, es una cima desde cuya altura el trabajador domina y considera el conjunto de la economía social, convirtiéndose en centro y en inspector. Toda especialidad en el trabajo, por la multitud y la variedad de las relaciones, es, pues, infinita. Se sigue de aquí, que todo trabajador debe vencer el disgusto y la repugnancia del trabajo, no por una variedad de ejercicios sin regla y sin perspectiva, sino por un sistema de transiciones centralizadas y coordinadas en la industria, la ciencia y el arte.

De la misma manera, por medio del matrimonio, se determina y se personaliza el amor, y debe triunfar del materialismo y de la monotonía de la pasión, por medio de un sistema de transiciones completamente morales, por la depuracion de los sentimientos, y por el culto del objeto al cual consagra el hombre su existencia entera.

El arte, quiero decir, la realizacion de la belleza y de la verdad en su persona, en su mujer y en sus hijos, en sus ideas, en sus discursos, en sus acciones y en sus productos: tal es la última evolucion

del trabajador, y la faz destinada á cerrar gloriosamente el círculo de la naturaleza. La *Estética*, y por encima de la estética, la *Moral*: hé ahí la llave maestra del edificio económico.

El conjunto de la práctica humana, el progreso de la civilizacion, las tendencias de la sociedad, atestiguan la existencia de esta ley. Todo cuanto hace el hombre, todo lo que ama y lo que aborrece, todo lo que le afecta y le interesa, se convierte para él en materia de arte; lo compone, lo pule y lo armoniza hasta que, por el prestigio del trabajo, hace desaparecer la materia, si así puede decirse.

El hombre no hace nada con arreglo á la naturaleza, y es, si así puedo expresarme, un animal ceremonioso. Nada le agrada si no lo adereza; todo cuanto toca, lo arregla, lo corrige, lo depura y lo crea de nuevo: para el placer de sus ojos, inventa la pintura, la arquitectura, las artes plásticas, el decorado, todo un mundo fuera de la naturaleza, del cual no sabe decir la razon ni la utilidad, sino que es una necesidad de su imaginacion, que le agrada y nada más. Por el placer de sus oidos, castiga su lenguaje, cuenta sus sílabas y mide los tiempos de su voz; despues inventa la melodía y el acorde, forma orquestas, y en los conciertos que les hace dar, cree oír la música de las esferas celestes y el canto de los espíritus invisibles. ¿Qué le importa comer para vivir? Su delicadeza necesita disfraces y fantasía; hasta el alimentarse le parece enojoso, y en vez de ceder al hambre, transige con su estómago. Antes de pastar su alimento, se dejaría morir de hambre. El agua pura de la roca no es nada para él, é inventa el néctar y la ambrosía; las funciones de su vida que no puede dominar, las califica de viles, vergonzosas y deshonestas; aprende á andar y á correr; tiene un método para acostarse, levantarse, sentarse, vestirse,

batirse, gobernarse y hacerse justicia; hasta encontró la perfección de lo horrible, de lo sublime, del ridículo y el ideal de lo feo; por último, se saluda, se dá pruebas de respeto á sí mismo, tiene para su persona un culto minucioso, y se adora como una divinidad.

Todas las acciones, movimientos, discursos, pensamientos, productos y afecciones del hombre llevan este carácter de artista: pero este mismo arte, se revela en la práctica de las cosas y se desarrolla con el trabajo; de modo que, cuanto más la industria del hombre se acerca al ideal, tanto más él mismo se eleva sobre la sensación. Lo que constituye el atractivo y la dignidad del trabajo, es el hecho de crear con el pensamiento, emanciparse de todo mecanismo, y eliminar la materia. Esta tendencia, débil en el niño que permanece sumergido en la vida sensitiva, más marcada en el joven, orgulloso de su fuerza y de su flexibilidad, pero sensible ya al mérito del espíritu, se manifiesta cada vez más en el hombre maduro. ¿Quién no encontró alguna vez á uno de esos obreros á quienes la asiduidad al trabajo hizo artistas, para quienes la perfección de sus obras es una necesidad tan imperiosa como la subsistencia, y que, en una especialidad, al parecer mezquina, descubren repentinamente las más brillantes perspectivas?

Pues bien: así como por su naturaleza de artista, el hombre tiende á idealizar su trabajo, siente también la necesidad de idealizar su amor. Esta facultad de su sér, la penetra de todo lo que su imaginación tiene de más fino, de más poderoso, de más encantador y de más poético. El arte de hacer el amor, conocida de todos los hombres, la más cultivada, la mejor sentida de todas las artes, tan variada en su expresión como rica en sus formas, tomó su mayor

vuelo hácia los tiempos felices del catolicismo; llenó la Edad media, y ocupa la sociedad moderna con el teatro, las novelas y las artes de lujo, que sólo existen para servirle de auxiliares. El amor, en fin, como materia de arte, es el grande, el grave, iba á decir el único asunto de la humanidad. El amor, pues, desde el momento en que se determina y se fija por medio del matrimonio, tiende á emanciparse de la tiranía de los órganos, y esta tendencia imperiosa que el hombre observa desde el primer día en la debilidad de sus sentidos, es la que quiso expresar el proverbio: *El matrimonio es la tumba*, es decir, la EMANCIPACION *del amor*. El pueblo, cuyo lenguaje es siempre concreto, entendió aquí por amor la violencia del prurito, el fuego de la sangre; y este amor, completamente físico, es el que, según el proverbio, se extingue en el matrimonio. El pueblo, en su castidad nativa y en su delicadeza infinita, no quiso revelar el secreto del lecho nupcial, y dejó á la sagacidad de cada cual el cuidado de penetrar el misterio y aprovecharse de la advertencia. Sin embargo, el pueblo sabía que el verdadero amor empieza para el hombre en esta muerte; que es un efecto necesario del matrimonio que la galantería se convierta en culto; que todo marido, cualquiera que sea el aspecto que tome, en el fondo de su alma es idólatra; que si hay conspiración ostensible entre los hombres para sacudir el yugo del sexo femenino, hay convención tácita para adorarle; que sólo la debilidad de la mujer obliga al hombre á tomar el poder de vez en cuando; que salvo estas raras excepciones, la mujer es soberana, y que ahí está, precisamente, el principio de la ternura y de la armonía conyugales.

Es una necesidad irresistible para el hombre, necesidad que nace espontáneamente en él por el progreso de su industria, por el desenvolvimiento de

sus ideas, por el refinamiento de sus sentidos y la delicadeza de sus afecciones, amar á su mujer como ama su trabajo, con un amor puro y espiritual; necesita corregirla, adorarla y embellecerla: cuanto más la ama, tanto más desea verla brillante, virtuosa é instruida, porque aspira á hacer de ella una obra maestra, una verdadera diosa. A su lado olvida sus sentidos, y sólo vive por la imaginacion: tiene miedo de ajar con sus manos este ideal que concibió y que cree tocar, y mira como nada lo que otras veces, en el ardor de sus deseos, le parecia todo. El pueblo tiene un horror instintivo, exquisito, á todo lo que recuerda la carne y la sangre; el uso de los excitantes báquicos y afrodisíacos, tan frecuentes entre los orientales, que toman la picazon del apetito por el amor, subleva á las razas civilizadas, y les parece un ultraje á la belleza, un contrasentido del arte. Semejantes costumbres sólo pueden nacer á la sombra del despotismo, por la distincion de castas y el auxilio de la desigualdad; pero son incompatibles con la justicia.

Lo que constituye el arte, es la pureza de las líneas, la gracia de los movimientos, la armonía de los tonos, el esplendor del colorido y la conveniencia de las formas. Todas estas cualidades del arte son tambien los atributos del amor, que toman los nombres místicos de CASTIDAD, *pudor*, *modestia*, etc. La castidad es el ideal del amor: esta proposicion no necesita demostrarse.

A medida que el trabajo aumenta, el arte surge constantemente del oficio, y el trabajo pierde lo que tenia de repugnante y de penoso: así tambien el amor, á medida que se fortifica, pierde sus formas impúdicas y obscenas. Mientras el salvaje goza como las bestias y se deleita en la ignorancia y el sueño, el civilizado busca cada vez más la accion, la rique-

za y la belleza, y es, á la vez, industrioso, artista y casto. Pereza y lujuria son vicios muy parecidos, si no idénticos.

Pero el arte, que nace del trabajo, descansa necesariamente en una utilidad y corresponde á una necesidad considerada en sí misma; el arte no es más que el modo más ó ménos delicado de satisfacer esta necesidad. Lo que constituye la moralidad del arte, lo que conserva el atractivo del trabajo, lo que despierta la emulacion, excita el ardor y asegura la gloria, es, pues, el valor. Del mismo modo lo que constituye la moralidad del amor y consume la voluptuosidad, son los hijos. La paternidad es el sostén del amor, su sancion y su fin; una vez obtenida, el amor cumplió su mision y se desvanece, ó por mejor decir, se metamorfosea.

Todo trabajador debe hacerse artista en la especialidad que eligió; de la misma manera, todo sér nacido de la mujer, alimentado y educado en sus brazos, hijo, amante, esposo y padre, debe realizar en sí mismo el ideal del amor y expresar sucesivamente todas sus formas.

De la idealizacion del trabajo y de la santidad del amor, resulta lo que el consentimiento universal llama VIRTUD, ó como si dijéramos, la fuerza (valor) propia del hombre, por oposicion á la PASION, fuerza del sér fatal, del sér divino.

El lenguaje consagra esta relacion: VIRTUD; latin, *vir-tus*, de *vir*, el hombre; griego; *arete* ó *andρεία*, de *ares* ó *aner*, el hombre. Las antonimias son; latin, *fortitudo*, de *fero*, llevar; *fortis*, portador; *robur* encina y fuerza: griego, *romé*, fuerza impetuosa, vigor natural. El hebreo dice *geborrah*, de *gebar*, el hombre; *eial*, fuerza vital; *eil*, macho de los animales rumiantes, de donde viene *elohim*, dios.

La virtud del hombre, por oposicion á la fuerza di-

vina, se emancipa de la naturaleza por el ideal: es la libertad, es el amor en todas las esferas de la actividad y del conocimiento. Lo contrario de la virtud es lo feo, lo impuro, lo discorde, lo inconveniente, la cobardía y la violencia.

Por la virtud (esta palabra ya expresa para nosotros una idea), el hombre se desprende de la fatalidad, y llega gradualmente á la plena posesion de sí mismo; y así como en el trabajo, el atractivo sucede naturalmente á la repugnancia, tambien en el amor la castidad reemplaza espontáneamente á la lascivia. Desde este momento, santificado el hombre en todas sus potencias, dominado por el trabajo, ennoblecido por el arte y espiritualizado por el amor, dispone de todo lo que en su sér es producto de la naturaleza, como de todo cuanto viene de la razon y del libre arbitrio. El hombre se hace, cada vez más, superior al dios; la razon reina, áun en medio de la pasion, y tras ella se manifiesta el equilibrio, es decir, la serenidad y la alegría.

El hombre entónces no es ya el esclavo deshonorado que mira á la mujer y llora de rabia; es un ángel en quien la castidad y el desprecio que la materia le inspira, se desarrollan al mismo tiempo que la virilidad. Así como el trabajo servil sólo produce en el hombre una impotencia desolada y maldita, tambien el trabajo libre, hecho agradable por la ciencia, el arte y la justicia, engendra la castidad atractiva, el amor; y bien pronto, con el auxilio de este ideal, el espíritu va siempre ganando terreno sobre la carne, y la perfeccion del amor produce la repugnancia del sexo.

En cuanto á la obra generadora, el amor tiene su límite propio, y la voluptuosidad conyugal su período en la vida humana, como lo tiene la fecundidad y la lactancia. Y en esta nueva evolucion, como

en todas las demás, el hombre, ministro de la naturaleza y cantor de los destinos, no hace la ley, sino que la descubre y la ejecuta.

Conforme, pues, con el consentimiento universal, divido la vida del hombre en cinco períodos principales: infancia, adolescencia, juventud, virilidad ó período de la generacion, y ancianidad ó vejez.

Durante el primer período, el hombre ama á la mujer como madre; en el segundo, como hermana; en el tercero, como amante; en el cuarto, como esposa; en el quinto y último, como hija.

Estos períodos del amor, corresponden á otros parecidos de la vida económica: en la infancia, el hombre sólo existe, por decirlo así, en estado de embrion, ó como los materiales preparados para la confeccion y sostenimiento de las máquinas: es la esperanza, la prenda, *pignus*, de la sociedad. En la adolescencia, es aprendiz; en la juventud, oficial; en la virilidad, maestro, y en la vejez, veterano. Inútil me parece añadir que esta doble evolucion se aplica á la mujer lo mismo que al hombre.

Las formas del amor, como los grados en la industria, son exclusivos é incompatibles; es decir, no pueden existir simultáneamente en el mismo individuo, ni aplicarse invariablemente á la misma cosa y á la misma persona. Así como el industrial recorre sucesivamente todos los elementos del trabajo, todas las partes de la especialidad que le agrada, del mismo modo no puede amar á la vez, con un amor característico, más que á su madre, á su hermana, á su amante, á su mujer ó á su hija; y la persona á quien ama bajo uno de estos títulos, no la amará jamás bajo el otro. La naturaleza misma estableció esta ley inspirándonos hácia los amores dobles una repugnancia que les hizo dar el nombre

de *incestos*; es decir, impureza, falsa determinación del amor.

Todo amor eliminado por otro, entra en la categoría general de la amistad y se pierde en el torrente de las afecciones.

El hombre que se casa con su querida (este es el caso más general), hasta cierto punto hace excepción á la regla, porque ama dos veces seguidas, con un amor diferentemente caracterizado, á la misma persona; pero no se puede decir que vive con su querida como con su esposa, lo cual constituye la especie de incesto llamado *concubinato* ó *fornicación simple*, que es la mayor profanación de la mujer, ni que le sea facultativo amar de dos modos diferentes, porque esto es lo que constituye el *adulterio*. Por lo demás, el amor libre, este amor que naturalmente precede á la unión, no tiene por consecuencia necesaria el matrimonio; hasta es mejor para la sociedad y para las personas, que los que se casan hayan sentido muchos amores; y esto basta para distinguir el amor libre del amor conyugal, y considerarlos; uno y otro, como incompatibles.

Un amor puede suplir á todos los demás, y prolongarse más allá del término fijado por la naturaleza: tal es el célibe que conserva hasta la vejez su amor filial; tal es también el padre que, habiendo enviudado ántes de tiempo, concentra todas sus afecciones en su hijo.

El hombre que no conoció estas formas del amor, que no distingue los matices, que no comprende las delicadezas, no conoce nada del amor; sólo posee el charlatanismo, y raciocina como los autores de novelas.

Así, pues, el trabajo y el amor se desarrollan en la vida humana en periodos paralelos. En la primera edad, el hombre pertenece por completo á la sen-

sación y al instinto, y no entró todavía en la clase de los trabajadores: recibe, pero no dá; consume, y no produce nada. Sensible únicamente al amor de su madre, no conoce ningun otro sentimiento; la amistad misma le es desconocida. Pero bien pronto empieza á razonar sus afecciones; aprende las formas de la galantería, los elementos del saber y del hacer; se convierte en estudiante y en aprendiz; tiene compañeros, y de su alma fresca y pura se exhala el suave perfume del amor fraternal.

A este periodo gracioso de la adolescencia, sucede la juventud, edad poética de la emulación y de las luchas gimnásticas, como de los puros y tímidos amores. ¡Qué recuerdo para el corazón de un hombre que ha llegado á la última estación de su vida, el haber sido en su juventud florida el guardián, el compañero y el partícipe de la virginidad de una jóven! El siglo se ha burlado de estas verdaderas voluptuosidades; el socialismo y la literatura romántica, pusieron á nuestra generación en este camino; la filosofía dá el ejemplo, y los ingenios-hembras sirven de matronas. Pero el mismo exceso de la licencia es la prueba de esta necesidad de ideal, fuera del cual no hay para el hombre ni dicha ni dignidad. La sociedad sueña con su metamorfosis en esta multitud de descripciones eróticas, llenas las unas de pureza, violentas como la pasión las otras, pero señaladas siempre por un refinamiento maravilloso; por consiguiente, siempre ménos groseras y ménos materiales. Ved á Jorge Sand, mártir, á su manera, del pudor que despreció. Cortesana como Aspasia y panegirista de la virtud como Lucrecia, Jorge Sand escribe *Juana*, y protesta, con esta reacción de su géneo, contra las pasiones bajas de sus impuros adoradores...

Pero llega la hora en que la esposa debe entre-

garse al esposo... Hé aquí el gran período del trabajo que empieza; hé aquí el momento en que el hombre goza de la plenitud de sus facultades, en que el amor hace vibrar todas las fibras de su alma, en que la presencia de los recuerdos le hace sensibles todas las delicias de su corazón. Hijo, hermano, amante, esposo, dentro de poco padre, ama por todos sus poros, se siente saturado de amor, y su vida es completa. Se encuentra en la flor del génio y de la belleza, y desde este instante sólo puede decaer. Apenas llegó al colmo de sus deseos, le parece que el amor pierde algo de su abnegacion y de su pureza, y todos sus esfuerzos tenderán, desde entónces, á sostener este ideal que empieza á escapársele.

El período de fecundidad se extiende de diez á quince años. Diez años de práctica conyugal deben bastar para hastiar al hombre, á no ser que su inteligencia decline ó su corazón se deprave. En este caso la pasión, en vez de amortiguarse, renace de su propia satisfaccion y busca nuevos objetos; el furor sensual se presenta devorador, y entónces estallan esas tempestades que llevan la amargura y la vergüenza al seno de las familias. Ya no hay amor: el placer por el placer, como el arte por el arte: el marido convierte á su mujer en un instrumento de goces; Circe presenta á Ulises la copa que le devuelve el vigor y le convierte en bruto á la vez; gozar, gozar más, gozar hasta el fin; tal es la miserable condicion de los que no aman ya.

Llega, por fin, la época de la decadencia en la cual el sentimiento se determina en sentido inverso. Al amor conyugal sucede, en el corazón del padre de familia, y frente á frente de la hija que crece, un sentimiento de inexplicable ternura que destierra poco á poco del corazón de este padre los últimos

vapores del placer. Consagrada por completo á la familia, la madre sólo ambiciona, frente á frente de su marido, el título de amiga: por una nueva infidelidad, aquel que prefirió á su hermano, á su padre y á su tierna madre, lo abandona á su vez por su hijo adolescente. Hasta la curiosidad temible de los niños es aquí una revelacion: *Maxima debetur puero reverentia!*.... En presencia de su jóven familia, una voz secreta invita á los esposos á la continencia: padres y madres, el pudor os lo manda: ¡absteneos!

«El hombre ántes de los 18 y la mujer ántes de los 14 años cumplidos, no pueden contraer matrimonio.» (*Código civil, art. 144.*)

El legislador sólo se ocupó de la capacidad física, y habló, no como soberano, sino como naturalista. Y como si temiese haber fijado una edad demasiado avanzada, añade en el artículo 145:

«El rey puede conceder dispensas.»

Felizmente, la razón pública y la fuerza de las cosas corrigen, en este punto, la aberracion de la ley. Los hombres se casan cuando están formados, cuando ganan con que vivir; y á nadie se le ocurre la idea de que un aplazamiento, necesario para completar la educacion, y que debe consagrarse á una investigacion llena de encantos, sea una privacion.

Pues bien: si relativamente á la época del matrimonio, el sentido comun no creyó que la latitud dada por la naturaleza fuese una órden, ¿se puede decir que esta misma latitud tomada en sentido opuesto, sea una ley, y que el hombre, una vez casado, tenga obligacion de ejercer su facultad prolífica hasta extinguir su calor vital?

El aumento posible de la poblacion, dice muy bien el doctor Loudon, no es lo mismo que su

aumento natural; de la misma manera, la duración de la potencia generadora no es necesariamente la medida de su acción. Entre los animales, los sexos se huyen durante la gestación y la lactancia: el hombre tiene una ley que le es propia y que está más en armonía con su dignidad, y es la adolescencia de sus hijos. He dicho que el respeto que éstos inspiran á los padres, les impone el deber de abstenerse: pues bien; consideraciones más graves todavía vienen á confirmar esta ley.

El hombre puede hacerse útil ántes de llegar á la pubertad: la educación, hablando con exactitud, no es más que un cambio de las lecciones del maestro por los servicios del aprendiz; servicios que, siendo cada vez mayores, recompensan los cuidados del maestro é indemnizan á los padres de los gastos hechos. Así lo exige la razón popular que, en el contrato de aprendizaje, nos revela los verdaderos principios de la enseñanza. Mientras que el niño no produce nada, que toda su subsistencia está á cargo de su padre, no tiene ningún derecho, y no puede quejarse si se le suscitan copartícipes; pero desde que es capaz de trabajar, el hecho de darle hermanos, á cuyo sostenimiento contribuye, es exigirle más de lo que recibió, es hacerle padre de personas que no engendró, es expulsarle de la familia. Hay, pues, un límite natural, indicado por la justicia, á la procreación de los hijos: este motivo, deducido de la teoría del aprendizaje, es soberano.

Por parte de los esposos, la castidad llega á ser un deber imperioso de modestia y de honradez. Aquí es donde debe distinguirse, ante todo, la legitimidad de convención y la legitimidad de razón. Cuando al llegar á los cuarenta años, el hombre empieza á perder la poesía y la viveza del sentimiento, la delicadeza, la gracia y la pureza de formas que dis-

tinguieron su juventud, el cambio que sufre todo su ser le manda renunciar al amor. La belleza, que todo se lo presentaba casto, se borra; la voluptuosidad se degrada y convierte en torpeza: ¿por qué el amor de los viejos es ridículo y repugnante? porque está privado de las condiciones que lo hacen estéticamente legítimo: realizado en sentidos gastados, ya no es el amor, sino su carga. Que Homero nos presente á París y Elena durmiendo juntos en su lecho suspendido, y serán hermosos á pesar de su adulterio: culpables de injusticia, la juventud, la gracia y el talento parece que los cubren todavía con un velo de decencia: pero Saturno y Reha, Deucalion y Pirrha, David y Abisag me sublevan: el título de esposos no importa nada, y son obscenos.....

El hombre pierde sus derechos de marido desde que el amor se convierte en él en una contradicción. Que su mujer sea sagrada para él; que se miren como espíritus puros, pues en verdad no tienen cuerpo. Si el hombre persiste en gozar las voluptuosidades que la degradación de sus sentidos le prohíbe, pasará el resto de sus días abrasándose en una llama impúdica; sus amores póstumos le harán odioso á los ojos de su mujer, avergonzarán á sus hijos, y sublevarán contra él el desprecio de todo el mundo. Su vejez licenciosa será deshonorada; su mujer se hará altiva por sus exigencias vergonzosas; lo tratará como á un esclavo, y su razón se extinguirá en la ignominia.

Justicia, pudor, dignidad, todo convierte la abstinencia en una ley para el padre de familia. Pues bien: lo que la razón ha previsto, el trabajo lo realiza sin esperar el aniquilamiento de la naturaleza. El hombre en quien el trabajo desarrolló la virtud; el hombre en quien el amor, emancipado de la tiranía de las pasiones, se identifica con lo bello, renun-

cia por sí mismo, sin esfuerzo y sin pesar; con el mismo encanto con que otras veces los buscaba, á los placeres que ofenden ya su delicadeza, y que sólo tienen interés para él, porque los considera como un bien que reserva para sus hijos.

Segun estos principios, teniendo lugar el matrimonio para el hombre á los 28 años cumplidos, y para la mujer á los 21; desapareciendo el uso de las nodrizas en la igualdad; reduciéndose la duracion de la lactancia á 15 ó 18 meses, y pudiendo llegar el período de fecundidad de 10 á 15 años, el número de hijos salidos de un mismo matrimonio, con dificultad pasaria de cinco.

Si de este número se deducen:

Casos de esterilidad, viudeces, retrasos en el matrimonio, accidentes, interrupciones, etc.	4,5
Muertos ántes de la edad nubil (la cifra pasa hoy de 50 por 100).....	2,5
Célibes.....	0,5
	4,5

No aumentando la poblacion más que un décimo en cada período de treinta años, próximamente, sólo podria doblar en tres siglos. Pero el número de los nacimientos tiende á decrecer, mientras el período de la duplicacion tiende á prolongarse por dos razones: 1.º, la abreviacion del período de fecundidad, por el aumento incesante del trabajo y el desarrollo de nuevas costumbres: 2.º, el número creciente de los célibes.

En el orden de la sociedad, no es cierto que todos los hombres estén predestinados al matrimonio y á la paternidad, por más que todos lo estén al amor. Es un privilegio del hombre el poder vivir en una perfecta virginidad, por el progreso de la virtud y

sin pérdida para el amor. Así es que, una vez pasada la locura amorosa que atormenta á nuestra generacion, el número de las vírgenes, de esas, dice el Evangelio, *qui se castraverunt propter regnum caelorum*, debe aumentar todos los dias; y si se me pregunta quiénes serán los que, teniendo la facultad de casarse, consentirán en los sacrificios del celibato, respondo sin vacilar: los mismos que hoy viven en el libertinaje. El celibato, viciado en sus motivos y en sus causas, se hará honroso y puro: tal es la ley de los contrarios; ley que, para nosotros, es la palabra misma del Destino.

El cristianismo tuvo el presentimiento de este porvenir cuando exaltó la virginidad colocándola por encima de todas las virtudes y haciéndola obligatoria para sus sacerdotes. En esto, como en otras tantas cosas, el cristianismo fué profético: era la espontaneidad social que, instigada por el pueblo, se expresaba por boca de los papas, esperando que la reflexion misma hablase en los escritos de los filósofos. El cristianismo produjo la idea del amor casto, del verdadero amor; concibió la mujer, no como asociada ni igual al hombre, sino como parte indivisa de la persona humana; *os ex ossibus meis, et caro ex carne mea*. Distinguió el amor conyugal de los demás amores cuando el indio lo confundia con el amor fraternal, cuando el árabe lo rebajaba hasta el punto de colocarlo por debajo del concubinato con la poligamia y la servidumbre, cuando el romano lo asimilaba al amor paternal en la ley que hace entrar á la madre en la sucesion por una parte igual á la de cada uno de sus hijos. El cristianismo, en fin, reveló al mundo la forma más depurada del amor en la virginidad voluntaria, que es, segun la Iglesia, la union mística del alma con el Cristo; es decir, un desposorio perpétuo.

¿Qué es, en efecto, lo que el hombre adora en su madre, en su hermana, en su amante, en su esposa y en su familia? Es á sí mismo, es el ideal de la humanidad, que se le presenta bajo las formas más seductoras y más tiernas. La mitología y el lenguaje nos lo revelan. El hombre hizo femeninas todas sus virtudes, y las consagró un culto, no como á dioses, sino como á diosas. Témis, Vénus, Higia, Palas, Minerva, Hebe, Céres, Juno, Cibeles y las Musas; es decir, la justicia, la belleza, la salud, la sabiduría, la elocuencia, la juventud, la agricultura (la economía política de los antiguos), la fidelidad conyugal, la maternidad, las ciencias y las artes. El sexo de estos nombres y de estas divinidades, prueba, mejor que toda clase de análisis, lo que en todos los tiempos ha sido la mujer para el hombre.

Ahora bien: hay almas en quienes el sentido estético y el amor que engendra es tan vivo y tan puro, que no necesitan ninguna imagen ó realidad para descubrir el ideal humano que adoran; mejor dicho, este ideal se les manifiesta en todas partes; como decía de sí mismo el célebre David, la fealdad no existe para ellas; su alma está demasiado elevada, su inteligencia es demasiado pura para que la perciban Fenelon, Vicente de Paul, Santa Teresa, ¡tantas vírgenes y tantos santos! Para estos corazones escogidos, un esposo, una esposa é hijos son cosas superfluas; las formas visibles del amor no están á su altura; son *retratos* que los atormentan en vez de ayudarlos, y gozan del amor sin reaccion. El género humano les sirve de padres y de madres, de hermanos y de hermanas, de esposos y de esposas, de hijos y de hijas. Cualquiera otra union, seria para ellos una degradacion y un suplicio.

Si se cree que sutilizo, volveré atrás; me apoderaré de esta formidable ley de la agravacion del

trabajo, y suplicaré que se me diga qué sucederá con este irresistible progreso que, obligándonos á aumentar constantemente nuestro capital y nuestro bienestar, añade siempre algunos instantes á nuestra tarea y algunos granos á nuestra carga. De dos cosas una: ó la humanidad debe convertirse por el trabajo en una sociedad de santos, ó bien, gracias al monopolio y á la miseria, la civilizacion no es más que una inmensa poesía obscena. Por el camino que llevan las cosas, y á no ser que haya una reforma que cambie integralmente las condiciones del trabajo y del salario, todo aumento de labor, por consiguiente, todo acrecentamiento de riqueza, nos será bien pronto imposible. Mucho tiempo ántes de que la tierra nos falte, se detendrá nuestra produccion, pero el pauperismo y el crimen crecerán siempre.

En la mayor parte de los países civilizados, el término medio del trabajo es ya de doce horas. Pues bien: para que la poblacion doble, la sociedad necesita una produccion cuádruple, por consiguiente, un gasto de fuerza cuádruplo tambien. ¿Es posible que esta cuadruplicacion se verifique en nuestra sociedad desigual, con las espoliaciones del monopolio y la tiranía de la propiedad? Si este aumento de trabajo y de riqueza es imposible en las actuales condiciones de la economía social, es absolutamente necesario que el trabajador salga de la servidumbre para que produzca más; pero... para emancipar al trabajador de la opresion en que le retiene la barbarie de sus facultades, es preciso disciplinarle por la educacion, ennoblecerle por el bienestar, y elevarle por la virtud. ¿Y qué es la virtud? ¿Qué es la belleza? ¿Qué es la disciplina y qué es el trabajo? Aquí estamos girando dentro de un círculo; pero este círculo es el de la humanidad, es el de la Providencia. La humanidad llega á su equilibrio por lo útil, lo

bello, lo justo y lo santo: el problema presentado por la Academia: *Qué influencia ejercen sobre la moralidad de los pueblos el progreso y el bienestar material*, está resuelto como los demás: entre el bienestar y la virtud hay identidad.

CAPÍTULO XIV

RESÚMEN Y CONCLUSION

Para expresar la inmensidad de los descubrimientos de Newton, se dijo que *había revelado el abismo de la ignorancia humana*.

No se trata aquí de ningún Newton, y nadie puede reivindicar en la ciencia económica un puesto igual al que la posteridad señala á este grande hombre en la ciencia del universo; pero me atrevo á decir que hay aquí más de lo que Newton adivinó. La profundidad de los cielos no iguala la profundidad de nuestra inteligencia, en cuyo seno se mueven sistemas maravillosos: se puede decir que es una nueva region desconocida que existe fuera del espacio y del tiempo, como los reinos celestes y los lugares infernales, y en la cual nuestros ojos penetran, con una admiracion muda, como en un abismo sin fondo.

Non secus ac si qua penitus vi terra dehiscens
Infernas reseret sedes et regna recludat
Pallida, Dis invisá, superque immane barathrum
Cernatur, trepidentque immisso lumine Manes.
VIRGILIO. *AEneida*, lib. VIII.

Allí se comprimen, se chocan y se equilibran fuerzas eternas; allí se descubren los misterios de la Providencia y los secretos de la fatalidad: es lo invisible que se hace visible, lo impalpable que se hace

material, la idea que se convierte en realidad, y en realidad mil veces más maravillosa y más grandiosa que las más fantásticas utopias. Hasta ahora, no vemos en su simple fórmula la unidad de esta vasta máquina; la síntesis de estos gigantescos engranajes en donde se muelen el bienestar y la miseria de las generaciones y forma una nueva generacion, se nos escapa todavía; pero ya sabemos que nada de lo que pasa en la economía social, tiene ejemplar en la naturaleza; hechos que no tienen análogos, nos obligan á inventar constantemente nombres especiales, y á crear un nuevo idioma; es un mundo transcendente cuyos principios son superiores á la geometría y al álgebra, cuyas potencias no dependen de la atraccion ni de ninguna fuerza física, pero que se sirve de la geometría y del álgebra como de instrumentos subalternos, y toma por materiales las potencias mismas de la naturaleza; es un mundo, en fin, emancipado de las categorías de tiempo, espacio, generacion, vida y muerte, en donde todo parece eterno y fenomenal, simultáneo y sucesivo, limitado é ilimitado, ponderable é imponderable á la vez. ¿Qué más diré? Es la creacion misma, sorprendida en el acto.

Y ese mundo que se nos presenta como una fábula, que destruye todos nuestros hábitos judiciales y no cesa de desmentir á nuestra razon; ese mundo que nos envuelve, nos penetra y nos agita sin que podamos verlo, á no ser con los ojos del espíritu, tocarlo, á no ser por signos, ese mundo extraño es la sociedad; ¡somos nosotros!

¿Quién ha visto el monopolio y la competencia, sino por sus efectos, es decir, por sus signos? ¿Quién ha tocado el crédito y la propiedad? ¿Qué es la fuerza colectiva, la division del trabajo y el valor? Y sin embargo, ¿hay algo más fuerte, más cierto, más

bello, lo justo y lo santo: el problema presentado por la Academia: *Qué influencia ejercen sobre la moralidad de los pueblos el progreso y el bienestar material*, está resuelto como los demás: entre el bienestar y la virtud hay identidad.

CAPÍTULO XIV

RESÚMEN Y CONCLUSION

Para expresar la inmensidad de los descubrimientos de Newton, se dijo que *había revelado el abismo de la ignorancia humana*.

No se trata aquí de ningún Newton, y nadie puede reivindicar en la ciencia económica un puesto igual al que la posteridad señala á este grande hombre en la ciencia del universo; pero me atrevo á decir que hay aquí más de lo que Newton adivinó. La profundidad de los cielos no iguala la profundidad de nuestra inteligencia, en cuyo seno se mueven sistemas maravillosos: se puede decir que es una nueva region desconocida que existe fuera del espacio y del tiempo, como los reinos celestes y los lugares infernales, y en la cual nuestros ojos penetran, con una admiracion muda, como en un abismo sin fondo.

Non secus ac si qua penitus vi terra dehiscens
Infernas reseret sedes et regna recludat
Pallida, Dis invisá, superque immane barathrum
Cernatur, trepidentque immisso lumine Manes.
VIRGILIO. *AENEIDA*, lib. VIII.

Allí se comprimen, se chocan y se equilibran fuerzas eternas; allí se descubren los misterios de la Providencia y los secretos de la fatalidad: es lo invisible que se hace visible, lo impalpable que se hace

material, la idea que se convierte en realidad, y en realidad mil veces más maravillosa y más grandiosa que las más fantásticas utopias. Hasta ahora, no vemos en su simple fórmula la unidad de esta vasta máquina; la síntesis de estos gigantescos engranajes en donde se muelen el bienestar y la miseria de las generaciones y forma una nueva generacion, se nos escapa todavía; pero ya sabemos que nada de lo que pasa en la economía social, tiene ejemplar en la naturaleza; hechos que no tienen análogos, nos obligan á inventar constantemente nombres especiales, y á crear un nuevo idioma; es un mundo transcendente cuyos principios son superiores á la geometría y al álgebra, cuyas potencias no dependen de la atraccion ni de ninguna fuerza física, pero que se sirve de la geometría y del álgebra como de instrumentos subalternos, y toma por materiales las potencias mismas de la naturaleza; es un mundo, en fin, emancipado de las categorías de tiempo, espacio, generacion, vida y muerte, en donde todo parece eterno y fenomenal, simultáneo y sucesivo, limitado é ilimitado, ponderable é imponderable á la vez. ¿Qué más diré? Es la creacion misma, sorprendida en el acto.

Y ese mundo que se nos presenta como una fábula, que destruye todos nuestros hábitos judiciales y no cesa de desmentir á nuestra razon; ese mundo que nos envuelve, nos penetra y nos agita sin que podamos verlo, á no ser con los ojos del espíritu, tocarlo, á no ser por signos, ese mundo extraño es la sociedad; ¡somos nosotros!

¿Quién ha visto el monopolio y la competencia, sino por sus efectos, es decir, por sus signos? ¿Quién ha tocado el crédito y la propiedad? ¿Qué es la fuerza colectiva, la division del trabajo y el valor? Y sin embargo, ¿hay algo más fuerte, más cierto, más

inteligible y más real que todo eso? Ved á lo léjos ese carro arrastrado por ocho caballos y conducido por un hombre vestido con la blusa antigua; no es más que una masa de materia movida sobre cuatro ruedas por una fuerza animal. Vosotros no descubris en ella más que un fenómeno de mecánica determinado por otro de fisiología, más allá del cual ya no percibís nada. Penetrad un poco más, y preguntad á ese hombre qué es lo que hace, lo que quiere, á dónde va, en virtud de qué pensamiento y con qué título hace mover ese carro: en el acto os enseñará una *carta*, que es su autoridad, su providencia, como él es la providencia de su equipaje; en esta carta vereis que es *carruajero*; que en calidad de tal, verifica el *trasporte* de cierta cantidad de *mercancias*, á tanto, segun el *peso* y la *distancia*; que debe verificar el trayecto por tal *camino* y en tal *plazo*, sopena de *retenerle* una parte del *precio* de su *servicio*; que éste implica, por parte del carruajero, *responsabilidad* de las *pérdidas* y *averías* que no provengan de *fuerza mayor* y del *vicio propio* de los objetos; que en el precio del transporte está ó no comprendido el *seguro* contra los accidentes imprevistos, y otros mil detalles que son el escollo del derecho y el tormento de los jurisconsultos. Este hombre, digo, en un papel tan grande como la mano, os revelará un orden infinito, mezcla inconcebible de empirismo y de razon pura, y que todo el génio del hombre, ayudado por la experiencia del universo, no habria podido descubrir si no hubiese salido de la existencia individual para entrar en la vida colectiva.

Y en efecto: ¿en dónde están los tipos de estas ideas de trabajo, valor, cambio, circulacion, consumo, responsabilidad, propiedad, solidaridad, asociacion, etc.? ¿Quién proporcionó los ejemplares?

¿Qué mundo es este, medio material y medio inteligible, medio necesidad y medio ficcion? ¿Qué es esta fuerza que llamamos trabajo y que nos arrastra tanto más seguramente, cuanto más libres nos creemos? ¿Qué es esta vida colectiva que nos abrasa con una llama inextinguible, causa de nuestras alegrías y de nuestros tormentos? Mientras vivimos, somos, sin conocerlo, segun la medida de nuestras facultades y la especialidad de nuestra industria, resortes pensantes, ruedas pensantes, piñones pensantes, pesos pensantes etc., de una inmensa máquina que piensa tambien y que marcha por sí misma. La ciencia, hemos dicho, tiene por principio la armonía de la razon y de la experiencia; pero no crea la una ni la otra; y hé aquí que se nos presenta una ciencia en la cual, ni la razon ni la experiencia nos dan nada *à priori*; una ciencia en la cual la humanidad lo saca todo de sí misma, númenos y fenómenos, universales y categorías, hechos é ideas; una ciencia, en fin, que en vez de consistir simplemente, como todas las demás, en una descripcion razonada de la realidad, es la creacion misma de la realidad y de la razon!

Vemos, pues, que el autor de la razon económica, es el hombre; el creador de la materia económica, es el hombre, y que el arquitecto del sistema económico, es todavía el hombre. Despues de haber producido la razon y la experiencia social, la humanidad procede á la construccion de la ciencia social, del mismo modo que á la construccion de las ciencias naturales; armoniza la razon y la experiencia que ella misma se dió, y por medio del más inconcebible de los prodigios, cuando todo en ella participa de la utopia, así los principios como los actos, sólo llega á conocerse excluyendo la utopia.

El socialismo tiene razon para protestar contra la

economía política y para decirle: Tú no eres más que una rutina, y ni á tí misma te entiendes. Y la economía política tiene razon para decir al socialismo: Tú no eres más que una utopia sin realidad ni aplicacion posible. Pero como el socialismo niega la experiencia, y la economía política niega la razon de la humanidad, los dos faltan á las condiciones esenciales de la verdad humana.

La ciencia social es la armonia de la razon y de la práctica sociales. Pues bien: esta ciencia, de la cual nuestros maestros sólo percibieron algunos raros destellos, la contemplará nuestro siglo en su esplendor y en su armonía sublimes...

Pero... ¿qué estoy haciendo? En estos momentos en que el charlatanismo y la preocupacion se dividen el mundo, no es necesario alimentar nuestras esperanzas! No es la incredulidad lo que debemos combatir, no; es la presuncion. Empecemos, pues, por consignar que la ciencia social no está hecha, y que permanece todavía en estado de vago presentimiento.

«Malthus, dice su excelente biógrafo, el Sr. Carlos Comte, tenia la conviccion profunda de que existen en economía política principios que no son verdaderos, sino dentro de ciertos límites; veia las principales dificultades de la ciencia en la combinacion frecuente de causas complicadas, en la accion y reaccion de los efectos y de las causas unos sobre otros, y en la necesidad de poner límites ó hacer excepciones á un gran número de proposiciones importantes.»

Hé ahí lo que pensaba Malthus de la economía política; y la obra que nosotros publicamos hoy, no es más que la demostracion de su idea. Pero á este testimonio importante, añadimos otro, no ménos digno de fé. En una de las últimas sesiones de la

Academia de ciencias morales, el Sr. Dunoyer, como hombre verdaderamente superior que no se deja seducir por el interés de bandería ni por el desdén que inspiran los adversarios ignorantes, hacia la misma confesion con tanto candor y elevacion como Malthus.

«La economía política, que tiene cierto número de principios seguros, que descansa en una masa considerable de hechos exactos y de observaciones bien hechas, parece, sin embargo, que está léjos todavía de ser una ciencia fija. No hay un acuerdo completo, ni sobre la extension del campo en donde deben girar sus investigaciones, ni sobre el objeto fundamental que deben proponerse: no se conviene, ni sobre el conjunto de los trabajos que abraza, ni sobre el de los medios á que está ligada la potencia de estos trabajos, ni sobre el sentido preciso que es necesario dar á la mayor parte de las palabras que forman su vocabulario. La ciencia, rica en verdades de detalle, deja muchísimo que desear en cuanto á su conjunto; y como ciencia, parece que está muy léjos todavía de hallarse constituida.»

El Sr. Rossi va más léjos que el Sr. Dunoyer, y formula su juicio bajo la forma de una censura dirigida á los representantes modernos de la ciencia.

«Parece que todo pensamiento de método está hoy abandonado en la ciencia económica, exclama; y sin embargo, no hay ciencia sin método.» (*Informe del Sr. Rossi sobre el curso del Sr. Whateley.*)

Los Sres. Blanqui, Wolowski, Chevalier y todos los que han dirigido una mirada á la economía de las sociedades, dicen lo mismo; y el escritor que mejor apreció el valor de las utopias modernas, Pedro Leroux, escribe en todas las páginas de la *Revista social*: «Busquemos la solucion del problema del proletariado; busquémosla sin cesar hasta que la hayamos

encontrado. Esta es toda la mision de nuestra época.» Ahora bien: el problema del proletariado es la constitucion de la ciencia social; y sólo los economistas cortos de vista y los socialistas fanáticos, para quienes la ciencia se resume en una fórmula, *Dejad hacer, dejad pasar*; ó bien, *A cada uno segun sus necesidades, teniendo en cuenta los recursos de la sociedad*, pueden preciarse de poseer la ciencia económica.

¿En qué consiste, pues, este retraso de la verdad social que sostiene la decepcion economista y dá crédito á las explotaciones de los pretendidos reformadores? En nuestro concepto, la causa está en la separacion, muy antigua por cierto, de la filosofía y de la economía política.

La filosofía, ó la metafísica, ó si se quiere, la lógica, es el álgebra de la sociedad, y la economía política es la realizacion de esta álgebra. Esto es lo que no comprendieron J. B. Say, ni Bentham, ni ninguno de los que, bajo el nombre de *economistas* y *utilitarios*, hicieron excision en la moral, y se sublevaron casi al mismo tiempo contra la política y la filosofía. Y sin embargo... ¿qué contrapeso más seguro podia desear la filosofía, que es la teoría de la razon, que el trabajo; es decir, la práctica de la razon? Y recíprocamente, ¿qué contrapeso más seguro podia desear la economía, que las fórmulas de la filosofía? No está léjos el tiempo en que los maestros de las ciencias morales y políticas estén en los talleres y en los escritorios, como hoy, nuestros más hábiles constructores, son todos hombres que se formaron por un largo y penoso aprendizaje...

Pero... ¿bajo qué condiciones puede existir una ciencia?

Reconociendo su campo de observacion y sus límites, determinando su objeto y organizando su mé-

todo. Sobre este punto, el economista se expresa como el filósofo: las palabras del Sr. Dunoyer que he citado, parecen literalmente extraidas del prefacio de Jouffroy á la traduccion de Reid.

El *campo de observacion* de la filosofía, es el yo; el campo de observacion de la ciencia económica, es la sociedad, es decir, el yo todavía. ¿Quereis conocer al hombre? pues estudiad la sociedad: ¿quereis conocer la sociedad? pues estudiad al hombre. El hombre y la sociedad se sirven recíprocamente de sujeto y de objeto; el paralelismo y la sinonimia de ambas ciencias es completa.

Pero... ¿qué es este yo colectivo é individual? ¿Cuál es ese campo de observacion en donde pasan fenómenos tan extraños? Para descubrirlo, es necesario examinar sus análogos.

Todas las cosas que pensamos, nos parece que existen, se suceden ó se agrupan en tres CAPACIDADES trascendentales, fuera de las cuales no imaginamos ni concebimos absolutamente nada: éstas son, el *espacio*, el *tiempo* y la *inteligencia*.

Así como todo objeto material se concibe necesariamente en el espacio; así como los fenómenos, ligados los unos á los otros por una relacion de causalidad, parece que se siguen en el tiempo, así tambien referimos nuestras representaciones puramente abstractas á un receptáculo particular que llamamos intelecto ó inteligencia.

La inteligencia es, en su especie, una capacidad infinita como el espacio y la eternidad. En ella se agitan mundos, innumerables organismos de leyes complicadas y efectos variados é imprevistos, iguales, por la magnificencia y la armonía, á los mundos que el Creador sembró en el espacio, y á los organismos que brillan y se extinguen en la duracion. Política y economía política, jurisprudencia, filoso-

fía, teología, poesía, idiomas, costumbres, literatura y bellas artes: el campo de observacion del yo, es más vasto, más fecundo, más rico por sí sólo, que el doble campo de observacion de la naturaleza; el espacio y el tiempo.

El yo, pues, como el tiempo y el espacio, es infinito. El hombre y sus productos, con los seres arrojados en el espacio y los fenómenos que se suceden en el tiempo, constituyen la triple manifestacion de Dios. Estos tres infinitos, expresiones infinitas del infinito, se penetran y se sostienen inseparables é irreductibles: el espacio ó la extension no se concibe sin el movimiento, el cual implica la idea de fuerza, es decir, una espontaneidad, un yo.

Las ideas de las cosas que se presentan á nuestra vista en el espacio, forman *cuadros* para nuestra imaginacion; las ideas cuyos objetos colocamos en el tiempo, se desenvuelven en *historias*; y por último, las ideas ó relaciones que no caen bajo la categoría del tiempo ni del espacio, y que pertenecen al intelecto, se coordinan en *sistemas*.

Cuadro, historia, sistema, son, pues, tres expresiones análogas, ó mejor dicho, homólogas, por las cuales hacemos comprender que cierto número de ideas se presenta á nuestro espíritu como un todo simétrico y perfecto. Por esta razon, esas expresiones pueden tomarse las unas por las otras en ciertos casos, como nosotros mismos lo hemos hecho al principio de esta obra, al presentarla como una historia de la economía política, no siguiendo la fecha de los descubrimientos, sino con arreglo al orden de las teorías.

Nosotros concebimos, pues, y no podemos ménos de concebir una capacidad para las cosas del pensamiento puro, ó como dice Kant, para los *númenos*,

del mismo modo que concebimos otras dos para las cosas sensibles ó para los *fenómenos*.

Pero el espacio y el tiempo no son nada real; son dos formas impresas al yo por la percepcion exterior: de igual modo la inteligencia tampoco es nada real; es una forma que el yo se impone á sí mismo, por analogía, con motivo de las ideas que la experiencia le sugiere.

En cuanto al orden de adquisicion de las ideas, intuiciones ó imágenes, nos parece que empezamos por aquellas cuyos tipos ó realidades están comprendidos en el espacio; que continuamos luego deteniéndolo al vuelo, si así puedo decirlo, las ideas que el tiempo lleva; y que por último, de repente, y con el auxilio de las percepciones sensibles, descubrimos las ideas ó conceptos sin modelo exterior que se nos presentan en ese fantasma de capacidad que llamamos nuestra inteligencia. Tal es el progreso de nuestro saber: partimos de lo sensible para elevarnos á lo abstrato; la escala de nuestra razon tiene el pié sobre la tierra, atraviesa el cielo y se pierde en las profundidades del espíritu.

Cambiamos ahora esta série y figurémonos la creacion como un descenso de las ideas de la esfera superior de la inteligencia, á las esferas inferiores del tiempo y del espacio; descenso durante el cual las ideas, originariamente puras, tomaron un cuerpo ó *substratum* que las realiza y las expresa. Bajo este punto de vista, todas las cosas creadas, los fenómenos de la naturaleza y las manifestaciones de la humanidad, se nos presentarán como una proyeccion del espíritu, inmaterial é inmutable, en un plan, ya fijo y recto como el espacio, ya inclinado y móvil como el tiempo.

Se sigue de aquí que las ideas, iguales entre sí, contemporáneas y coordinadas en el espíritu, pare-

cen arrojadas, esparcidas, localizadas, subordinadas y consecutivas en la humanidad y en la naturaleza, formando cuadros é historias sin parecido con el designio primitivo; y toda la ciencia humana consiste en encontrar en esta confusion, el sistema abstracto del pensamiento eterno. Por una restauracion de este género, los naturalistas descubrieron el sistema de los seres organizados; y por el mismo procedimiento, hemos procurado nosotros restablecer la série de las fases de la economía que la sociedad nos presenta aisladas, incoherentes y anárquicas. El objeto que nos hemos propuesto, es verdaderamente hacer la historia natural del trabajo, segun los fragmentos recogidos por los economistas; y el sistema que resultó de nuestro análisis, es tan verdadero como los sistemas de las plantas descubiertos por Linneo y Jussieu, y el de los animales por Cuvier.

El yo humano manifestado por el trabajo: tal es el campo de exploracion de la economía política, forma concreta de la filosofía. La identidad de estas dos ciencias, ó por mejor decir, de estos dos escepticismos, se nos reveló en todo el curso de este libro. Así la formacion de las ideas se nos presentó en la division del trabajo como una division de las categorías elementales; despues hemos visto nacer la libertad de la accion del hombre sobre la naturaleza, y en seguida de la libertad producirse todas las relaciones del hombre con la sociedad y consigo mismo. Por último, la ciencia económica fué para nosotros una ontología, una lógica, una psicología, una teología, una política, una estética, un simbolismo y una moral...

Reconocido el campo de la ciencia y verificada su determinacion, sólo nos falta reconocer el *método*. Pues bien, el método de la ciencia económica es el mismo de la filosofía: la organizacion del trabajo,

en nuestro concepto, no es más que la organizacion del sentido comun.

Entre las leyes que constituyen esta organizacion, hemos notado la antinomia.

Todo pensamiento verdadero, hemos dicho, se pone en un tiempo y dos momentos. Siendo cada uno de estos momentos la negacion del otro, y debiendo desaparecer los dos en una idea superior, se sigue de aquí que la antinomia es la ley misma de la vida y del progreso, el principio del movimiento perpétuo. Y en efecto: si en virtud de su potencia evolutiva, una cosa se separa precisamente de todo cuanto pierde, es evidente que esta cosa es indestructible y el movimiento que la sostiene, eterno. En la economía social, lo que la competencia hace constantemente, lo deshace el monopolio; lo que el trabajo produce, el consumo lo devora; lo que la propiedad se atribuye, la sociedad se apodera de ello, y de ahí resulta el movimiento continuo, la vida indefectible de la humanidad. Si una de las dos fuerzas antagonistas está embarazada, si la actividad individual, por ejemplo, sucumbe bajo la autoridad social, el organismo degenera en comunismo y se resuelve en la nada. Si, por el contrario, la iniciativa individual carece de contrapeso, el organismo colectivo se corrompe y la civilizacion se arrastra bajo un régimen de castas, de iniquidad y de miseria.

La antinomia es el principio de la atraccion y del movimiento; la razon del equilibrio: ella es la que produce la pasion y la que descompone toda armonía y todo acuerdo.

Viene despues la ley de progresion y de série, la melodía de los seres, ley de lo bello y de lo sublime. Suprimid la antinomia, y el progreso de los seres es inexplicable; porque... ¿en dónde está la fuerza que lo engendra? Suprimid la série, y el mundo no es

más que una mezcla de oposiciones estériles, una ebullicion universal, sin objeto y sin idea...

Aun cuando estas especulaciones, verdades puras para nosotros, pareciesen dudosas á los demás, la aplicacion que de ellas hemos hecho seria de una utilidad inmensa. Dignese el lector reflexionar un momento: no hay un solo instante de la vida en el cual el hombre no afirme y niegue á la vez los mismos principios y las mismas teorías, con más ó ménos buena fé, sin duda, pero siempre con razones plausibles que, sin tranquilizar por completo la conciencia, bastan para que la pasion triunfe y la duda se apodere del espíritu. Dejemos, pues, la lógica, si se quiere; pero... ¿no importa nada el haber arrojado luz sobre la doble faz de las cosas, haber aprendido á desconfiar del razonamiento, y saber por qué cuanto mayor es la exactitud de las ideas y la rectitud del corazon de un hombre, tanto mayor es el riesgo que corre de caer en el absurdo? Todos nuestros errores políticos, religiosos, económicos, etc., vienen de la contradiccion inherente á las cosas, y tal es todavía la fuente de donde emana la corrupcion de los principios, la venalidad de las conciencias, el charlatanismo de las profesiones de fé y la hipocresía de las opiniones...

¿Cual es ahora el *objeto* de la ciencia económica?

El método mismo nos lo indica. La antinomia es el principio de la atraccion y del equilibrio en la naturaleza; la antinomia es, pues, el principio del progreso y del equilibrio en la humanidad, y el objeto de la ciencia económica es la JUSTICIA.

Considerada en sus relaciones puramente objetivas, únicas de que se ocupa la economía social, la justicia tiene por expresion el *valor*. Y ¿qué es el valor? El trabajo realizado.

«El precio real de cada cosa, dice A. Smith, lo que

cada cosa cuesta realmente al que quiere adquirirla, es el trabajo y la pena que es necesario imponerse para obtenerla... Lo que se compra con dinero ó mercancías se compra con trabajo, lo mismo que lo que adquirimos con el sudor de nuestra frente. Este dinero y estas mercancías contienen el valor de cierta cantidad de trabajo, que cambiamos por lo que se supone que contiene el valor de una cantidad igual de trabajo. Este fué el primer precio, la moneda con que se pagaron en un principio todas las cosas. No fué con oro ni con plata, sino con el trabajo, con lo que se compraron originariamente todas las riquezas del mundo; y su valor, para los que las poseen y procuran cambiarlas por otras producciones, es precisamente, igual á la cantidad de trabajo que puede comprar con ellos.»

Pero si el valor es la realizacion del trabajo, es al mismo tiempo el principio de comparacion de los productos entre sí: de aquí la teoría de proporcionalidad que domina toda la ciencia económica, y á la cual se habria elevado A. Smith si hubiese estado en el espíritu de su tiempo seguir con el auxilio de la lógica un sistema de experiencias.

Pero... ¿cómo se manifiesta la justicia en la sociedad; ó en otros términos, ¿cómo se establece la proporcionalidad de los valores? J. B. Say lo dijo: por un movimiento oscilatorio entre el valor *útil* y el valor en *cambio*.

Aquí aparece en la economía política, frente á frente del trabajo, su señor, y con frecuencia su verdugo, el principio *arbitral*.

Al empezar la ciencia; el trabajo, desprovisto de método, sin inteligencia del valor, y tartamudeando apenas sus primeros ensayos, hace un llamamiento al libre arbitrio para constituir la riqueza y fijar el precio de las cosas. Desde este momento, las dos po-

tencias entran en lucha y la grande obra de la organizacion social queda inaugurada. Trabajo y libre arbitrio, son lo que llamaremos más tarde trabajo y capital, salariado y privilegio, competencia y monopolio, comunidad y propiedad, plebe y nobleza, Estado y ciudadano, asociacion é individualismo. Para todo el que haya recibido las primeras nociones de la lógica, es evidente que todas estas oposiciones, que renacen eternamente, eternamente se deben resolver: pues bien; hé ahí precisamente lo que no quieren comprender los economistas, á quienes el principio arbitral inherente al valor, les parece refractario á toda determinacion; y esto, con el horror que tienen á la filosofía, es lo que causa el retraso de la ciencia económica, tan funesto para la sociedad.

«Seria tan absurdo, dice Mac-Culloch, hablar de una altura y de una profundidad absoluta, como de un valor absoluto.»

Todos los economistas dicen lo mismo; y por este ejemplo, puede juzgarse hasta qué punto están léjos de entenderse, lo mismo sobre la naturaleza del valor, como sobre el sentido de las palabras que emplean. La palabra *absoluto* implica la idea de integralidad, perfeccion ó plenitud, y por lo tanto, la de precision y exactitud. Una mayoría absoluta es una mayoría exacta (mitad más uno), no una mayoría indefinida: así también el valor absoluto es el valor preciso, deducido de la comparacion exacta de los productos entre sí: no hay nada en el mundo tan sencillo como esto. Pero de aquí resulta esta consecuencia; que los valores se miden los unos por los otros, y que no deben oscilar al acaso: tal es el deseo supremo de la sociedad, tal es la significacion de la economía política misma, que no es más, en su conjunto, que el cuadro de las contradicciones,

cuya síntesis produce infaliblemente, el valor verdadero.

La sociedad, pues, se establece poco á poco por una especie de balanceo entre la necesidad y la arbitrariedad, y la justicia se constituye por el robo. La igualdad no se produce en la sociedad como un nivel inflexible; esto es, como todas las grandes leyes de la naturaleza, un punto abstracto, entre cuyos extremos el hecho oscila constantemente, describiendo arcos más ó menos grandes y más ó menos regulares. La igualdad es la ley suprema de la sociedad; pero no es una forma fija, sino el término medio de una infinidad de ecuaciones. Así hemos visto que la igualdad se nos presentó desde la primera época de la evolucion económica, que es la division del trabajo, y tal se manifestó constantemente despues la legislacion de la Providencia.

Adam Smith, que sobre casi todos los grandes problemas de la economía social tuvo una especie de intuicion, despues de reconocer el trabajo como principio del valor y describir los efectos mágicos de la ley de division, observa que, á pesar del aumento de producto que resulta de esta misma division, el salario del trabajador no aumenta; que con frecuencia disminuye, porque el beneficio de la fuerza colectiva no pasa al trabajador, sino al amo.

«Los beneficios, se dirá tal vez, no son más que un nombre diferente que se dá á los salarios de una especie particular de trabajo, el de la inspeccion y direccion... Pero estos beneficios son de naturaleza diferente del salario, se rigen por principios distintos, y no están en relacion con la cantidad y la naturaleza de este pretendido trabajo de inspeccion y direccion. Léjos de eso, se rigen completamente por el valor del capital empleado, y son mayores ó menores, á proporcion de la extension de este capital...

Vemos que el producto del trabajo no pertenece íntegro al obrero, porque es preciso que lo reparta con el propietario.»

Hé ahí, nos dice friamente A. Smith, cómo pasan las cosas: todo para el amo, nada para el obrero. Que se llame á esto injusticia, espoliación, robo; la economía política no se inquieta; el propietario espoliador le parece en todo esto tan autómatas como el trabajador espoliado. Y la prueba de que ni el uno ni el otro merecen envidia ni piedad, la tenemos en que los trabajadores sólo reclaman cuando se mueren de hambre, y que ningún capitalista, empresario ó propietario, durante su vida ni en el instante de la muerte, sintió el menor remordimiento. Que se acuse á la conciencia pública ignorante y falseada, y acaso haya razón para ello. A. Smith se limita á dar cuenta de los hechos, y esto vale más para nosotros que todas las declamaciones.

Al designar un privilegiado entre los trabajadores, *nazaraem inter fratres tuos*, la razón social personificó la fuerza colectiva. La sociedad procede por mitos y alegorías: la historia de la civilización es un vasto simbolismo. Homero resume la Grecia heroica; Jesucristo es la humanidad doliente aspirando, en una larga y dolorosa agonía, á la libertad, á la justicia y á la virtud. Carlo-Magno es el tipo feudal; Rolando, la caballería; Pedro el Ermitaño, las cruzadas; Gregorio VII, el papado; Napoleón, la revolución francesa. Así también el empresario de una industria que explota un capital por medio de un grupo de trabajadores, es la personificación de la fuerza colectiva, cuyo beneficio absorbe, como el volante de una máquina almacena la fuerza. Él es, en realidad, el hombre heroico, el rey del trabajo. La economía política es un simbolismo, y la propiedad una religión.

Sigamos á A. Smith, cuyas ideas luminosas, esparcidas en un oscuro fárrago, parece una deuterosis de la revelación primitiva.

«A medida que el suelo de un país se convierte en propiedad privada, los propietarios, como todos los demás hombres, quieren recoger allí en donde no sembraron, y exigen un alquiler hasta por el producto natural de la tierra. Entonces se establece un precio adicional sobre los árboles de los bosques, la yerba de los campos, y sobre todos los frutos naturales del suelo que, cuando era común, sólo costaban al obrero el trabajo de cogerlos. Es preciso que pague por obtener el permiso de recogerlos; es decir, que dé al propietario una porción de lo que recoge ó produce *sin él*, y con sólo su trabajo.»

¡Hé ahí el monopolio, hé ahí el interés de los capitales, hé ahí la renta!... A. Smith, como todos los iluminados, vé y no comprende, refiere y no entiende; habla bajo la inspiración de Dios, sin sorpresa y sin piedad, y el sentido de sus palabras es para él letra muerta. ¡Con qué sangre fría refiere la usurpación propietaria! Interin la tierra no parece buena para nada; interin el trabajo no la amuebló, fecundó, *utilizó* y dió valor, el propietario no hace caso. El avejorro no se posa sobre las flores, sino que se arroja sobre las colmenas. Lo que el trabajador produce, le es inmediatamente arrebatado; el obrero es como un perro de caza sujeto por la mano del amo.

Un esclavo abrumado de trabajo inventa el arado. Con un pedazo de madera arrastrado por un caballo, abre el suelo y le hace capaz de producir diez ó cien veces más. El amo, al primer golpe de vista, comprende la importancia del descubrimiento, y se apodera de la tierra, se apropia el producto, se atribuye hasta la idea, y se hace adorar de los mortales por su magnífico presente. Este hombre se coloca al nivel

de los dioses; su mujer es una ninfa, es Ceres, y él es Triptolemo. La miseria inventa y la propiedad recoge; es preciso que el genio permanezca pobre, porque la abundancia lo ahogaría. El mayor servicio que la propiedad hizo al mundo, es esta aflicción perpétua del trabajo y del genio.

Pero... ¿qué hacer de estas montañas de grano? ¡Qué riqueza tan pobre la que el jefe comparte con sus caballos, con sus bueyes y sus esclavos! No vale la pena de ser rico, si toda la ventaja consiste en poder roer algunos puñados más de arroz y de cebada!

A una vieja se le ocurre la idea de moler el grano para su boca desdentada, y se apercibe de que la pasta fermenta, y que cocida bajo ceniza, dá un alimento incomparablemente mejor que el trigo crudo ó tostado. ¡Milagro; el pan de cada día está descubierto! Otra vieja apretó en una cuba una masa de uvas abandonada, y oyó hervir el mosto como si estuviese al fuego; el licor arroja sus inmundicias, brilla y se enrojeze. ¡Evoe! es el joven Baco, el hijo querido del propietario, un niño amado de los dioses el que lo encontró. Lo que el amo no había podido devorar en algunas semanas, le bastará ún año para beberlo. La viña, como la miés y la tierra, es apropiada.

¿Qué hacer de estos innumerables vellones que todos los años aumentan? Aun cuando el propietario elevase su lecho á la altura de su pabellon; aun cuando doblase treinta veces su tienda suntuosa, este lujo inútil no haría más que descubrir su impotencia; le sobran bienes y no puede gozar: ¡qué escarnio!

Una pastora, á quien la avaricia del amo hace andar desnuda, recoge en los zarzales algunas vedijas de lana que tuerce y prolonga en hilos iguales y finos; los reúne despues, los entrelaza y se hace un

hábito flexible y ligero, mil veces más elegante que las pieles remendadas que cubren á su desdeñosa señora. ¡Es Aracne la tejedora quien creó esta maravilla! Al momento el amo empieza á torcer la lana de sus ovejas, el pelo de sus camellos y de sus cabras, y dá á su mujer una tropa de esclavos para que hilen y tejan bajo sus órdenes: ya no es Aracne la humilde criada; es Palas, la hija del propietario, á quien los dioses inspiraron, y cuya envidia se venga de Aracne haciéndola morir de hambre.

¡Qué espectáculo el que nos ofrece esta lucha incesante del trabajo y del privilegio; el primero creándolo todo de nada, y el segundo llegando siempre para devorar lo que no produjo! El destino del hombre es una marcha continua. *Es preciso que trabaje*, cree, multiplique y perfeccione siempre. Dejad al trabajador que goce de su descubrimiento; se dormirá sobre su idea, y su inteligencia no avanzará más. Hé ahí el secreto de esta iniquidad que llamaba la atención de A. Smith, y para la cual, sin embargo, el flemático historiador no encontró una sola palabra de reprobacion; aunque no podia darse cuenta de ello, adivinaba que el dedo de Dios estaba allí; que hasta el día en que el trabajo llene la tierra, la civilización tendrá por motor el consumo improductivo, y que por medio de la rapiña se establece insensiblemente entre los hombres la fraternidad.

¡Es preciso que el hombre trabaje! Por eso en los consejos de la Providencia se instituyó, se organizó y se santificó el robo! Si el propietario se hubiese cansado de robar, el proletario se habría cansado bien pronto de producir, y el salvajismo y la repugnante miseria llamarían á nuestras puertas. El polinesiano, en quien la propiedad aborta y que goza en una completa comunidad de bienes y de amores, ¿por qué trabajará? La tierra y la belleza

son de todos, los hijos de nadie: ¿á qué le hablais de moral, de dignidad, de personalidad, de filosofía y de progreso? Y sin ir tan léjos; el corso que bajo sus castaños, encuentra durante seis meses, la vida y el domicilio, ¿por qué ha de trabajar? ¿Qué le importan vuestra conscripcion, vuestros caminos de hierro, vuestra tribuna y vuestra prensa? ¿Qué otra necesidad siente más que la de dormir cuando ya comió sus castañas? Un gobernador de Córcega decia que, para civilizar esta isla, era preciso cortar los castaños; pero el medio más seguro es apropiarlos.

Pero ya el propietario no es bastante fuerte para devorar la sustancia del trabajador, y llama á sus favoritos, á sus bufones, á sus lugar-tenientes y á sus cómplices. El mismo Smith nos revela esta formidable conjuracion.

«A cada nueva trasformacion de un producto, no sólo aumenta el número de los beneficios, sino que cada beneficio subsiguiente es mayor que el que le precede, porque el capital de que procede es necesariamente mayor. Y en efecto: mientras que el alza de los salarios obra sobre el precio de una mercancía como el interés simple en la acumulacion de una deuda, el alza de los beneficios obra como el interés compuesto. Si en la fábrica de telas, por ejemplo, los salarios de los obreros, rastrilladores de lino, hilanderas, tejedores, etc., aumentasen dos dineros por día, seria necesario elevar el precio de la pieza de tela tantas veces dos dineros, como obreros se hubiesen empleado en su confeccion, multiplicando el número de obreros por el de los días. En cada uno de los diferentes grados de mano de obra que siguiere la mercancía, esta parte de su precio que se resuelve en salarios, se elevaria en la proporcion aritmética de esta elevacion de los jornales; pero si los beneficios de todos los diferentes amos que emplean á

estos obreros se elevasen en un 5 por 100, esta parte del precio que se resuelve en beneficios, se elevaria en cada uno de los diferentes grados de la mano de obra, en razon progresiva de esta alza ó en progresion geométrica. El amo de los rastrilladores de lino exigiria al vender su lino un aumento de 5 por 100 sobre el valor total de la materia y de los salarios adelantados por él á los obreros: el amo de las hilanderas pediria un beneficio adicional de 5 por 100, tanto sobre el precio del lino rastrillado que habia satisfecho, como sobre el total de los salarios pagados á las hilanderas. Por último, el amo de los tejedores exigiria tambien 5 por 100 sobre el precio satisfecho por el lino hilado y sobre el importe de los salarios pagados á los tejedores.»

Hé ahí la descripcion á lo vivo de la jerarquia económica, empezando en Júpiter-propietario y acabando en el esclavo. Del trabajo, de su division, de la distincion del amo y del asalariado, y del monopolio de los capitales, sale una casta de señores hacendados, financieros, empresarios, patrones, maestros y contra-maestros que consumen rentas, recogen usuras, estrujan al trabajador, y sobre todo, ejercen una policia insoportable, que es la forma más terrible de la explotacion y de la miseria. La invencion de la política y de las leyes se debe exclusivamente á la propiedad: Numa y Egeria, Tarquino y Tanaquildo, como Napoleon y Carlo-Magno, eran nobles. *Regum timendorum in proprios greges reges in ipsos imperium est Jovis*, dice Horacio. Cualquiera diria que esta era una legion de espíritus infernales que acudian de todos los rincones del infierno para atormentar á una pobre alma. ¡Arrastradlo por su cadena, quitadle el sueño y el alimento, heridle, quemadle, atenezadle, no le deis descanso ni tengais piedad! Si teneis compasion del trabajador, si le ha-

ceis justicia, no quedará nada para nosotros, y pereceremos.

¡Oh Dios! ¿Qué crimen ha cometido este infortunado para que tú lo abandones á estos guardianes que le distribuyen los palos con mano tan liberal y la subsistencia con mano tan avara?... Y vosotros, propietarios, varas escogidas por la Providencia, no hagais rebosar la medida prescrita, porque la rabia se apoderó del corazón de vuestro servidor, y sus ojos están inyectados de sangre.

Una sublevación de los trabajadores arranca á los implacables amos una concesión: ¡día feliz, viva alegría! El trabajo es libre; pero... ¡qué libertad, justo cielo! La libertad para el proletario es la facultad de trabajar; es decir, el derecho de hacerse expliar ó de no trabajar, que equivale á decir, la facultad de morir de hambre! La libertad sólo es benéfica para la fuerza: gracias á la competencia, el capital ahoga por todas partes al trabajo y convierte la industria en una vasta coalición de monopolios. Por segunda vez la plebe trabajadora cae de rodillas á los pies de la aristocracia; no tiene posibilidad, ni siquiera el derecho de discutir su salario.

«Los amos, dice el oráculo, están siempre y por todas partes en una liga tácita, constante y uniforme para no elevar los salarios más allá del precio existente. Violar esta regla es un acto de compañero desleal; y gracias á una legislación abominable, se tolera esta liga mientras que las coaliciones de los obreros se castigan severamente.»

Y ¿por qué esta nueva iniquidad que la inalterable serenidad de Smith no pudo menos de llamar *abominable*? ¿Sería acaso necesaria esta injusticia manifiesta, y sin esa excepción de personas se habría equivocado la fatalidad, y la Providencia sufriría un descalabro? ¿Encontraremos medio de justificar

por el monopolio esta policía parcial del género humano?

¿Por qué no, si queremos elevarnos por encima del sentimentalismo societario y considerar los hechos, la fuerza de las cosas, la ley íntima de la civilización?

¿Qué es el trabajo? ¿Qué es el privilegio?

El trabajo, análogo á la actividad creadora, sin conciencia de sí mismo, indeterminado, infecundo mientras la idea, la ley no lo penetra, el trabajo es el crisol en donde se elabora el valor, la gran matriz de la civilización, principio pasivo ó hembra de la sociedad. El privilegio, que emana del libre arbitrio, es la chispa eléctrica que decide la individualización, la libertad que realiza, la autoridad que manda, el cerebro que delibera, el yo que gobierna.

La relación del trabajo y del privilegio es, pues, una relación de hembra á macho, de esposa á esposo. En todos los pueblos el adulterio de la mujer pareció siempre más reprobable que el del hombre, y se le sometió, por consiguiente, á penas más rigurosas. Los que se detienen ante la atrocidad de las formas, y olvidando el principio sólo ven la barbarie ejercida con el sexo femenino, son politiqueros de novela, dignos de figurar en las narraciones del autor de *Lelia*. Toda indisciplina de los obreros es asimilable al adulterio cometido por la mujer. ¿No es, pues, evidente que si los tribunales oyesen con el mismo pavor la queja del obrero y la del amo, el lazo jerárquico, fuera del cual la humanidad no puede vivir, quedaria roto, y toda la economía de la sociedad arruinada?

Juzgad por los hechos. Comparad la fisonomía de una huelga de obreros con la marcha de una coalición de empresarios. En la primera, desconfianza del derecho, agitación, turbulencia; al exterior,

gritos y temblores; en el interior, terror, espíritu de sumisión y deseo de la paz. En la segunda, por el contrario, resolución calculada, sentimiento de la fuerza, certidumbre del resultado, sangre fría en la ejecución. ¿En dónde está la potencia, el principio orgánico, la vida? Indudablemente, la sociedad debe á todos asistencia y protección: yo no defiende la causa de los opresores de la humanidad; ¡que la venganza del cielo los aplaste! pero es preciso que la educación del proletario se cumpla. El proletario es Hércules llegando á la inmortalidad por medio del trabajo y la virtud: pero ¿qué haría Hércules sin la persecución de Eurístea?

¿Quién eres tú? preguntaba el papa San León á Atila, cuando este destructor de naciones fué á plantar su campamento delante de Roma.—Yo soy la cólera de Dios, respondió el bárbaro.—Nosotros recibimos con gratitud todo lo que Dios nos envía, replicó el papa; pero ten cuidado de no hacer nada que Dios no te haya ordenado!

Propietario, ¿quién sois?

¿Cosa extraña! La propiedad, atacada por todas partes en nombre de la caridad, de la justicia y de la economía social, nunca supo responder más que estas palabras para justificarse: *Yo existo porque existo*. Yo soy la negación de la sociedad, la explotación del trabajador, el derecho del improductivo, la razón del más fuerte, y ninguno puede vivir si yo no lo devoro.

Este espantoso enigma causó la desesperación de las inteligencias más sagaces.

« Antes de la apropiación de las tierras y la acumulación de los capitales, el producto completo del trabajo pertenecía al obrero: entonces no había propietario ni amo con quien repartirlo. Si este estado de cosas hubiese continuado, el salario del trabajo

habría aumentado con todo este acrecentamiento de la potencia productiva á que dá lugar la división. Producidas con una cantidad menor de trabajo, se habrían adquirido con cantidades cada vez menores.»

Esto dice A. Smith, y añade su comentador:

« Yo comprendo fácilmente cómo el derecho de apropiarse, bajo el nombre de *interés, beneficio ó alquilar*, el producto de otros individuos, se convierte en estímulo de la avaricia; pero no puedo creer que disminuyendo la recompensa del trabajador para aumentar la opulencia del hombre ocioso, se pueda desarrollar la industria ó acelerar los progresos de la sociedad en riqueza.»

La razón de este descuento, que ni Smith ni su comentador apercibieron, vamos á decírla nosotros, á fin de que la ley inexorable que gobierna la sociedad humana, quede de nuevo, y por la última vez, puesta en evidencia.

Dividir el trabajo, no es más que hacer una producción de piezas: para que haya valor, es necesaria una composición. Antes de instituirse la propiedad, cada cual es dueño de coger en el Océano el agua de donde extrae la sal que emplea en sus alimentos, coger la oliva de donde extraerá el aceite, reunir el mineral que contiene el hierro y el oro. Cada cual es libre de cambiar una parte de lo que recogió por una cantidad equivalente de las provisiones hechas por otro: hasta aquí, no salimos del derecho sagrado del trabajo y de la comunidad de la tierra. Pues bien: si tengo el derecho de usar (sea por mi trabajo personal, sea por el cambio) de todos los productos de la naturaleza, y si la posesión obtenida de este modo es legítima, tengo también el derecho de componer, con los diversos elementos que con el trabajo ó el cambio me he procurado, un nuevo producto que es mi propiedad, y del cual

puedo gozar exclusivamente. Yo puedo, por ejemplo, por medio de la sal, de la cual extraeré la sosa, y del aceite que saco de la oliva y del sésamo, hacer una composición propia para limpiar las telas, que será para mí, considerada bajo el punto de vista de la limpieza y de la higiene, de una utilidad inmensa. Hasta puedo reservarme el secreto de esta composición, y por consiguiente, retirar, por medio del cambio, un beneficio legítimo.

Ahora bien: ¿qué diferencia hay, en cuanto al derecho, entre la fabricación de una onza de jabon y la de un millon de kilogramos? La cantidad mayor ó menor, ¿hace cambiar en algo la moralidad de la operación? No: luego la propiedad, como el comercio y el trabajo, es un derecho natural, cuyo ejercicio no puede prohibirme nadie en el mundo.

Mas por lo mismo que yo compongo un producto que es mi propiedad exclusiva, como lo son las materias que lo constituyen, se sigue de aquí que un taller, una explotación de hombres queda organizada por mí; que en mis manos se acumulan beneficios con detrimento de todos los que entran en relaciones conmigo, y que si deseais sustituirme en la empresa, naturalmente os exigiré una renta. Vos poseereis mi secreto, fabricareis en mi lugar, hareis girar mi molino, recogeréis los frutos de mi campo, vendimiareis mi viña, pero me dareis la cuarta ó la tercera parte del producto.

Toda esta cadena es necesaria é indisoluble, y no hay en ello ni serpiente ni diablo; es la ley misma de las cosas, el *dictámen* del sentido comun. En el comercio, la expoliación es idéntica al cambio; y lo que verdaderamente sorprende, es que un régimen como este, no sólo se disculpa por la buena fé de los partidos, sino que lo ordena la justicia.

Un hombre compra á su vecino el carbonero una

saca de carbon, y al tendero una cantidad de azufre traído del Etna: con estos artículos hace una mezcla á la cual añade una cantidad de salitre que le vende el droguista. De aquí resulta una pólvora explosible, de la cual cien libras bastan para destruir una ciudadela: pues bien; yo pregunto si el leñador que carbonizó la madera, el pastor siciliano que recogió el azufre, el marino que efectuó el transporte, el comisionado que desde Marsella hizo la expedición y el comerciante que lo vendió, son cómplices en la catástrofe. ¿Existe la menor solidaridad entre ellos, no digo ya en el empleo, sino en la fabricación de esta pólvora? Si no es posible descubrir la menor conexión de acción entre los individuos que han cooperado á la producción de la pólvora, es claro que tampoco hay solidaridad entre ellos relativamente á los beneficios de la venta, y que la ganancia que puede resultar de su uso, pertenece tambien exclusivamente al inventor, como el castigo á que podria hacerse acreedor á consecuencia de crimen ó imprudencia, le es personal. La propiedad es idéntica á la responsabilidad, y no se puede afirmar ésta sin reconocer aquella.

Pero... admirad la sinrazon de la razon. Esta misma propiedad legítima, irreprochable en su origen, constituye una iniquidad flagrante en su ejercicio; y esto, sin que se le agregue ningun elemento que la modifique, sino por el desarrollo mismo del principio.

Consideramos en su conjunto los productos que la industria y la agricultura presentan en el mercado. Estos productos, como la pólvora y el jabon, son todos, en un grado cualquiera, resultado de una combinación cuyos materiales salieron del almacen general. El precio de estos productos se compone invariablemente; primero, de los salarios satisfechos

á las diferentes categorías de trabajadores; y segundo, de los beneficios que exigen los capitalistas y empresarios: de modo que la sociedad se encuentra dividida en dos clases de personas: primera, los empresarios, capitalistas y propietarios, que tienen el monopolio de todos los objetos de consumo; segundo, los asalariados ó trabajadores, que sólo pueden dar por estas cosas la mitad de lo que valen, lo cual les hace el consumo, la circulacion y la reproduccion imposibles.

En vano nos dice Adam Smith:

«La simple equidad exige que los que visten, alimentan y proporcionan habitaciones á todo el cuerpo de la nacion, tengan en el producto de su propio trabajo una parte suficiente para verse ellos mismos medianamente alimentados, vestidos y albergados.»

Pero... ¿cómo podrá hacerse esto sin desposeer á los monopolistas? ¿Y cómo se impedirá el monopolio si es un efecto necesario del libre ejercicio de la facultad industrial? La justicia que desearia establecer A. Smith es impracticable en el régimen de la propiedad. Y si la justicia es impracticable, si hasta se convierte en injusticia, y si esta contradiccion es inherente á la naturaleza de las cosas, ¿á qué viene el hablar de equidad y de humanidad? ¿Acaso la Providencia conoce la equidad, ó la fatalidad es filántropa? Nosotros no debemos tender á destruir el monopolio ni el trabajo, no: por una síntesis que la contradiccion del monopolio hace inevitable, debemos hacerle producir, en interés de todos, los bienes que reserva para algunos. Fuera de esta solucion, la Providencia permanece insensible á nuestras lágrimas; la fatalidad sigue inflexiblemente su camino, y mientras que nosotros disputamos gravemente sobre lo justo y lo injusto, el Dios que nos hizo contradictorios como él en nuestros pensamientos, en nuestros discursos y

en nuestras acciones, nos responde con una carcajada.

Esta contradiccion esencial á nuestras ideas, es la que, realizándose por el trabajo y expresándose en la sociedad con un poder gigantesco, hace que sucedan todas las cosas en sentido inverso de lo que debian ser, y dá á la sociedad el aspecto de un tapiz visto del revés, ó de un animal puesto boca arriba. Por la division del trabajo y por las máquinas, el hombre debia elevarse gradualmente á la ciencia y á la libertad, y por la division y por las máquinas, se embrutece y se hace esclavo. El impuesto, dice la teoría, debe estar en razon de la fortuna; y al contrario, el impuesto está en razon de la miseria. El improductivo debe obedecer; y por una amarga irrision, el improductivo manda. El crédito, segun la etimología de la palabra y su definicion teórica, es el proveedor del trabajo; pero en la práctica, lo estruja y lo mata. La propiedad, en el espíritu de su más bella prerogativa, es la extension de la tierra, y en el ejercicio de esta misma prerogativa, la propiedad es la prohibicion de la tierra. En todas sus categorías, la economía política reproduce la contradiccion de la idea religiosa. La vida del hombre, afirma la filosofía, es una emancipacion perpétua de la animalidad y de la naturaleza, una lucha contra Dios: en la práctica religiosa, la vida es la lucha del hombre consigo mismo, la sumision absoluta de la sociedad á un Sér superior. *Amad á Dios con todo vuestro corazon*, nos dice el Evangelio, y *aborreced vuestra alma por la vida eterna*; precisamente, lo contrario de lo que nos ordena la razon...

No prolongaré más este resumen. Habiendo llegado ya al término de mi carrera, las ideas se me presentan con tal abundancia y vehemencia, que necesitaria un nuevo libro para referir lo que descubro;

y á pesar de la conveniencia oratoria, no veo más medio de acabar que el de detenerme bruscamente.

Si no me equivoco, cuando ménos, el lector debe estar convencido de una cosa, y es que la verdad social no puede encontrarse en la utopia ni en la rutina; que la economía política no es la ciencia de la sociedad, aunque contiene los materiales de esta ciencia; del mismo modo que el caos ántes de la creacion, contenia los elementos del universo. Para llegar á la organizacion definitiva que parece ser el destino de nuestra especie sobre el globo, sólo falta hacer la ecuacion general de todas nuestras contradicciones.

Pero... ¿cuál será la fórmula de esta ecuacion?

Después de todo lo dicho, ya podemos entreverla: debe ser una ley de *cambio*, una teoría de MUTUALIDAD, un sistema de garantías que resuelva las formas antiguas de nuestras sociedades civiles y comerciales, y que satisfaga á todas las condiciones de eficacia, de progreso y de justicia que ha señalado la crítica: una sociedad no sólo convencional, sino real; que cambie la division parcelaria en instrumento de ciencia; que suprima la servidumbre de las máquinas y prevenga las crisis de su aparicion; que haga de la competencia un beneficio, y del monopolio una garantía de seguridad para todos; que, por la fuerza de su principio, en vez de pedir crédito al capital y proteccion al Estado, someta al trabajo el capital y el Estado; que, por la sinceridad del cambio, cree una verdadera solidaridad entre los pueblos; que, sin prohibir la iniciativa individual ni el ahorro doméstico, devuelva constantemente á la sociedad las riquezas que la apropiacion retira; que, por este movimiento de *entrada y salida* de los capitales, asegure la igualdad política é industrial de los ciudadanos, y por un vasto sistema de educacion

pública, elevando siempre su nivel, favorezca la igualdad de las funciones y la equivalencia de las aptitudes; que, por la justicia, el bienestar y la virtud, renovando la conciencia humana, asegure la armonía y el equilibrio de las generaciones; una sociedad, en fin, que, siendo organizacion y transicion á la vez, se salve de lo provisional, garantice todo y no comprometa nada...

La teoría de la *mutualidad* ó del *mutuum*, es decir, del cambio en productos, cuya forma más sencilla es el préstamo de consumo, bajo el punto de vista del sér colectivo, es la síntesis de las dos ideas de propiedad y comunidad; síntesis tan antigua como los elementos que la constituyen, supuesto que no es más que la vuelta de la sociedad á su práctica primitiva á través de un dédalo de invenciones y de sistemas; el resultado de una meditacion de seis mil años sobre esta proposicion fundamental: A igual A.

Todo se prepara hoy para esta restauracion solemne; todo anuncia que el reinado de la ficcion pasó, y que la sociedad va á entrar en la sinceridad de su naturaleza. El monopolio se hinchó hasta igualarse al mundo; y un monopolio que abarca el mundo, no puede permanecer exclusivo; es preciso que se republicanice ó que reviente. La hipocresía, la venalidad, la prostitucion y el robo forman el fondo de la conciencia pública; y á no ser que la humanidad aprenda á vivir de lo que la mata, es preciso creer que la justicia y la expiacion se acercan...

Ya el socialismo, sintiendo morir sus utopias, se acoge á las realidades y á los hechos; se rie de sí mismo en París; discute en Berlin, en Colonia, en Leipzig y en Breslau; se estremece en Inglaterra; truena al otro lado del Océano; se hace matar en Polonia, y se ensaya en el gobierno de Berna y de Lausanna. Penetrando en las masas, el socialismo se ha

transformado; el pueblo se cuida muy poco del honor de las escuelas; pide trabajo, ciencia, bienestar, igualdad: poco le importa el sistema, si la cosa se encuentra. Pues bien: cuando el pueblo quiere alguna cosa y sólo se trata de saber cómo podrá obtenerla, el descubrimiento no se hace esperar mucho tiempo; preparaos, pues, á ver descender la gran mascarada!..

Que el sacerdote se convenza al fin de que el pecado es la miseria, y que la verdadera virtud, lo que nos hace dignos de la vida eterna, es luchar contra la religion y contra Dios;—que el filósofo, deponiendo su orgullo, *supercilium philosophicum*, sepa, por su parte, que la razon es la sociedad, y que filosofar es hacer obra con sus manos;—que el artista recuerde que descendió del Olimpo al establo de Cristo, y que de este establo se elevó de repente á esplendores desconocidos; que el trabajo, como Cristo, debe regenerarle;—que el capitalista piense en que la plata y el oro no son valores verídicos; que por la sinceridad del cambio, todos los productos se elevan á la misma dignidad, y cada productor tendrá en su casa una fábrica de monedas; que así como la ficción del capital productivo realizó la expoliación del obrero, el trabajo organizado reabsorberá el capital;—que el propietario sepa que no es más que el recaudador de las rentas de la sociedad, y que si, gracias á la guerra, pudo en otro tiempo poner entredicho sobre el suelo, el proletario puede á su vez, por medio de la asociación, ponerlo sobre las cosechas y hacer que la propiedad espire en el vacío; que el príncipe y su orgulloso cortejo, sus militares, sus jueces, sus consejeros, sus pares y todo el ejército de los improductivos, se apresuren á gritar ¡Gracias! al labrador y al industrial, porque la organización del trabajo es sinónimo de subordinación del poder;

que depende del trabajador abandonar el improductivo á su indigencia, y hacer morir al poder de vergüenza y de hambre...

Todo esto sucederá, no como otras tantas novedades imprevistas, inesperadas, efecto súbito de las pasiones del pueblo ó de la habilidad de algunos hombres, sino por la vuelta espontánea de la sociedad á una práctica inmemorial, momentáneamente abandonada, y por causa...

La humanidad, en su marcha oscilatoria, gira incessantemente sobre sí misma; sus progresos no son más que el rejuvenecimiento de sus tradiciones; sus sistemas, tan opuestos al parecer, presentan siempre el mismo fondo visto de lados diferentes. La verdad, en el movimiento de la civilización, permanece siempre idéntica, siempre antigua y siempre nueva: la religion, la filosofía y la ciencia, no hacen más que traducirse, y esto es precisamente lo que constituye la Providencia y la infalibilidad de la razon humana; lo que asegura, en el seno mismo del progreso, la inmutabilidad de nuestro sér; lo que hace á la sociedad inalterable en su esencia é irresistible en sus revoluciones, y lo que, extendiendo continuamente la perspectiva, presentando siempre á lo léjos la última solución, funda la autoridad de nuestros misteriosos presentimientos.

Reflexionando sobre estos combates de la humanidad, recuerdo involuntariamente que, en el simbolismo cristiano, á la Iglesia, militante debe suceder en el último día, una Iglesia triunfante, y el sistema de las contradicciones sociales se me presenta como un puente mágico que se levanta sobre el rio del olvido.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE
DIRECCIÓN GENERAL DE

ÍNDICE.

	Páginas.
CAPÍTULO IX.—SEXTA ÉPOCA.—LA BALANZA DEL COMERCIO.	1
§ I. — Necesidad del comercio libre.....	1
§ II. — Necesidad de la protección.....	17
§ III. — Teoría de la balanza del comercio.....	85
CAPÍTULO X.—SÉTIMA ÉPOCA.—EL CRÉDITO.....	105
§ I. — Origen y filiación de la idea de crédito.—Preocupaciones contradictorias relativas a esta idea.....	110
§ II. — Desarrollo de las instituciones de crédito.....	130
§ III. — Mentira y contradicción del crédito.—Sus efectos subversivos y su poder pauperizante.....	166
CAPÍTULO XI.—OCTAVA ÉPOCA.—LA PROPIEDAD.....	205
§ I. — La propiedad es inexplicable fuera de la serie económica.—De la organización del sentido común ó problema de la certidumbre.....	205
§ II. — Causas del establecimiento de la propiedad.....	241
§ III. — Cómo se deprava la propiedad.....	276
§ IV. — Demostración de la hipótesis de Dios por la propiedad.....	310
CAPÍTULO XII.—NOVENA ÉPOCA.—LA COMUNIDAD.....	335
§ I. — La comunidad procede de la economía política.....	338
§ II. — Definición de lo que es PROPIO y de lo que es COMUN..	340
§ III. — Posición del problema comunista.....	348
§ IV. — La comunidad toma su fin por su principio.....	351
§ V. — La comunidad es incompatible con la familia, imagen y prototipo de la comunidad.....	356
§ VI. — La comunidad es imposible sin una ley de repartición, y perece por la repartición.....	365
§ VII. — La comunidad es imposible sin una ley de organización, y perece por la organización.....	369
§ VIII. — La comunidad es imposible sin la justicia, y perece por la justicia.....	375
§ IX. — El comunismo ecléctico, ininteligente e ininteligible..	381
§ X. — El comunismo es la religión de la miseria.....	392
CAPÍTULO XIII.—DÉCIMA ÉPOCA.—LA POBLACION.....	403
§ I. — Destrucción de la sociedad por la generación y el trabajo.....	403
§ II. — La miseria es hija de la economía política.....	422
§ III. — Principio de equilibrio de la población.....	449
CAPÍTULO XIV.—RESÚMEN Y CONCLUSION.....	506

